150 AÑOS CON LOS ÍBEROS

(1871 - 2021)

150 AÑOS CON LOS ÍBEROS

MUSEO DE ALBACETE

2021-2022

DIPUTACIÓN DE ALBACETE

Castilla-La Mancha

150 años con los íberos / Rubí Sanz Gamo, Lorenzo Abad Casal, Blanca Gamo Parras (coordinación).
Catálogo de la exposición150 años con los íberos (1871-2021).
Editor: Excma. Diputación de Albacete.
Albacete: 2021.
Páginas 352 + ilustraciones color; 26 cm. de altura.
D.L. AB: 519-2021.

EDICIÓN DEL CATÁLOGO

DIPUTACIÓN DE ALBACETE

ORGANIZACIÓN DE LA EXPOSICIÓN

Castilla-La Mancha

INSTITUCIONES Y ENTIDADES COLABORADORAS EN LA EXPOSICIÓN

Fundación Globalcaja Albacete

Asociación de Amigos del Museo de Albacete

El Corte Inglés Albacete

Las opiniones, datos y hechos recogidos en esta obra son de exclusiva responsabilidad de sus autores.
Portada: *Dea stephanophoros*, dibujo de S. Ramallo y F. Brontons sobre un fragmento cerámico hallado en el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete).
© De las imágenes y los textos los autores.
Maquetación e impresión: IGM Artes Gráficas.
Portada: imagen de la *Dea stephanophoros* del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete).

CATÁLOGO

EDITA

Excma. Diputación Provincial de Albacete

DISEÑO Y REALIZACIÓN

IGM Artes Gráficas

COORDINACIÓN DE TEXOS

Rubí Sanz Gamo – Lorenzo Abad Casal – Blanca Gamo Parras

AUTORES DE LOS ARTÍCULOS

Adolfo Domínguez Monedero
Ángeles Castellano
Ana Ronda Femenia
Arturo Ruiz Rodríguez
Blanca Gamo Parras
Carmen Aranegui Gascó
Carmen Rueda Galán
Consuelo Mata Parreño
David Rodríguez González
Francisco Javier López Precioso
Francisco Javier Morales Hervás
Feliciana Sala Sellés
Francisco Brotons Yagüe
Gonzalo Ruiz Zapatero
Helena Bonet Rosado
Héctor Uroz Rodríguez
Ignacio Blas Simón
Ignacio Grau Mira
Isabel Izquierdo Peraile
José Ignacio de la Torre Chavarri
Juan José Blánquez Pérez
Juan Pereira Sieso
Liborio Ruiz Molina
Lorenzo Abad Casal
Lucía Soria Combadiera
Lourdes Prados Torrella
Magdalena Barril Vicente
Manuel Bendala Galán
Manuel Molinos Molinos
Margarita Moreno Conde
María del Carmen Valenciano
Maria Luisa Cerdeño
Mar Zarzalejos Prieto
Mercedes Tendero Porras
Miguel Ángel Valero Tévar
Pascual Perdiguero Asensi
Pere Pau Ripollés Alegre
Pierre Rouillard
Rosario García Huerta
Rubí Sanz Gamo
Sebastián Ramallo Asensio
Susana González Reyero
Teresa Chapa Brunet
Trinidad Tortosa Rocamora

CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS

Arantxa Boyero Lirón	ABL
Ariadna Gozález Uribe	AGU
Carlos A. Carreño Martínez	CACM
David Blázquez Photo ©	DB
Escuela de Arte de Albacete	EAAB
Fabián Álvarez Martín	FAM
Francisco Cebrián García	FCG
Fundación Universitaria La Alcudia	FLA
Gemma Ortega Vidal	GOV
Javier López Precioso	JlP
Juan José Blánquez Pérez	JJBP
Lorenzo Abad Casal	LAC
Marian Vencesla Delgado	MV
Miguel Ángel Cabrera	MAC
Miguel Ángel Camón Cisneros	MCC
Museo Arqueológico Nacional	MAN
Museo de Albacete	MAB
Museo de Jaén	MJ
Museo de Prehistoria de Valencia	MPV
Museo José María Soler, Villena, Alicante	MJMS
Santiago Relanzón	SR
Sebastián Ramallo Asensio	SRA

EXPOSICIÓN

ORGANIZA

GOBIERNO DE CASTILLA-LA MANCHA

Presidente: Emiliano García-Page Sánchez

Consejera de Educación, Cultura y Deportes: Rosa Ana Rodríguez Pérez

Delegado de la JCCM en Albacete: Pedro Antonio Ruiz Santos

Viceconsejera de Cultura: Ana V. Muñoz Muñoz

Director Provincial de Educación, Cultura y Deportes: Diego Pérez González

Jefa del Servicio de Museos: María Perlines Benito

MUSEO DE ALBACETE

Directora: Rubí Sanz Gamo

Equipo técnico de Museos: Blanca Gamo Parras y Pascual Clemente López

COMISARIOS

Rubí Sanz Gamo -Lorenzo Abad Casal- Blanca Gamo Parras

RESTAURACIÓN

Isabel Angulo Bujanda

Museo Arqueológico Nacional

IMPRESIÓN GRÁFICA

IMAGRAFIC, Albacete

SEGUROS

MAPFRE

PROCEDENCIA DE LAS COLECCIONES:

Museo Arqueológico Cayetano Mergelina, Yecla (Murcia)
Museo Arqueológico de Murcia (Murcia)
Museo Arqueológico de Villena (Alicante)
Museo Arqueológico Nacional (Madrid)
Museo de Albacete (Albacete)
Museo de Ciudad Real (Ciudad Real)
Museo de Cuenca (Cuenca)
Museo de Guadalajara (Guadalajara)
Museo de Jaén (Jaén)
Museo de Santa Cruz (Toledo)
Museo de Semana Santa de Hellín (Albacete)
Museo de Prehistoria de Valencia (Valencia)
Fundación Universitaria La Alcudia de Investigación Arqueológica (Alicante)
Centro Cultural Agripina de Lezuza (Albacete)

INSTITUCIONES COLABORADORAS

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ALBACETE

Presidente: Santiago Cabañero Masip

Vicepresidente: Francisco Valera González

Diputado de Educación y Cultura: Miguel Zamora Saiz

ASOCIACIÓN DE AMIGOS DEL MUSEO DE ALBACETE

Presidenta: Llanos Giménez Ortuño

Vicepresidente: Ricardo Beléndez Gil

FUNDACIÓN GLOBALCAJA ALBACETE

Presidente: Herminio Molina Abellán

Director General: Antonio González Moreno

EL CORTE INGLÉS, ALBACETE

Director: Juan Pedro Bonilla Selva.

Director de comunicación: Víctor J. Hernández García

ADMINISTRACIÓN

Asensio López García- Gema Alonso Jiménez – José Luís Sánchez Sánchez

CARPINTERÍA

Del Toro Nieto, S. L., Albacete

MONTAJE

Rafael Marchante López - Agustín González Osuna

TRANSPORTE

EXPOMED

CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS DE LA EXPOSICIÓN

Alberto Pérez, Albacete
Alberto Rivas Rodríguez, MAN
A. Boyero, MAN
Ángel Martínez Levas, MAN
Archivo Fotográfico Tani. Yecla
Archivo Municipal de Elche
Archivo Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha
Archivo del Museo Arqueológico Cayetano Mergelina, Yecla
Archivo del Museo Arqueológico de Murcia
Archivo del Museo Arqueológico Nacional
Archivo del Museo de Albacete
Archivo Fernández Avilés, Universidad Autónoma de Madrid
Ariadna González Uribe, MAN
Biblioteca digital Ovidiana. Colección de Fátima Díez Platas
Cartier, Mika, MAN
Daniel Arnaudet, RMN-Grand Palais Musée du Louvre
Francisco Brotons Yagüe, Murcia
Héctor Uroz Rodríguez, Murcia
Instituto del Patrimonio Cultural de España
jaenpasaisointerior.es
Javier Henarejos, Albacete
Jesús Gómez Carrasco, Museo Arqueológico de Jumilla
José Ichaurrieta, Murcia
José Latova, Madrid
Juan José Blánquez Pérez, Madrid
Lorenzo Abad Casal, UA
Macarena Fernández, Ciudad Real
Marian Vencesla, Albacete
Miguel Ángel Otero (†), Madrid
Ministère de la Culture-Médiathèque de l'architecture et du patrimoine
Museo Arqueológico de Alicante
Museo Arqueológico de Atenas
Museo Británico
Museo de Jaén
Museo del Prado
Museo de Teruel
Museo Nacional Romano – Termas de Diocleciano, Roma
Museos Vaticanos museivaticani-mobile/es/
Museu d'Arqueologia de Catalunya http://www.macullastret.cat/
Pierre Rouillard, París
Santiago Relanzón, Valencia
Sebastián Bamallo Asensio, Murcia
Sylvie Chanlia, RMN-Grand Palais Musée du Louvre
Víctor Cañavate, Alicante
www.patrimoniodehuesca.com/wp-content/uploads/2015/10/03-cabeza-iberica.

AGRADECIMIENTOS

Alicia Rodero Riaza, Museo Arqueológico Nacional

Almudena Bejarano, Centro Cultural Agripina, Lezuza

Ana Ronda Femenia, Fundación La Alcudia

Andrés Carretero, Museo Arqueológico Nacional

Ángeles Castellano, Museo Arqueológico Nacional

Antonio Delicado Mejías, Museo de Albacete

Antonio Rubio Sáez, Museo de Albacete

Aurora Margarita Sánchez García, JCCM (Toledo)

Bárbara Coulubret, Museo Arqueológico Nacional

Carlos Masip Martínez-Gómez, Museo de Albacete

Carmen Marcos Alonso, Museo Arqueológico Nacional

Concepción Rodríguez Rouza, Museo de Cuenca

Cristóbal Navarro Lacoba, JCCM (Albacete)

Emiliano Hernández Carrión, Museo Arqueológico de Jumilla

Esperanza Manso, Museo Arqueológico Nacional

Felipa Díaz, Museo Arqueológico Nacional

Fátima Díez Platas, Universidad de Santiago de Compostela

Fernando Aguado, Museo de Guadalajara

Fernando Fontes Blanco, Museo de Santa Cruz, Toledo

Francisca Hornos, Museo de Jaén

Francisco Martínez Ortuño, Albacete

Fundación Juan March

Gema Ortega Vidal, Parque Arqueológico del Tolmo de Minateda

Instituto del Patrimonio Cultural de España

Isabel Martínez, Diputación de Albacete

Jaime Vicente Redón, Museo de Teruel

José Domingo Delgado Bedmar, Fundación Impulsa

José Ignacio de la Torre Chávarri, Museo de Ciudad Real

José Javier Peinado, Asociación de Amigos del Museo de Albacete

José Palacios Díaz, Museo de Albacete

Juan José Blánquez Pérez, Universidad Autónoma de Madrid

Juan Miguel Parra Bueno, Museo de Albacete

Juana Fresneda Segura, Museo de Albacete

Laura Alcaraz, Museo arqueológico José María Soler, Villena (Alicante)

Leopoldo Gómez López, Museo de Albacete

Leticia Azcue Brea, Museo Nacional del Prado

Liborio Ruiz Molina, Museo Arqueológico de Yecla

Luís Enrique de Miguel Santed, Museo Arqueológico de Murcia

Lucía Franco, Fundación Juan March

Macarena Fernández Rodríguez, JCCM (Ciudad Real)

Manuel Escolano Tébar, Museo de Albacete

Manuel Olcina Domenech, MARQ, Alicante

Margarita Moreno Conde, Museo Arqueológico Nacional

María Jesús de Pedro Micho, Museo de Prehistoria de Valencia

Mª José Ruiz Guerrero, Museo de Albacete

María Teresa Rico Sánchez, JCCM (Albacete)

Miguel Ángel Cuadrado Prieto, Museo de Guadalajara

Mercedes Márquez Alcantud, JCCM (Albacete)

Mercedes Tendero Porras, Fundación La Alcudia

Mónica Martín, Museo Arqueológico Nacional

Olvido Córcoles, Centro de Restauración de CLM

Pablo Cánovas Guillén, Museo de la Semana Santa de Hellín

Patricia Hevia Gómez, JCCM (Toledo)

Pedro Arroyo Caballero, Museo de Albacete

Ramona Moreno Sánchez, Museo de Albacete

Teresa López Zafrilla, Museo de Albacete

Víctor J. Hernández García, Universidad de Alicante

Victoria Leal Utiel, Diputación de Albacete

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

Emiliano García Page
Presidente de Castilla-La Mancha 13

Santiago Cabañero Masip, Presidente de la Diputación de Albacete
La Diputación de Albacete en la investigación arqueológica. 15

Rosa Ana Rodríguez Pérez, Consejera de Educación, Cultura y Deportes
Los íberos en Castilla-La Mancha 17

Lorenzo Abad Casal, Rubí Sanz Gamo, Blanca Gamo Parras.
150 años con los íberos. 19

EL DESCUBRIMIENTO DE UNA NUEVA CULTURA

Rubí Sanz Gamo, Sebastián F. Ramallo Asensio y Francisco Brotóns Yagüe
Todo empezó con un santuario. El Cerro de los Santos 25

Liborio Ruiz Molina
El padre Lasalde y el Cerro de los Santos 31

Blanca Gamo Parras
De papeles y de piezas. La documentación sobre el Cerro de los Santos 37

Trinidad Tortosa Rocamora
Protagonistas y vaivenes en los inicios de la arqueología ibérica: el rastro del Cerro de los Santos en el relato 43

Ana Ronda Femenia
1897. La Dama de Elche nace en el yacimiento de La Alcudia. 49

Trinidad Tortosa Rocamora
La cultura ibérica en las exposiciones internacionales / universales y su repercusión en la arqueología europea. 55

Catálogo 62

HACIA UN NUEVO AMBIENTE CULTURAL: LO IBERO

Adolfo Domínguez Monedero
La interacción con el exterior. Idas y venidas 73

Maria Luisa Cerdeño
Las influencias que llegaron del norte 79

Pierre Rouillard
Lo oriental como fuente de inspiración 85

Catálogo 90

NUEVOS PAISAJES PARA LAS NUEVAS SOCIEDADES IBÉRICAS

Ignacio Grau Mira
Nuevos paisajes urbanos para la sociedad ibérica 99

Juan J. Blánquez Pérez
Nuevos espacios y prácticas funerarias 107

Catálogo 114

LOS OTROS IBEROS

Gonzalo Ruiz Zapatero
Los "otros íberos": los íberos del interior 121

José I. de la Torre Chávarri
Paisajes celtibéricos 129

Juan Pereira Sieso
Paisajes carpetovetónicos 135
Catálogo 141

LOS IBEROS ANTE EL ESPEJO
Lorenzo Abad Casal y Feliciana Sala Sellés
La autorrepresentación de las élites ibéricas 149
Isabel Izquierdo Peraile
Iberos e iberas: los estudios de género 155
Lourdes Prados Torreira
Los iberos ante sus divinidades: signos divinos y rituales 163
Catálogo 170

IMÁGENES FASCINANTES
Ángeles Castellano y Margarita Moreno Conde
Las imágenes de los vasos griegos en territorio íbero 185
Arturo Ruiz Rodríguez y Manuel Molinos Molinos
Imágenes del poder entre los íberos del sur 191
Teresa Chapa Brunet
El imaginario ibérico fantástico: esfinges, sirenas, grifos, bichas 199
Carmen Aranegui Gascó
Leones, toros y caballos en el imaginario ibérico 205
Catálogo 211

ENTRE IBERIA, CARTAGO Y ROMA
Manuel Bendala Galán
Iberos, púnicos y romanos 217
Mercedes Tendero Porras
La cerámica como elemento definidor de relaciones culturales 225
Pere Pau Ripollés Alegre
La moneda ibérica. Imagen y poder 231
Ignacio Blas Simón
Tres lenguas en un mismo espacio y tiempo 237
Sebastián F. Ramallo Asensio, Francisco Brotóns Yagüe y Rubí Sanz Gamo
El Cerro de los Santos. La nueva visión del santuario 243
Catálogo 250

LUGARES DE IBERIA
María Luisa Cerdeño
El Ceremeño (Herrería, Guadalajara) 264
Rosario García Huerta
La necrópolis de La Yunta (La Yunta, Guadalajara) 266
Santiago Valiente Cánovas
El Cerrón (Illescas, Toledo) 268
Magdalena Barril Vicente
Fuente de la Mota (Barchín del Hoyo) y Santa Quiteria (Tébar) 270
Juan Pereira Sieso y Teresa Chapa Brunet
Cerro de la Mesa (Alcolea del Tajo, Toledo) 272

Juan Pereira Sieso
Casa del Carpio (Belvis de la Jara, Toledo) 274
Miguel Ángel Valero Tévar
La necrópolis Los Canónigos (Arcas del Villar, Cuenca) 276
Helena Bonet Rosado
El Tossal de San Miguel (Llíria , Valencia) 278
Lucía Soria Combadiera y Consuelo Mata Parreño
Necrópolis de la Casa del Monte (Valdeganga, Albacete) 280
Lucía Soria Combadiera
El Amarejo (Bonete, Albacete) 282
Héctor Uroz Rodríguez
Libisosa (Lezuza, Albacete) 284
Juan J. Blánquez Pérez
El Toril (El Salobral, Albacete) 286
Juan J. Blánquez Pérez
Los Villares (Hoya Gonzalo, Albacete) 288
Rosario García Huerta, Francisco Javier Morales y David Rodríguez González
La necrópolis ibérica de Alarcos (Ciudad Real) 290
Juan J. Blánquez Pérez
La Quéjola (San Pedro, Albacete) 292
Juan J. Blánquez Pérez
Cerro de las Cabezas (Valdepeñas) 294
María del Carmen Valenciano Prieto
El Llano de la Consolación, protagonista de las primeras investigaciones sobre la cultura ibérica 296
Rubí Sanz Gamo
La necrópolis de Hoya de Santa Ana (Chinchilla, Albacete) 298
Francisco Javier López Precioso
La necrópolis del Pozo de la Nieve (Torre Uchea, Hellín, Albacete). Un encuadre en el paisaje ibérico. 300
Pablo Cánovas Guillén
Necrópolis del Bancal del Estanco Viejo (Hellín, Albacete) 302
Pablo Cánovas Guillén
Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete) 304
Pablo Cánovas Guillén
Zama y el valle de Minateda (Hellín, Albacete) 306
Pascual Perdiguero Asensi y Feliciana Sala Sellés
Los Almadenes (Hellín, Albacete) 308
Mar Zarzalejos Prieto
La Bienvenida (Almodóvar del Campo, Ciudad Real) 310
Mercedes Tendero Porras
La Alcudia (Elche, Alicante) 312
Susana González Reyero
Comunidades iberas de montaña. Paisaje, ritual y producción en la cuenca alta del río Segura 314
Carmen Rueda Galán
Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén) y la Cueva de la Lobera (Castellar, Jaén): dos espacios de referencia para el culto en la Oretania meridional 316

BIBLIOGRAFÍA 321

PRESENTACIÓN

CASTILLA-LA MANCHA, LUGAR DE ENCUENTROS

Emiliano García Page

Presidente de Castilla-La Mancha

En 1984, Castilla-La Mancha asumió las transferencias en materia de arqueología, nacía un nuevo tiempo en la gestión de uno de los territorios españoles con un altísimo número de elementos patrimoniales: edificios, yacimientos… En casi 40 años, Castilla-La Mancha ha ampliado los horizontes de preservación de tan inmenso legado, son buena muestra de ello los Consorcios para las ciudades de Toledo y Cuenca, así como los programas de rehabilitación de edificios singulares y de conjuntos históricos.

En el campo de la arqueología, los cambios han sido notorios. A nivel general, se ha pasado de la consideración restrictiva que la constreñía entre los tiempos prehistóricos y los medievales, a la inclusiva actual, pues la arqueología es una práctica científica que también se aplica a tiempos muy recientes de nuestra historia como instrumento para la recuperación del patrimonio y de la memoria. Las excavaciones se han multiplicado y con ello también los controles arqueológicos para preservar o documentar nuevos hallazgos; se han redactado cartas arqueológicas imprescindibles en la planificación urbana y de infraestructuras para nuestros municipios, pues protección del patrimonio y desarrollo no son conceptos antagónicos, sino complementarios; han sido creadas unidades de patrimonio y arqueología en cada provincia; también se han redactado leyes que orientan y controlan; y se han creado las figuras de yacimientos visitables y de parques arqueológicos con la doble función de proteger y difundir, y de coadyuvar a los ayuntamientos en sus recursos turísticos y patrimoniales.

Los caminos nunca son sencillos, no lo son para una región con 79.463 km^2 y con una enorme variedad paisajística y de recursos. Estas circunstancias, a lo largo de la historia, han generado comportamientos y formas de vida muy diferentes, y desde nuestra perspectiva de región, forma parte de la enorme riqueza cultural que ofrece Castilla-La Mancha. La posición geográfica de nuestra comunidad—ocupamos parte del centro de la península—la ha hecho ser lugar donde se dieron cita los más variados pueblos, a nadie le escapa que en Toledo se dieron cita cristianos, judíos y musulmanes—en una convivencia que no debió ser fácil—y unos y otros realizaron grandes aportaciones al conocimiento y las tecnologías.

Esta exposición es una muestra de la diversidad cultural que hubo durante el tiempo comprendido entre los siglos VII antes de Cristo y el siglo I de nuestra era: en Toledo los carpetanos y los vetones; en Guadalajara y parte de Cuenca,los celtíberos; en el sur de esta última provincia, en Ciudad Real y Albacete,habitaron distintas étnicas de los pueblos íberos, los nombrados como oretanos, bastetanos y contestanos; en el suroeste, en torno a Almadén, La Beturia céltica. Sus formas culturales fueron distintas, sin embargo, hubo muchos puntos en común y las relaciones entre unos y otros

fueron frecuentes, como demuestran los productos de intercambio. Por entonces, comenzaron a trazarse algunas de las grandes rutas peninsulares, las del comercio, las del intercambio no solo de productos sino también de ideas y de pensamiento, y con ello la de una hibridación enriquecedora.

Hoy, Castilla-La Mancha también participa de esa mirada en la que tienen cabida muchas gentes. En sus paisajes podrán encontrarse arquitecturas singulares, ritos, costumbres y manufacturas muy diversas. Todo ello conforman un más que importante acervo cultural digno de mostrar.

LA DIPUTACIÓN DE ALBACETE EN LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA

Santiago Cabañero Masip,

Presidente de la Diputación de Albacete

El día 1 de octubre de 1835 se constituyó la Diputación Provincial de Albacete para el gobierno de un territorio recientemente creado, el de una provincia nacida de la unión de comarcas muy diferenciadas. De esa situación de no uniformidad, o de hibridez territorial si se quiere, ha resultado una especial riqueza cultural que se manifiesta, especialmente, en nuestros paisajes y nuestras costumbres. Por ende, el amplio territorio albacetense, por su situación geográfica, ha sido muy transitado desde la antigüedad, lo que ha favorecido un enriquecedor intercambio cultural entre los pueblos.

Como espacio geográfico de tránsito, de intercambios comerciales y de ideas, la provincia fue confluencia de distintas etnias de entre las habidas entre los pueblos prerromanos: de los contestanos del este, de los oretanos del oeste, de los bastitanos del sur, y de los íberos vecinos de los celtíberos que habitaron más allá del río Júcar. Le cabe, también, haber sido pionera en el descubrimiento, en el siglo XIX, de la cultura de aquellos íberos que nombraron los textos de época clásica. De entre todos los lugares el Cerro de los Santos, en Montealegre del Castillo, ha tenido el privilegio de encabezar la larga lista de hallazgos, los centenares de esculturas de ahí exhumadas lo han situado en uno de los lugares más nombrados y representativos de la cultura de los íberos.

La Diputación de Albacete apoyó económicamente y con personal a la Comisión Provincial de Monumentos de Albacete para realizar excavaciones en 1879, encabezadas por el arquitecto provincial Justo Millán y por el secretario de la Comisión Felipe Sánchez Rubio, profesor de retórica y poética en el Instituto de Segunda Enseñanza. Los pequeños fragmentos escultóricos recuperados fueron los primeros registros para un naciente Museo provincial que, desde entonces, estaría unido y tutelado por la Diputación hasta su traspaso al Estado en 1975.

Durante casi 100 años la Diputación de Albacete fue el motor para muchas de las investigaciones arqueológicas habidas en la provincia de Albacete, algunas dedicadas a importantes yacimientos ibéricos como La Hoya de Santa Ana (Chinchilla), El Llano de la Consolación y el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo), y puso a disposición del Museo sus infraestructuras para la recuperación de muchos objetos, entre otros las esculturas de la Esfinge de Haches en Bogarra, de El Macalón en Nerpio, del Cercado de Galera en Liétor, o de La Losa en Casas de Juan Núñez.

Y después de ese tiempo hemos continuado prestando apoyo al Museo de Albacete y a la arqueología de la provincia. Unas veces ha sido directamente desde Presidencia o desde el Servicio de Cultura, ejemplo fue la exposición itinerante que en la década de los años 80 recorrió la provincia de Albacete mostrando la riqueza íbera de nuestro

territorio (La cultura ibérica en la provincia de Albacete fue su título). Otras veces con la intervención del Instituto de Estudios Albacetenses a través de tres líneas diferentes. La primera mediante la publicación de artículos y monografías sobre aspectos muy diversos de la arqueología provincial y sus yacimientos, entre las que se incluyen sendos tomos de los dos Congresos habidos sobre Historia de Albacete (1983 y 2000, editados en 1984 y 2002 respectivamente) y las Actas de la Reunión de Arqueología de Albacete de 2015. La segunda línea el apoyo mediante subvenciones económicas a la excavación de yacimientos arqueológicos: El Tolmo de Minateda y Libisosa entre otros con importantes fases ibéricas. La tercera línea, finalmente, a través del Premio de Investigación Arqueológica "Joaquín Sánchez Jiménez", especialmente importante como apoyo a tantos jóvenes investigadores en el inicio de su carrera profesional como arqueólogos e historiadores.

Así pues, la Diputación de Albacete no podía permanecer al margen de la celebración de una efeméride tan importante como el 150 aniversario de la primera publicación del libro que vinculó los hallazgos del Cerro de los Santos con los antiguos íberos, punto de arranque para el conocimiento de aquellos pueblos que tan notorios yacimientos arqueológicos han dejado en la provincia de Albacete.

LOS ÍBEROS EN CASTILLA-LA MANCHA

Rosa Ana Rodríguez Pérez

Consejera de Educación, Cultura y Deportes

1871 es una fecha icónica en la investigación de los antiguos íberos. Ese año salía de la imprenta madrileña de J. Limia y G. Urosa un pequeño libro titulado *Memoria sobre las notables excavaciones hechas en el Cerro de los Santos*, publicado por los Padres Escolapios de Yecla. Por vez primera sus autores relacionaban las esculturas halladas con el pueblo de los "bastitanos", vecinos de los turdetanos y citados por los autores de la época clásica. Dio comienzo, entonces, uno de los pasajes más apasionantes de la arqueología española: el encuentro con quienes vivieron en la península antes de la llegada de los romanos e incluso en los dos primeros siglos antes de la era cristiana.

Las esculturas del Cerro de los Santos, las cuales representaban a mujeres y a hombres de mirada atenta, comenzaron a fascinar a la comunidad científica del siglo XIX, tanto que, cuando España acudió a las Exposiciones Universales de Viena (1873) y de París (1878), no se dudó en enviar una representación de tan importante hallazgo, sin embargo, debido al hecho de que se reunieron piezas escultóricas auténticas con otras falsas, se levantaron dudas y suspicacias.

Antes había habido otros hallazgos, pero no se habían identificado con los íberos. Habían sido encontradas en 1860 en el mismo lugar del Cerro de los Santos. Por entonces se encontraron las de Belvis de la Jara (Toledo), que hoy sabemos son orientalizantes. En años sucesivos se sumaron otras esculturas y cerámicas bellamente decoradas descubiertas en otros lugares, algunos de Castilla-La Mancha, como en El Salobral o El Amarejo, así como en lugares de otras comunidades (Córdoba, Barcelona, Sevilla, o Alicante) que certificaron la importancia de una cultura – la ibérica- que durante el siglo XX se ha ido perfilando en su cronología, sus aspectos materiales y los relacionados con el pensamiento.

Paulatinamente también se sumaron otros lugares prerromanos cuyos habitantes habían sido celtíberos y que habían ocupado extensiones de Cuenca y de Guadalajara; de los vetones y de los carpetanos en los paisajes de la provincia de Toledo; de los oretanos y los de la Beturia de las tierras de Ciudad Real; de los contestanos del este de la región; y de aquellos que habitaron en las fértiles tierras de La Manchuela, entre Cuenca y Albacete. Poco a poco los hemos ido descubriendo y situando en un mapa, y podemos admirarlos a través de los objetos que nos han legado y que muestran nuestros museos y en los parques arqueológicos y los yacimientos visitables: Alarcos, El Tolmo de Minateda, Barchín del Hoyo, La Bienvenida, Libisosa, o El Ceremeño en las tierras de la Celtiberia de Guadalajara.

De alguna manera todos esos y otros están presentes en esta exposición con la que la Consejería de Educación, Cultura y Deportes ha querido celebrar una fecha tan señalada para la historia de la arqueología y, sobre todo, para el conocimiento de los pueblos que durante seis siglos fueron los protagonistas principales de la península Ibérica. Todos ellos forman parte de nuestro legado cultural, de nuestra vocación por proteger y difundir esa parcela de nuestra historia y, por supuesto, de nuestra identidad.

150 AÑOS CON LOS ÍBEROS. ANATOMÍA DE UNA EXPOSICIÓN

Rubí Sanz Gamo, Lorenzo Abad Casal, Blanca Gamo Parras

El año 2021 ha sido un año ibero: a las exposiciones de *Picasso ibero* en el Centro Botín de Santander y *L'Enigma Iber*. *Arqueología d'una civilització* en el Museo Arqueológico de Barcelona, se ha sumado en el mes de octubre el Congreso de Arte y Arqueología Ibérica. 40 años del descubrimiento del pilar-estela de Coimbra del Barranco Ancho por Ana María Muñoz, celebrado en el Museo de Arte ibérico de El Cigarralejo. Todo parece indicar que los íberos están de moda.

No era así hace 150 años cuando tras rebuscas y hallazgos casuales en el paraje del Cerro de los Santos, situado entre Montealegre del Castillo y Yecla, los fragmentos de arquitectura, las estatuas, las cerámicas, los bronces o los restos de pavimentos estaban poniendo al descubierto una cultura cuyos autores permanecían ocultos en la neblina del relato histórico. Hoy identificamos sin problemas, o casi sin problemas, la variada cultura material de los íberos e interpretamos, o eso creemos, su pensamiento. De sus costumbres dieron cuenta algunos escritores de época clásica, que también informaron del nombre de quienes formaban sus pueblos, pero hasta aquel siglo XIX lo frecuente era identificarlos o bien con los "primitivos" o bien con los romanos. No era extraño, pues sus nombres les fueron dados en su mayoría por escritores que vivieron ya en época romana.

En 1871 los padres escolapios de Yecla, con Carlos Lasalde a la cabeza, se preguntaron quiénes eran los autores de aquellas esculturas sorprendentes, distintas a las ya conocidas. Desestimaron a los escultores romanos y pensaron en otros anteriores en el tiempo de cuyas costumbres, extensión geográfica y personalidad habían dejado constancia los escritores grecorromanos. Con firmeza los escolapios y quienes después les siguieron, escribieron que fueron obra de los bastitanos, precisando que eran vecinos de los turdetanos. Las preguntas fueron muchas pues había dudas acerca de dónde procedía el hieratismo, la frontalidad, los adornos, las actitudes de las figuras e incluso en el diseño de la planta del templo y sus capiteles.

Entre las esculturas ibéricas se "colaron" falsificaciones realizadas por Juan Vicente Amat, que fue conocido como "el relojero de Yecla", que incorporaban elementos orientales y sobre todo egiptizantes, pues no en vano eran tiempos en los que la egiptología estaba en boga. También se aludió al papel de los fenicios, de los griegos, e incluso de los visigodos…

Eran conjeturas y balbuceos posibles propios de una nueva y antigua cultura que había permanecido desconocida a lo largo de los siglos. Todo ello sirvió para abrir el debate científico, para comenzar a descubrir a algunos de los pueblos que habitaron en la península ibérica antes de la llegada de los romanos, con los que éstos llegaron a convivir allá por el siglo II antes de nuestra era.

Aquel descubrimiento ha sido el motivo de esta exposición que se articula a través de siete itinerarios. "El descubrimiento de una nueva cultura" informa sobre los hallazgos del Cerro de los Santos y también de otros lugares como Osuna en Sevilla, Almedinilla en Córdoba, Cabrera de Mar en Mataró, Meca en Valencia, El Salobral y El Llano de la Con-

solación en Albacete, y el más celebrado, el de la Dama de Elche en 1897, hallada en un tiempo en el que España perdía sus colonias de ultramar y precisaba disponer de iconos relevantes para el país. Pero la Dama de Elche rápidamente fue adquirida para el Museo del Louvre, iniciando un exilio de 44 años del que regresaría acompañada de otras esculturas del Cerro de los Santos, del Llano de la Consolación, y de Osuna.

Un recorrido que, en estas páginas, ha contado con la colaboración de quienes en fechas recientes volvieron a investigar sobre el Cerro de los Santos: Sebastián Ramallo (Universidad de Murcia) y Francisco Brotons (Museo Arqueológico de Caravaca de la Cruz), con la participación de una de nosotros (Rubí Sanz, Museo de Albacete); de Liborio Ruiz (Museo Arqueológico Cayetano Mergelina, Yecla) el mejor conocedor de cuanto aconteció en ese lugar tan vinculado al yacimiento y del importante papel que tuvo el Padre Lasalde; de Trinidad Tortosa (Instituto de Arqueología de Mérida) buena conocedora de la historiografía de los íberos durante el siglo XIX; de Ana Ronda (Museo Arqueológico de La Alcudia, Elche) investigadora de cuanto aconteció en La Alcudia tras el descubrimiento de la Dama de Elche; una de nosotros (Blanca Gamo, Museo de Albacete) se adentra en aquellos personajes de los que hay constancia que fueron coleccionistas de las "antigüedades" halladas en el Cerro de los Santos.

Bajo el título de "Hacia un nuevo ambiente cultural: lo íbero" aludimos a la importancia que el Mediterráneo, ese gran mar interior, tuvo en la formación de la cultura ibérica. Sus orillas pusieron en contacto el oriente con el occidente, a veces de la mano del gran relato mítico de los trabajos de Hércules, aunque también hubo influencias y relaciones con otros lugares de Europa central. Adolfo Domínguez Monedero (Universidad Autónoma de Madrid) nos sumerge en ese mundo de relaciones gracias a las que los pueblos han interactuado; las influencias que llegaron del norte es objeto de las reflexiones de María Luisa Cerdeño (que fue profesora en la Universidad Complutense e investigadora en Castilla-La Mancha); y para conocer la presencia griega en la península Ibérica, hemos contado con Pierre Rouillard (Centre de Recherches Scientiphiques, Paris) cuya larga trayectoria profesional ha tenido ese como uno de sus temas relevantes.

"Nuevos paisajes para las nuevas sociedades ibéricas" adentra de forma sintética al espectador que recorre la exposición, y de manera más profunda al lector, en dos aspectos culturales muy importantes en la vida de los pueblos en todos los tiempos y lugares. Uno son los paisajes donde está la casa, —sean pequeñas granjas o poblados amurallados—, y su relación con el entorno en el que se desarrollan las actividades económicas básicas, para lo que nos hemos dejado guiar de la mano de Ignacio Grau (Universidad de Alicante); otros son los paisajes funerarios, íntimamente ligados al pensamiento simbólico y a las relaciones intergrupales, y en cuyo conocimiento la provincia de Albacete ha tenido un papel significativo; sobre ello nos guía Juan J. Blánquez (Universidad Autónoma de Madrid).

No queríamos dejar de lado aquellos otros pueblos peninsulares con los que se relacionaron los íberos del sur, del sureste y del litoral mediterráneo, "los otros íberos". Los textos comenzaron a llamar íberos a los pueblos que tuvieron una relación más directa con los colonizadores, primero fenicios, luego griegos, pero paulatinamente fueron ampliando el concepto a la totalidad de la península Ibérica. Y para este ámbito confiamos en tres investigadores: Gonzalo Ruiz Zapatero (Universidad Complutense) nos conduce por ese mundo de relaciones, de préstamos culturales, de interpretaciones en el conocimiento de los mismos. Por proximidad geográfica nos hemos centrado en los "paisajes" celtibéricos y en los carpetovetónicos. Para los primeros, para recordar sus poblados con sus defensas de piedras hincadas, sus necrópolis distintas a las ibéricas, la importancia de sus ajuares y especialmente los metálicos, o sus cerámicas, hemos contado con la colaboración de José Ignacio de la Torre (Museo de Ciudad Real); para los segundos, en el relato de las tierras que baña el río Tajo entre Madrid y el occidente de Cáceres, entre Ávila y el sur de Toledo, tenemos como lectura la síntesis, siempre difícil de transmitir en pocas líneas, de uno de sus mejores conocedores: Juan Pereira (Universidad de Castilla-La Mancha).

Cuando se descubrieron las esculturas del Cerro de los Santos llamó la atención el arte que las inspiró, y siguiendo lo establecido por Winckelmann en el siglo XVIII fueron clasificadas según estadios evolutivos: desde lo más primitivo y burdo a lo más elaborado. Esos conceptos están periclitados, ya no son útiles, aun reconociendo que hubo fuertes influencias en determinados tiempos, por ejemplo las griegas entre los escultores ibéricos del siglo V a.C. y las romanas en algunos rostros y atuendos togados de los siglos II y I a.C.

Habría que pensar que hubo talleres que beberían en las fuentes del Mediterráneo central y oriental y otros que trabajarían a partir de esos modelos, recreándolos con mayor o menor pericia. Y sobre todo, tener presente que la estética no es unívoca, aun cuando la estatuaria ibérica rigiera sus pasos por algunos patrones básicos. Así, hemos concebido un espacio que hemos llamado "Los íberos ante el espejo", para mostrar cómo se vieron así mismos: su estética, sus atuendos, en definitiva sus signos sociales. Tres aspectos nos han interesado: las imágenes transmitidas por los grupos dirigentes de la sociedad ibérica, sus cuerpos de élite, de los poderosos, lo hemos hecho uno de nosotros (Lorenzo Abad) junto con Feliciana Sala (ambos de la Universidad de Alicante); en un segundo recorrido Isabel Izquierdo (Acción Cultural Española) nos introduce en los estudios de género, tan necesarios, que es una de sus líneas de investigación; finalmente Lourdes Prados (Universidad Autónoma de Madrid) nos adentra en la relación de las sociedades ibéricas con el universo de las creencias, partes indisolubles de un diálogo continuo expresado a través de las imágenes de gran formato pero también de los pequeños exvotos de los santuarios y de la pintura vascular.

De oriente llegaron las imágenes de un mundo civilizado capaz de doblegar a un mundo salvajes sumido en la barbarie. El relato de Gilgamesh fue recurrente, y sobre todo el de Hércules vencedor de un submundo situado en los confines de la *oikumene*, poblado de seres monstruosos y crueles, de seres híbridos o mortíferos que han de ser sometidos para, finalmente, adquirir un carácter apotropaico, protector de los más altos representantes sociales. La plástica ibérica está llena de imágenes fascinantes que forman parte de relatos heroicos, de mitos y de historias contadas, seguramente, al abrigo de la lumbre o de las estrellas. Leyendas que llegaron a la península Ibérica a través depequeños marfiles, de bronces, o de vasos griegos que fueron elemento de prestigio y de transmisión de imágenes, como recuerdan Ángeles Castellano y Margarita Moreno (ambas del Museo Arqueológico Nacional); de la escultura se sirvieron las poderosas elites ibéricas para sustentar sus genealogías, para plasmar el relato heroico de reyezuelos y jerarcas con los que construir estamentos de poder, de ello informan Arturo Ruiz y Manuel Molinos (ambos de la Universidad de Jaén). Los seres híbridos del imaginario ibérico son objeto de las reflexiones de Teresa Chapa (Universidad Complutense), son referentes iconográficos para instruir en el pensamiento simbólico lleno de significados a quienes observaban tumbas y monumentos, o a veces pequeños objetos; los toros símbolo de la fuerza y la fecundidad, los leones sometidos—recordemos que forman parte de las hazañas de los dos héroes citados— como protectores amenazantes de las tumbas, o los caballos como imagen del héroe vencedor, constituyeron parte del universo de seres reales en la construcción de las historias sociales de los íberos, como recuerda Carmen Aranegui (Universidad de Valencia).

A finales del siglo III a.C. los poderosos cartagineses fundaron la ciudad portuaria que hoy es Cartagena, desde donde extendieron su dominio por amplias zonas del sureste peninsular, a su acción, a los personajes que la capitanearon, y a sus decisivos enfrentamientos con la poderosa Roma se refiere Manuel Bendala (Universidad Autónoma de Madrid). La consecuencia fue una: la última etapa de la cultura ibérica estuvo presidida por el dominio de Roma, la resistencia simbólica se aprecia en los hermosos vasos pintados que florecieron a partir de finales de la tercera centuria a.C., lo cuenta Mercedes Tendero (Fundación Universitaria La Alcudia de Investigación Arqueológica); Pere Pau Ripollés (Universidad de Valencia) adentra al lector en el complejo mundo de las emisiones monetales, las indígenas y las traídas por los negociantes y soldados itálicos; e Ignacio Blas Simón (Universidad de Valladolid) informa de la complejidad lingüística peninsular que hubo durante el periodo de aculturación tras la victoria de Roma en la Segunda Guerra Púnica.

Finalmente, el recorrido termina por donde empezamos, por el Cerro de los Santos, por las investigaciones llevadas a cabo por Francisco Brotóns y Sebastián Ramallo en 2013-2014, con modernas tecnologías aplicadas a la investigación

arqueológica. Sus resultados ofrecen una nueva visión en el tiempo y en el espacio de cuánto significó el Cerro de los Santos desde sus inicios como santuario hasta su ocaso.

En la "construcción" y descubrimiento de la cultura de los íberos han participado muchos investigadores desde el siglo XIX, y son centenares los yacimientos descubiertos en la geografía peninsular del sur, sureste, meseta meridional y litoral mediterráneo. Nos hubiera gustado reunirlos a todos, pero no ha sido posible, aunque sí los hemos recordadoa través de las imágenes, de los textos que ilustran este catálogo. Hemos llamado a las puertas de algunas personas entre las que más frecuentemente trabajan en el territorio castellano-manchego y áreas territoriales circundantes, cuya generosidad ha sido grande al tener que sintetizar, en poco más de un folio, aspectos relevantes de los yacimientos arqueológicos que forman parte de su currículo investigador.

Así, de norte a sur y de oeste a este presentamos algunos yacimientos de la antigua Iberia. Para ello hemos contado con miembros de la Universidad de Castilla-La Mancha: Juan Pereira Sieso, Rosario García Huerta, Lucía Soria Combadiera, Miguel Ángel Valero Tévar, Francisco Javier Morales y David Rodríguez González; de la Universidad Autónoma de Madrid: Juan J. Blánquez Pérez; de la Universidad Complutense: Teresa Chapa y María Luisa Cerdeño; de la Universidad de Valencia: Consuelo Mata Parreño; de la Universidad de Murcia: Sebastián Ramallo y Héctor Uroz Rodríguez; de la Universidad de Alicante: Feliciana Sala y Pascual Perdiguero; de la UNED: Mar Zarzalejos Prieto; de la Universidad de Jaén: Carmen Rueda; del Consejo Superior de Investigaciones Científicas: Susana González Reyero y Trinidad Tortosa; del Museo de Prehistoria de Valencia: su anterior directora Helena Bonet; del Museo de La Alcudia de Elche: Mercedes Tendero y Ana Ronda; del Instituto de Estudios Albacetenses: Francisco Javier López Precioso y nosotros mismos como coordinadores; de quien durante años impartió docencia en la Escuela de Artes Aplicadas a la Restauración (Madrid): Santiago Valiente; de quien ejerció su profesión en los Museos de Palencia, Altamira, Arqueológico Nacional y Cuenca: Magdalena Barril Vicente; de quien la ejerce a través de una empresa de arqueología: María del Carmen Valenciano Prieto; de los museos de la Región de Murcia Liborio Ruiz Molina (Yecla) y Francisco Brotóns (Caravaca de la Curz); y finalmente de nuestro amigo, compañero y Director del Museo de la Semana Santa de Hellín: Pablo Cánovas Guillén. A todos nuestros agradecimientos.

Albacete-Alicante, octubre de 2021.

EL DESCUBRIMIENTO DE UNA NUEVA CULTURA

Alto 1,36

R. Velazquez dibº. J. Bustamante, litº

ANTIGÜEDADES DEL "CERRO DE LOS SANTOS".

TÉRMINO DE MONTEALEGRE

TODO EMPEZÓ CON UN SANTUARIO. EL CERRO DE LOS SANTOS

Rubí Sanz Gamo, Sebastián F. Ramallo Asensio y Francisco Brotons Yagüe[1]

EL LARGO CAMINO HACIA EL DESCUBRIMIENTO DE LOS IBEROS

Los antiguos textos greco-latinos se fueron transmitiendo a lo largo de la Edad Media, pero entonces interesaron especialmente las obras de Ptolomeo (*Cosmopgraphia*) y de Pomponio Mela (*Chorographia*) para los geógrafos, y la de Plinio (*Naturalis Historia*) para galenos y naturalistas. Esas fuentes, en lo que de aconteceres contienen, cobraron más importancia como herramientas en la construcción de la historia peninsular, una vez que se habían unificado los reinos de Castilla y Aragón y se había anexionado el último reducto de Granada. Pero el uso dado por epigrafistas y numísmatas, Ambrosio de Morales entre otros (Moure Casas, 2008, 214), fue distinto al de quienes generaron la historia errática contenida en los textos de los falsos cronicones y en la *Historia General de España* del Padre Mariana (Toledo, 1536 - 1624). La obra del jesuita, de clara intencionalidad política para justificar la antigüedad del reino, está envuelta en la densa nube de la confusión al aludir a los pueblos que en la antigüedad habitaron la península Ibérica, tratados en distintos capítulos: "los reyes fabulosos de España" (cap. II), "Del rey Hispalo y de la muerte de Hércules" (capítulo IX), "De cómo los celtas y los de Rodas vinieron a España" (cap. XIV) donde dice "Destos celtas y de los españoles que se llamaban iberos, habiéndose entre si emparentado, resultó el nombre de Celtiberia, en que se llamó gran parte de España" (cap. XIV), de "la venida de los fenicios a España" (cap. XV), de "De la edad de Argantonio" (cap. XVII), etc. De uno de esos reyes míticos nació Ibero que dio nombre a los pueblos que habitaban el solar hispano, "los iberos", a los que Mariana nombró como "los españoles". Sus disquisiciones gozaron de total fiabilidad hasta bien entrado el siglo XVIII e incluso en la siguiente centuria, sobre todo entre las historias locales (Fernández Palacios, 2000, 557-558); un ejemplo fue el texto de Giménez Rubio sobre la historia de Yecla (Giménez Rubio, 1865).

Aquellas lecturas, en lo que tienen de fábula, fueron sometidas a juicio por el hombre culto e ilustrado del siglo XVIII, entre los que se encontraba el jumillano Juan Lozano Santa (1731 – 1808), que desde su canonjía de la catedral de Murcia estaba interesado por los descubrimientos arqueológicos y la interpretación de la antigüedad. Su obra, titulada *Bastitania y Contestania del Reino de Murcia con los vestigios de sus ciudades subterráneas*, publicada en Murcia en 1794, tiene un notable interés historiográfico para el antiguo Reino de Murcia, en el que también estaban integradas algunas comarcas de la provincia de Albacete. Según Lozano esas tierras fueron el lugar de hábitat de los pueblos bastitanos y contestanos como referencia de la obra de Ptolomeo –sobre los que había hecho mención el jurista y obispo Rodrigo Sánchez de Arévalo (1404-1470) (Moure Casas, 2008, 215)–, pero los identificó con romanos. Así lo dejó escrito al citar lo hallado en el paraje del Llano de la Consolación cerca de la "Ermita de la Virgen con título de la Consolacion. Edificios arruinados; argamasas, y otras mezclas privativas de los Romanos se descubren alli"; en este mismo lugar, situado a 6 km del Cerro de los Santos, se excavaría posteriormente una necrópolis ibérica. Que los Bastitanos eran los romanos

[1] Museo de Albacete, Universidad de Murcia y Museo Arqueológico de Caravaca de la Cruz por el orden de cita.

que habitaban en zonas del sureste peninsular entre el río Júcar y Mojácar, quedó reflejado en el mapa que en 1795 publicó Juan López "Geógrafo pensionista de SM" e hijo del ilustrado Tomás López: el lugar que identifica como más cercano al Cerro de los Santos, por entonces una zona boscosa, es el yacimiento romano de Los Torreones de Yecla (fig. 1).

Fig. 1: Mapa de la Bastitania y Contestania, Juan López, 1795 (Archivo del Museo de Albacete, foto Marian Vencesla).

Por aquellos años fueron descubiertos otros yacimientos ibéricos igualmente tenidos como romanos; es el caso del Cerro Largo de Baza, excavado por Pedro Álvarez en 1800 y nombrado en sendas publicaciones locales de 1854 y 1862 (Caballero Cobos, 2011), o la necrópolis de Almedinilla, excavada por vez primera en 1867 por Luis Maraver y Alfaro (Abelleira y otros, 2020, 83-84). La Real Academia de la Historia fue la receptora de denuncias y hallazgos (Salas Álvarez, 2019, 186), destacando el informe que en 1860 Aguado y Alarcón elevó a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando sobre los hallazgos que se producían en la Cañada de Yecla, por la que comunicaban las poblaciones de Yecla y Montealegre del Castillo (Aguado, 1875-1976).

LA CAÑADA DE YECLA

Tras la encuesta realizada en tiempos de Felipe II (*Relaciones Topográficas*), Tomás López lanzó una nueva con el mismo objetivo de conocer aspectos diversos de las poblaciones de España. La contestación del municipio de Montealegre del Castillo, fechada en 1786, solo cita la torre medieval de Pexin (Pechín) "edificada/ sobre vn cerro en cuya elevada planizie todavia se reconozen Paderazos y Ruinas, y vn Algive que permaneze" (Rodríguez y Cano, 1987, 242-244). La planicie de referencia es el Llano de la Consolación, citado Pechín, como único lugar, fue nombrado por Alfonso Ribas y Tomás Andrés García el 20 de 0ctubre de 1844, cuando cumplimentaron las preguntas remitidas por las Comisiones de Monumentos (la central y la provincial) buscando conocer la existencia de elementos patrimoniales, entre esos los yacimientos arqueológicos descubiertos (Gamo, 2016, 50).

Y, sin embargo, por entonces ya algo se movía entre Montealegre y Yecla por el camino que unía ambas poblaciones siguiendo la "Cañada de Yecla". Poco se sabe de cuanto ahí aconteció hasta 1830 cuando, tras dos incendios, se produjo la tala de árboles que repetidamente se cita como origen de la erosión geológica del Cerro de los Santos, con la con-

secuente aparición de objetos debido tanto a lluvias y lavados del terreno, como a la acción humana. Campesinos, curiosos y personas eruditas debieron darse cita en aquellos parajes que llamaron la atención del almanseño José Biosca (1841-1883), quien antes de desarrollar su labor en Valencia conoció la existencia del yacimiento. Rebuscas, aprovisionamiento de piedras y utilización de restos escultóricos para la construcción… el desmembramiento había comenzado (Mederos 2014a, 158 ss.; Millán, 2016, 95). La tardía reacción de las autoridades a la alerta de Aguado no impidió nuevas remociones, lo recuerda Pascual Giménez Rubio en 1865 al señalar que en el "cerro de la hoya de los santos", en abril de 1860 "un lapidario y escultor francés" (Juan Amat) encontró esculturas: "una figura de un palmo castellano de altura esculpida en piedra refractaria del monte Aravi, que representa una señora anciana sentada en un ancho sillon, todo de una pieza... Se encuentran en el mismo punto con profusion, fragmentos de estatuaria antigua con aire egipcio en las figuras y principalmente griego" (Giménez Rubio, 1865, 46-47). A Amat el naciente Museo Arqueológico Nacional hubo de comprar muchas piezas como forma de preservar los hallazgos, incrementar colecciones, y mostrar su representatividad como imagen de la arqueología española.

EL ENCUENTRO CON LOS ÍBEROS

Por decisión del dueño del Cerro de los Santos, el Marqués de Valparaiso, el padre Lasalde encabezó los trabajos que se hicieron en el yacimiento en 1870. En la *Memoria sobre las notables excavaciones hechas en el Cerro de los Santos* se recuerda que "Verdad es que de la España antigua sabemos tan poco, que apenas los autores que se han ocupado de nosotros llegan más allá de cartagineses y romanos" (Lasalde, Gómez y Sáez, 1871, 3-5). Su visión basada en el "análisis de los objetos hallados", matizada tras 150 años de hallazgos e investigaciones, aprecia cómo los pueblos que identifica con los bastetanos fueron influenciados primero por fenicios y después por griegos, "Por eso hacemos todo español el monumento, que llamamos primitivo como lo fue el pueblo *Bastitano*, su genio creador. Este monumento será la antorcha que alumbre la oscuridad impenetrable, en que se halla sumida nuestra historia" (Lasalde, Gómez y Sáez, 1871, 49); así se dieron los primeros pasos en la identificación de la cultura de los íberos. De las apreciaciones de los escolapios se hicieron eco otros investigadores, como Paulino Savirón quien siguiendo a Lasalde identificó como "Adoratorio" el templo hallado, del que nos legó el plano topográfico y el detalle de la planta del edificio (Savirón, 1875).

Las referencias al antiguo santuario fueron multiplicadas, algunas a través de la prensa como el artículo de Antonio Rentero Villota en 1871 (revista semanal *El Liceo* de Albacete), en ese medio o en artículos el debate científico fue objeto de largas disquisiciones sobre autorías, influencias y estilos (Ramallo y Brotons, 2019, 25 ss.), como reiteradamente ha sido recogido por la bibliografía científica (entre la bibliografía más reciente Mederos, 2014, 158 ss., Ramallo y Brotons, 2019, 257 ss.).

El alto número de esculturas cuyos atuendos y rasgos eran diferentes a otros hallazgos arqueológicos, hicieron del Cerro de los Santos punto de mira en un tiempo en el que el antiguo Egipto y el Oriente Próximo eran lugares fascinantes en la arqueología del siglo XIX; por ello era sugerente evocar a aquellos imperios de la antigüedad. Pero también fue el tiempo del romanticismo que volvió la mirada hacia la Edad Media; por ello no extraña la atribución que hizo Amador de los Ríos a una autoría ya en la antigüedad tardía (Amador de los Ríos, 1862-3). Y su autenticidad fue puesta en duda a causa de las sorprendentes e imaginativas falsificaciones de Amat (Mélida, 1906, 25 ss. y 30 ss.), algunas exhibidas en las Exposiciones Universales de Viena en 1873, de París en 1878 y de Madrid en 1893 (Tortosa y Suárez, 2020) donde fueron llevadas para mostrar que en España había también hallazgos sorprendentes.

El primer gran mentor de los íberos fue Juan de Dios de la Rada y Delgado (Mederos, 2014), quien conoció las antigüedades del Cerro tras regresar del viaje a Oriente a bordo de la fragata Arapiles. En el discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia (Rada, 1875a) reiteradamente aludió a los modelos egipcios (Pérez-Accino, 2001) y griegos: "Encontramos ya en este único, pero elocuentísimo fragmento arquitectónico de las columnas, que adornaban y sostenían la imafronte del CERRO DE LOS SANTOS, corrientes de dos diversas civilizaciones, que habremos de encontrar á cada paso confundidas en los

demás monumentos que he de seguir examinando: la egipcia y la griega" (Rada, 1875a, 21), "Tenemos, pues, en las estatuas que examinamos, sobre una base marcadamente egipcia, trazos característicos griegos" (Rada, 1875a, 34).

También admitió que algunas esculturas son romanas "Procediendo de lo más conocido á lo más desconocido, de lo más próximo á lo más remoto, hallamos sin género de duda estatuas romanas (aunque alguna lleve caracteres de los llamados ibéricos ó celtibéricos)…" (Rada, 1875a, 24). Mucho después García y Bellido (1943) pensó en una cronología tardía e incluso de inicios del imperio. Posteriormente fueron estudiadas las esculturas que portaban la toga romana republicana (Balil, 1960; Noguera, 1994), así como los modelos a los que respondió la estructura y elementos del templo en lo que restaba tras su descubrimiento (Ramallo, 1993; Ramallo, Noguera y Brotons, 1998). A él hay que añadir las reflexiones realizadas por José Ramón Mélida, quien tras el análisis de las publicaciones que precedieron a la suya y la descripción del templo, examina las estatuas femeninas y masculinas para "precisar los caracteres genuinos del arte bastetano, sus rasgos, sus tipos, sus variantes, sus modificaciones y su decadencia" (Mélida 1906, 85).

El Cerro de los Santos se adelantó en pocos años a otros descubrimientos, que contribuyeron a fortalecer su adscripción a pueblos prerromanos, y a comenzar a conocer su presencia en amplios territorios del sur, sureste y este peninsular. Las publicaciones fueron sucediéndose desde el propio Museo Arqueológico Nacional con el *Catálogo* de 1883; poco después fueron los hallazgos de Cabrera de Mar en Mataró, dados a conocer por J. Rubio en 1885-1886 con el apoyo de la Associació d'Excursions Catalana (Rubio, 1888); los del Llano de la Consolación fueron objeto de un artículo de 1899 debido a Pascual Serrano (Serrano, 1899), también el Sátiro itifálico descubierto en 1870 que Engel consiguió para el Museo del Louvre (fig. 2, 1); los de El Salobral (Albacete); la Esfinge de Agost en 1893; o los de la Bicha de Balazote en 1879 y la Dama de Elche en 1897 (fig. 2, 2), entre otros.

Fig. 2: 1, Detalle de la carta de Arthur Engel a Léon Heuzey el 14 de marzo de 1891 (cortesía de P. Rouillard) e imagen del Sátiro del Llano de la Consolación (Museo del Louvre nº 2375). 2 Dama de Elche (MAN, fotografía de Santiago Relanzón).

El mismo Mélida reconoció el papel de los arqueólogos franceses en el descubrimiento de la cultura de los íberos (Salas Álvarez, 2019, 195). Adquirieron numerosas e importantes piezas para el Museo del Louvre porque la legislación española era extremadamente débil, e hicieron notables contribuciones de la mano de Arthur Engel (1892) y de Pierre Paris (1903; 1910). París y Engel excavaron en Osuna, dando a conocer los resultados en 1906, y Raymon Lantier desveló la importancia de los santuarios giennenses (Lantier, 1917).

EL CERRO DE LOS SANTOS EN LA ARQUEOLOGÍA DEL SIGLO XX

A principios del siglo XX el Cerro de los Santos tenía nuevo dueño, el abogado Julian Zuazo Palacios, a quien Amador de los Ríos (Director del Museo Arqueológico Nacional entre 1911 y 1916) animó a excavar (lo que hizo en 1914), y a publicar sus notas y apreciaciones sobre los yacimientos del término de Montealegre, lo que dio a conocer en sendos trabajos de 1916 y 1917. En 1929 señalizó el espacio que en parte había ocupado el complejo religioso mediante la construcción de un monolito.

Actividades agrícolas en el entorno o remociones de terreno no autorizadas descubrieron nuevas esculturas. Unas en 1959 fueron al Museo Arqueológico de Yecla, y causa para que Augusto Fernández Avilés –que con anterioridad se había interesado por las esculturas de Montealegre (1949)– realizara dos campañas de excavaciones en 1962 y 1963, acompañado por Joaquín Sánchez Jiménez en la primera (Fernández de Avilés, 1965 y 1966). Excavaron en la falda norte del cerro, donde hallaron materiales arqueológicos ibéricos, y en el de opuesto de la Cañada de Yecla donde localizaron una habitación asociada a materiales romanos. Y un torso con fíbula hallado en 1975 (Museo de Albacete) precedió a nuevas campañas de excavación dirigidas por Teresa Chapa en 1977, 1979 y 1991, planteadas desde nuevas perspectivas arqueológicas. Una de las catas abiertas al sur de donde estuvo el templo permitió documentar dependencias domésticas relacionadas con la vida cotidiana del santuario, y también la confirmación de cronologías romano-republicanas (Chapa, 1984a; Chapa y Martínez Navarrete, 1990). Una reciente revisión historiográfica de la investigación en el Cerro en Ramallo y Brotons (2019, 34). Recogiendo los materiales y la documentación generada sobre todo en las campañas citadas de Fernández Avilés y de Chapa, el siglo se cierra con una monografía sobre el yacimiento (Sánchez Gómez, 2000).

Fig. 3: 1 a 4 esculturas halladas durante la campaña de excavación de 1962; 5 torso con fíbula de La Téne descubierto casualmente en 1975; 6 cabeza entregada al Museo de Albacete en 1987 (Museo de Albacete, fotografía José Inchaurrieta).

Tal vez el siglo XX haya sido el gran siglo para conocer la cultura de los pueblos prerromanos, entre ellos los del levante, el sureste y el sur peninsular. Tras las rebuscas, hallazgos casuales y excavaciones realizadas en el siglo XIX, la moderna arqueología científica dirigió la mirada hacia otros lugares que, junto al Cerro de los Santos, aportaban nuevas perspectivas en el conocimiento de los íberos a través los hallazgos habidos en poblados, en necrópolis y en los lugares de culto, a la par que eran elaboradas monografías en torno a los más variados aspectos de la cultura material, así como estudios de territorio, de religiosidad y pensamiento, etc., que hoy son posibles gracias a nuevas técnicas, recursos y a trabajos interdisciplinares. En ese marco de recursos y campos para la investigación, se ha enmarcado las nuevas investigaciones realizadas en el Cerro de los Santos y su territorio (Ramallo y Brotons, 2019), presentados en este mismo volumen.

EL PADRE LASALDE Y EL CERRO DE LOS SANTOS

Liborio Ruiz Molina[1]

"Un sabio natural de Elo, un hombre anciano, dos muchachas preyeclanas y un hierofante con aire pedagógico, por un momento han sido personajes de La Voluntad. En esta corta peripecia de revivir el pasado tomó parte Antonio Azorín, el Padre Lasalde y el Maestro Yuste, y entre las piedras y los vivos comenzó la verdadera historia de las tierras altas del SE de España. La historia comienza disciplinada por la arqueología y el arte bajo el signo crítico del noventa y ocho". (Antonio de Hoyos)

En el mes de enero de 1871 finalizan las excavaciones del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo. Albacete), iniciadas en el mes anterior por orden de D, Juan Antonio Soriano, administrador del marqués de Valparaíso propietario del cerro, y realizadas por su hijo José María, el guarda mayor del término de Montealegre, un guarda apodado *el Pelaillas* y el jardinero del Ayuntamiento de Yecla Juan Bañón. Los trabajos son realizados siguiendo las indicaciones que aconseja el escolapio Carlos Lasalde Nombela (1841-1906) en su primera visita al cerro, para conocer sobre el terreno la realidad del hallazgo realizado por el relojero y comerciante Vicente Juan Amat y valorar así la importancia de los restos arqueológicos allí encontrados. (López Azorín, Fernando, 1993: 45-53).

La zona excavada se halla situada entre el cerro y la cañada que lo circunda, hacia el lado de poniente de los restos de un edificio rectangular del que se conservaban solamente cuatro filas incompletas de los sillares que formaban sus paredes y algunos baldosines de su pavimento. La importancia del yacimiento se manifiesta por la abundancia de esculturas y restos que *"en algunos sitios formaban verdaderas capas"* (Lasalde, 1880: 465-471; 567-571; 1881:166-176), aunque presentando gran deterioro al no aparecer en esa zona ninguna escultura completa.

*<< Multitud de trozos de estatua, pero ninguna entera. Abundan principalmente las cabezas y las extremidades. Pies no se encuentra ninguno por llevar todas las estatuas traje talar. Parece ser que están destruidas de intento y que las dividieron en tres partes: la cabeza, de las rodillas abajo y lo demás del cuerpo; pero de esta última parte no se encuentra ninguna entera, y si dividida en muchos pedazos pequeños. La ejecución en algunas de ellas es admirable; tienen sobre todo en las cabezas y adornos un trabajo sumamente prolijo y delicado. Cabezas descubiertas por completo sólo se han encontrado dos o tres; una con el cabello rizado y otra ensortijado....>> (*Lasalde *et alli,* 1871*)*

Carlos Lasalde Nombela (1844-1906)

[1] Liborio Ruiz Molina. Arqueólogo. Director del Museo Arqueológico Municipal "Cayetano de Mergelina" de Yecla.

Afortunadamente la excavación de una profunda zanja en la ladera situada al sudeste de aquel edificio, permitió recuperar una hermosa estatua completa y en buen estado de conservación, en actitud oferente con un vaso entre sus manos (Savirón, 1873: 177-180) También llama poderosamente su atención la presencia de unas inscripciones escritas en caracteres desconocidos en los torsos de algunas esculturas, así como en un bloque de piedra fragmentado que parece corresponder a un ara.

Las excavaciones realizadas en el Cerro de los Santos en el año 1870 y su posterior publicación en el año 1871 (Lasalde *et alii*, 1871) despierta el interés del recién creado Museo Arqueológico Nacional y de sus facultativos Rada y Delgado, Savirón Estevan, Bermúdez Sotomayor y Malibrea y Sala, entre otros (Rada y Delgado, 1875a; 1875b: 249-290; Savirón Estevan, 1875: 8, 125-129; 10, 161-164; 12: 193-197; 14:229-234; 15, 177-180). La primera comisión enviada por el MAN encabezada por Paulino Savirón y Estevan y Juan Arturo de Malibrea visitarán el Cerro de los Santos y el depósito de esculturas que el propietario del cerro el Marqués de Valparaíso guarda en dependencias de su hacienda, al objeto de valorar el alcance de los restos arqueológicos hallados en el cerro. Esto ocurría en septiembre de 1871. A esta primera comisión le seguirán las de octubre de ese mismo año, mayo 1872, julio 1875 y la del año1885 en las que intervendrá como intermediario en las compras de piezas por parte de MAN el anticuario Juan Amat, conocido como "el relojero Amat". (Rada y Delgado, 1875b: 249-290; López Azorín, 1993: 103-123).

Este será el punto de partida de una gran aventura. Aquí da comienzo, tal y como opinara Antonio de Hoyos, la verdadera historia de las tierras altas del SE de España. La historia comienza disciplinada por la arqueología y el arte bajo el signo crítico del noventa y ocho. Razón tenía cuando indicaba que la "verdadera historia comienza a construirse a través y por medio de la arqueología, pues es Carlos Lasalde, un arqueólogo, quien inicia este camino, y es precisamente *La Voluntad* de José Martínez Ruiz "Azorín" testigo de este acontecimiento". No se equivocaba tampoco Antonio de Hoyos cuando opinaba: "Las bases científicas que sentara el Padre Lasalde y el diálogo de Antonio Azorín y el Maestro Yuste, ayudó a que germinase una historia más crítica y rigurosa" (Hoyos, 1961-1962: 459).

Gabinete de Arqueología y Ciencias Naturales Colegio de las Escuelas Pías de Yecla. (Archivo Fotográfico Tani. Yecla)

En este punto principia la noble tarea de definir y fundamentar con bases científicas una joven disciplina, la Arqueología; y un arte nuevo, el arte ibérico. El generoso esfuerzo que reporta el rigor científico junto al truculento episodio del anticuario y relojero Amat, que colocó entre las distintas colecciones de piezas vendidas al MAN entre los años 1871 y 1885 un total de 37 piezas escultóricas procedentes del Cerro de los Santos que resultaron ser falsas, **(**López Azorín, 1993: 367-378; Ruiz Molina, 2007: 84-88), fue un verdadero acicate para la comunidad científica del momento y de las

siguientes generaciones de investigadores[2].

La primera noticia de la que tenemos constancia sobre el Cerro de los Santos, nos la refiere Augusto Fernández de Avilés (Fernández Avilés, 1949), indicando que Juan de Dios Aguado y Alarcón, hombre relacionado con el círculo oficial de arqueólogos españoles de la época, visita el yacimiento en el año 1860. Fruto de esta visita será un informe que elabora Aguado, donde se detallan los hallazgos que había realizado. El referido informe fue remitido a la Academia de Bellas Artes San Fernando, dando constancia del mismo a la Real Academia de la Historia. Este primer trabajo de Aguado no se ha conservado, pero sabemos que sirvió de base en el año 1862 a la primera publicación conocida sobre el Santuario del Cerro de los Santos y cuyo autor fue José Amador de los Ríos, que sostenía una filiación visigoda para las esculturas. (López Azorín, 1993: 60; Sánchez Gómez, 2002: 61; Amador de los Ríos, 1862-1863).

El historiador local Pascual Giménez Rubio, en su Memoria de Apuntes para la Historia de Yecla, publicada en el año 1865, nos da cuenta del hallazgo en el cerro, en ese mismo año de 1860, de una escultura sedente fabricada en piedra y de pequeñas dimensiones. Refiere también la existencia en el lugar de abundantes fragmentos de esculturas, que aventura en calificar de estilo egipcio y griego. (Giménez Rubio, 1865, 46-47).

Entre la edición de la *Memoria* de Giménez Rubio y la excavación arqueológica efectuada por Carlos Lasalde en el año 1870, aparece en escena Vicente Juan Amat, relojero y anticuario residente en Yecla, que a través del notario José Martínez Yuste y Juan Antonio Soriano, administrador del Marqués de Valparaíso, propietario del Cerro de los Santos, consigue permiso para excavar en el lugar donde se conocía la existencia de restos arqueológicos. A resultas de la excavación, Amat consigue extraer y reunir un primer lote de esculturas compuesto en su totalidad por "cabezas", lo que auguraba para el anticuario un prometedor futuro comercial. El hallazgo es mostrado a Lasalde, que queda impresionado. Esto hará que en compañía de Amat, Yuste y Soriano, visite el lugar de la excavación. Sobre el terreno, Carlos Lasalde observa que han quedado semienterradas un importante número de esculturas, que le serán entregadas a Amat gracias a la mediación del escolapio con el administrador. La magnitud del descubrimiento hace que Lasalde recomiende nuevas excavaciones, esta vez bajo su dirección (López Azorín, 1993, 62-65; López Azorín y Ruiz Molina, 2000, 39-50) Producto de ellas será la publicación en el año 1871 de la *Memoria de las Notables Excavaciones Arqueológicas hechas en el Cerro de los Santos*; y es, precisamente en este momento, cuando da comienzo la gran aventura arqueológica del Cerro de los Santos. La importancia que ha tenido y tiene este yacimiento arqueológico para la investigación ha sido trascendental, constituyendo un elemento referencial de primer orden para definir el arte y la cultura ibérica en el SE y el Levante peninsular.

La lectura de la *Memoria* de Lasalde nos ofrece el reflejo de un trabajo ordenado y coherente, que obedece a una metodología orientada no hacia el hallazgo de la pieza o piezas en sí, sino a poner en relación éstas con su contexto arqueológico. Para ello se hacía necesario un riguroso trabajo descriptivo y de documentación gráfica del conjunto de materiales hallados, no solo escultóricos sino también cerámicos, metálicos y de diversa naturaleza, y de lo que da buena cuenta el padre calasancio.

En síntesis, las conclusiones a las que Lasalde llega en su *Memoria* son las siguientes:

1º El templo o adoratorio había sido construido por el pueblo bastitano-Olcade, bajo la órbita de influencia egipcia. Suponía que la cultura egipcia había colonizado la Península Ibérica coincidiendo con el gobierno de la XVIII Dinastía.

[2] Hübner,1888, 1895; Engel 1892: 111-219; Paris, 1901:113-114; 1903; Mélida 1903a-d: 85-90, 1903b 470-485; 1903 c :140-148; 247-255, 1903 d: 365-372; 1904a: 43-50; 1904b: 144-158, 1904c: 276-187; 1905a: 37-42; 1905b: 19-38; García Bellido, 1943: 272-283; 1948: 403-404; Gómez Moreno, 1948, 1961: 879-949); Fernández Avilés, 1948: 360-377; 1949: 57-70; 1962. Más recientemente, Chapa Brunet, 1980a; Ruano Ruiz, 1988: 253-273; Ruiz Bremón, 1989; Ramallo Asensio, 1998: 11-70; Sánchez Gómez, 2002; Ramallo y Brotons, 2019.

2º Las cronologías fijadas por Lasalde para la actividad del santuario abarcaban desde mediados del II milenio a.C. hasta finales del siglo III a.C. La desaparición del santuario se había producido de forma violenta, siendo destruido por el cartaginés Aníbal en el transcurso de la II Guerra Púnica (218-206 a.C.).

3º Las esculturas, consideraba Lasalde, tenían un carácter votivo (exvotos) u oferente hacia la divinidad tutelar del templo.

El trabajo de Lasalde abrió una primera corriente de investigación que vino a conocerse como "tesis orientalista". Esta corriente, vigente en España en el último cuarto del siglo XIX, estará plenamente influenciada por los grandes descubrimientos arqueológicos que se estaban produciendo en esos momentos, tanto en Egipto como en Asia Menor. Dentro de ella destacarán con luz propia Juan de Dios de la Rada y Delgado y Aureliano Fernández Guerra. El primero, considerará que las esculturas del Cerro de los Santos tenían un origen greco-egipcio y que el templo debió tener las funciones de observatorio astronómico, siendo regentado por una casta sacerdotal de corte osiríaco conocedora de la antigua ciencia caldea. Este centro de culto mantendría su actividad hasta el siglo V d.C. En cuanto al segundo, sostuvo que el Cerro de los Santos era el lugar donde se localizaba la "mansio" romana denominada Pales, que venía referenciada en los Vasos de Vicarello o Vasos Apolinares, en concreto en el tramo de la Vía Augusta que unía Cástulo con Saetabis. Consideraba igualmente que Pales debía ser un arrabal de la ciudad de Ello, (Rada y Delgado, 1875a; Fernández Guerra, 1875). Conviene recordar que los referidos vasos son cuatro piezas de forma cilíndrica elaborados en plata, siendo hallados en Italia en el año 1852, en concreto en los Baños de Vicarello (antiguas termas Aquae Apollinares), lugar donde se erigía un templo en honor a Apolo cerca de la ciudad de Roma. En la superficie exterior de los vasos viene grabado, en cuatro columnas, el itinerario de Cádiz a Roma, siendo necesario para hacerlo el empleo de 104 a 110 etapas, marcando las distancias entre ellas en millas romanas. Los vasos están fechados en el primer tercio del siglo I d.C. y con toda probabilidad debió tratarse de una ofrenda efectuada por un devoto hispano que debió acudir al lugar en peregrinación procedente de Cádiz.

Lasalde, ciertamente, había conseguido despertar el interés por el Cerro de los Santos en la comunidad científica. De hecho, y a partir de su excavación en 1870, las sucesivas intervenciones arqueológicas en el yacimiento tendrán un carácter oficial[3]. Sin embargo, su prestigio como arqueólogo se verá seriamente dañado cuando se cuestione la autenticidad de varias piezas, supuestamente procedentes del Cerro de los Santos y suministradas por el relojero Amat al Museo Arqueológico Nacional.

Amat, tras efectuar las primeras excavaciones en el cerro, había conseguido introducirse en el ambiente de la compra-venta de antigüedades a niveles que sobrepasaban el propio ámbito local. La venta del primer lote de piezas, aproximadamente unas cuarenta en número, le había procurado una relativa solvencia económica que le permitió ir aumentando sus transacciones comerciales. Son varios los lotes que consigue vender al Museo Arqueológico Nacional entre los años 1871 y 1885, en concreto se han documentado seis, arrojando un total de 365 piezas escultóricas y 49 piezas de diversa naturaleza (cerámicas, vidrios, objetos metálicos etc.), resultando que 33 de las esculturas eran falsas. Además, y como problema añadido, no todo el material escultórico considerado como autentico procedía del Cerro de los Santos. Por todo ello, Amat, recibió del Museo Arqueológico Nacional la respetable cantidad de 47.230 pesetas. (López Azorín, 1994, 178) El negocio, pues, resultaba más que rentable y la estrategia planteada en las ventas parecía la idónea: en cada uno de los lotes vendidos iba colocando un pequeño número de falsificaciones.

[3] A la campaña de excavaciones arqueológicas efectuada por Carlos Lasalde en el año 1870 le sucederán las siguientes intervenciones: Paulino Savirón (1871); Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Albacete (1879); Arthur Engel (1891); Juan Zuazo Palacios (1914); Augusto Fernández Avilés (1962) y Teresa Chapa Brunet (1979, 1980 y 1981); Sebastián Ramallo, Rubí Sanz y Francisco Brotons, (2013)

Consciente Amat de la tesis que sostenía Lasalde en cuanto al origen del santuario y advirtiendo que el Museo Arqueológico Nacional no había reparado en las falsificaciones de la primera y la cuarta venta (años 1871 y 1872 con 8 y 9 piezas respectivamente), decide incluir en el lote vendido en el año 1875 diez nuevas piezas falsas. En esta ocasión su osadía llega a extremos de alto riesgo. En ellas hay un pronunciado estilo egipcio, no solo por el tratamiento en la ejecución de las esculturas sino también por la propia iconografía de las representaciones: Horus, Osiris e Isis. Para acentuar más su filiación, incluye en cinco de ellas inscripciones jeroglíficas (López Azorín, 1994, 122). Ello evidencia, en mi opinión, que el anticuario había valorado en exceso la hipótesis de Lasalde, viendo en ella un seguro a perpetuidad de su particular negocio. Pensemos que desde que Lasalde publica la *Memoria* en el año 1871, en la que plantea el origen egipcio del santuario y hasta el año 1875 en que se produce la venta del lote de esculturas antes referenciado, nada había en los restos arqueológicos que permitieran demostrar de forma concluyente la tesis del escolapio. De manera que, Lasalde, conocedor de estas nuevas piezas, volcará todo su esfuerzo en estudiar las inscripciones jeroglíficas, consiguiendo descifrar el significado de las mismas. Para él, esto suponía tener la prueba irrefutable de lo que hasta la fecha había venido sosteniendo. Debió sentir, sin duda, lo que nos refiere *La Voluntad* de Azorín en el Capítulo XVI de la primera parte, recordemos:

> << *Es nervioso, excesivamente nervioso; a veces cuando experimenta una satisfacción o un disgusto, sus manos tiemblan y todo su cuerpo vibra estremecido.*>> (Azorín, 1997, 197).

Hasta tal punto debió llegar la obsesión de Lasalde por lo egipcio en referencia al santuario y tan confiado estaba ante la coherencia resultante en la interpretación de los signos jeroglíficos, lo que le reafirmaba en su convencimiento en la incapacidad de Amat para falsificar tales piezas, no solo por la pericia técnica de esculpir la piedra sino también por la falta de conocimientos en arte y arqueología que creía en el anticuario, que incluso no atendió a las consideraciones de uno de sus colaboradores en las excavaciones, el Padre Sáez, que ya en el año 1871 había puesto bajo sospecha a Amat, tras la primera venta efectuada al Museo Arqueológico Nacional. (López Azorín, 1994, 116-117).

Lasalde, en la creencia de lo trascendental de su descubrimiento, publicará en *Semanario Murciano* en el año 1880 el estudio de tres de las piezas que contenían las inscripciones jeroglíficas, incluyendo un detallado trabajo de trascripción e interpretación de las mismas. (Lasalde, 1880: 115, 118, 119, 120)[4].

En mi opinión, Lasalde estaba en lo cierto al pensar que Amat era incapaz de falsificar estas piezas o cualquier otra de las que había vendido al Museo Arqueológico Nacional; pero de la misma manera creo que subestimó hasta donde era capaz de llegar como anticuario. Pero, si no las falsificó él ¿quién lo hizo? Hasta la fecha no se había podido despejar este interrogante. Se ha sugerido que estas falsificaciones pudieron ser adquiridas por Amat fuera de Yecla, en alguna de sus muchas transacciones comerciales efectuadas en Valencia, Cataluña o Andalucía. Sin embargo, todo parece indicar que estas falsificaciones pudieron haber sido realizadas en Yecla por una tercera persona, que en estrecha relación con Amat participaría del negocio. Nos referíamos con anterioridad a que el historiador local Pascual Giménez Rubio en su *Memoria de Apuntes para la Historia de Yecla* daba la noticia del hallazgo en el año 1860, en el paraje de la Hoya de Los Santos, de una pequeña escultura sedente fabricada en piedra y de pequeñas dimensiones. En opinión del propio Giménez Rubio parecía "ser imitación de una momia egipcia por el aire de su traje y aptitud; aunque por su aspecto también podía ser un ídolo del gentilismo". Sin embargo, nos oculta la identidad del descubridor, indicando al respecto que fue "un lapidario y escultor francés" establecido en Yecla". (Giménez Rubio, 1865, 46-47).

[4] Las piezas que contenían escritura jeroglífica estudiadas y publicadas en el Semanario Murciano por Carlos Lasalde fueron: una escultura femenina, una piedra que sirvió de plinto a una escultura y un obelisco al que según Lasalde la faltaban la base y la coronación. En el caso de esta última pieza el escolapio transcribió y tradujo el siguiente texto que hacía alusión a un episodio de la historia de Egipto, en concreto a la unificación del alto y el bajo Egipto: *"cuando el ejército valeroso de Amosis subió al alto Egipto la corona de las dos regiones, rechazó a los nubios y reunió las dos regiones amadas. Destrozó a los rebeldes de Etiopía cuatro veces. Defendió el reposo de Tacha. Edificó los templos de la tierra de Tebas y de Menfis"*

Depósito de esculturas ibéricas del Cerro de los Santos. Colegio de las Escuelas Pías de Yecla. (c.1907) Archivo fotográfico Tani. Yecla)

La posible relación de este lapidario y escultor con Amat parecen cobrar sentido, máxime cuando al consultar el Libro-Padrón de Habitantes de 1861-1862 en el Archivo Histórico de Yecla, comprobamos que el único francés residente en ella es un tal Carlos Bollier, de 32 años de edad y de profesión picapedrero. Sin duda, se trata del lapidario al que se refiere Giménez Rubio, y es muy posible que sea el falsificador que andamos buscando[5]. (Ruiz Molina, 2002: 169-170; 2005: 204; López Azorín y Ruiz Molina, 2007:65).

A pesar del grave error cometido por Lasalde y que en su momento vino a enturbiar su prestigio como arqueólogo, hemos de reconocer, que la excavación y posterior publicación de la *Memoria* abrieron una nueva línea de investigación sobre un periodo histórico de la Península Ibérica desconocido en esos momentos, y por tanto no definido. Consiguió también despertar el interés en prestigiosos investigadores de la época, lo que procuró una intensa labor de investigación en torno al Cerro de los Santos que se ha mantenido activa a lo largo de los últimos ciento cincuenta años.

[5] Carlos Bollier. Desde el año 1861 consta como vecino de Yecla en el padrón de habitantes. Sabemos que entre los años 1859 y 1868 trabajó como maestro cantero en las obras de construcción de la Basílica de la Purísima Concepción de Yecla, bajo las órdenes de los arquitectos Jerónimo Ros Giménez, primero, y José Zacarías Camaña Burcet, después. También fue notoria su actividad como lapidario, no solo en Yecla sino también en las comarcas circundantes. Ejemplo de ello es la lápida conmemorativa que labró, y que hoy en día se conserva, para la inauguración en el año 1857 de la Casa de la Torre en Sax (Alicante)

DE PAPELES Y DE PIEZAS. LA DOCUMENTACIÓN SOBRE EL CERRO DE LOS SANTOS

Blanca Gamo Parras[1]

Dejo este trabajo a mis sucesores, si es que hay. Sobre el Cerro mismo no hay más cosas que esperar. Cien veces anegado por las aguas torrenciales y removido por los hombres, la roca está casi al descubierto y no puede ofrecer nada más; (Engel, 1892, p. 79. Trad. Millán, 2016, p. 766)

INTRODUCCIÓN

En la historia de la investigación arqueológica hay bastantes ejemplos de yacimientos cuyas circunstancias han sido excepcionales. Unos porque se trataba de lugares o acontecimientos "míticos" sin localizar: baste con recordar los afanes de Schliemann por encontrar Troya, o los de otros investigadores por ubicar el lugar de la batalla de Teotoburgo que acabó con tres legiones romanas en el año 9 a.C., y que no fue encontrado hasta 1987; en otros porque su descubrimiento ha supuesto el reconocimiento de culturas cuya existencia hasta ese momento solo se conocía por las fuentes textuales. Este es el caso del Cerro de los Santos, aunque el camino hasta llegar al consenso sobre sus hacedores ha sido largo, y el relativo a la cronología de sus restos materiales aún está en parte en discusión (sobre todo en relación a la escultura).

Hay numerosas muestras del vigor que el yacimiento sigue teniendo. Entre todas ellas destaco las recientes campañas de excavación, en los años 2013 y 2014 por un equipo encabezado por el catedrático de la Universidad de Murcia Sebastián Ramallo; la investigación y posterior defensa de la tesis doctoral de Francisco Millán en la misma Universidad de Murcia, quien en una de sus secciones analiza de forma exhaustiva los datos conocidos sobre el yacimiento hasta ese momento, revisa y cuestiona la veracidad de algunos datos asumidos por los investigadores como el repetido desde los primeros estudios de que el sitio era conocido como Cerro de los Santos desde finales de la Edad Media (Millán, 2016, pp. 64 y ss.); los estudios sobre aspectos tradicionalmente poco tratados como son los relativos a su exposición fuera de España: Exposición Universal de Viena de 1873 (Chapa y González Alcalde, 2013) y las Muestras Internacionales de Arqueología de Roma en 1911 y 1937 (Tortosa (ed.) 2019); o el nuevo catálogo completo y agrupado de las esculturas conservadas en los museos (Ramallo Asensio y Brotóns Yagüe (coord.), 2019).

Por tanto, este artículo pretende recoger y sintetizar la historia de la formación de las distintas colecciones (de papeles y de piezas); de las que se conocen y de las perdidas y destruidas, para completar la visión de un yacimiento cuya trascendencia queda probada de forma suficiente y elocuente.

[1] Museo de Albacete.

LAS COLECCIONES. FORMACIÓN Y DISPERSIÓN

Del mismo modo que la investigación en torno a un lugar que parecía agotado continúa revelando datos importantes, nuestro conocimiento sobre la información, formación y dispersión de sus colecciones aún no puede darse por concluida.

Sobre las piezas del Cerro de los Santos en los distintos museos y colecciones mucho se ha escrito, aunque hay que destacar en primer lugar la aportación de Augusto Fernández de Avilés (sobre la colección Velasco en el MAN, 1943; las primeras investigaciones en el Cerro, 1949; la del colegio de los PP. Escolapios en Yecla, 1948; o el Museo de Albacete, 1962) como parte de su tesis doctoral no publicada; también la de Mónica Ruiz Bremón en su trabajo sobre los exvotos del santuario (Ruiz Bremón, 1989), o más recientemente las contenidas en el catálogo de esculturas (Ramallo y Brontóns, ed., 2019) entre las que destaco la aportación de R. Sanz en lo que se refiere al Museo de Albacete.

No pretendo trazar una historia detallada de cada una, de su formación y periplo, para ello basta remitirse a los trabajos mencionados anteriormente, pero la simple enumeración de los lugares, instituciones y personas que en uno u otro momento han tenido relación o tenencia de alguna pieza (mayoritariamente escultura en piedra) ofrece una rápida idea de la dispersión de sus restos, de los orígenes diversos de las colecciones, y de la fatalidad del yacimiento, a diferencia de la mayoría de los enclaves arqueológicos, sobre todo los que tienen la suerte de ser excavados en la actualidad, cuyos restos se procuran completos y unidos en un mismo lugar.

Así hay piezas del Cerro de los Santos en el Museo Arqueológico Nacional, en el Museo de Albacete, Museo Arqueológico de Yecla, Museo del Louvre, Museo de Murcia, Museo Municipal de Valencia, Museo de Arqueología de Cataluña, Museo Arqueológico comarcal de Orihuela, Museo de Menorca, Museo Arqueológico de Elda y Museo Castell de Peralada, además de las piezas que puedan formar parte de colecciones particulares. Esta circunstancia permite mantener la esperanza de nuevos hallazgos, como ya planteó en su día M. Ruiz Bremón (1989, p.75):

> *Naturalmente no se puede excluir la posibilidad de que nuevos hallazgos amplíen las citadas colecciones, así como tampoco que puedan "reaparecer" piezas consideradas perdidas o nunca conocidas, dadas las peculiares características y la amplitud cronológica del proceso de "descubrimiento" de este yacimiento.*

Recientemente Teresa Chapa ha fijado de manera precisa el periplo seguido por la "famosa" cabeza nº 3 de la colección Velasco (Chapa, 2017a), cabe esperar que en un futuro, quizás optimista, salgan a luz otras piezas que formaron parte de colecciones del siglo XIX, y también nueva documentación, alguna perdida de antiguo, como el famoso informe de Juan de Dios de la Rada y Delgado a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando que fue el que puso en conocimiento de la comunidad científica la existencia del Cerro de los Santos.

LA LÍNEA DEL TIEMPO DE LOS DESCUBRIMIENTOS EN EL SIGLO XIX

En 1830 se produce una tala de árboles para conseguir pastos para el ganado y como consecuencia, el terreno queda descarnado y empiezan a aflorar restos de construcciones y de esculturas. Así lo relatará años después el comisionado del MAN Paulino Saviron (1875).

Las visitas al yacimiento para recoger piezas, y el uso de los restos que afloraban para ser usados como material de construcción empiezan a ser habituales. Los primeros testimonios conservados se refieren a la visita en abril de 1860 de un escultor y lapidario francés establecido en Yecla que extrajo algunas piezas, entre ellas una dama sedente (Giménez Rubio, 1865, 46).

Meses después, en julio o agosto (pues hay cierta confusión en las fechas), Juan de Dios Aguado y Alarcón, un propietario aficionado a la arqueología, viaja desde Corral Rubio a Montealegre para comprobar qué había de cierto en lo que se decía del Cerro, y así lo relata él mismo en un artículo publicado en 1875, que fue escrito para reivindicar su papel en

los hallazgos. No era el primero ni sería el último, pero su exploración fue fundamental pues como consecuencia de la visita, Aguado hizo un informe para la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando dando cuenta de lo encontrado y poniendo sobre aviso a las autoridades de la importancia del sitio (aun así, se tardó más de diez años en actuar).

Su informe, así como los dibujos realizados (álbum) fueron usados por José Amador de los Ríos y parcialmente publicados por él; por tanto se podría decir que la suya será la primera publicación de piezas del Cerro, aunque no tuviese el eco esperado pues las adscribió a época visigoda (Amador de los Ríos, 1863, 5-23); el cuaderno de notas de Aguado lo tenía a principios del s. XX Pascual Serrano (maestro de Bonete aficionado a la arqueología y colaborador de los investigadores franceses), allí lo vio y usó Pierre Paris, como él mismo relatará (1903, vol. 1, 42 y 43). En la actualidad toda la documentación de Aguado está perdida salvo su escrito de remisión a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando que acompañaba al informe (fechado a 31 de julio de 1860), aunque quizás algún día puedan aparecer el informe original o la copia remitida en octubre de ese año a la Real Academia de la Historia. Y del mismo modo la colección que pudo reunir se encuentra en parte perdida (p.e. el capitel) y en parte dispersa (p.e. una cabeza mitrada en el Museo de Murcia).

Serán las rebuscas del vecino de Yecla Vicente Juan y Amat, realizadas a finales del año 1870, las que precipiten las intervenciones posteriores: las encargadas por Juan Antonio Soriano, el administrador de la finca donde se encuentra el Cerro de los Santos, a su hijo y algunos trabajadores que fueron "controladas" por los escolapios de Yecla, (C. Lasalde, T. Sáez del Caño y M. Gómez) a fines de ese mismo año o inicios de 1871, y cuyos resultados serán publicados en unas memorias redactadas por los padres escolapios ese mismo año; y las de los comisionados del MAN a finales de 1871 cuyos resultados publicará Paulino Savirón en 1875.

Amat además de lo obtenido con sus trabajos — no se sabe exactamente cuánto sacó pues Lasalde, la principal fuente de información, se contradice en sus escritos, de tres carros a unas pocas—, comprará a labriegos y otros buscadores, y se constituirá en el mayor vendedor de piezas: para particulares, y sobre todo para el recientemente inaugurado Museo Arqueológico Nacional, al que venderá lotes en 4 ocasiones. Desgraciadamente, en algunos de los lotes incluiría algunas piezas falsas junto a las originales, lo que provocó graves distorsiones en el reconocimiento de una cultura que apenas era conocida.

En 1879, la joven Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de la provincia de Albacete también realizará una corta intervención de la que queda el relato tanto en el *Libro de Actas de Sesiones* de dicha comisión, como en el informe entregado a la Real Academia de la Historia en 1880 (Gamo, 2019, p. 212).

Y ya en 1891, Arthur Engel realizará una nueva intervención, que será la última "autorizada y narrada" de este siglo del descubrimiento (Engel, 1892)[2]. Sus visitas y recogidas serán completadas por Pierre París que se desplazará a estos lugares unos pocos años después y seguirá recogiendo para las colecciones francesas.

Mientras, el acopio y expolio del yacimiento proseguían pues aún quedaban numerosas piezas; así se lo contaría el padre Antonio José González (cura en Montealegre) a Joaquín Roa y Erostarbe (Roa, 1894, vol. 2, p. 193):

> *Todos los filones de estos hallazgos están agotados, no obstante lo mucho que había en el Cerro de los Santos, retratado por los franceses. Pero si aun se pretendiera fundar o enriquecer algún museo con objetos de allí extraídos, abundantísimos los obtendrían, deshaciendo las paradas y el dique que existe en la cañada que hay al pié del celebre cerro, dique y paradas, pues son estas muchas, y aquel grande, hecho, por la casa del Señor de Montealegre, Marques de Villafuerte, y por su señora la Marquesa de Villahermosa y Valparaíso, para contener y distribuir las aguas pluviales. Todas aquellas obras están formadas de piedras labradas, cabezas y fragmentos de estatua*.

[2] Con posterioridad ha habido nuevas campañas arqueológicas, tanto en el siglo XX como en el XXI: 1962 y 1963: excavaciones de Augusto Fernández Avilés, la primera codirigida por Joaquín Sánchez Jiménez, director del Museo Arqueológico Provincial de Albacete; 1977, 1979 y 1981: excavaciones dirigidas por Teresa Chapa Brunet; 2013 y 2014: campañas de excavación dirigidas por Sebastián Ramallo, Francisco Brotóns y Rubí Sanz

LAS COLECCIONES Y SUS PROTAGONISTAS

Además de Aguado, de Amat, de los propietarios del Cerro, del administrador Soriano, de los padres escolapios de Yecla, del Museo Arqueológico Nacional, de la Comisión Provincial de Monumentos de Albacete, y de los franceses Engel y París, protagonistas de las líneas anteriores, numerosas personas tuvieron piezas del Cerro como consecuencia de rebuscas, compras, donaciones, etc.

Algunos eran ricos propietarios, muchos de ellos dentro de los círculos políticos y de poder; otros religiosos de la zona; también hubo comerciantes y coleccionistas; y jornaleros y vecinos del entorno. El número exacto nunca lo sabremos, pero sí conocemos a algunos, y hasta podemos saber, en ciertos casos, qué fue de las esculturas que poseyeron.

Uno de ellos fue **Miguel Rodríguez Ferrer**. Gobernador civil de Murcia en 1870 (Engel, 1892, 51), también lo fue de Albacete en 1876 y de Álava. Según Fernández de Avilés compró su colección a Amat antes de 1875 ya que Rada incluye la imagen de una de ellas en su discurso de recepción en la Real Academia de la Historia (Fernández de Avilés, 1943, 365). Las piezas acabaron formando parte de los fondos del Museo de Álava, tierra a la que Rodríguez Ferrer estuvo muy vinculado toda su vida, aunque antes habían estado en las colecciones de la Sociedad de Estudios Vascos. En 1954 se hizo un depósito de las piezas en el MAN y en 1978 una de las cabezas vino en depósito al Museo de Albacete, donde se exhibe desde entonces (fig. 1.a).

Fig. 1. (a). Colección Rodríguez Ferrer. Depósito Museo Arqueológico Nacional en el Museo de Albacete; (b). Colección Velasco. Depósito Museo Arqueológico Nacional en el Museo de Albacete; (c). Donación Zuazo. Museo de Albacete. Fotografías: José Inchaurrieta

Bernabé Morcillo de la Cuesta, también compró a Amat (según Engel recogido en Fernández Avilés, 1949, 10). Era marido de Joaquina Bernuy y Valda hija de los marqueses de Valparaíso y condes de Montealegre. Aunque su mujer murió en 1858 pudo mantener contactos en Montealegre, de hecho, según Hübner (1888, 238) era el dueño del sitio. Fue diputado canovista por Almería, y quizás conseguidor de piezas para Cánovas del Castillo. De su colección nada más se sabe.

José María de Rojas y Galiano, Marqués del Bosch, era hijo de la almanseña María del Rosario Galiano y Enríquez de Navarra. Político canovista y diputado por Alicante, era una de las figuras provinciales a quien se solicitó su colaboración con el préstamo de piezas para la Exposición Universal de Paris de 1878 (Sanz Gamo en Ramallo y Brotóns (ed.), 2019, 133). De su variada colección, Pierre Paris fotografió en 1897 dos esculturas que en la actualidad se encuentran en el Museo Arqueológico Comarcal de Orihuela. Fueron regaladas por el marqués al jesuita Julio Furgús para su Museo de Antigüedades, antecedente del actual museo oriolano.

Miguel Galiano, rico propietario almanseño tenía, según Engel, dos o tres cabezas y un exvoto en forma de buey no identificados en la actualidad. Pierre Paris, en 1897, 1898 y 1899 ya no tuvo accesos a las mismas pues su pista se había perdido (Ramallo y Brotóns (ed.), 2019, 205).

Enrique Fuster, conde de Roche, fue miembro de la Comisión provincial de monumentos de Murcia para cuyo museo donó, en 1888, una cabeza masculina que poseía.

José Palao Marco estaba de sacerdote en La Concepción de Yecla en los años del descubrimiento. Tras su muerte en 1890, sus herederos vendieron a Pierre París algunas piezas para el Museo del Louvre en 1898, además de un catálogo manuscrito con dibujos. Años después con el intercambio de 1941, volvieron dos esculturas (una cabeza femenina y un brazo) e ingresaron en el Museo Arqueológico Nacional.

Antonio José González era el cura-párroco de Montealegre del Castillo, la persona que se entrevistó con Roa y con Engel en 1891 a quien regala una base de estatua para el Museo del Louvre y le sirvió de intermediario para otras compras; en 1892 fue nombrado párroco de la iglesia de Santa Catalina de Murcia, y es entonces cuando donó algunas piezas, tanto del Cerro como del Llano de la Consolación para su museo. Con anterioridad, también los PP. Escolapios habían cedido para el museo algunas esculturas en 1887.

Pedro González Velasco, fue un famoso médico fundador del Museo Antropológico en su residencia (hoy Museo Nacional de Antropología). Gran coleccionista tuvo una buena colección de piezas del Cerro, adquiridas en fecha temprana, en 1868 según J. Cabré (1923, 6) y A. Fernández Avilés (1943, 367). Las piezas del Cerro pasaron al Museo Arqueológico Nacional en dos momentos: el primero en 1892, dos años después de su muerte, ingresaron esculturas masculinas y femeninas, de animales, ladrillos y objetos de metal; la segunda en 1942, con el resto de lo que quedaba. Una de las esculturas es la conocida cabeza nº 3 (a la que ya se ha hecho mención anteriormente), asignada erróneamente a Cánovas del Castillo por Pierre Paris y llamada por García y Bellido "cabeza Cánovas", entró al mercado de antigüedades y fue comprada por el coleccionista Miguel Mateu y Pla, a cuya colección del Castell de Perelada pertenece, aunque a finales del s. XIX había pertenecido a la familia Gómez de Perestorena, y quizás en algún momento a la colección Cánovas (Chapa, 2017a, 147).

En el año 1978, el Museo Arqueológico Nacional realizó un depósito de 2 de las cabezas de la colección en el Museo de Albacete (fig. 1, b).

Antonio Vives y Escudero. Este arqueólogo, numismático, catedrático y académico tuvo una extensa y variada colección que fue vendida por lotes. Su mujer era oriunda de Yecla, lo que quizás pudo influir en la adquisición de las piezas del Cerro de los Santos (Mederos 2014b, 418). Se conocen seis esculturas del Cerro que proceden de su colección: cuatro en el Museo de Arqueología de Cataluña, compradas en 1907 por la Junta de Belles Arts i Museus Artístics de Barcelona junto con otras de diversa procedencia y cronología. Son dos cabezas y dos torsos descritos por Albertini en 1912. En el Museo de Menorca se conserva la quinta, una cabeza masculina que formaba parte de la donación hecha al ayuntamiento de Mahón por sus herederos y traspasada en 1946 al museo; finalmente en el MAN hay otra cabeza masculina ingresada en 1913 y que según Mónica Ruiz antes fue de los PP. Escolapios de Yecla (Ruiz Bremón 1989, p. 76).

Miguel Martí Esteve, fue un famoso coleccionista valenciano que tuvo tres cabezas del Cerro, una de ellas había sido con anterioridad de un tal Azorín de Yecla, aunque en 1912 ya formaba parte de su colección junto con las otras dos. Tras su muerte fueron vendidas al ayuntamiento de Valencia en 1951, que las depositó en el Museo de la Ciudad y el SIAM.

Julián Zuazo y Palacios, era un arqueólogo y abogado. Fue miembro de la Real Academia de la Historia y presidente honorario de la Comisión Provincial del Monumentos Históricos y Artísticos de Albacete. Zuazo estaba casado con Isabel Bernabeu, hija del administrador de la finca La Cueva donde se encuentra el Cerro de los Santos. Zuazo tuvo permisos de excavación en los primeros años del siglo XX, y aunque no parece probable que excavase en el Cerro, su figura es importante por la labor de custodia y memoria del lugar. Donó piezas para el Museo de Albacete en varias ocasiones, de su colección (1929), de otros halladores (1944) e incluso compró para entregar al museo (1945) dos de las esculturas aparecidas en las excavaciones realizadas por la Comisión en 1879 que habían sido robadas (fig. 1, c). También su hijo, Julián Zuazo Bernabeu cedió para el museo las piezas a las que tenía derecho como propietario tras las excavaciones de 1962 y 1963.

Junto a ellos hay otros personajes a los que hay que citar aunque sea de paso pues sus ventas al Museo Arqueológico fueron importantes y contribuyeron a formar las colecciones actuales. Se trata de los anticuarios **José Ignacio Miró** y **Pedro Sánchez**. El primero vendió en enero de 1873 un lote compuesto por 30 esculturas de piedra, varios exvotos de bronce y algunas cerámicas, piezas entre las que se encontraba la Gran Dama oferente; es posible que Miró se las comprase directamente al marqués de Valparaíso aunque quizás lo hizo a través de un intermediario. Y algo similar ocurre con la venta que al año siguiente, en 1874, realiza Pedro Sánchez de 41 objetos. Parece probable que estos lotes sean parte de lo encontrado en las excavaciones realizadas por encargo del administrador de la finca, supervisada por los padres escolapios (López Azorín, 1994, 121-122). Y quizás esta sea también la procedencia de los objetos vendidos al Museo en 1872 por **Ramón Martínez García**.

Desde luego lo es de las esculturas que formarán la parte principal del Museo de Yecla, pues de la casa del administrador pasarán a las escuelas pías como cuenta el propio Carlos Lasalde (Lasalde 1893, 130, recogido en López Azorín 1994, 124).

> *…objetos quedaron en casa del Administrador; y cuando éste se ausentó de Yecla, el nuevo vecino trató de arrojarlos, lo que, sabido por mí, los recogí y deposité en el Colegio, dando cuenta de ello al señor marqués de Valparaíso, que primero mandó quien los reconociese y numerase, y después fue a reconocerlos personalmente, concluyendo por depreciarlos desatendiéndose de ellos.*

Este desapego es el que también llevó a la pérdida de piezas, sin duda debieron ser abundantes aunque solo tenemos la certeza de unas pocas, las relatadas por Engel (1891, 79. Trad. Millán 2016, 229):

> *Me habían dicho en Montealegre que existían todavía estatuas enteras en casa de un granjero de los alrededores, D. Pascual Ibáñez. Fui a descubrirlas: era verdad, pero las estatuas fueron destruidas tres meses antes por albañiles para que sirvieran en la construcción de una casa.*

Ya en el siglo XX ha habido otro tipo de pérdidas que no deberían haberse producido, y que se relacionan con la recogida y depósito de piezas del Cerro de los Santos en museos distintos al de Albacete. La primera en 1960 en el Museo de Yecla (Sanz Gamo en Ramallo y Brotons 2019, 138-139) y la segunda en el año 2000 en el Museo de Elda (Ramallo y Brontóns 2019, 231).

Pero junto a estas situaciones lamentables también se da el caso contrario, y así en 1975, ante una situación similar, el Museo de Yecla devolvió los bienes al de Albacete por intermediación de Jerónimo Molina, director del Museo de Jumilla.

No querría concluir sin mencionar, aunque sea de manera apenas esbozada, a las personas que en los últimos cuarenta años han contribuido a incrementar la colección del Museo de Albacete, (exceptuando, claro está, las intervenciones oficiales). Teresa Chapa se encargó de recuperar para el Museo de Albacete un torso procedente de la finca (donado por Carmen Montoya, nueva propietaria del lugar) y dos exvotos encontrados de forma casual por F. Velasco Steigrad (Chapa, 1980b); Teresa Pérez Cogollos donó en 1987 una cabeza de varón encontrada en la cámara de una vivienda de Almansa (Ruiz Bremón, 1992); Daniel Serrano Várez, sobrino-nieto de Pascual Serrano, entregó en 1988, seis fragmentos de escultura posiblemente restos de lo recogido cien años atrás por su pariente (Sanz Gamo en Ramallo y Brotóns, 2019, 141); finalmente, José Luis Simón García entregó por esas mismas fechas una base, también aparecida en Almansa (Sanz Gamo en Ramallo y Brotóns, 2019, 171).

Todos ellos, los autorizados y los no autorizados, los arqueólogos, los comerciantes, los coleccionistas, los buscadores…, con sus bienes constituyen las bases de las colecciones de los museos, colecciones que son de todos y para el disfrute de todos, y ese nutrido y variado elenco de personas y situaciones permite que en un futuro puedan aparecer nuevas piezas que contribuyan a completar la historia del santuario del Cerro de los Santos.

PROTAGONISTAS Y VAIVENES EN LOS INICIOS DE LA ARQUEOLOGÍA IBÉRICA: EL RASTRO DEL CERRO DE LOS SANTOS EN EL RELATO

Trinidad Tortosa Rocamora[1]

Según José Ramón Mélida (1903a, 88):

"Llevaba más que desconfianza; pero apenas paseé mis ojos por la colección, tuve el sentimiento de que se hallaban ante mí, junto a piezas difíciles de aceptar, una serie de objetos procedentes de excavaciones auténticas, los cuales formaban un conjunto arqueológico de alto interés"

La visita de Léon Heuzey al Museo Arqueológico Nacional y su observación de las esculturas originales del Cerro de los Santos.

El nacimiento y consideración académica de una 'cultura'[2] pasa por diversos estadios que, como bien se ha indicado en otras ocasiones y para otros contextos (Delpino, 2015), suele iniciarse con una etapa que podríamos llamar de titubeos, de búsquedas, de experimentación ante los primeros descubrimientos arqueológicos que ensayan dotar de espacio y tiempo propios para los objetos arqueológicos que nos hablan, irrefutablemente, del pasado. Al final, será el consenso de la investigación el que determine su integración en ese discurso. A través del azar que, conduce, en ocasiones, a los primeros hallazgos, se pasa a ensayar los códigos de lectura e interpretación de una cultura. De ello trataremos brevemente en estas páginas; donde sólo citaremos aquéllos personajes que, en los inicios de este proceso, junto a los acontecimientos que les rodearon o que les impulsaron directa o indirectamente, consiguieron que hoy podamos hablar de una 'cultura ibérica'. Una cultura prerromana de la que, a pesar de algunos escarceos documentados ya desde el siglo XVI, será en el XIX cuando comience el interés precisamente por las piezas arqueológicas halladas en el Cerro de los Santos, las protagonistas en este relato[3]. Un tiempo en el que la arqueología europea toma fuerza como disciplina científica y bebe tanto de los avances prehistóricos como de otros saberes. De forma paulatina la arqueología irá adquiriendo un notable peso social.

Iniciamos esta travesía con las palabras del primer artículo publicado en *La Ilustración de Madrid*[4], en 1871 del **Padre Lasalde** (Carlos Lasalde Nombela, 1841-1906), precisamente con el escrito del que ahora se cumplen 150 años de su publicación (fig. 1). En el texto que titula "Los primeros pobladores de España", el autor describe con detalle la

[1] Instituto de Arqueología, Mérida- CSIC-Junta de Extremadura.

[2] Estas páginas se complementan con el texto de la misma autora recogido en esta obra (Cf. Tortosa en esta obra).

[3] Para una información detallada en torno a los vaivenes de acontecimientos, instituciones implicadas y fechas en los que se sucedieron los hechos, cf. López Azorín, 1994: 61-ss. Sobre una visión completa sobre la historia de la arqueología en el territorio albacetense, cf. Gamo, 2016.

[4] La Ilustración de Madrid 1871, 67-69. Revista ilustrada editada en la capital durante los años 1870 y 1872.

Gran Dama del Cerro[5]; una imagen que se convertirá en el icono femenino de presentación del lugar y que se verá, en original o vaciado, en distintos foros internacionales, desde la Exposición Universal de Viena, del año 1873. En estos prolegómenos, varios estudios confirman el salto a contextos y protagonistas nacionales, ocupándose del tema 'Cerro de los Santos'. Entre ellos, citamos a **Juan de Dios de la Rada y Delgado**[6], quien en su *Discurso ante la Real Academia de la Historia* (1875), mantiene la conocida interpretación del santuario del Cerro como un *Martyrium* de época visigoda, lectura lejana a las propuestas posteriores. Como decíamos (Cf. Tortosa en esta obra) la datación y su adscripción cultural así como la falsificación de algunas de las piezas, fueron fantasmas que revolotearon en los inicios de este proceso; incluso a nivel internacional el escepticismo llegó a hacer dudar de la credibilidad de estas esculturas. En estas cuitas se debe nombrar a Juan de Dios Aguado y Alarcón quien en 1860, parece ser uno de los primeros informantes sobre este lugar del Cerro[7] y, aunque lejos de la estructura más oficial del hallazgo, se debe tener en cuenta.

LA ILUSTRACION DE MADRID

REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II. MADRID 13 DE MARZO DE 1871. NÚM. 29.

PRIMEROS POBLADORES DE ESPAÑA *.

Fig. 1.- Artículo de Carlos Lasalde publicado en *La Ilustración de Madrid* (13 de marzo de 1871). Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España. Título: "Los nuevos pobladores de España".

Pero volvamos a Carlos Lasalde, el sacerdote escolapio que ya se había interesado por temas arqueológicos en su primer destino en Granada pero fue, sin duda a partir de 1868, cuando es destinado al Colegio de las Escuelas Pías de Yecla (Albacete), cuando su interés se incrementará, creando un museo con materiales procedentes del entorno albacetense. En 1870 conoció los hallazgos de las esculturas del Cerro de los Santos junto a los restos constructivos del lugar. Esto le llevó a publicar y difundir la noticia en periódicos o revistas como este primer artículo que acabamos de citar. Realizó una labor de difusión *in situ,* no sólo local sino que también se acercó a medios de tirada nacional; es aquí donde reside la verdadera labor de este sacerdote. Es cierto que pensó falsamente, como otros de la época, en una influencia egipcia para estas esculturas albacetenses o que creyó verdaderas algunas de las creaciones falsas del relojero José Amat, pero este hecho no empaña su dedicación y su interés por difundir el pasado de la provincia. Además,

[5] La escultura habría aparecido en el año 1870. El administrador de la finca indicó que procedía de una zanja situada en la ladera oriental del cerro, tal y como recoge Azorín, 1994: 70-71, n. 28.

[6] Su aportación es vital para la arqueología ibérica. Fue, además, director del Museo de Reproducciones Artísticas en Madrid. Cf. Diccionario Histórico, 2009, CPR: 541-543.

[7] Cf. Amador de los Ríos, 1889: 762: "Sólo el acaso, gran descubridor de los secretos de la historia, valiéndose del celo del Sr. Juan de Dios Aguado y Alarcón en 1860, ponía de manifiesto la importancia de aquellos lugares y llamaba repetidamente sobre ellos la atención de los entendidos".

Fig. 2.-Retrato de José Ramón Mélida pintado por Joaquín Sorolla. Año 1904. - Fig. 3.- Fotografía de Léon Alexandre Heuzey. Hacia el año 1833. Eugène Pirou. Bibliothèque National de France. Wikipedia.- Fig. 4.- Sala de la *Exposición Histórico-Nacional y Etnográfica*, 1893. Archivo Fotográfico del MAN.

sus notas y dibujos serían utilizados por Paulino Savirón y Esteban[8] enviado por el Museo Arqueológico Nacional de Madrid en una comisión que mediante excavación, compra y donación, sería el intermediario con la institución madrileña (Diccionario Histórico de la Arqueología, 2009, GMR: 378-379) en la llegada de material del Cerro a la capital. Opiniones e interpretaciones que intentaban responder a la sorpresa ante estas piezas, con unos cánones de belleza extraños a los modelos conocidos en esos finales del siglo XIX; una extrañeza a la que se uniría más tarde el hallazgo casual de la Dama de Elche, un 4 de agosto de 1897 en el lugar de la Alcudia (Elche, Alicante) y del que **Pedro Ibarra Ruiz[9],** informó desde el primer momento. Hacia estos hallazgos, principalmente, se volverán los ojos de nacionales y extranjeros en un intento de determinar a qué manifestación de la historia representan, cuál es su origen y cuáles sus significados.

Del interés que había despertado el pueblo de 'los iberos' en su origen histórico ya se había hablado con anterioridad, en el contexto del siglo XIX en el que se hablaba de evolución, cuando Guillermo de Humboldt (1821) expuso la teoría del euskera como lengua más antigua de Europa, aceptando a los iberos como los antepasados de los vascos procedentes del Asia Menor u otros como Boudard que emparentaban a los iberos con los bereberes y tuareg (Philipon, 1909)[10]; aunque se ha de decir que la lingüística[11] seguía un camino diferente, en paralelo al de la historia. Como último dato en este sentido, cabría indicar que, la gran obra internacional de historia del arte de G. Perrot y Ch. Chipiez (1882-1914) no tuvo en cuenta 'la cultura ibérica'; indicio de que su confirmación como tal, a la que aludíamos, no fomentaba el consenso necesario para tenerla en cuenta en una obra de estas características internacionales (Olmos, 1996: 42).

Pero, en el relato del tradicional del origen de esta cultura ibérica, debemos integrar la información aportada por los grandes foros de exhibición que conforman las Exposiciones Internacionales en sus varias convocatorias y otorgarles el valor que tuvieron en este proceso de reconocimiento del iberismo. Este circuito de las exhibiciones permitió *el encuentro,* sobre todo, con los colegas franceses que agrupados bajo el manto de lo que se conoce como 'hispanismo francés'[12], englobaba a una serie de investigadores interesados en la arqueología española. En estos procesos de ex-

[8] Era Oficial del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios.

[9] Además, de su trabajo en el Archivo Municipal de Elche, hay que destacar sus trabajos en arqueología y su interés por la protección del patrimonio. Cf. P. Ibarra y Ruiz en Diccionario Histórico, 2009, MTP: 342-343.

[10] Ideas que serán recogidas posteriormente por Pedro Bosch Gimpera (1891-1974).

[11] Vinculado a ello, a principios del siglo XIX encontraremos la presencia del término 'ibérico' para designar, en numismática, monedas con caracteres 'desconocidos' (Cacciotti, Mora, 1995: 357-359).

[12] Cf. Rouillard, 1995; Mora, 2004.

hibición, hallamos el nombre de **José Ramón Mélida**[13] (fig. 2) que surge, de manera reiterada, en algún momento de la preparación de estas exhibiciones en las que participa nuestro país, en la temática histórico-arqueológica desde 1873 hasta 1929; o bien formando parte de los comités de los congresos que, habitualmente, se organizaban al calor de estas exhibiciones. Y también será él quien nos relate un hecho tan relevante como la obtención del *sello* de autenticidad histórica para las esculturas ibéricas, a través de las piezas del Cerro de los Santos. **Léon Heuzey** (1831-1922)[14] –Fig. 3- mostraría su escepticismo ante los vaciados de estas piezas que pudo ver en París, cuando se llevaron a la Exposición de 1878 (Heuzey 1891); sin embargo, cómo nos desvela el propio Mélida (1903a: 88), será en uno de los viajes de Heuzey a Madrid en 1888, cuando el *sabio* francés reconocerá su error: "En esto estábamos cuando vino a Madrid Mr. Léon Heuzey, que, como él dice, recibió ante las estatuas originales[15] una impresión bien distinta a la que había experimentado en París" y siempre según la voz del madrileño, así dijo Heuzey: "Llevaba más que desconfianza; pero apenas paseé mis ojos por la colección, tuve el sentimiento de que se hallaban ante mí, junto a piezas difíciles de aceptar, una serie de objetos procedentes de excavaciones auténticas, los cuales formaban un conjunto arqueológico de alto interés". Esta misma opinión la vierte el francés en un artículo publicado algunos años después, en 1891[16].Quedaba confirmado pues, que a pesar de la presencia de algunas falsificaciones escultóricas, el grueso del conjunto albacetense anunciaba en boca de la autoridad académica francesa, la puerta de entrada a la conformidad del estatus científico hacia estas piezas[17].

" […] En otra vitrina hay objetos ibéricos de carácter oriental, como ídolos de bronce […] En las instalaciones arquitectónicas que ocupan los frentes de la Sala, se ve la numerosa colección de esculturas del Cerro de los Santos, de carácter grecofenicio, reconocido en primer lugar por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, cuya opinión han seguido después sabios epigrafistas y arqueólogos de celebridad europea" (*Breve noticia de la Exposición*…, 1893: 53-55).

Al final, el estudio citado de Heuzey sirvió a Mélida como punto de partida para la publicación de siete artículos titulados "Las esculturas del Cerro de los Santos. Cuestión de autenticidad", aparecidos en la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos entre febrero de 1903 y julio de 1905. Entre los trabajos de estos dos investigadores apareció en 1901, en la joven revista *Bulletin Hispanique*[18], el artículo de **Pierre Paris**[19] (1859-1931) titulado "Sculptures du Cerro de los Santos". Nuevamente, otro experto francés se pronunciaba a favor de la autenticidad de las esculturas, dando prácticamente por finalizada esta cuestión de la autenticidad de los debates académicos. Pero, P. Paris[20] irá más lejos y este helenista francés, después de observar también la "extraña originalidad" de estas piezas en Madrid, se planteó el propósito de escribir "la historia del arte ibérico"; su *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive* (1903-1904) ayudaría, definitivamente, a definir esta cultura, no exenta, sin embargo de algunas contradicciones. En su libro, recoge con

[13] Además de la importancia en los orígenes de la cultura ibérica, fue director del Museo de Reproducciones Artísticas y también director del Museo Arqueológico Nacional, Cf. Diccionario Histórico, 2009, MDA: 431-433.

[14] El primero que defendió el espacio del arte ibérico y adquirió material ibérico para abrir en 1904, el 'Gabinete ibero' en el Museo del Louvre de París. Cf. Diccionario Histórico, 2009, PR: 329-330.

[15] Se dice, además, que se realizaron unos vaciados que el Museo Arqueológico Nacional regaló al francés con destino a la galería de vaciados del Museo del Louvre.

[16] Cf. Heuzey, 1891, 14: "M. Heuzey a pu, durant un séjour à Madrid, les ètudier [las esculturas del Cerro de los Santos] à loisir; il y a acquis la conviction qu'ils sont autentiques".

[17] Recordemos en este sentido, cómo las pinturas de Altamira son otro ejemplo donde la discusión sobre su autenticidad se mantuvo, ante la negación de algunos investigadores franceses, sobre todo, de Émile Cartailhac, quien tardaría en reconocer su autenticidad. Lo hizo a través del 'Mea culpa d'un scéptique', que publicó en la revista de L'anthropologie de 1902.

[18] Fundada por la Facultad de Letras de Burdeos, en 1899; entre sus fundadores se encuentra Pierre Paris. Esto foro dio voz a la arqueología hispana. El icono de su portada fue, desde sus inicios, el busto de la Dama de Elche.

[19] Paris se refiere a los trabajos de Heuzey y a los de Arthur Engel (1855-1935), Otro de los pioneros de la arqueología ibérica y, además, iniciaría en esta senda ibérica a Pierre Paris Cf. Diccionario Histórico, 2009, PR: 249-250.

[20] Fue director de la Casa Velázquez en Madrid y protagonista en la arqueología ibérica. Recordemos que él fue el artífice de la salida hacia París de la escultura ibérica de la Dama de Elche, Cf. Diccionario Histórico, 2009, PR: 510-512.

detalle el que será otro elemento identificativo de esta cultura, la cerámica pintada (fig. 5), material que define como indígena (Paris, 1904: 2)[21].

En este punto, debemos recordar, además, que Pierre Paris fue una especie de Hermes mensajero, si miramos esa casual invitación remitida por el erudito ilicitano Pedro Ibarra[22], coincidiendo con el hallazgo de la Dama de Elche, que llevaría al francés a esa ciudad y que acabaría con la salida, por iniciativa de P. Paris, de la emblemática escultura hacia el Museo del Louvre (Olmos, Tortosa –eds.- 1997). Allí, quizás sin pretenderlo, la Dama se coló entre las piezas orientales, en su primera ubicación. Pero, sobre todo, esta escultura ibérica, representaba el 'icono' del patrimonio arqueológico perdido, cuya ausencia estuvo presente en la memoria nacional hasta el año de su vuelta a nuestro país en 1941.

En fin, este es un diálogo entre investigadores de diferentes nacionalidades para llegar a un consenso y a unas coordenadas que puedan definir la cultura ibérica. Este es un episodio acotado dentro de un marco más complejo y con más protagonistas y matices. Sólo hemos querido mostrar aquí una parte de su proyección más europeísta[23]. Y, aunque la originalidad de la cultura ibérica tardaría décadas en apreciarse y argumentarse a través de las excavaciones, análisis territoriales, rituales o iconográficos, entre otros, la literatura y la pintura supieron otorgarle esa personalidad mucho antes:

"… con sus ojos de almendra, con su boca suplicante y llorosa, con sus mantillas, con los pequeños vasos en que ofrecen esencias y ungüentos al Señor, he creído ver las pobres yeclanas del presente y he imaginado que corría por sus venas, a través de los siglos, unas gotas de sangre de aquellos orientales meditativos y soñadores". (Azorín, José Martínez Ruiz, *Las confesiones de un pequeño filósofo,* 1904, cap. XV, 'La misteriosa Elo').

También Picasso supo captar este temperamento, cuando las observó en el 'Gabinete ibero', inaugurado en 1904, en el Museo del Louvre: su hieratismo y el sentido particular de la belleza que algunas cabezas masculinas manifestaban con los ojos grandes, almendrados y las grandes orejas que parecían escuchar a los dioses… le inspiraron; tanto fue así que incluso el genio malagueño modeló una *Dama oferente* que nos recordaría a… (Godefroy, Le Meaux 2021: 39, Fig. 16).

Fig. 5.- Lámina de cerámica ibérica procedente de la Alcudia (Elche). Depósito MAN. Imagen de P. Paris, *L'essai sur l'art et l'industrie*, 1904, 93.- Fig. 6.- Detalles de cabeza masculina del Cerro de los Santos similares a las que Picasso debió observar en el Museo del Louvre. Depósito: Museo Arqueológico Nacional, nº inv. 7586.

[21] Cf. Reimond, 2021: 91.
[22] Sobre la arqueología ilicitana y los hermanastros Ibarra, cf. Papí, 2008.
[23] Sobre los matices y cuestiones en torno a este tema, Cf. Tortosa e.p., "… Y la cultura ibérica se desveló".

1897. LA DAMA DE ELCHE NACE EN EL YACIMIENTO DE LA ALCUDIA

Ana Mª Ronda Femenia[1]

ERA EL MEJOR Y EL PEOR DE LOS TIEMPOS

El busto ibérico conocido universalmente como *Dama de Elche* emergió de la tierra de La Alcudia el 4 de agosto de 1897. La famosa frase de la novela de Dickens *Historia de dos ciudades*, nos sirve de guía para transmitir la complejidad y las contradicciones de aquel momento histórico que supuso el ocaso del siglo XIX, y ayuda a entender la trascendencia del inesperado surgimiento de la pieza más excepcional de una cultura, la ibérica, de la que entonces se desconocía todo.

A lo largo del XIX se institucionalizaron la mayoría las disciplinas científicas actuales y, de manera especial, la arqueología, que tomó carta de naturaleza propia con nuevos planteamientos teóricos emanados del *positivismo científico* (Bustamante, 1997: 211), una corriente filosófica que basaba el conocimiento histórico en la materialidad de las antiguas civilizaciones. Así fue como el *descubrimiento* pasó a tener una importancia esencial en los procesos de desarrollo científico, ya que las piezas del pasado se consideraban portadoras de la única verdad. Un ejemplo paradigmático es la propia Alcudia de Elche, que se materializó ante los ojos de la ciencia en la obra magna Illici. Su *situación y antigüedades* (1879) de Aureliano Ibarra Manzoni, firme positivista que demostró –con restos materiales extraídos por él mismo en el yacimiento y su entorno– que el solar de La Alcudia era la antigua *colonia* romana de *Illici* citada en las fuentes clásicas. Fallecido prematuramente en 1890, dejó su legado intelectual a su joven hermanastro Pedro Ibarra Ruíz, el archivero y estudioso ilicitano que siete años más tarde sería protagonista– junto a la hija del propio Aureliano, Asunción Ibarra– de la historia del develamiento puntero del yacimiento, el busto de Elche (fig. 1).

Fig. 1.-Composición de perfil y reverso del busto de Elche en fototipia de Hauser y Menet hecha con las primeras fotografías que Pedro Ibarra difundió. Publicada por Mélida el 5 de noviembre (1897, 228-229) que la califica como "busto ante romano".

[1] Fundación Universitaria La Alcudia de Investigación Arqueológica. INAPH Universidad de Alicante.

En los mismos tiempos que Aureliano Ibarra recomponía la historia pretérita de *Ilici*, surgían las primeras huellas perceptibles de la cultura ibérica en Montealegre del Castillo. En un paraje conocido desde antiguo con el revelador topónimo del *Cerro de los Santos* fueron apareciendo esculturas de un arte desconocido que semejaba mediterráneo. Las exploraciones de los padres Escolapios de Yecla las dieron a conocer en 1871 y centenares de fragmentos de esculturas fueron comprados en grandes lotes por el Museo Arqueológico Nacional entre 1871 y 1872, teniendo estas, a través de moldes producto de vaciado, su presentación oficial al mundo científico en la Exposición Universal de Viena de 1873 y la de París de 1878 (Tortosa y Suárez, 2020: 303-310). Pero aquellos descubrimientos atrajeron también a falsificadores, como Vicente J. Amat –más conocido como "el relojero de Yecla" –, que ensombrecieron los lógicos debates y opiniones sobre el incipiente arte ibérico, cuestión que fue resolviéndose con los estudios de L. Heuzey en 1891, E. Hübner en 1893, para finalmente ser J. R. Mélida, ya en el s. XX (1903-1905), quién concluyera la espinosa cuestión sobre las piezas falsas y las auténticas (Chapa y González 2013: 116-128).

Es patente que en el ambiente científico de aquel tiempo proliferaron los hallazgos, pero también reinaba la incertidumbre ante este arte inédito y, justo entonces y por azar, apareció el busto de Elche para "salvar la reputación de las Damas del Cerro de los Santos" en palabras de G. Mora (2011: 272), ofreciendo la más genuina carta de autenticidad a la incipiente historia de la cultura ibérica. La pieza, gracias a su extraordinaria calidad artística, unida a su ambigüedad formal y estética, suscitó nuevas preguntas y variadas respuestas que vinieron a enriquecer los planteamientos sobre el arte ibérico, poniéndolo en relación con el arte griego, el etrusco y el fenicio-púnico, para incluir definitivamente a la península ibérica en el círculo de la mixtura de las culturas mediterráneas antes de Roma.

No obstante, a pesar de su gran significación, cuando estaba a punto de cumplir los 100 años de su descubrimiento, tampoco ella escapó a la duda sobre su autenticidad. La publicación de tan estrafalaria sospecha (Moffit, 1996) fue rebatida con testimonios categóricos por muchos investigadores, entre ellos J. M. Blázquez (2004-2005; 2006 y 2013), R. Olmos y T. Tortosa (1996), L. Abad (1997), G. Nicolini (1997), Villarías-Robles *et alii* (1997: 241-248) y Ramos Fernández (2021), entre otros, sumándose a estos argumentos los análisis de la pieza que ratifican la antigüedad de sus pigmentos (Gómez *et alii* 2008) y la definitiva confirmación de que contuvo en su hueco dorsal los restos óseos de una cremación (Luxán *et alii* 2011) que sanciona su uso como urna cineraria.

Eran tiempos en los que el destino final de los hallazgos consistía en ser dignos de formar parte de la colección de los museos para exponerlos a un público cada vez más interesado en la historia de su pasado, y en el caso de nuestro país, por estar inmerso en una profunda crisis social, económica e identitaria que adquirió tintes de desastre en 1898 con la pérdida de Filipinas y Cuba, últimos vestigios coloniales de un pasado glorioso. Otros países europeos también vieron menoscabadas sus influencias fuera de sus fronteras y quizás por ello el interés por España se intensificó al reconocer las raíces genuinas de su creatividad. Fue la época de las llamadas *misiones* arqueológicas llevadas a cabo por figuras fundamentales como Engels, Bonsor, o el filántropo norteamericano Milton Archer Hunttington, fundador de la *Hispanic Society* de Nueva York, que viajaban a nuestro suelo patrio con el interés de profundizar en el conocimiento de nuestra cultura, vocación que se define como *hispanismo*.

La historia de la Dama se halla estrechamente ligada al hispanismo, ya que el catedrático de arqueología e historia del arte de Burdeos Pierre Paris, fue actor principal en los acontecimientos. Al parecer, espoleado por León Heuzey (Aranegui 2020: 23) viajaría por España para recabar información sobre el terreno de vestigios ibéricos, tarea que requería cultivar amistades entre los nativos, en el caso de Elche con Pedro Ibarra y también con su sobrina y con su esposo, el doctor Manuel Campello Antón, dueños de un yacimiento de comprobada fertilidad arqueológica como La Alcudia. Pero, a pesar de que sus itinerarios fueron organizados y preconcebidos (Reimond, 2021: 84), su llegada a Elche justo una semana después del hallazgo fue un albur, un increíble golpe de suerte, pues la historia de la Dama no hubiera sido la misma si no se hubiera cruzado en su camino Pierre Paris.

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Desde el primer instante, aquella imagen se reveló como una epifanía. Impactó a los jornaleros que la vieron surgir asimilándola a la *Reina Mora*, y P. Ibarra la revistió de divinidad:

> *Aquella misma noche* […] *tuve la satisfacción de admirar aquella maravilla. Veía ante mi una simbólica representación de alguna deidad primitiva local, cuyo estudio serviría de tema a no pocos arqueólogos, y, cuyo dibujo reproducirían todas las ilustraciones de Europa, tan pronto como la fotografía representara aquel sin igual portento* (fig. 2) (Ibarra1926: 196).

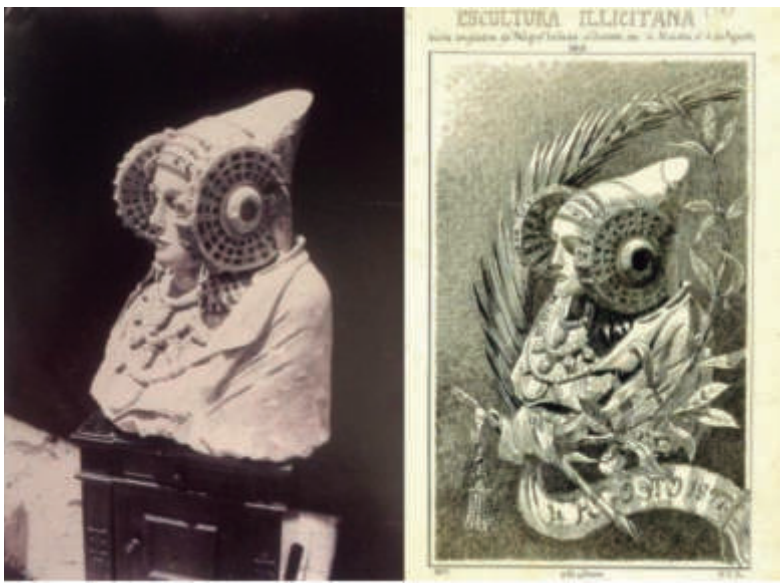


Fig. 2.-Primera fotografía realizada al busto el 5 de agosto por José Tomás Picó y Salvador Picó Martínez *(Cien años de una Dama 1997*: 93, foto 1). Dibujo de Pedro Ibarra con una composición alegórica del hallazgo inspirada en esta fotografía (Fondo documental A. Ramos Folqués. FLA).

La Dama no se encontró en un lugar insólito ni desconocido, muy al contrario. La valiosa colección de piezas arqueológicas de Aureliano Ibarra había sido vendida al Museo Arqueológico Nacional en 1891 con Pedro Ibarra, que actuó como intermediario de su sobrina Asunción Ibarra (Papí 2005:161-163). El matrimonio Campello-Ibarra era perfectamente conocedor de que en sus tierras había muchas probabilidades de descubrir piezas valiosas, ya que el propio archivero, al interrogar al capataz Antonio Galiano sobre las circunstancias del hallazgo (Ronda 2018a: 285-286), anota en su relato esa puntualización:

> *Antonio Maciá, bracero, que con otros varios están nivelando aquellas tierras para plantarlas de alfalfas y granados, por encargo del dueño de la finca Dr. Campello, ha sido el que ha tocado con su herramienta la escultura. Hubiera esta perecido indudablemente, por creerla el cavador, una de tantas piedras como venían extrayéndose de aquel sitio, sin la oportuna presencia de Antonio Galiano Sánchez, quien advertido repetidas veces por el dueño de la propiedad para que escarbaran con cuidado el terreno, allí donde se presentara alguna piedra de cantería* (Ibarra Ruiz 1926: 195).

Por su familiaridad con los dueños de la finca, así como por sus relaciones con los arqueólogos punteros de aquel momento, P. Ibarra adquirió el papel de notario y difusor del hallazgo. El 7 escribe la noticia "Hallazgo en Íllici" que se publicó en *La correspondencia alicantina* el 8 de agosto, reportaje que no trascendió al ámbito nacional por centrarse el interés en la conmoción que supuso el asesinato del presidente del gobierno Antonio Cánovas del Castillo en el balneario de Santa Águeda de Mondragón ese mismo día: "*He recibido la infausta noticia de haber sido asesinado D. Antonio Cánovas del Castillo*", apunta Ibarra en su *efeméride* nº122.

El día 9 remite emocionado carta a Pierre Paris: "*Mi distinguido amigo* […] *estoy muy contento porque he hecho un descubrimiento arqueológico muy importante* […] *ansío que V. tenga noticia del hallazgo y participe de mi satisfacción y*

alegría" (Tortosa 1996: 218-219). El miércoles 11, nada más ver a P. Paris, le pregunta si ha recibido su carta, y este se extraña de su nerviosismo, pero lo entiende todo cuando Ibarra saca, ufano, del bolsillo, una pequeña fotografía del busto (fig. 1). Cuando llega a la sala de la planta baja del doctor Campello donde estaba expuesta la escultura, la analiza en silencio, impresionado: *"elle était l'idéal enfin retrouvé des artistas ibères méconnus"* (Paris 1907: 321) y, tan solo una hora más tarde, aquella pequeña fotografía va camino del Louvre con su rendida admiración: "es soberbia… es el arte del Cerro de los Santos, pero con una rara belleza griega… es la obra indígena más bella encontrada en España" (Ramos 2021: 156, nota 225). En aquellos momentos, el busto de La Alcudia, trascendiendo fronteras, se erigió en el símbolo universal de Iberia.

La siguiente semana resultó decisiva para P. Paris. Esperaba los telegramas de confirmación en calma tensa, ya que P. Ibarra había divulgado el busto dentro y fuera del país con cartas e informes: a E. Hübner (día 9), a la Real Academia de la Historia (día 10), al Museo Arqueológico a través de J. R. Mélida y Juan de Dios de la Rada (día 11) y él mismo, el afortunado que estaba en Elche por destino. En sus cavilaciones menciona la solvencia de las personas que eran sus valedores en el Louvre, en especial León Heuzey –*"lui, qui établit victorieusement l'authenticité des sculptures du Cerro de los Santos"*– dejando patente el papel que el conservador de Antigüedades orientales había jugado en la confirmación del arte ibérico como genuino y autóctono de Iberia. El martes 17 llegó la ansiada luz verde en clave –"ofrezca de enero a abril"– hasta 4000 francos que consiguió *"...grâce au concours de M. León Paris* [su progenitor], *qui avança la somme convenue, grâce à la générosité de M. Noël Bardac* [banquero]*, qui fit au Louvre ce royal présent, à la décision de MM. Heuzey et Pottier, qui hardiment me soutinrent et firent à Paris toutes les diligences"* (Paris, 1907: 325).

La hora de la verdad había llegado. Se reúne con los esposos negociando con argumentos convincentes a sus objeciones: el Louvre les pagaría al contado, estaría expuesta en París, en la capital moderna del arte en aquel momento, en el mejor museo del mundo y llevando el nombre de Elche –*Dame d'Elche*– cosido a ella para siempre. Pero, aunque la oferta no pareció interesarles, la frase de despedida "vuelva usted mañana" le dejó un hilo de esperanza. El miércoles 18 reaparece puntual y, cuando ya lo creía todo perdido, es Asunción, la hija de Aureliano Ibarra quién accede (Ronda 2018a: 288). La venta queda zanjada y, al fin, respiró tranquilo.

La semana siguiente continuó sin cejar la *misión* que le había llevado allí y visita incansable los principales yacimientos ibéricos del SE: jueves 19 en Redován con Valeriano Aracil, viernes 20 en Murcia, el sábado 21 en Cartagena, el domingo 22 Albacete, el 23 en Almansa y Montealegre para ver el Cerro de los Santos y lo logra el miércoles 25, pero el día 26 su intención de ver la colección de los padres escolapios de Yecla quedó frustrada (Ramos 2021: 163), muy probablemente porque la noticia de su adquisición y el descontento ya corría en los círculos de interés arqueológico, de ahí las invectivas del Museo de Madrid contra el Louvre que menciona en su relato P. Paris (1907:324).

El viernes 27 regresó a Alicante, donde asistiría a una corrida de toros (T. Tortosa 1996: 217) y el lunes 30 viajó a Elche para pagar y recoger a la Dama. El martes 31 embarcó rumbo a Sète con su precioso cargamento y, una prueba más de que las noticias volaban rápido, sucedió en el viaje de vuelta. En la escala en Barcelona visita el museo arqueológico de Santa Águeda y el conservador se lamenta de los problemas que le alarman: las falsificaciones que tiene en las vitrinas y de la salida de magníficas obras al extranjero: "*El busto de Elche, ¡Por Dios! ¿no lo conoce usted?* El busto de Elche, tranquilamente, en mi camarote, se preparaba para zarpar su última etapa hacia Francia. Era hora" (Paris 1907: 325).

¡Adiós al busto! escribe el 30 de agosto, desesperado, P. Ibarra en su *efeméride* nº 124, para él, una gran pérdida que le obsesionó hasta el final de sus días. Fue el guardián de su memoria, dejándo testimonios muy valiosos, como una fotografía que coloreó con los restos de pigmentación que él mismo pudo ver recién desenterrada. En el pie de foto manuscribió los datos más relevantes de la pieza, entre ellos su errónea filiación masculina del dios Apolo, de la que nunca se desdijo

> *"Mitrha-Apolo? = Escultura en piedra de Peligro-Ferriol-Elche de 0,56 cent. de altura, hallada al sudeste de la propia loma de la Alcúdia, solar de Íllici, por Antonio Galiano en la tarde del 4 de Agosto de 1897, en tierras del Dr. Campello y que ha sido vendida al Museo del Louvre en París por 4.000 francos (al % 5.200 ptas). 30 agosto* [ilegible]*"* (fig. 3).

Fig. 3.-Fotografía manuscrita y sobrepintada por Pedro Ibarra Ruíz de 30 de agosto de 1897 (AHME-Archivo Histórico Municipal de Elche). Reproducción de la Dama pintada con sus colores originales (LA-6393. Foto J. L. Martínez Boix).

Siempre mantuvo la esperanza de que aquel hallazgo fortuito iba a atraer el interés científico y fondos que permitieran excavar en extensión, por lo que continuó haciendo de intermediario en los asuntos arqueológicos de *la loma*, y aunque pudo frecuentar las excavaciones en 1905 de Eugène Albertini –discípulo de P. Paris– y la de Vives Escudero en 1923, la fortuna no estuvo a la altura de sus sueños (Ronda 2018b: 30-39).

TIEMPOS DE LEYENDA

Ni Pierre Paris (1859-1931†) ni Pedro Ibarra (1858- 1934†) vivieron lo suficiente para ver el regreso a España de la Dama 44 años después de su marcha. En 1941 se materializó el canje entre el gobierno franquista y el del mariscal Petain de un extenso y variado lote de obras que incluía más de 30 elementos de la sección AM *Antiquités Méditerranées* del Louvre. La pieza estrella (nº AM-859) era sin duda la Dama de Elche, que regresó en tren a Madrid el 10 de febrero con el apelativo que Pierre Paris le había concedido, para quedar expuesta en la Sala 71 junto a otras esculturas romanas. Allí se mantuvo durante tres décadas, hasta que el descubrimiento de la Dama de Baza suscitó a Martin Almagro Basch la idea de reunirlas a todas en el Museo Arqueológico Nacional para su próxima reinauguración (1972), y mediante una expeditiva gestión político-administrativa consiguió que entrara a formar parte de los fondos del MAN (nº 1971/X/I), donde permanece junto a la Dama oferente del Cerro de los Santos a la que en su día le confirió autenticidad, y la Dama de Baza, constituida en la pieza clave que es prueba científica fehaciente al encontrarla con su contexto original intacto y en perfecto estado de conservación (fig. 4).

Fig. 4.-Dama oferente del Cerro de los Santos, Dama de Elche y Dama de Baza (fotos MAN).

Alejandro Ramos Folqués era el dueño y excavador de La Alcudia cuando la Dama regresa. El impacto de la noticia del retorno fue grande en los círculos científicos y, al mismo tiempo, el régimen franquista tras la guerra había asumido los bienes arqueológicos como los trofeos necesarios para visibilizar de manera propagandística el renacer de un pasado identitario glorioso que se consideraba perdido y maltrecho. Las soflamas falangistas de Ernesto Giménez Caballero o la adopción de la imagen de la Dama como símbolo del nacional catolicismo (Gutiérrez 2016:79) son ejemplo de ello.

En el ámbito local ilicitano, el sentimiento de pérdida de una pieza tan valiosa y proclamada fue asentándose con el paso de los años en un fuerte sentimiento de pertenencia y desarraigo que todavía pervive hoy. Contribuyó a ello la reconversión del relato del hallazgo que publicó Ramos Folqués en 1944 con la irrupción y el testimonio de un nuevo informador ágrafo –de nombre Manuel Campello Esclapez, casi idéntico al del Dr.–, que trastocó los datos originales acerca del punto exacto de aparición del busto, la hora y también su protagonismo, declarándose el auténtico descubridor (Ronda 2018a: 289-294). Este aspecto concreto se ha analizado en los últimos tiempos desde perspectivas variadas: la arqueológica y/o la antropológica (Albert y Rouillard 2020: 117-158; Aranegui 2018:112; Gutiérrez 2016; Ronda 2018b: 67, 104), conformando un mosaico variado y enriquecedor que incide en un mayor conocimiento y debate sobre esta pieza singular y única de la cultura ibérica en todas sus facetas historiográficas.

A pesar del tiempo transcurrido, los estudios arqueológicos y científicos aún no han ganado el pulso a la leyenda; ese es el precio que se paga al tratar con un mito. Aún así no debemos olvidar que la cultura ibérica es amplia y que sus testimonios materiales siguen apareciendo en excavaciones que, ahora, nos ofrecen datos valiosos que contextualizan estos hallazgos, en especial, en el yacimiento de La Alcudia, que parece haber encontrado en la Universidad de Alicante –ahora cumplimos 25 años– el mecenazgo que Pedro Ibarra ansiaba:

> ¿Llegará día en que poderosa sociedad adquiera aquellos terrenos y saque de las entrañas de la tierra tantos tesoros arqueológicos?
>
> *Ita sit*

LA CULTURA IBÉRICA EN LAS EXPOSICIONES INTERNACIONALES / UNIVERSALES Y SU REPERCUSIÓN EN LA ARQUEOLOGÍA EUROPEA.

Trinidad Tortosa[1]

> "El día de la inauguración nuestra sala producía un buen efecto. Lanciani quedó sorprendido porque no esperaba tanto… En el centro está una estatua del Cerro de los Santos del Museo de Madrid, y los vaciados de los relieves de Osuna en la pared… Verdaderamente nuestro misterioso país es la tierra más rica del mundo" (*Carta de José Pijoán a Ramón Menéndez Pidal* (13 de abril de 1911)
>
> *Mostra Internazionale di Archeologia*, Roma[2]

Las Exposiciones Internacionales o Universales constituyen uno de los instrumentos fundamentales para la difusión de la arqueología en Europa. Se trata de foros de encuentro que tuvieron su punto álgido en la segunda mitad del siglo XIX. Organizadas por diferentes capitales europeas y americanas su primer impacto fue modificar la fisonomía de las ciudades en las que se organizaban: recordemos la huella ineludible, actual de la Torre Eiffel en París, levantada con motivo de la Exposición Universal de 1889. El fin de estas grandes exhibiciones era la presentación al gran público de las innovaciones tecnológicas que vendrían, con el tiempo, a cambiar nuestras vidas cotidianas; fue el caso del teléfono presentado por Graham Bell en la Exposición del año 1876, celebrada en Filadelfia. Pero, también y aquí radica nuestro interés, servían como escaparates culturales en sentido amplio del término, englobando desde las manifestaciones de Bellas Artes hasta la Arqueología, Antropología, etc.

Estos foros funcionaron como puntos de atracción de la élite política, cultural e intelectual del momento y también de una burguesía urbana, cada vez más numerosa, que buscaba nuevas formas de ocio y que se interesaba por los diferentes ambientes culturales que estas exposiciones ofrecían. La atracción que despertaron se tradujo en el gran número de asistentes que convocaron[3]; allí se dieron cita tanto especialistas en las diferentes materias como visitantes; convirtiéndose en espacios *globalizadores* que propiciaron y estimularon las expectativas turísticas.

Con estos datos, es concluyente decir que estos espacios se transforman, como punto final, en foros simbólicos, identitarios; donde convergen el pasado, el presente y las miradas esperanzadoras hacia un futuro prometedor de bienestar social; no exento de algunas voces críticas que se levantaron para mostrar su desacuerdo con ese cambio

[1] IAM, CSIC-Junta de Extremadura.

[2] Cf. Tortosa 2019a: 328; BD Arch 74.

[3] A la Exposición Universal de Viena acudieron en 1873 siete millones de personas (Tortosa, Suárez 2020: 10).
Como nota del atractivo que despertaban estas exhibiciones, recogemos en la obra de Benito Pérez Galdós (2020: 28-29) una referencia a la Exposición Universal de París de 1867:"… al aproximarse el verano del 67 llegó a Madrid una persona de mi familia con un hijo suyo, mi sobrino, y me dieron la grata noticia de que me llevarían a París a ver la Exposición Universal, el acontecimiento culminante de aquel año."

de vida que, entre otras razones, proyectaba un distanciamiento de los vínculos con la Naturaleza y con estilos de vida menos *agresivos*.

En estas exhibiciones la arqueología adquirió una importancia relevante ya que en sus foros, no sólo se presentaron los nuevos hallazgos que se iban descubriendo, sino que también se debatieron cuestiones científicas en los congresos especializados que, en paralelo a las exposiciones se congregaban. En estas breves líneas incidiremos en la presencia ibérica confirmada en estos espacios a través de los protagonistas que nos convocan en este catálogo: las esculturas del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete). Para ello, hemos seleccionado tres Exposiciones que corresponden a diferentes fases del proceso que llevarán a la confirmación de los contenidos de la 'cultura ibérica': la Exposición Universal de Viena de 1873, la *Mostra Internazionale di Archeologia,* de 1911 y, por último, la Exposición Universal celebrada en Barcelona en el año 1929[4]. Si la primera representa la salida al exterior de unas piezas que todavía se duda en clasificar e interpretar históricamente; la segunda ofrece la consolidación de una *realidad* arqueológica –la cultura ibérica- inserta ya en el discurso de la historia nacional de nuestro país; mientras que, la tercera desvela, años después, la importancia de este ámbito prerromano en un foro de carácter internacional como fue el de Barcelona. A estos foros acudirán piezas originales, en algunas ocasiones, mientras que en otras será el vaciado, el modo presencial de estas esculturas ibéricas en los espacios internacionales.

Veamos con algo más de detalle, las peculiaridades de estos tres eventos.

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE VIENA DE 1873[5]

Esta exhibición pasó a la historia por ser la primera en la que se dedicaba una sección, la 24, a los 'Objetos artísticos e industriales del antiguo expuestos por aficionados y coleccionistas" (Chapa y González 2013: 118). Resulta sorprendente el hecho de que en un evento destinado a mostrar los grandes avances científicos y técnicos de cada nación se dedicara un espacio exclusivamente a los objetos arqueológicos, motivo que se debe poner en relación con el auge de las naciones históricas, que buscaban legitimar su existencia en el propio pasado.

En ese escenario, buena parte de la atención nacional y extranjera se proyectaba hacia la presencia de algunas esculturas procedentes del Cerro de los Santos[6], encontradas fundamentalmente en los años 1871 y 1872 (Chapa y González 2013: 115). Entre los 21 vaciados que viajaron a la capital austriaca se encontraba la Dama oferente, algunas cabezas masculinas o la conocida como 'pareja' del Cerro, entre otras. Estas esculturas ponían sobre la mesa, el debate en torno a dos preguntas iniciales: la cuestión de la autenticidad –puesta en duda para algunas de ellas- y el tema cronológico, de su integración en la historia. Estos titulares acompañarán estas piezas durante algunos años. En este sentido, uno de los motivos por los que la delegación española acude a esta Exposición con los vaciados del Cerro de los Santos es, precisamente, para hallar respuestas, conocer la opinión de los especialistas extranjeros sobre estas esculturas que cabalgan entre lo oriental y lo indígena (Tortosa y Comino, 2016; Tortosa y Suárez, 2020: 10-11). Este hecho lo confirmó, en su momento José Ramón Mélida (1856-1933) en uno de los trabajos que bajo el título "Las esculturas del Cerro de los Santos. Cuestión de autenticidad", fue un tema que le interesó en sucesivos números de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*: "la bibliografía extranjera de las esculturas del Cerro de los Santos es también extensa y

[4] La presencia ibérica se documenta en otras exhibiciones internacionales que han sido tratadas en el siguiente estudio, cf. Tortosa, Suárez 2020 para la Exposición Universal de París, 1878; la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica de Madrid, 1893; además de la Universal de Viena de 1873 y la Exposición Internacional de Arqueología de Roma, 1911. Para un análisis monográfico en torno a la Mostra di Archeologia de Roma, cf. Tortosa –ed.- 2019.

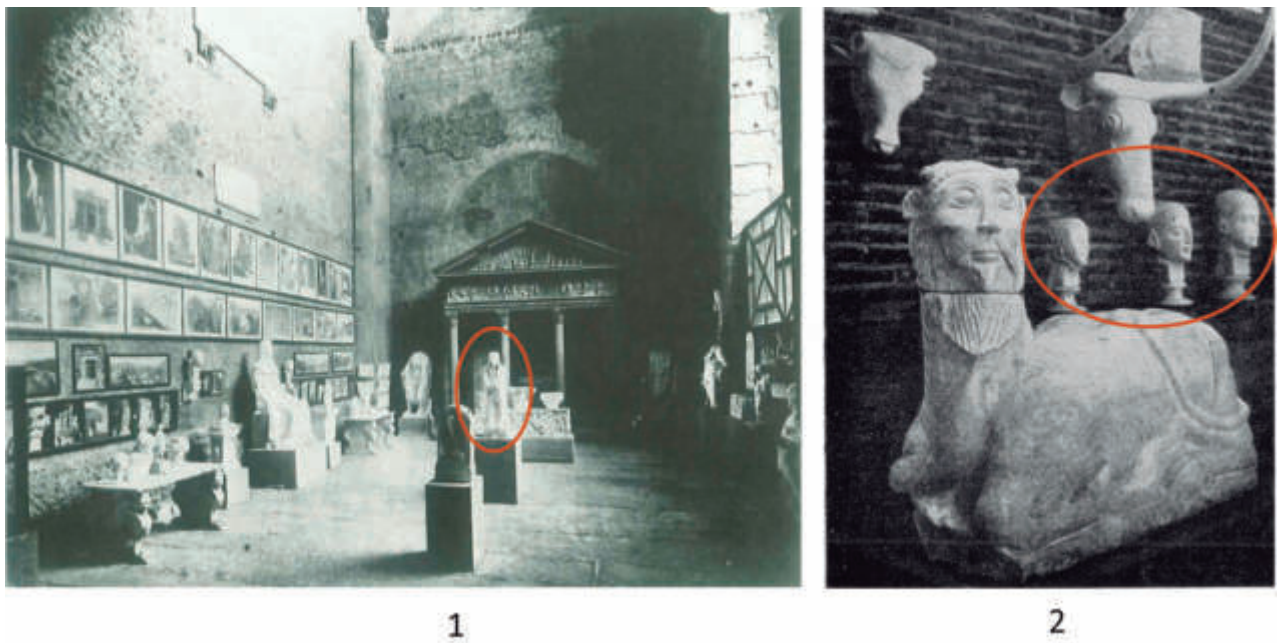
Agradecemos a Santiago Olcina la información proporcionada sobre esta Exposición.

[5] Sobre diferentes aspectos de estas exhibición, cf. Tortosa, Suárez 2020: 7-11, Fig. 2.

[6] Junto a estos materiales, al Museo Arqueológico Nacional aportaría además, piezas prehistóricas y precolombina.

curiosísima. Su punto de partida fue la Exposición Universal celebrada en 1873" (1903b: 247). Así, en 1876 se publicaron dos obras fundamentales que se ocuparon de estas piezas: *L'age de fer, étude sur l'art gothique,* de M. Henzlmann, y el artículo publicado por Emil Hübner (1834-1901) en la revista *Jenaer Literaturzeitung* que respondían, de alguna manera, al discurso de entrada en la Real Academia de la Historia, de Juan de Dios de la Rada y Delgado (1882)[7] (1827-1901). El primero imbuido, sin duda en las corrientes difusionistas de su tiempo, presentó en el Congreso Internacional de Antropología de Budapest sus reflexiones acerca de la existencia de un arte gótico rastreable desde Rusia hasta España, donde uno de los mayores indicadores lo encontraba, precisamente, en las esculturas del Cerro de los Santos, que fechó, por un análisis estilístico, entre los siglos V y VII d.C. (1876: 501-506). Esta cuestión cronológica que tuvo varias propuestas, se alargará durante un tiempo hasta que se genere consenso en torno a su verdadera antigüedad. Sin embargo, el debate que más empapó entre la comunidad científica fue el de la autenticidad de las piezas. Así, Emil Hübner, en el artículo que acabamos de citar, se cuestiona los planteamientos de Juan de Dios de la Rada y Delgado en su discurso *Antigüedades del Cerro de los Santos en término de Montealegre*, observando claros paralelos entre el arte egipcio y fenicio con el del Cerro de los Santos, señalando la autenticidad de las esculturas y las inscripciones.

Años después, en 1878, de nuevo asistimos a otra Exposición Universal organizada en París, donde nuestro país asiste, de nuevo en el caso del Cerro de los Santos, con una veintena de piezas arqueológicas –número similar a la que se expone en 1873-. Estos escaparates internacionales junto a la visita de especialistas al Museo Arqueológico Nacional,-recordemos creado el 20 de marzo de 1867-, constituyeron el germen para la publicación de obras internacionales en relación a estos temas de autenticidad y cronología de la que sería, por fin, identificada y llamada cultura ibérica que, en estos eventos, fué visionada a través de los ejemplos de este lugar albacetense[8].



1 2

Fig. 1.- Sala *Hispaniae* en las Termas de Diocleciano. Foto: Mancioli, 1983. Ubicación de la Dama del Cerro de los Santos en el centro de la estancia.- Fig. 2.- Bicha de Balazote y tres cabezas masculinas procedentes del Cerro de los Santos. Foto: Catalogo della Mostra, 1911.

[7] Unos años antes, en 1875, presentaría las Antigüedades del Cerro de los Santos. Discursos leídos ante *la Real Academia de la Historia* el 27 de junio de 1875. Madrid.

[8] Zaborowski 1880; Cartailhac 1886; Hübner 1888; Engel 1891, Paris, 1901; por citar algunas (Tortosa, Suárez 2020: 16).

En estas exposiciones la presencia del icono femenino de la Dama oferente (nº inv. 3500) o el de la pareja de oferentes[9] (nº inv. 3508) junto a algunas cabezas masculinas sirvieron como presentación de unas piezas sin representación consensuada, todavía, para la Historia.

LA MOSTRA INTERNAZIONALE DI ARCHEOLOGIA, ROMA 1911

En esta ocasión, Italia organiza los fastos para conmemorar el cincuenta aniversario de la unificación del país. Para ello se organizan diferentes exposiciones, donde los temas relacionados con los saberes humanísticos, tuvieron su sede en Roma. Es allí, donde el 8 de abril de 1911, lucirá en los espacios recuperados y habilitados para la ocasión del magnífico monumento de las Termas de Diocleciano, la *Mostra Internazionale di Archeologia*. El propio comisario de esta exposición, el profesor Rodolfo Lanciani (1845-1929), marca entre los objetivos de esta exhibición, ofrecer la imagen de la civilización romana bajo el imperio; así las antiguas provincias romanas aportan el "recuerdo de los beneficios recibidos de Roma, bajo los diversos aspectos de la vida civil o privada, y especialmente en el ámbito de las obras públicas" (*Catalogo della Mostra* 1911: 9). En este ambiente de internacionalización que mira en torno al imperio romano fuera de nuestras fronteras, se debe integrar el importante papel que supone para esta *Mostra,* la presencia del mundo ibérico entre los iconos romanos, verdaderos protagonistas del lenguaje visual del evento, procedentes de Tarragona y Mérida, entre otros.

A esta exhibición acuden buena parte de las antiguas provincias romanas, entre las que se encuentra Hispania. Todos harán gala de los objetos romanos salvo Grecia e Hispania, que introducirán además, en sus discursos expositivos la importancia del ámbito prerromano. En este momento, con una cultura ibérica ya confirmada, la presencia de la Dama oferente del Cerro de los Santos cobra sentido especial en su ubicación, en el centro de la sala (fig. 1) rodeada de piezas romanas. Así, simboliza la intencionalidad de proponer un código histórico donde la época precedente a la llegada romana adquiere su protagonismo. A la Dama del Cerro[10] le acompañan ahora, tres cabezas masculinas[11] halladas en el mismo lugar, junto a la Bicha de Balazote[12] procedente también de la provincia albacetense (fig. 2).

En esta ocasión se envían vaciados de las piezas que no regresarán a nuestro país, ya que tanto su producción como los gastos de viaje fueron pagados por el país organizador, Italia. El objetivo final que se proponen desde la capital italiana será realizar el 'Gran Museo del Imperio'; proyecto que tras muchos vaivenes se hizo realidad estable en el año 1955, con la inauguración del *Museo della Civiltà Romana,* un museo de espléndidas 'copias' reunidas a lo largo del tiempo, hacia donde la diosa Fortuna nos dirigió y nos permitió documentar algunos de estos vaciados que todavía se custodian en sus almacenes (Liberati, 2012; Tortosa –ed.-, 2019) (fig. 3).

La repercusión de esta exposición se traduce en el asombro y admiración que dejó en las retinas de quienes vieron el material de Hispania, no solo en los ejemplos romanos sino también en los prerromanos, entre ellos el material ibérico procedente del Cerro de los Santos. De estos testimonios y de la buena impresión que causan en el ambiente internacional de Roma, relata José Pijoán a Ramón Menéndez Pidal (secretario y director respectivamente de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma)[13], a través de la correspondencia que el primero enviaría a Madrid. En este sentido resulta de elevado interés el testimonio directo que nos brinda S. Arthur Strong (1911: 37), de la British School de Roma, cuando observa a la sacerdotisa albacetense portando su vaso de ofrendas (Arthur Strong, 1911: 37):

[9] Museo Arqueológico Nacional, nºs. inv. 3500 y 3508 respectivamente.
[10] Nº inv. 3500. Expediente MAN 1871/19a (cf. Tortosa –ed.- 2019, BD Catálogo, nº 15).
[11] Nºs. inv. 7586, 7537, 7508 (cf. Tortosa –ed.- 2019, BD Catálogo, nºs. 17,18, 19).
[12] Nº inv. 18529. Expediente MAN 1896/5 (cf. Tortosa –ed.- 2019, BD Catálogo, nº 16).
[13] Cf. la cita de inicio con la carta de 1911.

"The Greco-Iberian period is well represented by a seleccion of figures from the find at the Cerro de los Santos (Madrid museum) among them the stately priestess holding a vase in front of her, […]".

Fig. 3.- 3.a.- Vaciado de la Dama del Cerro de los Santos exhibido en la Mostra de 1911, Roma. *Depósito: Museo della Civiltà Romana* (MCR). Foto: Claudia Cecamore (MCR), esta fotografía.- 3.b.- Vaciado de la Dama del Cerro de los Santos presentado en la Exposición Universal de Barcelona, 1929. Cf. Universitat Autònoma de Barcelona. http://calaix.gencat.cat/handle/10687/51373, 113-ss.- 3.c.- Fotografía original de la Dama del Cerro de los Santos. Depósito: Museo Arqueológico Nacional, nº inv. 3500. Fotografía MAN (Ce.res). R. Fernández Ruiz.

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DEL AÑO 1929 se inaugura en Barcelona el 19 de mayo de 1929 y permaneció hasta el 15 de Enero de 1930. Como ocurre en estos eventos, la cita permitió la renovación urbanística y arquitectónica de una parte de la ciudad, en concreto el 'Parc de Montjuic'. Recordemos que la Universal de 1888, permitió entonces la renovación del 'Parc de la Ciutadella' que había dejado un buen recuerdo (Álbum de la sección arqueológica, 1888). La ciudad pretendía, en esta ocasión, mostrar su lado más industrial y evidenciar algunas innovaciones arquitectónicas de las nuevas corrientes que deslumbraban desde los inicios del siglo XX, como el racionalismo. Todo ello, bajo un aire mediterráneo del que son reflejo las torres que custodian el acceso principal levantadas a imagen del Campanile di San Marco (Venecia) o el Teatro Griego diseñado siguiendo el modelo tradicional de Epidauro, entre otras manifestaciones.

Conocemos las piezas a través del catálogo[14] que aparece en *El arte en España* (1929), publicado por Manuel Gómez Moreno (1870-1970). De nuevo es importante la presencia del Cerro de los Santos con dieciséis piezas; curiosamente 15 de ellas son originales mientras que se exhibe un vaciado de la Dama oferente. Aunque estamos en periodo de estudio de esta exposición, sí podemos avanzar que entre esas piezas encontramos, de nuevo, un vaciado de la Dama oferente y la cabeza original masculina (MAN-nº inv. 7508); ambas coincidieron en la *Mostra* de Roma, en 1911 y también en Barcelona (Figs. 1 y 4). Además, es interesante el espacio dedicado al mundo ibérico en esta exhibición, donde se integran,

[14] Sobre el elenco y fotografías de las piezas, cf. enlace de la Universitat Autònoma de Barcelona: http://calaix.gencat.cat/handle/10687/51373 [Consulta 18/08/2021]

otras piezas arqueológicas como las cerámicas de Elche y la Serreta (Alicante), algún material de Lezuza (Albacete) o del poblado de la Bastida de les Alcuses (Moixent, Valencia), junto a materiales originarios del Bajo Aragón.

El proyecto de esta iniciativa expositiva nació de la mente privilegiada de Josep Puig i Cadafalch (1867-1956) quien comenzaría a gestarlo ya en el año 1905. Diferentes avatares y, sobre todo, decisiones políticas, conducen a que se inaugure finalmente en 1929, haciéndola coincidir con la Iberoamericana que se preparaba en la ciudad de Sevilla (*Exposición General Española,* 1929). Las tensiones entre nacionalismo y catalanismo llevaría a que su mentor quedase fuera de la organización y que el *Anuari del Institut d'Estudis Catalans,* altavoz del Instituto del mismo nombre –IEC-[15], guardase silencio sobre este evento y sobre el *IV Congreso Internacional de Arqueología* que se celebró con motivo de la exposición, tal y como era habitual que se organizase en paralelo a estas muestras. El Boletín de la Real Academia de la Historia (*Congreso Internacional de Arqueología,* 1930)[16], proporciona los miembros del Comité organizador del mismo, integrado por el Duque de Alba -Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó (1878-1853)– como director[17]; aunque fue realmente J. R. Mélida quien fue designado como director 'efectivo'; de nuevo, hallamos la reiteración del nombre de José Ramón Mélida relacionado también a esta propuesta.

Con estas breves palabras, quizás uno de los aspectos más llamativos que subyacen en este proceso es la relación, desde la segunda mitad del siglo XIX, con el proceso de desarrollo y definición de la cultura ibérica (Tortosa, en este mismo volumen); momento estrechamente unido al descubrimiento y difusión de los hallazgos de las esculturas del Cerro y a la exhibición de los mismos. El discurso de la cultura ibérica cabalga en paralelo a estas Exposiciones Internacionales y Universales y son un elemento que nos permite entender, por ejemplo, el por qué estas esculturas aparecen en algunos títulos de la bibliografía internacional. Los fantasmas de la falsificación[18] y la datación adecuada lastraron sus inicios pero ya a finales del siglo XIX, su credibilidad fue confirmada.

Por otro lado, es indudable el papel de la Dama del Cerro de los Santos como icono femenino pero, a pesar de que la veamos en las exhibiciones de 1873, 1911 y 1929 –ya sea en original o en vaciado-, parece que su presencia siempre actúa como un recuerdo a la ausente Dama de Elche que, recordemos, se encuentra desde su descubrimiento en 1897, en el Museo parisino del Louvre. Así, nos lo recuerda, de nuevo, Arthur Strong (1911, 37) cuando escribía sobre la Dama del Cerro:

"… a word second only to the majestic "Dama di Elche", that flower of Iberic art which, alas for Spain,found its way to the Louvre, from the home of its discoverer at Elche, in the manner so wittily told by M. Paris"[19].

Y, otra vez la estela de la Dama de Elche surge, en ausencia, en el conocido cartel que publicita la Exposición de 1929 en Barcelona, donde se rescata su mirada frontal y directa (fig. 5), aunque la que se encuentra allí será la de Dama del Cerro de los Santos.

[15] Institut d'Estudis Catalans, creado en el año 1907.

[16] En este escrito, la única mujer paricipante, a la que se hace referencia es: "la señorita Cabré, sobre la cerámica del mismo yacimiento" –Las Cogotas- (Boletín de la Real Academia de la Historia 1930: 517).
Además, se indica como participación a destacar en metodología: "… la conferencia de Crawford sobre la fotografía desde aéreo aplicada a la Arqueología" (Boletín 1930: 517). Recordemos que Osbert Guy Stanford Crawford (1886-1957) fue el primero en darse cuenta de que esta tecnología utilizada en la I Guerra Mundial podía utilizarse para localizar restos arqueológicos.

[17] De la sección de prehistoria, Hugo Obermaier mientras que, de arqueología clásica, fue designado Gerhard Rodenwalt (1889-1945).Como secretario actuó Pedro Bosch Gimpera (1891-1974). (Cf. Boletín de la Real Academia de la Historia, 1930).

[18] Recordemos que la falsificación será uno de los caballos de batalla que recorrerán esa segunda parte del siglo XIX (Olmos, Tortosa 1996).

[19] "… una obra solo superada por la majestuosa 'Dama de Elche', esa flor del arte ibérico que, por desgracia para España, encontró su camino desde el lugar de su descubrimiento en Elche hasta el Louvre de aquella forma que tan ingeniosamente expresó M. Paris", cf. Tortosa, 2019c:581.

Por tanto, es innegable que las palabras Cerro de los Santos/Exposiciones Internacionales/primeros pasos hacia la definición de la cultura ibérica van entrelazadas (Cf. Tortosa, en este mismo volumen).

Fig. 4.- 4a.- Cabeza masculina del Cerro de los Santos presentada en la Exposición Universal de Barcelona, 1929. Cf. Universitat Autònoma de Barcelona. http://calaix.gencat.cat/handle/10687/51373, 113-ss.- 4.b.- Cabeza masculina del Cerro de los Santos. Museo Arqueológico Nacional, nº inv. 7508. Fotografía: MAN (Ce.res).- Fig. 5.- Cartel de la Dama de Elche, para la Exposición Universal de Barcelona, 1929. Autor: Olegario Junyent (74 x 102). I.G. Seix y Barral Hermanos S.A. Barcelona. Cf. Tortosa, Olmos 1997, 287.

CATÁLOGO

1, Torso de dama con inscripción
Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo)
Siglos IV-I a.C.
Piedra arenisca
Alto 20,5 cm, ancho 25 cm, grueso 10 cm.
Museo de Albacete, nº 00012
(Fotografía MVD)

2, Cabeza de hombre
Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo)
Siglos IV-I a.C.
Piedra arenisca
Alto 8,5 cm, ancho 7,5 cm, grueso 9,5 cm.
Museo de Albacete, nº 02957
(Fotografía MVD)

3, Pie desnudo
Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo)
Siglos IV-I a.C.
Piedra arenisca
Alto 5 cm, ancho 10 cm, grueso 5 cm.
Museo de Albacete, nº 04351
(MAB)

4, Cabeza de hombre
Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo)
Siglos IV-I a.C.
Piedra arenisca
Alto 13,5 cm, ancho 8,5 cm, grueso 9 cm.
Museo de Albacete, nº 04303
(Fotografía CCM)

5, Cabeza de hombre
Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo)
Siglos IV-I a.C.
Piedra arenisca
Alto 17,7 cm, ancho 9,5 cm, grueso 11 cm.
Museo de Albacete, nº 04320
(Fotografía CCM)

6, Cabeza de hombre
Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo)
Siglos IV-I a.C.
Piedra arenisca
Alto 17,7 cm, ancho 12 cm, grueso 15.
Museo de Albacete, nº 04322
(Fotografía CCM)

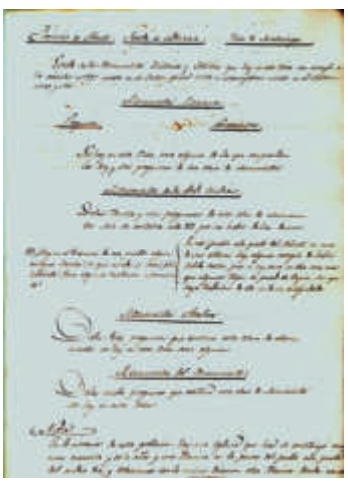
7, Cabeza de hombre
Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo)
Siglos IV-I a.C.
Piedra arenisca
Alto 19 cm, ancho 20 cm, grueso 12 cm.
Museo de Albacete (Depósito del Museo Arqueológico Nacional, nº 7508)
(Fotografía CCM)

8, Cabeza de hombre
Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo)
Siglos IV-I a.C.
Piedra arenisca
Alto 20 cm, ancho 17 cm, grueso 8,9 cm.
Museo de Albacete, nº 08538.
(Fotografía CCM)

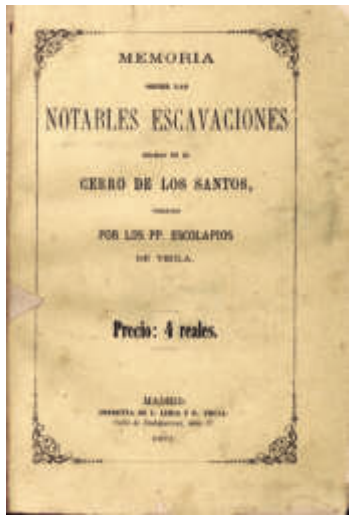
9, Dama acéfala
Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo)
Siglos IV-I a.C.
Piedra caliza
Alto 28 cm, ancho 20 cm, grueso 12 cm.
Museo de Albacete nº 5191
(Fotografía CCM)

10, Vicente Juan Amat
Cuadrante solar
Siglo XIX
Piedra arenisca
Alto 33 cm, ancho 16,6 cm, grueso 15,5 cm.
Museo Arqueológico Nacional, nº 14878
(Fotografía AGU, MAN)

11, Alberto Sánchez Aspe
Gran Dama oferente del Cerro de los Santos
Reproducción en escayola, 1957
Alto 130 cm., ancho 41 cm., grueso 38,5 cm.
Museo de Albacete nº 17571
(Original en el Museo Arqueológico Nacional)
(Fotografía MVD)



12, "Alcaldía Const(itucional) de Monteale(gre)
a la Comisión de Monumentos, adjuntando encuesta de 1844: "Provincia de Albacete –partido Judicial de Almansa– Villa de Montealegre", respuesta a la encuesta de la Comisión de Monumentos de 1844
Papel manuscrito. 20'4 x 14'5 cm y 30'6 x 21'5 cm.
Archivo del Museo de Albacete
(Fotografía MAB)


MEMORIA

NOTABLES ESCAVACIONES

CERRO DE LOS SANTOS,

POR LOS PP. ESCOLAPIOS

Precio: 4 reales.

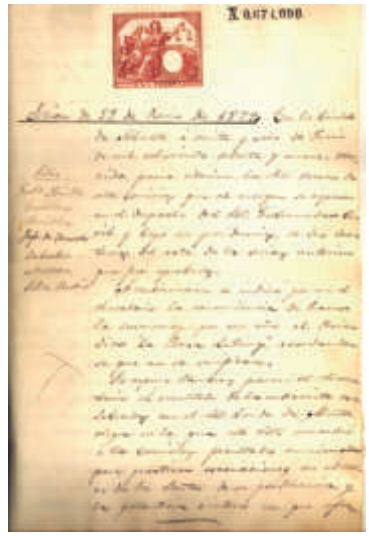
MADRID

13, PP. Escolapios,
Memoria sobre las notables excavaciones hechas en el Cerro de los Santos, publicada por los PP. Escolapios de Yecla, Madrid, Imprenta de J. Limia y G. Urosa
1871. 22'2 x 15'7 cm.
Biblioteca del Museo de Albacete
(Fotografía MAB)

14, Respuesta de Montealegre del Castillo
a la encuesta de 1928 formulada por la Comisión provincial de Monumentos de Albacete, fechada el 24 de noviembre de 1928, y firmada por Vicente Millán.
Papel mecanografiado.
32 xx 22,5 cm.
Archivo del Museo de Albacete
(Fotografía MAB)

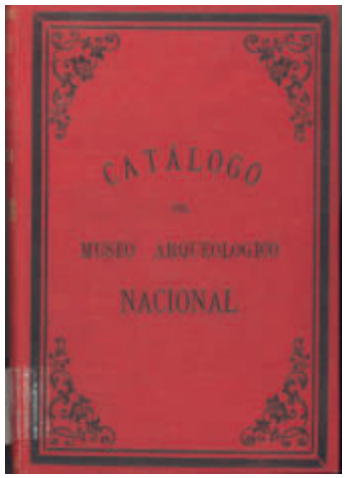
EL LICEO

15, Antonio Rentero Villota, "Cerro de los Santos",
El Liceo. Revista semanal de Literatura, Artes y Ciencias.
Año I. Albacete 23 de julio de 1871, nº 12
32 x 22'5 cm.
Biblioteca del Museo de Albacete
(Fotografía MAB)



16, Actas de la Comisión Provincial de Monumentos de Albacete, sesión de 28 de junio de 1879.
Papel manuscrito 32,5x22,5 cm. ancho
Archivo del Museo de Albacete
(Fotografía MAB)

17, G. de Humboldt
Los primitivos habitantes de España. Investigaciones con el auxilio de la lengua vasca, traducción de Ramón Ortega y Frías, Madrid, Librería de D. José Anillo, 1879.
18 x 12 cm.
Biblioteca del Museo de Albacete
(Fotografía MAB)



18, Juan de Dios de la Rada y Delgado
Catálogo del Museo Arqueológico Nacional que se publica siendo director del mismo el Excmo. Sr. Don Antonio García Gutiérrez. Sección Primera. Tomo I. Madrid, Imprenta de Fontanet, 1883.
21'5 x 15 cm.
Biblioteca del Museo de Albacete
(Fotografía MAB)

19, Rodrigo Amador de los Ríos
España, sus monumentos y artes – su naturaleza e historia. Murcia y Albacete. Barcelona, Est. Tipográfico-Editorial de Daniel Cortezo y Cía., 1889. 24,5 x 17 cm.
Biblioteca del Museo de Albacete
(Fotografía MAB)

20, Arthur Engel
Rapport sur une misión archéologique en Espagne (1891), París, Ernest Leroux Editeur, 1893.
22 x 15'5 cm.
Biblioteca del Museo de Albacete
(Fotografía MAB)

UNE FORTERESSE IBÉRIQUE
À OSUNA
(FOUILLES DE 1903)
PARIS
IMPRIMERIE NATIONALE

21, Arthur Engel y Pierre Paris
Une forteresse iberique à Osuna (Fouilles de 1903), París, MDCCCCVI.
24 x 16 cm.
Biblioteca del Museo de Albacete
(Fotografía MAB)

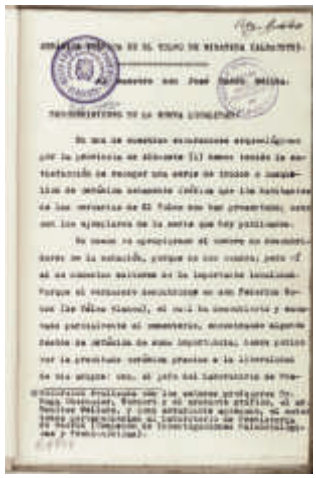
PIERRE PARIS
Promenades
Archéologiques
En Espagne
PARIS
EDITIONS ERNEST LEROUX

22, Pierre Paris
Promenades Aechéologiques en Espagne, París Éditions Ernest Leroux, 1910, y edición 1921.
19 x 13 cm.
Biblioteca del Museo de Albacete
(Fotografía MAB)

JULIÁN ZUAZO Y PALACIOS
La Villa de Montealegre
y su
Cerro de los Santos

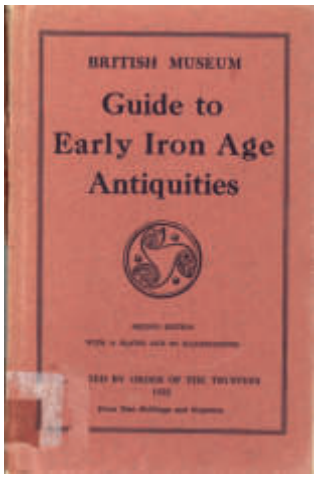
23, Julián Zuazo y Palacios
La villa de Montealegre y su cerro de los Santos (Arqueología e historia). Prólogo de D. Rodrigo Amador de los Ríos, Madrid, Imprenta de los hijos de Gómez Fuentenebro, 1916.
16 x 11 cm.
Biblioteca del Museo de Albacete
(Fotografía MAB)

24, Julián Zuazo y Palacios
Meca (Contribución al estudio de las ciudades ibéricas). Noticia de algunos descubrimientos arqueológicos en Montealegre (Albacete) (Memoria-resumen), Madrid, imprenta de los Hijos de Gómez Fuentenebro, 1916.
27'5 x 19 cm.
Biblioteca del Museo de Albacete
(Fotografía MAB)



25, Varela Herviás
"Cerámica ibérica de El Tolmo de Minateda", 1917 (original del artículo publicado en 1918, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* año XII, 382-391).
23 x 16 cm.
Biblioteca del Museo de Albacete
(Fotografía MAB)

26, Raymon Lantier
El Santuario ibérico de Castellar de Santisteban. Comisión de investigaciones paleontológicas y prehistóricas. Memoria nº 15. Museo Nacional de Ciencias Naturales, Madrid, 1917.
26'5 x 20 cm.
Biblioteca del Museo de Albacete
(Fotografía MAB)



27, Ormonde Maddock Dalton
Guide to early Iron Age antiquities in the department of British and Medieval antiquities, British Museum, 1925.
22 x 14 cm.
Biblioteca del Museo de Albacete.
(Fotografía MAB)

28, Ignacio Pinazo Martínez
Dama de Elche
Reproducción en escayola, 1907.
Altura 56 cm., anchura 45 cm., grosor 37 cm.
Museo de Albacete nº 16760
(Original en el Museo Arqueológico Nacional)
(Fotografía MVD)

A

B

C

D

29, Francisco Álvarez Osorio, *Museo Arqueológico Nacional. Catálogo de los exvotos de bronce ibéricos.* Madrid, 1941
A: Lámina 1: figuras femeninas de La Cueva y Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén)
B: Lámina 127: bronces procedentes de la Colección Saavedra, anotaciones manuscritas de Joaquín Sánchez Jiménez para piezas recogidas en Bonete y Montealegre del Castillo
C: Lámina 142: bronces procedentes de fondos antiguos del Museo, anotaciones manuscritas de Joaquín Sánchez Jiménez para siete piezas de Montealegre del Castillo
D: Lámina 145: bronces incompletos y representaciones de partes del cuerpo humano, procedentes de las excavaciones realizadas en Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén)
25'7 x 18'3 cm el texto, y 25 x 17'5 cm. caja con láminas
Biblioteca del Museo de Albacete
(Fotografía MAB)

HACIA UN NUEVO AMBIENTE CULTURAL: LO ÍBERO

J. Bustamante, dib.r y lit.r

ANTIGÜEDADES DEL CERRO DE LOS SANTOS.

TÉRMINO DE MONTEALEGRE.

LA INTERACCIÓN CON EL EXTERIOR. IDAS Y VENIDAS.

Adolfo J. Domínguez Monedero[1]

Los primeros navegantes extranjeros que llegaron a la Península Ibérica en los momentos iniciales del primer milenio a.C. no lo hicieron a los territorios que hoy consideramos vinculados a la cultura ibérica, sino que eligieron las regiones situadas en las costas atlánticas. Los fenicios, presentes en el área onubense desde el s. IX a.C. (González de Canales et al., 2004), buscaban metales preciosos, oro y plata, necesarios para dotar de instrumentos de intercambio a las sociedades urbanas que se habían desarrollado en las costas del Levante mediterráneo, en el territorio que luego los griegos conocieron como Fenicia. En estos contactos iniciales también parecen haber participado griegos, en especial de la isla de Eubea que, no obstante, a partir del s. VIII fueron concentrando sus actividades en el Mediterráneo central (Domínguez, 2017: 215-234).

La presencia fenicia, primero de un tipo más claramente comercial, acabó transformándose en colonial a partir de finales del s. IX con la fundación de una auténtica ciudad a la que llamaron Gadir y de la que la actual Cádiz constituía solo una parte, puesto que la ciudad fenicia se configuró como una entidad con diversos núcleos que, poco a poco fueron englobando la bahía gaditana (Domínguez, 2012: 153-197; Niveau de Villedary, 2019: 111-138). Durante el s. VIII la presencia fenicia se intensificó sobre todo en las costas malagueñas y granadinas con la aparición de nuevos establecimientos, en su mayor parte de carácter no urbano, que servían de puntos de atracción de recursos al tiempo que de áreas de embarque y redistribución de los mismos (Botto, 2018: 13-35). Quizá haya que ir abandonando la idea de que estos centros fenicios están sirviendo de forma directa y exclusiva los intereses de los centros metropolitanos para empezar a considerar que la aparición de ciudades, como Gadir, generan sus propias dinámicas y en ellas el suministro a Oriente de metales puede seguir jugando un papel importante, pero que su horizonte económico no se agota allí. Desde muy temprano, los fenicios establecidos en Gadir y en otros puntos de la costa perciben la potencialidad económica de las tierras en las que se han asentado y ponen en práctica sus avanzadas técnicas agropecuarias y pesqueras (en comparación con las de los habitantes locales) para iniciar la elaboración de otros productos, tanto para su autoconsumo como, sobre todo, con vistas a la exportación. Vino, aceite, salazones (de carne y de pescado) son artículos que tuvieron una gran demanda en un Mediterráneo que vivía, casi siempre, bajo la amenaza del desabastecimiento y de la hambruna y en el que aquél que tuviera la capacidad de producirlos, transformarlos, envasarlos y, el otro elemento que nos faltaba, transportarlos, podía obtener beneficios económicos enormes. Los centros fenicios peninsulares se orientan a la gestión de todos esos recursos con la colaboración (forzosa o pactada, o una mezcla de ambas) de las poblaciones locales con las que entran en contacto desde el mismo momento de su asentamiento.

Estos fenicios occidentales, que desarrollan sus actividades de forma autónoma, bajo la dirección de las élites urbanas de Gadir y de las ciudades que luego irán surgiendo (Malaka, Sexi, Abdera), van a ir poco a poco ampliando su radio de acción, incluyendo en sus actividades extractivas y productivas a territorios cada vez más alejados de sus primeros

[1] Universidad Autónoma de Madrid.

núcleos, tanto en el norte de África como en las costas de las fachadas mediterránea y atlántica de la Península. El disponer de naves y de conocimientos náuticos les servirá para iniciar la exploración de esas costas y, en su momento, para ir estableciendo nuevos núcleos que cumplan las mismas funciones de apoyo a la navegación y obtención de recursos que los puntos más antiguos habían desempeñado. Es en este proceso en el que los fenicios empiezan a entrar en contacto con las áreas costeras de un amplio territorio que abarca desde el cabo de Palos hasta las costas del sur de Francia, territorio que, en líneas generales, atribuiremos en su momento a la cultura ibérica.

Este proceso parece haberse iniciado bastante pronto, si nos atenemos a la información arqueológica, la única de la que disponemos para conocer buena parte de lo que está ocurriendo en estos momentos; en efecto, hacia inicios del s. VIII a.C. parece haber surgido el lugar conocido como Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar del Segura), emplazado en un promontorio que, en aquellos momentos, parece haber sido una península ubicada en el antiguo estuario en el que desembocaba el río Segura. Aunque será un establecimiento de pequeño tamaño (en torno a una hectárea), su muralla muestra los rasgos propios de las fortificaciones orientales y, así, pudo ser un primer punto de contacto de los fenicios (procedentes quizá del área malagueña) con las poblaciones locales de esa área del Bajo Segura (García Menárguez et al., 2020: 293-313). Aunque la vida del Cabezo Pequeño no fue muy larga su influencia sobre el entorno se observa en la aparición de elementos fenicios, fruto sin duda de los intercambios, en yacimientos locales como la Peña Negra de Crevillente (González Prats, 1993: 181-188; Lorrio et al. 2020: 521-540) o los Saladares (Orihuela), por no mencionar más que los más relevantes (Almagro Gorbea et al., 2021: 74-77).

En el momento en el que desaparece el Cabezo Pequeño este no es ya el único centro fenicio de la zona, puesto que desde mediados o último cuarto del s. VIII ya ha surgido, en sus proximidades, otro centro de mayor empeño, la Fonteta, situado en una elevación que dominaba la entrada al antiguo estuario del Segura en su margen derecha. Es casi seguro que en su última fase el Cabezo Pequeño estaba vinculado a la Fonteta y que en él, entre otras actividades, se realizaban tareas vinculadas con la metalurgia de la plata.

La Fonteta conoce varias fases de desarrollo, siendo la más vistosa la que tiene lugar entre finales del s. VII e inicios del s. VI, momento en el que se construye una gran muralla, a semejanza de lo que ocurre en otros centros fenicios, como la propia Malaka, que también se amuralla hacia estos momentos o poco después. Las actividades metalúrgicas están bien atestiguadas en La Fonteta en todas sus fases de desarrollo gracias a la aparición de escorias, hornos, crisoles, toberas y moldes que indican que allí se trabajaba la plata, el hierro y el cobre. Además de sus interacciones con las poblaciones locales, como muestran las numerosas cerámicas a mano de tradición local, La Fonteta estaba también conectada con otros centros fenicios, tanto de la Península como del resto del Mediterráneo. En sus últimas fases empiezan también a aparecer cerámicas griegas que apuntan al inicio de esta presencia, como veremos más adelante (González Prats, 2011; Id., 2014; Rouillard et al. 2007; Lorrio et al. 2018-2019). A pesar de su imponente muralla, el tamaño del sitio, que no parece haber superado las 2,5 ha., sugiere, en nuestra opinión, que nunca alcanzó carácter urbano siendo, sobre todo, un punto de concentración de productos locales e importados así como una escala marítima para las rutas que conducían hacia el Nordeste de la Península Ibérica y Sur de Francia, jalonada por numerosos yacimientos que muestran el impacto del comercio fenicio, dejando en ellos productos de este origen pero captando otros de interés para ellos; La Fonteta también serviría de punto de acceso hacia la isla de Ibiza que empezará a ser habitada por los fenicios a partir de mediados del s. VII y que cuando alcance su estatus urbano a lo largo del s. VI será otro de los grandes centros fenicios que hará llegar sus productos a buena parte de las costas ibéricas.

Aunque hoy en día las tendencias historiográficas hacen más hincapié en el papel de las poblaciones locales, en su "agencia" (término que no siempre recoge las connotaciones que el término inglés "agency" del que procede tiene), en cómo los indígenas tienen la capacidad de seleccionar lo que aceptan de entre todo lo que reciben y cómo lo integran en su propio acervo material y cómo lo manipulan para dar lugar a nuevas realidades "híbridas" hay un dato que a

veces es dejado en un segundo plano y es que los fenicios tienen también sus propios intereses que van en la línea de hacerse con aquellos bienes de consumo y de prestigio necesarios para el mantenimiento de sus sociedades urbanas y fuertemente jerarquizadas. Eso implica que, sin duda, las poblaciones locales pueden haber tenido (cierta) capacidad de decisión sobre qué les interesa de lo que los fenicios les pueden aportar y que su actitud no es necesariamente "pasiva" pero eso no impide que los fenicios que son quienes, en último término, se arriesgan en costosas y peligrosas empresas marítimas puedan modular sus relaciones con los autóctonos para, a la postre, conseguir lo que realmente les interesa de aquellos.

No es este el lugar ni para definir la cultura ibérica ni para discutir acerca de cómo y por qué surgió, pero cuando se analizan los testimonios materiales de sus momentos más antiguos (lo que se ha venido en llamar "Ibérico antiguo") lo que observamos es la recepción de elementos que vienen de fuera y, en su caso, su adaptación a las necesidades de los receptores. Pero quizá no siempre en esta adaptación sean los intereses locales los predominantes o los que han llevado la iniciativa. Un yacimiento como el Alt de Benimaquía (Denia), de menos de media hectárea, situado a unos 225 m. sobre el nivel del mar, y dotado de una muralla con, al menos, seis bastiones, parece haberse dedicado, de manera exclusiva a la elaboración del vino, al menos a juzgar por los al menos cuatro lagares hallados en su pare norte, que es la que ha sido excavada. Su periodo de uso iría desde finales del s. VII a mediados del s. VI a.C. Entre los materiales hallados destacan las ánforas (sobre todo del tipo T.10.1.2.1), tanto elaboradas en el área fenicia malagueña como de un más que posible origen local, al coincidir las arcillas de esas imitaciones de ánfora fenicia con las presentes en las cerámicas a mano de tradición local (Gómez Bellard, Guerin, 1995: 241-270; Álvarez García et al., 2000: 121-136). La tipología del asentamiento, la de las cubetas de prensado y la de las ánforas apunta al mundo fenicio y su capacidad productiva supera las necesidades locales. Podríamos interpretar el yacimiento como la respuesta de un notable o de una sociedad local ante la demanda creciente de un producto como el vino que les lleva a producirlo y envasarlo para su distribución, posiblemente en el entorno y quizá más allá, algo difícil de saber sin más análisis de pastas tema en el que, por otro lado, cada vez se va avanzando más (Sala, Abad, 2014: 601-618; Tsantini, 2007). Pero también podríamos interpretarlo como el resultado de la presión fenicia para abrir nuevas áreas productoras de vino a gran escala, en la que los indígenas son hechos partícipes del proyecto poniendo las tierras y la mano de obra necesaria para todo el proceso que requiere el vino. Los fenicios han puesto la tecnología agrícola, los conocimientos del proceso de vinificación e, incluso, han enseñado qué tipo de construcciones (cubetas y otros elementos) requiere el proceso de pisado y fermentación y en qué tipo de envase hay que guardar el producto. Desde el momento en el que el vino es transportado en un barco fenicio y vendido lejos de su lugar de producción, la mayor parte del beneficio queda en manos de quien lo comercializa sin que sepamos qué parte le queda a la sociedad indígena (o a sus notables) que se responsabiliza de la mayor parte del proceso. En una visión "indigenista", cada vez más en boga, sobre todo a partir del auge de la teoría poscolonial, se preferiría la primera opción, en la que se vería la capacidad de decisión indígena a la hora de tomar las riendas del proceso. En la óptica del fenicio que lo que quiere es comerciar con cuantos más productos sea posible y que para lograr beneficios requiere responsabilizarse lo menos posible de los costes, sin duda la segunda opción sería la más viable. No podemos dudar ya de que los barcos mediterráneos transportaban en sus bodegas ánforas ibéricas porque así lo demuestra el pecio de la Cala Sant Vicenç (Pollensa) de finales del s. VI a.C., en este caso griego, y cuyo cargamento, al menos la parte recuperada, consistía básicamente en ánforas ibéricas adquiridas en diversos puntos de la costa mediterránea y que tendrían como destino otros puertos, tanto griegos como no griegos (Manzano, Santos, 2008: 163-198).

El Alt de Benimaquía se encuentra en los orígenes (o en los precedentes) de la cultura ibérica y muestra cómo las influencias externas van llegando (y quizá no siempre porque sea lo que quieren las poblaciones locales) y van siendo aceptadas (algunas) y adaptadas en el seno de unas sociedades que aún no se organizan en estructuras urbanas, pero que lo acabarán haciendo. El peso del componente fenicio en sus inicios es innegable, aunque depende de la postura

del historiador su valoración. Como en tantas otras manifestaciones, una vez surgido el o los impulsos iniciales, el propio mundo ibérico se encargará de aplicar los nuevos conocimientos según sus intereses.

A ese componente fenicio se le va a añadir, a lo largo del s. VI a.C., el helénico. En este caso sí disponemos de tradiciones literarias aunque tampoco lo precisas que nos gustaría. Atraídos por las fabulosas riquezas de Tarteso, en el sudoeste peninsular (o, al menos, así lo veían ellos), que sin duda han conocido a través de los fenicios, empezarán a navegar, como habían hecho aquellos, por esas mismas costas, tocando en los mismos puertos que los fenicios usaban o que habían creado. Ya apuntábamos antes cómo en La Fonteta aparecen cerámicas griegas que muestran estos contactos, pues debemos huir, sobre todo para época arcaica, de interpretar las relaciones entre fenicios y griegos como si fuese una especie de "guerra fría" de bloques monolíticos y enfrentados. Entre los testimonios que nos han llegado de la propia tradición griega hay noticias de diversos autores del s. VI, tanto poetas (Estesícoro, Anacreonte) como geógrafos (Hecateo), que transmiten nombres y algunas circunstancias de esos contactos; puede que también queden huellas de viejos documentos de navegación, como los periplos, en la obra anticuarista *Ora Maritima*, del poeta tardorromano Avieno, tema este que sigue siendo objeto de ardorosos debates. En función de esos contactos con el mundo ibérico surgirían diversos lugares de comercio usados por los griegos (*emporia*); uno de ellos lo haría en Ampurias ya a finales del s. VII (Aquilué, 1999) el cual, tras ampliar su tamaño en un proceso que la arqueología permite seguir y que también fue narrado por varios autores antiguos, acabaría configurándose como una polis, quizá ya a finales del s. VI a.C. (Santos et al., 2013: 103-113; Domínguez, 2013: 23-36). Igual que habían hecho los fenicios, los griegos entrarán en contacto con las poblaciones locales, que ya eran conocedoras de los mecanismos de intercambio que empleaban los fenicios y que no debían de ser demasiado diferentes de los que usaban los griegos. Desde la segunda mitad del s. VI a.C., cuando Tarteso deja de ser atractivo para los griegos, la presencia de estos en las costas orientales de la Península es cada vez mayor como muestran los productos griegos que la arqueología ha sacado a la luz. Del mismo modo, en múltiples tradiciones posteriores aparecen topónimos griegos que reflejan el conocimiento griego de esas regiones, a las que les dan nombre con sentido en su lengua; incluso, los primeros etnónimos, que aún seguimos empleando, proceden de los griegos así como algunos topónimos, incluyendo el nombre del país, Iberia, que irá extendiéndose a más territorios según vaya aumentando el conocimiento griego de los mismos para acabar denominando, ya en época romana, a toda la Península (Domínguez, 2006: 429-505).

Lo que buscan los griegos es básicamente lo mismo que los fenicios, materias primas y productos manufacturados que procurasen altos beneficios al ser vendidos en lugares donde los mismos no existían o eran escasos, y sus métodos para lograrlo tampoco debieron de ser demasiado diferentes. Productos en metal, de los que algunos se han salvado del triste destino de los metales, que es ser reciclados continuamente, telas, tejidos, perfumes, que no han dejado huella y, sobre todo, la modesta cerámica, son los indicios de ese comercio griego. Podríamos añadir también algunos elementos de "transferencia tecnológica", mucho más visibles en zonas próximas a Emporion (murallas como la de Ullastret) (Prado, 2010: 567-580), pero también perceptibles en áreas más alejadas, como sugeriría el sitio de La Picola (Santa Pola), con múltiples rasgos griegos (muralla, estructura urbana, metrología, etc.), que tiene una vida comprendida entre mediados del s. V y el tercer cuarto del s. IV a.C. y del que todavía se discute su posible nombre antiguo y, sobre todo, su esencia (¿griego?, ¿indígena?, ¿mixto?) (Badie et al., 2000).

Otro elemento que también muestra indudables rasgos griegos es la escultura en piedra o, al menos, una buena parte de ella, incluyendo algunas de las piezas más antiguas (Chapa, 1986). Como ocurría con los fenicios, dependerá de la óptica de quien la analice el considerarla como algo que las élites indígenas, que son sus principales usuarios, han demandado a los griegos (en forma de artesanos especializados en los distintos procesos de elaboración) o, por el contrario, como un medio utilizado por los griegos para reforzar vínculos (quizá incluso para "fidelizar") a esas élites ibéricas que serán las que proporcionen aquello que los griegos demandan (Domínguez, 2002: 65-95). Por volver a un ejemplo ya mencionado, los armadores del barco griego de la Cala Sant Vicenç sin duda han negociado en diversos

puertos la adquisición de los productos que contenían esas ánforas ibéricas (seguramente vino) que constituían su cargamento a cambio de los cuales pueden haber entregado o cedido, entre otras cosas, escultores que desarrollen programas e iconografías aptas para resaltar el poder de esas élites que negocian con los griegos. Un interesante testimonio epigráfico, encontrado en la propia Emporion, una carta escrita en plomo de finales del s. VI a.C., muestra empresas comunes entre griegos e iberos en diversos puertos peninsulares, incluyendo Sagunto (Sanmartí, Santiago, 1987: 119-127; Santiago, Sanmartí, 1988: 100-102; Santiago, 2003: 167-172) si es que el topónimo *Saiganthe* que aparece en el plomo debe interpretarse, como muchos creemos, con ese importante centro ibérico; el texto tendría la misma relevancia si se acepta, como hacen algunos autores, una cronología posterior (Hoz García-Bellido, 2014: 117-122). También podemos señalar que uno de los sistemas de escritura que emplearán los iberos, el llamado greco-ibérico, no es más que la leve adaptación de un alfabeto griego a las peculiaridades fonéticas de la lengua ibérica, mientras que en los otros dos sistemas (el suroriental y el nororiental, por usar una de las terminologías que se emplean para referirse a ellos) parecen predominar las influencias fenicias. En la epigrafía ibérica también serán frecuentes las cartas en plomo cuyos prototipos, por el momento, solo encontramos en el mundo griego (Hoz, 2011: 175-219).

La gran amplitud geográfica que abarca el mundo ibérico, y que afecta también a zonas del interior bastante alejadas de la costa, llegando incluso a la Andalucía oriental y a la Meseta suroriental permite observar distintas influencias, que van teniendo mayor o menor relevancia según las épocas. Sin negar la profunda originalidad de esta cultura y el papel determinante que las poblaciones locales que la crean ha tenido en su origen, no podríamos entenderla sin poner de manifiesto cómo esas gentes que, procedentes del Mediterráneo oriental, van y vienen por la Península, han influido en su origen y en su desarrollo.

LAS INFLUENCIAS QUE LLEGARON DEL NORTE

María Luisa Cerdeño[1]

Durante mucho tiempo las culturas peninsulares de la Edad del Hierro se conocían mejor por sus últimas etapas de desarrollo, pues la información que se estudiaba procedía mayoritariamente de los textos greco-latinos que no proporcionaban referencias más allá de uno o dos siglos. Ello propició una visión incompleta y tópica de aquellos pueblos que, como hoy sabemos, tuvieron una dilatada trayectoria y un complejo proceso histórico para cuyo conocimiento es imprescindible recurrir a la arqueología que permite retroceder más atrás en el tiempo.

En el largo proceso de formación de los pueblos prerromanos intervinieron muchos factores y diferentes influencias que se remontan hasta finales de la Edad del Bronce, en el tránsito entre el II y I milenio antes de la era, época de hallazgos menos brillantes y seguramente por ello menos atendida por la investigación en décadas pasadas. Pero esos momentos tan antiguos sí deben ser motivo de interés, aunque pudiera parecer que sesgan nuestra visión de las gentes del siglo IV o III a. C., porque no es posible ignorar aquellas etapas previas dado que fue entonces cuando se perfilaron rasgos culturales que se generalizaron y pervivieron a lo largo de varios siglos, fueron el precedente inmediato de la Edad del Hierro y muestran una relación directa entre unos acontecimientos y los inmediatamente posteriores, es decir, el desarrollo de un auténtico proceso de etnogénesis.

Fue una época de transformaciones en la que se detectan influencias extrapeninsulares desde diferentes lugares que fueron recibidas por los grupos autóctonos, a los que deberíamos conocer mejor para valorar adecuadamente el resultado cultural de aquellos contactos. Este proceso cultural podemos considerarlo como un período formativo de las posteriores culturas prerromanas propiamente dichas, pero el protagonismo acaparado en la historiografía tradicional por las fases tardías y con frecuencia la escasa visibilidad arqueológica de las anteriores pueden ser el motivo de que el registro sea todavía escaso.

En este comentario dejamos a un lado los contactos de la Península con el Mediterráneo, bien analizados en otro capítulo de este libro, para centrarnos en las influencias llegadas desde el otro lado de los Pirineos, a las que otorgamos un papel importante en la gestación de los posteriores pueblos ibéricos. En primer lugar, dichas influencias afectaron muy directamente a los territorios del Noreste hasta el valle del Ebro y casi simultáneamente al norte de las regiones levantinas y a la Meseta oriental. En el estudio de los pueblos costeros, incluso en el de los más interiores, siempre primaron como parece obvio las relaciones marítimas y quizás eso impidió atender adecuadamente el peso cultural procedente de otros entornos, entre los que siempre hemos destacado el papel de las gentes de los Campos de Urnas. Su presencia ya no se discute una vez superado el difusionismo excesivo de principios del siglo pasado, que miraba a Centroeuropa como único foco de referencia, así como su posterior rechazo que condujo a un autoctonísmo también radical que evitaba la adscripción e interpretación cultural de algunos hallazgos, si parecían foráneos. La cuestión de

[1] Universidad Complutense de Madrid.

los Campos de Urnas peninsulares es un tema casi mítico en nuestra bibliografía y siempre controvertido, entre otras razones porque no está estudiado en profundidad ni los datos disponibles se manejan conectados entre sí, aunque se deberían analizar movimientos de gentes a media distancia e incluso a escala regional y no solamente migraciones a larga distancia en un solo territorio.

Los inicios del I milenio a. C. fueron importantes en toda la Península porque se produjeron novedades y cambios profundos como la ocupación de nuevas tierras, aparición de nuevos ritos, aumento demográfico y una creciente complejidad social y tecnológica visibles en un registro cada vez más completo y que, en los territorios de nuestro interés, apunta en la mencionada dirección.

En varias comarcas al sur de Ebro y las serranías del Sistema Ibérico, es decir, el norte levantino y las colindantes interiores, especialmente el entorno del Alto Tajo, ya se conocen varios yacimientos reveladores entre los que podemos mencionar la necrópolis de Herrería I y II en el extremo de Guadalajara, con fechas radiocarbónicas y elementos materiales del Bronce Final II-III similares a los bajoaragoneses, catalanes y de la Francia meridional (Cerdeño y Sagardoy, 2016: 241) o el Pics dels Corbs de Sagunto cuyas fases equivalentes mantienen igualmente estrechos vínculos con el Noreste, Aragón y el otro lado de los Pirineos (Barrachina, 2012: 163 y ss), características que en todas partes se mantienen en la subsiguiente Edad del Hierro, a veces en ocupaciones literalmente superpuestas como en el caso del cementerio. Y aunque no queremos alejarnos de las regiones implicadas, recordamos que ha quedado bien registrada la llegada de influencias nuevas desde el Ebro hacia las regiones más lejanas del valle del Duero, donde son visibles cambios rupturistas con todo lo anterior y donde, entre el Bronce Final y el inicio de la Edad del Hierro, se produjo el mismo proceso de colonización de nuevas tierras, aumento demográfico y cambios en los patrones habitacionales y funerarios (Blanco, 2010: 167, 174).

Fig. 1: Necrópolis de Herrería II. Motivos decorativos de la cerámica incisa recuperada y túmulo de la tumba 256 (imágenes propias).

Las novedades y los cambios detectados, respecto a las características culturales de las poblaciones autóctonas y que consideramos significativas a la hora de establecer contactos e influencias, las resumimos brevemente en los siguientes puntos:

- En el ámbito funerario destaca la aparición de necrópolis de incineración bien organizadas, constatándose que esta nueva práctica ritual se mantuvo inalterable desde el Bronce Final hasta bien consumada la conquista romana.

Se han discutido varias opciones sobre su aparición en la Península cuando algunos autores propusieron una llegada mediterránea con la colonización fenicia, a pesar de que se conocían cremaciones en el momento precolonial en el Sureste y Levante, caso de la necrópolis de Les Moreres en Alicante, con enterramientos fechados en el siglo IX a. C. Pero el estudio detallado de los ejemplos meridionales inclinó a descartar los supuestos precedentes mediterráneos y a confirmar que la vía de penetración del rito crematorio discurrió desde el Noreste hacia el sureste por Levante y también por los afluentes del Ebro hasta las sierras ibéricas, como demuestran la necrópolis de Herrería I en el reborde oriental de Guadalajara o la de San Pedro de Oncala en Soria.

Asociado a este rito también fue novedosa la generalización de variadas estructuras tumulares, circulares, rectangulares o cuadradas diferentes a posibles tradiciones locales, que señalizaban las tumbas y que igualmente se siguieron usando a lo largo de la Edad del Hierro. En el extremo meseteño seguimos citando las necrópolis de finales de la Edad del Bronce de Herrería I y II en Guadalajara, esta última con continuidad en Herrería III ya del Hierro inicial. Y en Levante destacamos la necrópolis de incineración de la Lloma Comuna en Castellfort, que aunque muy arrasada conservaba túmulos circulares y cerámicas acanaladas, así como la de Sant Joaquim de Menareda, ubicada en la divisoria entre Castellón-Teruel y que, aparte de contar con algún espacio asimilado a la fase V del Pic dels Corbs, está considerada como un referente de los inicios de la Edad del Hierro y un buen ejemplo de cementerio tumular, conteniendo ajuares con numerosos tipos de cerámicas a mano entre los que destacan las formas bicónicas de altos cuellos exvasados, en menor número cerámicas a torno y pulseras y brazaletes de bronce, todo muy vinculado a las tierras bajas del Ebro; materiales parecidos ofrece la necrópolis de La Montalbana en Ares del Mestre, ofreciendo ambas grandes similitudes con Herrería III.

Como estamos aceptando influencias llegadas desde el Ebro, debemos recordar que estas características funerarias están presentes en los grupos tumulares del cuadrante Noreste, muy relacionados entre sí desde final de la Edad del Bronce: Pirineo catalán, Ampurdán, Segre-Cinca y Bajo Aragón, a su vez emparentados con los yacimientos de la Francia meridional tipo Moulin-Grand Bassin, Les Peyros, Pézenas, Riberots, Gourgade o Las Fados y otras muchas necrópolis de incineración tumulares (López Cachero 2008; Mazière 2012: 179. Dedet 2012, 209**).**

- En los lugares de asentamiento se registran así mismo novedades, con una evolución similar. Por un lado, en algunos hábitats levantinos de fines de la Edad del Bronce aparecen elementos nuevos representados por formas cerámicas acanaladas e incisas muy diferentes a las prexistentes y que sus investigadores vinculan a los Campos de Urnas del cuadrante noreste, siendo ocupaciones que se mantuvieron hasta principios de la Edad del Hierro y la llegada de las primeras producciones a torno mediterráneas. Aparte de la fase V del Pics dels Corbs, está bien documentada la continuidad Bronce Final/Hierro Antiguo en Puig de la Misericordia en Vinarós o en Puig de la Nau en Benicarló, buenos ejemplos de primeros poblados en altura con estructuras rectangulares y cerámicas con decoraciones acanaladas, incisas y cordones, relacionadas con Cataluña y el Bajo Aragón.

Por otro lado, aparecen numerosos asentamientos *ex novo* que confirman un claro aumento poblacional sobre todo en los inicios de la Edad del Hierro, sin duda por la anterior llegada de grupos de personas, iniciándose el nuevo modelo urbano de los castros, bien documentado en el reborde meseteño en el ejemplo paradigmático de El Ceremeño, al que se dedica un comentario específico en otro capítulo de este libro. Muy significativas están resultando también las excavaciones en el recinto fortificado de Castil de Griegos (Guadalajara limitando con Teruel) y en la asociada necrópolis de Puente de la Sierra pues la primer ocupación del castro se sitúa entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro y la necrópolis ha proporcionado fechas radiocarbónicas del siglo VIII a. C. (Martínez y de la Torre 2019, 29, 75).

- Aparte de las estructuras y demás elementos funerarios y urbanos, son relevantes en sí mismas las tipologías de los nuevos objetos que aparecen en esos yacimientos. Siempre se atendió más a las cerámicas, ahora con formas recurrentes de perfiles bicónicos, cuellos largos exvasados, pie alto o apuntado, que se mantuvieron mucho tiempo después,

y decoraciones acanaladas, excisas e incisas. El metal está poco presente al final de la Edad del Bronce, alguna espiral o cuentas de collar de bronce, ampliándose el repertorio a principios de la Edad del Hierro con la temprana presencia del nuevo metal, muy abundante en las estribaciones del Sistema Ibérico. A partir del comienzo de este último período histórico empezaron a generalizarse otros muchos objetos como las fíbulas, cuyos tipos más antiguos son los de pivote, navarro-aquitano o doble resorte, junto a de diferentes modelos de broches de cinturón.

Entre los materiales encontrados, nos parecen muy significativas las cuentas de collar de ámbar báltico encontradas en dos ajuares de la necrópolis de Herrería II, fechada por radiocarbono en el Bronce Final III (Cerdeño y Sagardoy 2016: 203**).** Su mera presencia es importante y la significación de este ámbar alóctono aumenta cuando, a menos de una jornada de distancia de la necrópolis, existe un yacimiento de ámbar local perfectamente accesible y aparentemente intacto, indicativo de que nunca se le prestó atención y que los grupos más antiguos allí asentados no lo conocieron. Las cuentas procedentes del Báltico señalan la llegada de gentes europeas que sí conocían y valoraban este elemento, pues no parece probable el establecimiento de contactos o intercambios por los que llegaría esta materia prima, junto a otros materiales e ideas ya mencionadas, sin ningún aporte poblacional. Recordemos que la progresiva complejidad social y el desarrollo de grupos claramente jerarquizados en toda Europa dinamizó el intercambio de objetos personales, de prestigio y bienes comerciales, entre los que siempre figuraron piezas de ámbar, que siempre hicieron pensar en el desplazamiento de personas.

- La obtención de fechas radiocarbónicas supuso un gran avance en la investigación puesto que permitieron refrendar hipótesis que antes solo se fundamentaban en tipologías de materiales, con frecuencia procedentes de contextos poco definidos. El inicio del I milenio a. C. fue el momento de llegada de novedades culturales y las fechas calibradas de hasta 1200 BC, con resultados coherentes y consecutivos desde final del Bronce al inicio del Hierro en numerosos yacimientos, son equiparables a los Campos de Urnas catalanes, bajoaragoneses y del sur de Francia, confirmando claras interconexiones que han permitido hablar de una auténtica *koiné* cultural entre amplias zonas de Europa durante el Bronce Final, entre la que estarían incluidas las penínsulas mediterráneas (Niumaier 2006, 148).

En las zonas del interior destacamos las cronologías de la necrópolis de Herrería, pues en su fase I ofrece fechas calibradas entre 1110 y 1200 BC, similares a las de la soriana San Pedro de Oncala, y en su fase II fechas calibradas a 2 sigmas sitúan el periodo entre los siglos X-VIII BC, enlazando sin interrupción con la fase III, ya Primera Edad del Hierro con fechas calibradas del siglo VIII a. C. Por su parte, los investigadores valencianos sitúan un Bronce Reciente entre 1200-1100 y un Bronce Final entre 1100-700 BC, con cerámicas acanaladas, incisas y excisas, equivalente a las fases IV y V del Pic dels Corbs, precedente inmediato de la Edad del Hierro. Este último periodo está documentado desde el siglo VIII BC en varios yacimientos como La Fonteta de Guardamar, Vinarragell o Torrelló de Boverot. Sin entrar en más detalles, las nuevas cronologías de numerosos yacimientos elevan la fecha general de los procesos que estamos analizando en más de cien años respecto a lo que se pensaba hasta hace poco, lo que obligaría a revisar en profundidad el desarrollo del final de la Edad del Bronce en relación con las migraciones de grupos europeos.

En este breve texto hemos resumido información relevante sobre las fases antiguas, a las que en realidad podríamos llamar formativas, de los pueblos prerromanos. Consideramos necesario su conocimiento para entender mejor los hechos acaecidos en estos territorios en los momentos anteriores a la más atendida Edad del Hierro, alejando con ello el tópico del desconocimiento, la escasez de datos o la existencia de siglos oscuros e invitando a no insistir en secuencias temporales excesivamente localistas y poco contrastadas. Numerosos enclaves descubiertos en los últimos años y otros conocidos de antiguo y de nuevo reestudiados han proporcionado estratigrafías claras jalonadas de fechas absolutas, que muestran secuencias culturales prolongadas, indicando una auténtica etnogénesis dado que enlazan a los grupos culturales tardíos con sus antecesores en procesos de "larga duración", visibles en los aspectos rituales, constructivos o materiales y similares a los identificados en otros lugares europeos.

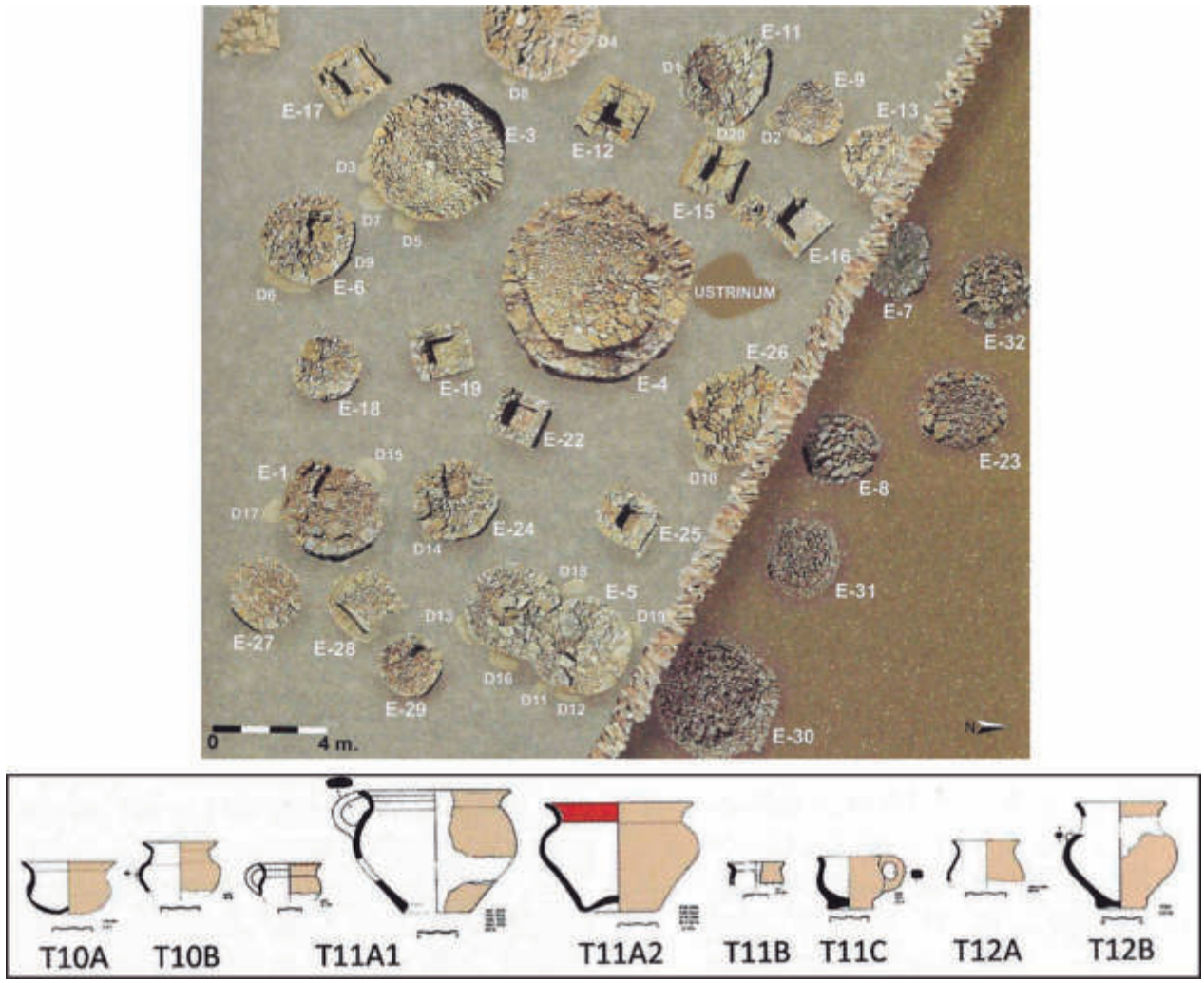


Fig. 2: Necrópolis de Sant Joaquin de Menarella. Túmulos y cerámicas a mano recuperadas (Barrachina et alii 2010).

En términos de periodización convencional europea, nos hemos remontado hasta las fases del Bronce Final II-III, momento en que llegaron a los territorios peninsulares influencias culturales desde el otro lado de los Pirineos, cuyo límite se situó durante mucho tiempo en el río Ebro y hoy claramente ampliado hacia el sur en varias direcciones. En líneas generales se confirma la aparición de un nuevo modelo social a fines del segundo milenio, con asentamientos de grupos humanos de cierta entidad que configuraron un nuevo paisaje funerario muy organizado, en relación con el lugar en que discurría su vida cotidiana, y que usaban elementos y objetos de nueva factura.

Aún debemos conocer más detalles de cómo se produjo la interacción con los grupos autóctonos pues actualmente se dispone de más información procedente del ámbito funerario que del habitacional, pero sin duda la adaptación de ambos fue eficaz según confirma el progresivo aumento demográfico, bien visible en el nuevo modelo urbano y económico desde principios de la Edad del Hierro. El "sistema de los *oppida*", con ejemplos más florecientes en tierras levantinas, fue el modelo con el que trascurría la vida de los grupos prerromanos en la Edad del Hierro avanzada y al que más atención prestaron los investigadores puesto que estuvo vigente hasta su disolución e integración en las estructuras romanas, pero ese desarrollo brillante no puede entenderse bien sin conocer la compleja y dilatada trayectoria histórica inmediatamente anterior.

LO ORIENTAL COMO FUENTE DE INSPIRACIÓN

Pierre Rouillard[1]

Para estudiar algunas imágenes y algunas técnicas utilizadas en las tierras ibéricas (entendidas en un sentido amplio en el tiempo y en el espacio, desde los Pirineos hasta el litoral andaluz, es habitual volverse hacia el Oriente, para explicar... ¿Pero para explicar qué? Sin duda para explicar que muchos rasgos del arte ibérico son exclusivamente suyos, sin que podamos encontrar realizaciones idénticas en las tierras que rodean el Mediterráneo.

Abordar esta cuestión nos lleva a localizar y valorar los supuestos "préstamos" y las modalidades de su circulación**.** Sobre esta cuestión se dispone de una abundante bibliografía desde el último tercio del siglo XIX, cuando arqueólogos e historiadores del arte, con motivo de los descubrimientos del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete) y de la Dama de Elche en 1897, comenzaron a debatir acerca de los rasgos fenicios o griegos en tal o cual escultura (Rouillard 1996 y 2018), y cuando en la misma época Léon Heuzey defendía la existencia "de un arte antiguo español, ibérico si se quiere, de la misma manera que nosotros admitimos un arte chipriota o un arte etrusco", precisando a continuación "procedente tanto uno como otro de una mezcla de arte fenicio y de arte griego" (Heuzey, 1897). El testimonio más significativo del clima intelectual de la época son las palabras del cartel colocado en el Louvre al lado de la Dama de Elche: "Estilo greco-fenicio de España".

Parte fenicia, parte griega, todo ello debería tener como punto de partida a fenicios o griegos instalados en el litoral de la Península. La geografía es bien conocida (para una síntesis reciente, Quesada, 2017) con establecimientos fenicios en el litoral andaluz con una última proyección en la desembocadura del Segura y un solo establecimiento griego, Ampurias, en la bahía de Rosas[2]. Un rasgo común de estos establecimientos que se pueden calificar de *emporia*, es la presencia muy próxima de indígenas ibéricos. Cádiz probablemente podía parecerse a las *apoikiai* griegas.

Es sabido que barcos fenicios o griegos trajeron a las costas ibéricas a partir de los siglos IX-VIII –los segundos un poco más tarde–, desde ánforas hasta vajillas y pequeñas figurillas, pero muy pocas obras plásticas de gran tamaño, y no antes de la época helenística. A estos comerciantes se debe también la transmisión primero del alfabeto fenicio y después de un alfabeto griego, el conocimiento de nuevos esquemas urbanísticos e iconográficos y nuevas prácticas comerciales, ya sea en el Cádiz fenicio (Gener *et al.*, 2012) ya sea, más tarde, en la órbita de Ampurias (De Hoz, M. P., 2014, p. 117-126).

Por ello conviene, sin ánimo de ser exhaustivo, leer de nuevo objetos, esquemas y técnicas utilizadas en la Península para las que se ha propuesto una filiación oriental, fenicia o griega. Hay ámbitos donde la filiación es explícita. Es

[1] Directeur de recherche émérite au CNRS, Paris-Nanterre

[2] Una situación que hay que recordar a pesar del intento (¿un ensayo?) de Almagro, Lorrio y Torres (2021) de situar un 'flujo' foceo en la parte suroriental de la Península; en un discurso a menudo confuso, intentan justificar sin argumentos convincentes "una política focense… que parece bastante 'agresiva'" (p. 17).

el caso de todos los alfabetos ibéricos (De Hoz. J., 2011, 200-219 et 390-397), que adoptan las letras fenicias, pero el fenómeno de adopción es mucho más modesto cuando en el siglo IV se utiliza durante solo dos o tres generaciones un alfabeto griego para transcribir la lengua ibérica, en una región muy concreta en el sur de la provincia de Alicante y en la provincia de Murcia.

El caso de las ánforas es particularmente instructivo: los iberos han adoptado muy pronto el modelo de ánfora fenicia, fabricada en los establecimientos fenicios y en establecimientos del interior. Los alfareros de la Península, como los de Cerdeña, retoman el modelo del ánfora fenicia, haciéndola evolucionar, pero la estructura global, en forma de saco, sin cuello ni gollete, con un labio engrosado y dos pequeñas asas continúa en uso hasta la conquista romana. El Mediterráneo occidental estaba entonces dividido, con una Magna Grecia cuyos talleres de ánforas siguen modelos griegos, como hace también la focea Marsella. En cambio, hay que resaltar que ningún taller de la Península reproduce una forma griega[3]. Lo mismo puede decirse del repertorio de la vajilla: si el ánfora ibérica reproduce una forma fenicia, los alfareros de la alta Andalucía o de la región de Murcia se han inspirado en la forma de crátera de columnas griega, pero simplificándola y decorándola con un sistema de bandas horizontales que es una de las características propias de los vasos ibéricos.

El urbanismo y la arquitectura ofrecen un rico campo para la reflexión. El paso de la casa elíptica a la casa con habitaciones rectangulares puede entenderse como un fenómeno compartido en el Mediterráneo. Pero nuestras investigaciones en Rábita-Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante) nos han demostrado que la planta de las casas de la Edad del Hierro en la región levantina (Rouillard, Gailledrat, Sala, 2007, p.151) había sido adoptada en la desembocadura del Segura al fin del siglo VIII o a comienzos del VII; tal planta con habitaciones rectangulares organizadas de manera disimétrica, que ahora se han encontrado en los niveles antiguos del Teatro Cómico de Cádiz, está posiblemente en el punto de partida de las grandes casas de El Oral (fin V-V), a algunos kilómetros de Guardamar del Segura (Abad et Sala, 1993, 233-241), una fórmula que se adopta junto a la de casas rectangulares adosadas a la muralla, que son y serán las más corrientemente utilizadas en el conjunto del mundo ibérico.

Dejamos el mundo fenicio para observar la situación de la *Palaiapolis* de Ampurias, el primer lugar en que se instalaron los foceos, donde se plantea la evolución de la forma de las casas; el paso de la forma elíptica a la rectangular, ¿es fruto de una influencia externa o resultado de una evolución interna (Moret, 2001 y Aquilué *et al*., 2010)? La cuestión se mantiene abierta, como también la del uso del adobe, a menudo presentado como una aportación oriental; sin embargo, se sabe que se utilizó ya en obras del calcolítico en el sur de la Península. ¿Se habría podido mantener en uso esta tradición, o su técnica y empleo se habrían recreado en la medida en que se utilizaba en hábitats indígenas desde mediados del siglo VIII? Es probable que su generalización se deba a la actividad de los fenicios.

En el caso de la arquitectura, la aculturación no parece profunda y hay que preguntarse cómo se habría podido producir si no existían grandes obras de construcción que necesitaran una masa de trabajadores indígenas, como fue el caso de Siracusa, susceptibles de difundir las nuevas técnicas, y es difícil calibrar el papel de los mercenarios enrolados en los ejércitos que en el siglo V se enfrentaron en Sicilia. Sin embargo, esquemas venidos de Oriente han circulado a lo largo de los siglos. La construcción de torres cuadrangulares, algunas murallas de casamatas o algunas defensas avanzadas son prueba de ello (Moret, 1996, 189-222). Y está el caso de La Picola (Santa Pola, Alicante) (fig. 1) con una planta regular, ortogonal y un sistema de protección con muralla, glacis, foso y *proteichisma* (Badie *et al*., 2000). Más allá de este caso de planta modular rigurosa, existen muchos *oppida* con un urbanismo regular que no habría requerido la aplicación de normas geométricas estrictas.

[3] Sorprende que este dato fundamental haya escapado a Almagro-Gorbea, Lorrio y Torres (2021), pues una producción de este tipo, una vajilla de filiación focea, habría podido ser un argumento en favor de su 'tesis'.

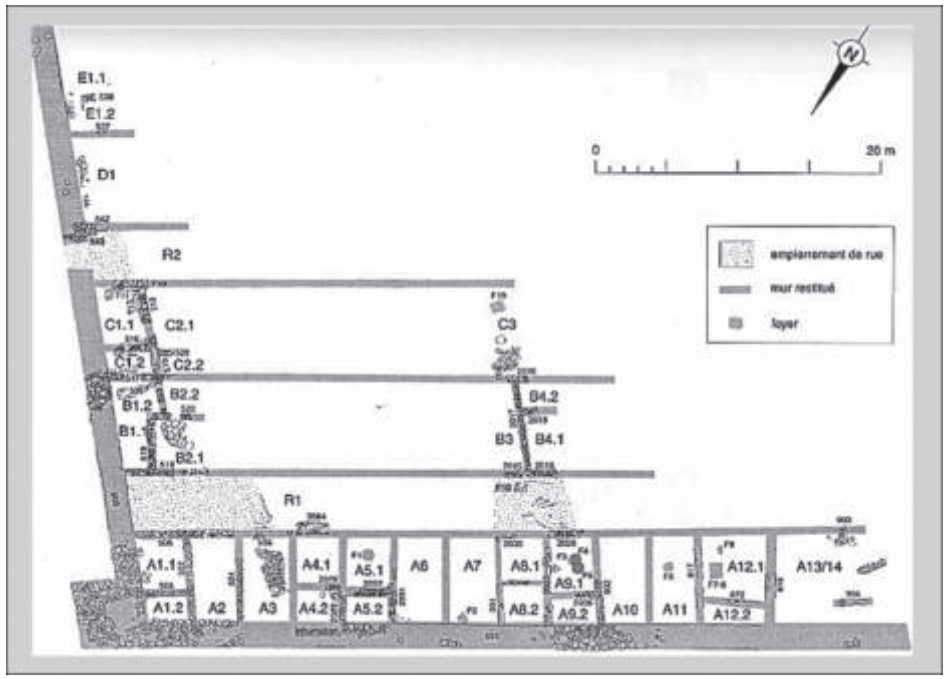


Fig. 1: Plano de La Picola, Santa Pola, Alicante (A. Badie)

El dominio de la plástica ha sido legítimamente privilegiado para entender las relaciones entre el Oriente y la Península, puesto que la escultura ibérica nos ha proporcionado grandes obras durante 150 años. Dos términos se han utilizado para calificar estas obras "ibéricas" y situarlas en las corrientes artísticas, "orientalizante" e "iberogriego", palabras que no resuelven la cuestión de las posibles filiaciones. En primer lugar, conviene recordar algunas características de la escultura ibérica (Chapa, 1984 y 2009, León, 1998), como el uso de la piedra arenisca o caliza, el lugar destacado de animales e híbridos en el bulto redondo, el hieratismo en las actitudes de las esculturas antropomorfas, una escasa representación de esculturas en alto y bajo relieve, incluso si entre ellos se cuentan obras destacadas como el monumento de Pozo Moro o el cipo de Jumilla.

¿En qué sería el Oriente fuente de inspiración en este campo? Sería en la elección privilegiada de animales e híbridos, la actitud rígida de esculturas animales y antropomorfas, el dibujo geométrico de la caída de paños que se encuentra en la Gran Dama del Cerro de los Santos y en todas las producciones de este santuario. Los relieves de Pozo Moro (hacia 500 a.C.) (Almagro Gorbea, 1983, la publicación *prínceps*, inicio de una rica bibliografía), con sus leones guardianes, cualquiera que sea la lectura propuesta de las escenas con numerosos animales y monstruos, se relaciona más con frisos sirio-hititas que helénicos. Cambiando de módulo y de material, el guerrero en bronce de Medina de las Torres (Badajoz), conservado en el British Museum, datado en el siglo VI (Nicolini, 1976-1978, 474-475), avanza su pierna izquierda a la manera egipcia, muestra un rostro que puede calificarse de oriental, pero lleva un peinado con trenzas y una túnica corta que son y serán rasgos permanentes de las estatuillas ibéricas. Alrededor del 400 a.C., los moldes en bronce de la Tumba del orfebre de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante) (Uroz, 2006) ofrecen un repertorio animalista y de híbridos o de escenas de afrontamiento que se encuentra tanto en los marfiles grabados andaluces (Le Meaux, 2010) como en algunas escenas de Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén) (Negueruela, 1990, edición *princeps* a la que ha seguido una abundante bibliografía). Este rico conjunto de objetos, que acompañaba a un difunto, nos pone ante una de las escasas pistas de análisis de la circulación de esquemas iconográficos, pues el orfebre enterrado en la ribera del Segura podría ser, en mi opinión, un artesano itinerante, originario de una región en la que la producción de joyas de filiación oriental era abundante, como Cádiz.

En la investigación de las primeras fases de la cultura ibérica, junto a elementos técnicos, estilísticos e iconográficos orientales, el papel de los griegos ha sido legítimamente destacado, sobre todo por una fuerte corriente helenocéntrica desde finales del siglo XIX. Este debate, todavía hoy vivo, puede comenzar por una relectura de los objetos griegos importados y de aquellos a los que se atribuye una filiación griega. Sabemos que esta lectura resulta decepcionante, pues se basa en unos pocos objetos repartidos de manera aleatoria en la Península y de datación las más de las veces delicada. En un análisis realizado con Francis Croissant (Croissant y Rouillard, 1996), habíamos distinguido[4] las piezas importadas de época arcaica y clásica: una cabeza de grifo en bronce encontrada en Andalucía, el sátiro de bronce del Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete) (fig. 2), un prótomo femenino de Ampurias (La Escala, Gerona), el Centauro de Royos (Caravaca, Murcia), otra pieza de bronce. Aparte, algunas piezas para las que habíamos avanzado la palabra "imitaciones": la Kore de la colección Monés, la Cabeza de Úbeda (Jaén), la Cabeza del Museo de Barcelona de procedencia probablemente alicantina (fig. 3), las dos esfinges de Agost (MAN Madrid y Louvre), el toro androcéfalo de Balazote (Albacete), dos cabezas de Verdolay (La Alberca, Murcia), el guerrero barbudo de Cádiz. Adaptaciones que nosotros habíamos calificado como "libres" se encuadran de hecho plenamente en las producciones ibéricas. Por ejemplo, el sileno de Capilla (Badajoz) (fig. 4) tiene la barba estriada y las orejas curvadas del bronce del Llano de la Consolación, elementos griegos retomados de forma aislada, pero todas las partes del cuerpo están tratadas sin modelar, de manera geométrica, con cada plano y articulación simplificados. El eco de las producciones griegas se encuentra en las cabezas de Barcelona, Úbeda y Verdolay.

Fig.s 2: Sátiro del Llano de la Consolación (Musée du Louvre). 3: Cabeza el Museo de Barcelona. 4: Sileno de Capilla (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).

La monumentalidad de las esculturas de Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén) es también sin duda un eco de las producciones griegas. Pero la excelencia de la realización debe poco al arte griego, con protagonistas no identificados, con un cuidado especial en la indicación de los volúmenes, pero no en el modelado, recurriendo a la incisión solo para

[4] Retomamos este trabajo, que recoge la iconografía y la bibliografía necesarias para nuestro estudio de hoy, a las que remitimos al lector.

describir los detalles. Es más, la geometrización de las formas, particularmente clara en la cabeza del llamado "Guerrero nº 1 de Porcuna" es, de hecho, un rasgo identitario del arte ibérico que se encuentra tanto en el Torito de Porcuna como en el caballero de los Villares (Albacete) (Marcadé, 1997, Croissant, 1998). Ese mismo rasgo está también presente en la Dama de Elche (León, 1998, 58-60; últimamente, Aranegui 2018, Albert-Llorca y Rouillard, 2020). En esta obra emblemática del arte ibérico se detectan elementos griegos: la exuberancia de los adornos siempre destacados, los grandes rodetes, la acumulación de joyas pueden percibirse como una amplificación de los adornos que en la Grecia insular a fines del siglo VI acompañaban a veces la expresión de la figura femenina. La severidad que caracteriza el rostro está próxima a uno de los signos distintivos del clasicismo. Pero el hieratismo, la mirada fija, el dibujo geométrico de los pliegues (de espíritu oriental), la ligera disimetría son otros tantos rasgos de un arte profundamente ibérico.

La cuestión de los modelos de intercambio y de apropiación de los elementos extranjeros necesarios para desarrollar una transferencia de rasgos plásticos de este tipo es todavía objeto de debate; sin embargo, ya no se puede mantener la fórmula (por bella que sea) de Camille Jullian a propósito de la Dama de Elche "debida a un meteco foceo establecido en tierra bárbara, hijo perdido de la Jonia vencida" (Jullian, 1903, 111).

Los vínculos y las etapas de estas producciones se nos escapan, en primer lugar en su cronología, pues hay un desfase –siempre difícil de evaluar– entre el "modelo supuesto" y la fecha de atribución a las diferentes obras ibéricas. Ni Ampurias ni ningún otro establecimiento en el que los griegos pudieran haber desembarcado (y pensamos por ejemplo en La Picola, Santa Pola) han proporcionado objetos griegos susceptibles de haber sido vistos por los artesanos ibéricos; al contrario, no tenemos la menor traza de actividad en esos establecimientos. De hecho, el único sitio donde hemos podido reconocer un trabajo de escultor se sitúa a 10 kms. al norte de Elche, cerca de las canteras de Ferriol; allí se ha descubierto el esbozo de un busto masculino, abandonado en el lugar debido a una rotura del bloque durante su elaboración (Rouillard, Moratalla, Costa, 2020).

El orientalizante no es un proceso de homogeneización, sino que permite la eclosión, a escala del Mediterráneo o de la península Ibérica, de escuelas regionales e incluso de talleres locales bien individualizados (Croissant, 2010). Se sabe que cada región realiza su propia elección entre los signos y técnicas venidas del Oriente, entendido en su globalidad cuando se trata de la península Ibérica, es decir, el mundo fenicio y el mundo griego. Las ciudades etruscas o griegas de la Magna Grecia o de Sicilia de época arcaica tienen cada una "su" "orientalizante"; y para la península Ibérica este fenómeno regional es identificado con la palabra "tartésica". El firme deseo del cliente y del artesano, escultor, broncista o grabador de marfil, que han debido frecuentar u observar obras de artistas extranjeros (quizás de paso) es ahora el de expresarse en un lenguaje propio[5].

[5] Esta posición recorre el libro dirigido por Roland Étienne (2010) sobre el siglo VII, y Julian Zurbach (2011) en una reseña sobre esta obra tituló su artículo "¿Desorientalización del Mediterráneo arcaico?"

CATÁLOGO

30, Recipiente pintado
Alarcos (Ciudad Real)
Siglo VIII a.C.
Cerámica a mano, pintada
Altura conservada 16,5 cm., Ø máximo 24 cm; Ø boca 14 cm.
Museo de Ciudad Real nº MCR DO000188
(Fotografía FCG)

31, Cuenco gallonado
Alarcos (Ciudad Real)
Siglo VIII-VII a.C.
Cerámica a mano
Alto 16,5 cm., Ø máximo 22 cm.
Museo de Ciudad Real, nº MCR DO000110
(Fotografía FCG)

32, Machacador
Los Almadenes (Hellín, Albacete)
Siglo VII a.C.
Cuarcita con restos de azufre
Alto 4,5 cm., Ø base 4 x 3,5 cm.
Museo de Albacete nº 19507
(Fotografía MAB)

33, Alabastron (botella o redoma).
Casa del Carpio (Belvis de la Jara, Toledo)
Siglo VII a.C. (primera mitad)
Cerámica
Alto 9,8 cm, Ø boca 3,3 cm, Ø base 2 cm.
Museo de Santa Cruz, Toledo, nº DO30549
(Fotografía DB)

34, Clepsidra
Casa del Carpio (Belvis de la Jara, Toledo)
Siglo VII a.C. (primera mitad)
Cerámica
Alto 11,4cm, Ø máx. 7,3cm.
Museo de Santa Cruz, Toledo, nº DO30550
(Fotografía DB)

35, Cuenco
Casa del Carpio (Belvis de la Jara, Toledo)
Siglo VII a.C. (primera mitad)
Cerámica pintada
Alto 5,2 cm, Ø borde 18,2 cm.
Museo de Santa Cruz, Toledo, nº DO33264
(Fotografía DB)

36, Vasija "a chardon"
Tiriez (Lezuza, Albacete)
Siglo VI a.C.
Cerámica a torno
Alt. 18,5. Ø máx.: 18,5. Ø base 8,5 cm.
Museo de Albacete, nº 9700
(Fotografía MVD)

37, Plato-tapadera
Casa del Monte (La Recueja, Albacete)
Siglo VI a.C.
Cerámica a torno pintada
Alto 3,5 cm., Ø máximo 15,3 cm.
Museo de Albacete, nº 8775
(Fotografía MVD)

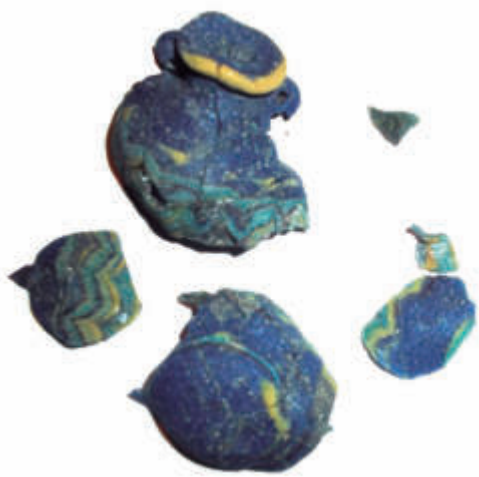
38, Escarabeo
Casa del Monte (La Recueja, Albacete)
Siglo VI a.C.
Pasta verde
Alto 0,8 cm., largo 1,1 cm., ancho 1 cm.
Museo de Albacete, nº 6063
(Fotografía FCG)

39, Escarabeo
Procedencia ignorada (recuperado por la Guardia Civil en la Operación Pozo Moro)
Siglo VI a.C.
Pasta verde
Alto 1,1 cm., largo 7 cm., ancho 1,65 cm.
Museo de Albacete, nº 17809
(Fotografía MVD)

40, Aribalo
Hoya de Santa Ana (Chinchilla, Albacete), tumba 164
Siglo VI a.C.
Cerámica de fayenza, fábrica de Naucratis
Alto 6,5 cm., Ø máximo 4,2 cm.
Museo de Albacete, nº 3403
(Fotografía MVD)

41, Cuenta de collar
La Torrecica, Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete)
Siglo VI a.C.
Cerámica de fayenza, fábrica de Naucratis
Alto 2 cm., Ø máximo 0,8 cm.
Museo de Albacete, nº 3436
(Fotografía MVD)

42, Placas decoradas con esvásticas
Hoya de Santa Ana (Chinchilla, Albacete), tumba 95
Siglos VI-V a.C.
Marfil
Alto 2,1 cm., largo 11,3 cm. (nº 2484)
Museo de Albacete, nº 2484-2492
(Fotografía FCG)



43, Aribalo
Los Villares (Hoya Gonzalo, Albacete), tumba 25
Siglo V a.C.
Pasta vítrea
Museo de Albacete, nº 6534
(Fotografía MVD)

44, Cántaro tipo Saint Valentin
Los Villares (Hoya Gonzalo, Albacete)
Siglo V a.C.
Cerámica ática de barniz negro y pintura blanca
Alto 11,5 cm.; Ø borde 10,9 cm.
Museo de Albacete, nº 14701
(Fotografía MVD)

45, Jarra (*oenochoe*)
Los Villares (Hoya Gonzalo, Albacete)
Siglo V a.C.
Cerámica ática de barniz negro y figuras rojas
Alto 11 cm., Ø borde 5 cm., Ø base 6,3 cm.
Museo de Albacete, nº 14710
(Fotografía MVD)

46, Jarra
Procedencia ignorada (recuperado por la Guardia Civil en la Operación Pozo Moro)
Siglo IV a.C.
Cerámica a torno, pintada
Alto 21,5 cm; Ø borde: 9,5 cm.
Museo de Albacete, nº 17304
(Fotografía MVD)

47, Cratera
Procedencia ignorada (recuperado por la Guardia Civil en la Operación Pozo Moro).
Siglo IV a.C.
Cerámica ática de barniz negro, figuras rojas y pintura blanca
Alto 24,5 cm; Ø borde 25,5 cm., (base reconstruida)
Museo de Albacete, nº 17198
(Fotografía MVD)

48, Cratera
El Toril (El Salobral, Albacete)
Siglo IV a.C.
Cerámica ibérica a torno (imitación de una cratera griega)
Alto 24,7 cm; Ø borde 19 cm; Ø base 9 cm.
Museo de Albacete, nº 14654
(Fotografía MVD)

49, Cuenco
Pozo de la Nieve de Torre Uchea (Hellín, Albacete)
Siglo IV a.C.
Cerámica ática de barniz negro
Alto 5'7 cm., Ø borde 11 cm., Ø base 5'5 cm.
Museo de Albacete, nº 14819
(Fotografía MAB)

50, Cuenco
Pozo de la Nieve de Torre Uchea (Hellín, Albacete)
Siglo IV a.C.
Cerámica ibérica a torno (imitación de un cuenco griego)
Alto 4'2 cm; Ø borde 8 cm; Ø base 4 cm.
Museo de Albacete, nº 14848
(Fotografía GOV)

51, Copa
La Torrecica (Llano de la Consolación, Albacete)
Siglo IV a.C.
Cerámica ática de barniz negro y figuras rojas
Alto 5 cm; Ø borde: 16,3 cm.
Museo de Albacete, nº 3648
(Fotografía MVD)

52, Plato
El Toril (El Salobral, Albacete)
Siglo IV a.C.
Cerámica ibérica a torno, pintada
Alto 6 cm; Ø borde 27 cm.
Museo de Albacete, nº 16409
(Fotografía CCM)

NUEVOS PAISAJES PARA LAS NUEVAS SOCIEDADES IBÉRICAS

Vue générale
du Cerro
de los Santos

Acropole
de Meca

Cerro de los Santos. Ruines du Temple

E. Leroux, *Edit.* H. Demoulin, *Sc.*

NUEVOS PAISAJES URBANOS PARA LA SOCIEDAD IBÉRICA

Ignasi Grau Mira[1]

LA EDAD DEL HIERRO EN IBERIA Y LA FORMACIÓN DE LOS PAISAJES URBANOS

Uno de los procesos cruciales en la historia humana es la aparición de las ciudades, los núcleos de población agregada y las formas de urbanismo que comportan nuevas instituciones y modos de organización social. Las sociedades iberas y sus culturas configuraron una forma original de urbanismo, en parte vinculado a las tradiciones mediterráneas y en parte fruto de las propias dinámicas locales. De ese modo, la historia de los Iberos es también la del desarrollo del fenómeno urbano en sus componentes espaciales y en sus modelos sociales, lo que denota formas organizativas complejas y, con frecuencia, el surgimiento de las formaciones estatales. En las líneas siguientes queremos reflexionar sobre tres aspectos que nos parecen de interés para entender los paisajes urbanos ibéricos. El primero es el del surgimiento de las ciudades, el segundo es sobre el modelo de ciudad de los Iberos y el tercero sobre la diversidad de modelos territoriales en el amplio espacio de Iberia y que mostrarían variaciones de los modelos socioeconómicos y políticos.

En el área Ibérica el proceso de configuración de paisajes urbanos se inició en el tránsito de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro, en una cronología compartida con otras regiones del Mediterráneo Occidental (Belarte *et al*., 2020). Con modalidades y características propias en las diferentes regiones, la concentración de población se produjo en diversos episodios entre los siglos IX y VII a.n.e. Generalmente, estos centros urbanos estaban dotados de fortificaciones y localizaciones estratégicas, sobre cerros y controlando las vías de comunicación (fig. 1). Con el paso del tiempo, y ya en plena época ibérica, los núcleos concentrados se convirtieron en auténticas ciudades que controlaban asentamientos dependientes de naturaleza diversa dispuestos en ámbitos territoriales de carácter regional.

Estas dinámicas de agregación en núcleos extensos y protegidos son reflejo de profundas transformaciones socioeconómicas y políticas que, por un lado, tienen pautas comunes a nivel suprarregional, pero por otra parte son producto de dinámicas particulares y procesos locales. En relación con los primeros, debemos referirnos a la dinámica social de consolidación de las desigualdades y la emergencia de familias y grupos de poder que destacaron en el seno de la sociedad, y captaron adeptos y vincularon personas dependientes. Con la finalidad de favorecer el crecimiento productivo basado en la gestión agraria del territorio y escoger las mejores localizaciones para favorecer los intercambios supra-regionales se promovería la concentración de la población para gestionar la fuerza de trabajo y controlar la producción de los grupos afines y dependientes. En estas comunidades cada vez más grandes se superaron las formas de relación social de base parental y reguladas por los lazos familiares, para desarrollar lazos de afiliación social, como la clientela, que superaron los estrictos marcos del parentesco.

Una de las razones que explica estos procesos es el desarrollo de los contactos e intercambios económicos de carácter mediterráneo. Estas relaciones habían ido desarrollándose desde los momentos finales de la Edad del Bronce y

[1] Universitat d'Alacant

habían constituido redes de gran distancia que vincularon las áreas atlántica y mediterránea de la Península y tenían como objeto el aprovisionamiento de metales y otras materias primas. Sobre esta estructura preexistente, durante el Hierro Antiguo se intensificaron los intercambios de la mano de los mercaderes fenicios, operando en las costas meridionales y del sureste peninsular desde al menos el s. VIII a.n.e. La integración de las economías locales en marcos suprarregionales favoreció la modificación de los esquemas económicos precedentes hacia modelos que buscarían el aumento de la producción con que alimentar las redes del intercambio.

El incremento de la producción incentivada por los líderes y en parte canalizada en los intercambios tendría como consecuencia el aumento demográfico con el que sostener los procesos de concentración poblacional y expansión económica. Por otra parte, la interacción con las comunidades fenicias introdujo elementos fundamentales que caracterizaron los modelos económicos y culturales de época ibérica. Nos referimos a innovaciones tecnológicas como la metalurgia del hierro o la alfarería a torno, que favorecerían la expansión de las fuerzas productivas y la especialización creciente de la producción. También se transformó la agricultura del periodo por la adopción de nuevos cultivos, como la vid, y otros frutales, que se sumaron a los cereales y legumbres tradicionales (Pérez *et al*., 2007). Estas plantas ampliaron los ciclos agrarios a ritmos plurianuales e impulsaron las inversiones a largo plazo que debieron fomentar los procesos de territorialización y aumento del poblamiento rural (Alonso y Pavón, 2007).

Estos procesos de consolidación de las ciudades, colonización agraria y configuración territorial tuvieron como resultado un denso paisaje urbano plenamente configurado a la llegada de Roma a fines del s. III a.n.e. Las fuentes grecolatinas dan testimonio de esta densa articulación urbana en redes de núcleos dependientes de las más importantes ciudades, como el testimonio de *Lascuta* que dependía de la ciudad de *Hasta*. Esta articulación territorial sugiere el desarrollo de formas políticas territoriales complejas y con las ciudades como entes de referencia.

El carácter expansivo de estos procesos generó fricción entre grupos en competencia por tierras y vías de comunicación, lo que desembocaría en la rivalidad y el conflicto entre las comunidades de cada territorio. Esto explica que los núcleos urbanos buscaran lugares dominantes y reforzados por murallas y donde la concentración residencial pretendía hacer frente a estos desafíos. Todos estos cambios tienen su mejor expresión en un nuevo modelo de poblamiento basado en la aparición de núcleos fortificados y de altura, los *oppida*, que controlaron pequeños territorios donde se disponían densas redes de asentamientos rurales. Con este nuevo modo de habitar, las nuevas comunidades pretendían desarrollar sus modelos socioeconómicos y también hacer frente a los desafíos del conflicto entre comunidades extraterritoriales, lo que contribuyó a la aparición del nuevo paisaje urbano y nuevas formas sociales.

EL *OPPIDUM*, MODELO IBÉRICO DE CIUDAD

Es difícil tratar de caracterizar un único modelo de ciudad ibérica, pues en realidad encontramos una gran diversidad, como en otros rasgos de esta cultura. Sin embargo, más allá de esta variabilidad, es posible definir algunos rasgos comunes que caracterizarían la ciudad ibérica en el seno del Mediterráneo Antiguo.

Como norma general, las ciudades ibéricas eran de dimensiones más reducidas y de aspecto menos monumental que sus contemporáneas griegas, romanas o cartaginesas, donde se desarrollaron formas muy organizadas de estructura urbana con trazados muy regulares y obras públicas singulares. Las ciudades ibéricas solían tener unas dimensiones en torno a las diez o quince hectáreas en los casos principales, con escasos ejemplos del sur peninsular con superficies mayores. Sin embargo, las dimensiones de las ciudades ibéricas predominantes son las que se sitúan entre una y cinco hectáreas y configuran una pléyade de ciudadelas de segundo nivel, posiblemente subordinadas a las ciudades mayores, y que articularon redes de asentamientos dependientes en los espacios locales.

Los trazados urbanos y diseños urbanísticos fueron muy variadoss y en ocasiones con adaptaciones a terrenos muy irregulares, lo que daba a los asentamientos una apariencia muy rústica. En algunos casos se reconocen claramente

trazados ortogonales y ordenados por tramar reticulares, como en Puente Tablas (Jaén) o El Oral (Alicante), mientras que en otros casos se ordenan por agregados de barrios en enfilada, adaptados a las laderas y terrenos inclinados sobre los que se edifican, como La Serreta (Alicante) o El Tossal de Sant Miquel de Llíria (Valencia).

Tampoco son frecuentes los espacios públicos de representación como amplias plazas, templos destacados o centros cívicos, a diferencia de los centros urbanos del Mediterráneo clásico. La principal construcción colectiva frecuentemente era las fortificaciones urbanas que, además de proteger el hábitat, pueden considerarse auténticas obras monumentales y símbolos de la comunidad (fig. 2). Como resultado, el modelo urbano ibérico mostraba un carácter de ciudad-fortaleza donde resaltaba el factor estratégico y defensivo.

Fig. 1. El Tolmo de Minateda (Hellín), estratégico enclave situado en una encrucijada de caminos. Imagen: Proyecto El Tolmo de Minateda. - Fig. 2. Torreón que protege el acceso a El Puig d'Alcoi. Imagen: Proyecto El Puig d'Alcoi.

A pesar de la inexistencia de ostentosas obras públicas, en las ciudades ibéricas encontramos la movilización de trabajos colectivos para la construcción de obras masivas de acondicionamiento y que son equiparables a la erección de monumentos en otras áreas. Podemos referirnos, por ejemplo, al aterrazamiento de laderas con elevados muros en mampostería de piedra seca rellenos de sedimentos para crear plataformas sobre las que erigir las casas. Esas plataformas articulaban barrios en enfilada, lo que delata obras de carácter colectivo, cuya forma de bloques cúbicos compactos ofrecería el aspecto de verdaderas iniciativas arquitectónicas de escala comunitaria.

La ausencia o escasez de otros edificios públicos, como templos monumentales, no debe, por tanto, considerarse una limitación en las capacidades técnicas y económicas de las ciudades ibéricas; más bien debe de tratarse de una cuestión cultural y de inhibición en la expresión de ciertas formas de poder, que diferenciaría la ciudad ibérica de las ciudades clásicas del Mediterráneo. Por lo general, podríamos incluso hablar de un patrón de arquitectura hecha por y para el colectivo urbano, y enfatizando el diseño comunitario más que aquel que buscaran distinguir ampliamente los grupos destacados y marcar las distancias sociales. No obstante, no están ausentes las formas arquitectónicas destacadas relacionadas con las elites urbanas, como por ejemplo el área palacial de Puente Tablas (Ruiz, 2008: 755).

Las ciudades ibéricas tenían una naturaleza principalmente agraria y aunque debieron ser la sede de los intercambios, concentrar labores artesanales y otras actividades económicas, su principal orientación económica fue la explotación del campo y la transformación de los productos agrarios. Incluso las ciudades costeras que desarrollaban importantes funciones comerciales debieron contar con importantes grupos de productores básicos. Así las cosas, no

tiene ningún sentido definir la ciudad como el reverso del campo, en el sentido moderno de oposición campo-ciudad, sino que, en la antigua *Iberia*, como en todo el Mediterráneo antiguo y premoderno, siempre hubo una simbiosis equilibrada.

Los territorios ibéricos raramente se encontraban ocupados únicamente por ciudades, exceptuando, como veremos, los territorios iberos de la Alta Andalucía en época plena. Los centros urbanos ordenaban espacios más o menos amplios donde se emplazaban otros asentamientos subordinados de naturaleza y función variables. Así podemos encontrar desde núcleos urbanos menores a simples aldeas y casas de labor, pasando por centros artesanales o enclaves defensivos al modo de fortines, sin olvidar los lugares de culto y santuarios que ordenaban el paisaje sacro. En definitiva, asentamientos variados que se organizaban en redes de poblados insertos en unidades de paisaje para constituir los distintos espacios políticos ibéricos. Estas unidades territoriales siguieron el modelo de la típica ciudad-estado mediterránea, semejantes a la *polis-chorá* griega o el binomio *civitas-territorium* de los romanos, mucho mejor conocidos.

Las características generales de los *oppida* y las redes de asentamientos adquirieron formas concretas en las diferentes regiones que constituyeron el amplio espacio de *Iberia*. Los condicionantes del medio físico, las formas de organización sociopolítica, las modalidades económicas o las diferentes tradiciones culturales contribuyeron a dar forma concreta a los diferentes paisajes ibéricos que podemos agrupar en amplias áreas regionales.

LOS PAISAJES DE LOS IBEROS DEL SUR

Los grupos del sur de Iberia, en las actuales tierras de Andalucía, se organizaron desde época temprana a partir de una densa red de ciudades que se extendían por todo el valle del Guadalquivir, mientras en las áreas costeras se emplazaban los núcleos coloniales costeros. Buena parte de la explicación del elevado grado de urbanización de esta región debe derivarse de la temprana relación de las poblaciones locales con los comerciantes fenicios que establecieron estas colonias. De hecho, esta fuerte influencia semita caracterizó la cultura de los iberos de la Baja Andalucía, denominados turdetanos por las fuentes clásicas, que contaron con florecientes núcleos como *Carmo*, *Nabrissa* o *Baelo*, por citar unos pocos ejemplos.

Remontando el Guadalquivir, encontramos la trama de territorios de la Alta Andalucía y alrededores, una de las mejor conocidas en sus características particulares y su evolución histórica (Ruiz y Molinos, 2007). Se trata de grandes centros urbanos, por lo general en torno a 10 ha de extensión, poderosamente fortificados y que concentraban toda la población de sus territorios. A diferencia de otros ámbitos geográficos, en esta región el apogeo de la Cultura Ibérica congregó toda la población en grandes *oppida* donde las relaciones de vecindad posibilitaron el dominio político y la gestión de la mano de obra campesina por parte de los príncipes locales.

Los *oppida* de esta región se sitúan a 15-20 km de distancia de lo que se deduce la extraordinaria densidad urbana y una reducida extensión de los dominios territoriales circunscrita al ámbito local. En ocasiones se produjo la expansión de los dominios de una ciudad a partir de la colonización de una porción cercana donde se situaba un *oppidum* secundario, dependiente del núcleo principal. Esos proyectos políticos ampliados configuraban un espacio en torno a un valle o fuente hídrica común, un *pagus* (Ruiz, 2008: 828-831). Así se documenta con la expansión de Cástulo y la fundación del *oppidum* de Giribaile o en el caso de Úbeda la Vieja, la *Iltiraka* ibérica,con la fundación del *oppidum* de La Loma del Perro. En ocasiones este proyecto político se sancionaba con el emplazamiento de un santuario en los límites del dominio de la ciudad, a modo de marcadores fronterizos.

Los príncipes que regían estos *oppida* se relacionarían mediante pactos de clientela que aupaban a poderosos mandatarios al liderazgo de verdaderas federaciones de ciudades. Un buen ejemplo es el del rey Culcas citado por los textos antiguos que se refieren a la época de la segunda Guerra Púnica. En un primer momento se le describe como

líder de 28 ciudades y unos años después tan sólo domina sobre 17 (Ruiz, 2008: 833). Este tipo de pactos nos permite comprobar cómo la ciudad constituye la unidad territorial básica y cómo por encima de ella existían agregaciones que se conformaban o disolvían en función de las relaciones políticas y el discurrir de la Historia. Ejemplos destacados de estas ciudades serían Cástulo, en la región minera de Linares, o la ampliamente estudiada de Puente Tablas (fig. 3), en las proximidades de Jaén, o ya en Ciudad Real, las ciudades de Alarcos o El Cerro de las Cabezas.

Fig. 3. Puente Tablas (Jaén). Imagen: IUIAI-Univ. Jaén

LOS PAISAJES IBEROS DEL ÁREA CENTRAL

El espacio correspondiente al área suroriental de la Península Ibérica, en un marco que cubriría desde las actuales provincias de Murcia hasta Castellón, muestra una configuración espacial en parte semejante y en parte diferente a la reconocida en el Sur Peninsular. Por lo general estos centros son de dimensiones más modestas que los localizados en el Alto Guadalquivir y a diferencia de estos, no concentran toda la población del entorno. Encontramos una densa ocupación campesina en aldeas, caseríos o instalaciones rurales de variada morfología y función que tapizan las tierras de cultivo.

Las primeras fases de la época muestran una densa red de núcleos fortificados que articularía los territorios y que funcionarían de forma básicamente autónoma. Avanzando el proceso histórico, fundamentalmente en época plena, se configuraron espacios políticos mayores que abarcaron ámbitos comarcales con aproximadamente 700-1000 km^2 de extensión. Estas circunscripciones territoriales se formaron por la agregación de diversos *oppida* presididos por uno de mayor tamaño e importancia que impondría su autoridad sobre los restantes asentamientos. De ese modo, las ciudades se encuentran en la cúspide de un sistema donde encontramos poblaciones urbanas de segundo orden, aldeas o caseríos dispersos. Algunas de estas ciudades serían Lorca, Verdolay o Coimbra del Barranco Ancho en Murcia, El Tolmo de Minateda, Lezuza o Peñarrubia en Albacete, La Alcúdia d'Elx, La Vila Joiosa y La Serreta d'Alcoi en Alicante (fig. 4) o Xàtiva, Caudete de las Fuentes, Sagunt o El Tossal de Sant Miquel de Llíria en Valencia (Grau Mira, 2019), por citar solo algunos ejemplos.

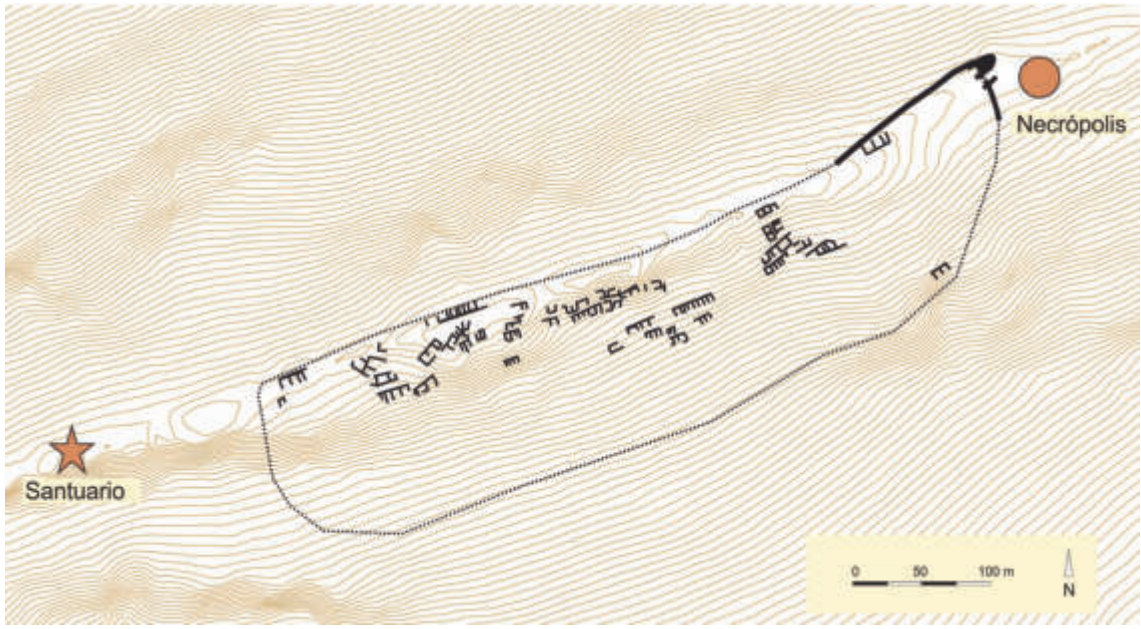


Fig. 4. Plano de la ciudad de La Serreta (Alcoi; Cocentaina; Penàguila). Imagen: I. Grau.

Algunas de estas ciudades acogieron santuarios y lugares de culto que permitirían cohesionar la población de sus territorios a partir de vínculos religiosos, especialmente en las fases ibéricas avanzadas (Tortosa y Ramallo, 2017). Las poblaciones de sus territorios acudirían periódicamente al santuario de la comunidad ubicado en la capital, lo que afianzaría el papel de la ciudad desde el punto de vista simbólico y representativo.

LOS PAISAJES IBEROS DEL ÁREA SEPTENTRIONAL

En la región noroeste de *Iberia*, correspondiente a las actuales tierras catalanas, se distingue otro modelo territorial. En la fachada costera se han identificado cuatro grandes espacios correspondientes a las regiones mencionadas por las fuentes: Indigecia, Layetania, Cosetania e Ilercavonia con las capitales de Ullastret (fig. 5), Burriac-*Ilturo*, Tarragona-*Tarracon-Kese* y Tortosa-*Dertosa* o El Castellet de Banyoles, respectivamente (Sanmartí *et al.,* 2019). A ellas habría que añadir el territorio interior de los ilergetes que mostrarían un modelo diferente y más descentralizado (Asensio y Jornet, 2019). Por tanto, en esta zona se produce la correspondencia de los paisajes urbanos constatados por la arqueología con las menciones de los pueblos citados por las fuentes clásicas, mientras que tal equivalencia no se da más al sur, donde una región antigua acoge varios espacios políticos.

Los territorios de esta región septentrional presentan diferencias en los tipos de asentamientos y especialmente en lo que respecta a las dimensiones del espacio político, cuyos aproximadamente 2000-2800 km^2 triplican la superficie de los territorios del área oriental y superan con creces los espacios geopolíticos de la Alta Andalucía. En el seno de estos espacios se ubican otros enclaves urbanos que pudieron dominar sus respectivos entornos locales, por donde se disponen densas redes de asentamientos rurales.

En este espacio geográfico también cobra importancia la existencia de un espacio colonial en torno a las ciudades griegas de *Emporion* y *Rhode* que dejó sentir su influencia en la región y especialmente en las redes de intercambio de la zona. De hecho, un fenómeno de interés en la zona es la concentración de amplios volúmenes de cereales en campos de silos que han sido puestos en relación con este intercambio colonial.

Fig. 5. Ciudad Ibérica de Ullastret. Imagen: Gencat

Este rápido repaso nos sitúa ante un mosaico de territorios Iberos que transformaron sus estructuras socioeconómicas en unos mismos procesos, aunque con modelos variados y secuencias cronológicas ligeramente diferentes. Lo que no cabe duda es del panorama de profunda mutación que acaeció en una fase histórica crucial y que en pocos siglos transformó las formas sociales precedentes y los modos de implantación territorial.

NUEVOS ESPACIOS Y PRÁCTICAS FUNERARIAS

Juan Blánquez[1]

Espacio y tiempo dan sentido intelectual a todo diálogo entre personas

I .- CONSIDERACIONES DE PARTIDA. ESPACIO Y TIEMPO

Conscientes, hoy día, de que no existió en la península ibérica un unitario territorio ibero y que tampoco constituyó una única etnia… asumimos que fue la existencia de un suficiente conjunto de elementos materiales lo que nos permite hablar hoy –con propiedad– de una Cultura Ibera, compatible con lógicas diferenciaciones regionales. Más de 100 años de excavaciones arqueológicas posibilitan contornear diferentes territorios iberos. Unos con mayor precisión, aquellos abiertos al litoral mediterráneo, como el caso Edetano o Contestano; otros, notablemente menos precisos, aquellos asentados en las tierras del interior caso, por ejemplo, de Oretanos o Bastetanos… en la medida que este último no fuera una convención territorial tardía, consecuencia de la romanización peninsular (Adroher y Blánquez, 2008).

Es sabido cómo las fuentes textuales grecolatinas, en lo referente a la península ibera, se caracterizan por constituir una información escasa, en lo cuantitativo; de no gran valor, en lo cualitativo y, en general, cronológicamente tardías… de hecho, en numerosas ocasiones, aquellos "relatores" se referían a hechos acontecidos siglos antes o a áreas geográficas en las que nunca habían estado pues, desde una perspectiva mediterránea, la península ibera estuvo mal conocida, durante siglos, en el primer milenio a.C. Ello determina que la caracterización de esta cultura haya sido y seguirá siendo un problema, fundamentalmente, arqueológico.

Si nos centramos en las tierras albacetenses debemos ser conscientes de cómo la actual demarcación administrativa no concuerda, de manera exacta, con las delimitaciones culturales de la Antigüedad. Sería la parte oriental de aquella –el sureste meseteño– donde se han documentado con muy antiguas cronologías (finales del s. VI a.C.) asentamientos y necrópolis propiamente iberos (Blánquez, 1990) y, por ello, deberíamos asumir que no nos encontramos ante un territorio "iberizado" sino, más bien, parte de uno mayor en donde se configuró dicho horizonte cultural. Serían otras regiones, caso de Murcia, donde sería más correcto hablar de territorios iberizados; uno y otro en directa relación con la ya citada etnia contestana que, bajo nuestro punto de vista, no debería limitarse a lo que hoy configura, aproximadamente, la provincia de Alicante (Blánquez y García Cano, e.p.).

[1] Juan Blánquez Pérez. Universidad Autónoma de Madrid, catedrático de Arqueología del departamento de Prehistoria y Arqueología.
Este trabajo se inscribe en las investigaciones que se llevan a cabo dentro del proyecto de investigación I+D+i: PID2020-117449GB-I00 *La cultura arquitectónica en la Oretania Septentrional y la potencial influencia púnica: los oppida de El cerro de las Cabezas y Alarcos. Un estudio interdisciplinar e integral*

Fig.1.-Mapa con los yacimientos de las actuales provincias de Murcia y Albacete que formarían parte de la Contestania. © J. Blanquez. Dibujo: C. Comas (2021)

Llamamos la atención sobre estas cuestiones cronológicas y espaciales (territoriales) para, con rigor, valorar el avance del conocimiento arqueológico de los espacios y prácticas rituales en las necrópolis iberas en estas dos últimas décadas. Nuestro punto de partida, pues, por lo hasta ahora argumentado, es apoyarnos para esta valoración general en las necrópolis alicantinas, norte de Murcia y este de Albacete. Empleamos términos geográficos actuales por ser más comprensibles para un lector, no por fuerza, especialista en estas cuestiones (fig.1).

Somos conscientes de no coincidir con otros colegas que defienden el límite sur y oeste de la Contestania ibera desde una perspectiva más restrictiva. La impronta de este enfoque, por sintetizar, puede situarse en la década de los años 70 del pasado siglo, con el trabajo de E. Llobregat, innovador en muchos aspectos pero que, inconscientemente, definió un marco geográfico rígido en exceso (Llobregat, 1972), no del todo ampliado aun a pesar de lo mucho evolucionado metodológicamente hablando (Abad, Sala y Grau Mira, 2005).Bajo nuestro punto de vista y, también de otros investigadores, a la luz de las excavaciones arqueológicas de las tres últimas décadas, dibujamos una Contestania prolongada más allá de los actuales límites del sur y oeste de la provincia de Alicante.

En concreto, hacia tierras murcianas, con las necrópolis de Lorca (Cárceles *et all.* e.p.) y Archivel (Brotons, 2008) y, ya hacia tierras albacetenses, espacio que aquí más nos interesa, hasta las necrópolis de Pozo Moro y Hoya de Santa Ana (Chinchilla) y Los Villares (Hoya Gonzalo); por no citar asentamientos poblacionales como La Quéjola, el Amarejo o, más recientemente, de nuevo el santuario de El Cerro de los Santos (Ramallo *et all.* 2019).

Si bien las competencias en Cultura y, por tanto, el desarrollo de la investigación arqueológica en estas tres provincias -que suponen tres autonomías distintas- acumula una media de 40 años, dicho desarrollo ha sido descompensado en esta materia. En el área alicantina, los resultados son claramente positivos y, en este sentido, la labor desarrollada por la Universidad de Alicante y por la Diputación Provincial, a través del MARQ, lo explica en buena medida. No ha sido igual en las de Murcia y Albacete, en las que –quitando meritorias excepciones– las actuaciones de urgencia, en lugar de proyectos continuados, parece haber sido la pauta característica. Ello, como el lector puede imaginar, no es el camino apropiado para el avance de cualquier investigación.

En las tierras del sureste peninsular cualquier viajero que, en la Antigüedad, recorriera sus caminos vería junto a ellos pequeños, pero definidos, espacios funerarios caracterizados por la presencia de estructuras tumulares, escalonadas o no, enfoscadas con barro y rematadas, algunas de ellas, por esculturas y construcciones arquitectónicas. Es decir, la existencia defendida hace más de cuatro décadas por Almagro Gorbea acerca de un "paisaje funerario" con personalidad propia (Almagro, 1978). Hoy día sabemos cómo las tumbas de la aristocracia ibera de los siglos V y IV a.C. utilizaron este tipo de ente-

rramiento como una manera material, pero también simbólica, de evidenciar su estatus aristocrático; al igual que todas las culturas circunmediterráneas de aquella época. Una aristocracia… de carácter caballeresco a tenor del amplio repertorio de esta iconografía en las tumbas más antiguas y en las que, de nuevo, las necrópolis albacetenses han documentado uno de sus más amplios repertorios conocidos hasta la fecha (Sanz y Blánquez, 2011) (fig. 2).

Fig. 2.- Vista general de "Los Villares" (Hoya Gonzalo, Albacete). Esqueleto, hoy, de lo que fue una necrópolis de finales del s.VI a mediados del s. IV a.C. © J. Blanquez (1989)

II.- LA INVESTIGACIÓN DE LAS NECRÓPOLIS IBERAS A FINALES DEL S.XX

En la década de los años 90 del pasado siglo se habían publicado ya sucesivas reuniones científicas atentas, de manera monográfica, al mundo ibero funerario. En primer lugar, el *Congreso de Arqueología ibérica: las necrópolis*, celebrado en la Universidad Autónoma de Madrid, en 1991 (Blánquez y Antona, 1992); seis años después, en 1997, las *Iª Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha* (Valero, 1999) y, por último, la universidad de Ciudad Real, en 2001, una monografía sobre *Arqueología Funeraria: las necrópolis de incineración* (García Huertas y Morales, 2001).

Pero aquella "aceleración" en la investigación del mundo ibero funerario se entiende hoy mejor si la encuadramos entre otras dos importantes reuniones científicas que, respectivamente, supusieron sendas "llamada de atención" sobre la necesidad de investigar, tanto el proceso formativo de esta cultura (VV.AA, 1977) como su final; éste último a través de otro término que también se ha asentado en la bibliografía arqueológica: la "Baja Época" (VV.AA. 1981). Las preguntas vigentes, por aquel entonces, en la investigación arqueológica, junto con la ventaja de contar con un fósil director cronológico en un número significativo de los ajuares funerarios, caso de las cerámicas griegas de importación, hizo de las necrópolis iberas un verdadero objeto "de deseo". Junto a ello, no hay porqué silenciarlo, también la propia importancia de la estatuaria y lo representativo de los ajuares funerarios; todo ello, acentuado por tratarse siempre de contextos cerrados… si las tumbas no habían sido saqueadas de antiguo.

No obstante, las investigaciones en las dos décadas del presente s. XXI han supuesto la inversión de esta tendencia, en favor del estudio de sus asentamientos poblacionales y, muy en particular, aquellos pertenecientes a la "Baja Época".

Ello se explica, fundamentalmente, por dos cuestiones. Por un lado, como respuesta a renovadas preguntas de la ciencia arqueológica, menos objetual, más analítica; y, por otro, por la desaparición de precisos fósiles directores (ausencia de cerámicas griegas) que corre paralela a la, todavía hoy, no muy afinada precisión cronológica de los materiales iberos: fíbulas, placas de cinturón o armamento (fig. 3a-e).

III.- RITUAL FUNERARIO IBERO Y CONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO

A lo largo de estas cuatro últimas décadas varias han sido las tipologías propuestas para ordenar los enterramientos iberos; pero menor ha sido la investigación en torno a los rituales funerarios; sobre todo con la necesaria profundización. No es superfluo, pues, acometer un resumido estado de la cuestión de dichos rituales.

El rito de la cremación –que no incineración– fue el generalizado en las etnias y los territorios iberos. La existencia de enterramientos infantiles (inhumados) en poblados, si bien exigen estudio aparte, son la excepción que hace rígida la norma. Normalmente, la pira funeraria se situaba fuera de la necrópolis (¿extramuros de los asentamientos?), pues son ocasionales las documentadas dentro, caso, por ejemplo, de la necrópolis de Castellones de Ceal (Hinojares, Jaén). Caso singular era cuando el lugar de la cremación y la ubicación del enterramiento coincidían, algo testimoniado en contadas ocasiones; se trataría, entonces, de un *bustum*, por emplear terminología clásica. Pero, aun éstos, en más de una ocasión, pensamos que han sido erróneamente interpretados como tales, pues la pequeña área quemada dentro de la tumba impide identificarla como huela de la cremación del cadáver; tampoco la escasa rubefacción de la tierra subyacente permite defender la cremación *in situ* del cadáver. Más bien deberíamos pensar en ser el resultado del quemado de parte del ajuar; aquel relacionado con el difunto y no tanto reflejo de determinados rituales funerarios realizados en el momento final del enterramiento.

Fig. 3a, b, c, d y e.- Portadas de publicaciones referentes para el estudio del mundo funerario ibero (1977-2002).- Fig. 4.- Vasija crateriforme "de los músicos". Necrópolis de "El Cigarralejo" (Mula, Murcia). © Museo de Arte Ibérico del Cigarralejo. Foto: J. Blanquez (1988)

Los análisis acometidos en restos de madera mezclados con los huesos cremados, también rellenando el hueco dejado entre la urna cineraria y el inicial hoyo excavado de la tumba, apuntan siempre a maderas locales del entorno inmediato: boj; pino, encina… que generarían una temperatura en torno a los 600º C. En este sentido, estudios osteológicos de las tumbas iberas comentan la existencia de huesos azulados, no todos blanquecinos, que ponen de manifiesto cocciones irregulares y a no muy altas temperaturas (Gómez Bellard, 1996; Reverte 2001; como pautas generales). Así, pues, encaja bien la documentación de unos análisis y otros. Los análisis de los huesos cremados caracterizan a unas elites con una esperanza de vida no superior a los 42 años de media -si bien hay individuos con más de 60 años- que engloban, tanto mujeres como hombres y niños; es decir, no hubo una diferenciación por género o edad, como luego comentaremos con más detalle.

La urna era utilizada para depositar los huesos, tras la cremación, los cuales eran recogidos sin demasiado esmero (se documentan fragmentos de diferentes esqueletos dentro de una misma urna) y, en ocasiones, envueltos en una tela de lino.Dicha urna, nunca con evidencias de haberse quemado, podía ser -indistintamente- ibérica pintada, ibérica común oxidante o reductora, de imitación griega o griega, propiamente dicha. Sí conviene apuntar, sin embargo, cómo en un número minoritario –pero significativo– de tumbas dentro de las necrópolis hay ausencia de esta urna, estando los huesos mezclados con restos de la cremación rellenando la oquedad excavada en el suelo. Dicha ausencia no parece responder a periodos cronológicos concretos ni a determinadas áreas geográficas; es decir, la presencia o ausencia de urna cineraria no estaría relacionada con cuestiones identitarias, pues se documentan sin un orden cronológico ni territorial.

Los cadáveres no se envolvían en sudarios, se colocaban sobre la pira funeraria vestidos, acompañados de aquellos elementos formales evidenciadores de su elevado estatus: en los casos de los hombres, vestidos con túnica corta -de cuello en "V"- ceñida a la cintura, con capa y, frecuentemente, con su panoplia. Placas de cinturón, fíbulas y diferentes armas, respectivamente, han llegado hasta nosotros con alteraciones propias de una alta combustión; también anillos, pulseras y pendientes complementando su adorno personal que, en época ibera, lógicamente, no respondían a las diferenciaciones de género asentadas en nuestra sociedad hasta hace pocos años. Hombres, mujeres y niños aparecen cremados dentro de las tumbas por lo que, como comentábamos, la integración en aquellas elites no fue cuestión de género ni de edad; fue la pertenencia –o no– a un grupo gentilicio obtenido por nacimiento o por vínculos de juramento o matrimonio.

Para antes o después de la cremación del cadáver no disponemos de suficientes datos como para defender la existencia de específicos rituales funerarios. Hay que "saltar" ya al momento de cierre de la tumba mediante estructuras tumulares de diferente tamaño –entre dos y diez metros de lado– realizados con adobes, mampuesto o sillares. Este tipo de cierre conllevaba una señalización física del lugar de enterramiento dentro de la necrópolis, por lo que no es aventurado suponer la existencia de posteriores (periódicos) rituales de los grupos gentilicios a sus antepasados. En este sentido, conviene resaltar cómo en la cultura ibera, al igual que la mayoría de las culturas urbanas circunmediterráneas de aquel momento, asentamiento poblacional y necrópolis se retroalimentaban en un lenguaje simbólico de legitimación del Poder.

Sea como fuere, hay datos arqueológicos que permiten, cuanto menos, defender la existencia de otras actividades rituales; veamos un ejemplo ilustrativo. En la necrópolis murciana de "El Cigarralejo" aparecieron numerosos fragmentos de una cerámica ibera con pintura figurada en su superficie (Cuadrado, 1990). La forma era crateriforme, es decir, una emulación de las crateras griegas que bien pudo ser la urna cineraria –por su tamaño y forma– de una tumba destruida de antiguo; de hecho, apareció en un camino agrícola que dividía, artificialmente, la propia necrópolis. Pero lo más importante es la escena pintada (precocción) en su superficie que tenemos que "leer", no como una cuestión decorativa sino en clave simbólica, como reforzamiento de la identidad del grupo que se identificaría en la escena y que, a la vez, les diferencia del resto de la población. La escena -lamentablemente incompleta- representa un desfile o danza de un personaje principal, reflejado en la túnica ceñida a la cintura y una tira cruzada en torno al cuello, delante del cual marchan dos músicos y tres guerreros (caballeros). El primero de los músicos sopla un aulós, de notable altura, que proporcionaría un sonido estridente, el segundo tañe una lira de caja (leído, correctamente, de derecha a izquierda). Paralelos iconográficos iberos los encontramos hasta en época tardía como, por ejemplo, en la auletris de uno de los relieves calizos de Osuna. Instrumentos de cuerda y de viento estaban, pues, presentes en los actos solemnes de la vida ibérica: ante la muerte y en el culto; evidentemente, pareja a la música, debemos asumir la danza y, todo ello, en los ritos funerarios (fig. 4).

Defendemos, pues, la existencia de un proceso funerario, ritualizado, bastante más complejo de lo tradicionalmente pensado en donde es necesario diferenciar, dentro del conjunto de objetos dentro de una tumba, entre aquellas piezas caracterizadoras del ajuar del difunto y quemadas en la pira funeraria o en el lugar de la tumba y aquellas otras,

no quemadas, reflejo de concretos rituales a pie de tumba y asociadas, entre otras consideraciones, a libaciones. Las evidencias documentadas en los enterramientos de la necrópolis de "El Salobral" no dejan mucha duda (Blanquez, 1991). En caso de confirmarse en otras necrópolis de la Contestania habría, entonces, que replantear numerosas valoraciones hechas a los ajuares funerarios como un todo uniforme, desde una única perspectiva de "riqueza" o "valor" (fig. 5).

IV.- LA INVESTIGACIÓN ACTUAL

Querríamos, para terminar, apuntar unas breves consideraciones sobre concretos aspectos que han supuesto una inflexión en el conocimiento de los rituales funerarios iberos, así como hacia dónde se orienta hoy la investigación.

Deberíamos abandonar la idea generalizada de los cierres tumulares de las tumbas, independiente de que se hicieran con adobes o mampuesto careado, como meras acumulaciones de piedra de la zona; todo lo contrario. Una cuidada excavación (desmontaje) de este tipo de cubrición, junto con el corte en sección del suelo de uso, ponen en evidencia una ritualizada y, hasta cierto punto, compleja sucesión de tareas con un claro "hilo conductor": la idea "de cierre". En efecto, cierre de la urna con un plato, por lo general, invertido; el rellenado –hasta saturar– el hoyo practicado en el suelo; el sellado de esta superficie con una capa de tierra amarillenta (sacralización); la delimitación circular, con piedra de notable tamaño, sobre el hoyo circular practicado en el suelo; rellenado de este espacio, sobreelevado, con argamasa o tierra diferente; delimitación del perímetro mayor del túmulo con piedra careada y, también, desde el suelo de uso, de los perímetros de los escalones internos; para, por último, revocar toda la superficie tumular –escalonada o no– con barro, por lo general sin colorear. (fig. 6a y b)

Otra cuestión para considerar, con la perspectiva que da el tiempo al asentar argumentos y diluir opiniones es la llamada, durante décadas, la "destrucción de las esculturas iberas". Una lectura arqueológica seguidora de las fuentes textuales hizo que, en su momento, éstas se asociaran a la II Guerra Púnica. También la prudencia llamó la atención sobre cómo muchas de aquellas roturas habían sido consecuencia del arado. Pero fue el descubrimiento de Pozo Moro y toda la investigación posteriormente generada lo que supuso un más que notable avance en el conocimiento de este auténtico instrumento político al servicio de las elites iberas; pues así entendemos hoy aquella manifestación material, tan propiamente ibera, circunscrita al ámbito funerario, desde finales del s.VI a mediados del s. IV a.C. Como apuntábamos, fueron las necrópolis de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete) y Baza (Granada), en 1971, junto con Los Villares (Hoya Gonzalo, Albacete), ya en 1986, las que, mediante la contextualización arqueológica de las esculturas iberas, dieron una nueva orientación a esta expresión cultural, la primera de la península en bulto redondo a gran tamaño (Blánquez, 1998).

Dicha contextualización, fundamentalmente a partir de la necrópolis de Los Villares, permite hoy fechar y testimoniar una rotura generalizada de las esculturas iberas en el segundo cuarto del s. IV a. C. como consecuencia de una profunda crisis social que se materializó, entre otras consideraciones, en la rotura violenta de algunos de los elementos más representativos de lo que iba a ser ya "el antiguo orden social": la escultura en piedra, en bulto redondo y a gran tamaño, que había servido de evidencia material y simbólica de la heroización de sus elites ecuestres. (fig. 7)

Lógicamente, ello no fue el único cambio que se produjo. Las necrópolis ibéricas, desde la segunda mitad del s. IV a.C., experimentaron progresivas –pero muy significativas– transformaciones en el, hasta entonces, paisaje funerario del sureste peninsular. La investigación arqueológica lo testimonia, tanto en el ritual, deducible por los cambios en la composición formal de los ajuares, como en la tipología de los enterramientos, visibilizado en una rápida disminución del tamaño de los propios túmulos o al no emplear ya la escultura –asociada a la arquitectura monumental– como remate de éstos. A partir de entonces, el uso de la escultura en bulto redondo quedó relegada a otro espacio religioso: el de los santuarios. El aumento, a su vez, del número de enterramientos dentro de las necrópolis, si bien sin llegar a generalizarse, apunta -unido a todo lo comentado con anterioridad- al definitivo desarrollo del horizonte urbano en las poblaciones iberas del sureste peninsular; entendido éste en un sentido geográficamente amplio.

Por este cúmulo de circunstancias sobrevenidas, unido a renovadas preguntas y metodologías de trabajo ha generado una consciente ralentización en el estudio de las necrópolis tardías en favor, ahora, de la investigación en poblados. Alcanzado ya un pleno horizonte urbano los asentamientos iberos del siglo III a.C hacia el cambio de Era, se han convertido en un importante foco de interés a los ojos de la investigación actual. Aquella complejidad urbana se nos muestra más rica en matices y posibilidades de estudio, incluida su religiosidad y nos abre camino, a la vez, para comprender también su progresiva transformación a un nuevo horizonte cultural: el mundo hispanorromano.

Fig.5.-. Tumba tumular de la necrópolis de "El Toril" (Salobral, Albacete), con la panoplia quemada. © J. Blanquez (1986).- Fig.6a y b.- Proceso de excavación de la tumba tumular nº 14 de "Los Villares". © J. Blanquez (1987).- Fig.7.- Detalle de los golpes dados al rostro del caballero nº 1 de "Los Villares". © J. Blanquez (2002)

CATÁLOGO

53, Contenedor
Los Almadenes (Hellín, Albacete)
Siglo VII a.C.
Cerámica a mano
Alto 50 cm., Ø borde 28 cm., Ø base 13,5 cm.
Museo de Albacete, nº 14638
(Fotografía MVD)

54, Botella
Camino de la Cruz (Hoya Gonzalo, Albacete)
Siglo V a.C.
Cerámica a torno, pintada
Alto 21,2 cm., Ø borde 9,8 cm., Ø base 7,5 cm.
Museo de Albacete, nº 5665
(Fotografía MAB)

55, Sepultura nº 138
La Torrecica, Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete)
Siglo V a.C.
Cerámica a torno, piedra y cenizas.
Museo de Albacete, nº 19506
(Fotografía FCG)

56, Urna de orejetas perforadas
La Torrecica tumba 62, Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete)
Siglo V a.C.
Cerámica a torno, pintada
Alto 13 cm., Ø borde 10,5 cm., Ø base 12,5 cm.
Museo de Albacete, nº 3814
(Fotografía FCG

57, Contenedor
Alarcos (Ciudad Real)
Siglo IV a.C.
Cerámica a torno, pintada
Alto 31 cm; Ø borde 37 cm.
Museo de Ciudad Real nº MCR DO000189
(Fotografía DB)

58, Cuenco con pie de copa
Alarcos (Ciudad Real)
Siglo IV a.C.
Cerámica a torno
Alto 8,5 cm., Ø borde 18,2 cm., Ø base 6 cm.
Museo de Ciudad Real nº MCR DO000089
(Fotografía DB)

59, Olla
Alarcos (Ciudad Real)
Siglo IV a.C.
Cerámica a torno con pintura blanca
Alto 13,8 cm., Ø máximo 14 cm.
Museo de Ciudad Real nº MCR DO000076
(Fotografía FCG)

60, Jarra
El Amarejo (Bonete, Albacete)
Siglos IV-III a.C.
Cerámica a torno, pintada
Alto 15 cm., borde 10 cm., Ø base 9'5 cm.
Museo de Albacete, nº 5766
(Fotografía MVD)

61, Jarra
El Amarejo (Bonete, Albacete)
Siglos IV-III a.C.
Cerámica a mano
Alto 9,9 cm., Ø borde 9,7 cm., Ø base 8 cm.
Museo de Albacete, nº 5732
(Fotografía MVD)

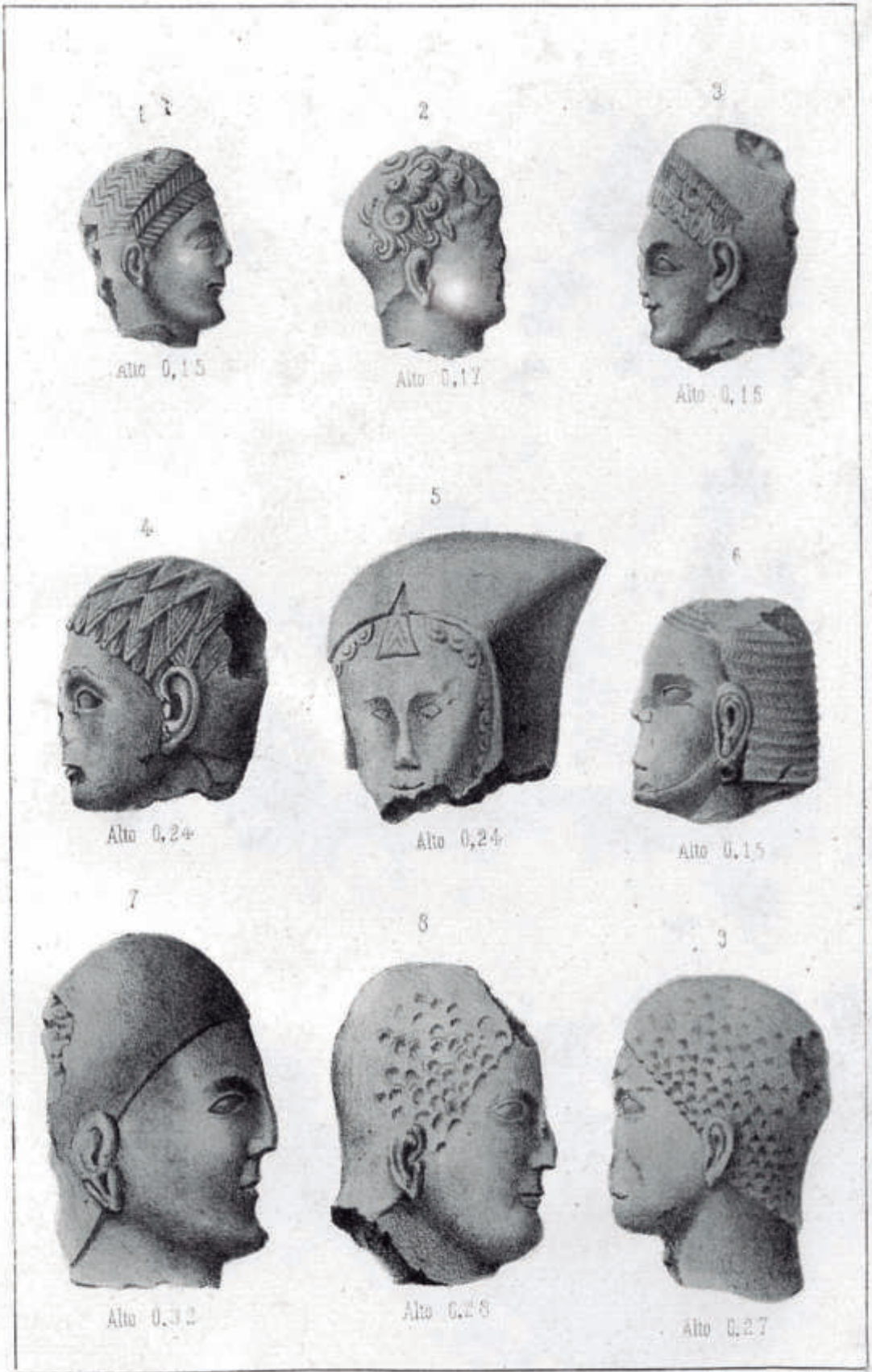
62, tapadera
El Amarejo (Bonete, Albacete)
Siglos IV-III a.C.
Cerámica a torno
Alto 6 cm., Ø boca 16'2 cm., Ø base 4 cm.
Museo de Albacete, nº 5726
(Fotografía MVD)

63, Plato
El Amarejo (Bonete, Albacete)
Siglos IV-III a.C.
Cerámica a torno, pintada
Alto 4,5 cm., Ø 17,2, cm., Ø base
Museo de Albacete, nº 5422
(Fotografía EAAB)

64, Botella
El Salobral norte
Siglos IV-III a.C.
Cerámica a torno, pintada
Alto: 20,5; Ø borde: 5,45 cm; Ø base: 11,6 cm.
Museo de Albacete, nº 6552
(Fotografía MVD)

65, Ánfora con sello en letreros ibéricos: *anbinen*
Cerro del Castillo (Lezuza, Albacete)
Siglo II-I a.C.
Cerámica a mano, impresa
Alto 85,5 cm., Ø boca 21,5 cm.
Centro Cultural Agripina de Lezuza (depósito del Museo de Albacete, nº 18374).
(Fotografía FICLM)

LOS OTROS ÍBEROS



J. Bustamante dib' y lit'

ANTIGÜEDADES DEL CERRO DE LOS SANTOS.

TÉRMINO DE MONTEALEGRE

LOS "OTROS IBEROS": LOS IBEROS DEL INTERIOR

Gonzalo Ruiz Zapatero[1]

1. ALGO DE HISTORIOGRAFÍA: COMO SE CONSTRUYEN LOS "CLICHÉS HISTÓRICOS"

Las fuentes escritas grecorromanas constituyen las referencias más antiguas que tenemos sobre celtas e iberos en la Península Ibérica. Esos textos clásicos jugaron un papel fundamental en la construcción de la historia antigua de España entre los siglos XVI y XIX, fueron en palabras de Fernando Wulff (2003) "las esencias patrias". Las ricas fuentes clásicas sobre los antiguos pobladores de Iberia se resumen bien en las palabras del gran poeta latino Marcial, un celtíbero romanizado nacido en Bilbilis (Calatayud, Zaragoza), que en el siglo I escribió de ellos (los celtíberos o hispanos por extensión): *"… nos Celtis genitos et ex Hiberis …"* (IV, 55). Es decir "nosotros nacidos de Celtas e Iberos". Así se reconoció, a partir de los siglos XV-XVI, que Celtas e Iberos fueron los primeros pobladores y la base étnica de la Hispania romana. De manera que la primera memoria histórica de lo que sería, a grandes rasgos, España - el estrato más antiguo de la preciosa herencia del pasado, como bien ha rastreado Ricardo García Cárcel (2011) – convirtió a celtas e iberos en los protagonistas de la historia más antiguade España. En la segunda mitad del siglo XIX el nacionalismo español buscó la raíz de España - ante el escaso desarrollo de nuestra arqueología - en la visión romántica de los textos de griegos y romanos sobre los íberos y los celtas (Grau Mira, 2010). La mejor expresión se encuentra en la Historia de Modesto Lafuente (1850-1867) que otorgaba a los celtíberos un papel crucial en la formación del carácter español, resultado de la unión de dos pueblos: celtas e iberos.

En el periodo franquista (1939-1975) las manipulaciones, que ya se habían producido en las décadas anteriores, alcanzaron su mayor apogeo, con la apoteosis y ensalzamiento de los celtas y la relegación e incluso negación de los iberos (Ruiz Zapatero, 1996, Ruiz *et al,* 2003). Se construyo, exagerando los excesos del nacionalismo decimonónico, un concepto de identidad patriótica mediante la exaltación de un pasado nacional glorioso, del cual formaban parte destacada la resistencia al invasor romano de ciudades, como Sagunto y Numancia, y héroes como el lusitano Viriato y los caudillos iberos Indíbil y Mandonio. En esa construcción la pintura de historia del siglo XIX jugó un papel muy importante enfatizando la independencia y la bravura de los pueblos prerromanos. La pintura histórica creó imágenes muy poderosas que a través de manuales escolares - y otros medios de difusión popular como los tebeos, álbumes de cromos, cuadros de historia y cierta literatura histórica - formaron el imaginario colectivo de varias generaciones de españoles (Ruiz Zapatero, 2017: 52-58). Por otra parte, durante las primeras décadas del siglo XX los trabajos arqueológicos fueron dando un "rostro material" a los íberos y celtas de las fuentes clásicas y proporcionaron la información básica para la elaboración de las primeras síntesis de Prehistoria española de Pere Bosch Gimpera y Lluís Pericot, en las primeras décadas del siglo pasado.

La construcción de la arqueología de los iberos (véanse unas buenas aproximaciones en Aranegui, 2012: 29-59, Ruiz y Molinos, 1993, y Quesada, 2017: 441-461) experimento ya en pleno franquismo avances importantes, con la defensa

[1] Universidad Complutense.

decidida del iberismo frente a la *celtomania* a cargo del valenciano Domingo Fletcher (1949 y 1951). Fue continuada por otros investigadores como el Prof. Miquel Tarradell y la publicación en inglés de la síntesis del Prof. Antonio Arribas (1964) *The Iberians*, que contribuyo a internacionalizar la cultura ibérica. Todo ello sentó las bases para que a finales del siglo XX apareciera la primera síntesis moderna de Arturo Ruiz y Manuel Molinos (1993) con el expresivo título de *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico,* que deja bien claro el papel de la arqueología y se celebrara la primera gran exposición internacional *Los Iberos, príncipes de Occidente* (VV.AA., 1998). Hoy la vitalidad de la arqueología ibérica es muy grande, existen potentes grupos de investigación en las universidades de Jaén (*Centro Andaluz de Arqueología Ibérica*), Sevilla, Valencia (además con el concurso del *Servicio de Investigaciones Prehistóricas* de su Diputación), Alicante y Barcelona. Un buen número de museos recogen amplias exposiciones permanentes sobre la cultura ibérica e incluso se ha inaugurado recientemente (2017) el *Museo Ibero* en Jaén, único en su género.

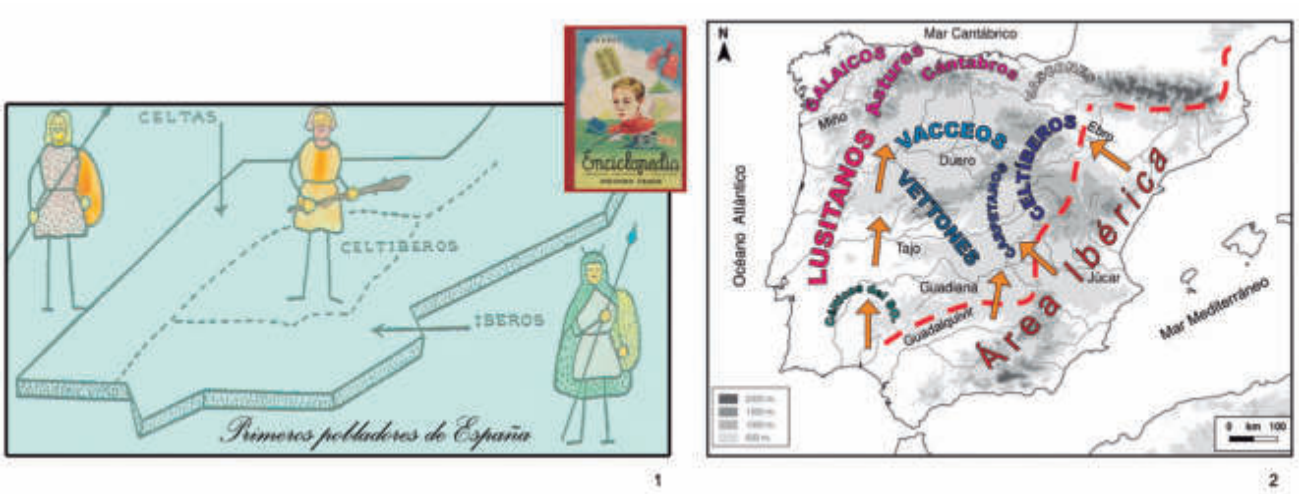


Fig. 1. Mapa de los primeros pobladores de España: celtas, iberos y celtíberos en un emblemático manual escolar de educación primaria (Enciclopedia Álvarez, 1960). Fig. 2. La Celtiberia histórica en el contexto peninsular como "área de frontera" con el mundo ibérico del Levante y del Valle del Ebro (según Burillo 2007).

De unos Iberos difuminados en las sombras de un pasado construido con fuentes clásicas, hace algo más de un siglo, de su tergiversación ideológica con el Régimen franquista y una divulgación popular sesgada al servicio de agendas políticas, se paso en las décadas finales del siglo XX a una arqueología que fue devolviendo su realidad histórica a una espléndida cultura, parangonable con otras grandes culturas del Mediterráneo antiguo como la Etrusca. Los viejos clichés perdieron su sentido y en la actualidad la vitalidad del mundo ibérico en su proyección social y divulgación popular tiene una gran fuerza como han mostrado muy bien los estudios de Arturo Ruiz y Manuel Molinos (2015) *Jaén, tierra ibera: 40 años de investigación y transferencia* y de Tono Vizcaíno (2018) *A la recerca dels orígens. El passat iber en l'imaginari col·lectiu valencià,* que además de la percepción popular explora la construcción de identidades modernas con el pasado ibero desde el inicio del Estado de las autonomías a comienzos de los años 1980. La permanente actualidad de los iberos se refleja también en la red de *Rutas de los Iberos* y multitud de exposiciones, como la reciente *L'Enigma Iber. Arqueologia d'una civilització* (29 abril 2021- 16 enero 2022) del Museo de Arqueología de Catalunya (VV.AA., 2021).

2. IBEROS E IBERIZACIÓN FUERA DEL MEDIODÍA Y LEVANTE PENINSULAR

De alguna manera la oficialización del descubrimiento de la cultura ibérica tras el hallazgo de la Dama de Elche en 1897 (Aranegui, 2018) y el impacto de su interpretación, marcó simbólicamente el inicio de la construcción de la

arqueología de los iberos. Como hemos visto más arriba, la cultura ibérica fue creciendo con nuevos descubrimientos y enfoques, aunque se advirtió casi desde el inicio la diversidad interna de la misma. De forma que se fueron identificando en el mundo ibérico al menos tres grandes áreas: los iberos del Norte (Sanmartí y Santacana, 2005), desde el río Mijares al Languedoc, los iberos del Levante y parte del SE. peninsular y los iberos del mediodía, en Andalucía. A partir de mediados del siglo pasado la arqueología de los iberos creció como cultura *satélite* de las civilizaciones del mundo mediterráneo, fenicio-púnica y griega, `primero y romana al final. Las influencias de las altas culturas mediterráneas ayudaron a modelar los procesos evolutivos del mundo ibérico, que de esta manera ofrecía unos niveles de civilización superiores a los del mundo céltico del interior y norte peninsular.

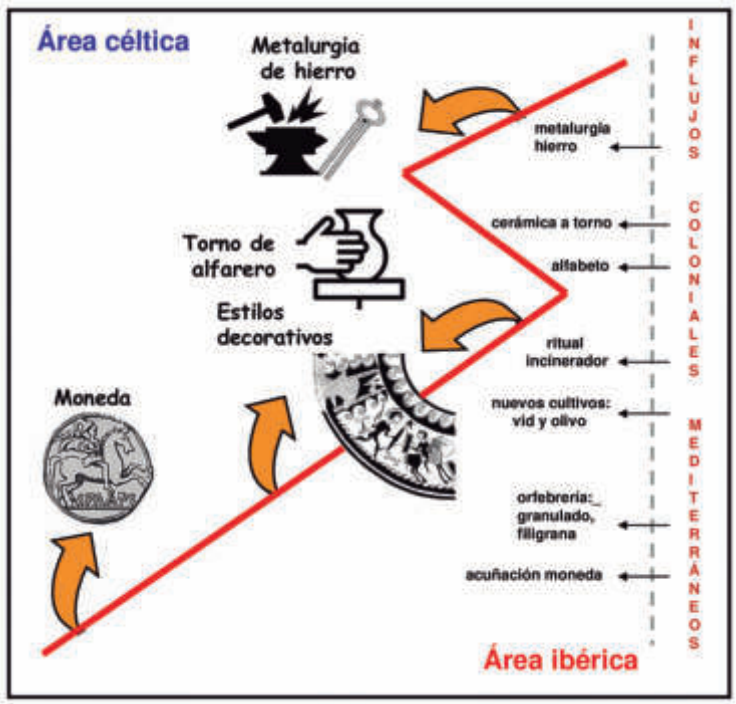


Fig. 3. Diagrama de las influencias coloniales mediterráneas, su impacto en las áreas ibéricas y su difusión hacia las áreas célticas de la Meseta, en un proceso acumulativo (s. VII – II a. C.).

Esa preeminencia cultural del área ibérica se reconoció en una serie de rasgos culturales y tecnológicos muy concretos:

1) Unas manifestaciones escultóricas, muy notables, con damas oferentes, figuras zoomorfas, animales fantásticos, de los que se discutieron sus cronologías e influencias artísticas (Chapa 1984a, Ruiz y Molinos, 2017); pero que eran desconocidas en las tierras del interior y del norte a no ser por los verracos vettones (toros y cerdos en granito) de la Meseta Occidental con rasgos estilísticos muy diferentes. Hoy conocemos bien la complejidad de la ejecución de obras con conjuntos escultóricos y la existencia de talleres de especialistas al servicio de las élites iberas (Chapa et al. 2009).

2) Las características cerámicas ibéricas con notables estilos decorativos pintados que permiten reconocer talleres alfareros de ámbito regional y local, presentaron problemas a finales del siglo XIX y primeros años del siglo XX sobre su cronología y origen que comenzaron a desvelarse con la tesis doctoral de Bosch Gimpera (1915) *Los problemas de la cerámica ibérica*. La adopción del torno de alfarero y el horno de cámara de altas temperaturas, el conocimiento de las producciones cerámicas fenicias, griegas y etruscas y las habilidades de los alfareros ibéricos se fueron traduciendo en un elenco de formas, estilos y motivos cerámicos singulares. Las cerámicas ibéricas y las importaciones mediterráneas se fueron filtrando hacia el interior peninsular y algunos talleres alfareros de la Céltica hispana adaptaron a sus gustos prototipos ibéricos (Padilla, 2021). Así no tiene nada de particular que las famosas cerámicas pintadas de Numancia se presentaran como cerámicas ibéricas en el estudio pionero de Blas Taracena (1924), por mas que detallados estudios

ceramológicos recientes demuestren el carácter genuinamente autóctono de sus producciones (García Heras, 1998 y Sánchez Climent, 2015). De manera que cerámicas pintadas del estilo numantino, producciones con influencias suyas como ciertas cerámicas carpetanas y aún vacceas del Duero Medio se relacionaron con las cerámicas ibéricas.

3) El ritual de la cremación del área ibérica se debió adoptar por influencia fenicia pero en los sectores más septentrionales por la influencia de los Campos de Urnas del Bronce Final. Y las primeras cremaciones, por más que algunas fechas resulten muy altas, deben su origen en la Meseta a la tradición de Campos de Urnas del Valle Medio del Ebro. La rica variabilidad de tumbas del mundo ibérico no se encuentra en los cementerios carpetanos, celtibéricos, vacceos y vettones, donde las estructuras funerarias son más sencillas y los ajuares no exhiben las fuertes asimetrías de las necrópolis ibéricas.

Por eso cuando en el siglo pasado se descubrían algunos de estos rasgos en áreas del interior peninsular, se identificaban como ibéricas y se hablaba de procesos de iberización, como aculturación de los grupos de las tierras del interior. No en balde algunas fuentes hablaban de Iberos, en sentido amplio, para denominar a todas las poblaciones prerromanas de la Península Ibérica, conocida como Iberia.

3. LAS PERIFERIAS DEL MUNDO IBÉRICO

El mundo ibérico, en la orla costera mediterránea desde el Sureste de Francia hasta la Baja Andalucía entre los siglos VI y I a. C., se puede delimitar geográficamente con cierta precisión a través de dos tipos de datos: 1) la distribución de elementos lingüísticos en lengua ibérica con varios tipos de escritura en distintos tipos de soportes, y 2) la dispersión de una serie de rasgos arqueológicos que ofrecen una aparente unidad: a) escultura monumental en piedra - ausente en todo caso al norte del río Mijares -, muy presente en las tierras del mediodía peninsular; b) cerámicas oxidantes con estilos pintados variados y muy conspicuos, empleando motivos figurados humanos y animales y temas geométricos; c) un patrón de poblamiento centrado en los núcleos urbanos - los famosos *oppida* -, junto a un importante hábitat rural disperso dentro de modelos jerárquicos del territorio; d) unas tradiciones funerarias basadas en el ritual incinerador con cementerios de paisajes complejos con distintos tipos de tumbas: monumentales turriformes, cámaras hipogeas, pilares-estela, túmulos, empedrados tumulares, sepulturas en hoyo, etc…; e) un mundo religioso muy rico con complejos santuarios urbanos y rurales; y d) sociedades jerarquizadas, como bien reflejan los patrones de poblamiento y las desigualdades en los ajuares funerarios de las tumbas, con panoplias de armas diversas.

Eso no quiere decir que la geografía cultural de los diversos pueblos ibéricos citados por las fuentes clásicas sea homogénea; nada más lejos de la realidad, más bien es un mundo diverso con variaciones y matices propios según territorios, reflejo de una fragmentación étnica y política que subyace a la afinidad en la cultura material de todo el mundo ibérico. Si contemplamos un mapa con las áreas genuinamente ibéricas se puede comprobar lo que constituyen las periferias de la cultura ibérica. Comenzando por el Sur las áreas más septentrionales de los *populi* ibéricos Turdetanos (Baja Andalucía) y Oretanos (Alto Guadalquivir) configuran la frontera con los territorios de raigambre céltica: los célticos del SO., los vettones y los carpetanos. Por el Este la frontera se establece con los celtíberos - siguiendo la divisoria de aguas con la cordillera Ibérica -, con una cuña que penetra por el Valle Medio del Ebro. Más al Norte, los Vascones ofrecen una singularidad marcada (ni celtas, ni iberos) y algo parecido sucede con los pueblos del Pirineo que solo en la etapa final de la Segunda Edad del Hierro reciben algunos influjos ibéricos. En conclusión, podemos establecer una serie de periferias, de alguna manera una suerte de "fronteras", siguiendo la línea ideal que separa los ámbitos céltico e ibérico (ver fig. 2).

A mediados del primer milenio a. C. la dualidad cultural celta/ibera está ya marcada y en las centurias siguientes, con pequeñas variaciones se mantiene esa diversidad entre pueblos celtas y pueblos iberos (Armada y Grau, 2018). Los elementos arqueológicos diagnósticos ayudan a visualizar con cierto detalle los diferentes territorios. Pero más allá de los mapas con los nombres de los distintos pueblos y sus restos arqueológicos las preguntas centrales son ¿Cómo per-

cibían los pueblos prerromanos sus identidades culturales y étnicas? y ¿Cómo se relacionaron unos con otros? (Álvarez Sanchís y Ruiz Zapatero 2019). Pero los arqueólogos no somos antropólogos, porque los protagonistas de nuestro objeto de estudio están muertos y desaparecidos, lo que significa que esas preguntas resulten difíciles de contestar solo con los datos arqueológicos, aunque además podemos contar con evidencias lingüísticas, modelos históricos, antropológicos y aún sociológicos para esbozar algunas respuestas. Y en esa dirección quizás sea bueno explorar, mínimamente, que significado pudieron tener esas "fronteras" entre los pueblos ibéricos del Levante y Sur peninsular y los pueblos célticos del interior de la Península Ibérica (Lorrio y Ruiz Zapatero, 2005).

El concepto de frontera remite a los estudios fundacionales de F. J. Turner (1920) en los inicios de la historia de los EE.UU. estudiando la frontera que desde la costa del Este fue extendiendo las conquistas de territorio a las poblaciones indias autóctonas hasta la costa del Pacífico: la famosa frontera del "salvaje Oeste americano". Ya ese concepto de frontera incluía la idea de frontera como proceso, como algo en construcción continua, siempre en "estado de llegar a ser". Así se fueron construyendo estudios sobre las fronteras de todo el mundo, empezando por las medievales, siguiendo con las del mundo clásico antiguo y terminando con su estudio arqueológico en sociedades prehistóricas (Wolfskill y Palmer, 1981).

En nuestro caso interesa subrayar que una serie de grupos arqueológicos de estirpe celta, o al menos buena parte de sus territorios, fueron periféricos, fronterizos entre las entidades céltica e ibérica. Hay motivos sobrados para sostener el carácter fundamentalmente céltico de los mismos, como los casos de Celtíberos y Carpetanos, pero al mismo tiempo sus grupos más orientales u meridionales estuvieron en contacto directo con territorios ibéricos. De alguna manera debieron ser "sociedades de frontera", comunidades con matices propios, en un estado de oposición binaria entre aquellos dos mundos culturales, con poblaciones que interactuaron con la pujante cultura ibérica que, desde Levante y Sur, extendía sus influencias hacia el interior de las tierras peninsulares, básicamente la Meseta. Un proceso que M. Almagro Gorbea (2014: 316-318) ha denominado de "mediterraneaneización", actuando en un gran eje ideal desde el SE. hacia el NO. de la Península Ibérica. Las interacciones de los grupos célticos implicaron fenómenos distintos, desde la mera aculturación y asimilación de rasgos, elementos culturales, sociales y económicos, con comportamientos más bien pasivos de las poblaciones célticas de frontera, hasta procesos de hibridación, con participación activa de ambas poblaciones y adopción selectiva de elementos, que a su vez pudieron transmitir algunas influencias a las áreas ibéricas. Como bien decía el Prof. Manuel Bendala (2000: 24) se trata de pueblos con "muchas gradaciones" y "muchas diferencias" que vamos matizando con la investigación arqueológica.

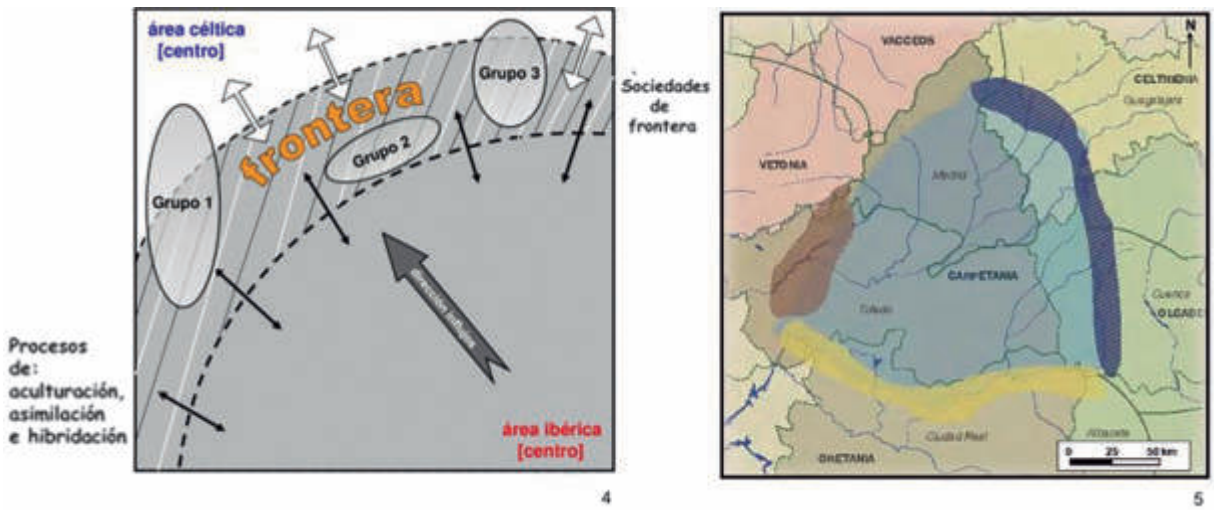


Fig. 4. Diagrama de las sociedades "de frontera" célticas y los procesos de interacción cultural entre los "centros" del mundo ibérico y los "centros" del mundo céltico. Fig. 5. Aproximación al territorio de la Carpetania prerromana en las tierras del centro peninsular (según Ruiz Zapatero 2014).

Para esos grupos célticos "vivir en la frontera" era vivir en una situación de contacto y estímulos continuos, y así la "frontera" no era una frontera "tapón o barrera" sino una suerte de puente de contactos, esos territorios no se convertían en zonas excluyentes sino en áreas con una intensa interacción zonal. A su vez esa condición de frontera, como ancha franja de contacto, era cambiante en el tiempo en su definición local y concreta.

Celtíberos y Carpetanos recibieron las influencias del mundo ibérico del Levante, y del Valle Medio del Ebro fundamentalmente, y en menor medida del mundo ibérico meridional. Las influencias más fáciles de detectar en el registro arqueológico son las innovaciones tecnológicas, aunque estamos lejos de seguir detalladamente los procesos de innovación de la metalurgia del hierro, el torno de alfarero o los molinos circulares por solo citar algunos ejemplos. Elaborar mapas de isocronas con las dataciones de esos procesos, evaluar los ritmos de expansión y mostrar los contextos sociales, económicos y políticos que hubo detrás de esas innovaciones, como se esta haciendo en otras áreas (Thér *et al.,* 2017, Roux y Jeffra, 2015, Alonso y Frankel, 2017) es una tarea pendiente, iniciada ya en algunos trabajos pioneros (Alonso, 2015, Padilla, 2021).

Así los Carpetanos, con un registro arqueológico todavía hoy limitado adquirieron sentido en el proceso de conquista romana desde fines del s. III y comienzos del I a. C., pero no sabemos si tuvieron alguna forma de identidad étnica antes de la conquista por Roma (Dávila, 2007 y 2014, Azcárraga, 2015). Las escasas fuentes clásicas no aportan mucha información y con datos arqueológicos se ha podido delimitar aproximadamente el territorio de Carpetania (fig. 5). A los influjos ibéricos llegados desde la costa levantina y el Sureste se debe la adopción del torno de alfarero (*ca.* 500 a. C.), armamento como la famosa falcata ibérica - nunca muy abundante en las tierras del interior peninsular -, y el ritual funerario de incineración con necrópolis de tumbas en hoyo, en fosa con enfoscados de yeso y túmulos pequeños (Pereira y Torres, 2014). Los poblados en llano abiertos y algunos en alto fortificado dominan las tierras carpetanas con ocasionales utilizaciones de cuevas (Urbina, 2000). La subsistencia se basaba en una agricultura de cereales de secano, con la reja de arado, y rebaños mayoritarios de ovejas y cabras con algunas cabezas de ganado mayor y unos pocos cerdos (Urbina, 2014). Reflejos del mundo mediterráneo son, por un lado, un bajorrelieve modelado en barro, con una iconografía simbólica, que parece representar un viaje al mundo de ultratumba de individuos notables, en una posible escena de*heroización* de un *personaje fundador* de ciudad, hallado dentro de un santuario urbano en El Cerrón de Illescas (Toledo). Y por otro, una pátera de plata, hallada en un santuario doméstico en el oppidum de Titulcia, decorada con iconografía inequívocamente mediterránea. Casos excepcionales dentro del reducido mundo icónico carpetano. Influencias netamente ibéricas hay en el *oppidum* de Alarcos (Ciudad Real) en el mediodía de las tierras carpetanas.

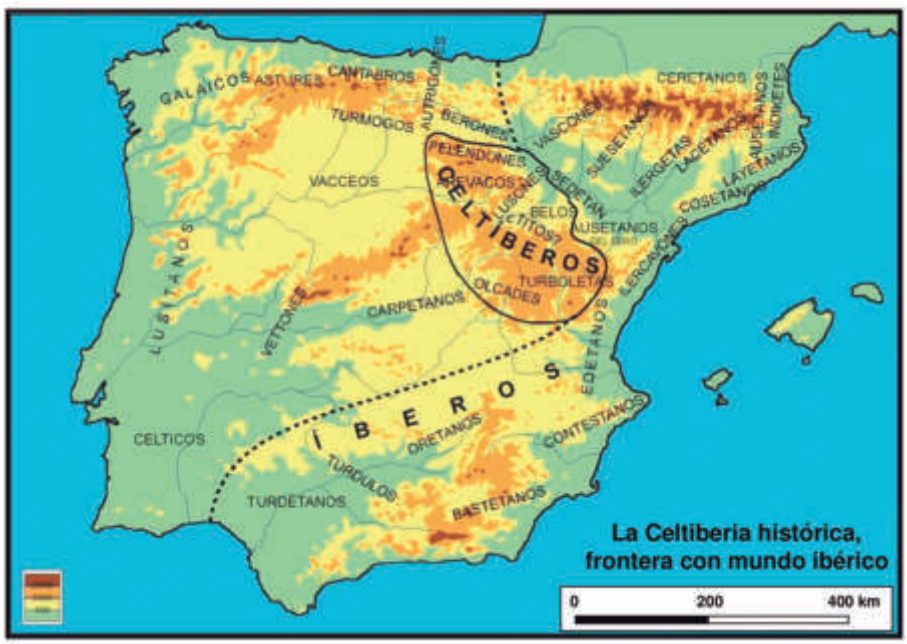


Fig. 6. Mapa de los territorios considerados tradicionalmente propios de la Cultura Ibérica y los principales pueblos célticos del interior peninsular (Quesada 2017, modificado).

Los Celtíberos fueron el pueblo más fuerte de la Meseta, con raíces que se pueden rastrear en el registro funerario y doméstico hasta el s. VI a. C. y el mejor conocido de los pueblos celtas de Iberia (Burillo, 2007 y Lorrio, 2005a). Como hemos señalado los autores clásicos los consideraron una población mixta, mezcla de celtas e iberos, aunque es evidente que tuvieron un fuerte componente céltico como demuestran la lingüística, la onomástica y la arqueología. El etnónimo designa un gran grupo étnico que englobaba otras identidades étnicas de menor entidad y ocupo las tierras altas de la Meseta Oriental y la margen derecha del Medio Ebro. En sus primeras fases vivieron en castros, poblados en alto con ocasionales murallas, y adoptaron el rito incinerador en cementerios con equipos funerarios que denotaban ya la emergencia de una elite con armas y otros elementos singulares. Elementos como los cuchillos de dorso en hierro y las fíbulas de doble resorte remiten claramente a contextos antiguos del Hierro I en las áreas del Levante mediterráneo. En la fase celtibérica plena (*ca.* 450-200 a. C.) se produjó un crecimiento demográfico importante, se multiplicaron los castros con nuevos desarrollos de fortificaciones (murallas dobles, torres y fosos grandes) y en paralelo se siguieron desarrollando extensos cementerios. En los que se observa una diferenciación de ajuares, la emergencia de tumbas aristocráticas con armamento broncíneo y de hierro - incluyendo algunas falcatas -, y la configuración de una sociedad bastante jerarquizada. El conjunto de cascos hispano-calcídicos hallados en Aranda del Moncayo, probablemente en un santuario o una *regia* de un *oppidum,* constituye un buen exponente de esos grupos aristocráticos. Con el inicio de la conquista romana y a lo largo del s. II a. C. el mundo celtibérico adopta rasgos de vida más urbana, con escritura y acuñación de moneda que remiten en última instancia a la civilización ibérica de las últimas centurias antes del cambio de era. En la Mancha Occidental y estribaciones de la serranía conquense, en la frontera con Celtíberos, las cerámicas ibéricas menudean en varios asentamientos.

En conclusión, aunque los pueblos celtas del interior peninsular recibieron influencias, estímulos y adoptaron innovaciones del mundo ibérico, y de hecho se utilizara tempranamente el calificativo de ibérico para algunas de sus manifestaciones culturales, como la cerámica de Numancia, hoy todo apunta a su carácter eminentemente céltico (Lorrio y Ruiz Zapatero, 2005). Pero la caracterización de las interacciones entre grupos célticos e iberos está entrando en una nueva etapa en la que la el conocimiento de la movilidad de gentes y animales (mediante estudios isotópicos), de materias primas y de productos elaborados, los estudios de arqueogenética y la perspectiva sociológica en la investigación paleo-lingüística, arrojaran mucha luz sobre esta cuestión.

PAISAJES CELTIBÉRICOS: UNA VISIÓN DE SUS NECRÓPOLIS, POBLADOS, CIUDADES Y TERRITORIOS

j. Ignacio de la Torre Echávarri[1]

INTRODUCCIÓN

El paisaje es producto y reflejo de las diferentes sociedades que lo han habitado, explotado, vivido, percibido, pensado, construido, imaginado y sentido a lo largo de los siglos, transformando continuamente el territorio que ocuparon. Por consiguiente, cuestiones relacionadas con la elección de los emplazamientos, la fortificación de los poblados, la evolución de las fronteras, la aparición del fenómeno urbano o la disposición de los cementerios y lugares de culto son el reflejo de las comunidades que lo habitaron y transformaron. En este sentido, la configuración del paisaje o los paisajes celtibéricos no sólo se debió a aspectos medioambientales y económicos, derivados de la explotación de los recursos que ofrecía el territorio, sino también, y al igual que ha sido planteado para el mundo ibérico, a cuestiones ideológicas y políticas que respondieron a diferentes intereses, los cuales, además, fueron variando con el paso del tiempo (García Cardiel 2015: 44).

La aproximación a su conocimiento se realiza desde la llamada "Arqueología del Paisaje" que, excediendo el estudio de los yacimientos de manera individual o de su cultura material, considera el paisaje como una parte del registro arqueológico, realizando análisis paleoambientales, observando patrones de poblamiento e identificando expresiones culturales que permitan reconocer la dimensión humana de un territorio culturizado y conceptualizado (Criado, 1999; Marcos y Díez, 2008). En este sentido, hay que tener en cuenta que el paisaje celtibérico no puede verse como una foto fija, ya que este experimentó una evolución a lo largo del tiempo, apreciándose variaciones significativas desde el proceso formativo de esta cultura, a inicios de la Edad del Hierro, hasta su momento final, cuando el contacto y enfrentamiento con el mundo romano llevó a su desaparición, al introducir nuevas formas de organización, control y transformación del territorio. No obstante, las numerosas excavaciones arqueológicas practicadas en las necrópolis y en los asentamientos celtibéricos, así como la estructura socioeconómica permiten reconocer una continuidad cultural desde su fase formativa (Lorrio, 1997 y 2005b; Burillo, 1998 y 2005).

EL PAISAJE CELTIBÉRICO EN LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

La cultura celtibérica se localiza en las tierras altas de la Meseta Oriental y en el Valle Medio del río Ebro. En un territorio que se desplegaría por el norte hasta la Tierra de Cameros y los Picos de Urbión; hacia el sur hasta la zona de transición entre la Serranía de Cuenca y La Mancha; mientras que las estribaciones del Sistema Central y la Tierra de Ayllón señalarían el límite occidental, extendiéndose su sector oriental hasta el Valle Medio del Ebro (fig. 1) (Lorrio, 1997: 52; Lorrio, 2005b: 53 y ss).

[1] Director del Museo de Ciudad Real-Convento de La Merced

Se trata de un territorio amplio y diverso, con diferentes unidades de paisaje y unas especiales características medioambientales y climatológicas, tradicionalmente consideradas adversas pero que, tal y como evidencian las excavaciones arqueológicas, no impidieron la adaptación efectiva de los grupos humanos que habitaron estos territorios a lo largo de la Edad del Hierro. Grupos humanos que, a partir de algunas citas no muy precisas de autores grecolatinos que mencionaron a los diferentes *populi* que poblaron este territorio, la historiografía tradicional ha identificado con los arevacos, pelendones, titos, belos y lusones, incluyéndose en ocasiones a olcades y lobetanos; aunque no exento de controversia académica (Lorrio, 1997: 33 y ss; Burillo 1998 y 2005).

A grandes rasgos, la Celtiberia podría estructurarse en tres grandes regiones geográficas: las cabeceras de los ríos Tajo y Jalón, el Alto Duero y el valle del Ebro (Lorrio, 1997: 52 y ss.). En esta área los asentamientos se van a disponer, grosso modo, en dos grupos bien diferenciados:en los valles, donde se establecieron pequeñas aldeas, granjas o alquerías y, sobre todo, en las zonas montañosas, siendo preferente su emplazamiento en lugares elevados sobre su entorno inmediato. Esta circunstancia se ha puesto en relación con las condiciones climáticas e hidrográficas atribuidas a la primera Edad del Hierro: aumento de la humedad, incremento del caudal de los cursos fluviales y proliferación de zonas encharcables (Liceras, 2017: 59).

Fig. 1. Situación de la Celtiberia, con los *populi* que las fuentes clásicas identifican con su territorio. Ilustración: REVIVES

Los castros

Los castros fueron erigidos sobre relieves elevados fácilmente defendibles, aprovechando los escarpes naturales que permitían su encastillamiento y el control del terreno circundante. Su densidad es muy elevada, especialmente en algunas áreas de Alto Jalón-Alto Tajo y la serranía soriana, aunque el modelo general es el de un poblamiento disperso con pequeñas comunidades independientes.

De pequeñas dimensiones, en torno a una hectárea de superficie, los castros fueron dotados de anchas murallas, torres, fosos, y, en algunos casos, de piedras hincadas que rodeaban las zonas más accesibles de los recintos defensivos. En su interior se disponían unas pocas viviendas, por lo general de planta rectangular, construidas con zócalos de piedra recrecidos con paredes de adobe o tapial y cubierta vegetal, organizadas en torno a una calle o espacio central, como se aprecia en los poblados del Ceremeño (Herrería) o Castil de Griegos (Checa), ambos en la provincia de Guadalajara (fig. 2).

La construcción de estas potentes estructuras defensivas no es solo fruto de una funcionalidad práctica, debida a la inestabilidad generada por la competencia de los recursos, sino que, además, han sido vistas como símbolos de identidad colectiva, elementos de prestigio o como una forma de exhibición de poder por parte de las comunidades celtibéricas que las erigieron. Junto a esta monumentalización que experimentaron los asentamientos, su proliferación en la I Edad del Hierro evidencia un proceso de territorialización en el que la fortificación de las fronteras supondría una forma de visibilizar la cohesión social de las comunidades celtibéricas frente a posibles amenazas procedentes del mundo exterior (Liceras 2017: 73 y 84).

Fig. 2 Reconstrucción 3D del castro de El Ceremeño (Herrería, Guadalajara). Ilustración: REVIVES

El paisaje funerario

Estrechamente relacionados con los asentamientos se encuentran los cementerios celtibéricos. Ambos conformaron un todo articulado desde inicios de la Edad del Hierro. Y es que la elección de los espacios destinados a albergar a los muertos, al igual que ocurre con los poblados, no fue producto del azar, sino que denotaun alto componente ideológico (Cerdeño, Rodríguez y Folguiera, 2002: 256; Jimeno, De la Torre y Chain, 2005: 86 y ss). Las necrópolis celtibéricas se ubicaron en terrenos llanos cercanos a los asentamientos y visibles desde estos, lo que evidencia una intencionalidad por parte de las diferentescomunidades por controlar el espacio donde reposaban sus difuntos. La dilatada ocupación de muchas de ellas, caso de las de Carratiermes, Ucero, Sigüenza, Chera, Castil de Griegos o Herrería –esta última con un uso de casi un milenio–, ha llevado a plantear el hecho de que estos espacios debieron tener la consideración de sagrados para los celtíberos (Cerdeño y García Huerta, 2000: 121; Cerdeño, Sagardoy y Chordá, 2013: 60).

Otro aspecto a destacar es que los cementerios suelen ubicarse en zonas próximas a corrientes de agua, pesando más su valor simbólico que la fertilidad que pudieran proporcionar los terrenos que ocupaban. Esta circunstancia ha llevado a sugerir que el agua podía simbolizar el tránsito hacia el Más Allá, actuando como frontera natural que separaría el mundo de los vivos del de los muertos (Cerdeño, Rodríguez y Folguiera, 2002: 256- 257; Cerdeño, Sagardoy y Chordá, 2013: 60); circunstancia que también ha sido reseñada para algunos yacimientos ibéricos de Levante y del área andaluza (Blánquez, 2001: 97). Además, es frecuente que su emplazamiento estuviese junto a caminos o vías de comunicación, con la intención de que fueran visibles para aquellos que transitasen esos parajes, cumpliendo así los antepasados una función de legitimación del territorio, al hacer ver que aquellos que habitaban estas tierras estaban allí asentados desde hacía generaciones.

Por lo que respecta al paisaje funerario de las necrópolis, su variabilidad regional es más acusada que en el caso de los asentamientos, apreciándose incluso una ocultación de los cementerios entre los grupos de las zonas montañosas del Sistema Ibérico (Martínez et al. 2005: 245; Liceras, 2017: 103). Esta realidad pone de manifiesto la diversidad de estrategias en la construcción y utilización de los paisajes por parte de las diferentes comunidades celtibéricas; observándose también diferencias sensibles a la hora de ordenar los enterramientos en cada necrópolis, debidas más a razones geográficas que a cuestiones cronológicas, además de evidenciarse variaciones en la forma de señalizar las sepulturas, en la composición de los ajuares y en el tratamiento que se dio a los materiales durante el ritual funerario.

En el mundo celtibérico las tumbas aparecen señalizadas y agrupadas de diferentes maneras, aunque el tipo de enterramiento más común consiste en un simple hoyo excavado en el manto natural en el que se introducían las cenizas del difunto, con o sin urna cineraria. Dependiendo de la situación de las necrópolis, observamos variaciones en esta práctica, habiéndose documentado cementerios en los que las sepulturas se alineaban formando calles paralelas, en algunos casos señalizadas con toscas estelas de piedra que sirvieron de distintivo funerario. Es el caso de las necrópolis deLuzaga, Aguilar de Anguita, Alpanseque, La Requijada (Gormaz) o el Inchidero (Aguilar de Montuenga); y más recientemente han sido documentadas en la primera fase de uso de la necrópolis de Herrería, fechada por radiocarbono en el siglo XI a.C. (Cerdeño, Rodríguez y Folgueira, 2002).

Además de las estelas, también se ha documentado el empleo de estructuras tumulares como modo de señalización de algunos enterramientos, circunstancia que ha sido relacionada con una manera de identificar en el paisaje funerario a determinados grupos sociales o personajes unidos por lazos de parentesco, rango de edad, etcétera (Cerdeño, Rodríguez y Folguiera, 2002: 258). Su empleo en el ámbito celtibérico ha sido reconocido en el área del Alto Tajo-Alto Jalón desde las fases más antiguas de formación de esta cultura, caso de Herrería II, fechada en el siglo IX a.C. (Cerdeño, Rodríguez y Folguiera 2002: 257); prolongándose su utilización hasta las etapas más recientes de la necrópolis de La Yunta, correspondientes al Celtibérico Tardío (García Huerta y Antona, 1992b). Sin embargo, en el Alto Duero no se documentan estructuras tumulares en ninguno de los cementerios conocidos del primer milenio a.C. Es más, en los cementerios sorianos de Ucero, La Mercadera o Carratiermes, las tumbas aparecen formando aglomeraciones, pero sin una ordenación clara, evidenciando la variedad regional de los paisajes funerarios a la que nos referíamos anteriormente.

Lo que sí se ha observado en todas las necrópolis celtibéricas conocidas hasta la fecha es que la relativa riqueza que presentan muchos enterramientos no tiene idéntica correspondencia en los poblados, donde las viviendas ofrecen una gran uniformidad, indicativa de un cierto igualitarismo social. Sin embargo, la aparición de ajuares en tumbas individuales, claramente distintivos, es reflejo de la existencia de una serie de individuos destacados dentro de su comunidad. Por tanto, parece que la categoría de los ajuares introducidos en las sepulturas evidencia un lenguaje simbólico que haría referencia al mundo de los vivos, pasando por ser símbolos de identificación de esas elites celtibéricas (Hernando, 2002: 159; Cerdeño, Rodríguez y Folguiera, 2002: 257).

LAS CIUDADES Y LOS PAISAJES DE LA SEGUNDA EDAD DEL HIERRO

El hecho de que las ciudades celtibéricas comenzaran a ser conocidas a partir de la conquista romana llevó a vincular el origen del urbanismo celtibérico con este proceso, adjudicándole la investigación un discreto papel al mundo indígena. Sin embargo, la información arqueológica disponible en las últimas décadas permite vincular, sin ninguna duda, el desarrollo urbano a la propia cultura celtibérica (Jimeno, 2005: 119).

Sin poder concretar su momento inicial, parece que los primeros *oppida* celtibéricos surgen tras la "crisis del Ibérico Antiguo", aunque con desfases cronológicos entre el valle del Ebro y el Duero (Burillo, 2011: 277 y ss). A partir del siglo IV a.C. se observa el abandono de algunos castros de la etapa anterior, al tiempo que se aprecia un crecimiento demográfico en el mundo celtibérico, reflejado en un aumento del número de necrópolis y nuevos poblados, algunos de los cuales van a ver incrementado sensiblemente su tamaño. Además, se advierte la preferencia por ocupar cerros destacados sobre las amplias llanadas aptas para la agricultura de secano, lo que provocó una serie de importantes transformaciones en el paisaje (Jimeno, De la Torre y Chaín, 2005: 36).

El siglo III a.C. va a suponer la consolidación de los asentamientos rurales de economía mixta, con una clara orientación agrícola y un incremento de la intensificación de los intercambios y el comercio. Este proceso desembocará en la creación

de pequeños *oppida* que posibilitarán el desarrollo artesanal y de servicios, marcando la diferencia entre el campo y la ciudad, aunque en el mundo celtibérico no va a existir una oposición entre mundo rural y urbano (Jimeno, de la Torre y Chaín, 2005: 37; Burillo, 2011: 284). Por tanto, la aparición de estas primeras ciudades podría explicarse por el desarrollo de los castros o aldeas, a través de la capacidad creciente de alguno de estos asentamientos para controlar un territorio cada vez más amplio y jerarquizado, o bien sometiendo, de grado o por la fuerza, a otros núcleos poblacionales más modestos, como narran las fuentes clásicas que ocurrió con Complega y su territorio; con el sinecismo de Segeda que absorbió a otras poblaciones de su entorno; o el control que sobre Malia, Lagni y otras poblaciones vecinas se atribuye a Numancia en el momento de la conquista romana de la Celtiberia.

Desde su aparición, los *oppida* celtibéricos siguen el modelo político mediterráneo de ciudades estado –*poleis*- (Domínguez Monedero, 2001: 67; Burillo, 2011: 284), convirtiéndose en las grandes protagonistas de los paisajes de la segunda Edad del Hierro (Liceras, 2017: 147). Serán los centros políticos, ideológicos y administrativos desde donde se gestionarán los recursos, se controlará el territorio o se redistribuirá la riqueza. Una riqueza que en el caso de la sociedad celtibérica no se manifestó en las obras públicas de sus ciudades ni en edificios suntuosos (Burillo, 2011: 284). De manera que, cuando los romanos entraron en contacto con la Celtiberia, se encontraron con un paisaje estructurado y jerarquizado por las ciudades, que aparecerán bajo diferentes denominaciones -*civitas, urbs, oppida* o *poleis*-. Su importancia se refleja en que son ellas las que negocian directamente y de manera independiente con Roma, evidenciando tratarse de ciudades estado y el referente primario de identidad, sustituyendo el anterior sentimiento de pertenecer a comunidades o "populi" más amplios, cuando la estructura social se basaba en las relaciones parentales (Jimeno, 2005: 120).

Las ciudades celtibéricas comenzaron a ser mejor conocidas desde el momento en que las fuentes clásicas centraron su atención en la narración de las campañas militares dirigidas por Tiberio Sempronio Graco en el año 179 a.C., con motivo de la conquista romana de la Celtiberia. Los autores clásicos mencionan ocasionalmente algunos nombres de poblaciones celtibéricas, cuando es relevante para su narración. Son los casos de *Numantia, Sekaisa, Termes, Uxama, Ocilis, Contrebia Leukade* o *Kolenda*, entre otras, por las posiciones que adoptaron en las guerras contra Roma (fig. 3). No obstante, cuáles fueron las ciudades celtibéricas y la ubicación de muchas de ellas resulta hoy un asunto controvertido, ya que los datos con los que contamos en muchos casos son incompletos. Las acuñaciones monetales indígenas y los documentos epigráficos en lengua celtibérica realizados sobre diferentes soportes aportan una serie de nombres como *Arekoratas, Belikiom,Orosis* u *Okalakom* que no siempre es posible identificarlas con yacimientos arqueológicos concretos.

A partir de la conquista de Numancia en el año 133 a.C., el dominio romano se hará mucho más evidente en la Celtiberia, propiciando profundos cambios sociales y económicos vinculados al desarrollo urbano y a la puesta en marcha de una política agraria que conllevaba el control y fijación de la población a la tierra. De nuevo se acusa una diferenciación entre el Alto Duero y el valle del Ebro, donde aparecerán nuevas ciudades y se ampliarán algunas de las antiguas, adoptando modelos de urbanismo itálicos (Jimeno, 2005: 126). Surgen ahora las ciudades en llano, situadas en zonas de explotación agrícola o ejerciendo el control sobre los asentamientos mineros, potenciando así el desarrollo de nuevas vías comerciales que articularán el territorio y contribuirán a la modificación de los antiguos paisajes celtibéricos, propiciando el abandono definitivo de buena parte de los pequeños poblados en altura.

Fig. 3 Fotografía aérea de la ciudad de Numancia. Equipo Arqueológico de Numancia.

PAISAJES CARPETOVETÓNICOS

Juan Pereira Sieso[1]

Durante años en los libros de texto de Geografía de España, el termino carpetovetónico hacía referencia las sierras del Sistema Central que en el pasado habían formado parte de los territorios de dos pueblos prerromanos vecinos: Carpetanos y Vetones. Posteriormente con los cambios en los textos escolares, el termino derivó hacia un significado negativo, asociado al inmovilismo, a la resistencia a las novedades y apego a tradiciones fuera de lugar en el mundo moderno. Una vez más el desconocimiento y manipulación de nuestra Protohistoria se centró en la exaltación de la resistencia a púnicos y romanos. La reacción a esta manipulación llevó a la interpretación negativa del término que resume la existencia de estas comunidades prerromanas que a continuación presentamos.

CARPETANOS

La Carpetania ocupaba el sector central del valle del Tajo (fig. 1), que integra las provincias de Toledo, Madrid, Guadalajara, Cuenca y en mucha menor medida Ciudad Real. Los límites de su territorio se han venido estableciendo a partir de las fuentes de época romana, como Plinio y Ptolomeo, que citan algunos asentamientos concretos que se identifican con ciudades como Toledo, Alcalá de Henares o Consuegra. El límite más evidente del área carpetana es el encontramos en su sector occidental, zona de contacto con los vetones que posteriormente y en época romana se convirtió en el límite entre las provincias lusitana y tarraconense. Al Sur, la Carpetania limitaba con la Oretania que según las fuentes citadas ocupaba el sector central del valle del Guadiana. La frontera carpetana se debía extender a partir de los montes de Toledo y los territorios manchegos al este de estos donde *Consabura* (Consuegra*)* ejerció un papel importante de organización y control del territorio tanto en época carpetana como romana. La frontera Norte estaría configurada por el Sistema Central, mientras que hacia el Nordeste las fronteras se hacen más difíciles de precisar, sobre todo en la zona de contacto con los olcades, pueblo prerromano peor conocido que los carpetanos que ocupaban un territorio cuyos límites cambiaron de manera significativa, tanto por las campañas de los ejércitos cartagineses durante la Segunda Guerra Púnica, como por la expansión de las comunidades celtibéricas.

En este territorio que hemos delimitado, el conocimiento que tenemos sobre la distribución y jerarquización de los distintos asentamientos se caracteriza, en los últimos años, por un cambio en el volumen y calidad del registro arqueológico y las nuevas propuestas de interpretación derivadas de los trabajos de prospección y excavación realizadas en la Mesa de Ocaña, que han puesto de manifiesto la existencia de diferentes tipos de hábitats, algunos de los cuales como Hoyo de la Serna (Villarrubia de Santiago, Toledo) o Plaza de Moros (Villatobas, Toledo) han sido objeto de excavaciones arqueológicas. Esta variedad de tipos de hábitat va desde los grandes asentamientos en llano sin fortificaciones aparentes a poblados de pequeño tamaño que, en algunos casos, llegan a presentar complejos sistemas fortificados,

[1] Facultad de Humanidades de Toledo. Juan.Pereira@uclm.es

y se explica a partir de la existencia previa de grandes poblados abiertos en llano, que experimentaran una creciente complejidad social ligada a un crecimiento de la producción y por lo tanto de los excedentes, lo que propiciará la aparición de pequeños asentamientos dependientes de los grandes hábitats, especializados en diversas producciones agrícolas y otros pequeños asentamientos fortificados que ocuparon los escarpes y mesetas que caracterizan el relieve de la Mesa de Ocaña.

La existencia de pequeños poblados con una superficie que no suele superar la hectárea no puede hacerse extensiva a la totalidad del territorio carpetano, ya que en algunos casos se han documentado yacimientos que superan con mucho las 15 hªs; estos yacimientos deben ser interpretados en su mayor parte como el resultado de una nueva tendencia a la concentración de la población que empieza a adoptar cierto estilo urbano. Es el caso del Cerro del Gollino (Corral de Almaguer, Toledo) fechado en los siglos II-I a.C., similar a otros yacimientos como *Konterbia Karbika* (Villas Viejas, Cuenca) o los primitivos grandes asentamientos de *Toletum*, *Complutum* o *Consabura*.

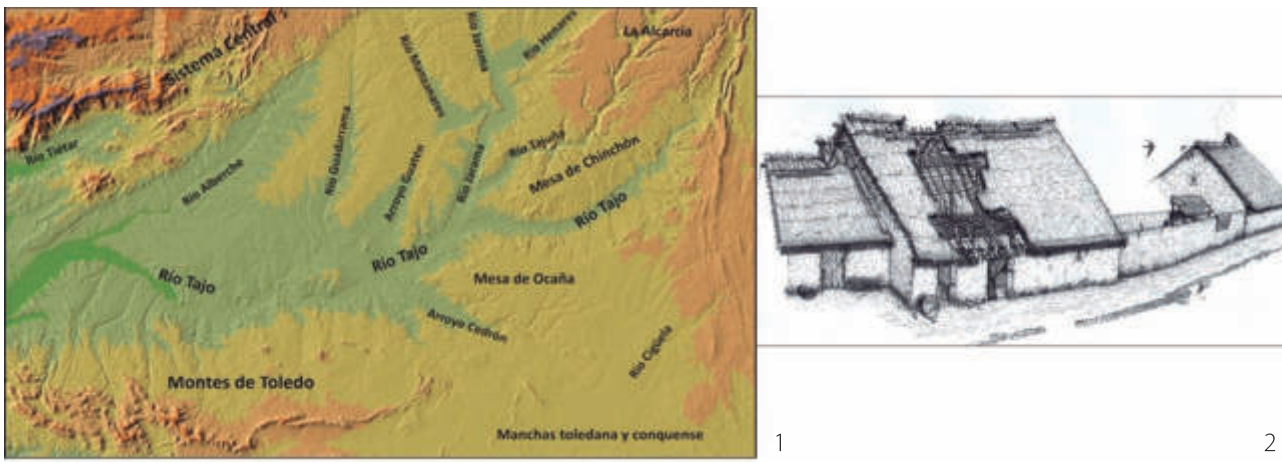


Fig. 1. Geografía de la Carpetania. (Juan Pereira. Vaccea nº 4 2011). Fig. 2. Recreación de las casas de La Gavia (AUDEMA)

En lo referente al urbanismo de los asentamientos carpetanos uno de los ejemplos mejor conocidos es la fase II del poblado documentado en el Cerro de La Gavia en Madrid (fig. 2), fechada entre los siglos III-II a.C. En este asentamiento se documentó una estructura urbana basada en la existencia de una manzana central rodeada por dos calles a las que abren sus puertas las casas ubicadas hacia el exterior, cuya pared trasera sirve de estructura de cierre. Las casas tienen un zócalo de mampostería y alzados de adobe con entramado de madera, sobre los que se disponía una cubierta vegetal a una sola agua. Su organización interna es muy sencilla con un porche abierto al exterior en el que se localizan diferentes zonas de trabajo doméstico y una dependencia interior en la que se encuentra el hogar. Similares características presenta el urbanismo del poblado del Llano de la Horca en las cercanías de *Complutum*, con casas de planta rectangular organizadas en cuatro estancias en función de las actividades domésticas a realizar. Las paredes de adobes estaban enfoscadas y los suelos son de tierra apisonada.

En la zona de contacto con la Oretania contamos con el poblado del Cerro de las Nieves (Pedro Muñoz, Ciudad Real) cuyo inicio se fecha en la transición del siglo VI al V a.C. para ser abandonado a comienzos del siglo III a.C. En este asentamiento también aparece la combinación de adobes y mampostería en la construcción de las viviendas con un enlucido aplicado sobre los adobes y en algún caso jambas y esquinas pintadas de color rojo. En el interior de las viviendas, han aparecido estructuras de hogar de forma circular u oval, a base de arcilla endurecida con fragmentos de cerámica o cantos de rio incrustados y unas cubetas de adobes y piedras, que algunos autores relacionan con el amasado y procesado del pan junto con bancos de adobes adosados a las paredes.

La agricultura y la ganadería centraban la base económica de estas gentes, con explotaciones cerealísticas en régimen de secano, especialmente de trigo para su panificación y cebada para la fabricación de cerveza o para su uso como forraje, complementada con algunas plantaciones de leguminosas en las zonas más cercanas a los poblados. Se trata de explotaciones fundamentalmente extensivas, que fue posible realizar gracias a la generalización del uso de hierro para la fabricación del utillaje agrícola, especialmente las rejas de los arados. La ganadería parece que fue relativamente homogénea en toda esta zona con una importante cabaña de ganado de ovicápridos, en menor medida de ganado de cerda y una presencia no muy importante pero relativamente constante de bóvidos. De menor entidad es el volumen de restos de otras especies como el caballo, el asno o la gallina.

El mundo funerario carpetano a partir de los resultados de las necrópolis excavadas sabemos que cobra relieve a partir de finales del siglo V a.C. se ha documentado en la fase II de Palomar de Pintado (Toledo) cuyas estructuras funerarias son hoyos y fosas, en los que se realiza un enfoscado de yeso en el fondo, paredes y borde de las tumbas. Este tratamiento del interior de las tumbas no es solo privativo de Palomar, sino que lo tenemos documentado tambien en Yeles y Las Madrigueras. Con parecida cronología se han documentado estructuras y ajuares funerarios en Las Madrigueras y El Navazo en Cuenca y en Las Esperillas en Toledo. A partir del registro funerario podemos concluir, que a lo largo del siglo IV aumenta el número de individuos que acceden a los espacios funerarios, a los bienes de prestigio incluidos los importados como la cerámica griega (fig. 3) y a la posesión de armas. En los conjuntos funerarios de Palomar de Pintado y El Vado en tierras toledanas desde las primeras décadas del siglo IV a.C., se mantienen los hoyos y fosas más o menos complejas, revocadas con yeso, a los que se van a asociar, tumbas de planta rectangular de adobe con banco o poyete de adobe localizados en el lado oriental. También aparecen por vez primera grandes plataformas de adobe, asociadas a fosas cuadradas con enfoscados de yeso que pueden llegar a presentar diferentes compartimentaciones del espacio funerario. En los ajuares destacan las urnas a torno decoradas con pintura jaspeada o con motivos geométricos sencillos, junto con ejemplares de cerámica griega que también se documentan en otras necrópolis del territorio carpetano como Villanueva de Bogas, Yeles, Esperillas y Madrigueras. A estos elementos de ajuar se suman distintas piezas de armamento, sí bien en proporciones muy inferiores a las documentadas en los territorios vecinos de influencia claramente ibérica. La última fase de utilización de la necrópolis de Palomar de Pintado que se fecha a partir del III a.C. se caracteriza por la concentración de enterramientos que en algunos casos mantienen el revestimiento interno de yeso. Destaca entre los ajuares de esta fase, el procedente de una fosa enfoscada de yeso en la que formaban parte del ajuar una falcata y una parrilla (fig.4). La falcata, de gran tamaño dentro de la panoplia conocida presenta restos de decoración en plata tanto en la hoja como en la empuñadura. Su asociación con un elemento vinculado al consumo de carne nos permite relacionar a su propietario con la elite guerrera que, en el ámbito social del banquete aristocrático, caracterizado por el consumo de carne y bebidas especiales, refuerzan sus vínculos sociales y políticos.

En el apartado de las manifestaciones religiosas de los carpetanos contamos con la evidencia arqueológica de la dedicación de determinados espacios intramuros de los asentamientos a zonas de culto. En la tipología de los santuarios de la Segunda Edad del Hierro se conoce a estos espacios sacros como "santuario domestico gentilicio". La mejor evidencia de este tipo de santuario la tenemos en el yacimiento carpetano de El Cerron (Illescas, Toledo), en el que el complejo sacro, fechado en el siglo III a.C., estaba formado por una pequeña dependencia de planta rectangular presidido por un hogar central. En uno de sus frentes se documentó un banco que pudo utilizarse como altar sobre el que se conservaba interesante relieve realizado en barro con la representación de una secuencia que tiene unos precedentes iconográficos de claro origen oriental. En el relieve aparecen dos carros conducidos por sendos aurigas a los que sigue un grifo. Frente al segundo carro hay un personaje que levanta el brazo en señal de saludo al cortejo, que representa un viaje al mundo de ultratumba por dos personajes heroizados relacionados con el culto a un antepasado mítico (fig.5). No hay muchas evidencias sobre la vajilla y utensilios utilizados en las ceremonias rituales, sin embargo, el reciente hallazgo en las cercanías de Titulcia (Madridd) de una pieza de orfebrería de gran calidad realizada en oro y plata, que

presenta una decoración de inspiración helenística con una decoración repujada en el interior de una cabeza de felino realzada por dos serpientes. Fechada en el siglo III a.C. nos permite considerar que su función era de tipo ceremonial vinculada a estos espacios de culto.

3 4

5

Fig. 3.- Vasos áticos de Palomar de Pintado. (Juan Pereira). Fig. 4.- Ajuar de la tumba nº 2 de Palomar de Pintado. (Juan Pereira). Fig. 5.- Relieve y estancia del Cerrón (Illescas) (Juan Pereira. Vaccea nº 4 2011).

VETONES

Los territorios que según las fuentes corresponderían a la Vetonia prerromana, se distribuyen por las dos Mesetas con la Sierra de Gredos como elemento vertebrador de las dos áreas. En la Meseta Norte los vetones ocuparía zona del Suroeste de la provincia de Zamora, y las provincias de Salamanca y Ávila teniendo como límite oriental la Sierra de Guadarrama y la cuenca del río Coa como límite occidental. En la Meseta sur las tierras del occidente de Toledo y la mitad oriental de Cáceres conformarían junto con las sierras de San Pedro, Montánchez y Guadalupe los territorios de las poblaciones vetonas más meridionales (fig. 6).

Fig. 6.- Geografía de la Vetonia (Álvarez Sanchis)

La distribución del poblamiento en estos territorios se caracteriza por la presencia de una variedad de asentamientos de pequeño, medio y gran tamaño, caracterizados todos ellos por la presencia de estructuras defensivas de importancia como murallas, torres, bastiones, fosos naturales y artificiales complementados en algunas ocasiones con extensos campos de piedras hincadas, destinados dificultar el acceso a los puntos de acceso de estos asentamientos que por la presencia de estos sistemas defensivos reciben la denominación de castros. Estos asentamientos fortificados se suelen localizar en posiciones estratégicas, en

cerros altos, controlando vados y confluencia de ríos y en las principales vías de comunicación. Como se ha señalado presentan importantes estructuras defensivas con murallas adaptadas a la topografía del terreno, reforzadas por torres y murallas. El uso de los campos de piedras hincadas está solo documentado en las zonas abulense y salmantina, mientras que al sur de la Sierra de Gredos todavía no se ha localizado este tipo de sistema defensivo.

La organización urbanística suele ser irregular en estos asentamientos. Se basa en una adaptación a las condiciones topográficas, aprovechando en ocasiones los afloramientos graníticos habituales en estos territorios, si bien en los últimos años se han podido documentar en algunos asentamientos como el Cerro de la Mesa (Toledo) y Villasviejas de Tamuja (Cáceres) un cierto urbanismo con manzanas más o menos regulares estructuradas en torno a viales que recorren longitudinalmente el asentamiento. En algunos de estos poblados hay la evidencia de la ausencia de estructuras de habitación en determinadas zonas y se especula que pudieran servir como encerradero de ganado. Las casas por lo general eran de planta cuadrada o rectangular, con una superficie entre los 35 a los 150 m. cuadrados. En algunos casos presentan subdivisiones internas señaladas por los restos de tabiques o tipos de suelo, que permiten identificar las distintas zonas de uso de esta: telar, cocina, dormitorio, almacén cuadra, contando algunas de ellas con patios o porches cubiertos (fig. 7). Se construían con un zócalo de mampostería y alzado de adobes o tapial. Sobre un entramado de postes verticales y horizontales se disponía una cubierta de materiales vegetales como retama, jara, piorno etc. que recibían una capa de barro como sistema de impermeabilización.

La economía de los vetones era de base agropecuaria. En cuanto a la agricultura son numerosas las evidencias directas e indirectas del cultivo de trigo y cebada, completado con el de leguminosas como habas y lentejas, Durante los meses de otoño e invierno se complementaba la dieta con el consumo de bellotas. El principal medio de vida de los vetones era la ganadería. Quizás desde un punto de vista simbólico y comercial los animales más valiosos fueran los bóvidos como ocurre en otros pueblos ganaderos, pero probablemente la contribución principal a la dieta de manera directa la proporcionaban los rebaños de ovejas y cabras. No hay que olvidar otras aportaciones del ganado derivadas de sus pieles, cornamentas, productos lácteos y la fuerza de trabajo de los bóvidos que permitió junto con las novedades en el utillaje agrícola realizado en hierro la puesta en cultivo del fondo de los valles que hasta la Segunda Edad del Hierro no se habían aprovechado.

7

8

Fig. 7.- Recreación casa vetona Raso de Candeleda (Ávila) (Juan Pereira). Fig. 8.- Ajuares funerarios de El Raso de Candeleda (Museo de Ávila).

El mundo funerario de los vetones nos ha proporcionado algunas de las necrópolis más extensas en superficie y número de enterramientos de la Península Ibérica. El ritual utilizado era la cremación del cadáver junto con sus pertenencias y elementos de adorno personal, que luego eran depositados en una vasija y enterrados en sectores concretos del cementerio donde la existencia de estructuras que delimitaban estas zonas se interpreta como áreas exclusivas de la familia o clan del individuo enterrado (fig.8). Los individuos más importantes de la comunidad se enterraban con sus mejores armas y posesiones. Había otros grupos de guerreros con ajuares más modestos y el resto de la población que no pertenecía al estamento de los guerreros se enterraba con ajuares que indicaban distintos grados de riqueza. El retrato de la sociedad vetona a partir de sus restos funerarios nos señala importancia de la guerra y los valores asociados a su práctica en la vida cotidiana. Esta circunstancia se relaciona con el significado que se atribuye al nombre de los vetones que en la antroponimia celta se podría traducir como "Los combatientes" o "Los hombres de la Guerra".

Los vetones como otros pueblos de influencia céltica, practicaban sus ceremonias de culto en santuarios rupestres al aire libre. El más conocido es el que se encuentra en el castro de Ulaca (Ávila) uno de los hábitats más extenso de la Península Ibérica. Realizado sobre una gran roca de granito conserva una escalera tallada y una serie de cubetas donde se realizarían diferentes tipos de ceremonias incluidos sacrificios humanos que, si bien no eran habituales, las fuentes escritas y ciertas prácticas de exhibición de trofeos permiten suponer que en determinados momentos se habrían llevado a cabo (fig. 9).

Uno de los elementos del registro arqueológico más significativo vinculado a los vetones, son las esculturas zoomorfas de un tamaño que oscila entre el 1 m. de longitud hasta ejemplares de 2´5 m. que representan principalmente bóvidos y cerdos y que se denominan verracos. Existen en la actualidad alrededor de 400 ejemplares de este tipo de esculturas distribuidas por todo el territorio atribuido a los vetones, de tal manera que la progresiva disminución de su presencia se toma como punto de referencia para establecer los límites de su territorio, o en ocasiones la existencia de algún ejemplar que presenta modificaciones significativas del modelo habitual como en el caso del ejemplar de Totanes se interpretan como el resultado del contacto con otras áreas culturales como la ibérica. La ubicación de estas figuras en el territorio se ha convertido en una de las líneas de investigación más interesante para explicar la funcionalidad de estas esculturas. Su localización en áreas cercanas a los poblados, con cerca de un 70% en zonas de paisaje adehesado, parecen indicar que una parte de su funcionalidad estaría en servir de marcadores de las zonas de pastos. El otro grupo de estas esculturas que aparecen asociados a los asentamientos se interpretan como elementos simbólicos de protección del ganado que como hemos señalado en algunos casos se guardaba en el interior de los poblados. Del catálogo de estos ejemplares destaca el conjunto de 4 grandes verracos de Guisando (Ávila) (fig.10), el gran verraco de Villanueva del Campillo (Ávila) y el único ejemplar de verraco doble de El Bercial (Toledo).

9

10

Fig. 9.- Altar de Ulaca (Álvarez Sanchis). Fig. 10.- Toros de Guisando (Carlos Vizuete).

CATÁLOGO

66, Fíbula de doble resorte
Necrópolis de los Sembrados (Estriégana, Guadalajara)
Siglo VII a.C.
Bronce
Alto 4,5 cm., largo 9 cm., ancho 4,5 cm.
Museo de Guadalajara nº 17890
(Fotografía FCG)

67, Fíbulas espiraliformes
Necrópolis de Guijosa y Sembrados (Guijosa y Estriégana, Guadalajara)
Siglos fines VI - inicios IV a.C.
Bronce
Longitud 8 cm., ancho 5 cm.; Longitud 6 cm., ancho 4 cm.; longitud 7 cm., ancho 5 cm.
Museo de Guadalajara nº 17032, 17903, 17933, 17934
(Fotografía FCG)

68, Placa pectoral
Necrópolis de los Sembrados (Estriégana, Guadalajara)
Siglos fines VI - inicios IV a.C.
Bronce
Longitud 8 cm., ancho 5 cm.
Museo de Guadalajara nº 17932
(Fotografía FCG)

69, Brasero
El Ceremeño (Herrería, Guadalajara)
Siglo VI a.C.
Cerámica a mano, calada
Alto 16,80 cm, Ø boca 15,60 cm, Base 9,30 cm de lado.
Museo de Guadalajara, nº 67
(Fotografía FCG)

70, Pithos
Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo)
Siglo VI a.C.
Cerámica a torno, pintada
Alto 76 cm.,Ø boca 26 cm.
Museo de Santa Cruz, Toledo, nº DO2008/12/2
(Fotografía FICLM)

71, Ánfora
Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo)
Siglo VI a C.
Cerámica a torno, pintada
Alto 39 cm., Ø boca 15,5 cm., Ø base 15 cm.
Museo de Santa Cruz, Toledo, nº DO2008/12/3
(Fotografía FICLM)

72, Fíbula de pie vuelto
Necrópolis de Los Arenales, Prados Redondos (Siguenza, Guadalajara)
Siglos VI- V a.C.
Bronce
Alto 3,5 cm, largo 8,2 cm., ancho 2,8 cm.
Museo de Guadalajara nº 17888
(Fotografía FCG)

73, Broche de cinturón de doble escotadura
Necrópolis de Los Arenales, Prados Redondos (Siguenza, Guadalajara)
Siglos V a.C.
Bronce
Largo 8,6 cm., ancho 4 cm.
Museo de Guadalajara nº 17877
(Fotografía FCG)

74, Fragmentos de casco tipo Alpanseque
Necrópolis de Guijosa (Guijosa, Guadalajara)
Siglo V a.C.
Bronce repujado
Placas de alto 15,5 cm. y ancho 20 cm, 1 alto 9 cm., ancho 14,5 cm.
Museo de Guadalajara nº 17925 A 17927
(Fotografía FCG)

75, Signum equitum
Comarca de La Manchuela conquense (Cuenca)
Siglo IV a.C.
Bronce a la cera perdida, cincelado
Alto 8,50 cm; ancho 3,50 cm.
Museo de Cuenca nº AA01/07/1594
(Fotografía FCG)

76, Brazalete
Necrópolis de Los Arenales, Prados Redondos (Siguenza, Guadalajara)
Siglos V a.C.
Bronce
Ø 8 - 6 - 2 cm.
Museo de Guadalajara nº 17921
(Fotografía FCG)

77, Bocado de caballo
Necrópolis de Los Arenales, Prados Redondos (Siguenza, Guadalajara)
Siglos V-IV a.C.
Hierro
Alto 10 cm; largo 26 cm.
Museo de Guadalajara nº 17820
(Fotografía FCG)

78, Lanza doblada
Necrópolis de La Guijosa (La Guijosa, Guadalajara)
Siglos V-IV a.C.
Hierro
Largo 33,5 cm.
Museo de Guadalajara nº 17849
(Fotografía FCG)

79, Cuchillo afalcatado
Necrópolis de Los Arenales, Prados Redondos
(Siguenza, Guadalajara)
Siglos V-IV a.C.
Hierro
Largo 36,8 cm.
Museo de Guadalajara nº 18023
(Fotografía FCG)

80-81, Espadas tipo Atance y de la Tène
Necrópolis de Las Horazas (El Atance, Guadalajara)
Siglos IV-III a.C.
Hierro
80, tipo Atance. Largo 42 cm., ancho máx. hoja 6
81. Tipo La Tène Largo 60 cm., ancho máx. hoja 4
Museo de Guadalajara nº 80: 18028 Y 81: 18029
(Fotografía FCG)

82, Punta de lanza
Necrópolis de La Guijosa (La Guijosa, Guadalajara)
Siglos V-IV a.C.
Hierro
Largo 21 cm., ancho máx. hoja 2,5 cm.
Museo de Guadalajara nº 17824
(Fotografía FCG)

83, Punta de lanza
Necrópolis de Los Arenales, Prados Redondos
(Siguenza, Guadalajara)
Siglos V-IV a.C.
Hierro
Largo 26 cm., ancho máx. hoja 3,5 cm.
Museo de Guadalajara nº 17833
(Fotografía FCG)

84, Punta de lanza
Necrópolis de Los Arenales, Prados Redondos (Siguenza, Guadalajara)
Siglos V-IV a.C.
Hierro
Largo 48 cm., ancho máx. hoja 3 cm.
Museo de Guadalajara nº 17847
(Fotografía FCG)

85, Ave
Barchín del Hoyo (Cuenca)
Siglos III a.C.
Cerámica modelada e impresa.
Alto 3,2 cm; ancho 12 cm.
Museo de Cuenca nº B 00/18/002/K07
(Fotografía MCU)

86, Hombre pájaro
Carboneras de Guadazaón (Cuenca)
Siglos IV-III a.C.
Cerámica modelada y pintada.
Alto 5 cm., Ø máximo 3,6 cm.
Museo de Cuenca nº AA62/ 103/1
(Fotografía FICLM)

87, Vasija con pie de copa
La Yunta tumba 11 (La Yunta, Guadalajara)
Siglo III-II a.C.
Cerámica a torno, pintada
Alto 16,5 cm, Ø boca 18,5 cm, Ø base 8,5 cm.
Museo de Guadalajara, nº 2044
(Fotografía FCG)

88, Vasija caliciforme
La Yunta tumba 207 (La Yunta, Guadalajara)
Siglo Finales del s. IV-mediados del II a.C.
Cerámica a torno, pintada
Alto 20,5 cm, Ø boca 24 cm, Ø base 10 cm.
Museo de Guadalajara, nº 2654
(Fotografía FICLM)

89, Cabeza de fíbula de pie vuelto adherida a una punta de regatón
La Yunta (La Yunta, Guadalajara)
Siglo mediados-finales del s. IV-mediados del II a.C.
Bronce (fíbula), hierro (regatón)
Alto 9,5 cm, largo 6 cm, grosor máximo 4,5 cm.
Museo de Guadalajara, nº 2090
(Fotografía FCG)

90, Anafre
Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo)
Siglo IV a.C.
Cerámica a torno, calada
Alto 7,5 cm., Ø boca 18 cm.
Museo de Santa Cruz, Toledo, nº DO2008/13/10
(Fotografía MSC)

LOS ÍBEROS ANTE EL ESPEJO

J. Bustamante dib.r y lit.r

ANTIGÜEDADES DEL "CERRO DE LOS SANTOS."

TERMINO DE MONTEALEGRE

LA AUTORREPRESENTACIÓN DE LAS ÉLITES IBÉRICAS

Lorenzo Abad y Feliciana Sala[1]

Muy pocos son los datos escritos que permiten que nos hagamos una idea del aspecto de los iberos. Casi todos proceden de los comentarios de quienes los vieron directamente o, más bien, de quienes copiaron a los que realmente los vieron. La mayoría los aporta Estrabón, que no estuvo en la península, pero que aprovechó la información de quienes como Eratóstenes y Artemidoro sí habían estado.

La mayor parte de esos textos se refieren a la indumentaria femenina, pero la imagen que nos ofrecen es diferente a la que vemos en las damas esculpidas en piedra, quizá porque describen mujeres de siglos posteriores, cuando su vestimenta y aderezos podían haber cambiado.

También son escasas las representaciones que los propios iberos dejaron de sí mismos, testimonio de cómo se veían ellos y de cómo querían que los contemplaran sus contemporáneos y, seguramente, la posteridad. Son pocas representaciones, dilatadas en el tiempo y realizadas sobre soportes diferentes.

Aunque supongamos que la intención fuera siempre la misma, esto es, presentar a los contemporáneos y a las futuras generaciones el aspecto de alguien que debía pasar a la posteridad por su posición social, política o económica, el contexto –oferente ante una divinidad, exaltación personal, imagen para la tumba–, el momento –las técnicas de representación varían a lo largo del tiempo– y el soporte en que se hicieron –no es lo mismo la piedra que el bronce o la pintura–, tuvieron que influir poderosamente en el resultado final.

En lo que conocemos, el primer espejo y seguramente el de más valor que nos devuelve la imagen de los iberos es la piedra. Los hombres muestras su vestimenta y su armamento, y en muchos casos es la vestimenta adecuada para empuñar esas armas; en las mujeres, por el contrario, predomina la riqueza de vestuario, tocados y joyas.

Mucho se ha discutido acerca de dónde y de cómo les llegó la idea de reproducir su efigie en piedra y de cómo y dónde adquirieron la técnica necesaria para plasmarla. Una tesis que podríamos denominar tradicional defiende que fue consecuencia de las relaciones de algunos iberos con el ámbito griego, sobre todo en el sur de Italia y las colonias griegas, mientras otros creen que fue un desarrollo propiamente ibero a partir de ideas surgidas de la visión de pequeñas estatuillas traídas por los comerciantes del próximo Oriente.

La primera hipótesis se basa en la semejanza formal y en algunos aspectos también técnicos entre obras ibéricas y obras griegas, que podemos ver por ejemplo en el rostro de las pocas esculturas ibéricas antiguas que lo han conservado y en el de las esculturas griegas de finales del período arcaico y principios del clásico, en lo que se ha venido a denominar estilo severo.

[1] Universidad de Alicante.

La Dama de Elche o el guerrero número 1 de Porcuna, por citar los ejemplos más conspicuos, son una buena prueba de esta semejanza formal, que podría deberse o bien a una inspiración directa o bien a que ambos formaron parte de una koiné helenizante que se extendió por el Mediterráneo y que se manifiesta también en obras indígenas suritálicas y del ámbito etrusco. Otros rostros de la época, como el de las esfinges de Agost, o la cabeza de sirena procedente de Alicante, nos hablan de influencias de la misma procedencia, aunque de ámbitos y momentos distintos (fig. 1).

Los defensores del modelo autoctonista, que en todo caso aceptan una cierta influencia de las estatuillas orientales que aparecen en yacimientos costeros traídas por los fenicios, aducen también sus pruebas, pero no resulta fácil explicar cómo esos rasgos, presentes en estatuillas pequeñas, muchas veces de barro o de bronce, con rasgos escasamente marcados, podrían haberse transformado en las estatuas monumentales que encontramos, ni de cómo los iberos habrían podido desarrollar las técnicas adecuadas para su plasmación.

En cualquier caso, estas primeras imágenes reproducen figuras propias de la aristocracia ibérica: el guerrero, quizás también el sacerdote, la dama, sea diosa o mortal, y los animales, reales como el caballo, el león y el toro, o fantásticos como esfinges o sirenas, siempre con cabeza de mujer. Los hombres representan el ambiente guerrero, el poder, mientras la mujer representa el *oikos* y lo hace a través de un fuerte contenido simbólico. Pero todos ellos muestran unos rasgos formales en sus caras que los hacen partícipes de un ambiente cultural y artístico común. El espejo en que se miraban era un espejo que afilaba y endurecía sus rostros.

Estos rasgos cambian con el paso del tiempo. Seguramente por una transformación propia que puede ser similar a la que se da en el ámbito griego en el paso del arcaísmo al clasicismo. El rostro de la Dama de Baza, con una cronología más avanzada que las esculturas citadas, no es ya ese rostro anguloso, idealizado, sino otro más realista, mucho más próximo al de una mujer normal, un rostro que sin duda le devolvería sin deformar el espejo en que se mirara. Bien es cierto que este rostro conserva la policromía, que lo diferencia de los anteriores, y es posible que, desprovisto de los detalles que los engobes y la pintura proporcionan, perdiera buena parte de esa personalidad individual que irradia (fig. 2).

1 2

Fig. 1. Cabezas masculinas de diversas procedencias y cronologías, entre el siglo V y la época romana. Fig. 2. Cabezas femeninas de diversas procedencias y cronologías, entre el siglo V y la época romana.

Otras esculturas que podemos datar en la misma época que la Dama de Baza están a medio camino entre ese rostro y los más arcaicos. Las primeras figuras oferentes del Cerro de los Santos presentan ya unos rasgos faciales diferentes de los de las figuras de la época anterior; son menos estilizados, menos angulosos, más redondeados, algo que se relaciona también con un cambio en el modelado del cuerpo, más ampuloso y menos estilizado.

Entre los siglos V y IV tendríamos, pues, un cambio en la forma de representar la figura del ibero y de la ibera, mucho más acorde seguramente con un cambio de gustos estéticos y de estilo que con un verdadero cambio real. El sujeto es el mismo, pero el espejo en que se mira ya no lo es y la imagen que le devuelve —y que nos devuelve— es también una imagen diferente, adaptada a la lengua formal del momento.

No sabemos qué factores influyen en ese cambio de gusto, seguramente transformaciones en la composición de la sociedad y en su forma de pensar. Tampoco conocemos cómo pudo desarrollarse este proceso, porque la serie iconográfica se interrumpe en el siglo III, cuando la gran escultura se hace mucho más escasa y se refugia, al menos en lo que conocemos, en los santuarios.

Los santuarios, por su propia esencia, suelen ser tradicionalistas, poco dados a la experimentación y a las innovaciones religiosas y sociales. Este conservadurismo se manifiesta también en las obras realizadas como ofrendas, que suelen ser copias de los mismos prototipos, con escasa evolución a no ser que del exterior llegue la necesidad de adoptar nuevos productos a las antiguas creencias, o nuevas creencias que reclamen nuevos productos.

En el caso de los iberos, son ahora los santuarios los principales productores de esculturas, son ellos los que ahora manejan el espejo en que se van a ver representados iberos e iberas, lo que explica lo difícil que resulta establecer evoluciones estilísticas y cronológicas. La falta de una estratigrafía contextualizada en todos los casos conocidos dificulta aún más el proceso.

Es lo que ocurre por ejemplo con la extensa colección de figuras del Cerro de los Santos, por citar el santuario que más esculturas ha proporcionado. Algunos autores han propuesto patrones para su evolución cronológica, pero aún estamos lejos de un esquema universalmente aceptado. La reciente catalogación de todas las piezas aparecidas en el santuario será sin duda un paso muy importante para lograrlo (figs. 1 y 2).

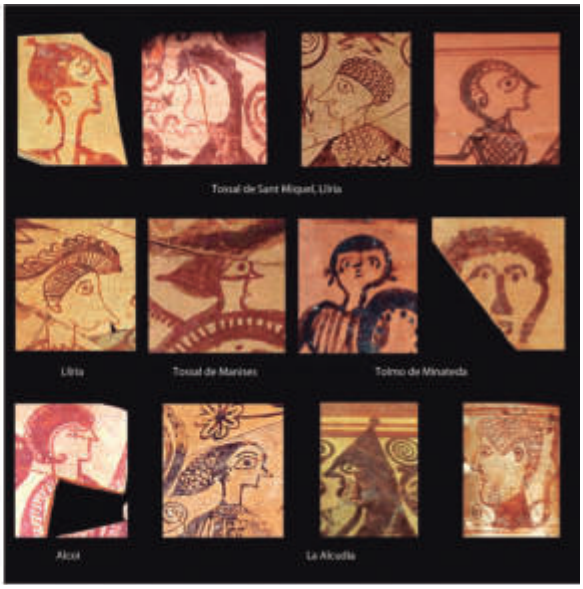
Entre otras novedades, las figuras de esta época se hacen más pequeñas, menos 'realistas' en la plasmación del rostro humano, y se sigue poniendo el acento en la expresión formal, en el 'uniforme' que iberos e iberas llevaban para mostrar su lugar en la sociedad. Parece que al igual que ocurría en el antiguo mundo griego, estos retratos iberos se siguen concibiendo como representaciones integrales del individuo, en los que su vestimenta y sus aderezos tienen tanta o más importancia que el propio rostro.

En otros soportes, las representaciones ibéricas son muy numerosas, sobre todo los pequeños bronces de los santuarios de Despeñaperros, que reproducen figuras masculinas y femeninas en diversas actitudes y con diversas vestimentas, en un ámbito cronológico que va desde la época de los guerreros de Porcuna y la Dama de Elche hasta la presencia romana. En ellos se muestra una amplia panorámica de la vida de los iberos y de su orientación religiosa, pues no en vano son exvotos, pero también de la vida social, pues son exvotos ofertados por personas concretas que agradecían o pedían favores que habían obtenido o esperaban obtener (fig. 3).

De ellos, sin embargo, y a lo largo de toda su existencia, el espejo devuelve una imagen bastante difuminada. El pequeño tamaño y el trabajo en barro o en bronce fundido hace que sus rasgos sean mucho menos precisos que en las representaciones escultóricas y que, más allá de detalles concretos como la forma de la cara, los peinados, los apliques y los abalorios, apenas sirvan para recomponer una imagen real y especular de la persona ibérica. Quizá porque la verdadera imagen especular es la que ofrece la escultura. Se hace para ser vista. Los exvotos no, los exvotos sirven para establecer un diálogo íntimo entre el ser individual y la divinidad y no hace falta publicitarlos. Su destino era la oscuridad del *sancta sanctorum* o de la tumba. Somos nosotros que queremos verlos como espejos de la realidad.

Las representaciones en cerámica, mucho menos abundantes, se asemejan a estas figuritas en bronce, las caras pintadas recuerdan en buena medida los rasgos que hemos visto en ellos, seguramente porque ambos comparten la sencillez y la inmediatez en su ejecución. Hombres, mujeres, diosas reconocibles por sus atributos… salpican aquí y allá la cerámica ibérica, sobre todo en la costa oriental, con estilos diferentes, aunque en el fondo similares (fig. 3 y 4).

3



4

Fig. 3. Cabezas masculinas en bronce y terracota de diferentes procedencias y cronologías (primera línea); cabezas femeninas en terracota del santuario de La Serreta de Alcoi (segunda línea) y en cerámica de estilo de Liria, siglo III a.C. (tercera línea).
Fig. 4. Cabezas masculinas en cerámica de diversas procedencias y cronologías, entre el siglo III y la época romana.

La decoración pintada vascular del estilo Oliva-Llíria es el mejor espejo de la élite ibérica en los territorios edetano y contestano durante el siglo III, pues presenta escenas complejas, a diferencia de otros soportes en los que predominan obras individuales. Sus rostros siguen siendo estereotipados, pero las figuras ofrecen múltiples detalles en ropajes, peinados, joyas, ajuares y armas, y también escenas de la vida que los textos no mencionan y las fuentes arqueológicas tienen grandes dificultades para reconocer.

La cerámica Oliva-Llíria podría haber desempeñado un papel similar al que en su momento tuvo en su ámbito la cerámica ática de figuras rojas: retratar una sociedad de forma voluntaria y expresa por parte de sus protagonistas. Son vasos de encargo, elaborados por artesanos que, a demanda de sus clientes, reproducen escenas de la vida de la elite, pero es posible que también pasajes de esa mitología ibera que desconocemos.

En algunas representaciones, la mujer comparte actos sociales con el hombre, danzando o tañendo un instrumento musical; son procesiones y danzas mixtas, rituales privados quizá de iniciación, o quizá momentos concretos de celebraciones públicas y colectivas. Los hombres se representan con su indumentaria para la guerra —túnica corta cogida con un cinturón, grebas y pectoral cruzado— y, por supuesto, con las armas que los identifican. El cuidado en representar estas armas para que se reconozcan en la escena —y la especialmente llamativa diversidad de ornamentos de los escudos— dan a entender que se están representado diferentes milicias o facciones.

Las mujeres aparecen en escenas de tejido e hilado, propias de las damas de la élite. Entre ellas destacan las dos escenas, incompletas, de sendos vasos del Tossal de Sant Miquel y La Serreta y una tercera sobre soporte de piedra: el pequeño altorrelieve de una pareja encontrado en el interior de la tumba F-100 de la necrópolis de La Albufereta de Ali-

cante, ella con el huso y la madeja de lana en una mano y él sujetando una lanza o jabalina. Frente a la decoración vascular hecha para ser vista, nos llama la atención el cuidado puesto en el retrato en altorrelieve de estos personajes, con todos los detalles de sus vestimentas, gestos y atributos. Aunque no se esculpió para ser visto, sino para permanecer eternamente en la fosa funeraria, la escultura en piedra funcionó una vez más como el verdadero espejo de los iberos.

En la representación en la cerámica ibérica de las tareas de hilado y de tejido se quiere ver la plasmación de la mujer ibera como salvaguarda de la casa, del *oikos*, pero no podemos alejar de nuestra mente la escena mitológica de Penélope, que teje y desteje sin fin para dilatar una elección que habría acabado con la hacienda de Ulises.

El detalle en la representación alcanza también a aspectos fisonómicos tanto en mujeres como en hombres. A ellas las vemos con el pelo cubierto por una cofia o recogido en una larga trenza, como llevaban también las damitas del monumento funerario del Corral de Saus. De ellos llaman la atención las barbas que lucían los guerreros de los vasos de Sant Miquel de Llíria, que permitieron a Ballester Tormo distinguir diferentes formas de barba y de rasurado.

Esculturillas antropomorfas simples se entregaron también como ofrenda en santuarios e incluso están presentes en las viviendas. Son de ese mismo tipo esquemático plasmado en bronces y en cerámicas, muy alejadas de las representaciones especulares, seguramente porque casi todas ellas están relacionadas con la divinidad y cuando se representa la divinidad, al menos en estas etapas tardías, se huye de personalizarla en exceso. La divinidad se plasma en figuritas apenas esbozadas o que presentan los rasgos generales propios de las divinidades mediterráneas, como ocurre por ejemplo con los pebeteros en forma de cabeza femenina.

En el santuario de La Serreta, numerosos exvotos recogen una variada muestra de iberos y de iberas de este momento tardío. Hay cabezas toscas masculinas; algunas figuras llevan vestimentas y muestran actitudes similares a las de los santuarios de Jaén; otras se relacionan con los pebeteros en forma de cabeza femenina, especialmente los del tipo 'Guardamar', que se extiende por el ámbito costero del sur y del este de la península. Parece que estos pequeños exvotos, seguramente poco costosos y de fácil fabricación, viajaban con sus oferentes de santuario en santuario y podían intercambiarse con otro tipo de ofrendas.

Propios de este santuario son las numerosas partes de cuerpos, exvotos anatómicos de brazos y piernas que debían ser ofrendas de los grupos sociales más bajos, que no podían permitirse la adquisición de una figurita completa, más cara, o que tal vez no lo tenían permitido, por ser algo al alcance solo de las élites.

Barbas lleva también alguna cabeza de la cerámica pintada de *Ilici*, cuya cronología ha ido bajando al tiempo que se iban conociendo mejor los contextos en que se producía, hasta el punto de que la pintura que podríamos denominar contestana se considera hoy contemporánea de la presencia romana. Una de las hipótesis desarrolladas en los últimos tiempos, curiosa y atrevida, aunque por eso mismo difícilmente comprobable, es la de que en el craterisco de *Ilici* se represente el rostro del emperador Augusto, un extraño Augusto barbado.

Sea o no Augusto, lo interesante es señalar que estas representaciones cerámicas coinciden con las últimas manifestaciones de la escultura monumental ibérica, como las del Cerro de los Santos, el único reducto en el que la escultura se ha mantenido a lo largo del tiempo sin solución de continuidad. Aquí encontramos ahora la presencia de elementos romanos en la representación y el atuendo, como los llamados *palliati*, y ensayos retratísticos que sobre la iconografía tradicional ibérica reproducen algunos de los rasgos fisiognómicos propios de los ejemplares romanos.

Muchas de estas representaciones, tanto de hombres como de mujeres, son cabezas. ¿Qué hacen tantas cabezas en este santuario? ¿Serían exvotos que buscaban la protección de la divinidad en la difícil etapa que les tocó vivir? Parece que se hubiera aceptado ya la idea romana de que el retrato es en realidad la cabeza del personaje, lejos de aquel ideal griego y seguramente también ibérico de que el retrato digno era el retrato de cuerpo entero. Los rostros del Cerro son esquemáticos, iconográficamente alejados de los retratos romanos de la época, pero próximos a ellos en rasgos como

su pelo corto y pinchante. A medida que avanza el tiempo, los rasgos romanos se van imponiendo, como muestra la cabeza del Tolmo, fechada en época Flavia, con una marcada simbiosis entre unos y otros. Seguramente formaría parte de una tumba de tipología plenamente romana.

IBEROS E IBERAS: LOS ESTUDIOS DE GÉNERO

Isabel Izquierdo Peraile[1]

1- UNA MIRADA DESDE EL GÉNERO A LA CULTURA IBÉRICA

Desde el 150 aniversario de la edición de la *Memoria de las notables excavacioneshechas en el Cerro de los Santos*, centrada en este excepcional yacimiento que impulsa el reconocimiento historiográfico de la cultura ibérica, muchos son los caminos que ha recorrido la investigación en este ámbito de la Protohistoria peninsular. Una cultura que se manifiesta en los territorios de la vertiente mediterránea, sureste ibérico y Andalucía, a partir del 500 a.C. hasta el cambio de era, y que sin ser un todo monolítico, muestra rasgos comunes, pero, sobre todo, una fructífera historia de influencias, intercambios y contactos, hasta su última etapa de integración y disolución en el mundo romano, marcada por el conflicto y la expresión identitaria. Precisamente una de las líneas de estudio que mayor desarrollo ha tenido, especialmente en las últimas dos décadas en nuestro país, ha sido la del reconocimiento e investigación de las mujeres y las relaciones de género en la sociedad, desde la perspectiva antropológica, arqueológica e histórica, así como también ha calado en el ámbito museológico y patrimonial.

A partir de los primeros hallazgos, de las esculturas de El Cerro de Los Santos, antes incluso de 1860, y sobre todo, en ese mismo siglo XIX, a partir del descubrimiento de la Dama de Elche en 1897 (fig. 1), en estos 150 años de investigación, en paralelo al avance en el conocimiento de los territorios, la sociedad, las bases económicas y la consideración de las imágenes como atributo social, nuestra percepción y el (re)conocimiento de las mujeres y otros segmentos sociales tradicionalmente invisibles en *Iberia* se ha multiplicado exponencialmente, dejando de estar en los márgenes e ilustraciones de las publicaciones, para ya formar parte del núcleo de los textos, de las síntesis, sobre esta destacada cultura del Mediterráneo antiguo. Y no sólo las mujeres, los estudios de género han dinamizado la investigación sobre la infancia y los grupos familiares, desde la sofisticación del análisis de los datos arqueológicos y el interés por los matices. Para el caso ibérico, el ciclo femenino y las estructuras familiares se visibilizan en el registro de los territorios a partir del siglo IV a.C., en la etapa plena, en un contexto de transformaciones donde aumenta la representación de mujeres en tumbas y santuarios, denotando un nuevo modelo social, con un elocuente programa de imágenes que se proyecta colectivamente. Tales manifestaciones se insertan en las estrategias socio-políticas propias de los territorios ibéricos.

Con notables antecedentes, y desde relecturas de yacimientos ya publicados, de antiguas campañas y colecciones, además de recientes excavaciones y hallazgos, la investigación sobre mujeres y estudios de género en *Iberia* ha contado con un notable desarrollo, de la mano de distintas escuelas, equipos y enfoques, y desde diferentes posiciones feministas entre las investigadoras (tales como, sin ánimo de ser exhaustiva, Aranegui, 2008 y 2018; Chapa, 2005; García Luque, 2007; Izquierdo, 1998, 2013; Prados, 2007; Prados e Izquierdo, 2002-2003; Rísquez, 2015 y 2016; Rísquez y García Luque, 2012; Rísquez, Rueda y Herranz, 2018; Rueda, 2015, entre otras). Prevalece el interés por recuperar la memoria

[1] Directora de Programación de Acción Cultural Española, AC/E, correo electrónico: dirprogramacion@accioncultural.es; www.accioncultural.es; y Grupo de investigación Pastwomen https://www.pastwomen.net/

de las mujeres y otros grupos sociales, en torno a variadas temáticas tales como las prácticas del cuidado (salud, higiene…), la identificación de espacios de aprendizaje y socialización, la diferenciación de grupos de edad, el parentesco o la residencia; la explotación del medio; la gestión, el uso y la exhibición de producciones (cestería, cerámica, hilado y tejido, tecnología lítica…); la participación y protagonismo femenino en los ritos; la construcción de los sistemas de prestigio, la consideración del cuerpo y el gesto; el concepto de dama o matrona, más allá del tradicional encasillamiento en la diosa, entre otros ámbitos de estudio[2]…

Como construcción simbólica que varía según sociedades y épocas, la perspectiva de género en arqueología otorga valor a la materialidad y a la propia capacidad de acción, la agencia femenina[3]. Fruto de la aplicación de estas investigaciones e ideas, nuestro conocimiento actual de la sociedad ibérica, en el contexto de la Protohistoria mediterránea, y concretamente de las mujeres, es mucho más riguroso y matizado, y a la visión de las imágenes asociadas al prestigio y al poder –las damas– se suman otras evidencias arqueológicas que ilustran las funciones de las mujeres como sostenedoras, muchas veces invisibles, del bienestar cotidiano colectivo.

Fig. 1.- Dama de Elche (Alicante). Museo Arqueológico Nacional. Foto: MAN

Fig. 2.- Dama del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete). Museo Arqueológico Nacional. Foto: IAA.

2- PODEROSAS MUJERES IBÉRICAS DE LA ANTIGÜEDAD: LAS DAMAS

Excepcionalmente a través de fuentes escritas[4], pero sobre todo desde el estudio arqueológico e iconográfico, la cultura ibérica nos ha legado, a partir del siglo IV a.C., un rico catálogo de imágenes femeninas. Frente a las iconogra-

[2] Paralelamente, en los museos arqueológicos se ha abierto todo un campo de debate, investigación y difusión en torno a las colecciones arqueológicas, por su potencial desarrollo de relatos integradores, actitudes críticas frente a discursos tradicionales y ruptura con roles de género androcéntricos, construidos sin ningún rigor científico, también para el caso ibérico (Hornos y Rísquez, 2005). Esta dimensión social y educativa, que ha calado en numerosos museos y sitios patrimoniales (Herranz, Rueda y Rísquez, 2016), resulta inspiradora, en última instancia, para la investigación arqueológica sobre las mujeres en la historia.

[3] La materialidad, entendida en el despliegue de acciones reiteradas desde el gesto, el cuerpo, la interacción con objetos o la manipulación del espacio y la agencia, referida a la propia capacidad de acción, siempre de manera contextualizada, en el marco de normas y condiciones que configuran la cultura arqueológica, entendiéndola como una producción experimentada y percibida por los grupos sociales del pasado.

[4] Como la referencia a la princesa Himilce, "la predilecta de Melkart", procedente de Cástulo, que cita Silio Itálico en su poema *Punica*, confirmado por Tito Livio en sus Anales, ejemplo de la política de alianzas entre *Iberia* y Cartago en la Antigüedad.

fías del Ibérico antiguo, donde se muestran esencialmente diosas y ciclos heroicos masculinos, a partir del 400 a.C. se multiplican imágenes de damas, matronas y aristócratas, adultas y jóvenes, mujeres asociadas al prestigio y al poder. No se trata de un fenómeno casual ya que las sociedades ibéricas del sureste otorgan al imaginario femenino un protagonismo inédito hasta el momento, en paralelo a la evolución del entramado político y territorial, la jerarquización de hábitats y tumbas, la emergencia de las ciudades, así como algunos cambios en los patrones de ajuar de las tumbas con el aumento de armas y la significativa irrupción de útiles propios del hilado y del tejido. En una *cartografía* de género del mundo antiguo (Martínez y Ubric, 2017) y concretamente, de las damas ibéricas, en torno a una docena de esculturas ibéricas proyectan la imagen del prestigio en femenino (Aranegui, 2018). Más allá de situar puntos en los distintos territorios, esta *cartografía* refleja lugares en los que se dan ciertas prácticas de las mujeres, al implicar factores políticos, sociales, simbólicos, que las permiten, prohíben o impulsan. Un término, el de dama, que como explicó Aranegui (2008), tuvo una gran difusión, aplicándose a esculturas femeninas como las de Elche, Baza, Cabezo Lucero, Cerro Alcalá, Cerrillo Blanco, entre otras, y también en su acepción de jóvenes mujeres, como en las "damitas" de la necrópolis del Corral de Saus.

Son tres las damas ibéricas más conocidas por su nivel de conservación, interés de sus yacimientos o territorios de origen, lectura social e histórica. Se encuentran depositadas en el Museo Arqueológico Nacional[5] y constituyen relevantes ejemplos de la plástica en piedra: la Dama del Cerro de los Santos (1870) (fig. 2), procedente de uno de los lugares de peregrinaje más relevantes de la Protohistoria peninsular, con un abundantísimo depósito de exvotos; la de Elche (1897) (fig. 3) icono de singular calidad dentro del conjunto ilicitano, todo un sistema de signos de prestigio que ha permanecido hasta hoy en el imaginario colectivo, objeto de avatares identitarios; y la estatua-urna del Cerro de Santuario de Baza[6] (1971) (fig. 4), contextualizada arqueológicamente, con cuatro panoplias guerreras, memoria de grupos familiares o territorios, que supuso un salto cualitativo en la investigación de la sociedad ibérica y la percepción de las mujeres, también desde la osteografía. Estos ejemplos retratan a las aristócratas del Ibérico pleno, realzadas con elementos de vestido, tocado y adorno, cuyo equivalente masculino serían los príncipes-guerreros o caballeros de la etapa anterior.

Fig. 3- Dama de Elche en la sala 13 del área de Protohistoria del Museo Arqueológico Nacional. Foto: M. Cartier.- Fig. 4.- Dama de Baza (Granada). Museo Arqueológico Nacional. Foto: MAN.

[5] http://www.man.es/man/coleccion/catalogo-cronologico/protohistoria.html
[6] A destacar la celebración en 2021, del 50 Aniversario del hallazgo de la Dama de Baza, con un completo programa conmemorativo, de investigación y difusión: https://ayuntamientodebaza.es/dama-baza.html

Las damas representan un tipo iconográfico de ecos mediterráneos[7] y despliegan su poder fundamentalmente en los espacios funerarios. Damas estantes como la de La Albufereta de Alicante, con atributo de hilandera o la de Cerro Alcalá (Torres), El Cigarralejo de Mula con ave, El Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo), Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante) o la citada del Cerro de los Santos, serían exponentes de la gran plástica ibérica, mientras que modestas estelas como la de Ares del Maestre, o representaciones como la de Vizcarra, Benimassot o Caudete representan estilos más toscos. Líneas de investigación recientes ofrecen lecturas del cuerpo femenino, que se muestra u oculta, se afirma e identifica; telas y joyas, signos de riqueza y ostentación social; o los distintos gestos y su codificación. Además, colores y acabados forman parte de la puesta en escena, como la apariencia plateada de la Dama de Baza[8] (en Chapa e Izquierdo, 2010) o dorada de la Dama de Elche, que contribuirían a ese halo prestigioso que otorga la orfebrería[9].

3- LAS MUJERES Y LAS RELACIONES DE GÉNERO EN LOS ESPACIOS FUNERARIOS

Las necrópolis ibéricas son escenarios rituales polisémicos, campo privilegiado para el estudio de la sociedad. Su uso se prolonga en el tiempo y son objeto de celebraciones colectivas. La investigación indaga la participación de las mujeres en estos ritos desde la preparación del cuerpo, el duelo, la puesta en escena del enterramiento, la disposición del ajuar o el cuidado posterior de difuntos y tumbas, por una parte; así como su relevancia en el diseño del propio espacio funerario y en su orden simbólico. En este sentido, el ritual y su despliegue en la necrópolis pueden revelar aspectos identitarios en relación con la riqueza, el linaje, las etnias, la movilidad de los grupos sociales, familiares, o determinadas especificidades por edad o género… A partir de estos parámetros se van tejiendo nuevas lecturas, no sólo de cómo se organizan las relaciones entre sexos o edades, sino también sobre la construcción de identidades familiares y del prestigio social de algunas mujeres especialmente significadas (Rísquez, 2015), en términos de inversión de trabajo y calidad de la tumba, singularidad o exotismo de sus elementos de ajuar, o situación en ubicaciones estratégicas que ordenan el espacio funerario, como sucede en la tumba núm. 155 de Baza; o en tumbas de parejas, ricos enterramientos dobles de hombre y mujer, que articulan un espacio alrededor, como "la tumba de las sirenas" en Corral de Saus; o la tumba núm. 200 de El Cigarralejo, que reutiliza esculturas y contenía un ajuar predominantemente femenino vinculado a la producción textil (Rísquez y García Luque, 2012); enterramientos múltiples con individuos femeninos que se agregan espacialmente, de significación familiar o linaje compartido, como en Cabezo Lucero; sin olvidar la señalización de ciertos sectores con esculturas o incluso la femininización de los programas monumentales, reconocida en distintas necrópolis del sureste ibérico (Izquierdo, 1998), en estos últimos ejemplos con programas iconográficos en piedra, una manifestación aristocrática más, donde también las mujeres, jóvenes y adultas, están presentes.

El análisis del ritual funerario puede revelar valiosos aspectos identitarios. La gente construye su identidad a través de las relaciones de objetos y el ajuar es un rico banco de datos para aproximarnos a la sociedad. Los restos cremados

[7] Pertenecen a sociedades clientelares urbanas y proyectan funciones públicas de ostentación, con significados matizables, que en el caso de Baza se orientan hacia la matrona protectora de la tumba, mediadora con la divinidad, y al mismo tiempo, transmisora del patrimonio del linaje y la riqueza, del tesoro familiar. Damas sedentes, estantes o bustos se asocian a telas tintadas y bordadas, así como ricos pectorales, excepcionales diademas, collares -y significativamente en número de tres-, colgantes, diademas, pasadores, anillos, que conocemos por las tumbas y, sobre todo, por depósitos votivos, ocultamientos rituales, posibles dotes de novia en algunos casos, como la investigación reciente ha propuesto (en Aranegui, 2018).

[8] Recientes estudios sobre la Dama de Baza (Chapa, Belén, Rodero, Saura y Asiaín, 2021) a través del color y la fotografía, recuperan los colores, del azul al plata, que fueron empleados en la escultura, representándose fielmente su aspecto físico y vestimenta, coloreando su rostro y manos con los tonos matizados de la piel, e indicando en manto y túnicas los colores y dibujos, descubriéndose una larga sarta de cuentas que cuelga desde la parte posterior de los colgantes serpenteante, de color bermellón, con posible significado protector.

[9] En estas representaciones, además, signos de la naturaleza, vegetal y animal, como frutos, flores y aves, aportan un simbolismo añadido al mensaje que proyectan las esculturas, abriéndonos al conocimiento de la agencia femenina y a nuevas funciones sociales a través de los ritos de paso.

de la tumba número 155 de la necrópolis de Baza demostraron que la relación entre ajuar y género debe ser investigada y no asumida[10]. Además, las variables biológicas, cuya atribución –en última instancia– es también cultural, están correlacionadas con el contexto arqueológico y sus artefactos. Género y edad son variables que se estudian en relación con las formas y materiales del ajuar. Pero, los criterios de exclusión no funcionan en toda el área ibérica, teniendo en cuenta que hay dinámicas que se vinculan a territorios, contextos y funciones específicas[11].

Por otra parte, los análisis antropológicos, paleopatológicos y paleodemográficos de las necrópolis se han afianzado en la investigación a partir de la década de los ochenta fundamentalmente (Miguel-Ibañez, 2005). Se hallan limitados en muchos casos por el estado de conservación de los huesos tras la combustión y su alto grado de fragmentación, que afectan en mayor medida a la identificación de mujeres. En este ámbito se valoran grupos de edad, sexo y aspectos derivados de la calidad de la cremación. Estas analíticas hoy son imprescindibles en el estudio funerario y social. La tradicional distribución entre grupos de sexo ha reconocido la superioridad numérica de los enterramientos diagnosticados como masculinos frente a las tumbas de mujeres, aunque contamos con excepciones, como la citada necrópolis de El Cigarralejo. De todo ello se deduce que la lectura arqueológica de los espacios funerarios implica hoy estudios interdisciplinares desde ópticas antropológicas, con el apoyo de modelos sociales, espaciales y matemáticos.

4- LAS MUJERES EN LOS ESPACIOS DE VIDA DE LA CULTURA IBÉRICA

La investigación sobre los asentamientos ibéricos ha evidenciado un rico catálogo de espacios vividos donde se rastrean actividades de mantenimiento, espacios de descanso, de trabajo, pero también de representación y celebración de ritos (fig. 5). Se ha constatado desde mediados del siglo III a.C., cuando el despliegue público de formas e imágenes monumentales de las necrópolis apenas existe, que la inversión económica y simbólica se transforma y en distintos centros urbanos se proyectan escenas que permiten una aproximación a la vida en la ciudad, con celebraciones, competiciones, cortejos, ritos de tránsito a la edad adulta o el matrimonio… *Edeta* aporta una interesantísima producción de vasos con escenas figuradas (Bonet e Izquierdo, 2004) con mujeres al telar, en ceremonias cívicas, o procesiones, con danza y música, donde se engalanan con sus mejores vestidos y joyas. Pero además de estos retratos de la vida ritual y festiva, se investiga el papel de la mujer ibérica en los trabajos cotidianos de la casa y el campo, en los oficios y artesanías o en otros ámbitos económicos y sociales, que han resultado tradicionalmente más invisibles. Más allá del poder que representan las damas, existe una presencia, una fuerza continua y constante de las mujeres, ligada a los cuidados, los ciclos de trabajo de la tierra, la producción e incluso la administración, actividades clave para el sostenimiento y la reproducción del grupo, que la investigación contemporánea ha puesto de relieve (Chapa, 2005; Bonet y Mata, 2016 y Rísquez, 2016).

Con respecto a los cuidados vinculados al nacimiento, la crianza y la alimentación, la cultura material muestra un rico repertorio desde las imágenes curótrofas o maternales, exvotos anatómicos, biberones o sacaleches. Hasta épocas recientes, las sociedades han debido afrontar un alto porcentaje de muerte de criaturas en su gestación, en torno al parto y primeras fases de vida[12]. Además, la convivencia con la enfermedad sería algo cotidiano. A través de los análisis

[10] Hoy se refutan atribuciones mecánicas de elementos supuestamente distintivos de género como el armamento, mayoritariamente vinculado a tumbas masculinas, aunque el extraordinario ajuar de la tumba femenina de Baza o algunas tumbas femeninas de la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho (Verdolay, Murcia) con armas cuestionaron esta asunción o, por el contrario, las plaquitas perforadas de hueso, punzones o alfileres decorados que se asocian en general, aunque no de manera exclusiva, a enterramientos de mujeres.

[11] Con gran variabilidad, hay necrópolis como el Llano de la Consolación con un 8% de tumbas con armas y otras como Cabezo Lucero, con cerca del 60%.

[12] La mujer constituye la salvaguarda del linaje familiar y protagoniza ritos, con exvotos que aluden al deseo de procrear y garantizar la continuidad del grupo y en esta línea, los exvotos ilustran la petición de fertilidad, el embarazo, su sanción sagrada, y el cuidado materno.

antropológicos conocemos sobre todo enfermedades dentales o articulares, procesos artrósicos, traumatismos o malformaciones. Las mujeres, así, podrían vincularse a prácticas curativas empleando determinadas plantas y ofreciendo exvotos para sanar (Rísquez, 2016). La unidad doméstica se ha identificado universalmente con las mujeres, donde se desarrollan múltiples trabajos de mantenimiento del hogar, transformación y preparación de alimentos, etc., desde una percepción actual de estos espacios polivalente, sin rígidas clasificaciones de género[13].

Fig. 5.- Espacios de descanso, mantenimiento y producción. Área de Protohistoria. MAN, Madrid.- Fig. 6 a, b y c- Exvoto femenino en bronce del del Instituto Valencia de Don Juan (Madrid). Mujer embarazada con fruto en su mano izquierda. Foto: IH, CSIC, Madrid.

No podemos obviar una mención a la producción textil (de lana, lino o esparto) como ilustra la iconografía. Conocemos el instrumental documentado en las tumbas, especialmente femeninas, lo que ha llevado a plantear una posible producción en manos de mujeres, como podría evidenciar el ejemplo de El Cigarralejo (Rísquez y García Luque, 2012), con un elevado porcentaje de mujeres enterradas. Incluso recientemente se ha planteado, más allá de las funciones de mantenimiento asociadas al hogar, la realización de actividades metalúrgicas o de administración de la economía doméstica, plenamente integradas en la casa ibérica, también en manos de mujeres, a partir del registro del territorio del Camp de Túria y La Bastida de les Alcusses de Mogente (Valencia).

Y más allá de estas actividades, cabe citar el creciente conocimiento de las dinámicas de los santuarios, desde fines del siglo IV a.C, con un aumento significativo de representaciones femeninas (fig. 6), entre lo individual y lo colectivo. Un fenómeno estudiado especialmente en los territorios de Jaén, unido al auge del modelo clientelar que trae consigo nuevas relaciones de poder y un modo de vida urbano, como evidencian los estudios de Collado de los Jardines (Santa Elena) y la cueva de La Lobera (Castellar), dentro del espacio político del *oppidum* de Cástulo (Linares), lugares de peregrinaje para la celebración de ritos, con más de 6000 exvotos conocidos (Rísquez, 2015; Rísquez y Rueda, 2013 y Rueda, 2015), un extraordinario conjunto para explorar identidades de género vinculadas a la edad, el género o el grupo social.

[13] La dicotomía tradicional público/privado o masculino/ femenino está en cuestión. La excavación de los asentamientos ibéricos de las comarcas centrales valencianas ha aportado numerosos datos al respecto. Así, en determinados departamentos ha resultado difícil sexuar tajantemente útiles y espacios, a partir de indicadores arqueológicos como llaves, pesas, medidas, documentos contables, monedas, planteando la convivencia con actividades de mantenimiento–molienda, tejido, cocina–, junto con trabajos metalúrgicos y prácticas de gestión económica, vinculadas a ponderales, plomos o llaves (Bonet y Mata, 2016).

Todas estas funciones ligadas al mantenimiento y cuidado del hogar, las criaturas, los mayores, enfermos o heridos, las prácticas curativas, la preparación de alimentos, el equipamiento del hogar, la posible gestión de las cuentas, los pequeños intercambios, así como el mantenimiento de las tradiciones, los ritos de paso, las celebraciones (fig. 7), sin olvidar la enseñanza y la transferencia del conocimiento, generación tras generación, son absolutamente claves en las sociedades antiguas, como la ibérica, con una vinculación mayoritariamente a las mujeres, como testimonian las fuentes y las sociedades campesinas contemporáneas (Bonet y Mata, 2016).

Fig. 7- Relieve familiar de Las Atalayuelas (Fuerte del Rey, Jaén). Museo Íbero de Jaén.

*****

Sirva este sintético texto para poner de manifiesto la creciente importancia de los estudios de género en el conocimiento de la cultura ibérica, ya en la agenda de investigación, que, con mucho futuro por delante, hoy busca respuestas en el estudio social. Desde el análisis de las imágenes y el registro arqueológico, en sus contextos de uso y territorios, y con atención a nuevos matices y preguntas, la visibilización y dimensión de las mujeres en *Iberia* se ha abierto camino en las últimas décadas, desde el rigor, con bases objetivas y una metodología de trabajo, como paso previo para la normalización de estos estudios que redundan en una aproximación más fiel a la sociedad ibérica, protagonizada, en efecto, por iberos e iberas.

LOS IBEROS ANTE SUS DIVINIDADES: SIGNOS DIVINOS Y RITUALES

Lourdes Prados Torreira[1].

A través de la arqueología comprobamos que los iberos expresaban sus creencias en sus divinidades, que en su mayoría no necesitaban representar iconográficamente porque podían manifestarse en lugares sagrados de la naturaleza; o en los santuarios vinculados a los poblados. Del mismo modo, podemos identificar la existencia de rituales comunitarios a través de la existencia de silos, almacenes o pozos– donde la naturaleza de algunos de sus objetos nos hablan de su carácter sacro–, o mediante la presencia de restos de fuegos prolongados, etc. Asimismo, localizamos su huella en los espacios domésticos, seguramente mediante el culto a los antepasados y a las divinidades propiciatorias familiares. De esta forma, observaremos, por un lado, aspectos claros vinculados con las peticiones individuales de salud y bienestar a través del desarrollo del aspecto salutífero de los mismos, fenómeno común a otros santuarios mediterráneos. Del mismo modo, aparece otro rasgo característico de estos lugares sagrados, como es la representación de la comunidad, destacando, por tanto, la importancia de la colectividad en los mismos.

Todo ello se desarrolla ante unas divinidades cuya imagen, como decimos, no es necesaria para implorar su protección aunque podemos vislumbrarlas a partir de ciertos símbolos– como betilos u otros signos divinos–, que supone, en algunos casos, incluso su aparición estacional en los propios santuarios regulando la vida comunitaria de estas poblaciones y el uso de las relaciones familiares y comunitarias para configurar las conexiones entre el mundo humano y divino.

SIGNOS DIVINOS, PAISAJES SAGRADOS, SACRIFICIOS

Como en otras religiones mediterráneas, los iberos realizarían sus cultos en determinados paisajes simbólicos, lugares sagrados de la naturaleza– cuevas, abrigos y grutas, manantiales, lagunas, humedales, montañas, bosques–, pero también en santuarios vinculados a los hábitats, junto a las entradas de los mismos, en caminos, etc.; e incluso en los espacios domésticos. ¿Cuáles serían los signos divinos? Por un lado, la propia divinidad podía manifestarse de diversas maneras en los santuarios y, por otro, la orientación astronómica de determinados lugares de culto parece decisiva para establecer el calendario agrícola a partir de la observación de los astros, lo que incidiría en la aparición de determinados signos divinos. Las fechas señaladas, especialmente durante los solsticios y, sobre todo los equinoccios, vendrían reguladas por las principales manifestaciones religiosas de la comunidad. De esta forma, y a través de estos ritos, podrían dividir el año coincidiendo con los ciclos agrícolas y estacionales y regular, por tanto, el calendario agrícola. Posiblemente la importancia de estos ritos era tal que, como insistimos, en muchos casos determinó la orientación astronómica de estos espacios religiosos, como han puesto en evidencia los últimos estudios realizados por astrofísicos y arqueólogos en distintos santuarios ibéricos. Algunos recintos sagrados contarían incluso con "la presencia estacional" de la divinidad femenina, reflejándose "su imagen" en lo más profundo del abrigo, durante el orto solar, como es el

[1] UAM, lourdes.prados@uam.es

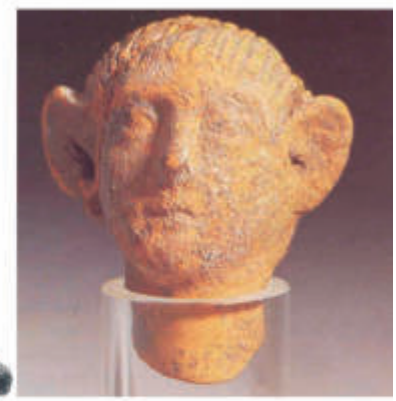
caso de la imagen de la cueva de La Lobera, cuya efigie femenina se trasladará a algunos de los exvotos que depositan los fieles en este santuario.

De igual manera, cabe pensar que la ofrenda de exvotos en forma de veneras, como en el santuario de La Lobera, en Castellar (Jaén), hiciera alusión a una divinidad femenina. No hay que olvidar que el santuario tartésico de El Carambolo, dedicado a la diosa Astarté, posee asimismo pavimentos de estas conchas. Seguramente el sacrifico y la observación de los animales estuvo presente en estos santuarios. Así, tenemos distintos ejemplos en los exvotos ibéricos en bronce procedentes de los santuarios de Collado de los Jardines (Santa Elena) y la cueva de La Lobera (Castellar), ambos en la provincia de Jaén, que podrían indicarnos la ofrenda y sacrificio de estos animales, aunque en el caso de las representaciones de figuritas de animales domésticos también es posible que se depositaran como exvotos, bien como sustitución del sacrificio de un animal, para que resultara menos gravoso, bien para pedir su protección y abundancia. Relacionado con los rituales de sacrificio, tenemos que destacar un bronce muy conocido, aunque apareció descontextualizado, el llamado sacrificador de Bujalamé (Jaén) (fig. 1) Representa una figura masculina con la vestimenta aristocrática característica en el acto de sacrificar con un cuchillo curvo a un pequeño carnero, cuya sangre cae al agua de un río, donde el sacrificante introduce media pantorrilla, al tiempo que pisa la cabeza de un animal, posiblemente un lobo. Esto nos lleva a hablar de los diversos cuchillos curvos que han aparecido en diferentes santuarios, aunque tradicionalmente se tendió a interpretarlos como armas no cabe duda que tenemos que pensar, no solo en su posible utilización para el sacrifico de los animales, sino también en el posterior despiece de los mismos para su cocción y consumo comunitario. De hecho, aunque en las excavaciones de los primeros santuarios ibéricos apenas se dio importancia a los huesos de animales hallados, su investigación actual– por ejemplo, en el Santuario de La Luz (Murcia)–, arroja datos muy significativos, relacionados con los despieces de los animales, las marcas de carnicería, etc.

1

2

3



4

Fig. 1- El "Sacrificador de Bujalancé" (Jaén) (MAN). - Fig. 2. Figura femenina ofreciendo un ave. Collado de los Jardines (Catálogo *Los Iberos príncipes de Occidente.* Fundación La Caixa, 1998).- Fig. 3 - Exvoto en forma de pie coronado por ave. (Fotog. Museo Arqueológico de Cataluña. Barcelona).- Fig. 4- Exvoto masculino de orante de terracota. Santuario de La Serreta (Alcoy, Alicante) (Museu Arqueològic Municipal Camil Visedo Moltó).

De igual modo, debemos destacar la presencia de las aves, siempre vinculadas a personajes femeninos, como las que ofrece el quema-perfumes de la Quéjola (Albacete), o varios exvotos femeninos en bronce procedentes de los santuarios ya mencionados de Cástulo, en Jaén, (fig. 2) o el pendiente del tesoro de Santiago de la Espada, donde se muestra una figurita femenina que porta un ave en su mano izquierda, mientras en la derecha lleva una pequeña patera, o incluso en un exvoto en forma de pie coronado por un ave, procedente de La Cueva de La Lobera (Castellar, Jaén) (fig. 3). De este modo, tendríamos que diferenciar entre la identificación del ave con la divinidad femenina –sería el caso del exvoto del pie coronado por el ave–, su ofrenda y también el posible estudio de su vuelo con fines augurales.

Los propios paisajes sagrados favorecerían escuchar sonidos especiales, como la presencia estacional de cascadas de agua en determinadas épocas del año, como sucede en la cueva de La Nariz de Salchite (Moratalla, Murcia) pero del mismo modo, favorecerían escuchar lo que la divinidad quisiera transmitir, como parecen indicarnos algunos exvotos en terracota con las orejas de gran tamaño, procedentes del santuario de La Serreta (Alcoy, Alicante) (fig. 4).

LA PARTICIPACIÓN EN LOS RITUALES Y LAS OFRENDAS A LAS DIVINIDADES

¿Quiénes interpretarían los signos divinos? ¿Habría personas encargadas específicamente de dirigir las ceremonias, de sacrificar los animales, etc.? ¿Quiénes podrían acudir a estos santuarios? ¿Habría ceremonias reservadas para un grupo determinado de la población? La información más precisa que tenemos para intentar aproximarnos a estas cuestiones se basa en el registro arqueológico de los santuarios y, en particular, en los exvotos en piedra, bronce o terracota –y en algún caso en hierro–, depositados en los grandes santuarios, junto a otro tipo de ofrendas como vasos cerámicos, armas, vestidos y adornos, objetos relacionados con la producción textil, etc. Los exvotos fueron realizados en su mayoría en serie para su venta, si bien hay casos de algunos sumamente toscos que pudieron haber sido elaborados por el propio oferente, o los que presentan alguna característica específica que indican que pudo tratarse de un encargo particular, como un exvoto anatómico que representa una dentadura a la que le falta una muela. No obstante, en muchos casos es posible que fueran fabricados con materiales perecederos que no se han conservado, como madera, cera, o incluso con masa de elaborar el pan, etc. Las pautas para la realización y ofrenda de los mismos las establecería la población de la que dependían estos santuarios, en función de los intereses de sus grupos dirigentes, pero al mismo tiempo los exvotos podrían concebirse como ofrenda individual siguiendo unas directrices claramente marcadas y posiblemente repetidas generación tras generación. De esta forma, la ofrenda en el momento de su deposición representa asimismo los anhelos y las súplicas de los individuos frente a la divinidad: orantes y oferentes con donaciones de panes y frutos (fig. 5) ; con aves (ver fig. 2) ; o vasos rituales (fig. 6) ; varones que muestran y ofrecen sus armas a la divinidad; (fig. 7); niños recién nacidos (fig. 8; animales domésticos y salvajes; exvotos anatómicos que exhiben la parte del cuerpo enfermo; úteros como solicitud de una buena maternidad, etc .

Si consideramos que existían signos divinos debemos plantear, asimismo, la necesidad de que hubiera personas encargadas de interpretar esas manifestaciones de la divinidad durante los actos religiosos. Se trataría de individuos con especiales poderes reconocidos por toda la comunidad. Del mismo modo, en los santuarios más consolidados, seguramente podríamos hablar de encargados de regular y dirigir los rituales, aunque solo se dedicaran a estas labores en determinados períodos del año, sin necesidad de pensar en un sacerdocio permanente. No obstante, tampoco podemos olvidar la existencia de pequeñas cuevas- santuario, donde posiblemente también se desarrollaría algún tipo de ritual relacionado con la adivinación, y es posible que con el sacrificio de animales, como, por ejemplo, en La Cueva de La Nariz, en Salchite (Murcia). Se trataría, en definitiva, de personas cuyas especiales atribuciones religiosas serían reconocidas por su comunidad.

5 6 7

Fig. 5- Detalle de figurita femenina en bronce peinada con trenzas, que ofrece panecillos o dulces a la divinidad. Collado de los Jardines (Jaén). Fotog. Archivo Nicolini.- Fig. 6- Dama con ofrenda de vaso. Cerro de los Santos (Albacete) Fotog. MAN.- Fig. 7- Exvotos masculinos de varones desnudos ofreciendo sus armas a la divinidad. Collado de los Jardines *(Catálogo Los Iberos príncipes de Occidente.* Fundación La Caixa, 1998).

En los grandes santuarios con mayor afluencia de peregrinos los diferentes niveles de participación en los rituales se reflejarían, entre otros, en la dirección de los rituales; la intervención o no en determinadas ceremonias; la diversidad de ofrendas; en mantener y limpiar las áreas de culto; retirar exvotos y otras ofrendas anteriores para dar cabida a los nuevos; engalanar los recintos; sacrificar animales; cocinar, etc. Estos ritos servirían, en definitiva, para consolidar y fortalecer la idea de la comunidad, serían su forma de expresión. Los rituales de tipo comunitario vienen marcados por las celebraciones periódicas y por el espacio en el que se desarrollan estas actividades religiosas. Las prácticas comunitarias tendrían la misión de consolidar los lazos de dependencia, de apoyo y protección de los habitantes de un territorio, poblado, aldea, etc; pero de igual forma la necesidad de justificar la existencia de los grupos que ejercen el poder y su legitimación ante la comunidad, mediante la reiteración de los rituales comunitarios que contribuyen a la consolidación de las relaciones sociales y a la estabilización y confianza de sus miembros. Esas prácticas rituales continuadas son las que permiten afianzar la identidad del grupo a través de peticiones colectivas o individuales, ritos de iniciación, comidas comunitarias, ferias, procesiones, ceremonias con música, etc. No obstante, debemos tener presente la diversidad de los participantes: diferentes grupos sociales; de edad, de género; habitantes de la propia comunidad; gentes venidas de otros lugares…Lógicamente todas estas diferencias se reflejarían, además, en un nivel o grado diferente de participación ya que los rituales pueden ser de carácter individual, familiar, comunitario, o incluso supracomunitario o regional, donde participan grupos pertenecientes a diversos asentamientos, con un fuerte carácter territorial. Todo ello supondría, por lo tanto, una amplia diversidad en las ceremonias realizadas en los santuarios.

LOS RITUALES VINCULADOS A LAS DISTINTAS FASES DEL CICLO DE LA VIDA.

Vamos a comenzar destacando las prácticas religiosas más comunes. Nos referimos a aquellas que tienen que ver con el reforzamiento del grupo comunitario y familiar a través de su repetición durante diversas generaciones, mediante rituales vinculados a las distintas fases del ciclo de la vida –como nacimiento, paso a la pubertad, matrimonio,

muerte–, y aquellos relacionadas con la solicitud de prosperidad y protección frente a las adversidades. Las diferentes etapas cruciales del ciclo vital, indicadas mediante ciertos rasgos significativos de la edad, como puede ser el cabello peinado con trenzas en las mujeres jóvenes (ver fig. 5), o cubierto por un velo en las mujeres adultas; con joyas y ricos vestidos, seguramente correspondientes a las dotes de las novias ; o los varones desnudos y en muchas ocasiones itifálicos –en ritos de abandono de la pubertad–, y mostrando sus armas a la divinidad (ver fig. 7); o figuritas de ambos sexos ofreciendo panes y frutos a la divinidad, etc. De igual manera, es importante destacar la gestualidad vinculada a un lenguaje corporal aprendido y socialmente repetido durante generaciones y común a otros santuarios mediterráneos. Asimismo, los ritos de comensalidad serían fundamentales para la cohesión del grupo. De este modo, después de sacrificar a los animales y ofrecérselos a la divinidad, éstos pueden ser también transformados en alimentos para su consumo en los propios santuarios. Por ello es importante conocer qué tipo de comidas se elaboraban en estas festividades, quiénes tenían derecho a las partes principales de los animales –o si éstas se ofrecían solo a las divinidades–, cómo se realizaba el reparto en función del estatus, género, edad, etc. Por otra parte, ya en el monumento funerario y heroico de Pozo Moro, encontramos una escena de sacrificio y cocimiento ritual, algo que no resultaría ajeno, por tanto, a la sociedad ibera. Quizá de ahí la importancia del gran número de ollas de cocina presentes en los santuarios ibéricos que contendrían los animales sacrificados y los guisos realizados u ofrecidos en esas festividades de carácter comunitario. Sería interesante estudiar su tamaño, posibles contenidos, etc. Debemos, por tanto, destacar la importancia de la elaboración de los alimentos como representación de identidades familiares y de la comunidad, puesto de manifiesto en las festividades religiosas a través de las ofrendas de alimentos y seguramente coincidiendo con estas festividades se elaborarían panes o dulces característicos de estas fiestas y ferias, como muestran las ofrendas de algunos exvotos (ver Fig. 5), o a través de bebidas como el consumo de vino y cerveza.

Pero ¿quiénes acudían a estos santuarios? Los exvotos parecen ofrecerse para su compra en serie, si bien hay casos de algunos sumamente toscos que pudieron haber sido realizados por el propio oferente. De este modo, las ofrendas pueden ser individuales o colectivas, pero siguiendo unas directrices claramente marcadas y posiblemente repetidas generación tras generación, en fechas señaladas que suelen coincidir con el calendario agrícola y astral. Así, los rituales comunitarios tuvieron además su reflejo en los individuos que componen la comunidad, de tal manera que las peticiones individuales para solicitar la intercesión directa de la divinidad ante las enfermedades– propias o de los animales–, los viajes, la muerte, etc. contribuyen, del mismo modo, a reforzar el sentido de comunidad. Por otra parte, la importancia de una divinidad femenina –cuyo nombre o nombres desconocemos–, pero con advocaciones similares a las que encontramos en un ámbito cultural y cronológico amplio en la P. Ibérica, que hunde sus raíces en la cuenca del Mediterráneo, nos puede ayudar a comprender –junto a la presencia de diversas figuritas de orantes y oferentes femeninas– la existencia de muchos de estos exvotos anatómicos, relacionados directamente con la reproducción femenina; como son los úteros (fig. 9) o con la maternidad y buena lactancia, como los exvotos que figuran pechos, o bebés "enfajados", o las terracotas que representan mujeres con recién nacidos. No podemos dejar de mencionar la conocida divinidad nutricia realizada en una placa de terracota que protegía una habitación singular muy rica, en el poblado de La Serreta, en Alcoy (Alicante) (fig. 10).

En ocasiones, conocemos el nombre de la divinidad a la que se dirigían los ruegos, como la dedicatoria tardía, ya en latín, a la *Dea Caelestis* en el santuario ibero-romano de Torreparedones (Baena, Córdoba), donde las mujeres ofrecían sus exvotos en piedra de mujeres encinta para solicitar un buen embarazo y parto (fig. 11) . De igual modo, de un momento tardío, procede la inscripción de un ara en el santuario giennense de Las Atalayuelas, dedicada por una mujer a *Betatum*, divinidad oracular y salutífera. En los ritos salutíferos, debemos contemplar la necesidad de incorporar la perspectiva del individuo, ante la divinidad, posiblemente mediante rituales específicos, en los que seguramente intervendría el agua, Así, en el Cerro de Los Santos, por ejemplo, vemos la presencia de vasos de ofrenda, para realizar libaciones y recoger agua sagrada (ver fig. 6). Los llamados vasos caliciformes son frecuentes en distintos santuarios,

aunque la información que nos llega proviene principalmente de la presencia de los llamados exvotos anatómicos, que representan el miembro enfermo, como piernas, brazos, dentaduras (fig. 12). Del mismo modo, existe un deseo por mostrar a los grupos familiares. Tenemos ejemplos de parejas ofreciendo conjuntamente un vaso caliciforme en el Cerro de los Santos (Albacete). Un ejemplo, quizá similar, podría verse en un fragmento de terracota procedente del santuario de Castellar (Jaén) donde dos figuras ofrecen de forma conjunta un vaso caliciforme. En los santuarios andaluces nos encontramos, además, con otro tipo de imágenes de representaciones colectivas, como la conocida placa procedente del santuario de Las Atalayuelas (Jaén), que podría tratarse de un exvoto que representase a una unidad familiar ante la divinidad, aunque tampoco podemos rechazar la posible representación de la propia comunidad (fig. 13).

8

9

10

11 12

Fig. 8- Bebé "enfajado". Exvoto de bronce. Collado de los Jardines (Fotog. MAN).- Fig. 9- Exvoto de bronce en forma de útero. Collado de los Jardines (Fotog. MAN).- Fig 10- Divinidad nutricia. Placa de terracota. Serreta de Alcoy (Alicante). (Museu Arqueològic Municipal Camil Visedo Moltó).- Fig 11- Exvoto en piedra que representa a una mujer embarazada procedente del santuario ibero-romano de Torreparedones (Baena, Córdoba). (Fotog. Museo Arqueológico de Córdoba).- Fig. 12- Dentadura. Exvoto anatómico en bronce. Collado de los Jardines (Fotog. MAN).

Otro aspecto que queremos destacar, muy frecuentes en alguno de los santuarios, como en la Cueva de La Lobera, en Castellar, es la presencia de objetos vinculados con el ámbito textil, como las pesas de telar; fusayolas; agujas; alfileres, etc., que sabemos por las fuentes y por la iconografía, que en la cultura ibérica estaban relacionados, principalmente, con las actividades de las mujeres, lo cual no impide que en algunos enterramientos de varones se encuentren también fusayolas, por ejemplo, de igual modo que en algunos enterramientos de mujeres se depositaron armas.

En definitiva, a través de los exvotos podemos rastrear la presencia de ritos vinculados a la procreación, a la salud y el cuidado de la comunidad. Aunque no todos sus miembros pudieran participar en la misma medida en la celebración y desarrollo de estos actos, sí podrían aproximarse con sus súplicas y ofrendas particulares a sus divinidades, incluso aunque éstas no necesitasen su representación iconográfica para estar presentes en los diferentes espacios religiosos de los iberos.

Fig 13. Placa de piedra con representación de un grupo familiar o comunitario. Las Atalayuelas (Jaén). (Fot. IUIAI.Universidad de Jaén)

CATÁLOGO

91, Dama de Caudete
Casita el tío Alberto, Caudete (Albacete)
Siglos IV-I a.C.
Piedra caliza
Alto 68 cm., ancho 32 cm., grueso 20,2 cm.
Museo Arqueológico de Villena
José María Soler nº 099-0001
(Fotografía MJMS).

92, Cabeza femenina
Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)
Siglos IV-I a.C.
Piedra caliza
Alto 29 cm, ancho 20 cm, fondo 10 cm.
Museo de Albacete (depósito del Museo Arqueológico Nacional nº 7527)
(Fotografía MAN)

93, Busto de mujer
Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)
Siglos IV-I a.C.
Piedra caliza
Alto 30 cm; ancho 26 cm. grueso 12 cm.
Museo Arqueológico Nacional nº 7542.
(Fotografía MAN)

94, Mujer estante
Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)
Siglos IV-I a.C.
Piedra caliza
Alto 47 cm, ancho 15,5 cm, fondo 14,5 cm.
Museo de Albacete nº 17595
(Fotografía FCG)

95, Cálato de 'La Tonta del Bote' o 'La Pepona'
La Alcudia (Elche, Alicante)
Siglo I a.C.
Cerámica a torno, pintada
Alto 56 cm., Ø borde 47 cm.Ø base 42 cm.
Museo de La Alcudia, Elche nº LA-1779
(Fotografía FLA)

96, Diosa alada
La Alcudia (Elche, Alicante)
Siglo I a.C.
Cerámica a torno, pintada
Alto 17 cm., Ø borde 19,6 cm., Ø base 13 cm.
Museo de La Alcudia nº LA-904
(Fotografía FLA)

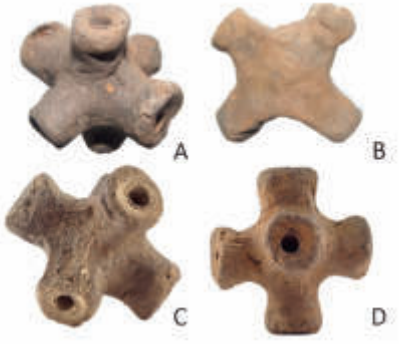
97, Cabeza femenina ¿Démeter?
El Amarejo (Bonete, Albacete)
Siglo III a.C.
Cerámica modelada
Altura: 15,2 cm; Ø máximo 9,3 cm; Ø base 8 cm.
Museo de Albacete nº 5808
(Fotografía MVD)

98, Rostro de diosa entre ave y carnívoro
Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)
Siglos II-I a.C.
Cerámica a torno, pintada
Altura 12,5 cm. Ancho 13,5 cm. Grosor 0,5 cm
Museo de Albacete nº 19509
(Fotografía FVG)

99, Tejedora
El Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete)
Siglos II-I a.C.
Cerámica a torno, pintada
Alto 3,2 cm., ancho 5,6 cm.
Museo de Albacete nº 19436
(Fotografía GOV)

100, Fusayolas
El Amarejo (Bonete, Albacete)
Siglos V-III a.C.
Cerámica
Ø 2,6; 3,5; 2,9; 2,4; 3,2; 2,8; 2,5 cm.
Museo de Albacete nº 5744, 6778, 8484, 8485, 8490, 8491, 8493
(Fotografía FCG)

101 Fusayolas
Hoya de Santa Ana sepultura 7 (Chinchilla, Albacete)
Siglo V a.C.
Cerámicas a torno (urna) y modeladas
Ø 2; 2,7; 3; 2,9; 2,6; 3,1; 2,7; 2,6 cm.
Museo de Albacete nº, 2182, 2165, 2166, 2167, 2168, 2169, 2170, 2171.
(Fotografía FCG)



102, Bisagras para madejadoras.
Los Villares sepultura 307 (Hoya Gonzalo, Albacete)
Siglos V-IV a.C.
Cerámica modelada
A: 4,2 x 4,2 x 4,3, B: 4,7 x 4,9 x 1,5, C: 4 x 4,4 x 4,2, D: 4,3 x 3,9 x 4,5 cm.
Museo de Albacete nº A: 18891, B: 18892, C: 18895, D: 18897
(Fotografía EAAB)

103-107, Pesas de telar
Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)
Siglos IV-I a.C.
Cerámica modelada
1034,35X3,15X2,77 cm., 104 4,6 x 2,2 x 2,2cm., 105 5,15 x 3,28 x 3 cm., 106 5,4 x 2,4 x 2,5 cm., 107 6,58 x 2 x 1,62 cm.
Museo de Albacete nº 4431 (103), 4434 (104), 4435 (105), 4436 (106), 4437 (107)
(Fotografía FCG).

108-110. Exvotos
Alarcos (Ciudad Real)
Siglos IV-I a.C.
Bronce
Dimensiones: 108: Longitud 6,3 cm., anchura máxima 1,6 cm., 109; Longitud 8 cm., anchura máxima 2 cm., 110: Longitud 8,5 cm., anchura máxima 3,6 cm.
Museo de Ciudad Real nºDO000056 (108), DO000034 (109), DO000012 (110).
(Fotografía FCG)

111-113, Exvotos
Procedencia ignorada (fondos antiguos del Museo Arqueológico Nacional)
Siglos IV-I a.C.
Bronce
111: Alto 7,6 cm; Grosor 0,8 cm. 112: Alto 8,7 cm; Grosor 1,5 cm. 113: Alto 5,8 cm; Grosor 0,5 cm. Museo Arqueológico Nacional nº 3516 (111), 18538 (112), 22740 (113).
(Fotografía GOV)

114, Exvoto
Ibros o Despeñaperros (Jaén)
Siglos V-I a.C.
Bronce
Alto 7,8 cm., ancho 2,9 cm., fondo 1,5 cm.
Museo de Albacete nº 794.
(Fotografía FCG).

115, Colgante con cabeza masculina
Tossal de Sant Miquel (Lliria, Valencia)
Siglos III-II a.C.
Terracota
Alto 4,5 cm., ancho 4,8 cm.
Museo de Prehistoria de Valencia nº 2745
(Fotografía SIP)

116, Cabeza masculina
Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)
Siglos IV-I a.C.
Piedra caliza
Alto 4,5 cm, anchura 3,5 fondo 5,5 cm.
Museo de Albacete (depósito del Museo Arqueológico Nacional nº 7713)
(Fotografía MAB)

117, Cabeza masculina
Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)
Siglos IV-I a.C.
Piedra caliza
Alto 14 cm; ancho 8 cm; fondo 10 cm.
Museo Arqueológico Nacional nº 7575
(Fotografía AGU, MAN)

118, Cabeza masculina
Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)
Siglos IV-I a.C.
Piedra caliza
Alto 17,5 cm; ancho 12 cm; fondo 13,5 cm.
Museo Arqueológico Nacional nº 7588
(Fotografía AGU,MAN)

119, Torso de hombre
Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)
Siglos IV-I a.C.
Piedra caliza
Alto 60 cm; ancho 45,5 cm; fondo 19,8 cm.
Museo Arqueológico Nacional nº 7645
(Fotografía FAMMAN)

120, Luchadores
El Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén)
Siglo V a.C.
Piedra caliza
Alto 92 cm; ancho 68 cm;
grosor máximo 30 cm; grosor mínimo 21 cm.
Museo de Jaén nº CE/DA01683/E34
(Fotografía MJ)

121, Umbo de escudo
Los Villares sepultura 23 (Hoya Gonzalo, Albacete)
Siglo V a.C.
Bronce repujado
Ø 23 cm.
Museo de Albacete nº 14645
(Fotografía CCM)

122,Casco
Necrópolis de Los Canónigos, tumba 1 (Arcas del Villar, Cuenca)
Finales del siglo III a.C.
Bronce
Altura 30 cm, anchura 30 cm, longitud 18 cm.
Museo de Cuenca nº AA/07/246
(Fotografía MCU)

123,Cabeza de hombre
Necrópolis de Los Canónigos, reutilizada en tumba 1
(Arcas del Villar, Cuenca)
Siglo V a.C.
Piedra cabeza pintada
Alto 40 cm., longitud 20 cm., grosor 18 cm.
Museo de Cuenca nº AA/07/247 A-B
(Fotografía MAVT).

124, Hombre con túnica y manto
Cerro de los Santos
(Montealegre del Castillo, Albacete)
Siglos IV-I a.C.
Piedra caliza
Alto 94 cm., ancho 28 cm., grueso 30 cm.
Museo Arqueológico de Yecla "Cayetano Mergelina"
nº CS/S/025
(Fotografía MACM)

125-126 Broche de cinturón
Procedencia ignorada (recuperado por la guardia Civil en la Operación Pozo Moro)
Siglo V a.C.
Bronce repujado y conos de oro repujado
125: alto 1, Ø 1,4; alto 1, Ø 1,2; alto 1, Ø 1,2 cm.126 Largo 6,5 cm., ancho 5,1 cm.
Museo de Albacete nº 17648 (126), 17643 (125)
(Fotografía MAB)

127, Broche de cinturón
Los Villares sepultura 23 (Hoya Gonzalo, Albacete)
Siglo V a.C.
Bronce repujado
Largo 12,2 cm., ancho 8,4 cm.
Museo de Albacete nº 6397
(Fotografía MAB)

128, Placa cinturón
Hoya de Santa Ana (Chinchilla, Albacete)
Siglo V a.C.
Bronce con nielado de plata
Largo 10 cm., ancho 7,3 cm.
Museo de Albacete nº 3432
(Fotografía MAB)

129,Placa cinturón
Casa de Villar Alto (Mahora, Albacete)
Siglo V a.C.
Bronce con nielado de plata
Largo 9,1 cm., ancho 9,3 cm.
Museo de Albacete nº 8068
(Fotografía MAB)

130, Punta de lanza
Pozo de la Nieve de Torre Uchea (Hellín, Albacete)
Siglos V-IV a.C.
Hierro
Largo 19 cm., ancho máx. hoja 3,8 cm., Ø enmangue 1,9 cm.
Museo de Albacete nº 14912
(Fotografía FCG)

131, Cuchillo afalcatado
El Toril túmulo 3 (El Salobral, Albacete)
Siglos V-IV a.C.
Hierro
Largo 19 cm., ancho máximo de la hoja 2,2 cm,m grosor máximo 0,6 cm.
Museo de Albacete nº 19511
(Fotografía FCG)

132, Punta de lanza
El Toril (El Salobral, Albacete)
Siglos V-IV a.C.
Hierro
Longitud 42 cm., longitud hoja 29 cm., Øtubo de enmangue 2 cm.
Museo de Albacete nº 19512
(Fotografía FCG)

133, Enmangue
El Toril túmulo 3 (El Salobral, Albacete)
Siglos V-IV a.C.
Hierro con nielado de plata
Longitud 6 cm., Ø1,7 cm.
Museo de Albacete nº 19513
(Fotografía FCG).

134, Falcata y manija escudo
El Toril (El Salobral, Albacete)
Siglos V-IV a.C.
Hierro, remaches de bronce
Long 61,2 cm., ancho máximo de hoja cm.
Museo de Albacete nº 16421
(Fotografía MVD)

135, Soliferrum
El Toril (El Salobral, Albacete)
Siglos V-IV a.C.
Hierro
Lon. Total 45 cm., hoja 7 x 2 cm.
Museo de Albacete nº 19510
(Fotografía FCG)

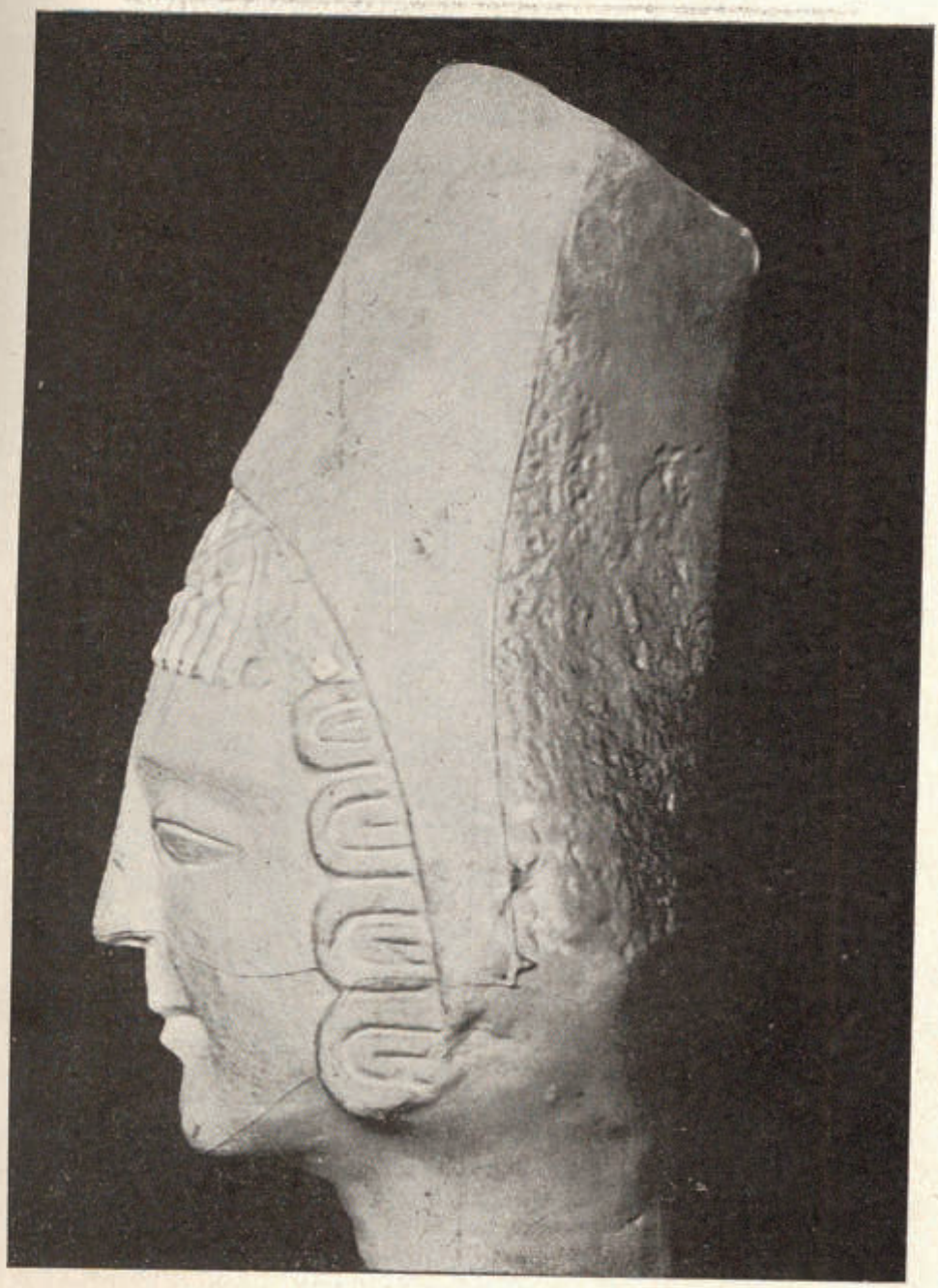
136, Mano sosteniendo una empuñadura
La Losa (Casas de Juan Núñez, Albacete)
Siglo V a.C.
Piedra caliza
Alto 15 cm., ancho 16 cm., grueso 9 cm.
Museo de Albacete nº 5199
(Fotografía FCG)

137, Dos guerreros íberos
El Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete)
Siglos II-I a.C.
Cerámica a torno, pintada
Alto 15 cm., ancho 13 cm., grosor 0,7 cm.
Museo de la Semana Santa de Hellín (depósito del de Albacete)
(Fotografía JLP)

138, "Vaso de las cabezotas"
Tossal de Sant Miquel (Lliria, Valencia)
Siglos III-II a.C.
Cerámica pintada
Alto 33 cm; Ø máx. 29 cm; Ø base 9 cm.
Museo de Prehistoria de Valencia nº 2508
(Fotografía SIP)

139, Cratera de la "monomachia"
Cerro del Castillo (Lezuza, Albacete)
Siglo II-I a.C.
Cerámica a torno, pintada
Alto 37,5 cm; Ø máx. 35 cm; Ø borde 33,4 cm; Ø base 12,5 cm.
Centro Agripina de Lezuza (depósito del
Museo de Albacete nº 18107)
(Fotografía CCM)

IMÁGENES FASCINANTES



Tête de femme mitrée
Cerro de los Santos
Moulage au *Musée de Madrid*

E. Leroux, *Edit.*

H. Demoulin, *Sc.*

LAS IMÁGENES DE LOS VASOS GRIEGOS EN TERRITORIO IBERO.

Ángeles Castellano y Margarita Moreno Conde[1]

"Entiéndase -en el mundo ibérico- lo griego de una manera multiforme"
Ricardo Olmos (1989)
A Paloma Cabrera

La presencia griega en la península fue antes mito que Historia. Las lejanas tierras de Occidente vieron llegar al poderoso Heracles que trazaba con sus hazañas el mapa de la cultura griega. Cuando los mortales se lanzan tras las huellas de los héroes, la llegada de navegantes griegos a Tartessos se convierte en ideal utópico, el de una tierra de una riqueza proverbial situada en los límites de la oikoumene donde todo es posible. Estesícoro de Himera o Anacreonte de Teos, en el siglo VI a.C. son los primeros poetas en hablar de estas lejanas tierras.

La arqueología materializa esta presencia griega, al menos, desde el siglo IX a.C., con la cerámica como testigo clave. Si desde el siglo VIII a.C. las producciones áticas albergan figuras animales y humanas, y con ellas el inicio de la narración, con el paso del tiempo, los diferentes vasos áticos de figuras negras y de figuras rojas hasta el IV a.C., van a convertirse en un espacio privilegiado para el relato, para la transmisión de mitos, rituales, valores aristocráticos y democráticos en la búsqueda de la excelencia del individuo. A través de diferentes intermediarios, estos contenedores cerámicos de historias llegan al otro extremo del Mediterráneo.

El esplendor del comercio griego en Iberia coincide con el momento pleno de la cultura ibérica. Tienen ahora lugar importaciones de numerosos productos y materias primas y de vasos áticos. Muchas de ellas llegan a través de Emporion (Ampurias) centro comercial urbano de mediados del siglo VI a.C., que desempeñará un importante papel como intermediario y redistribuidor de los productos que entran y salen de la península, destinados al Mediterráneo central y oriental, sobre todo, metales y cereales.

Las redes de intercambio van tejiendo todo un espacio de comunicación, de cultura. Los preciados e inigualables vasos griegos llegan hasta las actuales Extremadura y la Alta Andalucía, la Meseta, el sureste y el Levante, el Valle del Ebro, Cataluña, Castilla y León y las tierras portuguesas. El vaso griego concluye en estos territorios iberos un periplo de viajes y traslados para iniciar otro, aquel en el que en ocasiones será resemantizado bajo una mirada otra, para adoptar funciones o asumir significados muy distintos de aquellos para los que fueron concebidos.

Los vasos con imágenes son bienes de prestigio solo accesibles a las élites iberas quienes los utilizan de maneras distintas, puesto que no podemos hablar de una sociedad ibérica única. El vaso griego se presta ahora para la vida y la muerte en unas sociedades que se lo apropian y le interrogan desde su propio lenguaje. La riqueza de la gramática iconográfica griega permite este juego dialéctico a miles de kilómetros de su alfar de origen. Despliegan nuevas narrativas, crean nuevos discursos.

Las últimas excavaciones y la revisión sistemática de materiales áticos de intervenciones antiguas constatan unas dinámicas que nos asombra y que inciden en esa riqueza intrínseca y en la versatilidad del vaso griego. Así sabemos

[1] Departamento de Antigüedades Clásicas, Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

que será adquirido ex profeso para un uso concreto, el conjunto de la Tumba 43 de Baza, pero también tesaurizado o reparado mediante lañas de plomo, en ocasiones incluso recortado para preservar la imagen; que conocerá una perdurabilidad sorprendente antes de ser amortizado, como las crateras de la cámara de Piquía en Arjona, del siglo IV a.C. y depositadas en el I a.C. del vino y agua a las cenizas humanas. También le sucede a las pélices, contenedores de líquidos y perfumes de la necrópolis del Puig de Serra en Ullastret. El vaso llegará a ser imitado, o miniaturizado, se acumulará creando discursos en la vida y en la muerte como en la Tumba 176 de Baza. Es, un testigo privilegiado de las ricas articulaciones del pensamiento de las sociedades iberas.

Hoy conocemos que talleres áticos como el llamado Grupo de Telos, destinan parte de su producción al mercado ibero y la adaptan a sus costumbres. Vemos como se reduce el tamaño de las crateras para convertirse en urnas cinerarias y que, otras formas como las pateras adquieren mayor tamaño del habitual para convertirse en tapaderas de estas urnas. En la imagen predominan las escenas dionisiacas, de simposio y de combate contra el monstruo, a través de la Grifomaquia, el enfrentamiento heroico con figuras liminales, como las Amazonas, a aquellas ligadas a la apoteosis de Heracles. Dioniso y Ariadna, promesa de vida en un Allende beatífico tal vez fueran espejo de la pareja originaria del linaje, noción cardinal en el pensamiento de las sociedades ibéricas al menos de la Alta Andalucía en este momento, al igual que aquellas que muestran la exaltación heroica a través del combate con "lo Otro", que es preciso domeñar y vencer para garantizar el orden de la sociedad.

La naturaleza heroica del noble ibero se refleja en la escena de apóbates de la cratera de Los Nietos de Cartagena, también en la llegada de Heracles al banquete de sus nupcias sobre un Centauro, de la cámara de Piquía. Otras imágenes son más transparentes como las Nike, o los anodoi, cabezas femeninas espejos de fecundidad y transmisoras del tránsito de una innombrada diosa que tiempo después aparecen en cerámicas ilicitanas. Las escenas dionisiacas y las de anodoi son las más frecuentes y numerosas en el Sureste y todas encontraron un eco propio en el mundo ibero.

Se ha observado, al hallarse varios vasos juntos, que estos conjuntos parecen tener una narrativa entre ellos. Es el caso de las siete crateras de figuras rojas de Piquía, recordemos su perdurabilidad en el tiempo, están fechadas en el siglo IV a.C. y fueron enterradas en el I a.C. Son vasos significativos, junto a la cratera con el baño de Helena o a la de Heracles sobre el centauro en alegre y bullicioso comos, estas se integran, a través de las imágenes del resto de crateras, en el discurso sobre la unión de los fundadores del linaje sancionada mediante la boda y concluye con la heroización y el traslado al Allende donde el matrimonio perdura. Tenemos con las mismas imágenes, la cratera de Cabecico del Tesoro en Verdolay, donde la diosa Atenea sanciona la apoteosis de Heracles mediante una libación que ofrece al héroe.

Para la élite ibera el concepto de linaje es símbolo de poder, esta idea quizá encuentre un espejo a su vez –nuevamente resemantizado– en la presencia femenina de los vasos griegos hallados en sus territorios. Este binomio hombre-héroe y mujer, también se pone de manifiesto en las esculturas del Cerro de los Santos. La imagen de la mujer ocupa un lugar privilegiado en las narraciones de los vasos. Tenemos escenas dionisíacas con la presencia de Ariadna o de las ménades, y las escenas de banquete con la auletrix, que ocupa el centro de la imagen como en una cratera de la Tumba 43 de Baza, también las relativas a los pequeños gestos dentro del gineceo en torno a la nymphé, enmarcados en los preparativos de la boda, las míticas guerreras Amazonas o, las representaciones de ánodos, imagen que tendrá una traslación iconográfica en las cerámicas ilicitanas posteriores como ya señalamos. Figuras protagónicas por las carnaciones blancas con las que se representan en muchos vasos. La imagen femenina, sobre todo o también las escenas de gineceo, podría estar trasladando la importancia de la mujer en la construcción de ese mitema capital que es la construcción del linaje, al menos en los territorios iberos de la Alta Andalucia, del siglo IV a.C.

Los temas en los que el ibero se ve reflejado, a través de la imagen griega, son numerosas como las escenas de libación o de sacrificio. Aquellas codificadas bajo el nombre de "escenas de despedida" en el ámbito griego, reúnen a varios miembros del oikos, donde hombres y mujeres se ven asociados en un acto ritual, como en la copa de la necrópolis

de La Albufereta, Alicante, atribuida al Pintor de Londres E 106 y fechada hacia 400-390 a.C. En ella, el varón y la mujer ocupan un espacio protagonista en un marco ritual que podía tener su equivalencia propia en ámbito ibero.

La Nike griega de las crateras de Toya encontró fácil lectura en esa otra imagen ibérica que tiempo después adorna la gran tinaja de la Alcudia de Elche, o las Potnia Theron documentadas en la cerámica ilicitana. Si en la Tumba 11 de Galera sanciona con la libación la acción del joven héroe, en la cratera de Los Nietos, con escena de apóbates, serviría para materializar la idea del triunfo del héroe bajo la protección Nike que le conduce a un destino ultraterreno, diosa del tránsito, ubicua, que garantiza la conexión entre la esfera de lo humano y lo divino.

Las imágenes de los grandes enfrentamientos míticos como las Amazonomaquias[2] o las Grifomaquias[3] del extremo oriental del Mediterráneo, son más escasas en el ámbito ibérico y ello a pesar de la raigambre del tema del grifo. Se introduce ahora una variante iconográfica en estas representaciones de luchas míticas pues en numerosas ocasiones el grifo se convierte en montura de un Arimaspo, su rival mítico, lo que implica la dominación del héroe sobre el ser híbrido, este último, motivo recurrente en la iconografía ibera, donde la victoria sobre el monstruo propicia el orden que se hará extensible a toda la comunidad.

Pero si las imágenes del vaso griego pueden ser evocación de conceptos en el espacio de recepción, en otras parece operarse una absoluta integración de forma e iconografía para un acto ritual concreto. Esta nos parece la lectura en el contexto funerario de los Villares, Hoya Gonzalo, donde en la tumba 25, hacia el 410 a.C. y junto a objetos locales e importados, ligados al adorno personal y al perfume, los lécitos de figuras rojas con la representación de una joven y un elemento vegetal, que en contexto griego nos conducen al ámbito erotizado de las nupcias, podían encontrar en el ibérico que los recibe una sintaxis similar ligada de manera amplia con la fecundidad y los ritos ligados a una joven novia, quizá fallecida antes de contraer sus nupcias. Algo similar puede ser avanzado para el silicernium de finales del siglo V a.C. y relacionado con el túmulo 20. Integrado por objetos que incluyen, placas de collar de oro, jarros en bronce, fíbulas, marfil y pasta vítrea, fusayolas y cerámica local. Y más de cincuenta vasos áticos, copas, cántaros de Saint-Valentin y tres coes, estas últimas, raras en la península. Las coes con escenas infantiles, ligadas a la fiesta de las Anthesterias y al consumo del primer vino por los niños en Atenas, quizá sirvieron en el mundo ibero para codificar la muerte del niño de corta edad.

El vaso griego ático es un catalizador que sirve para comprender las interacciones culturales que se producen entre distintos pueblos del Mediterráneo en el IV a.C. Hay imágenes que evidencian las sutiles articulaciones que teje el vaso griego en el contexto ibero y las relaciones con sus receptores. La excepcional cámara funeraria de Piquía está fechada, por los materiales (salvo los vasos áticos, siete crateras áticas y una copa de fines del V a.C.-mediados del IV a. C.) en el siglo I a.C. El número de vasos, la producción en dos tiempos distintos de estos, tras la atribución a dos talleres distintos, con años de diferencia entre sus producciones, así como su depósito en una tumba, tres siglos después de su fabricación y de su llegada a la península, son rasgos evidentes de una voluntad de tesaurización, por su inmenso valor. Como ya señalamos, la narración se teje entre las propias crateras para acabar creando un verdadero programa iconográfico (lo que implica una selección consciente de los temas elegidos) en la voluntad de dar a conocer y ver, según la sugerente lectura de sus descubridores, la construcción del linaje a través de las figuras del héroe o ancestro mítico y de su unión con la "heroína" mítica a través de las bodas, para sacralizar la unión que originará el linaje y la posterior heroización. ¿El mito que trasladan las imágenes dentro del imaginario ibero, será como en el caso griego, fundador de los gestos de los humanos?

---

[2] En el Archivo Beazley se recogen un total de 18 representaciones: 11 en Emporion, 2 en Ullastret, 1 en Molí d'Espígol (Tornabous, Lleida), 2 en Galera, 1 en Baza y 1 en Cabezo del Tío Pio (Archena).

[3] Se recogen en el Archivo Beazley un total de 33 representaciones en la Península Ibérica de los que 11 en Emporion, 2 en Ullastret, 5 en Galera, 3 en Toya.

La Cámara de Toya en Peal de Becerro, del siglo IV a.C., probablemente también se trate de una tumba familiar. Dentro del ajuar tenemos restos de un carro, elemento significante. Son ahora el banquete y la unión de Dioniso y Ariadna los temas mediante los que se codifica ese momento trascendental de las nupcias. Dentro de la óptica ibérica, ¿es espejo la imagen de la creación del linaje, a través de las nupcias? Tema adecuado en la muerte, ¿se concibe una continuidad sancionadora en el Más Allá?

En la Tumba 43 de la Necrópolis de Baza, enterramiento llamado de "segundo rango", se hallaron tres crateras y tres copas. En dos de las crateras había restos de incineración. Los temas son, una Amazonomaquia, un simposio y una escena dionisiaca, con Dioniso, Ariadna y la presencia de Apolo. Las tres crateras no son concomitantes en el tiempo, lo que sugiere, una vez más, la pervivencia del vaso griego hasta su amortización. ¿Nos hablan todas ellas de momentos iniciáticos que construyen al héroe fundador y cuya asociación indisociable con una figura femenina es necesaria?

La tumba 176 de la Necrópolis de Baza, enterramiento de "primer rango" contenía, junto a armas, braseros de bronce y un carro, cinco crateras del Pintor del Tirso Negro que, según las investigaciones, debieron ser adquiridas directamente para ser amortizadas en la tumba como lo demuestra la existencia del miltos en la base del pie, capa de engobe con la que se las protegía de los eventuales roces. Dos de ellas exhiben imágenes de banquete con una auletrix y una hetera respectivamente, una tercera, con un cortejo dionisiaco en torno a una edícula con una herma itifálica y las otras dos, nuevamente de tema dionisiaco, incluyen un trípode con guirnaldas que sacraliza el espacio, una de ellas con Dioniso y la otra, con Ariadna. A estas hay que añadir cinco pateras que debieron servir como tapaderas para las crateras y dos escifos de barniz negro. ¿Se está construyendo un discurso en el que la mujer tiene un papel preponderante?, el hecho de que Dioniso y Ariadna aparezcan en cada una de las crateras junto a un trípode implica una igualdad entre el elemento masculino y el femenino?

Muchas imágenes de simposio griegas se acompañan de la figura de la tañedora de aulos, música polivalente, muy probablemente indisociable, como en la esfera griega, de los actos trascendentales del ciclo vital o de los rituales. Podemos pensar en la terracota de auletrix de La Albufereta, en la tañedora de Osuna, o en el cortejo fúnebre del Vaso de los Guerreros del Cigarralejo en Mula, en el llamado Vaso de los guerreros de La Serreta, el de Sant Miquel de Lliria o en la "Cratera de la monomaquia" de Libisosa, Lezuza. Si en Grecia la imagen de la tañedora es la profesional que ameniza un espacio masculino, en la lectura ibera esta acción significativa pudo ser interpretada como una acción ritualizada donde la mujer quizás introduce la música sagrada que acompañe el banquete heroizador del allende.

La importancia del vaso griego como contenedor de historias y elemento de prestigio quizá explique a su vez la existencia de imitaciones. Uno de los ejemplos más paradigmáticos es la extraordinaria cratera de la necrópolis de Las Atalayuelas en Fuerte del Rey, simbiosis de dos mundos donde la imagen pudiera, en una rápida lectura, parecernos no penetrar la forma, pues aparece decorada entre otros, con motivos funerarios de raigambre oriental, recurrentes en la iconografía funeraria ibera, como la palmeta o el grifo. Sería olvidar la presencia de este ser híbrido en vasos áticos, entre otros, los medallones de copas del depósito de la Calle Zacatín (Granada (400-350 a.C.; CIG 10583 y 10539) o el prótomo de la copa de Pozo Moro (375-350 a.C.; CIG 4126). También, la epifanía del segundo episodio, el de una palmeta que surge ante un joven, ha sido leído como reelaboración del motivo del joven atleta ante el altar de la palestra. La cratera de la tumba 11 de Túgi en Galera, probable imagen de dokimasia en el ámbito griego, asume en contexto ibérico un valor funerario donde la diosa se convierte en guía del joven al Más Allá o a quien quizás reciba en el Allende. Incluso la última de las escenas, en las que tres jóvenes participan en un combate, podría ser reformulación de las caras B de muchas de las crateras que llegan a la península con la consabida fórmula de las escenas de conversación o de palestra.

Vemos en este paseo de la mano de los vasos griegos por territorios iberos, la existencia de un diálogo entre lo ibero y lo griego o para ser más exactos entre lo que trasladan y vehiculan los vasos griegos como sutil hilo de Ariadna. Frente

a la visión difusionista que hacía de las élites de las sociedades iberas meros receptores de objetos de prestigio, con los que manifestar y reafirmar su estatus frente al resto y aunque no se debe obviar la parte de ostentación que supone la adquisición de un objeto alóctono, parece irrefutable que, en la medida en que el vaso griego es rico en significados, las sociedades iberas incorporaron un cierto número de elementos que trasladaba la imagen dotándolo a su vez de significados nuevos, introduciéndolo en sus estrategias de poder, como en la articulación de las necrópolis, donde es vector de las ideas de inmortalidad de la cúspide social y de sus más próximos en el microcosmos de la muerte.

El vaso y sus magníficas imágenes, resemantizados, construirán vínculos generacionales convirtiéndose así en lugares de memoria.

IMÁGENES DEL PODER ENTRE LOS IBEROS DEL SUR.

Arturo Ruiz y Manuel Molinos[1]

En los inicios del s. I a.n.e, se ordenó depositar en la cámara del príncipe Iltirtiiltir, en Piquía (Arjona, Jaén), un conjunto de crateras áticas de inicios del IV a.n.e. (Ruiz et alii 2015) (fig.1) Los vasos debieron ser encargados por un antepasado, que los amortizó seguramente en su tumba, en la necrópolis del Cerro de Villargordo, (un imponente *oppidum* que fue desmontado después de la segunda Guerra Púnica y disuelta su población). La posterior fundación de Urgavo, a nueve Kms. de allí, anima a proponer lo que pudo haber sucedido: las crateras debieron extraerse del ajuar funerario del viejo príncipe y se entregaron al refundador del linaje, que las amortizo en la suya propia, como keimelia (Reiterman 2016), reliquias que sancionaban la antigüedad y continuidad del linaje. Nos interesa resaltar de este hecho, que tres de estas crateras desarrollaban escenas relativas al matrimonio en sus caras principales y una al tema de la heroización de Heracles en sus dos caras, dos temas básicos para nuestro discurso, compartidos y queridos por los príncipes iberos a lo largo de trescientos años.

Fig.1: Crateras áticas de Piquía, Arjona, Jaén. (Fotografías J.M. Pedrosa)

EL ANTEPASADO FUNDADOR DEL LINAJE.

La acción heroica más antigua conocida entre los iberos del sur se narra en el monumento turriforme de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete). Los relieves reflejan la secuencia del viaje iniciático de un héroe, resucitado, tras un banquete en que seres infernales se disponen a devorarlo, que roba el árbol de la vida en el inframundo y finaliza su recorrido en el templo, después de realizar otras heroicidades, en una escena de hierogamia, el encuentro amoroso con la divinidad femenina. (fig. 2).

Identificada como la tumba de un individuo adulto masculino, su inmediata destrucción natural y abandono posterior durante aproximadamente cincuenta años, no impedirá que la tumba sea una referencia simbólica para una necrópolis posterior, si bien mantenida en estado de ruina, (García Cardiel, 2012). Su aislamiento original denota que la función inicial debió de ser la propia del heroon de un antepasado fundador de linajes y mitificado a través de acciones transgresoras. Fechado el monumento turriforme en el cambio del s. VI al V a.n.e. sus imágenes, de tradición estética

[1] IAI. Universidad de Jaén.

oriental, caracterizan una temática, que desde otros modelos iconográficos y con formas narrativas diferentes, encontramos grabadas en una pequeña ara votiva fragmentada y abandonada cerca de la estela de la diosa de la Puerta del Sol del *oppidum* de Puente Tablas (Ruiz et alii 2016). Fechada cuando el heroon de Pozo Moro comenzaba a recibir las primeras tumbas de la necrópolis, el héroe se representa aquí como un individuo masculino cuyo torso emerge, de una línea quebrada que simula las montañas del horizonte visible desde la puerta del *oppidum*. Se observa, además, que la epifanía se produce en el lugar exacto en que se verifica el solsticio de invierno, de tal modo que sol y héroe constituyen una hipostasis con forma antropomórfica (fig.3). Este proceso de sincretismo sigue el modelo lacial de Sol-Indiges o de Inuo, los héroes fundadores de dos fracciones tribales latinas: albenses y rútulos (Torelli 2011). Apunta Torelli que los héroes solares, en sus circuitos cíclicos diarios, eran venerados más por la trayectoria subterránea y nocturna, que, por el viaje diurno, porque era en este tramo de la noche cuando el astro recorría el inframundo y contactaba con los antepasados. El viaje de Nokaki o Nokika, (nombre del héroe ibero escrito en otra cara del arita, en un monograma en escritura meridional, (Ruiz et alii 2022), se ha reconstruido articulando el paisaje, el tiempo de los astros y la arquitectura de la Puerta del Sol. Se da la circunstancia de que cada hito astral coincide con un lugar significado de la estructura de la puerta y con un referente geográfico del horizonte. El tiempo cíclico anual del viaje comienza en el orto heliaco de Sirio, entorno al 4 de agosto, cuando la luz solar del amanecer alcanza por primer vez una hornacina en el quicio sur de la Puerta del Sol. Tiempo después, en noviembre, coincidiendo con el orto heliaco de la estrella Antares, el orto solar matutino se verifica, igual que el de la estrella, en la cima de la montaña de Almadén, el hito geográfico más destacado del paisaje con 2036 m. de altura. Posteriormente desciende por su ladera, en los sucesivos amaneceres, para emerger en el solsticio de invierno, tal y como muestra el grabado, en el lugar más al sur del recorrido. Desde allí retorna al norte buscando el equinoccio de marzo en la Puerta del *oppidum* donde le esperaba la diosa en un espectacular rito de luz, tras anunciar un mes antes su llegada iluminando la ventana del templo. Un proceso que identificamos como la metáfora de una hierogamia.

2 3

Fig.2: Heroon de Pozo Moro-Museo Arqueológico Nacional. Inv. 199976A. (Fotografia José Barea).- Fig.3: Cara C del ara votiva de Puente Tablas, Jaén. (Fotografía J.M. Pedrosa y dibujo Esperanza Martin).(Museo Ibero de Jaén)

El héroe de Pozo Moro o *Nokaki* son héroes fundadores de linajes de tipo consanguíneo y patriarcal. Lo que se advierte en los fundamentos ideológicos de la reproducción sexual, que como indica Torelli, son fundamentales para conocer la ideología de un grupo organizado al modo político del patriarcado. De hecho, el modelo parte en el ámbito

latino de la relación entre *Inuo* y *Iuno Sospita*, diosa caracterizada por un tocado de cabra y culto ctónico, en la que se delegó la capacidad sexual femenina, al tiempo que la masculina se vinculaba a la hipostasis del progenitor con el sol, en quien se entregó la garantía del poder sexual de los varones del grupo (Torelli 2011, pp. 216). Aquí reside el fundamento político de la hierogamia que se deja ver en Pozo Moro y más tarde, en forma metafórica, en el rito equinoccial de Puente Tablas.

Volviendo al tema del solsticio de invierno, un nuevo caso nos conduce a la asociación héroe fundador y divinidad solar, se trata del heroon de El Pajarillo (Huelma, Jaén). En un trabajo inédito, Esteban ha documentado que en una colina frente a la torre del heroon, en cuya cima se dispuso la extraordinaria lupomaquia de escultura en piedra (Molinos et alii, 1998), en el ocaso del solsticio de invierno, el sol desciende rodando por la ladera, hasta desaparecer bajo la tierra (fig. 4). La diferencia con el circuito de Nokaki radica en que el efecto astronómico se verifica en el ocaso del sol y en el tiempo corto de un día, sin embargo, la coincidencia en el solsticio de invierno rememora, no cabe duda, la relación presencial del héroe con el inframundo, lo que vuelve a remitir al viaje iniciático que venimos analizando. De este modo el lobo, antagonista del héroe, se presenta en su lectura no solo como el animal que domina el paisaje incivilizado, el bosque salvaje, y amenaza la sociedad urbana, sino que es también el guardián de las puertas del inframundo, cuya muerte sanciona la transgresión del héroe. El caso del *Heroon* de El Pajarillo es un buen ejemplo para cerrar el ciclo del discurso iniciado en Pozo Moro, pues las dos esculturas de leones que protegen la entrada al *heroon*, coinciden con los cuatro leones de la base del monumento de Chinchilla. Es importante también anotar la flexibilidad en la transferencia de la memoria del héroe de Huelma, porque el monumento, que pudo haber sido un cenotafio, se construyó en los inicios del siglo IV a.n.e. en el apogeo del desarrollo de los modelos políticos gentilicios, si bien haciendo un guiño cronológico al observador con una *anastasis*, pues la torre, donde se localiza la lupomaquia, está construida al modo del siglo VII-VI a.n.e. (con mampuestos poco careados, perfil en talud y exterior revocado), frente a la excelente obra de perfil a plomada y mampuestos careados y calzados del resto del monumento, resaltando que el héroe había vivido durante el periodo ibérico antiguo.

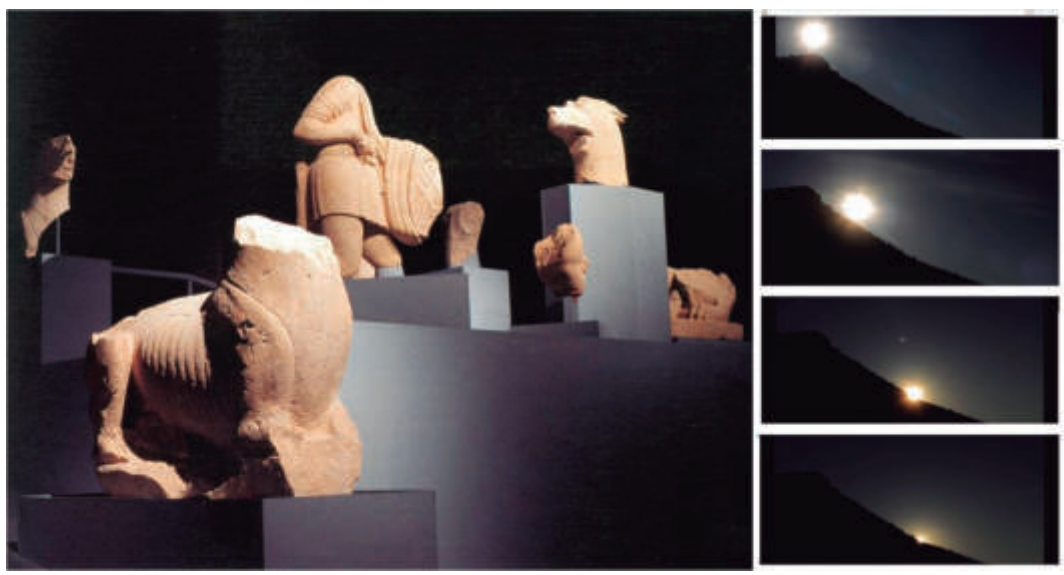


Fig.4: Conjunto escultórico de El Pajarillo. Huelma, Jaén. (Museo Ibero, Jaén) y fases sucesivas del ocaso solar en el solsticio de invierno frente al Heroon (Fotografías J.M. Pedrosa).

En realidad, este antepasado fundador de linajes, patriarcal en su naturaleza ideológica originaria, fue integrado en el imaginario local de los *oppida* a partir de la segunda mitad del s. V cuando los linajes gentilicios se hicieron dominan-

tes en el Alto Guadalquivir. Fue, de hecho, a comienzos de este periodo cuando se fabricó el arita de Puente Tablas y, algo después, se construyó El Pajarillo y fue también en el momento final del mismo, a mitad del s, IV a.n.e., cuando se abandonó el primer objeto y se destruyó el heroon. Estos primeros heroes fundadores son los que Brelich llama *Heilbringer,* que describe magistralmente como héroes civilizadores, semidivinos, teriomorfos dispuestos a la metamorfosis, habitantes de los bosques, proféticos u oraculares, creadores de alucinaciones y pesadillas, olfateadores obscenos de mujeres, ligados por singulares relaciones con el mundo de la muerte, pero fundadores de las mas importantes y vitales intituciones humanas tecnicas, sociales y religiosas (Brelich 2010, 96). Contrasta esta definición con la segunda generación de antepasados gentilicios, los familiares, más próximos genealógicamente a los príncipes. Se trata de una doble relación generacional de antepasados que articula, a veces contradictoriamente, las instituciones patrilineales de los primitivos linajes consanguíneos y las formas cognaticias de la familia nuclear, que configuran, como apunta Peroni (Peroni 2004), la base del linaje gentilicio, que ya no es solamente consanguíneo, por la importancia que adquiere la integración de la clientela y que además responde a un modelo jerarquizado de familias nucleares.

LOS ANTEPASADOS FAMILIARES Y LOS PRÍNCIPES.

No se ha conservado la estructura arquitectónica de Cerrillo Blanco, solamente los restos depositados en una fosa de tipo *Perserchutt* (como la que se hizo en la acrópolis de Atenas, tras la victoria griega sobre los persas, para guardar los restos de esculturas destruidas por los invasores, en señal de homenaje y respeto a la memoria colectiva). Del conjunto de restos ocultos alrededor de un túmulo funerario anterior, Olmos ha reconocido diversos grupos escultóricos (Olmos 2002) que permiten hoy definir las secuencia de las edades de un príncipe ibero o mejor los tiempos del linaje: (Ruiz y Molinos, 2015) la etapa infantil con la formación en la caza y la lucha reglada expresada en altorrelieves, en esculturas de bulto redondo la fase adulta de zoomaquias como la griphomaquia y duelos entre iguales y por último, los antepasados definidos por la posición hierática de sus actores, mostrados además con algún atributo especifico que los distingue de manera personalizada (fig. 5). De todos ellos destacamos un hombre y una mujer en posición erguida, que, vestidos solemnemente, sosegados y con ligeros y elegantes movimientos, caracterizan un modelo de antepasado distinto al activo *heilbringer* de la primera generación (fig. 6). Puede tratarse de la pareja matrimonial fundadora de la familia que gobernaría el linaje; en la que por primera vez tiene presencia destacada la visibilidad de la mujer, una "Dama", aunque aún sin las joyas que algunos años después caracterizarán a las de Elche o Baza y sin embargo ya en una presentación igualada al hombre. La pareja remite a los modelos cognaticios de familia nuclear y buena prueba de ello es que en el conjunto no hay insinuaciones a la hierogamia. Un caso especialmente importante en el grupo es el de la *Potnia Theron*, envuelta en dos caprinos, uno masculino y otro femenino. que por su mayor tamaño y gesto iconográfico dominador ha permitido identificarlo como una divinidad femenina (Olmos 2002, Ruiz y Molinos 2017) (fig. 7), no obstante, la ambigüedad de los rasgos sexuales de la escultura, nos permite retomarla con una segunda opción, que identificaría al personaje con un héroe fundador de la primera generación, convertido en un *Despotes Theron* domesticador de la naturaleza. Esta última interpretación haría del conjunto de Porcuna la representación de un linaje completo con las dos generaciones de antepasados, incorporando los muertos al linaje como si fueran seres vivos.

Cronológicamente los antepasados de la primera generación, se vincula en origen a los siglos VII y VI a.n.e., fase del desarrollo de la etapa patriarcal, aunque perviven después en los linajes locales de los s. V-IV a.n.e. y puede que en los reinantes del s. III a.n.e.; el segundo grupo, los antepasados de la familia, se desarrollan preferentemente a partir de mediados del s, V. no hacen guiños a un tiempo pasado, pues visten y se arman como en el tiempo de sus inmediatos descendientes aristócratas, porque realmente son los padres, madres, en menor medida tíos y tías y excepcionalmente abuelos y abuelas del príncipe y con sus tumbas inauguran los espacios de necrópolis gentilicias. Aunque estos antepasados familiares no son habituales en la escultura de los iberos, uno de los pocos casos conocidos es la Dama de Baza, hipostasis a través del trono alado y con garras con la divinidad femenina ibera (fig. 8) y expresión de la importancia de

la princesa en los modelos de sociedad gentilicia (Ruiz, 2017). Otras veces, ante la ausencia de esculturas son los keimelia, el modo en que estos antepasados crean el hilo que articula la familia gobernante con la generación de los fundadores del linaje. No conviene olvidar que con su cronología del s. VII o comienzos del VI a.n.e objetos como la Diosa de alabastro de Galera del túmulo 20 de Túgugi, o el timiaterio de Hatthor y la espada en hierro de tipo Ronda Sa Idda de la tumba de Torrubia de Castulo, tumbas todas de antepasados familiares, fueron a ojos del poder objetos propiedad de los héroes fundadores. Dentro de este grupo de esculturas tampoco deberían olvidarse los jinetes de las necrópolis de los Villares (Sanz y Blanquez 2011), erguidos sobre el caballo, inmóviles y idealizados, como si estuvieran muertos, porque lo son. Como en la Dama de Baza, aquí no hay narración pedagógica transgresora, solamente hay memoria.

6

7

Fig.5: Los tiempos del linaje. Composición de esculturas de Cerrillo Blanco, Porcuna, Jaén, (a partir de fotografías de J.M. Pedrosa) Museo de Jaén. .- Fig.6: Pareja de antepasados de Cerrillo Blanco, Porcuna, Jaén. (Fotografías J.M. Pedrosa) Museo de Jaén. Fig.7: Diosa como Potnia Theron o Antepasados fundador como Despotes Theron. (Fotografías J.M. Pedrosa). Museo de Jaén.

La generación de los primeros príncipes gentilicios, no se muestran en la escultura, no obstante, hay una formula frecuente de presentación, una reiterada tarjeta de identidad del príncipe en las apoteosis heroicas, preferentemente de Heracles o Dionisos, de las pinturas de las crateras áticas que se amortizan en sus tumbas a inicios del s. IV a.n.e. (la 176 de Baza, la escalonada de Robarinas, la182 de Túgugi, o la Cámara de Toya). En la cara A de la única cratera de campana que se sabe con seguridad procede del interior de la cámara principesca de Toya (Madrigal 1997) (fig. 9) se muestra una escena en cuyo centro hay un joven imberbe y desnudo, sentado sobre su manto y coronado por dos erotes. Escorado hacia la derecha de la escena se enfrenta a una mujer vestida y sedente; sin embargo, el joven gira su cabeza a la izquierda para hacer partícipe de la escena a un tercer personaje, un hombre adulto, barbado, que gira a su vez la cabeza a la izquierda hacia un joven desnudo y erguido que está a su espalda. En nuestra opinión el tema de la

cratera del pintor de Toya es la iconografía paradigmática del pacto entre linaje y familia nuclear del s. V-IV a.n.e, propio del linaje gentilicio. El primero se muestra en la figura del antepasado a la derecha del príncipe, en el que la barba denuncia su antigüedad genealógica y la segunda que caracteriza el núcleo de la familia, en la mujer de la izquierda, con la cinta del amor entre las manos, como emblema del matrimonio. Ambos asisten al príncipe, en la apoteosis de la heroización, en el centro de la escena, como un árbol de la vida o la columna que sostiene la representación ideológica del poder. Por último, el joven en pie junto al antepasado, cabría leerlo como el descendiente del príncipe muerto, que da seguridad a la continuidad del linaje, superando la crisis angustiosa de la transición provocada por la muerte del representante político.

8

9

10

Fig.8: Las funciones de la Dama de Baza. Composición de los autores.- Fig.9: Cratera ática de la Cámara de Toya (Museo Arqueológico Nacional) y dibujo de Antonio Madrigal (Madrigal, 1997).- Fig.10: Conjunto de exvotos de bronce de la provincia de Jaén del Fondo Marsal (Fotografía de J.M. Pedrosa).

LA SOCIEDAD SE HACE VER.

Los cambios sociales entre fines del s. IV y el III a.n.e. propician la superación de los modelos políticos de *oppida* nucleares y autónomos y dan paso a unidades territoriales mayores, seguramente ya estructuras de estado, en las que muchos linajes gentilicios locales se integraron por matrimonio o por dependencia forzada. Seguramente el reino de Castulo, fue un buen ejemplo de estas pirámides territoriales y Culchas un paradigmático caso de esta aristocracia, que medía su territorio por el número de *oppida* gobernados. Las imágenes, ahora de los exvotos de bronce en áreas como la Oretania sur (fig.10), cambiaron los anteriores escenarios de los paisajes funerarios a los santuarios territoriales surgidos con el nuevo poder y los antepasados perdieron protagonismo, aunque, solo se confirma su desaparición en el caso de los de linajes sometidos, ya qué en otros continuaron existiendo, como lo muestran los llamados exvotos de estilo arcaico, en realidad anastasis que rememoran y simulan un tiempo más antiguo. En este nuevo marco político los bronces oretanos han hecho visible por primera vez una amplia representación de la sociedad por grupos de edad, género o clase social y su distribución territorial ha permitido reconstruir las fronteras políticas del reino de Castulo y

su articulación interna, pues no solamente se documentan en los dos grandes santuarios rupestres de Sierra Morena, sino también en *oppida* o sitios sin restos arquitectónicos como el santuario de Haza del Rayo (Sabiote, Jaén), lugar asociado a un paso entre dos valles y un humedal. (Rueda et alii 2021). No conviene olvidar que en este nuevo contexto cronológico las esculturas en piedra del Cerro de los Santos con sus distintas imágenes de grupos sociales debieron expresar otro caso de pirámide territorial.

Definitivamente en el s. III a.n.e. la ciudadanía invadió la imagen y su visibilidad continuó en los siglos posteriores, amparada por el poder romano, como muestra el ejemplar caso del retrato de familia de Atalayuelas de Fuerte del Rey, Jaén. Para entonces Roma había descabezado los estados territoriales y se refundaron antiguos linajes locales como el de Iltirtiiltir. De hecho, en el siglo I a.n.e. renacieron antiguos temas iconográficos como la hierogamia del vaso de Lezuza, Albacete (Uroz 2018) (fig.11) o el *Despostes Theron* entre caballos del relieve de Mogón, Jaén, (BELLON et alii 2015) (fig.12), al tiempo que volverán a la memoria colectiva, como antepasados familiares, príncipes gentilicios locales de otro tiempo, a través de *keimelia* como la espada de antenas recortadas o las crateras áticas halladas en el ajuar funerario de la cámara de Piquía.

11

12

Fig.11: Vaso plastico antropomorfo de Libisosa. Dibujo y fotografía H. Uroz (UROZ 2018).- Fig.12: Relieve de *Despotes Theron* de Mogón, Villacarrillo, Jaén (Fotografia de J.M. Pedrosa).

EL IMAGINARIO IBÉRICO FANTÁSTICO: ESFINGES, SIRENAS, GRIFOS, BICHAS

Teresa Chapa Brunet[1]

Es muy poco lo que sabemos acerca de la religión ibérica a través de los textos escritos. Sin embargo, el mundo de las creencias, fundamental tanto en la organización de la sociedad como en su funcionamiento diario, dejó otro tipo de rastros que nos abren las puertas a su conocimiento y valoración. La práctica religiosa materializa el universo ideológico mediante ceremonias en las que se utilizan objetos litúrgicos y se generan residuos. Este es el campo de trabajo de la Arqueología, que con sus excavaciones puede reconstruir las pautas rituales del pasado. Otra de las puertas de acceso a la religión de los antiguos iberos es la iconografía. Las imágenes, esculpidas, modeladas o pintadas, dan forma a los protagonistas del mundo religioso. Entre ellas, llaman especialmente la atención los seres que podríamos calificar como "invisibles", habitantes de mundos alternativos, que solo entran en contacto con el universo humano en momentos críticos, como los que rodean a los misterios religiosos o, más frecuentemente, a la muerte. Hablamos de esfinges, sirenas, grifos y "bichas".

ESFINGES Y SIRENAS

Empecemos por conocer a las esfinges (Chapa, 1980c). Se trata de seres con cuerpo de león, alas de grandes aves rapaces y cabeza de mujer. Mezclar rasgos animales y humanos es un recurso iconográfico que tiene una larga historia, y que se produce tanto en Egipto y Mesopotamia (grandes puertas con toros alados), como en el resto del Mediterráneo en época antigua. Las esfinges orientales suelen quedar al margen de la actividad humana y se relacionan más con el entorno divino. Se sitúan a ambos lados de la diosa o de sus símbolos, la columna o el árbol sagrado. Sin embargo, en Grecia estos seres van a traspasar el umbral del mundo humano cotidiano, incorporándose a una acción narrativa. Conocido es el caso de la esfinge de Tebas, que proponía acertijos y mataba a los que no sabían resolverlos. Sólo Edipo fue capaz de contestar acertadamente, provocando así la muerte del monstruo.

La relación de la esfinge con la muerte y el más allá se remonta a los tiempos más antiguos de las leyendas griegas, cuando el batir de sus alas sobre los campos de batalla indicaba la inevitable muerte de los guerreros. Con el tiempo, estos seres mixtos se "dulcifican" y, sin perder su relación con el más allá, se convierten en guardianes de las tumbas y de los cementerios. Las personas enterradas bajo su protección realizarán un viaje seguro al mundo de los difuntos, ya que su alma será transportada por esos poderosos animales. A la vez, sus imágenes en piedra, dominando las sepulturas, indicarán la relevancia de los difuntos y el peligro que supone la profanación del espacio funerario. Una inscripción griega de Tesalia lo indica con claridad: "*Esfinge, perro de Hades, ¿a quién proteges, vigilando a los muertos?*"

[1] Departamento de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología. Universidad Complutense de Madrid.

Aunque parezca insólito, todas estas leyendas llegaron a los territorios ibéricos, en los confines occidentales del Mediterráneo, donde se adoptó la iconografía de la esfinge conociendo sus distintos matices. En la Península, dentro del contexto fenicio y su entorno, siguen la pauta oriental de habitantes del mundo divino, pero en la escultura en piedra se refleja más bien el modelo griego, de seres protectores y vigilantes en entornos fúnebres. Su distribución se extiende por zonas extensas de la geografía ibérica, incluyendo toda la provincia de Albacete, desde Montealegre del Castillo a Bogarra (Sanz y López, 1994). Esto evidencia que incluso los territorios del interior conocieron, y a su manera, adaptaron los mitos, las leyendas y las imágenes nacidas y popularizadas en lugares muy lejanos. Podemos ejemplificar este hecho con una pieza excepcional como es la esfinge de Haches (Bogarra, Albacete).

Esta escultura (fig. 1, 1-2), formaba parte de una edificación y, como las procedentes de El Salobral (Albacete) (fig. 1, 3-4) o Agost (Alicante), eran al menos dos, puesto que a la figura completa hay que añadir la pata de otra, aparecida en el mismo lugar. Es notable el estado de conservación de esta pieza, que presenta el cuerpo completo, aunque dañado por unas profundas incisiones, causadas quizás por las herramientas agrícolas con las que fue descubierta. Exenta por su parte delantera, la esfinge vuelve su cabeza hacia el lado derecho, el que recibiría las miradas de los espectadores. Su rostro es muy plano, algo obligado por la anchura que tenía el bloque extraído de la cantera. Sus rasgos nos llaman poderosamente la atención, y es que la esfinge nos sonríe, al estilo griego arcaico. Esta sonrisa no es tanto un saludo de acogida como una expresión de distinción y contento propio, que identifica a los aristócratas por su vida feliz y su conexión con los dioses. La esfinge, representada en su lado humano como una joven de gruesos y largos tirabuzones, con la frente ceñida por una diadema, indica su superioridad y la de las personas a las que protege.

Fig. 1: 1: Esfinge de Haches (Bogarra, Albacete). Vista frontal (Foto: Museo de Albacete); 2. Vista posterior (Foto: T. Chapa); 3. Esfinge de El Salobral. Museo Arqueológico Nacional; 4. Esfinge de El Salobral (Museo del Louvre) (Fotos: T. Chapa).- Fig. 2: 1. Sirena de Corral de Saus (Valencia) (Foto: Museo de Prehistoria de Valencia); 2. Sirena de El Monastil (Foto: Museo de Elda).

Estas figuras son, por tanto, un símbolo de jerarquía, de dominio sobre el entorno, además de un nexo entre este mundo y el más allá. Su presencia indica que en aquellos lugares donde estuvieron presentes, existieron unas élites que mostraron mediante estos seres el control del territorio y de los caminos, así como su privilegiada relación con el mundo divino.

Con el tiempo, los contextos funerarios fueron cambiando sus símbolos, y se introducen otros animales como son las sirenas, cuya peligrosidad para los seres humanos es mucho más sutil (Izquierdo, 1999). Se trata de pájaros con cabeza femenina, que carecen del poderoso cuerpo de los leones. Interacciona con los humanos mediante su voz, y su carácter volador le permite traspasar los umbrales del más allá. La Odisea las presenta como seres que conducen a la muerte a los marineros que las escuchan y, de hecho, ciertos autores antiguos las denominan "pájaros musicales del Hades". Sin embargo, a lo largo del tiempo, fueron consideradas en general como seres amigables, que acompañaban con sus cantos a los difuntos en el proceso fúnebre y transportaban, en un vuelo seguro y protector hacia el más allá, a sus pequeñas almas liberadas por el fuego purificador de la pira funeraria. Tenemos ejemplos de estas figuras en yacimientos como los de Corral de Saus (Valencia) o El Monastil (Elda, Alicante) (fig. 2), lo que indica que se popularizó su presencia en los cementerios ibéricos, seguramente con el mismo sentido que tuvieron en otras partes del Mediterráneo.

GRIFOS

Las esfinges y sirenas fueron habitantes del más allá que cambiaron progresivamente su carácter agresivo por un papel protector. Sin embargo, un tercer tipo de animal fantástico, el grifo, mantuvo siempre una actitud amenazante, quizás porque carecía de cualquier rasgo humano. Formado habitualmente por un cuerpo de león, pico y alas de ave rapaz, es un monstruo temible, sin atisbo alguno de razonamiento. Característico de los grifos es el arreglo de su pelo, que unas veces cae formando rizos a los lados de la cabeza y otras veces asemeja la crin de un caballo y desciende por la parte posterior del cuello.

Como ocurría con las esfinges, aparecen en contextos fenicios y tartéssicos como moradores de un paisaje divino, abundante en plantas y en el que actúan como guardianes del árbol sagrado (Olmos, 2007-2008). En época ibérica, sin embargo, se representan en la escultura en piedra tanto dinámicamente, en escenas de lucha, como flanqueando el escenario en el que actúan los héroes.

Las representaciones de grifos no fueron frecuentes, pero sí se distribuyeron por muy diversas áreas del territorio ibérico. Aparecen en la escultura en piedra, en la pintura de las cajas funerarias o en la decoración de las cerámicas griegas que llegaron a los asentamientos ibéricos y que a menudo fueron finalmente depositadas en las tumbas como urnas cinerarias o parte del ajuar de los difuntos.

Su enfrentamiento al héroe, representado en Porcuna (fig. 3, 1), demuestra la inferioridad del monstruo, aunque al clavar su garra en el muslo del personaje, la lucha resulta cruenta y la victoria, más valiosa. Otro ejemplar procedente de La Alcudia de Elche revela ya un cuello de caballo y su boca abierta le muestra amenazante (fig. 3, 2). Este dinamismo va reduciéndose conforme avanza el tiempo, y a partir del s. IV a.C. los grifos aparecen como testigos de las hazañas del héroe, pero no ya como protagonistas, sino como evidencia de que la escena se desarrolla en un ámbito sagrado. De contrincantes han pasado a respaldar al personaje vencedor. En una caja de Galera (Granada) su figura ocupa uno de los laterales, protegiendo los huesos quemados de un difunto, incluidos en esta urna tan singular (fig. 3, 4).

Los grifos son animales salvajes, de áreas marginales, tanto desde el punto de vista geográfico como en el tránsito entre el mundo de los vivos y el más allá (Moreno y Cabrera, 2014). Según las leyendas, vivían muy al norte, cerca de los Hiperbóreos, y custodiaban el oro que extraían del mundo subterráneo. Sus contrincantes eran los Arimaspos, seres de un solo ojo, que pretendían hacerse con el oro en un enfrentamiento perpetuo. Este tema se hizo popular en la cerámica griega del siglo IV a.C., y varios ejemplares llegaron a la Península ibérica (fig. 3, 3). Su aceptación por parte de los Iberos se explica en la familiaridad que estos grupos tuvieron con el tema del enfrentamiento y la victoria sobre el monstruo, que se convierte al fin en protector de los difuntos en el momento en el que éstos traspasan la frontera del más allá.

Fig. 3: 1. Grifo luchando con héroe. Cerrillo Blanco de Porcuna (Foto: Museo de Jaén); 2. Grifo de La Alcudia de Elche (Foto: T. Chapa); 3. Crátera de Toya (Jaén) con escena de arimaspos y grifos (Foto: Europeana UJAEN_HASSET_8154). 4. Caja cineraria en piedra de Galera (Granada) (Foto: M.A.N.).

"BICHAS"

Finalmente, entre los seres que mezclan anatomías diferentes se encuentra el toro androcéfalo, que en escultura está representado en solitario por la famosa "Bicha de Balazote" (Chapa, 2017b) (fig. 4, 1-2). Su denominación como "bicha" es un apelativo popular que hace alusión a la rara y sorprendente mezcla de rasgos físicos que presenta. Este calificativo se ha impuesto a su identificación como "esfinge", recibida a su llegada al Museo Arqueológico Nacional, y nada tiene que ver, por tanto, con las serpientes ni con la palabra "biche" (cierva) que falsamente se atribuye a los arqueólogos franceses que la estudiaron en un primer momento.

No se tienen datos concretos del contexto de la pieza, pero su iconografía es incuestionable: la Bicha de Balazote representa al dios-río Aqueloo, un personaje de la mitología griega cuya leyenda es sin duda apasionante. El caudaloso río Aqueloo discurre por la frontera de la región de Etolia, al oeste de Grecia, e iconográficamente se representa mediante una cabeza humana barbada y con cuernos. Su cuerpo puede ser de serpiente, aludiendo a las curvas y el movimiento del río, o de toro, debido a su carácter fertilizador, y al ruido que hacen sus aguas, similar a un mugido. Su poder es grande, puesto que tiene la capacidad de cortar caminos, asolar los campos, arrastrar viajeros y mercancías, y destruir los pueblos con sus crecidas, por lo que los humanos le deben respeto y le dedican cultos que buscan evitar estos peligros.

El carácter invencible de Aqueloo llega a su fin gracias al amor. Enamorado de Deyanira, la hija de un rey, concierta su matrimonio con el monarca, para gran disgusto de la novia, quien ve en él a un desagradable monstruo acuático. La llegada de Hércules a la región y su encariñamiento con Deyanira, esta vez mucho más conforme, provoca el enfrentamiento entre los dos pretendientes. Primero Aqueloo se presenta como serpiente, pero al ser inmovilizado por Hércules, adopta su forma de toro (Fig. 4, 3-4). El héroe vence en este extraño combate y con su fuerza extraordinaria arranca un cuerno de la cabeza de Aqueloo. Las ninfas de las fuentes, muy vinculadas a este dios-río, recogen el cuerno y lo llenan de flores y frutos. Es lo que pasará a la posteridad con el nombre de "cuerno de la abundancia".

Fig. 4: 1-2: Vista frontal y posterior de la Bicha de Balazote (Foto: M.A.N.); 3-4: Aqueloo luchando con Hércules como serpiente y toro androcéfalo. Estamnos (British Museum); Crátera (Museo del Louvre) (Wikimedia Commons).

En la Antigüedad, la modificación y encauzamiento del curso de los ríos suponía en cierta medida triunfar sobre ellos a la manera de Hércules, y por tanto los gobernantes que realizaban estas obras se asimilaban a la figura del héroe. Sin embargo, el culto al dios-río no solo no se abandonaba, sino que se reforzaba para agradecerle los beneficios que reportaban las nuevas obras. Se levantaron así altares y cuevas artificiales en zonas umbrías, junto a fuentes, donde la abundancia de agua y la práctica de rituales podían satisfacer a Aqueloo.

Con la llegada de la iconografía de Aqueloo a tierras alejadas del territorio griego original, se van añadiendo otros sentidos a estas imágenes. Así, en la llamada "Magna Grecia" (territorios griegos del sur de Italia y Sicilia), el toro androcéfalo se vinculó al mundo de los muertos, ya que vivía en grutas desde la que manaban los ríos que vivían en el inframundo.

¿Cómo encaja la leyenda griega con la figura aparecida en un lugar tan lejano del escenario del mito, como es Balazote? En general, se ha preferido ver en esta imagen a otro de los animales fantásticos correspondientes a un monumento funerario, en el que vigilaría y protegería a los difuntos enterrados en la sepultura. Su representación como un animal de esquina, cuya parte delantera sobresale en un sillar, al igual que la esfinge de Haches, permite defender

razonablemente esta propuesta. Sin embargo, recordemos que tanto esfinges como grifos fueron vencidos por los humanos, convirtiéndose así en animales subordinados y protectores. Si observamos con detalle la representación de la Bicha de Balazote, apreciaremos que se indica muy claramente su vínculo con el agua a través del pelo de la cabeza y de la barba, puesto que sus mechones, lacios y largos, parecen rezumar líquido. Recordando las leyendas en las que el río amenaza a las poblaciones con sus desbordamientos y cortes de caminos, vemos que la población de Balazote se vincula a una zona en la que el agua transportada por el río Jardín quedaba frecuentemente estancada en la llanura, extendiéndose e impidiendo las comunicaciones (Pretel, 2017). De hecho, la visita del arqueólogo francés A. Engel poco después de descubrirse la pieza, hubo de aplazarse por las inundaciones que habían provocado algunas tormentas. Es posible que en época ibérica se hicieran algunas obras para mejorar las difíciles condiciones provocadas por las crecidas del río Jardín, o al menos se querría implorar la benevolencia de Aqueloo, lo que habría llevado a la construcción de un monumento dedicado a la divinidad fluvial. No resulta incompatible que además esta construcción estuviera también ligada a un área funeraria, como se ha señalado anteriormente.

MITOS Y LEYENDAS DE LA ANTIGUA IBERIA

Las esculturas de esfinges, sirenas, grifos o "bichas", evidencian que el mundo del más allá tuvo un gran peso en el universo ibérico de creencias. Desde tiempos pre-ibéricos, las sociedades habían incorporado estos animales fantásticos a su registro imaginario a través de la fuerte influencia ejercida desde los asentamientos fenicios peninsulares. Sin embargo, la mayor parte de los ejemplares que tenemos en escultura de piedra reflejan más bien los modelos griegos, aunque transformados de acuerdo con los gustos y la ideología de los Iberos.

Al contrario que la Bicha de Balazote, asociada a un dios-río, los restantes seres no se relacionan con divinidades concretas, sino que forman parte de un ambiente liminal, de frontera, entre los vivos y los muertos. Cualquier difunto podría encontrarlos en su viaje al más allá y gracias a la acción de los héroes, que los someten con su fuerza o inteligencia, se convierten en criaturas protectoras para los muertos y amenazantes para los que se atrevan a alterar la paz de los cementerios.

Esta serie de animales mixtos no fueron aceptados sin criterio, sino que señalan unas preferencias claras. Igual que se representan esfinges, grifos, sirenas o toros androcéfalos, podrían haberse incorporado gorgonas, centauros o serpientes aladas con cabeza humana, temas que se utilizaron frecuentemente en Grecia y Próximo Oriente. Sin embargo, no fue así, y aunque pueda existir alguna figura encontrada en Iberia, como puede ser el magnífico centauro de bronce importado de Grecia y encontrado en Royos (Murcia), estos seres no fueron utilizados en la escultura monumental y su participación en el mundo mitológico ibérico fue sin duda limitada (Olmos, 1983).

No tenemos textos que nos ilustren sobre los mitos y las leyendas ibéricas, aunque podemos suponer que la iconografía representa visiones sintéticas de lo que debieron ser unos relatos mucho más desarrollados que, apoyados en las imágenes, se transmitirían por vía oral. Seguramente los seres fantásticos a los que hemos aludido tuvieron más de un significado, o formaron parte de historias diversas según las zonas y las épocas. Además, no olvidemos que contamos con un número limitado de evidencias, que en su mayor parte son fruto de hallazgos casuales y no de una investigación sistemática, lo que introduce un sesgo importante en nuestro conocimiento. En todo caso, las imágenes nos permiten compartir las vidas invisibles de los Iberos y seguirles, desde el presente, en su viaje a través de universos fantásticos.

LEONES, TOROS Y CABALLOS EN EL IMAGINARIO IBÉRICO

Carmen Aranegui Gascó[1]

ANTES DE EMPEZAR

Es un honor participar en el 150 aniversario de la primera publicación sobre el Cerro de los Santos, exposición que nace de la mano del Museo de Albacete, una institución ejemplar en su empeño por reunir el patrimonio provincial para ofrecerlo al gran público y hacerlo accesible a la investigación, en el precioso edificio del que dispone desde 1978, renovado gracias a la iniciativa de su infatigable directora Rubí Sanz Gamo.

En referencia a la temática que se me ha solicitado, *leones*, *toros* y *caballos* ibéricos, conviene delimitar su tratamiento en el espacio y en el tiempo con el fin de hacerla accesible al público de hoy. Concretar los términos facilita el mensaje, de modo que invito a que nos traslademos a la cultura ibérica de los siglos V/ IV a.C. para contemplar estos animales en las representaciones de gran formato esculpidas en caliza, exhibidas en lugares públicos propios de contestanos, mastienos, bastetanos y oretanos, principalmente, dejando para otra ocasión los objetos menores y las escenas pintadas sobre cerámicas ibéricas, de fechas posteriores.

Fig. 1.- Área geográfica contemplada en el texto.

[1] Catedrática de Arqueología emérita, Universidad de Valencia carmen.aranegui@uv.es

Son obras relacionadas exclusivamente con los niveles sociales más elevados de las áreas comprendidas entre el río Júcar, la Alta Andalucía y Córdoba (Fig. 1), las únicas que entonces se dieron a conocer mediante la expresión plástica porque elevaron monumentos con esculturas zoomorfas y antropomorfas en sus necrópolis y límites territoriales. En efecto, en estas zonas la comunidad estructurada ibérica brindó a sus jefaturas la posibilidad de reafirmar así su superioridad, pero es ilusorio pensar que tal sociedad fuera consciente de la génesis de los temas incluidos en sus mausoleos. Al cabo de dos o tres siglos, distinguir si el icono elegido había llegado por mediación fenicia, etrusca o griega no era la cuestión, porque el objetivo era legitimar su poder apropiándose de lo que venía del pasado.

El arte no se expande volando por los aires ni es un hecho aislado, sino que está dentro de un sistema cultural que contextualiza las imágenes. Estas pueden hablar, enmudecer durante un tiempo y reaparecer, como si ese intervalo apenas hubiera existido, expresando otras ideas, de acuerdo con la situación que las requiera. La erudición contemporánea ha hecho todo tipo de estudios comparativos de las piezas ibéricas zoomorfas con esculturas del Próximo Oriente, de Anatolia, de Etruria o de la Magna Grecia (Blanco, 1988, 205-234), pero apenas ha mostrado puntos intermedios para enlazarlas con la cultura ibérica. En la península, los restos materiales susceptibles de constituir la vía hacia el arte ibérico están, por una parte, en los yacimientos del interior de la Baja Andalucía (Baena, Nueva Carteya…), que aportan ejemplos esculpidos localmente marcados con el sello oriental (Morena, 2013, 34-39), y, por otra parte, en la cerámica local decorada con seres híbridos pintados, tipo Carmona, Cerro Alcalá (Torres) o Cabra, de cronología algo anterior a la ibérica (Pachón; Aníbal; Carrasco, 2008, 115-159).

LOS LEONES

Los leones son fieras carnívoras naturales de Asia y de África que el arte antiguo mediterráneo representó desde el final de la Edad del Bronce y hasta época romana. Homero afirma que en su tiempo había verdaderos leones en Grecia, junto a leones mitificados según el relato del primer trabajo de Hércules contra el león de Nemea, lugar del Peloponeso (Diodoro Sículo, IV, 11-27), por ejemplo. Existían asimismo leones en el norte de Italia y en los Balcanes, extintos al final de la Antigüedad. No los había coetáneamente en la península ibérica, cuya proximidad a África pudo haber dado a conocer los leones salvajes a quienes atravesaban el estrecho de Gibraltar, aunque no hay constancia de ello.

Fig. 2.- Placa de marfil de Bencarrón, Carmona, (12,7 x 4,9 cm) (Hispanic Society, N.Y.); jarro de bronce zoomorfo, tumba 17 de La Joya (Museo de Huelva); segmento de oro del cinturón de Aliseda (Museo Arqueológico Nacional).

De este modo, el punto de partida del león en el imaginario ibero debió estar relacionado con un animal que poca gente había visto al natural, pero conocido a través de la decoración de objetos de lujo introducidos por el comercio exterior. Los peines y estuches de marfil, las jarras y palmatorias de bronce, o el cinturón de oro de Aliseda (Fig. 2), destinados a las altas jerarquías locales pre-ibéricas, debieron contribuir a divulgarlo como símbolo de riqueza y poder. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que el paso del pequeño león ornamental a la escultura exenta de gran tamaño no tiene una explicación simple, ya que supone el paso de un uso privado a un uso público de la imagen, con la consiguiente necesidad de un espacio distinto al doméstico para exhibirla.

Los grandes leones con melena indicada por incisiones y orejas acorazonadas pegadas al cráneo de El Cerro de Minguillar (*Iponuba*, Baena) y de Nueva Carteya (Córdoba) (Fig. 3) inauguran una lista susceptible de ser datada hacia el siglo VI a.C. que, por lo que se sabe, no tiene un contexto arqueológico funerario (García Huerta; Ruiz Gómez, 2012: 85-88). Hipotéticamente estas piezas podrían hacer visible el poderío de ciertas ciudades tartésico-turdetanas, sin que estos tótems muestren señales de destrucción intencionada, sino simplemente desgastes atribuibles al curso de su historia.

Cuando estos leones en posición echada frontal, de fauces abiertas soldadas por sus colmillos y lenguas pendientes, se expanden desde la Campiña Cordobesa hacia la Alta Andalucía, la altiplanicie manchega oriental y la cuenca del Vinalopó, comienza su fase ibérica. En principio parecen mantener su significado como hito territorial, muy probable en el León de Bocairente (100 x 115 x 42 cm) (Museo de Prehistoria, Valencia), con el vientre rebajado, melena grabada y restos de policromía, y, tal vez, en los de El Macalón (Nerpio) (Museo de Albacete) (Chapa; González; Alba, 2019, 367-390), pero pronto se asocian a contextos funerarios, como es evidente en Pozo Moro (Chinchilla de Montearagón), donde bloques rematados por leones con cabezas en bulto redondo, con melena volumétrica incipiente (Fig. 4), forman parte de sillares de esquina de una estructura turriforme funeraria que se derrumbó o fue destruida poco después de su construcción (Prieto, 2017).

Fig. 3.- León de Nueva Carteya, (114,5 x 61 x 23 cm) (Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba).- Fig. 4.- León de esquina de la torre de Pozo Moro, Chinchilla de Montearagón (Museo Arqueológico Nacional. CERES). Fig. 5.- Pilar-estela sobre el que se asienta un león procedente de la necrópolis de Coy (Lorca) (Museo Arqueológico de Murcia. CERES).

En época ibérica los leones empiezan a compartir espacios con personajes humanos y con animales híbridos, inéditos en su "punto de partida" cordobés. El ejemplo paradigmático de esta cohabitación reside en El Cerrillo Blanco (*Obulco*, Porcuna) (Museo Ibero de Jaén) donde aparece el caso único de un león-grifo en movimiento con palmeta y serpiente, a modo de quimera, cuyo concepto formal no puede desligarse del arte griego de la transición desde el ciclo arcaico al clásico, fechada hacia el 480 a.C.

Sin embargo, la serie más repetida del león funerario ibérico es la que lo muestra sobre un pilar, como los ejemplares de Bujalance (Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba) y Coy (Lorca) (Museo de Arqueología de Murcia) (Fig. 5).

LOS TOROS

Sin duda el toro es la representación que cuenta con más antecedentes en el sudeste peninsular, como indican las figurillas de bóvidos de arcilla de época argárica (Fig. 6) (VV.A.A., 2018), a las que siglos después se suman en Andalucía las zoomaquias tartésicas sobre placas de marfil o hueso, principalmente conservadas en la Hispanic Society, llegadas por contacto colonial, que muestran escenas con toros ausentes en el arte ibérico.

Si se eliminan de la serie ibérica los leones de melena volumétrica y mirada patética, con una cabeza entre las garras delanteras, como el de Villarrodrigo, Jaén (Museo de Albacete), de época romano-republicana (Aranegui, 2004, 213-227), los toros superan en número a los leones en el imaginario ibérico y encabezan la lista de los zoomorfos de apariencia fiel a su naturaleza.

Los representados en pie, como el de El Cerrillo Blanco (h. 154 cm) (Museo Ibero de Jaén) o el de Arjona, Jaén (Museo Arqueológico y Etnológico de Granada) (Fig. 7), son las esculturas ibéricas más voluminosas, aunque existe la versión, más corriente, del toro echado, a escala más reducida, cuya dispersión, puntualmente, supera la línea del Júcar y entra en la Edetania (toros de Sagunto, La Monravana de Liria y La Carencia de Turís).

Especialmente en la Contestania, algunos yacimientos han dado hasta cinco o seis toros, estantes y echados, en puntos específicos del paisaje, cerca de la costa o junto a un río, sin evidencia de que funcionen por pares, como es propio de esculturas asociadas a la arquitectura. Pero las necrópolis son su localización habitual, como es el caso de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura) (MARQ Alicante) y del Paraje de las Agualejas (Monforte del Cid) (Museo arqueológico y de Historia de Elche). Numerosos ejemplos indican que fue frecuente su montaje sobre un pilar-estela que los destaca sobre su entorno (Izquierdo, 2000), especialmente cuando está culminado por un toro en pie (Fig. 8), todo lo cual convierte al toro en el signo principal, aunque no exclusivo, del lenguaje visual de los iberos del sudeste contestano.

No obstante, la pieza esculpida con mejor oficio, rematada con un acabado más rico y cuidado, es el llamado por su tamaño Torito de Porcuna (55,5 x 70,5 x 20,5 cm.) (Museo Arqueológico Nacional), hallado fuera de contexto. Con el vientre rebajado, con orejas acorazonadas y orificios para embutir las astas, destaca por su decoración con temas vegetales incisos sobre su superficie, que presenta pequeños orificios, bien para fijar un instrumento tipo compás para regularizar el trazado de su decoración, o bien para añadir adornos (Fig. 9). Es una versión de un toro mitificado, elevado por encima de su naturaleza animal, datado en el siglo VI a.C. en atención exclusivamente a su estilo.

En general, las cabezas ibéricas de los bóvidos muestran cavidades para encajar las astas y algunas veces también las orejas, con ayuda de yeso. Esas partes se han encontrado sueltas en El Cerrillo Blanco. En Cabezo Lucero también se hallaron cuernos y orejas sueltos esculpidos en caliza (MARQ Alicante, Inv. núms. CLI80AIS3 y CLI80AIIS5) que desacreditaron la reposición de estas partes en metal, como se había hecho en la primera exposición al público del toro de ojos almendrados y rectángulo rebajado sobre la frente de Villajoyosa, opción eliminada después por el MARQ. En efecto,

la opción del bronce hubiera supuesto utilizar la fundición en hueco para que el peso no fuera excesivo y asegurara las astas en el orificio pétreo, técnica desconocida en la toréutica ibérica del siglo IV a.C.

El toro sigue evocando el pasado ibérico en contextos propios de la romanización. El ejemplo más grandioso es el altorrelieve del toro echado de *Urso* (Osuna), de anatomía conforme a su naturaleza, que, caso único, ocupa la cara visible de un gran sillar constructivo de 64 x 108 x 42,50 cm (Museo Arqueológico Nacional).

Fig. 6.- Bóvido argárico de terracota procedente de Laderas del Castillo, Callosa de Segura, (12,5 x 6,5 cm) (foto MARQ, 2018).- Fig. 7.- Toro en pie de Arjona, Jaén, (53 x 142 x 42,50 cm) (Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba CERES).- Fig. 8.- Pilar estela de Monforte del Cid (Museo Arqueológico y de Historia de Elche)..- Fig. 9.- El llamado Torito de Porcuna, (55,5 x 70,5 x 20,5 cm) (Museo Arqueológico y Etnológico Nacional. CERES)..- Fig. 10.- Cabeza de toro de Villajoyosa (MARQ Alicante).

CABALLOS

Los caballos de Iberia fueron destacados por los escritores clásicos (Estrabón III, 163) que también elogiaron la maestría de los jinetes iberos (Sanz; Blánquez, 2011: 253-277. Mata, 2014: 33-53). Se convirtieron en esta época en animales nobles que prácticamente desaparecieron de los basureros de la alimentación humana. Los cazadores y guerreros los exhibían como el más preciado de sus bienes, hasta llegar no solo a depositar ruedas de carro en sus sepulturas o a enterrarse con bocados, acicates y cabezales, sino incluso a inhumar caballos en necrópolis.

Como una prueba puntual del aprecio por los équidos, en el santuario de El Cigarralejo (Mula) (Blánquez, 2016: 79-88) se ofrecieron unos cuarenta caballitos de piedra, enjaezados o no e incluso tirando de un carrito (Museo Emeterio Cuadrado, Mula), tal vez para pedir la prosperidad de todas las actividades con que estaban relacionados, importantes para la población del lugar. Esto no tienen nada que ver con la sacralización o divinización del caballo, ni por el contexto de los exvotos, ni por su heterogeneidad en el santuario. En la cultura ibérica el caballo es fundamentalmente una montura que suma un significado heroico al jinete, o bien un animal de tiro.

El Museo de Albacete tiene en su colección las dos esculturas de caballo más importantes del arte ibérico, interesantes en sí y porque ponen a la vista tratamientos de ejecución diametralmente distintos (Sanz, 2007: 185-209). La estructura tumular 31 de la necrópolis monumental de Los Villares (Hoya Gonzalo) estaba coronada por el denominado Caballero nº 1 (Blánquez, 1997a: 211-234), una de las pocas piezas con contexto arqueológico, caballero rígido en su posición y en su composición, voluntariamente desproporcionado a favor del jinete y minucioso en la descripción de los arreos, escultura atribuida a un taller local o regional activo hacia el 490 a.C. (Fig. 11).

Y el broche de oro de este pequeño apartado no puede ser más que un cumplido homenaje a la hípica ibérica representada por el hallazgo casual del caballo (incompleto) de La Losa (Casas de Juan Núñez) (80 x 130 x 44 cm.) (Fig. 12). Enjaezado, con guardacuellos y gualdrapa sujeta por un pretal y una cincha. Concebido conforme a la naturaleza del animal, ofrece una ejecución tan afinada en los volúmenes, texturas y detalles de la gualdrapa rematada por palmetas, que incluso llegó a plantear la hipótesis de haber sido esculpido por un artista llegado a Occidente con la diáspora samia (Faustoferri, 2000: 315-323), propuesta no consensuada en la actualidad, datándose el ejemplar de La Losa en fecha semejante al Caballero nº 1, a comienzos del siglo V a.C. Es un caballo desmontado que se puede asociar a un torso de guerrero con coraza y a una mano que podría llevarlo por las riendas hallados casualmente, pertenecientes, supuestamente, a una escena esculpida en bulto redondo. El cuerpo del caballo expuesto muestra una estética completamente distinta a la del Caballero nº 1, diversidad conceptual y técnica que no constituye un caso único en una expresión artística que no evoluciona marcada por el desarrollo cronológico de los estilos, sino que en todas sus manifestaciones cuenta con ejemplos que se salen, por arriba o por abajo, del nivel medio sin modificar su cronología.

Fig. 11.- Restitución del Caballero nº 1 de la necrópolis de Los Villares de Hoya Gonzalo, (168 x 181 x 77 cm.) (Museo de Albacete).
Fig. 12.- Caballo enjaezado de La Losa (Casas de Juan Núñez), (80 x 130 x 44 cm.) (Museo de Albacete).

CATÁLOGO

140, Esfinge
Alarcos (Ciudad Real)
Finales del siglo VI – V a.C.
Piedra arenisca
Altura aproximada sin peana 47,6 cm.
Museo de Ciudad Real nº CE000217
(Fotografía FCG)

141 Domador de caballos
Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete)
Finales del siglo VI – V a.C.
Piedra arenisca
Alto 58 cm., ancho 73 cm., grueso 18 cm.
Museo Arqueológico de Murcia nº 3521
Colección de El Llano de la Consolación (0/308/1)
(Fotografía MMU)

142, Pintor de Ascoli Satriano (Apulia)
Sítula de Heracles en el jardín de las hespérides
Años 330-320 a.C.
Cerámica griega de figuras rojas
Alto 52,70 cm; Ø boca 26 cm; Ø base 13,10 cm.
Museo Arqueológico Nacional nº 1999/99/131
(Fotografía ARR, MAN)

143, Vaso de los "dragones"
Hoya de Santa Ana sepultura 52 (Chinchilla de Montearagón, Albacete)
Siglo V a.C.
Cerámica a torno e impresa
Alto 16,5 cm., Ø borde 13 cm; Ø base 6 cm.
Museo de Albacete nº 2341
(Fotografía MAD)

144, Grifo
Los Villares sepultura 20 (Hoya Gonzalo, Albacete)
Siglo V a.C.
Oro repujado y granulado
Alto 1,5 cm., ancho 1,5 cm.
Museo de Albacete nº 16985
(Fotografía MAD)

145, Cabeza de lobo
El Amarejo (Bonete, Albacete)
Siglo III a.C.
Cerámica modelada y pintada
Alto 6 cm., largo 5 cm., ancho 4 cm.
Museo de Albacete nº 9868
(Fotografía MAD)

146, León ante palmera
Zama (Hellín, Albacete)
Siglo III a.C.
Cerámica a torno, pintada
Alto 34,4 cm., ancho 26 cm.
Museo de Albacete nº 9335
(Fotografía MAD)

147, Sirena y jinetes
Tossal de Sant Miquel (Liria, Valencia).
Siglos III-II a.C.
Cerámica pintada
Alto 13,5 cm., ancho 18,2 cm.
Museo de Prehistoria de Valencia nº 2508
(Fotografía SIP)

148, Cabeza de sirena
El Amarejo (Bonete, Albacete)
Siglo III a.C.
Cerámica modelada y pintada
Alto 4 cm., largo 5,5 cm., ancho 4 cm.
Museo de Albacete nº 9876
(Fotografía MAD)

CATÁLOGO

149, Diosa de Libisosa
Cerro del Castillo (Lezuza, Albacete)
Fines siglo III-II a.C.
Cerámica pintada y aplicaciones plásticas
Altura: 23 cm; Ø borde: 12,5 cm; Ø base: 4,5 cm.
Centro Agripina de Lezuza (depósito del Museo de Albacete nº 18806)
(Fotografía CCM)

150, Reproducción de la Bicha de Balazote
1943
Vaciado en escayola
Alto 73 cm., largo 94 cm., grueso 37 cm.
Museo de Albacete nº 16898
(Fotografía MAD)

ENTRE IBERIA, CARTAGO Y ROMA

J. Bustamante, dib^r y lit^o

ANTIGÜEDADES DEL CERRO DE LOS SANTOS.

TÉRMINO DE MONTEALEGRE.

IBEROS, PÚNICOS Y ROMANOS

Manuel Bendala Galán

En homenaje a la memoria del gran filólogo, historiador, maestro y amigo
Jesús Javier de Hoz Bravo (1940-2019)

El siglo IV a.C. fue un tiempo de progreso y consolidación para numerosos Estados y ciudades de la Hispania antigua, promotores de una actividad social y económica cada vez más competitiva dentro y fuera de la península, y por robustecerse en su ámbito territorial, a menudo generando urbes mejor ordenadas y fortalecidas con murallas que eran la primera y principal expresión de su potencia ciudadana.

En la Hispania mediterránea, sector de la vanguardia urbana de la Península, bullían ciudades de muy diversa raigambre etnocultural, con predominio desde la alta Andalucía al Levante y el nordeste peninsular de las que consideramos ibéricas, propias de oretanos, bastetanos, contestanos, edetanos, ilercavones, indigetes, ilergetes y otros pueblos. El sur y suroeste, en la Andalucía occidental y los territorios vecinos de Extremadura y Portugal, estaba poblado por turdetanos, con un fuerte componente púnico arraigado en la antigua colonización fenicia, con base principal en *Gadir*, y enriquecido por migraciones promovidas por la poderosa Cartago de África. Estrabón escribió, al tratar de la Turdetania, que sus ciudades estaban tan sometidas a los púnicos que la mayor parte de ellas y de las zonas vecinas estaban habitadas por ellos (Estr. III, 2, 13). A esta amalgama étnica principal se sumó en la zona una oleada de célticos del interior, determinante de una Beturia céltica entre los cursos medios del Guadiana y el Guadalquivir. Y hay que sumar el componente griego, presente sobre todo en el nordeste peninsular, con una base principal en la importante colonia de *Emporion*, en la costa gerundense. Su influencia, por su presencia en muchos otros lugares y por el poder modélico de su cultura, tiñó toda Hispania.

Las ciudades propiamente ibéricas se robustecían al calor del activo comercio internacional que promovían, fundamentalmente, púnicos y griegos desde sus metrópolis de origen o desde las ya existentes en Hispania. Bastantes de ellas se habían convertido en centros cosmopolitas, poblados por gentes de origen diverso, en unos lugares con predominio de los griegos, como se comprueba en centros de la costa o sus inmediaciones, como Ullastret, Sagunto o La Picola, junto a Santa Pola (Alicante). Sin una presencia estable de ellos no es posible explicar la adopción de la escritura jonia por iberos de la zona de Alicante y Murcia, en la Contestania, en los siglos V y IV a.C. Sólo pudo ser fruto de una íntima convivencia entre griegos e iberos, generadora de individuos bilingües capaces de esa adaptación.

Pero también en los centros iberos del sudeste y la alta Andalucía estaban muy presentes los púnicos. Llama la atención que en el Tossal de Sant Miquel, la antigua *Edeta*, su único templo identificado responda a una tipología púnica, de planta alargada, y que la divinidad venerada en él tuviera forma de betilo obeliscoide, una de las expresiones características del aniconismo religioso de los púnicos. Por su parte, en la oretana ciudad de *Cástulo*, volvemos a en-

contrar vestigios de un templo de tipología fenicio-púnica, con sus dos columnas características en la fachada. Acredita la existencia en la ciudad de una importante comunidad de ese origen, a la que pertenecería la aristócrata o princesa *Imilce*, con la que desposó Aníbal. No es irrelevante que en el nombre *Imilce* sea reconocible el radical fenicio *mlk* ("jefe" o "rey"), presente en el nombre del dios Melqart ("Rey de la ciudad"), con lo que *Imilce* vendría a significar "princesa" en púnico. Fenicios y púnicos debieron de incorporarse a las élites dirigentes de la ciudad, de donde resultaría la estrecha alianza con los cartagineses de la ciudad de *Cástulo* de la que se hace eco Livio (XXIV, 41, 7) al explicar la unión de Aníbal con *Imilce*: *urbs Hispaniae valida ac nobilis et adeo coniucta societate Poeneis ut uxor inde Hannibali esset* ("Era *Cástulo* una ciudad hispana poderosa y noble y tan estrechamente unida a los púnicos que de allí era la esposa de Aníbal").

Si seguimos a occidente, hallamos otros importantes indicios de la presencia de púnicos hacia el curso medio del Guadalquivir, en el entorno de Córdoba, entre ellos el templo extramuros de Torreparedones, la antigua *Ituci*, junto a Baena. Todavía en época romana, en que recibió el apelativo de *Virtus Iulia*, disponía de un templo de tipología púnica dedicado a la *Dea Caelestis*, denominación latina de la púnica Tanit, venerada bajo la forma, de nuevo, de un betilo-columna con capitel foliáceo, expresión de su carácter frugífero (Fig. 1).

1

2

Fig. 1.- Interior de la *cella*, reconstruida *in situ*, del templo de Torreparedones (Baena. Córdoba). Al fondo, el betilo estiliforme, imagen anicónica de Tanit/*Dea Caelestis*. Fot. M. Bendala.- Fig. 2.- Trishekel hispano-cartaginés. En el anverso, cabeza de varón a izquierda con la *tainía* o diadema propia de los príncipes helenísticos (tal vez, retrato idealizado de Asdrúbal). En el reverso, proa de barco de guerra, expresión del poder naval de los Barca. Fot. cortesía de P.P. Ripollés.

Con este rico y dinámico mosaico de pueblos, Estados y ciudades, entró Hispania en un siglo III calificable de explosivo en todos los sentidos. La lucha por el poder hegemónico del viejo mundo, desencadenada por Cartago y Roma, hizo de la península Ibérica un escenario principal de su definitiva confrontación. Hispania quedó implicada en ella no como mero escenario, sino como partícipe a la fuerza del duelo colosal desatado entonces. El punto de arranque de esa implicación fue la comentada implantación en Hispania de fenicios y púnicos, que la marcó tan definitivamente como expresa el hecho de que Hispania sea el nombre con que ellos la denominaron, que Roma perpetuó y que permanecerá para siempre. Derivaría de un compuesto de origen fenicio, *i-span-ya*, con el significado de "isla o costa del norte", por oposición a las tierras del sur, de la costa africana, por donde discurrían principalmente las navegaciones fenicias

a Occidente.

Ya los fenicios, con su implantación en prácticamente toda la franja costera de la península y una poderosa penetración en el interior, hicieron de Hispania su territorio. Después, bajo el predominio de Cartago, los afropúnicos pusieron igualmente su mirada en Hispania, con promociones urbanas y auténticas migraciones y que determinarán la decisión de los Barca de buscar aquí las bases de su robustecimiento frente a Roma, tras su derrota en la Primera Guerra Púnica (Fig. 2). Atrajeron por pacto o por imposición militar a numerosos pueblos y ciudades hispanas y fundaron varias ciudades en aplicación de un plan estratégico muy elaborado, extendido desde Cádiz y el bajo Guadalquivir hasta toda la franja costera mediterránea, con vértice en la creación de una verdadera capital de la España cartaginesa, *Qart Hadasht* (Cartagena). La investigación arqueológica reciente ha puesto de relieve la envergadura del proyecto de organización y control, con base ciudadana, de este gran territorio principal de la vanguardia urbana de la península. Su aplicación con modelos helenísticos alcanza su cenit en *Qart Hadasht*, la primera gran urbe de concepción helenística de Hispania, pero se percibe igualmente en otros lugares, entre ellos *Gadir*, particularmente en el *oppidum* del Castillo de Doña Blanca; *Carteia* (San Roque, Cádiz); Carmona, seguramente la *Ákra Leuké* fundada por Amílcar; Tossal de Manises, la futura *Lucentum*; *Baria* (Villaricos, Almería); tal vez en *Tarraco*. Es claro que, sobre la previa hegemonía cartaginesa, los Barca diseñaron un verdadero imperio paralelo al africano, base sólida, además, para el proyecto de Aníbal de atacar a Roma por tierra. Sería a la postre, tras la derrota de los ejércitos cartagineses de Hispania, la urdimbre básica de la primera organización romana de las provincias hispanas.

Fig. 3.- Reconstrucción ideal del sitio de Sagunto por Aníbal, según lo describen las fuentes literarias. Dibujo realizado por Albert Álvarez Marsal, dirigido por Manuel Bendala, para la exposición "*Fragor Hannibalis*. Aníbal en Hispania" (Museo Arqueológico Regional de Madrid, Alcalá de Henares, 2013).

Las ciudades ibéricas participaron, *velis nolis*, en ese proceso de acelerado ritmo histórico, impulsadas por los intereses de dirigentes que buscaron desempeñar su papel en el belicoso teatro del mundo que auspiciaban cartagineses y romanos. Las formas de poder de las sociedades ibéricas más avanzadas, con raíces tartésicas y fenicias, eran aristocracias o realezas divinizadas o heroizadas -*tiranoi*, *reguli* llaman a sus titulares en las fuentes grecolatinas- que estimularon la aproximación de los líderes cartagineses -y luego de los romanos-, para que, mirados aquí como nuevos reyes, pudieran acceder fácilmente a los recursos y hombres que precisaban para su proyecto militar. Dispondrían, además, del apoyo excepcional que, basado en la *fides* o *devotio*, vinculaba a los iberos con sus dirigentes hasta la

muerte, algo especialmente importante en tiempos de guerra. Y era, también, una forma de obtener poderes absolutos que conectaba con la adopción por los dirigentes púnicos y romanos de la concepción helenística del poder, basada en la monarquía divinizada de tradición oriental. Si Alejandro la adoptó en su marcha militar e ideológica al Oriente, haciendo suyo su mundo y su idea del poder absoluto del rey-dios, los líderes cartagineses y romanos, en su *imitatio Alexandri*, vieron en Hispania un verdadero "Oriente en Occidente". Excepcionalmente, en este extremo del Mediterráneo se habían perpetuado, en los tiempos que ahora evocamos, formas de poder absoluto y heorizado de la misma matriz oriental. Es lo que explica, en buena medida, la política de pactos de oportunidad llevados a cabo por Asdrúbal y Aníbal, anudados en matrimonios con mujeres de familias gobernantes de las comunidades ibéricas. Los historiadores antiguos dan cuenta de la conversión de los Barca en verdaderos *principes* iberos cuando comentan que Asdrúbal, que –se decía– aspiraba en Hispania a un poder monárquico, fue saludado en una asamblea de régulos hispanos, celebrada en *Qart Hadasht*, como su jefe supremo. Se produjo lo que he dado en llamar la "hispanización" de los Barca. Recuérdese, a este propósito, que las tropas hispanas estuvieron en la vanguardia del ejército de Aníbal, y su fidelidad extrema en la larga y durísima campaña italiana sólo puede explicarse convincentemente por un nexo de unión con su líder tan inquebrantable como el que imponía la *devotio* ibérica.

Los romanos siguieron una práctica parecida con los dirigentes hispanos, que era acorde, por otra parte, con la política de pactos entre *aristoi* de otras ciudades que Roma desarrollaba desde que inició su expansión imperial en la propia Italia. Los romanos llegaron a Hispania como valedores de los pactos firmados con anterioridad con sus aliados griegos, extendidos a la ciudad de Sagunto, que tendría la importancia conocida de haber sido, según los romanos, el desencadenante del estallido de la Segunda Guerra Púnica al ser atacada por Aníbal (Fig. 3). Roma lo esgrimía como *casus belli* argumentando que el llamado 'tratado del Ebro', firmado entre los romanos y Asdrúbal, fijaba el límite de la acción cartaginesa en el curso del río que le da nombre (Pol. II, 13, 7), pero al que se había añadido, según Livio (XXI, 2, 7), una cláusula que incluía la protección, fuera de los márgenes del tratado, a la ciudad de Sagunto. Antes, cuando se desataron las tensiones que desembocaron en el ataque de Aníbal, los saguntinos solicitaron el arbitraje de los romanos. Todo viene a indicar que hubo un *foedus* directo de Roma con Sagunto, recordado, seguramente, en una rara emisión hispana de dracmas de plata de la que se conocen un par de ejemplares. Responden a la tipología de los "áureos de juramento" y muestran, en el anverso, a los Dioscuros a la manera de Jano bifronte y, en el reverso, una escena en la que dos personajes, un romano con coraza y lanza y un dirigente indígena con túnica corta y ancho cinturón, emblema de su alto estatus, juran sobre un cerdito o jabalí que sostiene un personaje agachado entre ambos; debajo, una cartela con la leyenda ROMA. Se ha propuesto que se trata de una emisión especial, llevada a cabo hacia el 214 a.C. por los primeros Escipiones, en conmemoración del pacto con Sagunto.

Los Escipiones aplicaron, pues, en Hispania su acción de fuerza con las armas y, también, la usual política de alianzas y pactos con las élites locales para asociarse a sus formas de poder heroizado y personalista, como habían hecho los Barca. Hispania, situada en el extremo de la ecúmene, los situaba, además, en un horizonte geográfico mitificado y asentado en la memoria legendaria de Herakles, ideal para propiciar sus aspiraciones a la propia heroización. Y si los Barca se asimilaron a la realeza ibérica mediante enlaces matrimoniales, los *imperatores* romanos practicaron una política de relaciones y de pactos que condujo, igualmente, a un alto grado de identificación con ella.

Se tienen, en efecto, testimonios explícitos de esa aplicación por los Escipiones de una hábil y eficaz política de pactos -de *amicitia* o de *fides*- con los régulos hispanos. Livio (XXXVII, 25, 9) hace mención de *regulos acceptos in fidem* por Escipión Nasica, hijo de Cneo Escipión, en el 190 a.C. (a cambio los ratificaría en su condición de reyes: *reges reliquisset*). Es muy expresivo, a este respecto, lo que cuenta Polibio (XXI, 11, 1-11) acerca de una carta dirigida por Lucio y Publio Cornelio Escipión, durante las guerras en Oriente, al rey Prusias de Bitinia para lograr su adhesión a Roma: "…los dos Escipiones empleaban argumentos claros y aportaban testimonios que les conferían credibilidad. Aludían no sólo a su política personal, sino a la general del pueblo romano, según la cual no despojaron de su trono a ningún rey antiguo,

sino que, además, habían entronizado a algunos reyezuelos y habían hecho prosperar a monarcas ampliándoles sus dominios. Citaban, de Hispania, los casos de Indíbil [rey ilergeta] y Culchas [rey turdetano], el de Masinisa en África y el de Pléurato en Iliria; y afirmaban que los habían convertido en reyes reconocidos, cuando eran reyezuelos insignificantes...". Y son abundantes los testimonios de la aplicación en Hispania de esta clase de pactos, que tienen en las "dracmas del juramento" una expresión particular de la importancia que Roma les concedía.

La especial relación de los imperatores romanos con los régulos hispanos alcanzó su máxima expresión con Escipión Africano. Tras la toma de *Qart Hadasht* y de su gran victoria en la batalla de *Baecula*, los jefes hispanos, entre ellos los régulos Edecón e Indíbil, le rindieron homenaje honrándolo como rey. Dice Polibio que Escipión rechazó el tratamiento y, cautamente, se limitó a aceptar la denominación de *imperator*. Pero debió de convenir a su mentalidad heroizante el hecho de que el tratamiento como rey por los indígenas significaba atribuirle una consideración divina o casi divina, expresada en el gesto de humillación, de *proskynesis*, que, según cita en esos términos Polibio, realizaron ante Escipión como símbolo de sometimiento (Fig. 4); un gesto que, en la tradición oriental, implicaba un verdadero acto de culto y fue muy apetecido por Alejandro como reconocimiento de su ansiada divinización.

Fig. 4.- Escenificación ideal de la ceremonia de sumisión de los régulos ibéricos Edecón e Indíbil a Publio Cornelio Escipión, futuro "Africano", ante quien se postran en *proskynesis*. Dibujo de A. Álvarez Marsal, dirigido por M. Bendala, para la exposición "Los Escipiones. Roma conquista Hispania" (Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid, Alcalá de Henares, 2016).

Tanto o más expresivo fue el hecho de que, después, los régulos hispanos honraron a Escipión con unos grandes funerales en *Qart Hadasht* en honor de su padre y su tío, muertos en la campaña anterior. Lo excepcional fue que, como describe detalladamente Livio (XXVIII, 21), los funerales incorporaron luchas sangrientas parecidas a las gladiatorias, aunque distintas a las romanas, porque en lugar de siervos, esclavos o condenados, se enfrentaron personas de rango para luchar como muestra del propio valor, o eran enviados por régulos en prueba de adhesión, de *virtus*; incluso lucharon dos aristócratas -Corbis y Orsua- que se disputaban el principado de la ciudad de *Ides* y decidieron dirimir la cuestión en el duelo en honor de los Escipiones. Parece razonable pensar que estos funerales no significaban otra cosa que tratar a Publio Cornelio Escipión como un rey local, ofreciéndole el tipo de funeral que, considerándolo rey, se otorgaba al antecesor muerto en una ceremonia funeraria que, para los hispanos, estaba cargada de un ancestral sentido dinástico. Se explica en el marco de la citada *fides* o *devotio*, que conducía a que personalidades próximas al

régulo se inmolaran a su muerte, sobre todo en el ejercicio de la guerra. Es la clase de ritos que, además del citado, se documentan en el excepcional funeral descrito por Appiano (*Iber.* 56) para honrar la muerte de Viriato, un *princeps* de la Beturia, en torno a cuyo túmulo lucharon 200 parejas de guerreros. Y es lo que deben significar básicamente las monomaquias del gran conjunto escultórico de *Obulco* (Porcuna, Jaén), del siglo V a.C.; o, más cerca cronológicamente de los Escipiones, los relieves con lucha de guerreros de un monumento de *Urso* (Osuna, Sevilla); o la escena pintada con el mismo tema –lucha de guerreros con falcata y entre músicos– del llamado "Vaso de la Danza Guerrera" de Llíria, Valencia (Fig. 5).

El caso es, como bien se sabe, que los romanos, liderados por el gran Escipión Africano, vencieron a los cartagineses en Hispania y los sustituyeron como poder hegemónico en la península. Muy pronto, Escipión dio pruebas de la decisión romana de quedarse para integrarla a su imperio. Tras la batalla de Carmona/Ilipa, en el 206 a.C., fundó Itálica, frente a *Spal* (Sevilla), la primera colonia romana de hecho en la península, condición que quisieron obtener formalmente los italicenses más de trescientos años después, solicitándolo a Adriano. Aquí dejó Escipión, en efecto, parte de su ejército de veteranos con la vocación de disponer de una base de actuación a futuro y controlar de inmediato el flujo de los ambicionados metales que se extraían en las feraces cuencas mineras de Sierra Morena. A los pocos años, el territorio de la Hispania hegemonizada por los Barca hasta su derrota pasaba a ser la demarcación de dos nuevas provincias romanas, la Hispania Citerior y la Hispania Ulterior, con límite en el *Saltus Castulonensis*, la zona serrana del entorno de Cástulo.

Comenzaba así un periodo fundamental de la historia de la Hispania antigua y de toda la historia de España en su conjunto. La imposición de Roma no acabó con las formas de vida que iberos y púnicos habían desarrollado en sus ciudades, pero la conquista de todo el territorio peninsular y la creciente creación de colonias romanas, todo ello acelerado a fines de la República y especialmente bajo los gobiernos de César y Augusto, imprimieron un cambio determinante a la historia y la cultura de la Hispania antigua. Las comunidades indígenas se vieron arrastradas a acercarse a los modelos culturales y políticos romanos por la inmigración de italo-romanos, por imposición, o por la propia conveniencia para participar en paridad de derechos y de posibilidades en los beneficios del nuevo orden romano. Se impuso en Hispania uno de los organismos administrativos, políticos y culturales más asombrosos de la historia de Occidente. Todo fue cambiando en una dinámica cultural regida por Roma que determinaría el ser histórico de España hasta nuestros días.

Fig. 5.- "Vaso de la Danza Guerrera", del *oppidum* ibérico de Sant Miquel de Llíria (Valencia). Foto: Archivo del Museo de Prehistoria de Valencia.

Lo muy sucintamente explicado en este brevísimo ensayo es fruto de una prolongada investigación llevada a cabo por muchos historiadores, arqueólogos y filólogos. En lugar de referencias en el texto prefiero remitir a algunas obras en las que ampliar a voluntad lo dicho, que serán fundamentalmente propias, en las que se da cuenta de las aportaciones de otros autores. Para las primeras culturas urbanas de Hispania, remito a mi libro general sobre los pueblos de la Edad del Hierro (Bendala 2000). Y para los iberos y su expresión cultural principal, el arte, al publicado con Lorenzo Abad (Abad; Bendala,1989).

Para la colonización y la presencia púnica en Hispania, una monografía (Bendala, 2015) y el libro-catálogo de la exposición sobre Aníbal y los Barca en Hispania, que tuve el honor de comisariar, y cuenta con importantes colaboraciones de los principales especialistas en los temas tratados (Bendala, 2013).

Para la conquista romana y los primeros pasos de su presencia colonizadora, de nuevo un libro-catálogo de otra exposición, complementaria de la anterior, también con importantes aportaciones y novedades de los principales especialistas (Bendala, 2016).Para la política de pactos de los romanos en Hispania y la valoración de la "dracma del juramento", véase el estudio de Mª Paz García-Bellido y Javier de Hoz (2018).

LA CERÁMICA COMO ELEMENTO DEFINIDOR DE RELACIONES CULTURALES

Mercedes Tendero Porras[1]

Desde su invención en época neolítica, hace unos diez mil años, la cerámica es uno de los avances tecnológicos más destacados en la historia de la humanidad. La mezcla de arcilla y agua, moldeada hasta conseguir la forma del recipiente deseado, y su cocción al fuego, le confieren unas propiedades físico-químicas idóneas por su perdurabilidad frente al paso del tiempo y resistencia a los diferentes procesos de deterioro. De esta forma, la cerámica es uno de los materiales más abundantes en los yacimientos arqueológicos pero, más allá de su valor cuantitativo, la importancia de su estudio reside en la notable información que ofrece sobre las sociedades que las elaboraron y utilizaron, hasta el punto de convertirse en un elemento excepcional de valor identitario. El estudio de la cerámica permite conocer a las sociedades del pasado, su nivel de desarrollo tecnológico, la explotación de su entorno medioambiental para proveerse en las mejores canteras de arcillas, la evolución y adaptación de sus formas a las funciones diversas para las que fueron concebidas, ya fuese consumo o procesado de los alimentos, almacenaje, transporte o ritual. Permite además determinar sus centros de producción, las redes de intercambio y comercio, e incluso nos habla sobre las interacciones culturales con otras comunidades de las que derivarán influjos formales o estilísticos. Todas estas propiedades imprimen un valor extraordinario a los fragmentos cerámicos que aparecen en una excavación arqueológica, hasta el punto de atribuirles el máximo exponente indicador para establecer cronologías que datan secuencias y contextos arqueológicos, así como inferir o caracterizar a estos últimos.

Centrando el tema en el objeto de esta publicación, pretendemos abordar en las siguientes líneas una aproximación somera a los rasgos básicos que definen los conjuntos cerámicos de época ibérica, en una zona definida por la historiografía reciente como el sur de la Contestania estricta, en concreto el espacio geográfico que hoy día conforma la depresión litoral meridional alicantina, desde los orígenes del mundo ibérico hasta el arranque del Imperio romano.

La cerámica ibérica de esta área geográfica se caracteriza en esencia, desde su aparición hasta su ocaso, por estar realizada a torno, con arcillas depuradas sobre todo para las producciones de mesa, cocidas en hornos siguiendo una tecnología eficaz que ofrece como resultado pastas duras, de excelente calidad y de cochura tanto oxidante como reductora. El acabado superficial es alisado, en ocasiones incluso bruñido y recurrentemente decorado con pintura rojiza de óxido de hierro. En función de sus características formales y funcionales, la investigación establece diferentes tipos que conocemos como ánforas, cerámicas comunes lisas y pintadas, cerámicas grises y, finalmente, las de cocina. Estas producciones presentan diferencias según los recipientes y el uso para el que fueron concebidos, de forma que adaptaron sus propiedades básicas atendiendo a su funcionalidad. Así, las pastas más resistentes se emplearon en las ánforas, envases que serían destinados tanto al transporte como al almacenaje; los desgrasantes más cuantiosos y de mayor

[1] Área de Arqueología, Fundación Universitaria La Alcudia de Investigación Arqueológica. INAHP, Universidad de Alicante

granulometría se entremezclan con las arcillas de los recipientes de cocina, que debían resistir la exposición al calor, y las pastas más depuradas, finas y con acabados de estética elaborada, aparecen en el servicio de mesa, en algunos contenedores o en los objetos de uso litúrgico-ceremonial. Desde su aparición, se advierten claramente las influencias técnicas y decorativas fenicias, como el uso del torno, el repertorio formal de muchos de sus vasos o el empleo de óxido de hierro para la ornamentación pintada, influjos que se funden indisolublemente con las tradiciones locales propias de las sociedades autóctonas.

Desde hace ya más de un siglo, la bibliografía especializada demostró interés por el estudio y la caracterización de las cerámicas como uno de los rasgos definitorios de los iberos. En la década de los años 70 del siglo XX, la publicación de la tesis doctoral de S. Nordström (1973) confiere a la cerámica ibérica el rango de documento histórico de primer orden (Abad, 2015: 42). Con ella se inaugura un camino por el que ha transitado la investigación ceramológica ibérica hasta la actualidad, donde destacan los estudios de F. Sala (1992, 1995, 2009) y T. Tortosa (2004, 2006) que definieron y secuenciaron, formal y estilísticamente, las producciones de nuestra zona de estudio desde el siglo VI a.C. hasta el I d.C. Estos trabajos han posibilitado colegir que a lo largo de estos siete siglos la cerámica ibérica del epicentro de la Contestania ofrece una serie de rasgos definitorios que permiten distinguir una evolución formal y decorativa de los recipientes, comprendida desde el prisma de varios factores socioeconómicos y culturales en constante transformación. Con las aportaciones de estas investigadoras, los estudios arqueológicos pueden hoy identificar contextos cronológicos ibéricos sin necesidad de recurrir de forma perentoria al análisis de las cerámicas importadas, hasta hace pocas décadas indispensables para poder fechar.

En la secuencia cronológica establecida por la historiografía actual, se delimitan diferentes etapas que, *grosso modo*, se dividen en los siguientes períodos: ibérico antiguo (siglos VI y V a.C.), pleno (siglos IV y III a.C.) y tardío (siglos II y I a.C.). A estos períodos debemos sumar en este análisis la fase altoimperial romana, desde el reinado de Augusto hasta el siglo II. Cada una de estas etapas se singulariza por la presencia de recipientes cerámicos que evolucionan en su forma, otros comienzan a fabricarse en un determinado momento e incluso algunos otros se extinguen, mostrando además influencias de producciones y modas exógenas que son asumidas e interpretadas por los alfares locales. En este sentido, la cerámica se convierte así en un elemento definidor de las relaciones con otras sociedades, pero también en un indicador socioeconómico, en el que los cambios en el procesado de los alimentos, en su elaboración y consumo, en las prácticas de comensalidad o en ritos y ceremonias, independientemente de los gustos y modas que llegan desde el comercio exterior, conllevarán en muchos casos la necesidad de nuevos recipientes específicos para estos usos. Veamos esta evolución y las características esenciales de las cerámicas ibéricas según los períodos.

El ibérico antiguo se caracteriza por la influencia semita que, como ya se comentó anteriormente, eclosiona con el uso estandarizado del torno, en la recreación de tipos que formalmente se inspiran en las producciones fenicias y en el empleo de la pintura rojiza a bandas y filetes para decorar algunos de estos vasos. Los recipientes cerrados, como las urnas, *pithoi* y *lebetes* empleados para el almacenaje, presentan perfiles bitroncocónicos y bordes de sección triangular. Suelen ser de gran tamaño, y es común que estén provistos de asas o pitorros vertedores, e incluso decorados con pintura. Una de las formas más características del momento son las denominadas urnas de orejetas, que perdurarán hasta el siglo IV a.C. con una clara evolución desde formas bicónicas hasta las globulares. Algunos recipientes son imitaciones de prototipos fenicios y púnicos, como los anforiscos típicos del siglo V a.C. que imitan en miniatura ánforas importadas o, a partir de finales de esta centuria, las recreaciones de vasos griegos que comienzan a llegar en abundancia por el comercio mediterráneo. Definitorio de este período antiguo es también la copiosa presencia de cerámicas grises, algunas con un acabado excepcional y brillante por su esmerado bruñido, con un amplio repertorio de formas abiertas, como cuencos, platos o copas. Se siguen produciendo, aunque de forma minoritaria, recipientes a mano de tradición autóctona, sobre todo en el repertorio de cocina. Las decoraciones evolucionan, pues las bandas y filetes horizontales de tradición semita, que eran en sí mismos los elementos decorativos, son empleados ahora como

ornamentos secundarios para compartimentar la superficie de los vasos y dejar en reserva espacios en los que se desarrollan motivos geométricos, como círculos, semicírculos y segmentos de círculos concéntricos, junto a tejadillos y otros dibujos generalmente realizados con pinceles finos y trazos certeros con la ayuda de compases o herramientas más complejas, donde se intercalan varios pinceles que marcan líneas equidistantes (Fig. 1a).

El yacimiento más significativo en el ámbito geográfico que analizamos será El Oral (San Fulgencio, Alicante) (Abad y Sala, 1993, 2001), asentamiento esencial para comprender esta facies ibérica que definimos.

Un poco más al interior, junto al margen izquierdo del río Vinolopó, se encuentra el yacimiento de La Alcudia (Elche, Alicante). Enclave excepcional por su colección de estatuaria y altorrelieves fechados entre los siglos V y IV a.C., no parece ofrecer hasta la fecha contextos cerámicos que nos indiquen una ocupación anterior a finales del V a.C. (Tendero, 2005). Resulta significativo que los vasos típicos de este período, como los bicónicos o las urnas de orejetas, o no aparecen en el registro o presentan perfiles un poco más evolucionados y globulares, propios de contextos del siglo IV a.C. Un dato revelador es la práctica ausencia de cerámicas grises, indispensables para identificar los conjuntos ibéricos antiguos, así como tampoco el resto de elementos que componen los ajuares domésticos: ollas de cocina, elementos del telar, etc. Al contrario, los materiales de La Alcudia contemporáneos a su escultura suelen ser objetos de uso ceremonial, como urnas pintadas, vasos de orejetas, anforiscos imitativos de las producciones fenicias, importaciones áticas o piezas singulares, como los huevos de avestruz (Fig. 1b). Por estas razones, y a la espera de nuevos resultados arqueológicos actualizados que puedan abrir nuevas perspectivas a la interpretación, nos sumamos a la hipótesis que identifica el lugar de La Alcudia en la fase antigua como un centro sagrado, posiblemente un *heroon* (Sala, 2007).

Fig. 1. Cerámica del período ibérico antiguo de La Alcudia: a) fragmento con decoración geométrica, y b) anforiscos y urna de orejetas globular.

Con la llegada del período ibérico pleno, las ánforas evolucionan hacia bordes con perfiles menos prominentes. Los grandes recipientes de almacenaje tienden a hacerse más globulares y, en general, de menores dimensiones. De igual modo, los bordes de sección triangular se transforman ahora en formas de "pico de ánade", sobre todos en *pithoi* y *lebetes*. Proliferan los vasos de pequeño tamaño e irrumpen en el registro arqueológico un repertorio muy variados de cuencos y platos. Aparecen los caliciformes, tarros, jarras, botellas y botellitas, a veces con singulares asas trenzadas, o vasos únicos de borde dentado que parecen imitar a los huevos de avestruz importados desde el área africana. Típico de estos momentos son los toneletes, cantimploras y sobre todo los *kalathoi* de cuello estrangulado, muy comunes en el área contestana ibérica, que evolucionan hacia mediados y finales del siglo III a.C. a los de borde plano y cuello no diferenciado. En definitiva, el repertorio formal de la fase plena es mucho más complejo y diversificado que el de

la etapa anterior, al que se suman además numerosas imitaciones y recreaciones inspiradas sobre todo en las formas de los vasos griegos, incluso después del cese de estas importaciones (Sala, 2009). En cambio, desaparece la cerámica gris tan típica de la fase antigua. En cuanto a la decoración pintada, continúan empleándose las bandas y filetes para compartimentar las superficies, al igual que los motivos geométricos, ahora con trazos en general menos cuidados, pero irrumpen las decoraciones figuradas fitomorfas, zoomorfas y antropomorfas, sobre todo con el siglo III a.C., que ocuparán las escenas principales de los vasos. De esta centuria son típicas también las decoraciones impresas y las sobrepintadas, con el empleo de varios todos rojizos, castaños o grisáceos, o fondos de engobe blanquecino sobre el que se pinta en rojo, aunque en el área geográfica que analizamos son bastante escasas.

La fase plena está representada en el área contestana que analizamos por La Escuera (San Fulgencio, Alicante) (Abad y Sala, 2001) o La Alcudia, entre otros yacimientos. En este último aparecen por primera vez atestiguados arqueológicamente niveles de hábitat doméstico asociados a contextos materiales típicos de esta época, con platos, cuencos, urnas de cocina, *kalathoi* de cuello estrangulado, etc. Los vasos mejor conservados, siempre pintados, suelen ser los empleados para contener inhumaciones de neonatos que fueron enterrados dentro de las casas, por debajo de sus pavimentos (Fig. 2a).

Fig. 2. Cerámica del período ibérico pleno de La Alcudia: a) *kalathoi* de cuello estrangulado, plato y urna, y b) fragmentos con representaciones de ciervos a tinta plana.

Hacia finales del siglo III a.C. y durante buena parte del siglo II a.C., surge uno de los estilos más significativos de la pintura vascular ibérica levantina, el denominado estilo Oliva-Lliria o narrativo, común y abundante en el área valenciana y en una amplia zona de la Contestania alicantina. Sin embargo, en el ámbito geográfico que analizamos, y en concreto en el área ilicitana, no se ha constatado hasta la fecha. En La Alcudia, distante tan solo 20 km del yacimiento arqueológico del Tossal de Manises (Alicante) donde sí aparecen vasos decorados con este estilo pictórico, tampoco identificamos el conjunto de importaciones cerámicas del ámbito púnico y centromediterráneo que en el Tossal de Manises aparecen siempre asociadas a las producciones del estilo Oliva-Lliria (Guilabert, Olcina y Tendero, 2021). En cambio, son comunes en La Alcudia las representaciones vegetales y animales a tinta plana, que datamos antes del ocaso de esta centuria (Fig. 2b). La ausencia de estos contextos de finales del III a.C, y del siglo II a.C. en las recientes excavaciones practicadas en La Alcudia o en la revisión de las antiguas intervenciones de campo, así como después de la catalogación de más de 50.000 objetos que se custodian en los fondos del Museo monográfico del yacimiento, parecen sugerir que este emblemático enclave ilicitano, rico en materiales ibéricos y ubicado en un espacio privilegiado que controla las tierras más fértiles del sur de la provincia de Alicante, sufrió una fuerte desagregación poblacional que pudo suponer incluso su abandono temporal antes del último cuarto del siglo III a.C., época en la que llamativamente irrumpen los repertorios propios del periodo ibérico tardío.

Será más tarde, en un momento adelantado de la conquista romana posterior a la reorganización de los territorios peninsulares, de la fundación de *Valentia* en el 138 a.C. y del notable auge económico de *Carthago Nova*, revelado por la epigrafía y la arqueología, cuando vemos resurgir con fuerza los repertorios propios de la fase ibérica tardía en La Alcudia. Ubicada entre estos dos polos con importantes contingentes de población itálica, unidos a partir de ahora por un nuevo trazado en la vía que reconduce su antiguo trayecto desde *Valentia* y el corredor de Montesa bajando por los valles del Vinalopó hasta alcanzar la costa y, desde allí, buscar el camino litoral hacia *Carthago Nova*, cuando la fundación de La Alcudia, *Ilici*, al pie de la vía y a mitad de camino del nuevo recorrido viario, adquiere sentido. Y es ahora cuando se manifiesta un nuevo estilo en las decoraciones vasculares, sin fases de ensayo previo, que la historiografía tradicional denominó estilo Elche-Archena o simbólico, y que también conocemos como estilo ilicitano (Tortosa, 2004, 2006).

En esta fase ibérica tardía observamos la evolución definitiva de muchas de las formas anteriormente descritas. Las ánforas presentan bordes apenas indicados y los contenedores con los típicos "pico de ánade" de la fase plena dejan paso a los bordes planos. Los *kalathoi* son uno de los recipientes más comunes y proliferan los platos, cuencos, vasitos, copas y ungüentarios, con un amplio repertorio imitativo de formas derivadas de las importaciones de los barnices negros universales, paredes finas y cerámicas comunes romanas. Una buena parte de estas producciones cerámicas aparece decorada con la típica pintura rojiza, que de nuevo seguirá empleando los trazos horizontales y los elementos geométricos pretéritos para compartimentar los recipientes en varios espacios que se rellenan con los motivos propios del estilo ilicitano. En esta nueva iconografía las escenas centrales suelen estar ocupadas por representaciones zoomorfas y antropomorfas. Entre las primeras destacan las aves de alas explayadas y los lobos o *carnassiers*, que aparecen tanto de cuerpo entero como en forma de prótomos. En otras ocasiones, las escenas se configuran a partir de grupos abigarrados donde se combinan varios animales que podemos identificar como diferentes tipos de aves, peces, cánidos, lepóridos, etc. que incluso se combinan con figuras antropomorfas. Otras escenas son presididas por jinetes, diosas aladas, ánodos o personajes de compleja identificación, y siempre con una profusión exuberante de hojas y tallos vegetales, rosetas y otros motivos secundarios que rellenan los vasos en un *horror vacui* apremiante (Fig. 3). En los registros cerámicos de La Alcudia destacan por su desmesurado tamaño algunos recipientes, como *kalathoi*, *pithoi* o jarras, en los que aparecen las decoraciones más complejas, heterogéneas y barrocas del estilo ilicitano, vasos que parecen amortizarse hacia el tercer cuarto del siglo I a.C. según recientes estudios (Ronda, Tendero y Cañadilla, e.p.) (Fig. 4).

Hacia el último cuarto del siglo, coincidiendo con la segunda fundación colonial de la ciudad, La Alcudia, ahora *Colonia Iulia Ilici Augusta*, comenzará a incorporar entre sus producciones locales imitaciones y recreaciones del repertorio de las primeras *sigillatas* itálicas y de las paredes finas. Surge así un hecho imitativo singular donde la pintura se emplea ahora para simular las decoraciones en relieve de los nuevos productos importados y, en ocasiones, sobre el pigmento se practican incisiones que semejan el resalte de los motivos originales (Fig. 5). También son imitados en cerámica algunos vasos de prestigio romanos, de metales preciosos, como el *cantharus de Ilici* (Ronda y Tendero, 2014, 2015, e.p.), (Fig. 6).

El estilo ilicitano se hace ahora más estilizado y menos barroco, con motivos fitomorfos y geométricos sencillos, y donde las figuras antropomorfas siguen un lenguaje iconográfico que parecen representar un mundo simbólico e ideológico plenamente romano (Ronda, 2021).

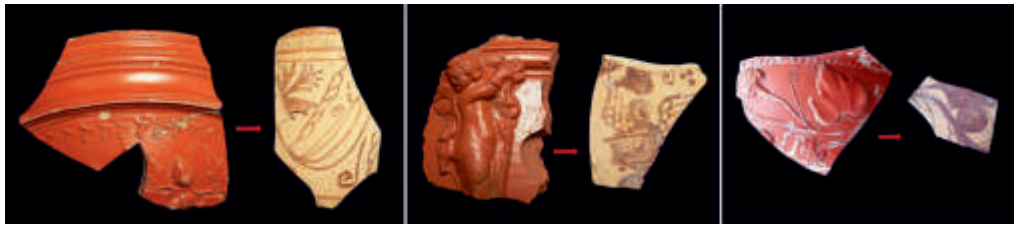
Con la consolidación de la nueva colonia y sobre todo con la creación del *Portus Ilicitanus* (Santa Pola, Alicante) en época augustea, que conectará el territorio con las amplias redes comerciales mediterráneas que abastecerán sobradamente las demandas, asistimos al declive de las producciones alfareras locales de tradición ibérica. Durante todo el siglo I, es probable un cierto mantenimiento de algunos talleres de cerámica ibérica, desconocidos hasta ahora arqueológicamente pero sin duda existentes como parece demostrarlo el análisis de las pastas de procedencia local empleadas en las diferentes producciones (Cerdán *et alii*, e.p.) ya que, en algunos yacimientos contestanos, se seguirán

empleando recipientes pintados de tradición ibérica hasta bien entado el siglo. Este fenómeno tardío enlazará, ya en época flavia, con la irrupción en escena de la última de estas producciones: las jarras u *olpai* con decoraciones simples (Abascal, 1986).

3

4

Fig. 3. Cerámica del período ibérico tardío de La Alcudia. Conjunto de *pithoi* del estilo ilicitano.- Fig. 4. Cerámica del período ibérico tardío de La Alcudia. Diferentes caras y sección del perfil de un *kalathos* de borde recto de grandes proporciones.



5

6

Fig. 5. Cerámica del período ibérico tardío de La Alcudia, fase augustea/altoimperial romana. Comparativa entre fragmentos importados y producciones locales, donde se observa el hecho imitativo a partir del empleo de pintura e incisiones para recrear los relieves de las producciones importadas.- Fig. 6. Cerámica del período ibérico tardío de La Alcudia, fase augustea/altoimperial romana. Diferentes caras del *cantharus de Ilici*, imitación local de vasos romanos realizados en oro y plata.

LA MONEDA IBÉRICA. IMAGEN Y PODER

Pere Pau Ripollés[1]

A lo largo de la historia, la acuñación de moneda ha sido una prerrogativa del poder, quien controló sus diseños, peso y metal. Existen diversos testimonios escritos que así lo señalan (Pseudo-Aristóteles, Oeconómica, 1345b 20; Macabeos, 15.6; Dión 52.30.9), aunque no siempre se refieren a un mismo tipo de poder (cívico, estatal o monárquico). En las ciudades griegas clásicas la moneda tenía como elementos básicos una cabeza de una divinidad protectora de la polis en el anverso y en el reverso el etnónimo y una figura, sirviendo todo ello para identificar su origen y garantizar su valor. Este modelo religioso se difundió por todo el mundo griego, llegando a convertirse en una convención tan arraigada que sólo pudo alterarse durante el periodo helenístico (Kroll 2007: 114). En algunas culturas no griegas también cristalizó este modelo religioso, como en Cartago, Roma o las ciudades ibéricas. La cronología de las emisiones ibéricas es tardía, ya que comenzaron a desarrollarse a partir de la Segunda Guerra Púnica, pues con anterioridad sólo la ciudad de Arse acuñó monedas de plata, con iconografía tomada de las emisiones griegas del Mediterráneo central (Ripollès y Llorens 2000: 276-281). El final de las acuñaciones ibéricas ha de situarse hacia el último tercio del siglo I a.C., cuando la obtención de estatutos jurídicos municipales o coloniales marcaron un cambio drástico en los diseños y el mensaje transmitido (Ripollès 2010). El contexto bélico de los años ca. 218-206 a.C. fue determinante para la difusión de la moneda como un medio de pago entre los iberos (Fig. 1), pues antes de esas fechas las monedas sólo habían llegado a manos de los iberos de forma esporádica (Aquilué y Ripollès 2021); además, estuvo limitada a las poblaciones de la franja costera y su hinterland. La presencia romana después de la guerra y la anexión del territorio ibérico por derecho de conquista fue una circunstancia que contribuyó a configurar el modelo monetario ibérico, ya que la mayor parte de las emisiones ibéricas se acuñaron bajo el dominio romano, quienes tenían un modelo monetario bien consolidado.

Fig. 1. Monedas hispano-cartaginesas acuñadas a finales del siglo III a.C.1. Shekel y medio (11,1 g); 2. Medio shekel (3,9 g); 3. Unidad de bronce (9,1 g). Museo de Albacete, col. Sánchez Jiménez, 11338, 11345, 11367.

[1] Universitat de València

METALES Y DENOMINACIONES

Los metales acuñados por las poblaciones ibéricas fueron el bronce y la plata. Ambos metales tuvieron un comportamiento diverso en cuanto a volumen de emisión, iconografía y patrones de peso. La plata fue un metal cuya producción debió estar de algún modo controlada por la administración romana. No hay duda de que la moneda de plata ibérica tomó como modelo metrológico el denario romano (Fig. 2). Los pesos medios de las primeras emisiones son coincidentes (3,91 g en Kese; 3,80 g en Iltirta y 3,79 g en Ausesken), y no existen dudas de que fueron valoradas como denarios romanos, pues los encontramos atesorados conjuntamente (Villaronga 1993). Incluso en Arse, donde la moneda de plata utilizó pesos más bajos que los del denario romano (3,22-3,38 y 2,6g), encontramos una equivalencia de tres cuartos de denario romano (Ripollès y Llorens 2000: 157-161).

Fig. 2. Denarios romanos e ibéricos. Siglo II a.C. 1. Denario romano de PVR (3,70 g); 2. Denario romano de M. IVNI (3,66 g); 3. Denario ibérico de Kese3,8 g); 4. Denario ibérico de Ikalesken (3,6 g). Museo de Albacete, col. Sánchez Jiménez, 12070, 12072, 11402, 11343.

Los talleres ibéricos que acuñaron denarios se encuentran bastante bien repartidos a lo largo de su territorio, a excepción de la parte sur, que administrativamente perteneció a la Ulterior, provincia en la que por razones desconocidas no se acuñaron monedas de plata. La mayor parte delas cecas ibéricas acuñaron plata sólo en una época temprana (Kese, Iltirta, Ausesken), pero en unas pocas tuvieron una mayor continuidad, como Arse o Ikalesken. Por lo que respecta a las acuñaciones de bronce, el modelo seguido se desdibuja completamente y adquiere características propias. En el aspecto metrológico, encontramos monedas con una amplia variedad de pesos, lo cual dificulta e impide la identificación de su valor o denominación. Hay ocasiones en las que los pesos se aproximan al estándar de ca. 27 g (uncial) o ca. 20g (uncial reducido) (por ejemplo Untikesken, Kese, Iltirta, Obulco o Castulo), pero muy pronto, a partir de mediados del siglo II a.C., proliferaron las emisiones que ajustaron su peso en torno a 9-13 g, dando la impresión de que continuaron dentro de la estructura de peso romana, pero acuñando piezas con valores más acordes con sus necesidades. Las monedas con pesos medios entre 10-12 g, debieron asimilarse con la denominación romana semis, pero dentro de los sistemas locales representaron unidades(véanse los pesos medios en la web moneda Iberica.org). (Fig. 3)

La producción de monedas de bronce fue consecuencia del desarrollo cívico y del crecimiento económico de las ciudades, dinamizando los pequeños intercambios al introducir un nuevo elemento de cambio de fácil uso. No sólo se emitieron unidades o ases de bronce, sino también una variada gama de divisores, muchos de ellos con marcas de valor romanos (s, cuatro, tres, dos y un punto), ajustados al estándar de peso empleado en cada ocasión. Esto no sólo ponen evidencia unos usos monetarios ordinarios y cotidianos, sino que revela la existencia de una economía cotidiana dinámica, en la que los bienes y servicios se podían pagar en el momento, hasta los de menor valor. Tampoco se des-

carta (Beltrán Lloris2006: 112) que en algunas ciudades se empleara como un instrumento fiscal, para el pago de algún tipo de tasa local, empleada para el desarrollo de actividades cívicas. Este uso y estructura monetaria del bronce es lo que explica que los talleres que acuñaron más monedas y más denominaciones se encuentren localizadas en las áreas comerciales y productivas más dinámicas, como la franja costera mediterránea.

El stock de moneda de bronce en la Península Ibérica estaba formado por moneda romana, principalmente ases (Fig.5.1) y semis, pero sobre todo por emisiones ibéricas locales. Los hallazgos monetarios confirman que en un mismo contexto circularon monedas romanas republicanas, pero también locales emitidas por diferentes ciudades y con estándares de peso diversos, desde sextantal (Obulco) hasta semiuncial, pasando por pesos intermedios (Ripollès1982; Gozalbes 2012). Esto nos lleva a considerar que todas estas monedas se debieron valorar atendiendo a su peso y módulo, de acuerdo con unos patrones de valor o unidades de cuenta locales. No es posible establecer una unidad de cuenta estable para el bronce nativo. No obstante, la existencia de correspondencias entre el peso de algunas emisiones locales con el estándar de peso de la moneda republicana, bien sea con los ases o los semis, sugiere que los iberos a la horade acuñar moneda de bronce tuvieron presente la estructura del sistema monetario romano y que de algún modo tendieron a aproximar las denominaciones de la moneda local con la romana. La existencia de un numeroso stock de moneda romana de bronce en circulación en la Península Ibérica, ya desde mediados del siglo II a.C. (Ripollès 1984), debió influir en los pesos de las monedas nativas, buscando establecer algún tipo de equivalencia entre ellas.

Fig. 3. Monedas de bronce ibéricas. Siglos II-I a.C. 1. Unidad de Iltirta (10,5 g); 2. Unidad de Kelse (12,5 g); 3. Unidad de Lakine (9,8 g); 4. Unidad de Ilturo (11,6 g); 5. Unidad de Ikalesken (9,8 g). Museo de Albacete, col. Sánchez Jiménez, 11593, 11526, 11584, 11407, 11446.

FORMAS DE PODER

La moneda fue un documento oficial emitido por el poder que, en el caso del mundo ibérico, pudo tener algún tipo de limitación derivado del sometimiento de las ciudades a un control político, aunque no hay muchas evidencias de un intervencionismo romano. Es mucho lo que desconocemos sobre la organización política de las poblaciones ibéricas y cómo estuvo configurado el poder; sin embargo, las leyendas y los diseños aportan una información crucial para valorar el tipo de poder que respaldó y promovió la acuñación de moneda entre las poblaciones ibéricas. En un número reducido de casos, pero bien repartido a lo largo del territorio ibérico, encontramos leyendas toponímicas con el sufi-

jo–sken (Fig. 2.4 y 3.5 y 5.2), que debe interpretarse como una alusión al origen y pertenencia de las monedas (Velaza 2002; de Hoz 2007 y Silgo2007). Parece probable que este tipo de leyenda constituya el reflejo del concepto de autoridad cívica que se atestigua en leyendas de emisiones de Siracusa (Σιρακοσιων), Macedonia (Μακεδονων), Emporion (Εμποριτων), Rhode (Ροδετων)o la misma Roma (Ρομαιων). Denorte asur, lo encontramos en las leyendas untikesken, auśesken, laieśken, iltiŕkesken, arsesken, ikalesken yurkesken. Todo parece indicar queel sufijo–skenaluda a los habitantes de las poblaciones emisoras y que las monedas fueron emitidas por acuerdo delos senados o corporaciones con una base de gobierno pluripersonal. Esta forma de aludir al origen del poder y propiedad de las monedas convivió o se alternó en otras cecas con la mención simple del topónimo de la ciudad, como sujeto de la acción(por ejemplo, Iltirta, Kese, Eso, Ilturo, Baitolo, Saitabi, Kelin, Kili, Castulo, Obulco, Abra oIlturir) (una breve introducción a las leyendas ibéricas en Ferrer i Jané 2012) (Fig. 3.1-4, 4, 5.3). Un casoparadigmáticode uso de ambas formas de leyenda puede ser la propia Roma, que siguiendo el modelo griego utilizó primero no sólo el genitivo del plural en sus primeras acuñaciones, sino también la escritura griega (ΡΩΜΑΙΩΝ) para pasar a una traducción al latín con la leyenda ROMANO (M) y finalmente introducir el nombre de la ciudad, ROMA (Crawford 1974:131-141).

Cuando la moneda romana de plata se convirtió en hegemónica en el Mediterráneo no necesitó ni tan siquiera nombrar su origen. A la hora de valorar el significado de las leyendas en relación con el poder que las mandó acuñar, es importante destacar que en pocas ocasiones se mencionan nombres de personas. Los que se conocen proceden principalmente de las cecas de Untikesken, Arse, Saitabi, Obulco yCastulo (Faria1994 y 1996; García-Bellido y Blázquez 1995; Curchin 2015). En todos los casos,los nombres personales parecen estar relacionados, no con el poder emisor sino con la gestión yel control de la acuñación, a pesar de que no tengamos evidencia sobre el tipo de cargo o magistratura desempeñada. En cecas de la península Ibérica hay constancia de que las personas nombradas fueron ediles (Carteia, Obulco, Bailo), censores (Carteia) y cuestores (Valentia, Ikalesken, Urso, Corduba, Carteia), lo que nos sugiere que cuando no se calificaron pudieron ejercer una función similar.

Fig. 4. Acuñaciones de Saitabi. Mediados del siglo II a.C. 1. As uncial reducido / doble, con reverso jinete con palma (20,8 g); 2. Unidad, con reverso jinete con lanza (10,6 g). Museo de Albacete, col. Sánchez Jiménez, 11555, 11554.

De toda la relación de nombres personales documentados, no se deduce la existencia de reyes o de caudillos ibéricos que promovieran acuñaciones personales en las que mencionaran sus nombreso mostraran diseños singulares. Las leyendas que se grabaron sobre las monedas ibéricas revelan que la autoridad que las emitieron fue la ciudad como ente político,cualquiera que fuera la forma de organización política que adoptaron para regirse. Estas formas evolucio-

naron hacia un modelo de organización en el que los cargos adoptaron nombres y contenidos bastante similares a los romanos. No obstante, la existencia de magistraturas con nomenclatura romana no implica necesariamente la existencia de una administración de corte romano y mucho menos la posesión de un estatuto político. Las escasas menciones de nombres personales se vinculan con cargos relacionados con el control de fabricación de las monedas, según las decisiones tomadas por el senado ocorporación que regía los destinos políticos delas ciudades.

LOS DISEÑOS

Las monedas han sido consideradas como el más deliberado de todos los símbolos de identidad pública de las ciudades y de su estatus (Millar 1993: 230; cf. 257). En lo que respecta a las emisiones ibéricas, la iniciativa para acuñar moneda fue una decisión de las autoridades cívicas, ya que no existe ningún argumento para creer que fueron promovidas por la administración romana. En este contexto, los diseños monetarios vehicularon valores y mensajes elegidos por la autoridad emisora y tuvieron un significado eminentemente cívico.

En el mundo griego, la elección de las imágenes que se representan en anverso y reversofueron desde el inicio singulares y específicas de cada ciudad, permitiendo la identificación de la polis emisora. Tuvieron una singular importancia en los primeros tiempos, pues la mayoría comenzaron siendo anepígrafas y los diseños actuaron como tipos parlantes. A partir de los diseños que eligieron las ciudades ibéricas, se deduce que éstas no siempre mostraron un deseo expreso de marcar o publicitar su identidad cívica, ya que en bastantes ocasiones se prefirió potenciar o transmitir la idea de pertenencia a un grupo, que puede ser étnico o económico, mediante el reiterado uso de un mismo diseño hasta convertirse en un modelo estándar de moneda, en el que se detectan escasas variaciones simbólicas. Nos referimos a las emisiones que utilizaron en anverso un retrato masculino y en reverso un jinete (Fig. 3). Las imágenes que adoptaron las acuñaciones ibéricas aludieron a mitos y a simbologías cívicas. Las monedas ibéricas reflejan diferentes grados de evolución y conciencia cívica. En bastantes ocasiones fueron singulares y propios, diferenciándose netamente de los que eligieron otras ciudades. Se pueden incluir dentro de esta categoría las acuñaciones con leyenda Untikesken (cabeza de Atenea /Pegaso) Arse (anversos: Heracles-Hércules, Cabeza masculina, cabeza de Roma; reversos: rueda, toro embistiendo, jinete, proa),Castulo (cabeza masculina diademada /una esfinge) (Fig.5.3), Obulco (retrato femenino/ arado y espiga). Junto al grupo de poblaciones que adoptaron diseños singulares para sus emisiones encontramos un elevado número de ciudades lideradas por Kese elltirta que introdujeron y difundieron una iconografía muy característica en el área de Cataluña y en menor medida en elárea valenciana (Figs. 3). También en Saitabi, se adoptó el jinete con lanza y con palma (Fig.4), en un momento en el que Arse también tuvo un período en el que de forma transitoria lo utilizó. Dentro de este grupo iconográfico destaca la producción con leyenda Ikalesken, localizada en lazona de Iniesta (Cuenca), por una adaptación singular deltipo del jinete, ya que, como en Kese,lo representó con clámide y conduciendo un segundo caballo (Fig. 2.4), aunque en todos los casos mantiene un escudo redondo y en las emisiones de bronce porta, además, una lanza(Fig.3.5).

Hay que destacar que la cabeza masculina y el jinete fueron diseños ampliamente utilizados en las monedas de plata y bronce emitidas por las ciudades celtibéricas. Mucho se ha escrito sobre el origen del retrato masculino-jinete y las razones de un uso tan generalizado en las ciudades de la provincia romana Citerior. Sin duda, estos diseños convenían y se ajustaban bien a las exigencias de las elites que gobernaban las ciudades (Almagro1995), pero la repetición de estos diseños por un buen número de ciudades de su entorno o áreade influencia sugiere que estos diseños, además de su significado original, se convirtieron en un modelo formal del concepto de moneda. Es decir, las ciudades del área de influencia de Iltirta (con un retrato masculino rodeado de tres delfines) y de Kese (con un retrato acompañado de un símbolo) cuando se plantearon la acuñación de moneda, bien por propia iniciativa o porsugerencia de la administración romana, copiaron el modelo de moneda que estas dos grandes ciudades habían puesto en circulación.

Hay que concluir que este grupo de ciudades, no tuvieron ningún interés en utilizar la moneda para vehicular un mensaje propio y singular, pues lo más específico de ellas fue la leyenda, la cual desempeñó un rol muy marginal en una sociedad en la que la mayor parte de la población no fue capaz de leer o escribir. Elescaso interés por emplear una iconografía propia y diferenciadas ve reforzado por el hecho de la usual adopción de los mismos diseños en las denominaciones inferiores, mitades (caballo/toro) y cuartos (medio Pegaso/jabalí). Las causas de esta uniformidad pudieron ser diversas, tales como el deseo de coordinarseconla producción de otras cecas, la posible sugerencia por parte de la administración romana olamera conveniencia de los tipos. En nuestra opinión, la adopción voluntaria de estos diseños parece más probable que la obligatoriedad; es posible que en algunos lugares el concepto de moneda estuviera estrechamente asociado a los tipos más comunes en circulación.

Fig.5. Monedas romanas e ibéricas del siglo II a.C. 1. As romano de SAX (22,87 g); 2. As de Untikesken; 3. Unidad de Castulo (12,4 g). Museo de Albacete, col. Sánchez Jiménez, 11983, 11404, 11630.

LAS INFLUENCIAS EXTERIORES

Las diferentes iconografías adoptadas por las ciudades ibéricasse explican pormotivaciones diversas, que no siempre pertenecen a una misma categoríani son inteligibles. El análisis de las mismas parece reflejar, en todos los casos, los diferentes modelos de poder que rigieron las ciudades. El origen de la riqueza, derivada de la agricultura, minería y comercio debió de configurar sociedades con intereses e inquietudes particulares, que mediatizaron la elección de los tipos. En las ciudades en las que las élites ecuestres dominaron la vida política y económica, la cabeza masculina y el jinete fue el diseño que publicitó los mitos de fundación y exaltó una clase social (Almagro 2005).A juzgar por el número de ciudades que adoptaron estos diseños, debemos considerar que este tipo de poblaciones fue el que estuvo más extendido. Desconocemos cómo pudo comportarse la administración romana en relación con la emisión de moneda por parte de las ciudades, pero las diferencias iconográficas existentes entre las primeras emisiones de Castulo, Obulco, Kese, Iltirta o Untikesken, sugiere que no existió en los inicios una directriz concreta ni tuvo la administración romana interés en que las emisiones cívicas fueran uniformes. Los diseños elegidos por las emisiones ibéricas no mostraron una dependencia directa de las emisiones romanas, pues desde la llegada de los romanos, a fines del siglo III a.C., y a lo largo de los siglos II-I a.C., la adopción de diseños propiamente romanos fue bastante puntual. Tampoco puede considerarse importante la influencia púnica, a excepción quizás de las cecas ibéricas localizadas en el sureste, que muestran programas iconográficos más orientalizantes o púnicos, como fue el caso de la esfinge, originaria de Castulo (García-Bellido1982: 47-63) (Fig.5.3), pero empleada también en Ilturir (ACIP2294-2301) o Labini (ACIP2302).

TRES LENGUAS EN UN MISMO ESPACIO Y TIEMPO

Ignacio Simón Cornago[1]

La escritura fue una novedad fundamental en el paso de la prehistoria a la historia. Su difusión en el occidente mediterráneo fue de la mano de las colonizaciones fenicia y griega y tuvo un desarrollo particularmente interesante y complejo en la península Ibérica. En este capítulo se detalla el papel que el desciframiento de la escritura ibérica desempeñó en el reconocimiento y definición de la cultura ibérica por parte de la historiografía moderna. También se expone el estado actual de la investigación sobre las lenguas y escrituras paleohispánicas, su relación con las lenguas de los conquistadores, cartagineses y romanos, especialmente con el latín, que acabó por suplantarlas, y, finalmente, se hace una escueta descripción de la epigrafía ibérica de la Meseta sur, en el entorno del Cerro de los Santos, cuyo descubrimiento recuerda esta exposición.

Los griegos denominaban Iberia a la península e iberos a sus habitantes, sin que sea posible saber si el término tenía un origen local o fue una creación helena (Untermann 2016, s.v.). Por su parte, los arqueólogos del siglo XIX lo eligieron para calificar la cultura protohistórica que empezaban a reconocer y definir en los yacimientos del sureste peninsular gracias, entre otros, a hallazgos como las esculturas del Cerro de los Santos o la Dama de Elche. El desarrollo de la arqueología profesional permitió redescubrir la cultura material, escrituras y lenguas de las poblaciones de la península Ibérica –íberos, celtíberos, lusitanos, entre otros– que fueron conquistadas por Roma y cuya existencia solo había pervivido en los relatos de los vencedores, como la narración que hace Tito Livio de las campañas de conquista o en la descripción que Plinio realiza de las provincias hispanas.

En los yacimientos ibéricos, además de esculturas, cerámicas pintadas y exvotos de bronce, también aparecieron inscripciones. Varias esculturas del Cerro de los Santos tienen grabados textos que resultaban ininteligibles para quienes las descubrieron. Aunque sus signos se asemejaban a los de las leyendas de las cecas de Hispania, esas monedas en las que es habitual la representación de un jinete y que los coleccionistas habían atesorado desde el Renacimiento. Emil Hübner recopiló todas esas leyendas monetales e inscripciones prerromanas en sus *Monumenta Linguae Ibericae*, obra publicada en 1893, pero ni él ni otros investigadores, como Zóbel de Zangróniz o Delgado, dieron con la clave para descifrar la escritura. El mérito corresponde a Manuel Gómez Moreno (1949), que supo determinar que, en realidad, no era una sino varias escrituras. Él fue quien reconoció que el plomo de Alcoy (*BDHesp* A.04.1) estaba escrito en alfabeto jonio y que, por tanto, podía leerse sin dificultad (Gómez Moreno, 1949: 226). También supo reconocer que la escritura levantina no era un alfabeto sino que una parte de los signos representan sílabas y fue igualmente capaz de otorgar el valor exacto a cada uno de ellos. Este descubrimiento fue fundamental, pues le permitió leer los textos y determinar que dicho sistema de escritura se había utilizado para anotar dos lenguas: una indoeuropea, documentada en los epígrafes del interior de la meseta, a la que denominó celtibérico, y otra empleada en las regiones mediterráneas para la que reservó el término de ibérico. Esta elección terminó por consolidar que se llamase ibérica no solo la cultura

[1] Universidad de Valladolid.

de la edad del Hierro del levante peninsular sino también la lengua que testimonian las inscripciones recuperadas en esta región.

Los descubrimientos de Gómez Moreno permitieron reconocer una pluralidad de lenguas y escrituras que terminó con la tesis vascoiberista. Esta tesis sostenía que en la Hispania prerromana se hablaba una única lengua y que dicha lengua era la predecesora del vasco (Orduña, 2019). La realidad es que en Hispania también se hablaron lenguas indoeuropeas –lusitano y celtibérico– y la identidad entre el vasco histórico y el ibérico se demostró falsa con el desciframiento de Gómez Moreno, pues pudo comprobarse que, aunque ambos comparten algunos rasgos fonéticos, es imposible traducir los textos ibéricos a través del vasco.

En definitiva, el término ibérico –tomado de las fuentes grecolatinas– se ha convertido en el adjetivo con el que la investigación moderna califica a la cultura de los pueblos que ocuparon el sur, el levante y parte de las tierras del interior peninsular durante la Edad del Hierro. Los autores grecorromanos reconocen distintos pueblos en esta área (edetanos, layetanos, contestanos, oretanos, ilercavones, etc.), que tienen algunas particularidades propias, pero que comparten elementos comunes propios de unas sociedades protohistóricas que caminan hacia una organización estatal: origen y desarrollo de las ciudades –urbanismo y jerarquización del territorio–, comercio a larga distancia y acuñación de moneda, plástica de gran tamaño y cerámica a torno, metalurgia del hierro, división del trabajo, desigualdad social y escritura. La lengua es uno de los rasgos más sobresalientes que une a todos estos pueblos, pues las inscripciones halladas desde el Hérault (sur de Francia) al Guadalquivir testimonian un mismo idioma.

El estudio de las escrituras y lenguas prerromanas –hoy en día denominadas paleohispánicas– se ha desarrollado notablemente desde los trabajos de Gómez Moreno (Sinner y Velaza, 2019). Destaca la recopilación y edición de todas las inscripciones, trabajo acometido por Jürgen Untermann en los cuatro primeros volúmenes de los *Monumenta Linguarum Hispanicarum*. En la actualidad, el proyecto *Hesperia. Banco de datos de lenguas paleohispánicas* (= *BDHesp*) ha asumido el trabajo de edición de todas las fuentes sobre las lenguas y escrituras paleohispánicas –inscripciones, leyendas monetales, onomástica y glosas– en una base de datos disponible en línea (hesperia.ucm.es).

Las lenguas de los pueblos hispánicos son lenguas muertas ya que dejaron de hablarse como consecuencia de la latinización. El latín terminó por imponerse a todas las lenguas locales con la excepción del vascón. Por tanto, los únicos testimonios que se conservan de estas lenguas son textos, que han sobrevivido más de dos mil años por haberse escrito sobre materiales perdurables, como la piedra, la cerámica y el metal. Estas inscripciones son la principal fuente para conocer las lenguas paleohispánicas. Pero también hay otro tipo de testimonios, como palabras recogidas en las obras de los autores griegos y romanos o en las inscripciones latinas, principalmente nombres propios, bien sean de personajes –como Indíbil y Mandonio– o bien de ciudades.

La lectura es el primer problema que plantea el estudio de estas inscripciones redactadas en lenguas y escrituras paleohispánicas. El desciframiento del signario levantino permitió solventar esta dificultad. Gómez Moreno propuso valores para los signos que se revelaron acertados cuando, al aplicarlos a las leyendas monetales, arrojaron lecturas coherentes con nombres de ciudades que aparecen en las fuentes clásicas: **barkeno** con *Barcino* (Barcelona, *BDHesp* MON.109.19), **iltirta** con *Ilerda* (Lérida; *BDHesp* MON.18) o **baitolo** con *Baetulo* (Badalona; *BDHesp* MON.08), entre otras. La lectura de los textos, como ya se ha comentado, supuso un notabilísimo avance y el reconocimiento de dos lenguas: el celtibérico, que pertenece a la familia de lenguas célticas, y el ibérico, una lengua aislada, ya que no puede adscribirse a ninguna de las familias de lenguas que reconoce la lingüística. En definitiva, es posible leer los textos escritos en alfabeto greco-ibérico y en el signario ibérico levantino, pero no es posible traducirlos. La problemática que estos textos plantean al investigador puede compararse con la de un alumno que se inicia en el estudio del griego clásico y que ha aprendido el alfabeto y el sonido que representa cada una de sus letras: podrá leer un

texto griego pero será incapaz de traducirlo, tan solo podrá reconocer algunas palabras, como nombres propios de lugar o persona.

Para tratar de comprender las inscripciones redactadas en lengua celtibérica es posible recurrir a la lingüística comparada que, *grosso modo*, consiste en buscar el auxilio de otras lenguas mejor conocidas de su misma familia, lenguas celtas como el galo o el irlandés. Aunque, y a pesar de esta ayuda, no es posible traducir los textos celtibéricos, salvo aquellos más breves y que tienen un formulario recurrente (Jordán, 2019). La situación es aún más precaria en el caso de los textos ibéricos, puesto que es una lengua aislada, sin parientes conocidos, habiéndose demostrado infructuosos los intentos de traducirla con la ayuda del vasco. No obstante, las escasísimas inscripciones bilingües (en latín e ibérico), el análisis combinatorio, el tipo de soporte y los paralelos epigráficos permiten avanzar en su interpretación y comprender algunos de los textos más breves. También es posible identificar los nombres personales que aparecen en los textos ibéricos, ya que conocemos bien la antroponimia gracias a una inscripción latina, el bronce de Áscoli (*CIL* I^2, 709), en la que están grabados los nombres de los jinetes de la *turma Salluitana*, procedentes de varias ciudades del valle del Ebro, entre ellas la propia *Saltuie*. Este testimonio ha permitido determinar que los antropónimos ibéricos tienen una composición típica, que surge de la unión de dos elementos bisílabos como *adin*, *bels* o *adin*: *Adin-gibas, Adin-bels, Balci-adin*, etc. Por tanto, es posible identificarlos en los textos ibéricos, es el caso de un tocayo del último de los jinetes citados, cuyo nombre está grabado en una inscripción de Sagunto: **balkeatin** (*BDHesp* V.04.11). Estos antropónimos aparecen en los textos seguidos de partículas (-**en**, -**ar**, -**mi, -ka** y **-ke** son algunas de las más comunes) o formando parte de fórmulas recurrentes, como la compuesta por un antropónimo más un sufijo **te** y la palabra **ekiar**, que probablemente indica la autoría. Asimismo hay palabras que se testimonian en más de una ocasión sobre un tipo específico de inscripción y, por tanto, es posible determinar su significado: **seltar** aparece en textos grabados en piedra, razón por la que se ha propuesto traducirlo como "tumba" o "estela", mientras que se ha considerado que **kaśtaun** signifique "fusayola", ya que este término siempre está inscrito sobre este tipo de objetos (sobre el léxico ibérico: Moncunill y Velaza, 2019).

Dos hechos fundamentales de la protohistoria hispana, las colonizaciones y la conquista romana, fueron igualmente claves en la historia de la escritura. Los fenicios y griegos trajeron a la península distintas innovaciones técnicas y, entre ellas, el alfabeto, que sirvió de modelo para que las poblaciones locales creasen sus propios sistemas de escritura. Por su parte, la conquista y anexión romanas conllevaron la paulatina difusión del latín y, finalmente, la desaparición de las escrituras y lenguas paleohispánicas.

Los alfabetos fenicio y griego fueron el modelo de las escrituras locales. El alfabeto greco-ibérico es una adaptación del alfabeto jonio para escribir la lengua ibérica. Se emplea en una treintena de inscripciones –grafitos sobre cerámica y láminas de plomo– recuperadas en yacimientos alicantinos y murcianos, entre los que destacan La Illeta dels Banyets, La Serreta y El Cigarralejo. El resto de sistemas, al menos cuarto, se pueden reconocer como una familia de escrituras ya que comparten un repertorio de signos muy similar y también un rasgo estructural que las singulariza, son semisilabarios, es decir, una parte de los signos representa sonidos simples y otra representa sílabas. El modelo primigenio de la familia de las escrituras paleohispánicas es el alfabeto fenicio y no están totalmente determinadas las relaciones genealógicas entre los distintos sistemas que la componen: escritura del SO, escritura ibérica meridional, escritura ibérica levantina o del NE y escritura celtibérica. El llamado semisilabario ibérico levantino o del noreste fue descifrado por Gómez Moreno y con él está escrito el mayor número de inscripciones, unas dos mil, que provienen de las regiones mediterráneas, desde el sur de Francia hasta la alta Andalucía. Es seguro que esta escritura fue la que adaptaron los celtíberos para escribir su lengua, atestiguada en más de dos centenares de epígrafes que se fechan entre los siglos III a I a.C. Pero las relaciones genealógicas entre el resto de escrituras que componen esta familia aún son inciertas y objeto de discusión entre los especialistas (Ferrer, 2020: 974-977).

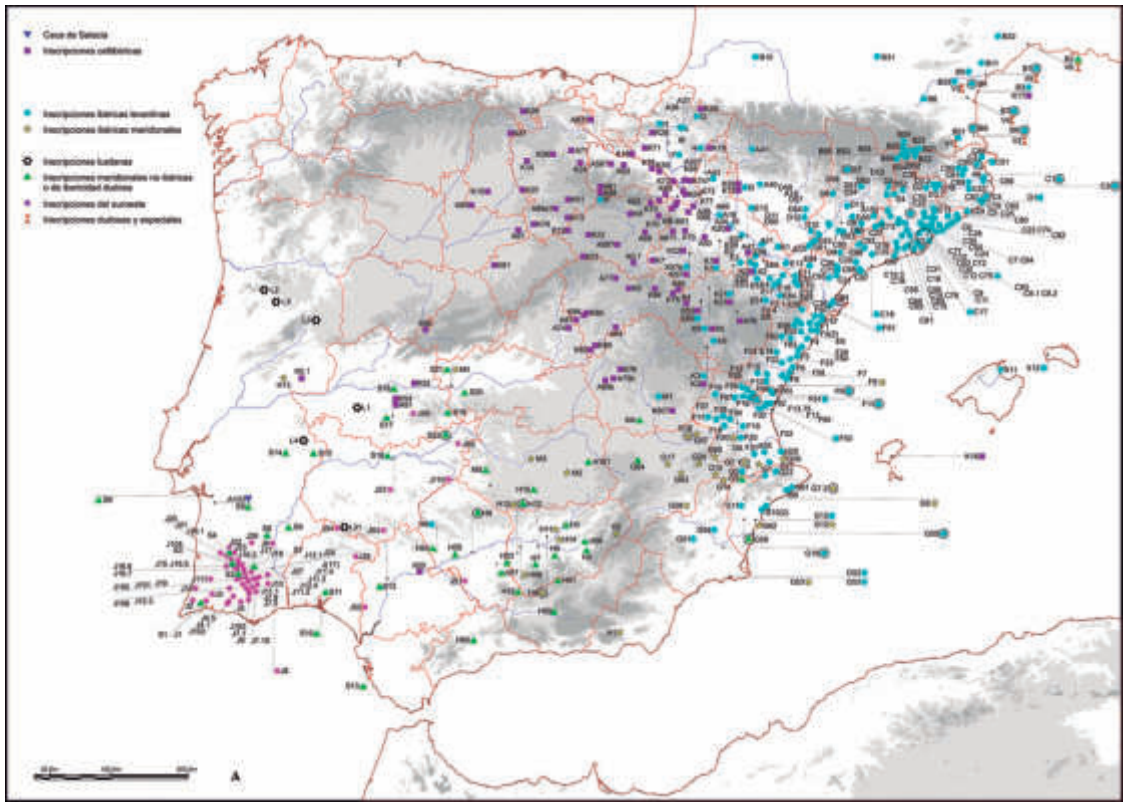


Fig. 1. Mapa de las inscripciones paleohispánicas (Javier de Hoz y Daniel Romero, Banco de Datos Hesperia, http://hesperia.ucm.es/img/Mapa_General_Inscripciones_Prelatinas.jpg)

Las dificultades para reconstruir la historia de las escrituras paleohispánicas está en el sur, área en la que debe ubicarse el origen de esta familia. El propio Gómez Moreno (1961) no fue capaz de resolver este problema. De hecho, cometió el error de creer que todas las inscripciones del mediodía peninsular estaban escritas con un único sistema de escritura, que denominó bástulo-turdetano. En realidad, son dos sistemas diferentes, aunque también hay propuestas de reconocer otros (Ferrer, 2020: 970, 996-999). El más antiguo es la llamada escritura del suroeste, que también se ha denominado tartésica, aunque la mayoría de las inscripciones redactadas con este sistema no procede del núcleo tartésico sino de yacimientos ubicados más a occidente, en las actuales regiones portuguesas de Alentejo y Algarve. El segundo sistema de escritura se denomina ibérico meridional, que se utiliza en un centenar de inscripciones procedentes del alto valle del Guadalquivir, la meseta sur y el sureste peninsular. Ni la escritura del SO ni la meridional están completamente descifradas, es decir, hay signos cuyo valor no está establecido con seguridad, aunque sí puede afirmarse que la segunda de ellas fue empleada para escribir la lengua ibérica.

La cronología de la epigrafía ibérica abarca desde el siglo V a.C. hasta el cambio de Era. Las inscripciones más antiguas se concentran en yacimientos de la franja costera, como Pech Maho, Ullastret y Sagunto. La mayor parte de las inscripciones de este periodo –siglos V a III a.C.– son grafitos grabados sobre cerámica y láminas de plomo (De Hoz, 2011: 361-466). Los primeros aparecen preferentemente sobre vajilla importada y en muchos hay escrito un nombre personal –el del propietario del objeto– sufijado con partículas recurrentes como -**en**, -**ar** y -**ḿi**, a las que, por tanto, es posible reconocer un valor posesivo. El tipo de inscripción más característicamente ibérico son las láminas de plomo, de las que se conoce un centenar. Los íberos aprendieron de los griegos focenses a usarlas como soporte de escritura y recogen los textos más largos de todo el *corpus*. Precisamente su longitud hace que su interpretación sea más difícil,

aunque hay algunos aspectos internos, formales y contextuales que permiten reconocer qué tipos de texto contienen. Por ejemplo, una parte de estos plomos son con toda probabilidad cartas, porque comparten una peculiar maquetación con las epístolas griegas grabadas sobre láminas de plomo similares (*BDHesp* A.04.01, Gl.10.11 y AUD.05.38); otros son documentos de contabilidad, pues hay listas de nombres personales –algunos tachados– seguidos de signos metrológicos y numerales (Mogente, *BDHesp* V.17.02); y, finalmente, es posible que algunos sean textos religiosos pues proceden de tumbas (El Cigarralejo, *BDHesp* MU.04.01) o depósitos votivos (El Amarejo, *BDHesp* AB.06.01-04).

La conquista romana no supuso la desaparición de la epigrafía ibérica, pues aumentó el número de inscripciones en los siglos II y I a.C., se atestiguan en yacimientos del interior –es notable la expansión geográfica a través del valle del Ebro– y también hay una mayor variedad de tipos, algunos claramente inspirados en modelos romanos. La mayor parte de las leyendas monetales son de esta última etapa de la cultura ibérica e igualmente los sellos sobre cerámica, algunos de de los cuales están impresos sobre objetos que copian modelos itálicos, como los morteros *Emporiae* 36,2 (*BDHesp* TE.04.04). También pertenecen a este periodo los rótulos sobre pavimentos de *opus signinum* (*BDHesp* TE.04.03 y NA.03.01) y la mayoría de las inscripciones sobre piedra, de las que se conoce un centenar (Simón, 2013).

La mayoría de las inscripciones sobre cerámica y láminas de plomo proviene de espacios domésticos, uno de los ejemplos más notables lo representa Azaila, con más de cuatrocientos grafitos sobre cerámica que proceden casi en su totalidad de las viviendas excavadas en la zona alta de la ciudad (*BDHesp* TE.02). Un grupo menor de epígrafes se ha hallado en santuarios y también en algunas tumbas hay objetos del ajuar funerario que están inscritos, por ejemplo en la necrópolis del Turó dels dos Pins de Cabrera de Mar (*BDHesp* B.44.16); parece igualmente funeraria la función de las estelas, pero la mayoría ha aparecido fuera de su ubicación original. Buena parte de las inscripciones proviene de núcleos urbanos, aunque tampoco son desconocidas en pequeños poblados como el Palomar de Oliete (*BDHesp* TE.05). En el caso de Edeta, la mayoría de cerámicas con inscripciones pintadas proviene del Tossal de San Miquel (*BDHesp* V.06), pero también se han descubierto algunas en núcleos de población secundarios y dependientes de aquel como La Monravana o el Castellet de Bernabé, entre otros (*BDHesp* V.06.005, V.05.01, V.02.01 y V.06.002-003). En Sagunto (*BDHesp* V.04), el conjunto más importante de epígrafes proviene del lugar central, El Castell, pero se han recuperado igualmente en el territorio circundante, en el puerto (*BDHesp* V.04.61) y en el santuario de Montaña Frontera (*BDHesp* V.04.34, 38, 44, 49-59).

Es manifiesta la influencia griega y después romana en la elección de algunos tipos de soportes epigráficos, en las maquetaciones de los textos, las interpunciones o el desarrollo de una escritura lapidaria. La influencia fenicia y cartaginesa, sin embargo, es casi inapreciable, aunque sea fenicio el origen de la familia de los semisilabarios paleohispánicos. La epigrafía fenicia es relativamente escasa y se concentra en la costa meridional (Zamora, 2019), aunque hay algunos hallazgos significativos en el interior, como el grafito sobre una cerámica recuperada en una tumba de Torre Uchea. La epigrafía ibérica se concentra en el sur de Francia, Cataluña, valle del Ebro y el levante y es mucho más escasa en el sureste, la meseta meridional y el valle del Guadalquivir. Esta desigual distribución, inversa a la de otros elementos definitorios de la cultura ibérica, como la gran escultura en piedra, los exvotos de bronce o la cerámica con decoración figurada, se ha tratado de explicar, precisamente, por el escaso uso que hicieron las culturas semíticas en la península Ibérica, fenicia primero y cartaginesa después, de la escritura para grabar inscripciones oficiales –las monedas de los Barca carecen de leyendas– o realizar monumentos inscritos destinados a su pública exposición, como es el caso de los textos grabados sobre piedra (Beltrán, 2005: 43).

En cualquier caso, no debe establecerse una relación directa entre la cantidad de inscripciones y la cultura escrita de una sociedad, ya que para la escritura cotidiana se emplearon soportes que por su naturaleza orgánica no han sobrevivido: telas, tablillas de madera, pergamino o papiro. El uso de este último lo ha confirmado el hallazgo en Cádiz de varias *cretulae*, que servían para sellar los rollos papiráceos (Gener *et alii*, 2012). Los iberos también emplearon este

tipo de soportes orgánicos como demuestra la importación de tinteros de cerámica de barniz negro. En Azaila se ha recuperado uno de estos recipientes y, lo que es más significativo, varios ejemplares de fabricación local que imitan los prototipos itálicos. Por su parte, el hallazgo de estilos, principalmente fabricados en hueso, revela que también emplearon las tablillas enceradas como soporte habitual de escritura (Simón, e.p.).

En la Meseta sur, las inscripciones ibéricas se concentran en su extremo meridional, en los altos valles del Júcar y Guadiana, mientras que los escasos epígrafes encontrados en el Tajo son celtibéricos (Velaza, 2007; Luján, 2013). Las inscripciones ibéricas recuperadas en las provincias de Ciudad Real y Albacete están escritas con el signario meridional, cuyo desciframiento aún no está completamente resuelto, ya que el valor de una parte de los signos es incierto y discutido (Ferrer, 2020: Fig. 14). En esta región acuñan moneda dos cecas con las leyendas **ikalesken** (*BDHesp* MON.95), cuya localización geográfica precisa es desconocida, y **labini** (*BDHesp* MON.112), plausiblemente la ciudad de *Laminium* (Alhambra, Ciudad Real). Entre los hallazgos más recientes destaca una docena de grafitos sobre cerámica de Alarcos (*BDHesp* CR.01; Fernández y Luján, 2013) y los epígrafes sobre cerámicas de Lezuza, entre los que hay grafitos, dos *tituli picti* e improntas de dos sellos sobre recipientes del tipo ánfora-tinaja (Uroz y Velaza, 2019). Los grafitos sobre vajilla de plata son característicos de la epigrafía ibérica meridional, de los que se han recuperado ejemplares en La Granjuela (*BDHesp* CO.01), Perotito (*BDHesp* J.02), Santiago de la Espada (*BDHesp* J.05), Torres (*BDHesp* J.10) y Fuensanta de Martos (*BDHesp* J.12), aunque el conjunto más numeroso está grabado sobre los platos del tesoro de Abengibre (*BDHesp* AB.01). En la región también se ha hallado láminas de plomo, una en el Llano de la Consolación (*BDHesp* AB.07.05) y un grupo de cuatro en El Amarejo (*BDHesp* AB.06). Por último, entre las inscripciones grabadas sobre piedra se distinguen dos grupos, las rupestres, en Alcalá del Júcar (*BDHesp* AB.02) y en la Cueva de la Camareta (Hellín, *BDHesp* AB.08.01), y las grabadas sobre estatuas, de las que hay hallazgos aislados, Cerrillo Blanco de Porcuna (*BDHesp* J.06.01), Pozo Cañada (*BDHesp* AB.05.01) y Torreparedones (*BDHesp* CO.05.01), y el conjunto del Cerro de los Santos. Tres esculturas de este santuario tienen grabadas inscripciones ibéricas meridionales (*BDHesp* AB.07.01, 02 y 04) y es dudosa la autenticidad de una cuarta (*BDHesp* AB.07.03), pues pudiera ser otra de las falsificaciones decimonónicas. Sobre el pecho de un togado de este mismo yacimiento está inscrito el nombre del devoto: *L(uci) Lic(i)ni(i)* (*ELRH*, C55), que es uno de los pocos epígrafes latinos anteriores a época imperial encontrados en la región y que anuncia el irreversible proceso de latinización, que se hace palmario durante el reinado de Augusto, cuando desaparece la epigrafía paleohispánica. Es muy posible que la lengua ibérica se siguiera utilizando oralmente durante un tiempo, pero los últimos testimonios que se conservan de ella son los nombres propios que aparecen en algunos epígrafes latinos del siglo I d.C. (Simón, 2020). Una inscripción del siglo II d. C. recuperada en Almagro, Ciudad Real (*CIL* II 6339), consigna el nombre de tres miembros de una familia: hijo, padre y abuelo. Este último aún tiene como *cognomen* un antropónimo ibérico, *Baesisceris* (en genitivo), mientras que su hijo y su nieto tienen nombres completamente latinos.

EL CERRO DE LOS SANTOS. LA NUEVA VISIÓN DEL SANTUARIO

Francisco Brotóns Yagüe, Sebastián F. Ramallo Asensio, Rubí San Gamo[1]

Introducción

El cerro de los Santos, el legendario santuario protohistórico que en los últimos decenios del siglo XIX abrió la puerta a los estudios de arqueología ibérica e hizo posible su caracterización cultural, no es ni ha sido nunca el yacimiento esquilmado que a menudo se nos ha querido mostrar, un vetusto espacio de devoción que poco más podía aportar al conocimiento de la religiosidad de los íberos (Engel, 1892: 187). Esta falsa creencia ha sido cuestionada a menudo por aquellos investigadores que se han enfrentado a interrogantes cuya única respuesta nunca ha dejado de estar en las entrañas de un pequeño promontorio cien veces removido, pero que siempre nos ha reservado nuevos hallazgos que han ayudado a entender mucho mejor el imaginario y las creencias de este pueblo.

Cuando en el año 2012 redactamos el proyecto de intervención en el Cerro de los Santos nos propusimos como objetivo fundamental la recuperación patrimonial del área sacra a partir de la mejora de la accesibilidad física e intelectual del yacimiento, la dotación de equipamientos museográficos y la generación de cualquier otra infraestructura que facilitase su visita y comprensión hasta convertirlo en un recurso de primer orden para el turismo cultural de Montealegre del Castillo y de la provincia de Albacete. Para ello, se hacía necesario no solo recuperar lo que restase de las viejas estructuras arquitectónicas sacras que afloraron en la segunda mitad del siglo XIX, sino también volver a llevar a cabo nuevos trabajos de campo en el propio santuario y, sobre todo, en las tierras del curso alto de la rambla de Agua Salada con el fin de ampliar nuestro conocimiento sobre la distribución y la evolución cultural y cronológica del poblamiento.

Porque más allá de este emblemático yacimiento, en el desolado paisaje de campiñas que rodea el cerro, salpicado de labrantíos de cereal y vid, se atesoran aún las evidencias de una dilatada ocupación diseminada que hoy se encuentra amenazada por la incuria de quienes promueven las explotaciones agropecuarias intensivas en este sediento territorio, por la necedad de aquellos que contribuyen a desfigurar el marco natural que incitó a nuestros ancestros, a finales del siglo V o inicios del siglo IV a.C., a fundar un espacio de devoción para una comunidad rural cohesionada y bien afirmada en sus creencias y en sus ritos. Por ello, se hace cada vez más imprescindible dotar al Cerro de los Santos de una figura de protección cultural que salvaguarde tanto al propio cerro como a su entorno y que permita legar a las generaciones futuras el yacimiento arqueológico que abrió la puerta al conocimiento de la más importante cultura protohistórica peninsular, porque allí tuvieron sus inicios las primeras investigaciones sobre la cultura ibérica. Transcurridos ciento cincuenta años desde que los padres escolapios de Yecla comenzasen la excavación del templo del Cerro de los Santos, el reciente redescubrimiento de sus fosas de fundación, junto a un minucioso análisis metrológico, ha servido para reafirmar la singularidad de esta estructura sacra íberorromana del periodo augusteo, cuya monumentalidad desapareció con el devenir de los tiempos y la deplorable colaboración de los hombres. Nos hallamos ante un es-

[1] Museo Arqueológico de Caravaca de la Cruz (Murcia), Universidad de Murcia, y Museo de Albacete, respectivamente.

pacio cada vez más próximo a lo inmaterial, pero no por ello menos relevante en la historia y arqueología peninsulares, sin duda merecedor de ser promovido a B. I. C. por sus muchos valores culturales y patrimoniales, pasados y presentes, tangibles o intangibles. Como veremos a continuación, los trabajos que llevamos a cabo la pasada década en el solar del cerro y en sus aledaños constituyen el último capítulo en la larga historia de investigación de este yacimiento y, como todos los anteriores, justifica sobradamente esta demanda de protección y el empeño que las Administraciones y nosotros mismos estamos poniendo en este proyecto.

NUEVOS Y VIEJOS HALLAZGOS

Nuestras investigaciones han estado orientadas a realzar la relevancia del Cerro de los Santos como parte de un patrimonio cultural socialmente accesible, pero también como un espacio de la memoria histórica comarcal que trasciende las fronteras políticas y aglutina a sus habitantes bajo un marco histórico propio y compartido. Sin olvidar tampoco que se trata de un yacimiento arqueológico que todavía puede y debe dar respuesta a múltiples preguntas, algunas de ellas fundamentales para el conocimiento de la religiosidad ibérica, que quedaron sin respuesta ante el vértigo de las remociones decimonónicas: por qué surge, quién lo funda y mantiene, a qué deidad o deidades fue dedicado, qué rituales se desarrollaron, quiénes fueron los oferentes de las esculturas en piedra o los portadores de los innumerables vasos de libación, por qué y por quiénes fue monumentalizado el santuario con la construcción de un templo, cuál fue el significado ideológico del santuario y el de su transformación arquitectónica, etc. Demasiados interrogantes y lagunas en la investigación para no caer inadvertidamente en la especulación si soslayamos el análisis propiamente arqueológico.

Por ello, las respuestas debíamos buscarlas a través de intervenciones de campo muy puntuales que incluyeran prospecciones intensivas -arqueológicas y geofísicas- en el propio cerro y en su entorno para poder delimitar con rigor los márgenes del santuario y localizar las estructuras subyacentes; también prospecciones extensivas que facilitasen la caracterización funcional y el análisis de la evolución del poblamiento íbero-romano en los márgenes de la rambla del Agua Salada y en el llano de la Consolación; por último, reexcavaciones y excavaciones arqueológicas que permitiesen localizar con precisión el solar de la estructura sacra y proceder a su estudio metrológico y tipológico. Con tales premisas, y gracias al apoyo institucional de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha y del Ayuntamiento de Montealegre del Castillo, a finales del año 2013 iniciamos los trabajos de campo con una corta campaña preliminar de prospecciones y excavaciones arqueológicas, que se prolongaron durante dos campañas más con resultados muy satisfactorios.

La ocupación del territorio

Por lo que respecta al estudio de la evolución del poblamiento en el espacio comprendido entre el cerro y el llano de la Consolación, un territorio de llanos y campiñas avenado por la rambla del Agua Salada, los trabajos de prospección extensiva han permitido diferenciar hasta cuarenta y tres áreas o unidades topográficas, repartidas en tres zonas de diferentes tamaños -llano de la Consolación, rambla de Agua Salada y Cerro de los Santos-, que abarcan un intervalo temporal que se extiende desde la Edad del Bronce hasta nuestros días, donde la presencia de materiales constructivos, marcas e improntas de extracción, roderas, manufacturas líticas, cerámicas o metálicas, así como insculturas de carácter simbólico han permitido caracterizar funcionalmente, a grandes rasgos, muchos de los yacimientos.

En lo referente al poblamiento íbero-romano debemos destacar, en la zona del llano de la Consolación, las unidades topográficas correspondiente al cerro de los Castellares, a la necrópolis ibérica del llano -excavada por Sánchez Jiménez- y al paraje de la Torrecilla. En la zona de la rambla del Agua Salada son especialmente relevantes los hallazgos de un fondo de cabaña ibérica y de pequeñas edificaciones íberorromanas de los siglos II-I a.C. que aparecen diseminadas en los Atochares, así como otros restos materiales menos significativos al pie de la loma de la Cañada, que debemos poner en relación con actividades extractivas relacionadas con la explotación de los bancos de piedra calcarenita; se

trata probablemente del hábitat de los propios canteros, que en estos parajes llevaron a cabo un intenso laboreo de la roca, difuso y superficial, abarcando grandes extensiones que hoy permanecen enmascaradas por los espartizales o denudadas por la erosión. Los trabajos de campo pusieron de manifiesto una alta concentración de materiales cerámicos alrededor de las estructuras, si bien bastante rodados.

El entorno más inmediato del cerro -especialmente los campos que se extienden desde el viejo camino que lo bordea por el norte y el este, y desde el extremo oriental de la loma de la Cañada, hasta la carretera de Montealegre del Castillo a Yecla (CM-3209 / MU-A-18)- fue objeto de prospecciones arqueológicas y geofísicas muy minuciosas. A ambos lados de la rambla fue muy habitual el hallazgo de manufacturas cerámicas altoimperiales de los siglos I-II d.C. que alcanzaron una mayor frecuencia en el espacio comprendido entre la rambla y la ladera nororiental de la loma de la Cañada, así como al norte del promontorio septentrional del cerro. Esta última zona había sido sondeada por Fernández de Avilés, donde localizó una serie de estancias de funcionalidad indeterminada. La prospección geofísica realizada con georradar 3D multicanal, con antenas de 200 Mhz y 600 Mhz, ha puesto de manifiesto la posible existencia de un conjunto notable de estructuras y ha hecho posible localizar, después de su cotejo con las viejas fotografías de las catas del año 1963, la ubicación de la estancia cuadrada que excavó en la cañada (UTM(ETRS89): 650498, 4288717) (Fernández de Avilés, 1965: 144; Sanchéz Gómez, 2002: 99, lám. 6). Sin ser concluyente, el registro arqueológico permite plantear como hipótesis una posible identificación con las estructuras de la mansión viaria de *Ad Palem,* que conviene bien al cómputo miliario que recogen los vasos de Vicarello, aunque no haya que descartar que tan solo se trate de las cimentaciones de un establecimiento rural.

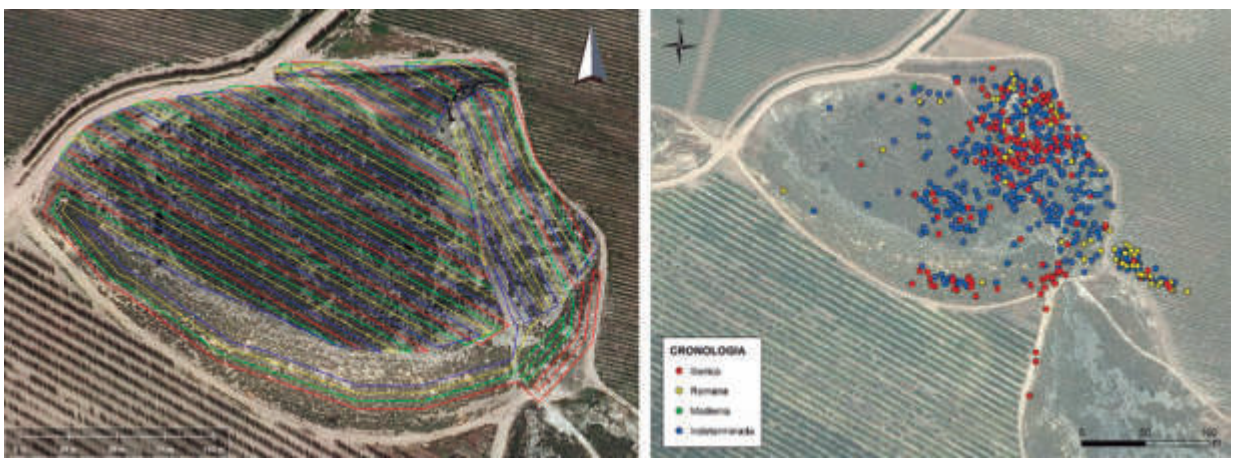


Fig. 1: izquierda visualización del shape correspondiente a los hallazgos de la prospección sistemática realizada en cada ruta de los GPS (por colores) en el Cerro de los Santos (zona 1). Derecha *Distribución de hallazgos en base a su adscripción cronológica observados en superficie (prospección zona 1)*.

De nuevo el Cerro de los Santos

Las actuaciones en el Cerro tuvieron como objetivos delimitar con precisión los márgenes del santuario y localizar las zanjas de cimentación del templo, cuya ubicación aproximada conocíamos gracias a las memorias de las excavaciones de los Padres Escolapios de Yecla y de Paulino Savirón, pero sobre todo por los excelentes planos y dibujos que elaboró este último y que las situaban en el espolón rocoso más septentrional del cerro.

Los resultados la prospección arqueológica intensiva permitieron determinar que la mayor parte de los materiales arqueológicos se concentraba en la mitad oriental del cerro, y a lo largo de siglo y medio, como era de esperar, habían experimentado un importante proceso de reestratificación a consecuencia de las continuas remociones de tierra

llevadas a cabo por arqueólogos y buscadores de tesoros. Por ello, los contextos materiales recuperados resultaron cronológicamente poco significativos, aunque algunos objetos si lo fuesen por otras circunstancias. A este respecto, cabe destacar sobre todo el hallazgo fortuito de un fragmento del borde de un gran contenedor de cerámica ibérica que fue decorado con una composición pictórica de enorme significado simbólico, donde se muestra el rostro frontal de una deidad femenina de grandes ojos y cabellos rizados, tocada con una corona de merlones y acompañada de un ave y un *carnassier* -animales heráldicos que en el imaginario ibérico se comportan como mediadores entre el ámbito terrenal y los ámbitos celeste y del inframundo-, así como por una estrella de ocho puntas que subraya aún más el carácter sagrado de la escena. Por otro lado, las coronas murales constituyen un atributo propio de las deidades locales que protegen a las ciudades, lo que pone de manifiesto no solo el carácter predominantemente urbano y cívico de esta deidad, sino también el estrecho vínculo que se establece entre la comunidad y el santuario, que trasciende la mera relación individual o personal entre los devotos y los dioses.

La apertura exploratoria de tres largas zanjas nos permitió comprender que la discrepancia observada entre la orientación que presentaban las fosas de cimentación del templo con respecto al norte real -que apenas comenzaron a definirse en esta campaña- y la que se recogía en los planos de Paulino Savirón era debida a la oscilación de la declinación magnética terrestre acumulada desde 1871, fecha en la que este investigador se sirvió de una brújula para fijar la posición de las estructuras. La variación del norte magnético local en aquella lejana fecha, con respecto al norte real, se cifraba en el año 2013 entre 16º y 20º oeste, lo que resultó ser un dato muy esclarecedor para poder planificar con mayor precisión los siguientes trabajos de reexcavación del solar ocupado por la estructura sacra y permitió confirmar que todavía era posible recuperar y modular la planta del templo.

Bajo un depósito arqueológico carente de cualquier contextualización crono-estratigráfica, que había sufrido un acusado proceso de reestratificación desde mediados del s. XIX, repleto de materiales cerámicos -vasitos caliciformes para las ofrendas líquidas, pequeños recipientes hechos a mano para otras actividades de carácter ritual, platos, tinajillas, botellas, etc.-, de teselas blancas y negras pertenecientes al mosaico bícromo que debió pavimentar el interior del templo, fragmentos de esculturas, objetos metálicos y de otros materiales arquitectónicos, pudimos localizar en 2014 las fosas de cimentación de los muros largos y comprobar que su equidistancia se aproximaba a la que conocíamos para la anchura de la cella a partir del plano y de la memoria de excavaciones de Paulino Savirón. Ambas se caracterizaron por disponer de lechos de recepción bien aplanados y escalonados para poder asentar con firmeza los zócalos de sillares y salvar las diferencias de nivel existentes en el cerro. A menudo estos lechos presentaban anchuras que duplicaban la medida habitual, e incluso se observaron alineaciones longitudinales en paralelo, atribuibles a una doble cimentación de muros y rebancos que condujo a Savirón a hablar de muros dobles en la dependencia interior del templo. También pudo deducirse de los trabajos de excavación la superposición parcial del muro largo meridional a una gran fosa excavada en la roca del cerro con forma de cuadrilátero irregular (1,30 x 1,60 m aproximadamente), con un fondo excéntrico de tamaño más reducido y forma rectangular de 0,75 x 0,45 m; en sección muestra una apariencia piramidal invertida algo irregular con un marcado entrante en el flanco oriental, justo donde parece disponerse una diaclasa natural que debió facilitar su excavación. Los análisis del sedimento acumulado en el fondo no han sido concluyentes, si bien parece probable que exista una relación con los ritos que se desarrollaron durante la fase ibérica del santuario y que por su relevancia quedase incorporada al templo de la fase augustea, del mismo modo que sucedió con la hendidura de las libaciones en el santuario del estrecho de las Cuevas de la Encarnación de Caravaca de la Cruz.

El templo reinterpretado y modulado.

La reexcavación de las estructuras del templo del cerro de los Santos ha hecho posible comprobar las medidas de planta y contrastar algunos datos imprescindibles para llevar a cabo el trabajo de modulación. No obstante, el hecho de que las nuevas investigaciones del cerro hayan contado con la experiencia adquirida por los miembros de este

equipo en las excavaciones de los templos iberorromanos del cerro de la Ermita de la Encarnación durante los años noventa del pasado siglo ha facilitado un análisis más raudo y eficaz al poder conjugar dos investigaciones que se han complementado con precisión.

Fruto de esta experiencia ha sido reconocer la aplicación de un doble sistema de modulación en el templo: geométrico -durante el proceso de diseño y replanteo de la obra- y armónico -en la construcción y encaje de los diferentes elementos estructurales-; ninguno es excluyente y ambos se combinan. El resultado final fue un templo de planta *in antis*, o de dos columnas en la fachada, que derivaba de un prototipo de templo *in antis* con semicolumnas adosadas a la cara interior de las pilastras de los muros laterales *(antas)* cuyo mejor exponente en el sureste peninsular está en la segunda fase constructiva del templo B del cerro de la Ermita de la Encarnación (Brotóns y Ramallo, 2017).

El templo del cerro fue proyectado a partir de un de un módulo geométrico de 70 uncias romanas con unas dimensiones en planta de 9 módulos de longitud por 4 de anchura, o lo que es igual de 630 x 280 uncias equivalentes a 15,524 x 6,899 metros. El módulo armónico se obtuvo de la división en doce partes de la fachada *in antis* prototípica del templo iberorromano del sureste peninsular, si bien como hemos advertido con anterioridad el templo del Cerro careció de semicolumnas, por lo que su fachada se acortó un módulo y quedo distribuida de la siguiente manera: dos pilastras (P) de 3/4 de módulo, dos intercolumnios laterales (IL) de 2 1/4 módulos, 2 columnas (C) de 1módulo y un intercolumnio central (IC) de 3 módulos:

3/4 (P) + 2 1/4 (IL) + 1 (C) + 3 (IC) + 1 (C) + 2 1/4 (IL) + 3/4 (P) = 11 módulos

Así, el módulo que armoniza las partes con el todo es aquí 1/11 parte de la fachada, es decir, aproximadamente 25,5 uncias equivalentes a 0,6283 m.

Fig. 2. Ubicación del templo a partir de los recortes en la roca (líneas rojas).

Las esculturas y el templo como depósito votivo

Sin duda, el rasgo más distintivo y conocido del santuario es la gran cantidad de exvotos, en su mayor parte de piedra, antropomorfos y en actitud oferente, vinculados a las manifestaciones de culto. Precisamente, uno de los temas más debatidos de la investigación ha sido el de la ubicación original de estas ofrendas votivas sin que de momento se pueda aportar una respuesta satisfactoria y con argumentos concluyentes. Se ha sugerido tanto su emplazamiento al aire libre (Ruano, 1988: 268), sin que exista prueba alguna, como la colocación sobre los rebancos que aparecen adosados a las paredes longitudinales de la cella del edificio de culto (Rada, 1875a: 18), si bien el espacio disponible y el volumen de las esculturas obligarían a una renovación frecuente de los exvotos allí depositados, con el consiguiente problema de la ubicación secundaria; incluso, también se ha llegado a interpretar el edificio como un "auténtico almacén de exvotos" (Vila, 1994: 128). El tratamiento de las figuras, con el dorso y flancos solo esbozados podrían sugerir una visión frontal y la ubicación delante de algún parapeto, aunque no se puede ir más allá de la suposición.

Ahora bien, si no es posible, con la información disponible, apuntar una propuesta coherente sobre el emplazamiento original de las esculturas, podemos, en cambio, proponer una hipótesis razonable para su amortización final. Las noticias de las primeras excavaciones y rebuscas, junto a los trabajos de Fernández de Avilés, muestran una especial concentración de exvotos en el espacio ocupado por el templo y en su entorno más inmediato. En este mismo sentido, Lasalde (1880: 468) recuerda como "en las primeras excavaciones en algunos sitios [las esculturas] formaban verdaderas capas". Esta información nos permite sugerir un proceso de ocultación consciente de las esculturas entre las cimentaciones del templo, aprovechando la cavidad formada el desnivel de la roca en el espacio donde se emplaza el templo, con una inclinación que llega hasta los dos metros entre un extremo a otro y que provoca un vacío de 100 m^3, suficiente para acoger la mayoría de las esculturas del viejo santuario. Esta práctica de ocultar los exvotos más antiguos bajo un nuevo edificio de culto o en su inmediatez, se ha atestiguado también en los santuarios de Torreparedones (Morena, 2014: 51) y La Encarnación donde, bajo el pavimento del templo B, se ha constatado la existencia de depósitos votivos, formados por objetos litúrgicos y esculturas de especial significado (Ramallo y Brotóns, 2014).

La conservación intencionada de las ofrendas entre las cimentaciones del templo, selladas por el pavimento, en lo que se podría considerar como un auténtico "cofre votivo", demuestra el deseo de continuidad espacial y religiosa con el santuario ibérico, al tiempo que garantiza la inviolabilidad de las ofrendas. Este mismo procedimiento es también habitual en espacios sacros de otras regiones mediterráneas.

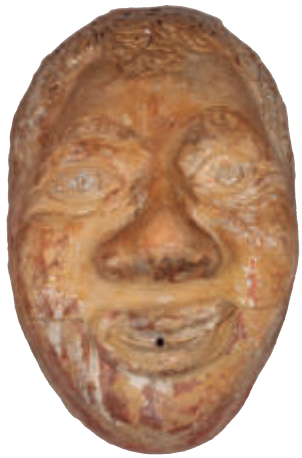
HACIA DONDE IRÁ LA INVESTIGACIÓN EN EL CERRO

Las interrogantes son múltiples, más incluso que las certezas. A pesar de la ingente bibliografía que se ha generado durante los últimos ciento cincuenta años, hay aspectos sobre los que apenas se ha avanzado y no se sabe nada cierto. ¿Por qué surge el santuario y se elige ese emplazamiento? ¿Cuál es la divinidad o divinidades a la que está dedicado? ¿Qué sabemos de las ceremonias litúrgicas y de los procedimientos rituales? ¿Cómo se articulaba el espacio interno? A estas cuestiones se añaden otras como los problemas cronológicos en el material votivo y de posible seriación de las esculturas o el carácter suburbano, y vinculado a un supuesto *oppidum* aún no identificado, o territorial del santuario, y en relación con ello su función política y social. Son múltiples las preguntas que aún hoy en día podemos plantearnos sin que tengamos una respuesta que no pase de la mera especulación. Por otra parte, el espinoso tema de las falsificaciones sigue abierto a la espera de un proyecto ambicioso donde la aplicación de técnicas analíticas permita discriminar sobre bases científicas contrastables y no sobre meras impresiones subjetivas la producción original de las copias o imitaciones. En esta misma dirección, son imprescindibles los análisis petrográficos para asociar la producción escultórica a los distintos afloramientos que hemos localizado en el entorno del Cerro y comprobado que fueron explotados en la antigüedad.

La falta de contextos arqueológicos es otro de los problemas de difícil solución. En este sentido, la excavación de ciertos sectores inalterados, identificados durante los últimos trabajos realizados en el Cerro, puede contribuir a solventar esta cuestión y con ello también a precisar aspectos de tipo cronológico. En cuanto al entorno más inmediato al templo, la investigación no ha acabado. Hay que continuar con el análisis minucioso de las improntas y recortes conservados sobre la roca de base, que tan buenos resultados ha dado para la delimitación del templo romano, para intentar definir e interpretar la forma y posible función de las estructuras que, a juzgar por la documentación antigua, se distribuían en tono al templo.

En conclusión, es evidente que el proyecto desarrollado en la última década ha dado respuesta a algunas de estas cuestiones, pero sobre todo ha abierto nuevas vías de investigación, aportando información inédita y de primera mano. Sin embargo, y de cara a futuro, somos conscientes de que el nuevo proyecto de investigación debe tener un marcado carácter interdisciplinar, y debe comenzar con una restitución fiel del paleopaisaje, bajo los diversos postulados de la geoarqueología y, a partir de esas referencias medioambientales, con el estudio de los potenciales recursos naturales de explotación en el entorno del santuario. Hay que profundizar en aspectos tales como el papel desempeñado por la ganadería – ya local, ya en itinerancia o trashumancia- en el desarrollo de la zona, o el posible carácter terapéutico de las aguas minero-medicinales, y sus posibles conexiones con actividades desarrolladas en el santuario. En este mismo sentido, el análisis de residuos o microcomponentes en los recipientes cerámicos y en posibles espacios de libación es otro de los aspectos a desarrollar, en consonancia con los resultados esperados de la restitución del paisaje interactuado. En definitiva, y a pesar de todo lo escrito y publicado durante los últimos ciento cincuenta años sobre el santuario, el camino a recorrer puede ser aún arduo y complejo, aunque también apasionante, hasta que se pueda procurar esa restitución que merece un santuario cuyo descubrimiento hacia mediados del siglo XIX marco el acta de nacimiento de la Cultura Ibérica.

CATÁLOGO



151, Máscara
El Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete)
Siglo III a.C.
Cerámica modelada
Alto 29 cm., ancho 19 cm., grueso 11 cm.
Museo de la Semana Santa de Hellín (depósito del Museo de Albacete nº 15052)
(Fotografía FCG)

152, Betilo
Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)
Siglo III a.C.
Piedra caliza
Alto 14,5 cm., base: 8 – 8 – 6,7 cm.
Museo de Albacete nº 5951
(Fotografía FCG)

153-155, Monedas cartaginesas
Ceca Qart-Hadasht (Cartagena)
Colección Sánchez Jiménez
Finales del siglo III a.C.
Plata
A: Shekel y medio Ø 26 mm., B: shekel Ø 21 mm., C: Medio shekelØ 16 mm.
Museo de Albacete nº A: 11338, B: 11345, C: 11341
(Fotografía GOV)

156, Soldado ante palmera
Placa de correaje de El Amarejo (Bonete, Albacete)
Finales siglo III a.C.
Plata, hierro y bronce
Alto 4,7 cm., ancho 5,5 cm., grueso 0,3 cm.
Museo de Albacete nº 9194
(Fotografía MVD)

157, Gallina
Libisosa (Lezuza, Albacete)
Siglos III-I a.C.
Cerámica modelada, pintada y aplicaciones plásticas
Alto 16,8 cm., largo 19,5 cm., ancho 12,5 cm.
Centro Agripina en Lezuza (depósito del Museo de Albacete nº 18808)
(Fotografía CCM)

158, Unidad de Gades (Cádiz)
Colección Sánchez Jiménez
Siglos II-I a.C.
Bronce
Ø 18 mm., 4'38 g., 3 h.
Museo de Albacete nº 11731
(Fotografía MAB)

159, Media unidad de Malaca (Málaga)
Colección Sánchez Jiménez
Principio s. I a.C.
Bronce
Ø 22 mm., 6'95 g., 5 h.
Museo de Albacete nº 11716
(Fotografía FCG)

160, Unidad de Obulco (Porcuna, Jaén)
Ca. 110-80 a.C.
Bronce
Ø 31 mm., 18'12 g., 4 h.
Museo de Albacete nº 1823
(Fotografía MAB)

161, Unidad de Obulco (Porcuna, Jaén)
Ca. 110-80 a.C.
Bronce
Ø 26 mm., 14'21 g., 3 h.
Museo de Albacete nº 1921
(Fotografía MAB)

162, Media unidad de Cástulo (Cazlona, Linares, Jaén)
Ca. 165-150 a.C.
Bronce
Ø 20 mm., 5'26 g., 9 h.
Museo de Albacete nº 1901
(Fotografía MAB)

163, Unidad de Cástulo (Cazlona, Linares, Jaén)
Ca. 165-80 a.C.
Bronce.
Ø 29 mm., 13'73 g., 9 h.
Museo de Albacete nº 2688
(Fotografía MAB)

164, Unidad de Untikesken (L'Escala, Ampurias)
Primera mitad s. II a.C.
Bronce
Ø 32 mm., 22'07 g., 3 h.
Museo de Albacete nº 1851
(Fotografía MAB)

165, Unidad de Saitabi (Játiva, Valencia)
Segunda mitad del siglo II a.C.
Bronce
Ø 26 mm., 9'4 g., 12 h.
Museo de Albacete nº 11550
(Fotografía MAB)

166, Unidad de Kelse (Velilla del Ebro, Tarragona)
Inicios y mediados del s. II a.C.
Bronce
Ø 28 mm., 12'04 g., 5 h.
Museo de Albacete nº 11947
(Fotografía MAB)

167, Unidad de Kese (Tarragona)
Primera mitad del siglo II a.C.
Bronce
Ø 24 mm., 9'8 g., 5 h.
Museo de Albacete nº 11409
(Fotografía MAB)

168, Denario de Kese (Tarragona)
Inicios del s. II a.C
Plata
Ø 19 mm. 3'89 g., 3 h.
Museo de Albacete nº 1818
(Fotografía MAB)

169, Denario de Bolskan (Huesca)
Segunda mitad s. II y primer cuarto s I a.C.
Plata
Ø 19 mm., 3'07 g., 1 h.
Museo de Albacete nº 9995
(Fotografía MAB)

170, Unidad de Bolskan (Huesca)
Segunda mitad s. II y primer cuarto s I a.C.
Plata
Ø 24 mm., 6'52 g., 2 h.
Museo de Albacete nº 1870
(Fotografía MAB)

171, Denario de Barskunes (Pamplona)
Segunda mitad s. II a.C.
Plata
Ø 17`5 mm., 3'95 g., 1 h.
Museo de Albacete nº 11347
(Fotografía FCG)

172, Unidad de Barskunes (Pamplona)
Segunda mitad s. II a.C.
Bronce
Ø 24 mm., 8'76 g., 10 h.
Museo de Albacete nº 1877
(Fotografía MAB)

173, Unidad Ikalesken (Iniesta, Cuenca)
Segunda mitad del siglo II a.C.
Bronce
Ø 26 mm., 9'8 g., 12 h.
Museo de Albacete nº 11446
(Fotografía MAB)

174, As republicano, Roma
206 a 195 a.C.
Bronce
Ø 36 mm., 44,56 g., h.
Museo de Albacete nº 12002
(Fotografía MAB)

175, As republicano, Roma, familia Afranio
206 a 195 a.C.
Bronce
Ø 31 mm., 24'89 g., 7 h.
Museo de Albacete nº 12020
(Fotografía MAB)

176, Semis republicano, Roma
195 a 146 a.C.
Bronce
Ø 24 mm., 9'29 g., 12 h.
Museo de Albacete nº 12036
(Fotografía MAB)

177, Triens republicano, Roma
Año 91 a.C.
Bronce
Ø 21 mm., 5'42 g., 4 h.
Museo de Albacete nº 12023
(Fotografía MAB)

178, Denario, Roma, familia Porcia
125 a.C.
Plata
Ø 17 mm., 3'37 g., 9 h.
Museo de Albacete nº 12048
(Fotografía MAB)

179, Denario, Roma, familia Junia
Año 91 a.C.
Plata
Ø 18 mm., 3'66 g., 5 h.
Museo de Albacete nº 12073
(Fotografía FCG)

180, Copa con dos asas
Libisosa (Lezuza, Albacete)
Siglos II-I a.C.
Cerámica a torno
Alto 8, Ø borde 9,5, Ø base 4 cm.
Centro Cultural Agripina de Lezuza (depósito del Museo de Albacete nº 18179)
(Fotografía DB)

181, Lebes
Libisosa (Lezuza, Albacete)
Siglos II-I a.C.
Cerámica
Alto 20,5 cm., Ø borde 29 cm., Ø base 10,5 cm.
Centro Cultural Agripina de Lezuza (depósito del Museo de Albacete nº 18287)
(Fotografía FCG)

182, Plato
Libisosa (Lezuza, Albacete)
Años 120-80/75 a.C.
Cerámica de barniz negro campaniense tipo B.
Alto 2,8; Ø borde 19 cm. Ø base 6 cm.
Centro Cultural Agripina de Lezuza (depósito del Museo de Albacete nº 18078)
(Fotografía FCG)

183, Guttus
Libisosa (Lezuza, Albacete)
Siglos II-I a.C.
Cerámica de barniz negro campaniense A.
Alto 6,5; cm., Ø borde 4 cm., Ø base 6,9 cm.
Centro Cultural Agripina de Lezuza (depósito del Museo de Albacete nº 18111)
(Fotografía FCG)

184, Guttus
Libisosa (Lezuza, Albacete)
Siglos II-I a.C.
Cerámica a torno, pintada (imitación ibérica)
Alto 8,1 cm; Ø borde 8,1 cm; Ø base 11,7 cm.
Centro Cultural Agripina de Lezuza (depósito del Museo de Albacete nº 18147)
(Fotografía FCG).

CATÁLOGO

185, Plato
Pozo de la nieve de Torre Uchea (Hellín, Albacete)
Mediados del siglo I a.C.
Cerámica a torno (imitación de platos campanienses)
Alto 5 cm., Ø borde 30 cm., Ø base 9,5 cm.
Museo de Albacete nº 15083
(Fotografía MVD)

186, Botella (*lagynos*)
Libisosa (Lezuza, Albacete)
Siglos II-I a.C. (circa 110-80 a.C.)
Cerámica helenística a torno, engobe blanco y pintada
Alto 18,5 cm., Ø borde:3,5 cm., Ø máx. 23 cm.
Centro Cultural Agripina de Lezuza (depósito del Museo de Albacete nº 18155)
(Fotografía CCM)

187, Botella
Libisosa (Lezuza, Albacete)
Siglos II-I a.C.
Cerámica a torno (imitación de *lagynos*)
Alto 18 cm., Ø borde 5,5 cm., Ø base 6 cm.
Centro Cultural Agripina de Lezuza (depósito del Museo de Albacete nº 18740)
(Fotografía FCG)

188 Cuenco
Necrópolis de Alhambra (Alhambra, Ciudad Real)
Mediados del siglo II a.C. a mediados del siglo I a.C.
Cerámica a torno
Alto cm., Ø borde cm., Ø base cm.
Museo de Ciudad Real nº
(Fotografía FCG)

189, Cuenco con letreros
Necrópolis de Alhambra (Alhambra, Ciudad Real)
Augusto-Tiberio/Claudio
Cerámica a torno, pintada
Alto 17 cm., Ø máximo 15,5 cm.
Museo de Ciudad Real nº DO000305
(Fotografía FCG)

190, Lebes
La Alcudia (Elche, Alicante)
Siglo I a.C.
Cerámica a torno, pintada
Alto 31 cm., Ø borde 40,5 cm., Ø máximo 42 cm.
Museo de La Alcudia nº LA-128
(Fotografía FLA)

191, Cabeza de hombre
Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)
Siglos I a.C.-I d.C.
Piedra caliza
Alto 27 cm., ancho 17,8 cm., grueso 20 cm.
Museo de Albacete (depósito del Museo Arqueológico Nacional nº 1871/82/50)
(Fotografía MVD)

192, León
El Tolmo de Minateda (Hellín)
Siglo I a.C.
Piedra arenisca
Alto 32 cm., Ø 30 cm.
Museo de la Semana Santa de Hellín (depósito del Museo de Albacete nº 15070)
(Fotografía LAC).

LUGARES DE IBERIA

(imagen extraída de la Fototeca del Ministerio de Cultura y Deportes)

(imagen extraída de la Fototeca del Ministerio de Cultura y Deportes)

EL CEREMEÑO (HERRERÍA, GUADALAJARA)

María Luisa Cerdeño[1]

El castro de El Ceremeño es uno de los poblados más significativos de la cultura celtibérica, está ubicado en la comarca de Molina de Aragón en el extremo oriental de la Meseta, al pie del Sistema Ibérico y por ello es zona fronteriza con los territorios interiores de las comarcas levantinas. Se han documentado bien los contactos mantenidos entre las poblaciones de ambos lugares desde el inicio de la Edad del Hierro, bien acreditados por un buen repertorio material, especialmente cerámico.

Los trabajos de excavación sistemática se iniciaron a finales de los años ochenta dejando al descubierto una buena parte del poblado, asentado sobre un cerro testigo en la margen derecha del arroyo Saúco y una superficie interior de 2000 m^2. Es un buen ejemplo de asentamiento en altura, rodeado de una potente muralla, urbanismo tipo "calle central" y viviendas rectangulares adosadas entre sí con las puertas al espacio interior. Se ha identificado una significativa secuencia cultural con dos fases de ocupación sucesivas: Ceremeño I, asentamiento *ex novo* fechado en los siglos VII y VI a. C. y Ceremeño II, reconstruído encima poco después, que se desarrolló a lo largo del siglo V a. C.

De la fase antigua se excavaron doce viviendas de entre 40-50 m^2, con estancias distribuidas en vestíbulo de entrada, habitación central con hogar y despensa al fondo contra la muralla; fue destruido por un fuerte incendio, las vigas de madera de los techos sellaron las habitaciones y ello facilitó la conservación de las estructuras y de numerosas cerámicas completas, algunas conteniendo trigo, mijo o bellotas. En la fase más reciente se han identificado 31 viviendas muy homogéneas, de unos 20 m^2, alineadas a lo largo de dos calles casi paralelas.

Los datos obtenidos permiten reconstruir el asentamiento típico de un grupo eminentemente rural de unas 50 personas, con una economía agrícola y ganadera que alcanzó un cierto nivel de desarrollo, seguramente por su precoz conocimiento de la metalurgia del hierro que pronto le permitió fabricar eficaces armas.

Aparte del indudable interés científico, al proporcionar datos nuevos sobre la cultura material, urbanismo, economía o demografía de estos pueblos prerromanos, el yacimiento reunía otras características como buenas condiciones de conservación, ubicación o accesos, que desde el principio invitaron a diseñar un proyecto de restauración y puesta en valor de esta pequeña pero importante parcela del Patrimonio Arqueológico. Fue declarado Bien de Interés Cultural con categoría de Zona Arqueológica en 1990 (DOCM de 6 de junio) y poco después fue aprobado por la Consejería de Cultura el proyecto de actuación para su conversión en Yacimiento Visitable, siendo uno de los primeros de la Comunidad Autónoma.

El indudable interés científico, histórico y educativo de El Ceremeño ha merecido su inclusión, como yacimiento representativo de la Hispania Céltica, en una de las salas del renovado Museo Arqueológico Nacional, que en 2013

[1] Universidad Complutense de Madrid

reabrió sus puertas tras varios años de remodelación y en su nuevo diseño museístico, junto a las viejas colecciones decimonónicas, dio cabida a algunas aportaciones relevantes de la investigación arqueológica de los últimos años.

Fig. 1. Vista aérea del castro de El Ceremeño (Servicios Forestales por encargo autora).

Fig. 2. Reconstrucción del poblado Ceremeño II (Revives) y detalle del codo de la muralla (imagen propia).

Fig. 3. Despensa de la vivienda C y brasero encontrado en la vivienda H, de la fase Ceremeño I (imagen propia y J. A. Castro).

LA NECRÓPOLIS DE LA YUNTA (LA YUNTA, GUADALAJARA)

Mª del Rosario García Huerta[1]

Se ubica a 4 km del pueblo de La Yunta (Guadalajara) en una llanura al pie del cerro de San Roque, donde presumiblemente se levantaba el castro de este yacimiento. La necrópolis, conocida desde los años sesenta del s. XX, se preservó gracias a que el propietario del terreno lo dejó sin arar al detectar la presencia de materiales arqueológicos, circunstancia que puso en conocimiento del Museo de Guadalajara. Las excavaciones se iniciaron en 1984 y se prolongaron durante siete años. Las más de 260 tumbas recuperadas y su buen estado de conservación hicieron de esta necrópolis un yacimiento excepcional para el conocimiento de las formas de enterramiento y de los rituales funerarios del área celtibérica, permitiendo abordar aspectos muy poco tratados hasta ese momento, caso del estudio de los restos óseos.

El ritual funerario documentado es la cremación realizada en *ustrinia* que no han podido localizarse. Parece que en las cremaciones se utilizó bastante madera, suficiente para alcanzar los 850º a 950º requeridos para la combustión total de un cuerpo de complexión media. Junto con el cadáver se debían introducir en la pira funeraria algunos recipientes cerámicos y restos de animales. Las urnas y las tapaderas no pasaban por el fuego de la pira. El resto de los objetos que formaban parte del ajuar, fíbulas, fusayolas, etc., unas veces se quemaban junto con el cadáver y otras no.

Acabada la cremación sus restos se introducían en la urna, junto con los objetos de ajuar, y se cubría la urna con un recipiente cerámico colocado boca abajo o, excepcionalmente, con una piedra, y se depositaba en el lugar de enterramiento, bien directamente en un hoyo simple o en un túmulo. Uno de los aspectos más interesantes fue el hallazgo de estructuras tumulares, que hasta su aparición en La Yunta, apenas si se intuían en el ámbito celtibérico, pues se vinculaban con etapas más antiguas que la representada en este yacimiento. Se han identificado una veintena de túmulos formados por varias hiladas de piedras de tamaño regular, de planta rectangular, cuadrada o circular de 2 m de lado o diámetro.

Según se desprende de los análisis antropológicos todas las cremaciones son individuales con excepción de dos tumbas, que contenían dos enterramientos, uno de ellos de mujer y niño. También se encontraron algunos cenotafios.

El ajuar está constituido generalmente por la propia urna, un segundo recipiente cerámico, generalmente un cuenco o plato, que hace las veces de tapadera, y fíbulas (de tipo La Téne, zoomorfas, pie vuelto y anulares hispánicas), fusayolas, y en menor porcentaje aritos, placas y colgantes de bronce. A diferencia de lo que ocurre en un gran número de necrópolis de la zona caracterizadas por su riqueza armamentística, en la Yunta son prácticamente inexistentes, limitadas a algunos regatones. Si son muy abundantes las ofrendas animales, fundamentalmente de ovicápridos, destacando los astrágalos presentes en un gran número de tumbas, en menor medida aparecen restos de bóvidos y ciervos.

A partir del análisis antropológico de los restos cremados de la necrópolis de La Yunta se han identificado la edad y el sexo de 129 individuos: 59 hombres (45,74 %), 48 mujeres (37,21 %) y 22 infantiles (17,05 %), sin que en este último caso haya sido posible determinar el sexo.

[1] Facultad de Letras, Ciudad Real, Universidad de Castilla-La Mancha.

Con respecto a la cronología, los elementos más antiguos se fechan a mediados o finales del siglo IV a.C. y los más modernos hasta el s. II a.C.

Fig. 1. Vista de la necrópolis de La Yunta, desde el cerro de San Roque. Fig. 2. Tumbas tumulares de La Yunta

Fig. 3. Tumba de hoyo, señalizada con piedras, de La Yunta

Fig. 4. Fíbulas de tipo La Téne de La Yunta

EL CERRÓN (ILLESCAS, TOLEDO)

Santiago Valiente Cánovas[1]

El yacimiento del Cerrón de Illescas se localiza en un pequeño lomero de forma ovalada, al oeste del municipio, adyacente al límite con el pueblo de Yuncos y en la actualidad cercano a las autovías AP 41-C M, y próximo al arroyo de las Dos Villas subsidiario del Guatén,

Las diferentes campañas de excavaciones han mostrado un santuario carpetano con dos momentos de ocupación y un poblado posterior que ocupa toda la superficie del montículo. Los análisis de C-14 dan unas fechas entre los siglos IV-al II a. de C. Las prospecciones realizadas en los alrededores han mostrado restos de tégulas y materiales cerámicos de T.S. Hispánica, vestigios de ocupación de posibles villas romanas.

Lo excavado fue parte de un recinto rectangular levantado sobre un zócalo de piedras extraídas de los alrededores y muros de adobes, que estaban enlucidos en su interior. Se conservaban restos de altares elaborados en barro y fragmentos cerámicos hallados entre importantes niveles de adobes caídos y cocidos por efecto de la destrucción por incendio (Fig. 2).

Entre los numerosos hallazgos este yacimiento está el relieve configurado en barro o pasta de adobe en la base de un banco o altar. Sufrió las consecuencias del incendio del edificio o tal vez, la aplicación de fuego para endurecerlo. La figuración se desarrolla con un sentido de derecha-izquierda. Presenta una escena de dos carros arrastrados por caballos conducidos por sendos aurigas a los que sigue un grifo. Frente al segundo carro se representa un personaje en pie envuelto en un manto que levanta el brazo izquierdo. El conjunto está destruido en la parte inferior presentando además importantes desperfectos en su conjunto (Fig.3).

La escena del relieve se interpreta como una procesión funeraria con el grifo como escolta de los difuntos, o bien, como una heroización de dos personajes con la protección divinizada representada por el animal mítico.

Se documentaron importantes piezas cerámicas de diferentes formas y tipos, pesas de telar, objetos en piedra, así como vestigios metálicos entre los que destaca un exvoto en bronce que representa una figura desnuda masculina, que posiblemente fuera a caballo y que se halló incompleta y claramente mutilada (Fig.4).

El yacimiento sería un lugar religioso de culto y peregrinación de los habitantes de los poblados carpetanos ubicados en la comarca de la Sagra y del entorno del arroyo Guatén. Estos poblados están situados en cerros testigos y además existen otros asentamientos de menor envergadura dispersos por la zona.

En el propio interior del santuario se excavaron varios silos medievales que afectaron aún más a los santuarios carpetanos. También se documentaron estructuras de este periodo, en otras zonas del yacimiento. Los objetos cerámicos han permitido fechar una primera ocupación entre los siglos XII-XIII que pervivió al menos hasta el siglo XIV-XV.

[1] Escuela Superior de Conservación y Restauración de Bienes Culturales. Comunidad de Madrid.

La extracción del relieve fue realizada por profesores y alumnos de la Escuela Superior de Conservación y Restauración de Madrid, así como la restauración de numerosas vasijas cerámicas y piezas metálicas. El relieve y otros objetos extraídos durante las excavaciones se exponen en una de las salas del Museo de Santa Cruz de Toledo.

Fig. 1. Vista aérea del yacimiento del Cerrón de Illescas. (Toma efectuada en la década final de los años 70 del siglo XX). Fig. 2. Una parte estratigráfica de los niveles de ocupación y destrucción de los santuarios.

Fig. 3. Imagen del relieve aún "in situ", durante el proceso de excavación.

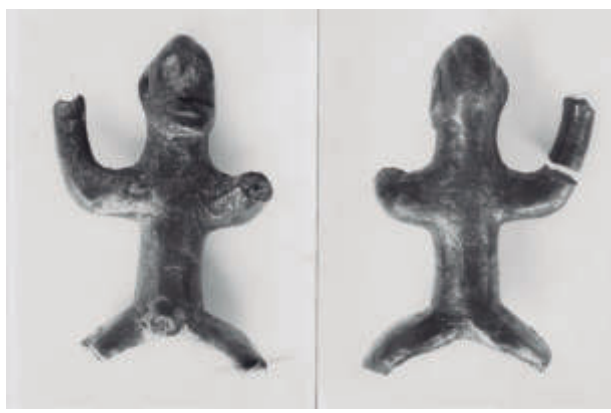


Fig. 4. Visión de la parte delantera y trasera del exvoto. Medida: 5,8 cm de altura.

FUENTE DE LA MOTA (BARCHÍN DEL HOYO) Y SANTA QUITERIA (TÉBAR)

Magdalena Barril Vicente[1]

Fuente de la Mota (Barchín del Hoyo) y Santa Quiteria (Tébar) son dos *oppida* al sureste de la provincia de Cuenca con poblaciones anteriores al cambio de Era y esplendor hacia el IV a.C. Situados en altura, en el paso entre la Serranía y la Mancha, casi en línea recta N-S a ambas vertientes del Júcar, están cercanos a filones de hierro y tienen amplio control visual e intervisibilidad entre ellos.

El programa televisivo "Misión Rescate" de la década 1970 los redescubrió para su estudio arqueológico. Los materiales hallados casualmente o en excavación muestran antecedentes en la Edad del Broce y ocupación durante la Edad del Hierro, incluyendo su romanización, entre los siglos V a.C. al I d.C. Son cerámicas a torno, cotidianas y de lujo, algunas modeladas como figuras zoomorfas y antropomorfas. Asimismo, se documentan elementos metálicos, especialmente en Barchín, para actividades artesanales, agropecuarias, mineras, grandes portones, e incluso rituales mágicos.

Fuente de La Mota se ubica en el cerro Plaza de los Moros, separado por un vallejo de La Corbetera, donde en 1656 se halló un tesoro que llevó a Felipe IV a promover excavaciones cuyo resultado no le interesó. Tras su redescubrimiento por el maestro Joswaldo Gómez, entre 1975 y 2007 Marta Sierra dirigió excavaciones sobre un espolón que domina hasta 80 Km hacia Sur y Este. A su interior, de 1 ha aproximadamente, se accedía desde el Este por un camino con profundas marcas de carros. El sistema defensivo consta de doble foso tallado en la roca (que sirvió de cantera), muralla de 6 m de grosor al N y E, gran torre cuadrangular de esquinas curvas al NE y torreón con escalera interna al NW.

Su urbanismo planificado muestra calles que parten de la plazuela ubicada a la entrada, delimitando áreas para distintas actividades y población. Las construcciones, con zócalos de mampostería y paredes de barro fueron destruidas violentamente y reconstruidas sobre los mismos muros. En las estancias adosadas y rectangulares al Este hay hornos y grandes molinos circulares para cereal. Hacia el Sur, donde la visibilidad es mayor, un gran edificio con habitaciones. Y, hacia el Oeste, otro conjunto considerado zona de almacenamiento e industrial, con estancias irregulares, suelos de tierra o enlosados y silos excavados; aquí, una estancia triangular sin silo, parece la más antigua.

Desde 2016, un convenio entre el Ayuntamiento y la JCCM permite la adecuación para visitas turísticas del yacimiento y nuevas excavaciones, encargándose de ello Antonio Madrigal. Se han desarrollado actuaciones de limpieza, un estudio con geo-radar del urbanismo y nuevas propuestas de uso de los espacios, como el de santuario para la estancia triangular y su entorno y, el de edifico principesco en el situado al sur, donde se centrarán los futuros trabajos.

El yacimiento en el **cerro de Santa Quiteria**, lugar sacralizado desde la antigüedad como certifica su ermita, fue dado a conocer por Froilán Carvajal y Rueda en 1857 describiendo estructuras defensivas, calles y ruinas. Con una

1 Conservadora de museos.

superficie de más de 1,5 ha es el mayor *oppidum* de la zona. Tras las excavaciones realizadas en 1977 y 1978 por Concepción García Saiz, se conoció en 1987 la existencia de una necrópolis del I a.C.-II d.C. al pie del cerro. Tras años fallidos, David Jiménez dirigió en 2012 y 2013 una somera intervención arqueológica en hábitat y necrópolis. La estructura y tipo de construcciones defensivas y de habitación son similares a la de Barchín, pero en peor estado y, planteamos la existencia de un área ritual en la parte más elevada donde se hallaron varias figuritas.

FIG. 1.: Barchin del Hoyo,

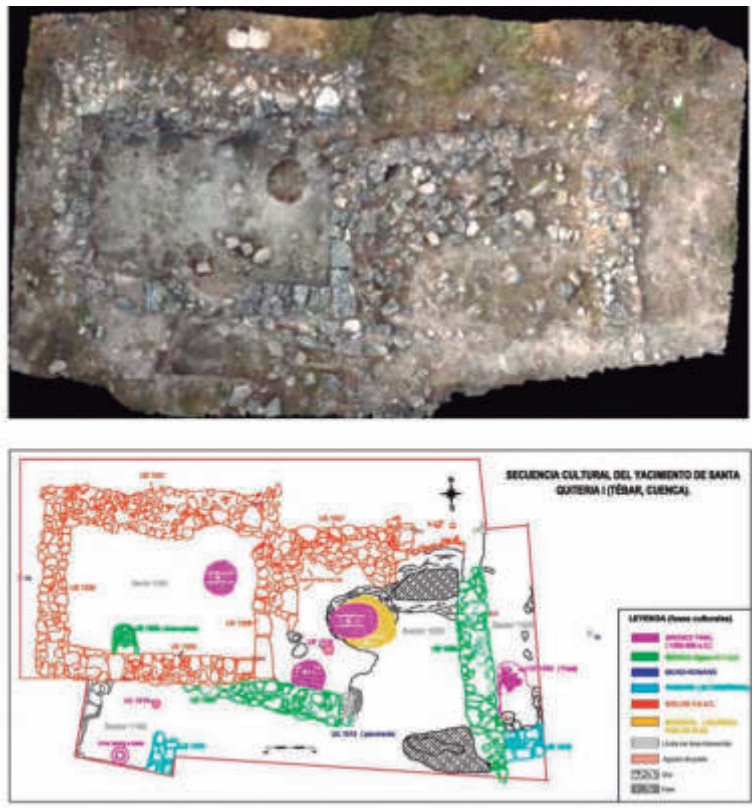


Fig. 2.: Santa Quiteria

CERRO DE LA MESA (ALCOLEA DEL TAJO, TOLEDO)

Juan Pereira Sieso y Teresa Chapa Brunet[1]

El Cerro de la Mesa se sitúa en el límite occidental de la provincia de Toledo. Domina un vado sobre el río Tajo que permite el tránsito entre Extremadura y la Meseta sur, así como el acceso a los pasos que se dirigen hacia el norte atravesando la Sierra de Gredos. El yacimiento ha cambiado sustancialmente su morfología en el s. XX debido a la construcción de la presa del pantano de Azután en 1969, lo que supuso un gran movimiento de tierras y una considerable subida del nivel del agua, transformando drásticamente los antiguos rasgos del paisaje (Fig. 1). Los primeros trabajos arqueológicos tuvieron lugar a partir de 1991 y evidenciaron la envergadura de sus defensas, conteniendo los sedimentos superpuestos que evidencian las distintas épocas de ocupación. Los trabajos agrícolas enrasaron finalmente la superficie, lo que dio lugar al topónimo del sitio.

El asentamiento desarrolla su vida durante el primer milenio a.C., y su primera ocupación puede datarse a finales del s. VII a.C., cuando se construye la gran muralla en talud reforzada con bastiones ovalados, que conserva en algunos tramos cerca de 3 m de altura. A finales del s. VI a.C. la muralla pierde su función y sobre ella, en la zona sur del yacimiento, se construye un área de santuario, identificada por un altar en forma de piel de toro asociado a numerosas cerámicas, tanto a mano como a torno, entre las que destacan vasos y ánforas de gran tamaño (Fig. 2). Adosados al lienzo interno de la muralla se conservan en muy buen estado los restos de un asentamiento del s. V a.C. que quedó sellado por la acumulación de desechos que genera la ocupación vettona, última fase documentada antes del abandono definitivo del asentamiento.

El poblado vettón, que está activo al menos en el s. II a.C., reorganiza totalmente el urbanismo del asentamiento y refuerza los bastiones de la muralla que estaban arruinados. Tanto el modelo digital del terreno obtenido a partir de la ortofotografía aérea, como las prospecciones geofísicas realizadas mediante gradiómetro y georradar (Fig. 3), han permitido conocer las características urbanas del poblado. Destaca un vial central que lo atraviesa longitudinalmente, separando el urbanismo en una parte norte y otra sur, abriéndose en algunas zonas espacios más amplios que corresponderían a plazas o zonas abiertas. Otros viales paralelos y callejones daban acceso a las viviendas. Estas son rectangulares, con tabiques internos separando los espacios en los que se realizaban las labores domésticas y artesanales.

Una de estas casas sufrió un incendio, lo que ha permitido recuperar buena parte de los materiales que contenía, evidenciando un ajuar doméstico rico y variado. El almacenaje de alimentos vegetales en diversos recipientes revela el consumo de cereales, habas y lentejas. Junto ello, vasos fenestrados, anillos, pendientes y una fíbula de caballito que marca la identidad de los habitantes de la casa. Convivencia y ritualidad parecen asociarse en estos espacios, pero en ocasiones la dedicación religiosa se hace más evidente. Es el caso del depósito realizado a la entrada de esta vivienda,

[1] Universidad de Castilla-La Mancha y Universidad Complutense de Madrid, respectivamente.

en el que se enterraron los restos óseos de cuatro ovejas y un carnero, junto a un pequeño cuenco hecho a mano que participaría en la liturgia del sacrificio (Fig. 4).

Un elemento particular es una gran fosa situada en la zona sureste, en la que se vertieron cenizas, restos cerámicos y miles de fragmentos de fauna doméstica y silvestre, incluyendo conchas de náyades de río. La economía del sitio, favorecida por entornos de tierras cultivables y áreas de pastos, junto al control del paso del río, hizo que este lugar tuviera una rica y prolongada ocupación en época prerromana.

Fig. 1: 1. Localización del yacimiento; 2. Imagen del "Vuelo Americano" de 1956 (Fuente: IGN); 3. Imagen actual (Google Earth 2021).- Fig. 2: Planta del altar y algunas cerámicas asociadas al santuario (Fotos: J. Pereira).

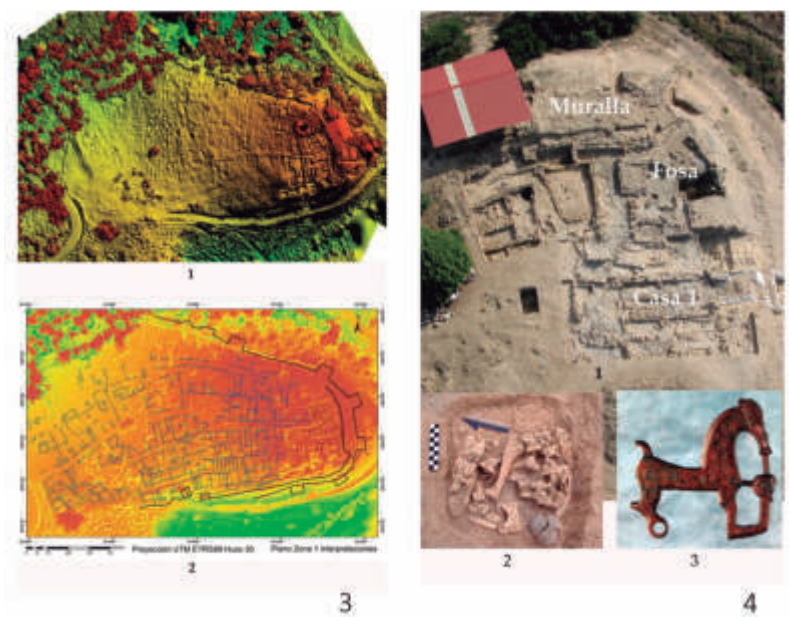


Fig. 3: 1. Modelo digital del terrero a partir de imagen aérea desde dron; 2. Interpretación de los datos de georradar (Fuente: CAI de Arqueometría. Universidad Complutense).- Fig. 4: 1. Vista general de las zonas excavadas; 2. Depósito ritual de la casa 1; 3. Fíbula de caballito de la misma vivienda.

CASA DEL CARPIO (BELVIS DE LA JARA, TOLEDO)

Juan Pereira Sieso[1]

El enterramiento de la Casa del Carpio se localizó en 1985 de manera casual durante uno de los vaciados del embalse de Azután, en la cola de este, en la confluencia del río Gévalo con el Tajo, en el sector nororiental de la comarca de la Jara (Toledo). Las circunstancias de su hallazgo propiciaron una serie de actividades incontroladas antes de su excavación sistemática de urgencia. Esta excavación permitió rescatar un volumen importante de restos materiales dispersos, tanto en el exterior como en los sectores "intervenidos" del interior de la tumba, junto con la documentación de un conjunto significativo de los elementos de ajuar y ceremoniales de la tumba localizados "in situ" (Fig. 1).

El análisis de los materiales procedentes de esta tumba permitió clasificarla como uno de los yacimientos vinculados al periodo orientalizante más interesante del sector occidental del Valle del Tajo. Se trata de una tumba de planta rectangular en la que se documentaron tres niveles de depósitos arqueológicos asociados a distintas fases de una ceremonia funeraria en la que se practicó el ritual de inhumación del que fueron protagonistas una mujer joven y un recién nacido, un caso singular en el registro funerario de los territorios meseteños en el primer tercio del primer milenio a.C.

En el nivel más profundo de la tumba se efectuó el depósito del ajuar personal de los difuntos. Este ajuar se componía de una serie de objetos metálicos, recipientes de perfumes (Fig. 2) y cuencos pintados y fue depositado en el interior de un recipiente cerámico asociado a una imitación a mano de un *pithos*, una forma característica del repertorio cerámico colonial fenicio. En el segundo nivel del enterramiento se realizó la inhumación de los dos individuos junto con una ofrenda de restos de fauna interpretados como ofrendas alimenticias. Se trata en ambos casos de prácticas funerarias documentadas en la Meseta durante la Edad del Bronce.

Es en el tercer nivel del enterramiento donde con toda probabilidad se realizó la última ceremonia del ritual funerario, una vez depositados los cadáveres en el nivel intermedio de la fosa. Los materiales documentados *in situ* en el tercer nivel –el más superficial– permiten defender la existencia de un ritual de libación para esta última fase del enterramiento, a partir de la funcionalidad de los elementos documentados, exclusivamente cerámicos. Seis grandes recipientes de almacenaje a mano, una clepsidra (Fig. 3) y cuencos a mano de cuidada factura, con decoración bícroma de complejos motivos geométricos, con perforaciones en el borde, que permitían la suspensión del cuenco y la exhibición de su decoración (Fig. 4). El hecho de que su utilización cotidiana como recipiente eliminaría su rica decoración pintada postcocción, lleva a suponer que la funcionalidad de dichos cuencos era meramente ceremonial. La asociación de los cuencos con grandes vasijas de almacenaje y una clepsidra -cuya etimología literal es la de captador o ladrón de agua- permite proponer la utilización de los cuencos antes de su depósito en un ritual en el que se utilizaron como recipientes de algunos de los líquidos contenidos en las vasijas de almacenaje y que fueron distribuidos con la clepsidra, para posteriormente depositarlos como última ofrenda del ritual funeraria.

[1] Facultad de Humanidades de Toledo. UCLM. Juan.Pereira@uclm.es

La complejidad estructural de la tumba, las características y riqueza del ajuar y el conjunto de rituales funerarios practicados han contribuido a resaltar el carácter excepcional de este enterramiento, sirviendo de base a la interpretación que identificaban tanto a este y el de la Sierra de Santa Cruz (Cáceres), cómo pertenecientes a mujeres que o bien procedentes de los territorios meridionales o bien de la fachada atlántica llegaban a la Alta Extremadura y el Valle del Tajo como resultado de una política de enlaces matrimoniales que aseguraban el mantenimiento de circuitos de intercambio comercial.

Fig. 1. Planta de la tumba de Casa del Carpio (Belvís de la Jara, Toledo) (Diseño, Ángela Crespo)
Fig. 2. Recipiente de perfumes del ajuar de Casa del Carpio. (Foto José Latova)

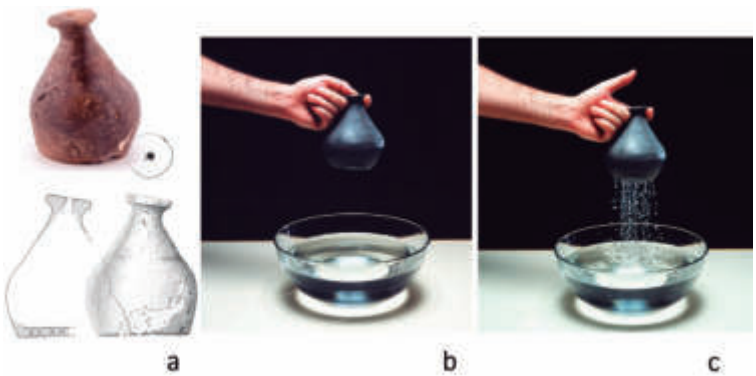


Fig. 3 a. Clepsidra de Casa del Carpio (Dibujo Luciano Municio) b y c funcionamiento de la clepsidra de Casa del Carpio (Foto José Latova)

Fig. 4. Conjunto de cuencos pintados de Casa del Carpio (Foto José Latova)

LA NECRÓPOLIS LOS CANÓNIGOS (ARCAS, CUENCA)

Miguel Ángel Valero Tévar[1]

El yacimiento de los Canónigos fue descubierto por la construcción de la Línea de Alta Velocidad (AVE) entre Madrid y la Comunidad Valenciana. Se sitúa dentro del actual término municipal de Arcas (Cuenca), encontrándose inserto en un territorio donde los estudios superficiales confirman una alta densidad de poblamiento de cronología ibérica.

Las limitaciones espaciales impuestas por el proyecto constructivo impidieron la excavación completa del enclave, habiendo intervenido únicamente en una pequeña parte del mismo lo cual sesga el conocimiento e interpretación global del yacimiento. Pese a ello, se pudo documentar un área reducida de la última fase de ocupación del poblado que cuenta con tres unidades constructivas de compartimentación compleja y grandes dimensiones (Valero, 2012: 113-120; *idem*, 2014: 86-88), así como diversas estructuras adscritas al primer momento de hábitat en el mismo. Además se descubrió una pequeña parte de la necrópolis usada por los moradores del asentamiento en su etapa final.

Pese a lo reducido del área exhumada del cementerio (solamente se han podido excavar siete tumbas), se pudo documentar la existencia de un murete situado al noroeste y realizado mediante doble hilada de mampostería careada, que quizás podría responder a uno de los límites físicos del recinto funerario.

La necrópolis se puede fechar entre los siglos IV y III a.n.e., y se caracteriza por la variedad de estructuras de enterramiento.

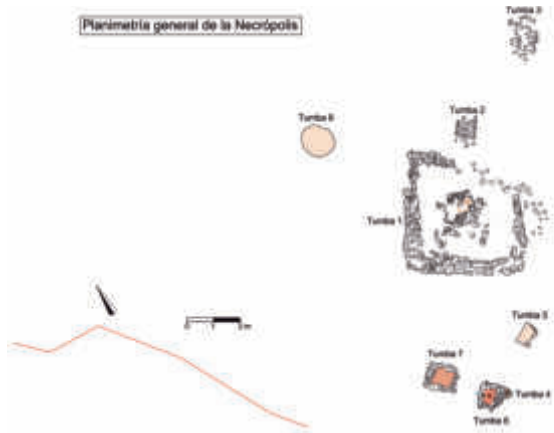
Así, el tipo de sepultura más sencilla es la incineración en hoyo con urna cineraria como elemento contenedor de los restos óseos (Tumba 4). Una segunda variante es un receptáculo de forma cuadrangular excavado en el terreno y delimitado por piedras de distinto tamaño. En este caso, los elementos líticos son colocados en sentido de los puntos cardinales, no llegando a tocar la urna, pero cumpliendo una función protectora de la misma, paliando la presión ejercida por la tierra (tumbas 6 y 7). Una tercera forma de enterramiento es aquella en la que el receptáculo realizado en la tierra y que conforma la tumba propiamente dicha, es cubierto por un cerramiento de adobes que cumple la doble función de sellado e indicación de la tumba en la necrópolis (tumbas 5 y 8). La cuarta variante se compone de una cista excavada en la roca que se señaliza mediante encachado tumular de mampostería careada de tamaño medio con unas dimensiones en torno al metro (tumbas 2 y 3) y que también cuentan con una orientación análoga a las tumbas anteriormente descritas. Es en esta tumba donde se localizó el célebre casco de variante del grupo Italo-Calcídico (Quesada y Valero 2011-2012: 252).

Pero sin duda, la variable tipológica de enterramientos más resaltante es la representada por la Tumba 1. Cuenta con morfología cuadrangular y unas dimensiones son 4,56 x 4,50 m, definidas por cuatro muros de mampostería careada construidos sin cimentación, con doble fila de piedras dispuestas de forma alineada con la intrusión de ripios de menor tamaño en la parte central y trabadas con barro. Estos cuatro alzados no alcanzarían gran altura, sino que harían

[1] Universidad de Castilla-La Mancha.

las veces de muretes delimitadores o recinto sacro, a modo de *peribolos,* que circundaría el propio monumento funerario. Éste, era de morfología cuadrangular con unas dimensiones de 1,30 m. de este-oeste y 1,20 m. en sentido contrario, construido con un núcleo de mampostería careada trabada con barro. Entre los elementos conformadores de este pilar pétreo se localizan diversos fragmentos escultóricos en un altorrelieve tan acentuado que casi llega al bulto redondo y que son reutilizados en esta estructura, si bien proceden de una tumba de las fases primigenias del yacimiento.

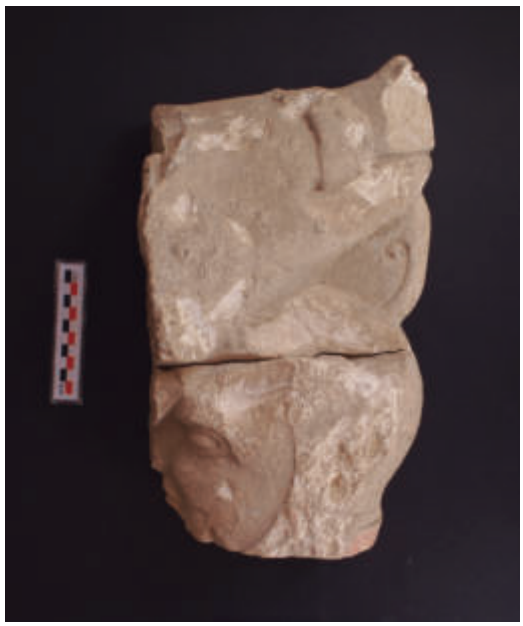
1



2

1.- Localización del yacimiento de los Canónigos en el contexto peninsular. - 2.- Planimetría general de la necrópolis (plano de M.A. Valero).

3



4

3.- Vista general de la Tumba 1 de la necrópolis de los Canónigos (imagen de M.A. Valero). - 4.- Imagen de una de las esculturas localizadas que representa el hocico de un jabalí sobre cabeza de guerrero (imagen de M.A. Valero).

EL TOSSAL DE SAN MIQUEL DE LLÍRIA

Helena Bonet Rosado

Corre el mes de junio de 1933 cuando el Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia inicia las excavaciones en el poblado ibérico del Tossal de Sant Miquel de Llíria. En sucesivas campañas fueron saliendo magníficas piezas cerámicas al excavarse uno de los conjuntos urbanísticos más importantes del poblado, interpretado, sesenta años después, como un templo urbano. El 19 de agosto de 1934, Luís Pericot describe y dibuja velozmente en el diario de excavaciones cantidad de tiestos cerámicos y el hallazgo del primer fragmento del Vaso de los Guerreros con Coraza así como varias piezas igualmente famosas, como el *kalathos* de la Danza, el *lebes* de la Batalla Naval, etc. Los vasos de Llíria y sus inscripciones fueron inmediatamente dados a conocer a la comunidad científica nacional e internacional, situando este enclave como referente incuestionable para el conocimiento de la cultura ibérica (Ballester *et alii*, 1954).

Las excavaciones entre 1933 y 1953 descubren 150 departamentos en la ladera sur del cerro, una mínima parte de lo que fue la ciudad. La riqueza de los materiales exhumados, su restauración y la rápida publicación dejó de lado el estudio urbanístico y el contexto de los hallazgos domésticos. Sin embargo la magnífica publicación del conjunto de vasos del Tossal de Sant Miquel, con el desarrollo de todas las escenas decoradas, los textos escritos y el estudio exhaustivo de sus decoraciones, elevó el estilo narrativo de Llíria a una de las manifestaciones artísticas más identitaria de la cultura ibérica.

La revisión de los materiales, diarios de campo así como de las excavaciones llevadas a cabo en los años 90 (Bonet 1995), revelan una ciudad de en torno a 10 hectáreas ocupada desde finales del siglo VI aC. y cuyo periodo de auge y expansión se sitúa entre los siglos IV y III aC. Incendiada y destruida en torno al 175 aC. sucumbió, junto con su territorio, al dominio romano bajo la imposición de una nueva organización territorial. Tras un periodo oscuro de abandono, la ciudad se trasladó al llano, en el actual municipio de Llíria. Identificada con la antigua ciudad de *Edeta*, citada por el geógrafo Ptolomeo entre *Arse* y *Valentia,* dio nombre al pueblo edetano.

La ciudad, construida en una fuerte pendiente sobre potentes terrazas, alberga viviendas muy variables según la topografía. El estudio de las manzanas mejor conservadas -manzanas 7 y 8- ha desvelado, entre el laberinto de departamentos, callejas, plazuelas y escalinatas, espacios públicos y privados, grandes residencias aristocráticas de varias plantas junto a pequeñas viviendas. Además de un templo de carácter urbano -manzana 4-, almacenes, talleres, almazaras y lagares. Contextualizar los equipamientos, los enseres domésticos y ajuares en estos espacios nos muestra el tejido social de la ciudad: una aristocracia urbana. Igualmente las decoraciones figuradas de los vasos, con procesiones, celebraciones festivas y religiosas, damas tejiendo, cacerías, combates, duelos, etc., nos remiten a las actividades propias de damas y guerreros de la élite de la sociedad edetana (Aranegui, 1997).

A nivel territorial, Edeta tiene sus bases económicas arraigadas en el aprovechamiento intensivo de su espacio agrícola, donde se distribuyen los asentamientos campesinos de formas y funciones variadas- aldeas, caseríos, fortines y las casas de campo. En todos ellos, es en la vivienda donde se desarrollan las actividades económicas, sociales y cultuales

de la familia. Esta estructura territorial muestra, por tanto, el avance en los procesos de jerarquización y consolidación de un núcleo urbano que se impone sobre el resto de asentamientos en una clara posición subordinada a la capital.

La musealización y puesta en valor del Tossal de Sant Miquel/*Edeta,* junto con Puntal dels Llops, el Castellet de Bernabé y La Seña, permite disfrutar de un viaje en el tiempo a través de esta ruta edetana.

1

2

Fig. 1: Antiguas excavaciones en el Tossal. Fig. 2: El Tossal hoy, portaldetuciudad.com.

Fig. 3: Vaso de los Guerreros con Coraza.

Fig. 4: Tejedoras.

NECRÓPOLIS DE LA CASA DEL MONTE (VALDEGANGA, ALBACETE)

Lucía Soria Combadiera[1] y Consuelo Mata Parreño[2]

La necrópolis de la Casa del Monte se localiza en una suave loma en medio de un paisaje de llanura, próxima al río Júcar y a un ramal de la Vereda Real de Cuenca a Cartagena, cuyo trazado discurre paralelo al que llevaría la vía *Complutum*-Cartago-Nova en época romana. Fue excavada por D. Isidro Ballester Tormo entre 1918 y 1920, quien en la única publicación sobre sus trabajos (Ballester, 1930), señala la intervención en 38 tumbas y dos estructuras rectangulares, interpretadas como parte del lugar de hábitat.

En marzo de 2018 se cumplieron 100 años de la primera campaña en la necrópolis, a pesar de cual sólo existen publicaciones parciales. En la actualidad, estamos llevando a cabo un trabajo de recuperación de la documentación y estudio completo de los materiales con el fin de realizar la valoración de la necrópolis con métodos y técnicas actuales.

Ballester elaboró en 1920 una planimetría con numerosas mediciones, pero sin escala ni triangulación precisa. En los últimos años, la realización de fotografías mediante un drone y la toma de nuevas medidas, con estación total, de las sepulturas visibles ha permitido calcular que la superficie excavada fue de unos 560 m^2. Dentro de ella, se definen dos tipos de tumbas: estructuras tumulares y en hoyo. Las primeras, son construcciones cuadradas delimitadas por una o dos hiladas de piedras y, en el interior, piedras y tierra. La mayor parte de los túmulos se construyeron en el mismo lugar donde se realizó la cremación y son, por tanto, cremaciones primarias o en *busta*. No es casual que los ajuares más ricos se hayan encontrado en estos enterramientos, puesto que el levantamiento de construcciones destacadas para señalar determinadas tumbas evidencia la legitimación del poder de personas y familias distinguidas en la comunidad.

En las tumbas de hoyo, éste es cuadrado y, en ocasiones, se enlucía y cubría con piedras o con tierra endurecida por el fuego. Los restos de la cremación se colocaban en una urna o dentro del mismo hoyo, mientras que los ajuares se distribuían, mayoritariamente, alrededor.

Los ajuares más numerosos son las armas y objetos personales asociados a la indumentaria. Se han registrado falcatas, espadas rectas, puñales de frontón, soliferrea, puntas de lanza, cuchillos, y manillas de escudo en hierro; y en bronce, fíbulas, pulseras, broches de cinturón, anillos y pinzas. El material cerámico no es abundante y, algunos recipientes hicieron el papel de urna. Las escasas piezas importadas son copas de origen griego, concentradas en pocas tumbas datadas entre finales del siglo V y todo el IV a.C. Completan el catálogo algunos objetos singulares de hueso trabajado como alfileres, tabas de ovicáprido y suido y una plaquita rectangular con adornos metálicos, que formaría parte de una cajita.

Al tratarse de una excavación centenaria, debemos valorar la recuperación de algunos carbones de los muchos enumerados en los diarios, así como de la mayor parte de los restos humanos. En el primer caso, la antracología ha

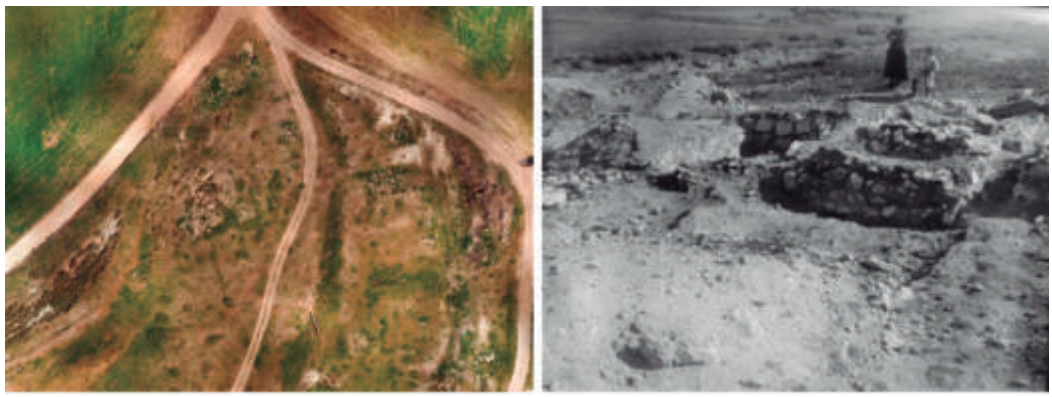
[1] Facultad de Humanidades de Albacete, Universidad de Castilla-La Mancha.

[2] Universidad de Valencia.

identificado tanto maderas trabajadas (boj, carrasca, fresno, roble, pino), como utilizadas en la cremación (enebro, pino, olivo), además de un higo y cereal panificado.

Los análisis osteológicos han revelado que la temperatura alcanzada en la pira fue de 650ºC por la coloración gris-azul-blanca de los restos óseos. La información demográfica revela que todos los enterrados eran individuos preadultos y adultos, de los que se ha podido determinar el sexo de un 25% de adultos: 10% masculinos y 15% femeninos.

Un aspecto interesante es la asociación, en la sepultura XX, de un adulto femenino con una falcata. Un ejemplo más a sumar a la Dama de Baza (Granada), sepultada con cuatro panoplias completas, y a tres tumbas femeninas con armamento de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla. Murcia). Y es que las mujeres iberas, posiblemente de estatus social elevado, también se enterraban con armas.



1 2

Fig. 1. La necrópolis a vista de drone. Vuelo 2017. Foto: D. Lucendo y T. Torres (Baraka Arqueólogos).- Fig. 2. Excavaciones de Isidro Ballester. Foto: Archivo MUPREVA.

Fig. 3. a: Urna cineraria con decoración pintada bícroma de la sepultura XVI. Foto: Archivo MUPREVA. b: *Kylix* de Figuras Rojas de la sepultura XXIII. Foto: Archivo MUPREVA. Fig. 4. a: Placa de hueso con hilos de bronce incrustado de la sepultura I. Foto: Archivo MUPREVA. b: Plaquita de madera de boj con decoración vegetal impresa de la sepultura II. Foto: Eva Collado. Proyecto MHUMAC. c: Placa de cinturón de bronce de la sepultura II. Foto: Archivo MUPREVA.

EL AMAREJO (BONETE, ALBACETE)

Lucía Soria Combadiera[1]

El poblado de El Amarejo se emplaza en la cima y laderas de un cerro troncocónico en el área de transición natural entre el sureste meseteño y la costa oriental peninsular, próximo a la antigua vía Heraclea, importante ruta de comunicación y comercio. El arqueólogo francés P. Paris realizó a finales del siglo XIX dos campañas de excavación, pero será S. Broncano quien en 1978 inicie las excavaciones sistemáticas en el yacimiento (Broncano y Blánquez, 1985).

El yacimiento tuvo una primera ocupación durante la Edad del Bronce, de la que se conoce parte de la muralla que defendía el poblado, y otra en época ibérica entre el siglo IV a.C. y finales del III a. C/inicios del s. II a.C. A esta última corresponden varios departamentos con usos, estructuras asociadas y funcionalidades diversas y una *favissa* o depósito votivo, todo ello en la cima del cerro.

El Amarejo ha aportado importantes datos relacionados con el desarrollo de actividades cotidianas y con la ritualidad ibérica.

En relación con las primeras, la transformación de alimentos se documenta en el departamento 5 con un gran molino rotario junto al que se hallaron numerosos contenedores cerámicos, ánforas y tinajas, para la conservación de sólidos y líquidos. En el departamento 1, se hallaron 12 braserillos cuya función se vincula al mantenimiento y transporte de ascuas encendidas. También pudieron funcionar como hornillos para asar a la brasa bellotas o castañas, o guisar ya que se puede disponer una olla sobre ellos. Por último, en uno de los dos ambientes del departamento 3 se localizó una estructura rectangular de piedra con dos pequeños túneles o cámaras de aire, que la recorrían de manera transversal, cubiertas con lajas. Los excavadores la relacionan con la fermentación de cebada, aunque también se ha asociado a la conservación de cereal a escala comunal. Otra actividad detectada es la comercial, así en el departamento 4 de pequeñas dimensiones se detecta, junto a un pebetero en forma de cabeza de Deméter, una excesiva acumulación de recipientes cerámicos, repetidos y apilados, por lo que se considera un almacén de cerámica (Alfaro, 1995: 233) que pudo haber funcionado a modo de tienda.

Respecto a la segunda, en este pequeño asentamiento se halló una *favissa* o pozo excavado en la roca, en cuyo interior se fueron depositando numerosos objetos de carácter suntuario y cuidada factura. Entre ellos: cerámica ibérica de prestigio, anillos, agujas y alfileres en bronce, hueso, uno en marfil y otro de oro, un peine de madera de boj con decoración vegetal impresa, una placa de cinturón de plata con iconografía púnica, láminas de plomo con escritura, o vasos cerámicos en forma de paloma (*askoi*), uno con cabeza humana. Además de restos de cestería, fauna, semillas y frutos. Vid, nueces, almendras y piñones comestibles, junto a mamíferos domésticos y salvajes de corta edad, aves y moluscos, debieron formar parte de la alimentación cotidiana, pero también pudieron ser objeto de ofrendas a una divinidad o bien de consumo en banquetes colectivos.

[1] Facultad de Humanidades de Albacete, Universidad de Castilla-La Mancha.

El emplazamiento del depósito no es casual, estudios arqueoastronómicos han señalado que coincide con la observación de los equinoccios de primavera y otoño. Todo el conjunto, los departamentos y el pozo votivo, ha sido reinterpretado como un lugar sacro, un santuario urbano de carácter colectivo reflejo de la ritualidad ibérica ligada a una posible divinidad femenina, tanto por la ausencia de armas y herramientas (Broncano, 1989: 33) como por los objetos recuperados en el interior de la *favissa*, gran parte de ellos vinculados al ámbito de la mujer.

1 2

Fig. 1 Vista general de El Amarejo. Fuente: https://cultura.castillalamancha.es/patrimonio/catalogo-patrimonio-cultural/el-amarejo#lg=1&slide=5.-Fig. 2 Departamentos y pozo votivo. Fuente: https://cultura.castillalamancha.es/patrimonio/catalogo-patrimonio-cultural/el-amarejo#lg=1&slide=1

3 a 3 b 3 c 4 a 4 b

Fig. 3a Pebetero en forma de cabeza femenina de Deméter. Fuente: http://www.iberosalbacetemurcia.es/sitios.php?id=12 (Museo de Albacete). Fig. 3b Askos con forma de ave. Archivo Museo de Albacete. Fig. 3c Peine de madera de boj con decoración vegetal impresa. Foto: E. Collado. Proyecto MHUMAC. (Museo de Albacete).- Fig. 4a Placa de cinturón de plata con caballo, jinete desmontado y palmera. Foto: Eva Collado. Proyecto Flora y Fauna ibérica. (Museo de Albacete). Fig. 4b Cabeza de carnívoro perteneciente a un vaso cerámico. Archivo Museo de Albacete (foto: M. Vencesla).

LIBISOSA (LEZUZA, ALBACETE)

Héctor Uroz Rodríguez[1]

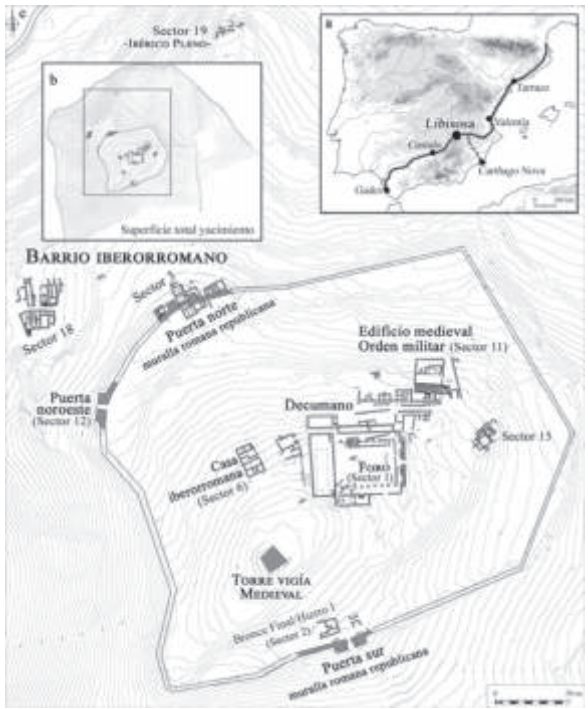
En el yacimiento arqueológico de *Libisosa* (Lezuza, Albacete) se ha intervenido de forma interrumpida desde hace 25 años, sacando a la luz un conjunto arqueológico que abarca unas 30 ha, en su mayor parte todavía por descubrir. Con anterioridad a los trabajos de prospección y excavación iniciados por José Uroz Sáez, Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Alicante, con un equipo de investigadores y estudiantes (entre ellos, el que suscribe), lo conocido hasta la fecha del "Cerro del Castillo", más allá de la torre medieval que le daba nombre, las noticias de algún erudito local, y algunos hallazgos esporádicos fruto de rebuscas y labores agrícolas (dispersos en varios museos y en manos privadas), no hacían presagiar en toda su magnitud lo que este albergaba, aunque ayudaba a plantear su correspondencia con la colonia romana de derecho itálico mencionada por Plinio el Viejo (*NH*, III, 25). Las primeras excavaciones, de hecho, identificaron con precisión su foro y muralla, esta última erigida en época republicana (Uroz Sáez, 2012).

En virtud de la información que hemos ido acumulando sobre la Historia del enclave a través de la Arqueología (con el apoyo y financiación de la Consejería de Cultura de Castilla-La Mancha, el Ayuntamiento de Lezuza, la Diputación Provincial de Albacete-Instituto de Estudios Albacetenses, la Universidad de Alicante y la Universidad de Murcia), hoy sabemos que el yacimiento tiene huellas de frecuentación desde el Bronce Final hasta el período bajomedieval. De la fase ibérica del *oppidum*, poblado adscrito según las noticias de Ptolomeo (II,6,58) a la *regio* oretana, encontramos restos dispersos y parciales del Ibérico Antiguo y Pleno, que actúan como eco de su relevancia en la Protohistoria de la zona. Pero es la fase iberorromana (s. II-I a.C.), sepultada por su destrucción instantánea (que sería definitiva para este *oppidum* oretano en época de la guerra de Sertorio), la que ha supuesto una mina para la investigación. La cantidad, variedad y el estado de conservación de sus materiales y estructuras constituyen una fuente inagotable para el estudio del Ibérico Final y la *Hispania* republicana. De este momento, hemos identificado hasta la fecha 3 contextos cerrados: el depósito votivo ubicado en la parte elevada del cerro (Sector 1f), donde más adelante se erigiría el foro de la colonia (Uroz Rodríguez, 2012); y, sobre todo, el Sector 3 y Sector 18, que constituyen el barrio iberorromano (todavía en proceso de excavación), dependientes de una oligarquía ibérica (de la clase dirigente y su clientela), que es la que reside en el *oppidum*. Estamos posiblemente ante una ciudad estipendiaria que tuvo que encontrarse en régimen de *deditio in fidem*, como el común de comunidades indígenas que no desaparecieron en los primeros compases de la conquista romana, y que mantendría su ordenamiento beneficiada por su situación geoestratégica y los contactos comerciales y políticos que ofrecía.

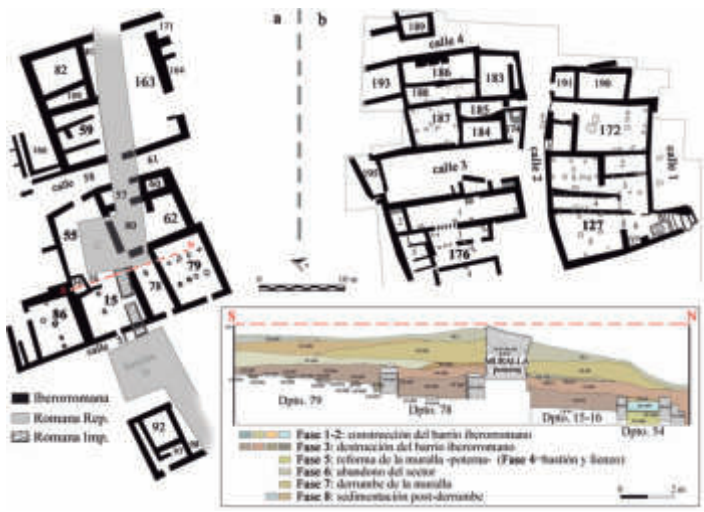
Al mismo tiempo, nuevos descubrimientos han puesto de relieve un universo de matices, que incluye contextos cerrados que podrían haberse amortizado en un momento ligeramente precedente, destacando un complejo de culto que refuerza la hipótesis de un temprano contacto de las élites locales que habitaban el poblado con el agente romano

[1] Universidad de Murcia.

(y los contingentes militares), potenciado por su privilegiada ubicación en relación con las vías de comunicación (Uroz Rodríguez, 2020).



1



2

Fig. 1. a. Ubicación de Libisosa respecto al viario; b. superficie del área arqueológica; c. topografía y planimetría con los sectores excavados (Elaboración: Héctor Uroz, a partir de levantamiento topográfico de Juan Antonio Tolosa y Jesús Cruz García -Diputación de Albacete- y fotogrametría de José Luis Fuentes -Oppida S.L.-)

Fig. 2. Planimetría del barrio iberorromano: a. Sector 3; b. Sector 18 (Elaboración: Héctor Uroz, a partir de levantamiento topográfico de Juan Antonio Tolosa y Jesús Cruz García -Diputación de Albacete- y fotogrametría de José Luis Fuentes -Oppida S.L.-)

3

4

Fig. 3. Acumulación de ánforas ibéricas e itálicas sepultadas por el derrumbe de adobes, de la destrucción sertoriana (imagen: Héctor Uroz). Fig. 4. Panorámica del acceso y la cuba de plomo del edificio oligárquico del Ibérico Final (imagen: Héctor Uroz)

NECRÓPOLIS DE "EL TORIL "(EL SALOBRAL, ALBACETE)

Juan J. Blánquez Pérez[1]

La necrópolis de "El Toril", situada junto a la desecada laguna de El Salobral (Albacete), se encontraba próxima a la pedanía del mimo nombre. Todo este territorio presenta hoy una intensiva agricultura de maíz que, precisamente, es lo que conllevó su progresiva desaparición. En el momento de su excavación de urgencia (1994 y 1995), de esta necrópolis, sólo se conservaba la zona más elevada de la misma. Configuraba una pequeña elevación artificial, de 1,5 m de altura, a causa de la superposición de enterramientos y conservaba, sólo, una extensión de 150 m^2. Del total de 44 tumbas conservadas, 11 correspondieron a estructuras tumulares (una de sillares, cinco de mampostería y cinco más de tapial o adobes); los 33 restantes eran cremaciones en hoyo; en conjunto, una quinta parte de lo que debió ser el total de enterramientos.

Las tumbas tumulares eran de planta cuadrangular, orientadas sus caras a los puntos cardinales y entre dos y tres metros de lado, con doble escalonamiento, lo que configuraría estructuras cercanas al metro de altura. Algunos restos escultóricos aparecieron reutilizados en la construcción de algunos de estos túmulos, en los pasillos existentes entre los túmulos e, incluso, en el zócalo de la casona de labranza construida en lo más alto del bancal.

De sus ajuares destaca, en primer lugar, una relativa abundancia de cerámicas griegas; tanto de figuras rojas como de barniz negro. Así, en tan solo cuatro enterramientos tumulares se documentaron 18 piezas completas, algunas de ellas con grafitos griegos que evidencian un comercio seriado -en lotes- desde el puerto del Pireo hacia el Occidente durante la primera mitad del s. IV a.C. Pero no se trata sólo de una abundancia cuantitativa (cerca de un total 30 piezas), también lo es cualitativa: hasta nueve formas diferentes se han documentado en esta necrópolis: escifo; cílica; cílica-escifo; bolsal; lécito; lecánide; pátera, plato y, por primera vez en tierras albacetenses, una cratera. Igual de importante fue el documentar que, junto a estas cerámicas importadas, coexistieron en sus ajuares cerámicas ibéricas -producidas en serie- pintadas y sin pintar, que emulan y con bastante fortuna formas griegas. También habría que destacar la aparición de panoplias, más que armas aisladas.

La cronología del yacimiento, por los ajuares de las tumbas, ocupó la primera mitad del s.IV a.C. No aparecen cerámicas griegas del s.V ni materiales iberos propios de la segunda mitad del s. IV a.C. Esta cronología está constatada, tanto en estratigrafía vertical como horizontal. No parece oportuno, pues, suponer una cronología más amplia en función de las tumbas desaparecidas.

DESDE LA PERSPECTIVA ACTUAL

El haber podido diferenciar dos niveles de deposición dentro de algunas tumbas tumulares es, al margen de lo espectacular de sus ajuares, una de las principales aportaciones de la necrópolis. Así, pues, parece evidente la conveniencia de diferenciar dentro de los ajuares funerarios iberos qué objetos serían el ajuar del difunto (quemados in situ)

[1] Universidad Autónoma de Madrid.

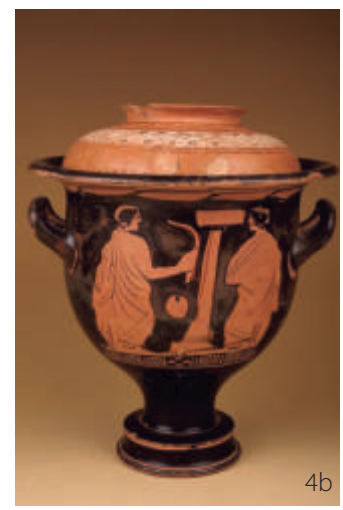
y cuáles reflejos de concretos rituales funerarios acometidos durante el enterramiento (sin quemar). En unos y otros está presente la cerámica griega; las armas, siempre quemadas, en el estrato inferior; la urna cineraria, con los huesos de la cremación, sobre el estrato superior. La no diferenciación de esa formalidad afecta a cuestiones como la "riqueza" del individuo enterrado y llama la atención sobre la existencia de rituales funerarios iberos que no se limitaban al rito de la cremación.

La existencia de vajillas indígenas, de imitación griega, pero siempre desde una mirada ibera es otro camino que la necrópolis de El Toril puso en evidencia continuando, así, un camino ya abierto por otros investigadores (PAGE,1984). Pero tampoco ha sido continuado en la intensidad que se merece. Estas cerámicas ponen de manifiesto la prioridad, de la "mirada" ibera, a favor de la forma, frente al acabado "decorativo".

Fig. 1.- Vista General de la necrópolis de "El Toril" (Salobral, Albacete). © J. Blánquez (1995).- Fig. 2.- Urna cineraria (sin quemar) y soliferrum del ajuar (quemado). Tumba tumular nº 3. © J. Blánquez (1995).

2

4a



4b

Fig. 3.- Vajilla ibera de imitación griega. Tumba tumular nº 5. © J. Blánquez (1997).- Fig. 4a y b.- Cratera griega y cuenco de imitación de kylix, antes y después de la restauración. Tumba tumular nº 5. © J. Blánquez (1995 y 1997).

LOS VILLARES (HOYA GONZALO, ALBACETE)

Juan J. Blánquez Pérez[1]

La necrópolis ibérica de "Los Villares" se encuentra a unos cuatro km. de distancia de la actual localidad de Hoya Gonzalo (Albacete), en una pequeña hoya -los Castillejos- que hoy se corresponde con toda una zona cerealística de secano. Se trata, pues, de un paisaje claramente diferente al manto vegetal e hídrico de lo que tuvo que ser en época ibérica, entre finales del s. VI y mediados del s. IV a. C., periodo éste en el que fue utilizada como área de enterramiento. La necrópolis configuró en los tiempos ibéricos una pequeña elevación artificial, por superposición de sus tumbas con cierres tumulares, en torno a los seis metros sobre el entorno. Su extensión superficial, por el contrario, no superó a lo largo de más de 250 años de utilización la media hectárea. Ubicada cerca de la vía Heraclea, se entiende que este territorio tuvo que estar notablemente poblado; como reflejan la existencia de otras conocidas necrópolis iberas: Camino de la Cruz o la misma de Pozo Moro.

Los trabajos de campo se acometieron entre 1983 y 1990 dejando, de manera intencionada, más de un tercio de la necrópolis sin excavar y numerosas tumbas tumulares sin abrir con objeto de preservar el yacimiento para futuras generaciones. Han pasado ya más de tres décadas de entonces y, lamentablemente, la pequeña extensión de la necrópolis no ha sido comprada. Se pudieron documentar cerca de 250 enterramientos que testimonian las más significativas variantes tipológicas de las tumbas iberas de la Contestania: desde pequeñas cremaciones en hoyo, cerradas con adobes, hasta estructuras tumulares, de mampostería, con 100 m^2 de extensión. También se documentaron remates escultóricos, propios de pilares-estela y elevaciones turriformes, si bien en adobe; como luego comentaremos, es una de las escasas necrópolis en las que se han podido documentar esculturas *in situ*.

Una argumentada secuencia estratigráfica (vertical) permitió diferencias tes grandes fases susceptibles, cada una de ellas, de internas matizaciones que no es lugar éste donde detallarlas. Pero si comentar que ello permitió una ordenación cronológica, tanto a la composición de los ajuares como a la tipología de los cierres de las tumbas; todo ello sobre un invariable rito de cremación en donde los huesos cremados pusieron en evidencia la presencia de niños, mujeres y hombres, indistintamente. Dicho de otra manera, la ordenación social ibera no se producía por cuestiones de edad (infante/adulto) ni de género (mujer/hombre), sino por la pertenencia o no a un grupo gentilicio.

MORALEJA DEL FINAL

Transcurridos más de tres décadas de aquellas excavaciones, esta necrópolis albacetense sigue ejemplificando uno de los mejores casos para el estudio de la escultura ibérica, dada su aparición en sus contextos originales –los conocidos como los "Caballeros" de Los Villares–, y para profundizar en el conocimiento del papel jugado por la cerámica griega en los rituales funerarios, tanto como parte del ajuar del difunto como en la materialización de rituales acometidos por los grupos gentilicios relacionados con la persona fallecida y, por ello, también, sobre el protagonismo del vino en los rituales funerarios iberos a través de los *silicernia* documentados dentro y fuera de las tumbas.

[1] Universidad Autónoma de Madrid.

Escaso ha sido lo avanzado en estos campos. La política de investigación arqueológica en Castilla-La Mancha, a pesar de los avances producidos, sigue adoleciendo de proyectos de investigación que no se sustenten, administrativamente, en convocatorias anuales; es necesario periodos más largos que aseguren, así, su continuidad. No es defendible pensar que hallazgos como los de "Los Villares" o "Pozo Moro" -por no salir de tierras albacetenses- sean hallazgos "únicos" carentes de paralelos. De igual manera, el desarrollo en nuestro país, a lo largo de estas dos últimas décadas, de una arqueología analítica multiplicaría de manera exponencial nuevos estudios de necrópolis iberas. A su vez, también la investigación de la vitivinicultura en las sociedades protohistóricas peninsulares se desarrolla, hoy día, desde una perspectiva analítica y genética. Todo ello aconseja, pues, desarrollar -con apoyo institucionalmente- renovados proyectos interinstitucionales desde miradas transversales

1

Fig. 1.- Vista general de la necrópolis de "Los Villares" (Hoya Gonzalo, Albacete). © J. Blánquez (1989).

2

3

4

Fig. 2.- Proceso de excavación de la tumba tumular con el pedestal escultórico *in situ* y la cabeza y torso del caballero caídos. © J. Blánquez (1987).- Fig. 3.- Detalle del caballero nº 1 de los Villares, tras su restauración en la ESCRBC, de Madrid. © J. Blánquez (2002). Fig. 4.- Proceso de excavación del *silicernium* de la tumba tumular nº 20. © J. Blánquez (1989).

LA NECRÓPOLIS IBÉRICA DE ALARCOS (CIUDAD REAL)

Mª del Rosario García Huerta, Francisco Javier Morales y David Rodríguez González[1]

Más de treinta años de trabajos arqueológicos casi ininterrumpidos en el yacimiento de Alarcos nos han permitido, a partir de la importante documentación recuperada, configurar las bases para la caracterización del poblamiento de este importante *oppidum* oretano, si bien carecíamos de datos para conocer las características del mundo funerario de este poblado ibérico, más allá del hallazgo en los años 60 de unos restos escultóricos descontextualizados y de un conjunto de 6 tumbas datado en el siglo VI a.C. y localizado bajo unas viviendas correspondientes al Ibérico Pleno.

Sin embargo, ese panorama cambió en octubre de 2012, con el hallazgo de un área de necrópolis durante las labores de control arqueológico realizadas en el seguimiento de las obras del colector de Poblete hasta la Estación Depuradora de Aguas Residuales de Ciudad Real. Tras esta primera campaña de salvamento, pudimos desarrollar otras tres campañas de excavación sistemática en los veranos de los años 2013, 2014 y 2015. Fruto de todos estos trabajos se lograron recuperar un total de 25 sepulturas.

Las obras del colector y la localización de la necrópolis, en una zona muy próxima al cauce del río Guadiana y junto a una carretera, condicionaron enormemente los trabajos arqueológicos, que se tuvieron que reducir a una estrecha franja de terreno que ocupaba una superficie de unos 160 m^2. Además, una vez que este lugar dejó de ser utilizado como área funeraria, posiblemente tras el abandono del poblado ibérico de Alarcos, la acción erosiva de las posibles crecidas del río, acabaría provocando su destrucción parcial, tal y como pudimos comprobar por la existencia de importantes niveles de sedimentos aportados durante las recurrentes subidas del nivel del río en esta zona.

A pesar de todos estos condicionantes, resulta muy destacable la documentación que se ha logrado obtener de esta necrópolis, que, tanto por la presencia de ciertos materiales muy significativos como por la obtención de algunas fechas de C14, han permitido datarla entre finales del siglo III a.C. y comienzos del siglo I a.C., es decir, en una fase correspondiente al Ibérico Final.

El ritual funerario claramente predominante es la cremación, pero también se han identificado dos inhumaciones correspondientes a dos individuos infantiles que fueron enterrados juntos en una cista, algo bastante inusual en las necrópolis ibéricas. Los restos una vez cremados eran introducidos en urnas de cerámica, que en casi la mitad de los casos estaban protegidas bajo estructuras tumulares de mampostería. También se pudo documentar un túmulo escalonado de más de 3 m de lado, realizado con sillares de piedra caliza, aunque no se encontró ningún enterramiento en su interior. El resto se depositaron en hoyos simples.

Uno de los aspectos más llamativos de esta necrópolis es el notable nivel de riqueza que presentan muchas tumbas, destacando la presencia de adornos, algunos de ellos como pendientes y anillos, elaborados en oro y plata, fíbulas, fusayolas, bocados de caballos, espejos, pinzas, siendo escasos los enterramientos sin ajuar. Otro aspecto a destacar es la presencia de abundantes astrágalos formando parte de los ajuares de un buen número de tumbas y de un importante conjunto de armas, falcatas, espada recta, soliferreum, pilum, puntas de lanza, regatones, resultando significativo que

[1] Universidad de Castilla-La Mancha.

en casi la cuarta parte de los enterramientos aparece armamento como elemento de ajuar, circunstancia que tiene una especial relevancia al producirse en una etapa caracterizada por la inestabilidad y la conflictividad, en la que, en principio, no parecería lo más acertado amortizar armas en las tumbas.

La necrópolis de Alarcos supone un enorme salto cualitativo en la caracterización del mundo funerario ibérico en el alto Guadiana, al ofrecer por primera vez en este ámbito, en el que se han encontrado muy pocas necrópolis, un interesante y contextualizado conjunto de tumbas y materiales.

1

2

3

Fig.1. Vista general del *oppidum* y la necrópolis de Alarcos (Foto cedida por Antonio de Juan).- Fig. 2. Vista de las tumbas tumulares de la necrópolis de Alarcos, con el túmulo escalonado en primer término.- Fig.3. Tumbas tumulares y en hoyo de la necrópolis de Alarcos.

4(3)

4(3). Tumba 13

4 (1)

4 (2)

Fig.4 (1 y 2) Ajuar de la tumba 6

LA QUÉJOLA (SAN PEDRO, ALBACETE)

Juan J. Blánquez Pérez[1]

Al sur de la actual provincia de Albacete, cercano a la localidad de Balazote -importante hito de camino hacia Andalucía- se encuentra, en su margen izquierda, una pequeña pero rica vega agrícola regada por el río Quéjola; la que hoy configura el término municipal de San Pedro. Entre1991-1993 se realizaron excavaciones arqueológicas en un pequeño poblado ibero conocido como "La Quéjola", fechado a finales del s. VI y gran parte del s. V a.C., relacionado con el almacenamiento y, probablemente, con la producción de vino. Su conocimiento supuso una inflexión positiva sobre la introducción dela vitivinicultura en la península ibera.

El poblado, de menos de una hectárea de extensión, se situó en la cima de un pequeño espolón elevado más de 15 m sobre la vega del río Quéjola; rodeado de una sólida muralla, por tres de sus lados, menos por el oeste, donde la elevación rocosa hizo innecesaria su construcción. La altura media conservada de la muralla no sobrepasaba 1,5 m, pero habría que considerar, como mínimo, tres metros de altura original. Este sencillo sistema defensivo se completó con un torreón cuadrangular, adosado a la muralla, en el punto más alto del asentamiento, junto al único punto de acceso al poblado.

La puerta de entrada daba paso a una única calle que seguía la pendiente natural del espolón (sur-norte), con estancias a ambos lados. A seis metros de la entrada la calle se abría en dos, configurando una manzana central de construcciones y, a ambos lados, sendas alineaciones de otras estancias. En definitiva, se trataba de un asentamiento de nueva planta, construido de acuerdo con un plan urbanístico y arquitectónico muy concreto. Aunque el grado de conservación de las estancias alineadas junto a la muralla (lado Este), era escaso, mantenían *in situ* todo el material mueble original; lo que ha facilitado la comprensión y funcionalidad del yacimiento. Se documentaron un total de 8 casas: un cuerpo de guardia; tres casas de actividad artesanal; dos almacenes anfóricos y un santuario-espacio sacro, este último configurado por una doble construcción con sendas compartimentaciones internas. La primera, con entrada única desde la calle y la segunda, con planta *in antis* y puerta ciega, construida con mayor esmero: fachada de adobes, y paredes interiores pintadas en rojo y azul. Fue en esta habitación sagrada donde había aparecido un timiaterio de bronce que dio lugar a esta excavación de urgencia.

Han pasado ya 28 años desde entonces, sin que hasta la fecha se hallan realizado posteriores investigaciones ni prospecciones por lo que tuvo que ser su territorio natural, por lo que siguen en el aire muchas conjeturas. La ubicación geográfica del poblado ibero de La Quéjola es cercana a la importante vía de comunicación que fue la Vía Heraclea, lo que explica con bastante probabilidad la razón de ser de este asentamiento. Tuvo que ser un territorio fuertemente estructurado mediante una red de caminos y de asentamientos especializados, en torno al importante asentamiento ibero de Balazote, pero todavía por descubrir. A partir de este enclave el camino enfilaba hacia Andalucía, a través de la Sierra de Alcaraz.

[1] Universidad Autónoma de Madrid.

El poblado vinatero de La Quéjola pone de manifiesto, pues, el especial valor del vino para la sociedad ibérica del s.V a.C. que, excediendo su mero consumo, jugó un papel fundamental en la expresión ideológica de la elite aristocrática-caballeresca. Limitado su consumo a esta minoría y ritualizada su bebida este grupo social se incorporó, junto con otros elementos, al lenguaje de las elites mediterráneas. El poblado fue incendiado por sus propios habitantes, huyendo de un peligro inminente, sin que nunca más fuera habitado. En la actualidad, el Ayuntamiento de San Pedro, con el apoyo de su ciudadanía, acomete su valorización patrimonial a través de una Sala Didáctica en las estancias municipales de su término municipal: San Pedro.

1

2

Fig. 1.- Vista general del poblado de "La Quéjola", desde el torreón de entrada (San Pedro, Albacete). © J. Blánquez (1992).
Fig. 2.- Proceso de excavación del edificio singular (Dpto.5). En primer término, el espacio político; detrás, el sagrado. © J. Blánquez (1992).

3

4

Fig. 3.- Detalle de uno de los almacenes con ánforas. © J. Blánquez (1992).- Fig. 4.- Ánfora de la Quéjola. © J. Blánquez (1995).

CERRRO DE LAS CABEZAS (VALDEPEÑAS)

Juan J. Blánquez Pérez[1]

El *oppidum* oretano de "El Cerro de las Cabezas" se encuentra situado al suroeste de la actual provincia de Ciudad Real, a tan sólo seis kms de Valdepeñas, sobre un cerro que se eleva casi 100 m sobre la inmediata vega del río Jabalón. Sus 14 ha de extensión se dispusieron a lo largo de toda la ladera Este y estuvo delimitado, desde el principio, por un sofisticado sistema defensivo a partir de un grueso lienzo murario con más de 1,5 km de longitud.

Los primeros trabajos arqueológicos se iniciaron en 1984, con objeto de documentar su secuencia arqueológica, pero las excavaciones sistemáticas no se iniciaron hasta 1986, como consecuencia del proyecto de desdoblamiento de la antigua Ctra. Nal. de Andalucía, cuyo trazado cortaba el extremo Este del yacimiento; tal y como ya había ocurrido en 1959, con motivo de la construcción de esta última. Se inició, así, una fuerte colaboración entre la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha (JCCM) y el Ayuntamiento de Valdepeñas, que se ha mantenido hasta la actualidad.

Desde 1988, el Ayuntamiento inició otra línea de actividades a través de Escuelas Taller y Talleres de Empleo. Se construyó, así, un conjunto de infraestructuras (aula didáctica, almacenes, área de administración, taller de lavado y restauración y un centro de estudios) con los que materializó el "Conjunto Arqueológico de El Cerro de las Cabezas" que hoy conocemos. A ello, se sumaría un Centro de Interpretación (2003), remodelado en 2013, más un Centro de Alojamiento, próximo a inaugurarse (2022). Desde el año 2000 se iniciaron sucesivas campañas de restauración y consolidación que han continuado hasta hoy. Desde 2010, el ayuntamiento contó con la colaboración del Centro Asociado de la UNED en Valdepeñas y de la Asociación Cultural Orisos para tareas de consolidación, restauración y ampliación de las áreas visitables. Desde 2014, nuevas subvenciones de la JCCM permitieron retomar las investigaciones arqueológicas centradas en sondeos estratigráficos puntuales, estudio de materiales, obras de conservación y restauración.

Pasadas, casi, cuatro décadas de trabajos de campo hoy son dos los sectores visitables en la parte baja del yacimiento. Uno al Norte, con un lienzo de la muralla, una puerta de acceso y, ya al interior, un conjunto significativo de casas con su viario. La otra, al Sur, con otro lienzo de muralla, un complejo sistema defensivo de otra puerta y sucesivos torreones -adosados, trabados o cortando la muralla- jalonando el perímetro murario del *oppidum*, ladera arriba. En ambos sectores, varios espacios religiosos, de diferente tipología, están permitiendo profundizar en las conexiones entre religión y economía.

Dentro del material mueble destaca, con mucho, la cerámica. Son varios los tipos de vajillas de mesa documentados: comunes, grises, pintadas y con barniz rojo indígena, pero de todas ellas destaca, por su calidad, las pintadas bícromas, complementadas con estampillas y ruedecilla; se fechan en los ss. IV y III a.C. Probablemente, fue una producción propia que se extendió por una amplia área: *Mentesa oretana*; *Oretum* o Alarcos… También destaca la producción anfórica, dentro de los contenedores industriales.

[1] Universidad Autónoma de Madrid.

EL FUTURO

El año 2015 marcó otro punto de inflexión en las investigaciones en "El Cerro de las Cabezas". Se iniciaron en el yacimiento prácticas docentes del máster en Arqueología y Patrimonio de la UAM y, un año más tarde (2016), esta misma universidad comenzó un nuevo proyecto arqueológico que hoy continua. Se orientó en una doble dirección y mediante metodologías, hasta entonces apenas o nada desarrolladas. Por un lado, el estudio de las técnicas constructivas y arqueología de la arquitectura en los sectores excavados de antiguo; por otro lado, el urbanismo del *oppidum*, en una gran área sin excavar, mediante prospecciones geomagnéticas y con georradar. En definitiva, desarrollar una arqueología no invasiva acorde con la nueva retórica de los Bienes Culturales. Dicha renovación metodológica, unida a la inminente declaración del yacimiento como Parque Arqueológico de Castilla-La Mancha "marca una nueva etapa en las investigaciones y puesta en valor de este importante asentamiento oretano".

1

Fig. 1.- Vista general del *oppidum* oretano de "El Cerro de las Cabezas" (Valdepeñas, Ciudad Real). © Proyecto de Investigación JCCM-UAM. Foto J.J. Díaz, UCA (2020).

2

3

4

Fig. 2.- Prospección geomagnética en la ladera este del yacimiento. © Proyecto de Investigación JCCM-UAM. SOT *Prospección Arqueológica*. Foto J. Blánquez (2018).- Fig. 3.- Vista parcial del santuario de "Los betilos". © Proyecto de Investigación JCCM-UAM. Foto J. Blánquez (2008).- Fi8g. 4.- Vajilla de uso litúrgico, con acabado engobado (bruñido) y ruedecillas. © J. Blánquez (2003).

EL LLANO DE LA CONSOLACIÓN, PROTAGONISTA DE LAS PRIMERAS INVESTIGACIONES SOBRE LA CULTURA IBÉRICA

Mª del Carmen Valenciano Prieto[1]

El Llano de la Consolación fue, sin quererlo, uno de los yacimientos pioneros y de referencia para el reconocimiento de la Cultura Ibérica en aquellas décadas decisivas del finales del siglo XIX. Tal fue el atractivo creado por las manifestaciones artísticas halladas en el cercano Cerro de los Santos que, a partir de 1891, investigadores nacionales y extranjeros se trasladaron hasta el pueblo albaceteño de Montealegre del Castillo en busca de nuevos descubrimientos, muchos de los cuales fueron a parar a colecciones privadas o a museos del extranjero como en el caso del sátiro itifálico. En aquel entonces, su mayor ímpetu era encontrar un nuevo santuario como el cercano el Cerro de los Santos y, dadas las similitudes que creyeron ver entre ambos lugares, se empezó a divulgar la equivocada creencia de haber encontrado un nuevo santuario ibérico.

El relevo en la investigación lo retomó D. Julián Zuazo y Palacios en 1912 con la pretensión de ubicar en la zona la villa ibérica de Ello. Sin embargo, se encontró con numerosas sepulturas ibéricas y romanas en los alrededores de la ermita de Nuestra Señora de la Consolación. Una de sus conclusiones fue que, según su criterio, muchas esculturas que se atribuían al Cerro de los Santos eran, en realidad, del Llano de la Consolación y de otros yacimientos cercanos.

La última etapa de intervenciones en el campo y, sin duda, la realizada con mayor rigor científico fue a cargo de D. Joaquín Sánchez Jiménez que realizó varias campañas de excavaciones en la llamada viña de Juan Marisparza entre 1946 y 1949. Pero, a diferencia de las investigaciones precedentes y debido a los hallazgos, en esta ocasión cobró más importancia la necrópolis ibérica frente a la ciudad o el santuario.

Aunque Sánchez Jiménez publicó algunos resultados, no llegó a presentar la Memoria completa de sus excavaciones. Los estudios posteriores de los investigadores se centraron de nuevo en el debate de la existencia o no de un templo en el lugar llevados por la falsa visión que comenzaron los primeros estudiosos del yacimiento. Asimismo, se llevaron a cabo análisis parciales del yacimiento basados en sus materiales escultóricos, en los tipos de enterramientos y en la cerámica griega.

Gracias a la minuciosa recogida de documentación en los diarios de excavación y al material fotográfico realizados por D. Joaquín Sánchez Jiménez durante sus excavaciones, fue posible que, en el año 1998, presentásemos un estudio completo sobre la necrópolis ibérica del Llano de la Consolación.

De esta manera, documentamos una necrópolis de cremación situada junto a la vía Heraclea y en la que se realizaron, al menos, 137 enterramientos durante dos fases consecutivas de uso. La primera, anterior a finales del siglo V a.C., con tumbas monumentales con esculturas y ubicada en la parte norte. Y una segunda de enterramientos tumulares más

[1] Arqueóloga municipal de Titulcia (Madrid).

sencillos, pero con armas y más cerámica griega en los ajuares, que avanzó hacia el sur y fechada desde finales del siglo V hasta el segundo cuarto del IV a.C.

Definitivamente descartamos la existencia de un templo en esta zona dadas las características de los materiales localizados, así como cualquier conexión temporal o conceptual con el cercano santuario del Cerro de los Santos.

El trabajo se completó con la digitalización de los dibujos de los materiales y la reconstrucción en 3D del paisaje de la necrópolis junto con algunas de las cerámicas más significativas, trabajos que, en su día, fueron pioneros en el campo de la Arqueología y de la Cultura ibérica en particular.

Desde entonces no se ha llevado a cabo ningún estudio del yacimiento y creemos que una buena propuesta sería la realización de una prospección arqueológica para corroborar que la necrópolis está completamente excavada y asimismo localizar el poblado que estuvo ligado a ésta para así conocer mejor todo el conjunto.

Fig. 1. Dama sedente del Llano de la Consolación. Museo Arqueológico Nacional. © Carmen Valenciano Prieto. Fig. 2. Vista del lugar de la necrópolis ibérica del llano de La Consolación. © Carmen Valenciano Prieto.

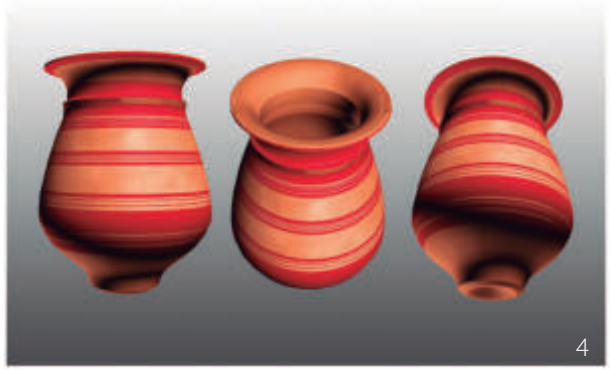


Fig. 3. Urna cineraria y huesos quemados, hallados durante las excavaciones de Joaquín Sánchez Jiménez. Museo Arqueológico de Albacete. © Carmen Valenciano Prieto.- Fig. 4. Reconstrucción en 3D de una urna del Llano de la Consolación, realizada en el año 1999. © Carmen Valenciano Prieto.

LA NECRÓPOLIS DE HOYA DE SANTA ANA

Rubí Sanz Gamo[1]

La necrópolis de Hoya de Santa Ana (Chinchilla de Montearagón) recibe el nombre del cercano caserío existente en el término municipal de Tobarra. Se encuentra en una hoya cruzada por la Rambla de Pinilla, está bordeada por las sierras de Pinilla, La Encantada, del Apedreadero y Conejeros. Al oeste y al este discurren sendas cañadas reales en dirección a tierras murcianas.

Fue excavada por Joaquín Sánchez Jiménez, director del Museo Provincial de Albacete[2] en sucesivas campañas (1941-1943, y 1945-1946). Lo hizo con una metodología usual a la época, pero también con una relevante minuciosidad. Documentó 324 tumbas, "desentendiéndonos del poblado del que, en esta campaña, no podíamos levantar el plano" como precisó en sus notas y diarios, pero finalmente no fue objeto de intervención alguna durante aquellos años de excavación. Hoya de Santa Ana, al igual que otras necrópolis (Llano de la Consolación, Pozo Moro, o Torre Uchea), mostró la continuidad de los cementerios desde finales del siglo VI a.C. hasta la completa romanización del territorio. Una larga cronología como reflejo del poblamiento continuado en el entorno.

Las fases más antiguas están representadas por vasijas realizadas a mano, en general cuencos o formas abiertas, en ocasiones decoradas con aplicaciones plásticas, con gallones, con fondos curvos o planos, su cronología se estima en el siglo VI a.C. Es también la del aryballo de fayenza de la tumba 164 (550 a.C. - 500 a.C.) que, asociado a una urna de orejetas, inaugura la presencia de importaciones griegas en algunas tumbas, más frecuentes durante la primera mitad del siglo IV a.C. El mayor porcentaje de las sepulturas excavadas corresponden a los siglos V-IV a.C., con urnas de orejetas, otras de cuerpo globular o bitroncocónico, con pie anular o indicado y base rehundida, a las que se añaden formas como cuencos, cálatos, alguna jarra, y otras. Abundan las producciones no decoradas o con motivos geométricos, siendo más infrecuentes los figurados. De entre estos destacan el llamado Vaso de los dragones, una tinajilla negra con aplicaciones en relieve con ese tema (sepultura 52), datada en el siglo V a.C. Entre las producciones tardías destacan los recipientes hallados en la sepultura 0, con motivos vegetales en un cálato y peces en un plato que, vinculados con las producciones de finales del siglo III a.C. e inicios de la segunda centuria a.C., están asociados a un rico ajuar con armas ofensivas y defensivas, y a una estructura tumular construida con sillares. Como parece normal en las necrópolis ibéricas del entorno de El Tolmo de Minateda, la decoración escultórica es, aparentemente, rara.

A partir de los inicios del siglo II a.C. las tumbas descendieron en número, tal vez porque el poblado vería el ocaso tras la Segunda Guerra Púnica. No obstante ahí quedarían gentes vinculadas a establecimientos tipo granjas, lo indica una lápida funeraria con caracteres latinos dedicada a un individuo cuya onomástica -*Tur*(---) *Max*(*imus*) … o *Tur*(---) *Max*(*im*-)- se considera de origen prerromano. Las fechas finales las ofrecen sepulturas con cerámicas inequívocamente romanas (por ejemplo lucernas) y algunas inhumaciones, del siglo I de la era e incluso posteriores.

[1] Museo de Albacete.

[2] Posteriormente denominado Museo de Albacete.

Fig. 1: 1, cuenco gallonado, tumba 144; 2 aribalo de fayenza, tumba 164; 3 guttus, tumba 14; 4 cuadrúpedo, tumba 76; 5 toro, tumba 122; 6 urna, tumba 113; 7 vasija con pitorro, tumba 40; 8 vaso de los dragones, tumba 52; 9 urna de orejetas, tumba 70 (fotos archivo del Museo de Albacete).

Fig. 2: 1 tinajilla, tumba 31; 2 tinajilla, tumba 231; 3 plato, cálato y casco, del ajuar de la tumba 0; 4 Nieves y Julia Sánchez Carrilero durante la excavación de la necrópolis (fotos Archivo del Museo de Albacete).

LA NECRÓPOLIS DEL POZO DE LA NIEVE (TORRE UCHEA, HELLÍN, ALBACETE). UN ENCUADRE EN EL PAISAJE IBÉRICO

Francisco Javier López Precioso[1]

¿Cómo explicar un redescubrimiento recuperando recuerdos y datos? Después de tantos años, me encuentro ante una doble circunstancia. Por un lado, rescatar un proyecto, frustrado por cuestiones de salud y por otro la invitación para escribir una síntesis sintética y corta sobre esta necrópolis.

La zona se conocía desde hace muchos años antes de iniciar las excavaciones, debido esto último a la construcción de una balsa de riego. Era una oportunidad, teníamos personal y ganas. El lugar era cómodo, aunque los niveles superficiales estaban arrasados. Se realizó una prospección superficial y se comenzó a documentar mediante la excavación por el método Harris. Se localizaron gran número de conjuntos, los antiguos poco numerosos y se llegaron a recuperar tumbas romanas, en realidad pocas: incineraciones e inhumaciones e intrusiones visigodas de hábitat. La necrópolis se desenvolvió en un periodo cronológico que abarca posiblemente desde el final del siglo VI o principios del siglo V y el cambio de Era.

Se identificaron diversas fases cronológicas y tipologías de tumbas: hoyos, estructuras tumulares, una tumba con un empedrado con guijarros formando metopas, otros tipos diversos, suelos rojizos y blanquecinos a modo de calles, restos de un pilar estela destruido. Se localizaron materiales de diverso rango y condición. Metal (hierro y bronce). Objetos decorativos. Pasta vítrea. Cerámicas ibéricas lisas y decoradas, barniz negro en exclusiva, mientras que en el Tesorico aparecen figuras rojas, algo extraño sin duda, entre ellos un bolsal con una doble inscripción numeral griega y otra púnica que habla del "enterramiento" de "**qtn**", algo de cerámica a mano en la primera fase, piezas romanas y por último un lote visigodo. Al final, una historia de mujeres y hombres resumida en cenizas. Ahora estamos en el porqué.

Localizado en el cruce de caminos entre Cartago Nova y Complutum con la vía que viene de Cástulo, este sitio no se puede comprender sin un contexto, es un lugar que forma parte de algo más complejo. La necrópolis del Bancal del Estanco Viejo, que se estudió con F. Sala Sellés, Cola de Zama Sur y Norte, ubicada gracias a antiguos descubrimientos y al trabajo de S. Broncano. La Hoya de Santa Ana, conocida desde el estudio de J. Sánchez Jiménez hasta la actualidad, posiblemente el Balneario Romano, que tiene mucho de ibérico. El Tesorico, otra vez aparece S. Broncano y Las Quebradas, todavía inédita, sin olvidar el Cercado Galera en Liétor, conforman un paisaje funerario agrupado e interconectado sobre el que trabajé más de 30 años, prospectando y documentando.

Por otra parte, los diversos enclaves poblacionales como el Castellón, el Tolmo, el Cerro Fortaleza, La Chamorra, Peñarrubia, con su necrópolis, y otros lugares conforman ese paisaje que se expresa a través de los siglos. Y al final no

[1] Arqueólogo y conservador de museos. Retirado. IEA.

se pueden soslayar Los Almadenes, clave para el origen de la Cultura Ibérica. Todo ello viene en nuestra ayuda para entender este fenómeno y relacionarlo con otras comarcas cercanas. Es bueno no tengo dudas.

Fig. 1: Pozo de la Nieve. Vista sectorial. 1995. Foto FJLP

Fig. 2: Pozo de la Nieve. Conjunto funerario con empedrado de guijarros. Foto FJLP

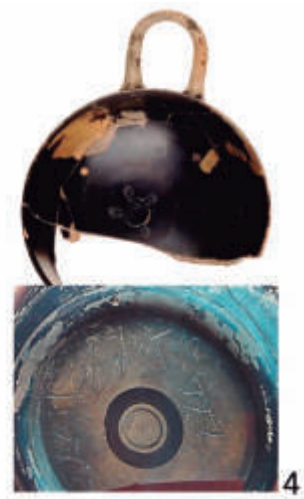


Fig. 3: Pozo de la Nieve. Pixide. Foto Museo Comarcal de Hellín.- Fig. 4: Pozo de la Nieve. Bolsal con doble inscripción numeral griega e inscripción púnica. Foto Museo de Albacete.

NECRÓPOLIS DEL BANCAL DEL ESTANCO VIEJO

Pablo Cánovas Guillén[1]

El Bancal del Estanco Viejo es una de las necrópolis del Tolmo de Minateda, localizada al suroeste del yacimiento, a unos 400 metros de distancia y en la margen contraria del arroyo de Tobarra.

Fue descubierta por Federico de Motos en la primavera de 1915, procediendo entonces a su excavación, al tiempo que H. Breuil realizaba el calco del Abrigo Grande de Minateda (Ripoll, 1988). De aquella actuación, que sabemos que se desarrolló en menos de un mes, no queda ni diario ni ningún otro tipo de documentación. En 1928, catorce años después de la intervención, F. de Motos vende los materiales allí exhumados al Museo de Albacete, adjuntando algunos datos sobre los enterramientos, como una relación de los ajuares y, en algún caso, el tipo de fosa u hoyo donde se realizó la deposición.

En 1942, en el contexto de una excavación en el Tolmo de Minateda por parte de Joaquín Sánchez Jiménez, Blas Taracena y Antonio García y Bellido, este último realizó una nueva intervención en el Bancal del Estanco Viejo, documentando tres nuevos enterramientos (Sánchez, 1947: 59- 60). Esta intervención nunca fue registrada en el Museo, y sus diarios apenas aportan información.

En 1988, con el inicio de las excavaciones sistemáticas en el Tolmo, se procedió al cribado de las terreras de las obras de canalización que atravesaban los terrenos de la necrópolis, localizando diversos fragmentos de cerámica de barniz negro ática y dos fusayolas decoradas.

Poco después, Feliciana Sala y Javier López Precioso realizaron la revisión de los fondos antiguos del Museo de Albacete pertenecientes a este yacimiento, intentando contextualizarlos y recopilando toda la información existente de las citadas intervenciones (López y Sala, 1988-89).

El estudio de los ajuares les permitió establecer varias fases de uso de la necrópolis, con un grupo de tumbas del s. V a. C; otras fechables en el s. IV a. C., y, por último, un grupo reducido de tumbas que se podrían considerar ibéricas muy tardías o altoimperiales.

Por lo que respecta al rito y al tipo de enterramientos, Federico de Motos hace una única distinción en sus notas: por un lado, tres enterramientos de inhumación que considera romanos, y que después Sala y López fechan en época altoimperial por paralelos con cremaciones excavadas en la necrópolis del Tolmo (López y Sala, 1988-89: 154).

Según estos autores, quizá no habría tumbas con superestructura de tipo tumular o turriforme, sino que deben tratarse de enterramientos simples de cremación en hoyo con urna, con el ajuar depositado fuera y dentro de la urna indistintamente. Cabe, no obstante, la posibilidad de que tuvieran una cubierta de adobes o de barro, a falta de empedrados tumulares, que F. de Motos no detectase o de las cuales no dejara constancia en sus notas.

[1] Museo de la Semana Santa de Hellín, Albacete.

Pese a esta posible falta de estructuras, el yacimiento cuenta con todos los restantes elementos que caracterizan las necrópolis de la zona comprendida entre el SE de Albacete, Alicante, Murcia y sur de Valencia, permitiendo adscribirla en la dinámica del mundo funerario que funciona de manera idéntica en toda esta región.

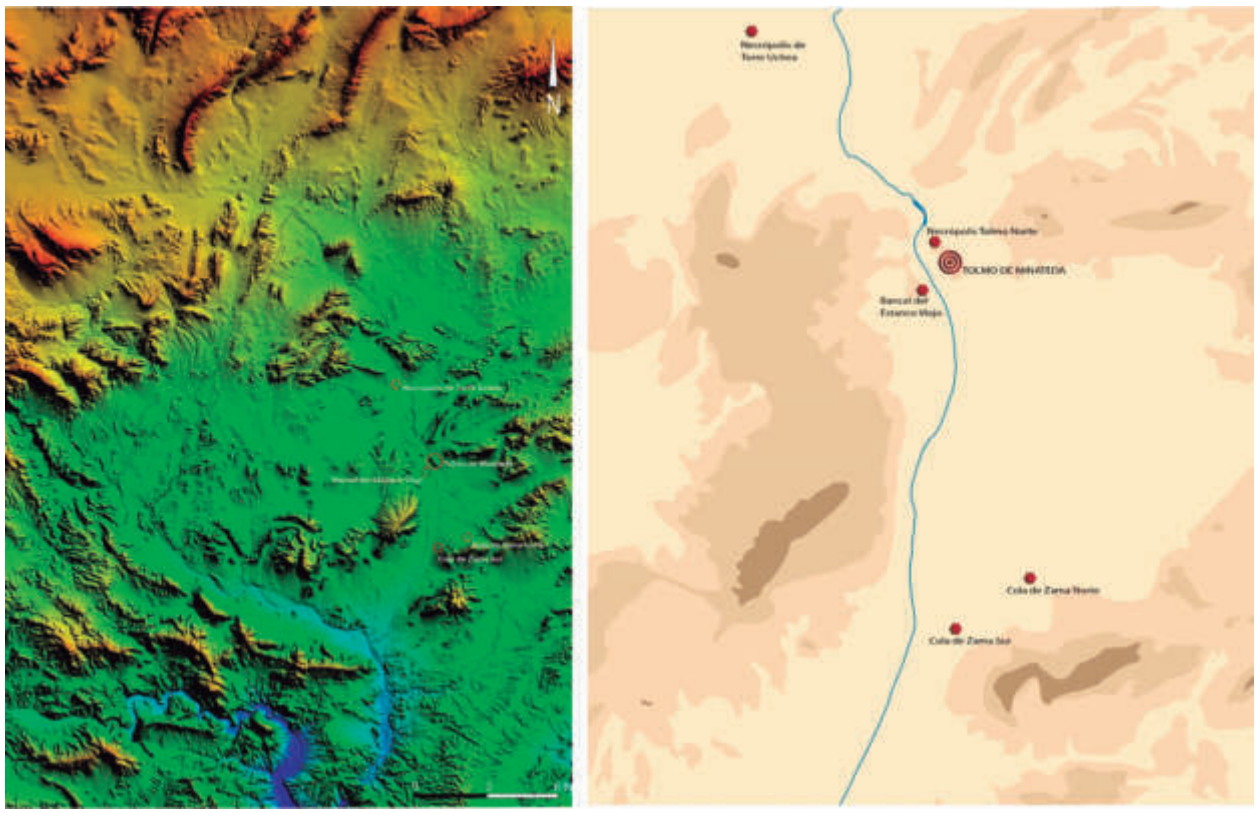


Fig. 1: Localización de las necrópolis del entorno del Tolmo de Minateda.

Fig. 2: Ajuar de una tumba tras su excavación (izquierda), y visitantes sobre la excavación de 1915, al fondo el caserío del Bancal del Estanco viejo, todavía habitado (fotos: Archivo del Museo de Albacete).

TOLMO DE MINATEDA

Pablo Cánovas[1]

El Tolmo de Minateda es un cerro que se alza en un estratégico cruce de caminos entre la Meseta meridional y la costa mediterránea. Estuvo habitado desde la Edad del Bronce hasta época emiral, y alcanzó gran importancia en época ibérica. Esta ciudad indígena alcanzó rango de municipio romano en el año 9 a. C., seguramente con el nombre de *Ilunum*, en el marco de las promociones municipales de época augustea. Este hecho se ha documentado arqueológicamente en la reforma de sus defensas, ya que la antigua muralla ibérica, de mampostería ataludada, se forró por delante con un muro de sillería almohadillada. Se configuró así una obra imponente, que pretendía ante todo llamar la atención del viajero que transitaba por la vía *Carthago Noua-Complutum*, que pasaba a los pies del cerro.

Durante la Antigüedad Tardía, El Tolmo fue objeto de una profunda renovación de sus estructuras urbanas, con motivo de su conversión en sede episcopal con el nombre de *Eio* / *Elo*; aquí se trasladó el obispado de *Ilici* (La Alcudia de Elche, Alicante), cuando esta ciudad cayó bajo el dominio bizantino. Esta reforma conllevó en determinados lugares el desmonte de todo lo anterior, llegando incluso a recortar la roca para facilitar un nuevo trazado urbano. Lo más destacable de este momento es la fortificación del acceso, que reutilizó materiales de la muralla augustea, incluyendo sus epígrafes monumentales, y la edificación de un conjunto religioso y representativo compuesto por una basílica de tres naves con baptisterio a sus pies y un edificio monumental anexo, el palacio episcopal.

La existencia de un *oppidum* ibérico la confirman otros registros. A la comentada muralla de mampostería ataludada se deben sumar varias necrópolis de su entorno, la del Bancal del Estanco Viejo, con sepulturas del siglo V a.C. y, sobre todo, del IV a.C. (López y Sala, 1988-89), la de Torreuchea, con ajuares griegos y una cronología a partir del siglo V a.C. (López, 1995), y la necrópolis septentrional, a los pies del Tolmo.

En ésta última se han documentado varios momentos de ocupación. La necrópolis se asienta sobre estratos formados por la deposición de tierras con materiales procedentes de las laderas del cerro, entre ellos ánforas greco-itálicas y Dressel I y II. Los materiales más antiguos son dos palmetas, reutilizadas en las obras de urbanización, que en origen debieron coronar pequeños monumentos funerarios de tipo griego, con paralelos en Ampurias. Sobre un terreno aterrazado se documentaron cuatro monumentos funerarios escalonados, tres de sillería y un cuarto de adobe, asociados a cerámicas pintadas vinculadas a los estilos cerámicos de Elche (Abad y Sanz, 1999).

Del *oppidum*, casi por completo arrasado por la construcción de las fases posteriores del asentamiento, quedan diversas estructuras excavadas en la roca, algunas de planta rectangular de una o dos habitaciones, con paralelos cercanos en El Amarejo (Bonete, Albacete) y Meca (Ayora, Valencia). Como ocurre en estos dos yacimientos, en el Tolmo también se conservan tramos de escaleras tallados en la roca de difícil adscripción cronológica, aunque no resulta aventurado pensar que pudieran estar relacionadas con estructuras domésticas o defensivas de ese *oppidum* hoy casi desaparecido.

[1] Museo de la Semana Santa de Hellín, Albacete.

Fig. 1: Vista general de la excavación de la necrópolis norte.

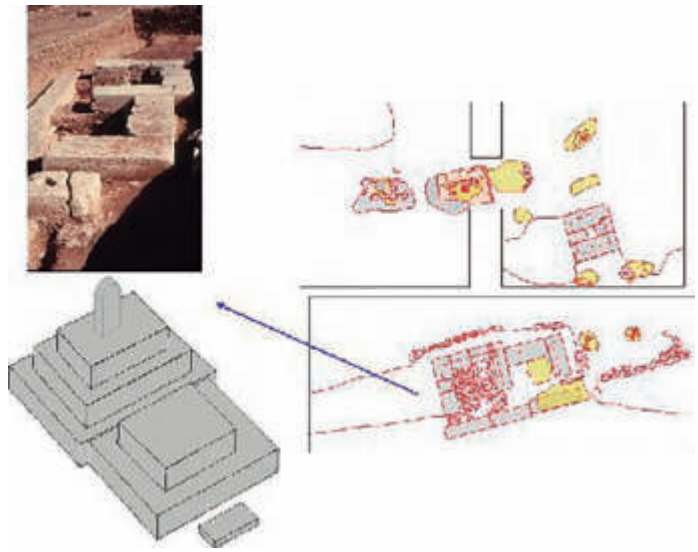


Fig. 2: Fotografía, planta y restitución hipotética de uno de los túmulos.

Fig. 3: Cratera pintada de la tumba 43.

ZAMA Y EL VALLE DE MINATEDA

Pablo Cánovas[1]

La importancia del territorio del Tolmo de Minateda viene dada ante todo por su emplazamiento y por la facilidad de sus comunicaciones. Vertebrado por la presencia de un curso de agua continuo, el arroyo de Tobarra, y, sin duda, por la vía de comunicación que desde antiguo unía la costa suroriental de la Península con la Meseta, y que más tarde será la vía *Complutum-Carthago Noua*, debió aglutinar a las poblaciones del entorno desde finales del siglo III a.C. (Grau, 2005).

El desarrollo de este *ager* debió estar directamente vinculado al de la ciudad de *CartaghoNoua*, cuyos periodos de apogeo y declive ayudan a explicar la secuencia cultural del Tolmo y su relación con el territorio circundante.

Destaca en este lugar la presencia de la villa de Zama, localizada entre el Tolmo y la Sierra del Candil, excavada de forma parcial por Mª. J. Caja y J. Espadalé entre 1985 y 1987, sin publicar los resultados, pero con noticias recogidas por R. Sanz (Sanz, 1997).

Los trabajos se centraron, de un lado, en la excavación de una balsa realizada en *opus caementicium* con revoco de *signinum*, usada, según sus excavadores como cisterna de agua potable, y abandonada ya en época bajoimperial, y de otro, en una serie de sondeos en los que documentaron varias estancias con cuatro fases de uso fechadas entre época altoimperial y el siglo III d.C. (Sanz, 1997: 30). Entre los materiales, numerosos fragmentos de *sigillata* que en algunos estratos se encontraba asociada a cerámicas pintadas ibéricas.

Al sur de la villa se localizó una necrópolis fechada entre el último decenio del siglo III a.C. y el primero de la siguiente centuria (Sanz, 1997: 55). Conocido como Cola de Zama Sur, el yacimiento se descubrió gracias al aviso de un vecino de Tobarra al Museo de Albacete, tras observar dos niveles de tierra calcinada y una serie de hallazgos, una urna completa con tapadera y decoración pintada y un casco de bronce, de tipo Montefortino, descontextualizado, pero que hay que poner en relación con ese momento de finales del siglo III a.C. en el que la circulación de tropas por estas vías de comunicación serían frecuentes, existiendo piezas similares en necrópolis cercanas, como la de Pozo Moro o la de Hoya de Santa Ana.

En un sector más próximo al Tolmo se localizó una nueva necrópolis con una fase ibérica tardía documentada como Cola de Zama Norte, de la que proceden varios fragmentos de cerámica ibérica decorada, entre los que se encuentra uno con representación de un león y una palmera, imitando modelos iconográficos del numario púnico, y un fragmento de plato de cerámica gris que imita la forma Lamb. 5 de la campaniense B (Sanz, 1997: 316).

[1] Museo de la Semana Santa de Hellín, Albacete.

Fig. 1: Casco de bronce de Cola de Zama sur (fotografía Museo de Albacete); dibujos Rubí Sanz (Museo de Albacete).

Fig. 2: Zama en el Valle de Minateda-Agramón, y fragmento de cerámica con león ante palmera, Cola de Zama norte (fotografía Museo de Albacete).

LOS ALMADENES (HELLÍN, ALBACETE)

Pascual Perdiguero Asensi y Feliciana Sala Sellés[1]

El asentamiento protohistórico fortificado estuvo habitado entre finales del siglo VII y primera mitad del VI a.C. Su fundación *ex novo* y un abandono súbito crearon un registro arqueológico único para entender un periodo poco conocido en la provincia de Albacete. Se construyó sobre el cerro de mayor altura y visibilidad de la margen derecha del río Mundo a su paso por el cañón de Los Almadenes y a unos 3 km de distancia de su desembocadura en el río Segura. Esta posición le proporcionaba un excelente control visual sobre un paisaje accidentado y de una aridez extrema que viene dada por el predominio de los yesares característicos del coto azufrero de Las Minas, de cuya explotación en el siglo XII d.C. dio testimonio el geógrafo Al-Zuhri citando expresamente la riqueza del coto al describir la cuenca del río Segura.

Desde el inicio de las excavaciones en 1993 hasta el presente año, las actuaciones llevadas a cabo en diferentes sectores del asentamiento permiten a día de hoy componer una imagen bastante aproximada de su arquitectura y funcionamiento. Así, conocemos bien los edificios 1 y 2, un tramo de la muralla meridional, la puerta principal y, recientemente, el edificio 5 en la esquina noreste de la fortificación.

El enclave se construyó sobre la cima de forma triangular y de unas 0,6 ha de extensión de un cerro cuyos lados oriental y septentrional caen de forma abrupta sobre el cañón y el embalse de Camarillas, respectivamente, mientras que el lado meridional es más accesible. En el momento de planificar la fortificación se tuvo en cuenta esta orografía para dar como resultado un efectivo sistema de defensa pasiva. El muro perimetral se reforzó con un gran torreón en la esquina occidental y abriendo la puerta principal de la muralla en el lado de peor acceso, la vertiente oriental con una espectacular caída al cañón. Destacan asimismo las diferentes fábricas empleadas en los lienzos. Un potente muro de piedra seca de más de 2 metros de espesor defiende la vertiente meridional más suave, en tanto que un sencillo muro de mampostería de menos de un metro de grosor cierra los lados norte y este. El motivo es que el escarpe rocoso de varios metros de altura que discurre por esos lados y las vertientes escarpadas hacían innecesario un esfuerzo constructivo como el empleado en el lienzo meridional.

El urbanismo se caracteriza por edificios de planta compleja y sencilla, exentos y distribuidos en una trama poco densa, como da a entender la existencia de grandes áreas con el substrato rocoso a la vista. Una calle principal cruza el enclave desde la puerta oriental hasta el torreón oeste. El edificio 1 es un ejemplo de los de planta compleja. Ocupa una superficie aproximada de 330 m^2 y se organizó en dos alas en torno a un gran patio central. El ala oeste es un edificio en sí mismo, con estancias con equipamientos domésticos y un patio provisto de un horno, mientras que en el ala este tres estancias se alinean abiertas al patio central. En superficie reconocemos hasta tres edificios más por sus muros largos y, como el edificio 1, por estar repletos de ánforas, *pithoi* a torno pintados y grandes orzas a mano, es decir, dedicados al almacenaje. El resto son edificios sencillos, de una única estancia. El edificio 2, con un equipamiento doméstico básico, es el modelo. Esta dualidad constructiva da pie por sí sola a una reflexión sobre la organización socioeconómica del asentamiento.

[1] Universidad de Alicante.

El esfuerzo constructivo y la acumulación de bienes en esos recipientes de almacenaje no se compadece con el entorno nada apto para la agricultura y la ganadería y alejado de las principales vías de comunicación. Si a este factor sumamos que estuvo deshabitado hasta la fundación de Almadenes y que, tras su abandono, la siguiente ocupación en la zona tiene lugar dos siglos después en el poblado y necrópolis ibéricos de El Tesorico, llegamos a la conclusión de que el motivo para fundar un enclave en un punto tan al interior de la cuenca del Segura fue la explotación del azufre, una materia prima de múltiples aplicaciones, costosa y muy apreciada en la antigüedad. Otros hallazgos y análisis recientes abundan en esta hipótesis como una de las principales explicaciones de la ubicación y características constructivas del asentamiento.

Fig. 1. Imagen de Los Almadenes desde el oeste. A la derecha se aprecia en relieve el lienzo meridional de la muralla y en primer plano el torreón.

Fig. 2. Plano general del yacimiento sobre ortofoto.

Fig. 3. Vista general del edificio 1.

LA BIENVENIDA (ALMODÓVAR DEL CAMPO, CIUDAD REAL)

Mar Zarzalejos Prieto[1]

El yacimiento de La Bienvenida se localiza en el sector centro-occidental del valle de Alcudia, junto a la aldea homónima, en el término municipal de Almodóvar del Campo (Ciudad Real). El sitio arqueológico se configura como una meseta artificial, con una altitud máxima de 620 m, y se encuentra en las cercanías de los "Castillejos de La Bienvenida", edificios volcánicos que constituyen los puntos más elevados de este sector del valle (714 m). Este emplazamiento conforma un privilegiado otero que proporciona al centro unas excelentes capacidades para el control espacial de un vasto territorio. El yacimiento fue el solar de la antigua ciudad de *Sisapo*, citada por las fuentes clásicas como la más importante proveedora de cinabrio a Roma, aunque sabemos que también explotó la galena argentífera de las comarcas de Almadén y Alcudia.

Una serie de evidencias estratigráficas y testimonios materiales remontables a fines del siglo VIII-inicios del VII a.C., relacionan estas tierras con los ambientes del Bronce Final caracterizados en la cuenca media de los ríos Guadiana y Guadalquivir. A estas evidencias se suma el hallazgo en el propio yacimiento o su entorno inmediato de tres estelas grabadas que amplían el mapa de distribución del grupo del Valle del Guadiana-Zújar y constituyen un indicio de la incorporación de estas comarcas en las dinámicas de interés económico del área suroccidental peninsular en momentos remontables a un Bronce Final antiguo. El interés por esta región durante esta etapa hubo de ser la riqueza metalífera de la comarca en galena argentífera y el cinabrio de Almadén. Las relaciones culturales con la mitad oriental de Badajoz y la Baja Andalucía se prolongaron hasta bien entrado el siglo VI a.C. Esta relación pudo tener su soporte físico a través de la posteriormente conocida como "vía de la Plata"- camino S-N que unía los territorios antes citados con el NO peninsular- y después, en sentido O-E, a través del camino natural que siempre ha sido el valle de Alcudia. Desde la segunda mitad del siglo VI y, sobre todo, a partir del V a.C. La Bienvenida se incorpora en unos circuitos culturales comunes a los de la Alta Andalucía, el SE de la Meseta y Levante. De hecho, sobre la base del poblamiento orientalizante, en los territorios relacionados con la cuenca alta del Guadiana cristaliza un proceso temprano de iberización, perceptible desde mediados del siglo VI a.C. y bien ilustrado por los hallazgos arqueológicos de las dos últimas décadas. En este momento es probable que el poblado de La Bienvenida adquiera su configuración física de *oppidum* o núcleo amurallado, bien perceptible en la fotografía aérea. Parte de este encintado aflora en el sector suroriental, donde se ha excavado una secuencia defensiva cuya fase más antigua corresponde a una muralla de bastiones, anulada por una construcción romana de mediados del siglo II a.C. Las referencias de los clásicos discrepan sobre la inclusión del territorio sisaponense en la Oretania (Ptolomeo, II, 6, 58) o la Beturia Túrdula (Plinio, 13-14), si bien la cultura material de esta fase parece incorporar *Sisapo* en la primera región. Aunque es algo que aún no puede asegurarse con certeza, parece que la toma del *oppidum* por Roma en las décadas centrales del siglo II a.C. no encontró resistencia o, al menos, el registro arqueológico no ha proporcionado datos inequívocos en ese sentido.

[1] Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid.

Fig. 1.- Vista aérea de La Bienvenida (foto Visión aérea y equipo Sisapo).

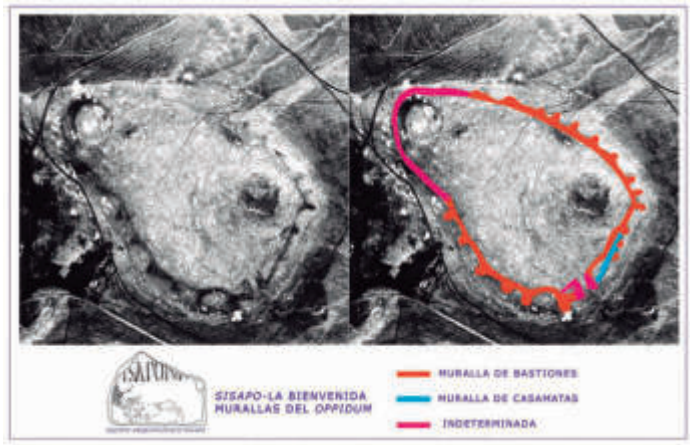


Fig. 2.- Fotointerpretación de la muralla de La Bienvenida.

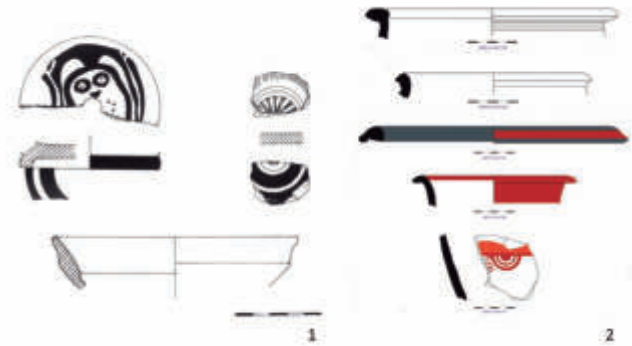


Fig. 3.- La Bienvenida: 1 cerámica ática, 2 materiales cerámicos del periodo Ibérico pleno (área 5).

LA ALCUDIA (ELCHE, ALICANTE)

Mercedes Tendero Porras[1]

En 1996, la Universidad de Alicante adquirió la mayor parte de la finca de La Alcudia (Elche, Alicante), enclave del yacimiento arqueológico del mismo nombre en el que se asentaba la antigua ciudad de *Ilici*, declarado en 1992 Bien de Interés Cultural.

Para su gestión y promoción fue creada la Fundación Universitaria La Alcudia de Investigación Arqueológica, mediante un acuerdo entre la Universidad de Alicante, el Ayuntamiento de Elche y la familia Ramos, hasta entonces propietaria del yacimiento arqueológico. Posteriormente se incorporaron la Diputación Provincial de Alicante y la Universidad Miguel Hernández como nuevos patronos institucionales.

Proteger, conservar, investigar, difundir, exhibir y formar en el rico patrimonio arqueológico e histórico de La Alcudia son los objetivos esenciales establecidos para un conjunto arqueológico integrado por un extenso yacimiento, un centro de interpretación, un museo monográfico y un destacado legado patrimonial.

La Alcudia estuvo habitada unos seis mil años, pero no siempre de forma continua. Existen evidencias arqueológicas desde tiempos prehistóricos y, posteriormente, llegó a ser una destacada ciudad en la Antigüedad. Los materiales más antiguos datan del Neolítico antiguo, pero será con las culturas ibérica, romana y visigoda cuando esta ciudad alcance su mayor desarrollo.

Entre los hallazgos más importantes se encuentran esculturas de época ibérica que representan a animales, guerreros o damas. La más sobresaliente de ellas es la universalmente conocida como Dama de Elche. Es muy probable que en su fase más antigua fuese un centro religioso ibérico que a partir del siglo IV antes de la era se transformó en ciudad, perdurando hasta el último tercio de la siguiente centuria. Las tradiciones alfareras ibéricas continuaron durante el siglo I antes de la era con la elaboración en los talleres locales de vajillas pintadas caracterizadas por decoraciones complejas que cubren toda la superficie de los vasos. Animales con rasgos felinos, aves con las alas desplegadas, liebres, garzas, peces, hojas estilizadas y figuras humanas como jinetes, guerreros o diosas, serán los motivos más representados. La singularidad de estas decoraciones ha servido para denominarlo *estilo ilicitano*.

El nombre de esta ciudad debía ser el de *Ilici* ya que, tras la conquista romana, fue refundada en torno al año 26 antes de la era como *Colonia Iulia Ilici Augusta*, rango jurídico que la ensalzaba como una de las más destacadas de *Hispania*. En ella se asentaron militares veteranos según se testimonia en la *tabula de Ilici*, un excepcional documento catastral realizado en bronce en el que se referencia la asignación de lotes de tierra entre diez exmilitares, probablemente licenciados de las guerras cántabras. En los alrededores de La Alcudia se encuentra fosilizada en el paisaje una buena parte de la parcelación de los terrenos repartidos entre los nuevos colonos que conocemos como centuriación. Vinculado a *Ilici* estaba el *Portus Ilicitanus*, en la actual Santa Pola, puerto por el que quedaba abierta al Mediterráneo y a su comercio.

[1] Área de Arqueología. Fundación Universitaria La Alcudia de Investigación Arqueológica. Universidad de Alicante.

Con el paso de los años, las tierras ocupadas por los primeros colonos fueron pasando a sus herederos. Desde el siglo I al IV se construyeron lujosas villas en los alrededores de *Ilici* y dentro del recinto amurallado de la ciudad, se planificó un urbanismo ordenado por calles con alcantarillado, plazas, templos, termas y *domus*.

Varios siglos después de la instauración del Imperio romano, las formas de organización cambiaron. Roma adoptó el cristianismo e *Ilici* pasó a ser sede de un Obispado desde el que se gestionaba un amplio territorio del sudeste peninsular. Durante este período, la ciudad estuvo ocupada por bizantinos y finalmente por visigodos, culturas que transformaron la fisonomía de la antigua colonia romana reconvirtiendo los antiguos edificios públicos en viviendas privadas o espacios artesanales, y construyendo otros nuevos, como una basílica o amplias áreas destinadas a necrópolis. A partir del siglo VIII y la conquista islámica, la vida urbana fue languideciendo hasta dejar una ciudad en ruinas que se cubrió de tierra y, con el tiempo, se convirtió en campos de cultivo hasta bien entrado el siglo XX[2].

Fig. 1 a: Ortoimagen general del yacimiento de La Alcudia (imagen FLA).- Fig. 1 b: Termas romanas (imagen FLA).- Fig. 2: Acceso al Museo monográfico (imagen FLA).- Fig. 3: Restos arqueológicos de La Alcudia (imagen FLA).- Fig. 4: Acceso al Centro de Interpretación (imagen FLA).

[2] Bibliografía básica en Repositorio de la Universidad de Alicante, portal de la Alcudia: http://rua.ua.es/dspace/handle/10045/45089

COMUNIDADES IBERAS DE MONTAÑA. PAISAJE, RITUAL Y PRODUCCIÓN EN LA CUENCA ALTA DEL RÍO SEGURA

Susana González Reyero[1]

Los paisajes prebéticos y subbéticos del suroeste de la provincia de Albacete son espacios escasamente conocidos y poco presentes en el estudio de las formas de organización social de época ibérica. Como otros paisajes de montaña, se enfrentan a perspectivas acríticas y a fuertes estereotipos, como su frecuente identificación con áreas marginales. Sin embargo, tanto el hallazgo de materiales relevantes, procedentes de Haches (Bogarra), del Macalón (Nerpio) o de Cercado Galera (Liétor), como los estudios de R. Sanz Gamo, L. Soria Combadiera, F. J. López Precioso, L. Abad Casal o J. F. Jordán Montes, entre otros, han permitido construir un conocimiento de gran validez, mostrándonos entre otros la existencia de grandes asentamientos y, en suma, de un poblamiento antiguo que cuestionaba ya esa tendencia de identificar la montaña con espacios vacíos o marginales.

En la actualidad estos paisajes son objeto de una línea de investigación desarrollada desde el Instituto de Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas cuyo objetivo es estudiar las dinámicas sociales de estos paisajes y sus formas de organización en la diacronía, lo que debe permitir integrarlos, en suma, en el estudio y valorización actual de este tipo de paisajes. Para generar conocimiento hemos planteado un análisis territorial e integral, basado en una estrategia de investigación interdisciplinar y multiescalar, que combina escalas, resoluciones y técnicas diversas. Esto nos está permitiendo ampliar el conocimiento del poblamiento antiguo a partir de actuaciones integrales como la del Macalón (Nerpio), que abarcan tanto una caracterización arqueomorfológica del asentamiento, la identificación de necrópolis o de lugares coetáneos en su entorno. Igualmente, la actuación en Peñarrubia (Elche de la Sierra) busca definir mejor los elementos característicos del *oppidum* y de su entorno, incluyendo la caracterización del poblamiento ibérico del valle inmediato (Fig. 1).

Investigar y poner en valor el paisaje implica caracterizar el poblamiento rural e intervenir en actuaciones más completas en valles de altura como Jutia y en asentamientos como Morra de los Castillejos (Fig. 2) o Varica Virtudes (Fig. 3). Esto nos está permitiendo abordar temáticas desconocidas como el poblamiento de los valles de altura en los sistemas béticos, en el caso de Jutia, o el papel de ciertos asentamientos en las comunicaciones intercomarcales, en el de Morra de los Castillejos. Para ello es central la identificación de procesos productivos, como los campos de cultivo de época ibérica (Fig. 4; González Reyero *et al*. 2019; 2021; González Reyero, 2021) y las prácticas ganaderas (Gutiérrez *et al.*, 2021), así como el estudio de los fundamentos ideológicos del modelo de poblamiento, especialmente en El Macalón (Chapa *et al*., 2019) y en Jutia (Fort *et al*., 2019).

Estos resultados constituyen una base para afirmar que los paisajes del suroeste de Albacete no fueron durante el I milenio a.n.e. espacios despoblados o marginales, sino que constituyeron paisajes con recursos y formas productivas

[1] Instituto de Historia, CSIC.

propias, a investigar y poner en valor. El registro arqueológico y patrimonial se convierte así en argumento para un análisis crítico de los *aprioris* sobre los paisajes de montaña, al tiempo que investigamos las formas concretas en que sus comunidades actuaron dentro de las dinámicas sociales del sureste peninsular y del Mediterráneo del I milenio.

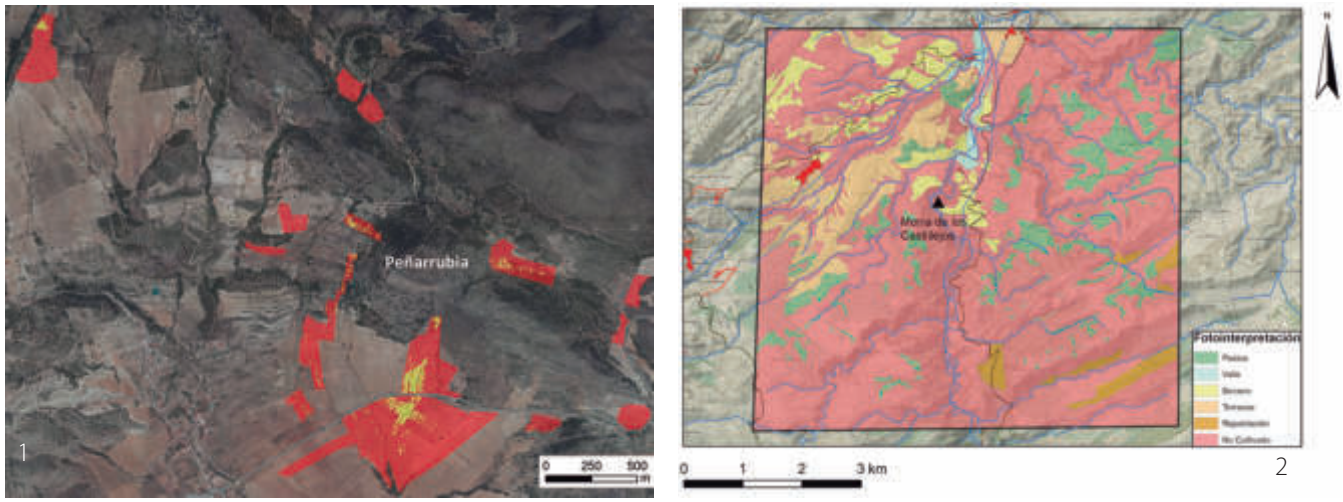


Fig. 1: Parcelas prospectadas y cultura material documentada en el entorno del *oppidum* de Peñarrubia (Elche de la Sierra, Albacete). © Proyecto Alto Segura, IH-CSIC. - Fig. 2: Usos potenciales de la tierra en el entorno del asentamiento de Morra de los Castillejos a partir de la fotointerpretación del vuelo "americano" (USAF-Army Map Service), serie B (1956-57). © Proyecto Alto Segura, IH-CSIC.

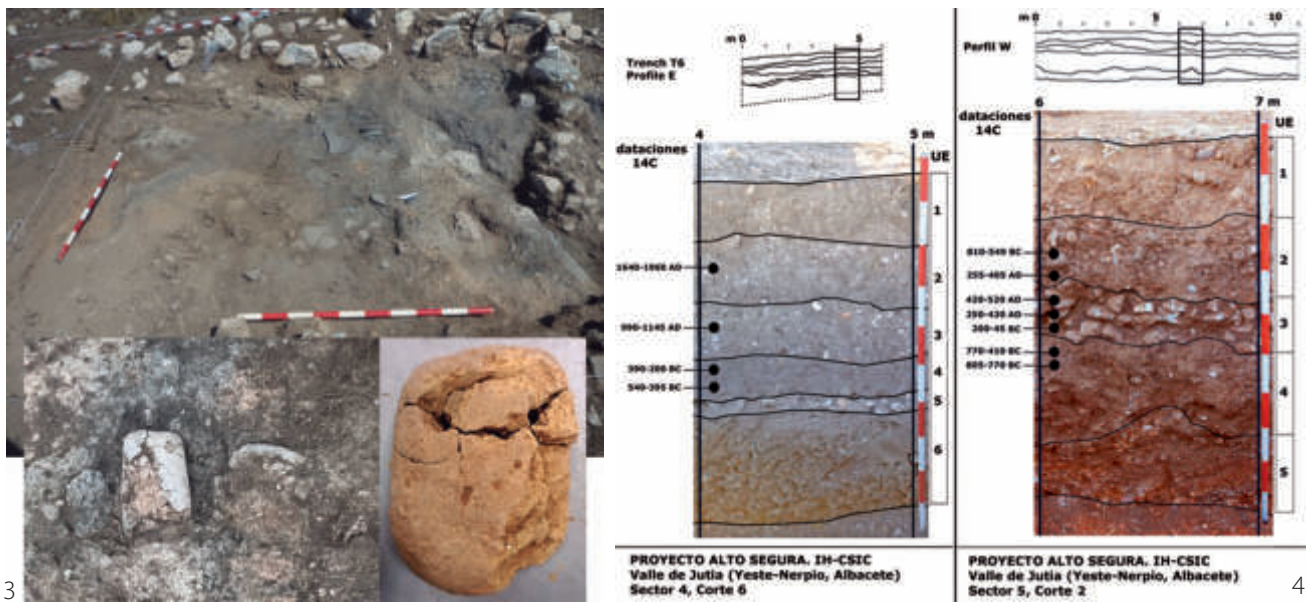


Fig. 3: Excavación en Varica Virtudes (Nerpio, Albacete). © Proyecto Alto Segura, IH-CSIC. - Fig. 4: Espacios agrarios en el valle de Jutia (Yeste-Nerpio, Albacete). Estratigrafía y dataciones de los cortes 2 y 6. © Proyecto Alto Segura, IH-CSIC.

COLLADO DE LOS JARDINES (SANTA ELENA, JAÉN) Y LA CUEVA DE LA LOBERA (CASTELLAR, JAÉN): DOS ESPACIOS DE REFERENCIA PARA EL CULTO EN LA ORETANIA MERIDIONAL

Carmen Rueda Galán[1]

Las intervenciones en estos grandes santuarios iberos se remontan a inicios del siglo XX, momento en el que se emprenden actuaciones de diferente naturaleza, ante el descubrimiento de dos espacios que atesoraban grandiosos depósitos votivos que contenían varios miles de ofrendas de naturaleza diversa, entre las que sobresalían los exvotos en bronce. Dos hitos fundamentales destacan en la historia de sus investigaciones: las excavaciones de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, desarrolladas por Ignacio Calvo y Juan Cabré entre 1916 y 1918, en el caso de Collado de los Jardines y las intervenciones sistemáticas dirigidas por Gérard Nicolini en Castellar, en colaboración con el Colegio Universitario de Jaén, en los años 80 e inicios de los 90. A partir de estas actuaciones se empieza a definir una idea fundamental: la configuración de dos grandes santuarios, referentes del culto en la Oretania Meridional.

Investigaciones recientes han puesto de nuevo el foco de atención en estos espacios y en la comprensión de los paisajes rituales del amplio territorio de capitalizó Cástulo (Linares, Jaén), incorporando interesantes novedades a diferentes escalas. Desde el punto de vista territorial destacan por ser puntos de referencia para el culto comunal, contribuyendo a configurar un paisaje sagrado complejo, jerarquizado, en el que intervienen otros santuarios, de reciente descubrimiento y análisis, como el Cerro del Manantial (Santo Tomé, Jaén) o Haza del Rayo (Sabiote, Jaén), este último organizado en torno a una laguna en la que se depositaron exvotos de bronce y otros materiales votivos. Diferentes lugares de culto que debieron estar orientados a celebrar prácticas devocionales complementarias, que articulan distintas escalas de relación (ciudad-santuario) y de movilidad ritual. Los exvotos de bronce adquirieron un significado importante a nivel político e identitario, como hitos enmarcados en el proceso histórico de esta amplia área geográfica.

A estos santuarios se peregrinaba en fechas concretas. Los equinoccios serían momentos importantes en el calendario ritual, tal y como confirma la documentación de fenómenos visuales recreados, como la hierofanía solar en la Cueva de la Lobera. La arquitectura natural cobra un simbolismo evidente en estos santuarios relacionados íntimamente con la naturaleza prístina. En el caso de Collado y Castellar, ambos comparten una organización del espacio similar, en el que la cueva o el abrigo se convierten en un hito simbólico, a la vez que funcional, que condensa cualidades especiales que se potencian y adaptan en el desarrollo del ritual. La percepción visual de estos hitos por parte de quienes ascendían a estos lugares habitados por la divinidad, mirando a las alturas, se recogen en algunas de las imágenes en bronce de estos santuarios. Imágenes que son testimonios de un amplio espectro de prácticas rituales, en las que

[1] Instituto Universitario de Investigación en Arqueología Ibérica de la Universidad de Jaén caruegal@ujaen.es

tienen relevancia los ritos de paso de edad y los ritos nupciales, fundamentales para la cohesión y el mantenimiento de una estructura política jerarquizada a nivel supra-territorial, que utiliza estrategias religiosas de filiación identitaria. En definitiva, una estructura religiosa en la que la ritualidad contribuye a reforzar las prácticas de identificación social, con una dimensión claramente colectiva que se sanciona en estos dos grandes santuarios.

Fig. 1. Mapa del territorio de Cástulo, con indicación de sus santuarios y del área de distribución de exvotos de bronce (siglos IV-III a.n.e.). Fuente: Rueda *et al.*, 2021. Diseño de imagen: Musaraña S.L.

Fig. 2. Vista del abrigo y del entorno en Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén). Fotografía: J. M. Pedrosa.

Fig. 3. Detalle de la Cueva de la Lobera (Castellar, Jaén). Fotografía: Carmen Rueda, Archivo IAI-UJA.

BIBLIOGRAFÍA

MEMORIA

SOBRE LAS

NOTABLES ESCAVACIONES

HECHAS EN EL

CERRO DE LOS SANTOS,

PUBLICADA

POR LOS PP. ESCOLAPIOS

DE YECLA.

Precio: 4 reales.

MADRID.
IMPRENTA DE J. LIMIA Y G. UROSA.
Calle de Embajadores, núm. 47.

1871.

BIBLIOGRAFÍA

ABAD CASAL, L. 1997, "La dama de Elche cumple 100 años", Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2006, [en línea] http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcdv1x3

— 2015, "Identidades culturales en el sureste de la península ibérica", en J. García Sánchez; I. Mañas Moreno; F. Salcedo Garcés (eds.), *Navigare necesse est. Estudios en homenaje a José María Luzón Nogué*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 41-48.

ABAD CASAL, L.; BENDALA GALÁN, M., 1989, *El Arte Ibérico*, en A. Blanco (coord.) *Historia del Arte10*, Madrid: Historia 16.

ABAD CASAL, L.; SALA SELLÉS, F., 1993, *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*, Trabajos Varios del SIP 90, Valencia: Servicio de Investigación Prehistórica.

— (eds.), 2001, *Poblamiento ibérico en el Bajo Segura. El Oral (II) y La Escuera,* Bibliotheca Archaeologica Hispana, 12, Madrid: Real Academia de la Historia.

ABAD CASAL, L.; SANZ GAMO, R., 1995, "La cerámica ibérica con decoración figurada de la provincia de Albacete. Iconografía y territorialidad", *Sagvntvm 29 Vol I,* Homenaje a Milagro Gil-Mascarell Boscá, 73-84.

— 1999, "Iberos y romanos en la Manchuela albacetense: problemas en torno al cambio cultural", en M.A. Valero (coord.), *Primeras Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha*, Toledo: JCCM, 89-101.

ABAD CASAL, L.; SALA SELLÉS, F.; GRAU MIRA, I. (Eds.), 2005, *La Contestania Ibérica, treinta años después*, Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante, Serie Arqueología.

ABASCAL PALAZÓN, J.M., 1986, *La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península Ibérica*, Madrid.

— 1990, *Inscripciones romanas de la provincia de Albacete*, Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses.

ABELLEIRA, M. et alii., 2020, M. ABELLEIRA DURÁN; I. MUÑIZ JAÉN; A. ROLDÁN DÍAZ; A. CABALLERO COBOS; I. PELADO PÉREZ; A. M. ADROHER AUROUX; I. MACÍAS FERNÁNDEZ; A. GARCÍA LÓPEZ; D. MORENO RODRÍGUEZ; J. MATAS ADAMUZF; J. JONDOM BAYARRI; J. L. FERNÁNDEZ MONTORO; B. ORTIZ NÚÑEZ; L. TINOCO DOMÍNGUEZ; L. MOSQUERA MORENO; DRAGUETE, "Priego de Córdoba. La necrópolis de Los Collados de Almedinilla (Córdoba). Historiografía de un cementerio complejo", *Antiquitas* 32, 81-104.

ACIP=VILLARONGA, L.; BENAGES, J., 2011, *Ancient Coinage of the Iberian Peninsula*, Barcelona: Societat Catalana d'Estudis Numismàtics.

ADROHER AUROUX, A.M.; BLÁNQUEZ PÉREZ, J.J. (coord.), 2008, *I Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana*, Serie Varia 9, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid-Universidad de Granada.

AGUADO Y ALARCON, J.D., 1875-1876, "El Cerro de los Santos. Una aclaración", *Revista de Historia Latina II*, 3 y III, 241.

ALBERT-LLORCA, M.; ROUILLARD, P., 2020, *La Dame d'Elche. Un destin singulier: essai sur les réceptions d'une statue ibérique*, *Essais 14*, Madrid: Casa de Velázquez.

ALFARO, M.M., 1995, "El Poblado Ibérico de El Amarejo (Bonete, Albacete)", en *El mundo ibérico: una nueva imagen en los albores del año 2000*, Toledo: Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 231-237.

ALMAGRO-GORBEA, M.,1978, "El paisaje de las necrópolis ibéricas y su interpretación socio-cultural", *Rivista di Studi Liguri 44*, Homenaje a N. Lamboglia, 199-218.

— 1983, "Pozo Moro, El monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica", *Madrider Mitteilungen* 24, 176-2 93.

— 1995, "Iconografía numismática hispánica: jinete y cabeza varonil", en M. P. García-Bellido; R.M. Sobral Centeno (eds.) *La moneda hispánica: Ciudad y territorio*, *Anejos Archivo Español de Arqueología XIV*, 53-64

— 2005, "Ideología ecuestre en la Hispania Prerromana", *Gladius XXV*, 151-186.

— 2014 (Ed.), *Protohistoria de la Península Ibérica: del Neolítico a la romanización*, Burgos: Universidad de Burgos, Fundación Atapuerca.

ALMAGRO GORBEA, M.; LORRIO ALVARADO, A.J.; TORRES ORTIZ, M., 2021, "Los focenses y la crisis de c. 500 a.C. en el Sureste: de La Fonteta y Peña Negra a La Alcudia de Elche", *Lvcentvm 40*, 63-110.

ALONSO, N., 2015, "Moliendo en ibero, moliendo en griego": aculturación y resistencia tecnológica en el Mediterráneo occidental durante la Edad del Hierro", *Vegueta 15*, 23-36.

ALONSO, N.; FRANKEL, R., 2017, "A survey of ancient grain milling systems in the Mediterranean", *Revue Archéologique de l'Est 43 supplement*, 461-478.

ÁLVAREZ GARCÍA, N.; CASTELLO MARI, J.S.; GÓMEZ BELLARD, C., 2000, "Estudio preliminar de las ánforas del Alt de Benimaquía (Denia, Alicante)", *Quaderns de Prehistoria i Arqueologia de Castelló 21*, 121-136.

ÁLVAREZ SANCHÍS J., 2003, *Los señores del ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos del Occidente de Iberia,* Madrid: Akal.

— 2005, "De aldeas a ciudades", en A. Jimeno (coord.), *Celtíberos. Tras la estela de Numancia*, Soria: Excma. Diputación de Soria, 73-81.

ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R.; RUIZ ZAPATERO, G., 2019, "Urbanism and Identity in Celtic Iberia. What did it mean to be a Vetton, Vaccaean or Carpetanian in Late Iron Age oppida?", en T. Romankiewicz, M. Fernández-Götz, G. Lock y O. Büchsenschütz (eds.), *Enclosing Space, Opening New Ground. Iron Age Studies from Scotland to Mainland Europe,* Oxford: Oxbow Books, 153-167.

AMADOR DE LOS RIOS, J., 1862-3, "Algunas consideraciones sobre la estatuaria durante la monarquía visigoda", *El Arte en España I- II,* Madrid: Imprenta de M. Galiano,157-165 y 5-23.

AMADOR DE LOS RÍOS, R., 1889, *España. Sus monumentos y artes. Su naturaleza e historia. Murcia y Albacete*, Barcelona.

AQUILUÉ, X. (Dir.) 1999, *Intervencions arqueológiques a Sant Martí d'Empúries (1994-1996). De l'assentament precolonial a l'Empúries actual*. Gerona: Museu d' Arqueología de Catalunya-Empúries.

AQUILUÉ, X.; CABRERA, P.; ORFILA, M. (eds.), 2017, *Homenaje a Glòria Trias Rubiés. Cerámicas griegas de la Península Ibérica: cincuenta años después (1967-2017) = Homenatge a Glòria Trias Rubiés: cerámicas griegas de la Península Ibérica: cinquanta anys després (1967-2017)*, Barcelona: Centro Iberia Graeca.

AQUILUE, X.; CASTANYER, P.; SANTOS, M.; TREMOLEDA, J., 2010, "Grecs et indigènes aux origines de l'enclave phocéenne d'Emporion", en H. Tréziny (dir.) *Grecs et indigènes de la Catalogne à la mer Noire: actes des rencontres du programme européen Ramses 2 (2006-2008)*, Bibliothèque d'Archéologie Méditerranéenne et Africaine 3, Aix-en-Provence: Éditions Errance-Centre Camille Jullian, 65-78.

ARANEGUI GASCÓ, C. (coord.), 1997, *Damas y caballeros en la ciudad ibérica: las cerámicas decoradas de Llíria (Valencia)*, Madrid: Cátedra.

— 2004, "Leones funerarios de época iberorromana. La serie asociada a cabezas humanas", en T. Nogales (ed.), *IV Reunión española de escultura romana*, Madrid, 213-227.

— 2008, "La prevalencia de las representaciones femeninas: el caso de la cultura ibérica", en L. Prados y C. Ruiz (eds.), *Arqueología del género 1er Encuentro Internacional en la UAM*, Colección Estudios 129, Madrid: UAM Ediciones, 205-224.

— 2012, *Los iberos ayer y hoy. Arqueología y culturas*, Madrid: Marcial Pons.

— 2018, *La Dama de Elche. Dónde, cuándo y por qué*, Madrid: Marcial Pons

— 2020, "Hispanismo y patrimonio arqueológico ibérico", *Vínculos de Historia 9*, 18-32, [en línea] http://dx.doi.org/10.18239/vdh_2020.09.01

ARANEGUI, C.; IZQUIERDO, I.; HERNÁNDEZ, E.; GRAELLS, R., 2018, "La romanización de los bronces ibéricos: el conjunto de Muntanya Frontera de Sagunto (Valencia)", en L. Prados, C. Rueda y A. Ruiz (eds.) *Bronces ibéricos. Una historia por contar. Libro homenaje al Prof. Gérard Nicolini,* Madrid: Universidad Autónoma de Madrid-Universidad de Jaén, 455-489.

ARÉVALO, A., 1999, *La ciudad de Obulco: sus emisiones monetales*, Sigüenza (Guadalajara): Librería Rayuela

ARMADA, X.L.; GRAU, I., 2018, "The Iberian Peninsula", en C. Haselgrove, K. Rebay-Salisbury y P. S. Wells (eds.), *The Oxford Handbook of the European Iron Age*. [en línea] https://www.oxfordhandbooks.com/view/10.1093/oxfordhb/9780199696826.001.0001/oxfordhb-9780199696826-e-2

ARTHUR STRONG, S., 1911, "The Exhibition Illustrative of the Provinces of the Roman Empire, at the Bats of Diocletian, Rome", *Journal of Roman Studies 1*, 1-49.

ASENSIO, D.; JORNET, R., 2019, "Territoris polítics i territoris ètnics a la Catalunya interior i Baix Aragó en època ibérica", en M.C. Belarte; J. Noguera; R. Plana-Mallart; J. Sanmartí (eds.) *Urbanization in Iberia and Mediterranean Gaul in the first millennium BC*, Colección Trama 7, Tarragona: ICAC, 179-195.

AZCÁRRAGA CÁMARA, S., 2015, *El ocaso de un pueblo. La Carpetania centro-septentrional entre la Segunda Edad del Hierro y la Época Romana (siglos III a.C.- I d.C.) el Valle Bajo del Henares,* Zona Arqueológica 18, Madrid: Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid.

BADIE, A.; GAILLEDRAT, E.; MORET, P.; ROUILLARD, P.; SÁNCHEZ, M. J. 2000, *Le site antique de La Picola à Santa Pola (Alicante, Espagne)*, París-Madrid: Éditions Recherche sur les Civilisations-Casa de Velázquez.

BALIL ILLANA, A., 1960, "Plástica provincial en la España romana", *Revista de Guimarães* 70, 1-2, 107-131.

BALLESTER TORMO, I., 1930, "Avance al estudio de la necrópolis ibérica de La Casa del Monte (Albacete)", *Cuadernos de Cultura Valenciana III-IV*, IV Congreso Internacional de Arqueología, 27-49.

— 1943: "Notas sobre las cerámicas de San Miguel de Liria. Las barbas de los iberos", *Ampurias V*, 109-116.

BALLESTER, I.; FLETCHER, D.; PLA, E.; JORDÀ, F.; ALCÁCER, J.,1954, *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica del Cerro de San Miguel de Liria*, Madrid: CSIC.

BALMASEDA MUNCHARAZ L. J.; VALIENTE CÁNOVAS, S. 1981, "El relieve de Illescas", *Archivo Español de Arqueología 54*, nº 143-144, 215-238.

BARRACHINA, A., 2012, *Indesinenter: Permanencia y Cambio. El Pic dels Corbs como modelo de interpretación de la Edad del Bronce en el norte del País Valenciano*, Castellón de la Plana: Servei d'Investigacions Arqueològiques i Prehistòriques, Servei de Publicacions.

BARRACHINA, A.; VIZCAÍNO, D.; VICIACH, A.; PÉREZ, R.; AGUSTÍ, B.; ARQUER, N.; SANCHÍS, A.; HERNÁNDEZ, F. J.; TORMO, C., 2010, "La necrópolis tumular de Sant Joaquim de la Menarella de Forcall, comarca dels Ports (Castellón)", en F. Burillo (ed.), *VI Simposio sobre Celtíberos. Ritos y Mitos*, Zaragoza: Centro de Estudios Celtibéricos 6, 341-350.

BELARTE, C.; NOGUERA, J.; PLANA-MALLART, R.; SANMARTÍ, J. (eds.) 2019, *Urbanization in Iberia and Mediterranean Gaul in the first millennium BC*, Colección Trama 7, Tarragona: ICAC.

BELLÓN, J.P.; GÓMEZ, F.; RUIZ, A., 2015, "El sacrificador de Bujalamé y los iberos de la Sierra de Segura", A. Ruiz y M. Molinos (eds.), *Jaén, tierra Ibera. 40 años de investigación y transferencia*, Universidad de Jaén, 237-254

BELLON, J. P.; SANCHEZ, A., GOMEZ, F., 2015, "El relieve de Mogón y los relieves de Montiel. Nuevas aportaciones desde el análisis historiográfico del Catálogo Monumental y Artístico de la Provincia de Jaén", A. Ruiz y M. Molinos (eds.), *Jaén, tierra Ibera. 40 años de investigación y transferencia*. Universidad de Jaén, 467-474

BELTRÁN LLORIS, F, 2005, "Cultura escrita, epigrafía y ciudad en el ámbito paleohispánico", *Palaeohispanica. Revista sobre lenguas y culturas de la Hispania Antigua 5*, 21-56.

— 2006, "Origen y función de la moneda ibérica" en F. Burillo (ed.), *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153)*, Zaragoza,105-115.

BENDALA GALÁN, M, 2000, *Tartesios, iberos y celtas. Pueblos, culturas y colonizadores de la Hispania Antigua*, Madrid: Temas de Hoy.

— 2013 (ed.), *Fragor Hannibalis. Aníbal en Hispania*, Madrid: Comunidad de Madrid-Museo Arqueológico Regional.

— 2015, *"Hijos del Rayo". Los Barca y el dominio cartaginés en Hispania*, Madrid: Trébede Ediciones.

— 2016 (coord.), *Los Escipiones. Roma conquista Hispania*, Madrid: Comunidad de Madrid-Museo Arqueológico Regional.

BLANCO, A., 1988, "Las esculturas de Porcuna III. Animalia", *Boletín de la Real Academia de la Historia 185.2*, 205-234.

— 2010, "¿Nuevos hogares para los emigrantes? Casas y paisajes en el debate sobre el límite e Cogotas I y el primer Hierro en el valle del Duero", *Zephyrus LXVI*, 155-179.

BLÁNQUEZ PÉREZ, J. J., 1987, "Notas acerca de una revisión de la necrópolis ibérica de la Hoya de Santa Ana (Chinchilla, Albacete)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM 13- 14vol II*, Homenaje al Prof. Gratiniano Nieto, 9-27.

— 1990, *La formación del mundo ibérico en el Sureste de la Meseta (Estudio arqueológico de las necrópolis ibéricas en la provincia de Albacete)*, Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses.

— 1995, "La necrópolis ibérica de El Salobral (Albacete). Nuevos trabajos arqueológicos", *Verdolay 7*, Homenaje a la Drª A. Mª. Muñoz Amilibia, 199-208.

— 1997a, "Caballeros y aristócratas del siglo V a.C. en el mundo ibérico", en R. Olmos; J. Santos (eds.), *Iconografía ibérica, iconografía itálica. Propuestas de lectura e interpretación*, Serie Varia 3, Madrid: UAM, 211-234.

— 1997 b, "Espacios sacrales en los poblados ibéricos. Los casos de El Amarejo y La Quéjola", *Revista de Estudios Ibéricos 2,* 139-160.

— 1998, "Primeras aportaciones arqueológicas sobre la cronología de la escultura ibérica", en J. Mangas y J. Alvar (eds.), *Homenaje al profesor José María Blázquez Martínez vol. II*, Madrid: Ediciones clásicas, 95-108.

— 1999, "Las necrópolis ibéricas en Castilla-La Mancha", en M.A. Valero (coord.), *Primeras Jornadas de Arqueología Ibérica en Castilla-La Mancha*, Toledo: JCCM, 49-87.

— 2001: "El paisaje funerario ibérico", R. García Huerta; J. Morales (Coord.) Arqueología funeraria: las necrópolis de incineración, Cuenca, 91-127.

— 2016, "El santuario, periurbano de El Cigarralejo (Mula, Murcia)", en J. Blánquez; V. del Pozo; J.M. García Cano; L. Roldán (eds.) *Imágenes de la memoria. El legado fotográfico de D. Emeterio Cuadrado Díaz*, Madrid: UAM, 79-88.

— E.p., "El *oppidum* oretano de El Cerro de las Cabezas. De yacimiento a Parque Arqueológico", *35 años de investigaciones arqueológicas y patrimoniales* (2021), Madrid: UAM Ediciones.

BLÁNQUEZ PÉREZ, J.; ANTONA DEL VAL, V. (coord.), 1992, *Congreso de Arqueología Ibérica. Las Necrópolis*, Madrid: UAM, Dpto. Prehistoria y Arqueología, Serie Varia 1.

BLÁNQUEZ PÉREZ, J.; GARCÍA CANO, J. M., e.p., "Las necrópolis ibéricas del sureste peninsular en la Baja Época", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología 51-52*, M. Bendala y R. Castelo (eds.), *La Baja Época de la Cultura Ibérica, 40 años después*, *Simposio conmemorativo de los 50 años de la AEAA* (2020-21).

BLÁNQUEZ PÉREZ, J.; OLMOS ROMERA, R., 1993, "El poblamiento ibérico antiguo en la provincia de Albacete: el timiaterio de La Quéjola (San Pedro) y su contexto arqueológico", en J. Blánquez, R. Sanz y Mª. T. Musat (coords.), *Arqueología en Albacete: Jornadas de arqueología albacetense en la Universidad Autónoma de Madrid*, Toledo: JCCM, 85-110.

BLÁZQUEZ, J. M. 2004-2005, "Historiografía de la Dama de Elche. Sus prototipos de fuera de Hispania", *Lvcentvm 23-24*, 61-88.

— 2006, "Cuatro razones por las que es indefendible la tesis de J.F. Moffitt sobre la modernidad de la Dama de Elche", 1-3, [en línea] http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcj10f1

— 2013, "La polémica sobre la autenticidad de la Dama de Elche", *Real Academia de Cultura Valenciana. Aula de Humanidades y Ciencias, serie histórica 33,* Temas del XXXII Curso de Historia y del V Curso de Ciencias, Valencia, 243-256.

BLECH, M., 2002-2003, "El vaso de los dragones de la necrópolis de Hoya de Santa Ana (Chinchilla, Albacete)", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología nº 42,* Homenaje a Encarnación Ruano Ruiz, 245-263.

BONET, H., 1995, *El Tossal de Sant Miquel de Llíria. La antigua Edeta y su territorio*, Valencia: Servicio de Investigación Prehistórica, Diputación de Valencia.

BONET, H.; IZQUIERDO, I. 2001, "Vajilla ibérica y vasos singulares del área valenciana entre los siglos III y I a.C.", *Archivo de Prehistoria Levantina XXIV*, 273-313.

— 2004, "Vasos ibéricos singulares de época helenística del área valenciana", en Olmos, R.; Rouillard, P. (coord.), *La vajilla ibérica en época helenística (siglos IV-III al cambio de era)*, Madrid: Casa de Velázquez, 81-96.

BONET, H.; MATA, C., 2016, "Las cuentas claras: el rol de la mujer ibérica en la economía doméstica", en A. Delgado y M. Picazo (coord.), *Los trabajos de las mujeres en el mundo antiguo: cuidado y mantenimiento de la vida*, Tarragona: Institut Català d'Arqueologia Clàssica, 37-44.

BOTTO, M. 2018, "The Phoenicians between Huelva and Malaka", en M. Botto (ed.), *De Huelva a Malaka. Los fenicios en Andalucía a la luz de los descubrimientos más recientes*, Roma: CNR Edizioni, 13-35

BRELICH. A., 2010, *Tre variazioni romane sul tema delle origini,* Roma: Editori Reuniti

BREVE NOTICIA, 1893, *Breve Noticia de la Exposición Histórico-Natural y Etnográfica de Madrid*, Madrid: Sucesores de Ribadeneyra.

BRONCANO, S., 1989, *El depósito votivo ibérico de El Amarejo. Bonete (Albacete)*, Madrid: Excavaciones Arqueológicas en España 156.

BRONCANO, S.; BLÁNQUEZ, J., 1985, *El Amarejo (Bonete, Albacete)*, Madrid: Excavaciones Arqueológicas en España 139.

BROTÓNS, F., 2008, "La necrópolis tumular ibérica de "El Villar de Archivel" (Caravaca de la Cruz-Murcia)", en A.M. Adroher Auroux y J. Blánquez Pérez (coord.), *I Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana*, Serie Varia 9, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid-Universidad de Granada, 23-42.

BROTÓNS YAGÜE; F.; RAMALLO ASENSIO, S. F. 2017, "Continuidades y cambios en los santuarios ibéricos del sureste de Iberia: los templos *in antis* del Cerro de los Santos y del Cerro de la Ermita de La Encarnación", en T. Tortosa y S. F. Ramallo Asensio (eds.), *El tiempo final de los santuarios ibéricos en los procesos de impacto y consolidación del mundo romano, Anejos de Archivo Español de Arqueología LXXIX*, 93-116.

BURILLO MOZOTA, F., 1998, *Los Celtíberos: etnias y estados (1ª ed.)*, Barcelona: Crítica.

— 2005, "Celtiberia y Celtíberos", en A. Jimeno (coord.), *Celtíberos. Tras la estela de Numancia*, Soria: Excma. Diputación de Soria, 61-72.

— 2007, *Los Celtíberos: etnias y estados(2ª ed.)*, Barcelona: Crítica.

— 2011, "*Oppida* y "ciudades estado" celtibéricos", *Complutum22 (2),* 277-295.

BUSTAMANTE, J., 1997, "Falso o verdadero, los dos polos de la realidad en el positivismo del s. XIX", en Olmos y Tortosa (eds.), *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*, La arqueología de la mirada Vol. II, Madrid: Lynx, 211-217.

CABALLERO COBOS, A., 2011, "La excavación de Pedro Álvarez en Cerro Largo. Año 1800. Documentación y conocimiento actual", Péndulo, Papeles de Bastitania, nº 12, 283-301.

CABRÉ, J., 1923, "Exvotos del Cerro de los Santos, del Museo de Antropología Nacional", *Coleccionismo XI*, 6-10

CABRERA DÍEZ, A.; MORENO-GARCÍA, M, 2014, "Prácticas de sacrificio en el Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo): el depósito ritual de la Casa 1", *Zephyrus LXXIII*, 133-147.

CACCIOTI, B.; MORA, G., 1995, "La moneda ibérica en las colecciones y tratados de numismática españoles de los siglos XVI a XIX", en Mª P. García-Bellido y R. M. Sobral Centeno (eds.), *La moneda hispánica. Ciudad y territorio, Anejos de Archivo Español de Arqueología XIV*, 351-359.

CÁRCELES DÍAZ, E.; LÓPEZ SÁNCHEZ, C.; SOLER LÓPEZ, A.; QUESADA GONZÁLEZ, L., e.p., "Un templo con altar de piel de toro en Lorca (Murcia)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid 47* (2021)

CARROBLES SANTOS J. "Los Carpetanos", en J. Pereira (coord.) *Prehistoria y Protohistoria de la Meseta Sur (Castilla-La Mancha)*, Toledo: Almud, Ediciones de Castilla-La Mancha, 179-198.

CARTAILHAC, E., 1886, *Les ages préhistoriques de L'Espagne et du Portugal*, Paris: Ch. Reinwald Libraire.

CATALOGO DELLA MOSTRA 1911, *Catalogo della Mostra Archeologica nelle Terme di Diocleziano*, 1911: Bergamo.

CELESTINO PÉREZ, S.; BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 2013, "De los primeros pasos a la creación de una red temática de estudios de la vid y el vino", en S. Celestino y J. Blánquez (eds.): *Patrimonio cultural de la vid y el vino*, Madrid: UAM Ediciones, 18-37.

CENTRO IBERIA GRAECA, [en línea] https://web.iberiagraeca.net/

CERDÁN, M.; SÁNCHEZ, A.; TENDERO, M.; RONDA, A.M.; MARHUENDA, F.; TENT-MANCLÚS, J.E.; IBANCO, R. y JORDÁ, J., e.p., "Análisis elemental y mineralógico de la cerámica de Ilici-La Alcudia", en F.J. Jover; A. Ramos (eds.), *La Fundación Universitaria La Alcudia de Investigación Arqueológica (1996-2021), 25 años creando patrimonio*, Alicante, Universidad de Alicante, 137-147.

CERDEÑO, M. L.; GARCÍA HUERTA, Mª R., 2000, "Celtiberian cementeries: a review of research", *Journal of iberian archaeology 2*, 111-144.

CERDEÑO, M. L.; SAGARDOY, T., 2007, *La necrópolis celtibérica de Herrería III y IV*, Zaragoza: Centro de Estudios Celtibéricos 4.

— 2016, *La necrópolis de Herrería I y II. Las fases culturales del Bronce Final II-III*, Madrid: La Ergástula Ediciones.

CERDEÑO, M. L.; RODRÍGUEZ, G.; FOLGUEIRA, M., 2002, "El paisaje funerario de la cultura celtibérica". *Anales de Prehistoria y Arqueología17-18 (2001-2002)*, 177- 185.

CERDEÑO, M. L.; SAGARDOY, T.; CHORDÁ, M., 2013, *Los Celtíberos en Molina de Aragón. Los pueblos prerromanos de la meseta oriental*, Ed. Asociación de Amigos del museo comarcal de Molina de Aragón.

CHAPA BRUNET, T., 1980a, "Nuevas excavaciones en el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo). Campaña de octubre de 1977" *Al-Basit: Revista de estudios albacetenses 7*, 81-112

— 1980b, "Tres nuevas esculturas del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete) ", *Al-Basit: Revista de estudios albacetenses 8*, 149-162.

— 1980c, "Las esfinges en la plástica ibérica", *Trabajos de Prehistoria 37*, 309-344.

— 1984a, *La escultura ibérica zoomorfa*, Madrid: Ministerio de Cultura.

— 1984b, El Cerro de los Santos (Albacete), excavaciones desde 1977 a 1981". *Al-Basit* 15, 109-123.

— 1986, *Influjos griegos en la escultura zoomorfa ibérica*, Madrid: CSIC.

— 2005, "Espacio vivido y espacio representado: las mujeres en la sociedad ibérica", en I. Morant Deusa (ed.) *Historia de las mujeres en España y América Latina, vol. I. De la Prehistoria a la Edad Media*, Madrid: Cátedra, 117-137.

— 2009, "Influencias griegas en la escultura ibérica", en M. Olcina Doménech y J. Ramón (eds.), *Huellas griegas en la Contestania Ibérica*, Alicante: MARQ, 76-84

— 2017a,"Una biografía confusa: La cabeza femenina del Cerro de los Santos en la colección Mateu del Castell de Peralada (Girona) ",*Sagvntvm-Extra 19,* Homenaje a la profesora Carmen Aranegui Gascó, 141-152.

— 2017b, "Aqueloo en Balazote". en L. Abad Casal, R. Sanz Gamo y B. Gamo Parras (coord.), *Balazote en el Camino de Hércules*, Balazote: Ayuntamiento de Balazote, 57-80.

CHAPA, T.; GONZÁLEZ, J. 2013, "Las esculturas ibéricas del cerro de los santos en la exposición universal de Viena (1873)", *Lvcentvm XXXII*, 115-130.

CHAPA, T.; IZQUIERDO, I. (coord.), 2010, *La Dama de Baza. Un viaje femenino al más allá*, Madrid: Ministerio de Cultura.

CHAPA BRUNET, T. y MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I., 1990, "Valoración general de las excavaciones desarrolladas en el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)", *Homenaje a Jerónimo Molina*, Murcia, 103-111.

CHAPA, T.; GONZÁLEZ REYERO, S.; ALBA LUZÓN, M., 2019: "Los leones de El Macalón (Nerpio, Albacete). Monumento, ideología y control territorial en la formación del mundo ibérico", *Complutum 30 (2)*, 367-390, [en línea] https://doi.org/10.5209/cmpl.66338

CHAPA, T.; VALLEJO, I.; BELÉN, M. ; MARTÍNEZ-NAVARRETE, M. I.; CEPRIÁN, B.; RODERO, A.; PEREIRA, J., 2009, "El trabajo de los escultores ibéricos: un ejemplo de Porcuna (Jaén) (1)", *Trabajos de Prehistoria 66 (1)*, 161–173.

CHAPA, T.; PEREIRA, J.; CABRERA, A.; CHARRO, C. ; MORENO-GARCÍA, M.; RUIZ, M.; PÉREZ, S.; LÓPEZ, J.A. ; ARAUJO, R., 2013, "Una fosa-vertedero de época vettona en el Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo)", *Trabajos de Prehistoria 70 (1)*, 140-165.

CHAPA, T.; BELÉN, M.; RODERO, A. ; SAURA, P.; ASIAÍN, R., 2021, "La Dama de Baza. Nuevas aportaciones a su estudio iconográfico a través del color y la fotografía", *Boletín del Museo Arqueológico Nacional 40*, 47-66.

CHARQUERO A.M.; JIMÉNEZ, D.; RAMOS, P. ; SANCHO, S.; VALLÉS, V., 2014, *El Cerro de Santa Quiteria. Vestigio de civilizaciones en el territorio de Tébar,* Tébar: Ayuntamiento de Tébar.

CISNEROS FRAILE, F., 1992, "Fíbulas anulares de la Casa del Monte (Valdeganga, Albacete)", en J. Juan Cabanilles (coord.) *Homenaje a E. Pla, Trabajos Varios del SIP 89*, Valencia: Diputación de Valencia, 199-214.

COMINO, A. 2016, *El santuario ibérico de La Luz (Santo Ángel, Murcia) como elemento de identidad territorial (s. IV/III a. C. – I d. C.),* Tesis doctoral Universidad de Murcia, [en línea] http://hdl.handle.net/10261/173011

CONGRESO INTERNACIONAL DE ARQUEOLOGÍA (IV Congreso, Barcelona, septiembre 1929), *Boletín de la Real Academia de la Historia, 1930, tomo nº 96*, 516-518, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

CRAWFORD, M. H., 1974, *Roman Republican Coinage*, Cambridge: Cambridge University Press.

CRIADO, F., 1999, *Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje*, Col. CAPA 6, Santiago: Laboratorio de Arqueoloxía e Formas Culturais.

CROISSANT, Fr., 1998, "Note sur le style des sculptures de Porcuna ", en C. Aranegui (ed.), *Los Iberos. Príncipes de Occidente*, Barcelona, 283-296.

— 2010, "Pour une relecture archéologique du " phénomène orientalisant ", En R. Étienne (dir.) *La Méditerranée au VIIe siècle av. J.-C. (essais d'analyses archéologiques)*, Travaux de la Maison René-Ginouvès 7, Paris, 312-344.

CROISSANT, Fr.; ROUILLARD, P., 1996, "Le problème de l'art « gréco-ibère »: état de la question", en R. Olmos; P. Rouillard (éds.), *Formes archaïques et arts ibériques*, *CCV 59*, Madrid: Casa de Velázquez, 55-66.

CUADRADO DÍAZ, E., 1990, "Un nuevo análisis de la crátera ibérica del desfile militar (Cigarralejo)", *Homenaje a Jerónimo Molina*, Murcia: Academia Alfonso X el Sabio, 131-134.

CURCHIN, L. A., 2015, *A Supplement to the Local Magistrates of Roman Spain*, Waterloo.

DÁVILA SERRANO, A. F. (ed.), 2007, *Estudios sobre la Edad del Hierro en la Carpetania. Registro arqueológico, secuencia y territorio.* Zona Arqueológica 10 (2 vols.), Madrid: Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid.

— 2014, "Paisaje y poblamiento en la Carpetania: un territorio en proceso de definición", en G. Ruiz Zapatero (coord.) *I Simposio sobre los Carpetanos: Arqueología e Historia de un pueblo de la Edad del Hierro* (Alcalá de Henares 2013), Zona Arqueológica 17, Madrid: Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid, 45-70.

DEDET, B., 2012, "Tombes sur bûcheer et dêpots secondaires d'incineration en Languedoc Oriental et en Provence au Prèmier Âge du Fer", en C. Rovira, F. López-Cachero y F. Mazière (eds.), *Les necropolis d'incineració entre l'Ebre i el Tiber (segles IX-VI a. C, metodologia, pràctiques funeraries i societat*, Monografies 14, Barcelona: Museu d'Arqueologia de Catalunya, 209-230.

DELAUNAY, J.M., 1997, "La Dama de Elche, actriz de las relaciones franco-españolas del s. XX", en Olmos y Tortosa (eds.), *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*, La arqueología de la mirada Vol. II, Madrid: Lynx, 100-106.

DELPINO, F., 2015, "Tra'800 e '900: Veio e la moderna etruscologia" en M.-L. Haack (dir.), *La construction de l'étruscologie au début du XXe siècle*, Bordeaux: Ausonius Éditions.

DE HOYOS, A., 1961-1962, "Personajes de piedra en La Voluntad" *Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina*, Murcia: Universidad de Murcia, 459-460.

DE HOZ BRAVO, J., 2002a, "El complejo sufijal-(e)sken de la lengua ibérica", *Palaeohispanica. Revista sobre lenguas y culturas de la Hispania Antigua 2*, 159-168.

— 2002b, "Grafitos cerámicos griegos y púnicos en la Hispania prerromana", *Archivo Español de Arqueología 75*, 75-91.

— 2011, *Historia lingüística de la Península Ibérica en la Antigüedad II. El mundo ibérico prerromano y la indoeuropeización*, Madrid: CSIC.

DE HOZ GARCÍA-BELLIDO, M. P., 2014, *Inscripciones griegas de España y Portugal*, Bibliotheca Archaeológica Hispana 40, Madrid: Real Academia de la Historia.

DICCIONARIO, 2009, *Diccionario Histórico de la Arqueología en España*, Madrid: Marcial Pons.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. 2001: *La polis y la expansión colonial griega*, Madrid: Síntesis.

— 2002, "Greeks in Iberia: Colonialism without Colonization", en L. Lyons; J.K. Papadopoulos (eds.), *The Archaeology of Colonialism*, Los Angeles: The J. Paul Getty Trust, 65-95.

— 2006, "Greeks in theIberian Peninsula", en G.R. Tsetskhladze (ed.), *Greek Colonisation. An Account of Greek Colonies and Other Settlements Overseas*. Vol. I, Leiden: Brill, 429-505.

— 2012, "Gadir", en C. Fornis (ed.), *Mito y Arqueología en el nacimiento de ciudades legendarias de la Antigüedad*, Sevilla: Universidad de Sevilla, 153-197.

— 2013, "Greeks and non-Greeks in the City of Emporion and the Construction of their Different Identities", *Electrum 20*, 23-36.

— 2017, "Euboeans in the Far West? New data and interpretations". en Z. Tankosic, F. Mavridis, M. Kosma (eds.), *An Island Between Two Worlds. The Archaeology of Euboea from Prehistoric to Byzantine Times*, Atenas: Norwegian Institute at Athens, 215-234.

ELRH = DÍAZ, B., *Epigrafía latina republicana de Hispania*, Barcelona: Universitat de Barcelona.

ENGEL, A., 1891, "Notes sur quelques collections espagnoles", *Revue Archéologique XVII*, 226-235.

— 1892, "Rapport sur une misión archéologique en Espagne (1891)", *Nouvelles Archives des Missions Scientifiques et Litteraries, Tome III*, 111-219.

ENGEL, A. y PARIS, P., 1906, *Une forteresse iberique à Osuna* (*Fouilles de 1903*), París: Imprimerie Nationales, MDCCCCVI.

ESTEBAN, C.; RÍSQUEZ, C.; RUEDA, C. 2014, "Una hierofanía en el santuario ibérico de Castellar (Jaén)", *Archivo Español de Arqueología 87*, 91-107.

ÉTIENNE, R. (dir.), 2010, *La Méditerranée au VIIe siècle av. J.-C. (essais d'analyses archéologiques)*, Travaux de la Maison René-Ginouvès 7, Paris.

EXPOSICIÓN 1929, *Exposición General Española. Sevilla*. Barcelona, Madrid: Gráficas Reunidas.

FARIA, A., 1994, "Nomes de magistrados em moedas hispánicas", *Portugalia 15*, 33-60.

— 1996, "Nomes de magistrados em moedas hispânicas: Correcções e aditamentos", *Conimbriga 35*, 149-87.

FAUSTOFERRI, A., 2000, "Artisti Ionici itinerant", en F. Krizinger (ed.), *Die Ägäis und das westliche Mittelmeer*, Viena, 315-323.

FERNÁNDEZ DE AVILES, A., 1943, "Escultura del Cerro de los Santos. La colección Velasco (M. Antropológico), en el Museo Arqueológico Nacional", *Archivo Español de Arqueología XVI*, 361-387.

— 1948, "Escultura del Cerro de los Santos. La colección del Colegio de Los Padres Escolapios de Yecla" *Archivo Español de Arqueología XXI*, 360-377.

— 1949, "Excavaciones Arqueológicas en el Cerro de Los Santos (1860-1870). Cuestiones de puntualización" *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid XV,* 57-70.

— 1962, "Escultura del Cerro de los Santos. La Colección del Museo de Albacete", *Seminario de Historia y Arqueología de Albacete*, 62-74.

— 1965, "Excavaciones en el Cerro de los Santos (segunda campaña)", *Noticiario Arqueológico Hispánico VII (1963)*, 143-145.

— 1966, *Cerro de los Santos, Montealegre del Castillo (Albacete), (Primera campaña: 1962)*. Excavaciones Arqueológicas en España 55. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia. Dirección General de Bellas Artes. Servicio Nacional de Excavaciones Arqueológicas.

FERNÁNDEZ GUERRA, A., 1875, *Contestación al discurso de Juan de Dios de la Rada y Delgado de Ingreso en la Real Academia de la Historia sobre Antigüedades del Cerro de los Santos.*

FERNÁNDEZ, M.; LUJÁN, E., 2013, "Grafitos ibéricos y latinos del yacimiento de Alarcos (Ciudad Real)", *ELEA 13*, 39-96.

FERRER I JANÉ, J.,2012, "La lengua de las leyendas monetales ibéricas", en A.G. Sinner (ed.lit.) *La moneda de los íberos: Ilturo y los talleres layetanos*, Premià de Mar, 28-43.

— 2020, "Las escrituras epicóricas de la Península Ibérica", *Palaeohispanica. Revista sobre lenguas y culturas de la Hispania Antigua 20*, 969-1016.

FORT GONZÁLEZ, R.; CHAPA BRUNET, T.; GONZÁLEZ REYERO. S., 2019: "Selective use of limestone in Iberian Iron Age sculptures and monuments: a case study from Jutia (Albacete, Spain)", *Archaeological and Anthropological Sciences 11*, 853-870, [en línea] https://doi.org/10.1007/s12520-017-0574-6

FUENTES, M., 2007,*Vasos singulares de la Serreta (Alcoi, Concentaina, Penàguila; Alacant)*, Villena: Fundación José María Soler.

GAMO PARRAS, B., 2016, *Una historia de la Historia. La investigación arqueológica en la provincia de Albacete*, Tesis doctoral Universidad de Alicante, [en línea] http://hdl.handle.net/10045/55705.

— 2019, "Una "Bicha" entre Damas. La escultura ibérica de Albacete a finales del siglo XIX", en T. Tortosa (ed.), *Patrimonio arqueológico español en Roma. 'Le Mostre Internazionali di Archeologia' de 1911 y 1937 como instrumentos de memoria histórica*, Bibliotheca Arcaheologica 61, Roma: L'Erma di Bretschneider, 207-222.

GARCÍA BELLIDO, A., 1943, "De escultura ibérica. Algunos problemas de Arte y Cronología" *Archivo Español de Arqueología XVI*, 272-283.

— 1948, "Un problema de autenticidad", *Archivo Español de Arqueología XXI*, 403-404.

GARCÍA-BELLIDO, M. P.,1982, *Las monedas de Castulo con escritura indígena*, Barcelona: Asociación Numismática Española.

GARCÍA-BELLIDO, M.P.; BLÁZQUEZ, C., 1995, "Formas y usos de las magistraturas en las monedas hispánicas", en M. P. García-Bellido; R.M. Sobral Centeno (eds.) *La moneda hispánica: Ciudad y territorio*, *Anejos Archivo Español de Arqueología XIV*, 381-428.

GARCÍA-BELLIDO, M.P.; DE HOZ, J., 2018, "¿Un foedus entre Roma y Sagunto? La dracma hispana del juramento", *Madrider Mitteilungen 59*, 265-283.

GARCÍA CÁRCEL, R., 2011, *La herencia del pasado. Las memorias históricas de España*, Madrid: Galaxia Gutenberg.

GARCÍA CARDIEL. J.,2012, "Enterrarse entre escombros: una aproximación socio-ideológica a la necrópolis ibérica de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete)", *Antesteria 1*, 93-105.

— 2015, *La imagen del poder en el mundo ibérico del sureste (siglos VII-I A.C.) y su articulación en el paisaje*, Tesis doctoral Universidad Complutense de Madrid [en línea] https://eprints.ucm.es/id/eprint/32944/

GARCÍA HERAS, M., 1998, *Caracterización Arqueométrica de la Producción Cerámica Numantina*, Oxford: British Archaeological Reports (International Series, 692).

GARCÍA HUERTA, M.R.; ANTONA DEL VAL, V., 1987, "Estructuras de tipo tumular en la necrópolis de la Segunda Edad del Hierro de La Yunta (Guadalajara)", *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-LaMancha. Tomo III.* Ciudad Real: JCCM, 291-300.

— 1992a, *La necrópolis celtibérica de La Yunta (Guadalajara). Campañas 1984-1987,* Patrimonio Histórico. Arqueología 4, Toledo: JCCM.

— 1992b, "La Yunta: una necrópolis celtibérica de Guadalajara", *Revista de Arqueología* año 7, 59, 36-47.

GARCÍA HUERTA, M.R.; MORALES HERVÁS, F.J.; RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, D., 2018, *De la muerte a la eternidad: la necrópolis de Alarcos (Ciudad Real)*, Madrid: Síntesis.

GARCÍA HUERTA, Mª R.; RUIZ GÓMEZ, F., (dir.), 2012, *Animales simbólicos en la historia. Desde la Protohistoria hasta el final de la Edad Media*, Madrid: Síntesis.

GARCÍA LUQUE Mª. A., 2007, "Mujeres en el origen de la aristocracia ibera. Una lectura desde la muerte", *Complutum 18*, 263-270.

GARCÍA MENÁRGUEZ, A.; PRADOS MARTÍNEZ, F.; JIMÉNEZ VIALÁS, H. 2020, "Del primer impacto fenicio a la consolidación del fenómeno urbano en la costa de Alicante: El Cabezo Pequeño del Estaño y el santuario del Castillo de Guardamar", en J.L. López Castro (ed.), *Entre Utica y Gadir. Navegación y colonización fenicia en el Mediterráneo occidental a comienzos del I milenio a.C.*, Granada: Comares, 293-313.

GENER, J. M., NAVARRO, M. A., PAJUELO, J. M., TORRES, M.; DOMÍNGUEZ-BELLA, S., 2012, "Las crétulas del siglo VIII a.C. de las excavaciones del solar del cine cómico (Cádiz)", *Madrider Mitteilungen 53*, 134-186.

GIMÉNEZ RUBIO, P., 1865, *Memoria de Apuntes para la Historia de Yecla.* Yecla: Juan Azorín Editor.

GODEFROY, C., LE MEAUX, H., 2021, "Picasso ibero", en *Picasso Ibero*, Santander: Centro Botín, 28-41.

GÓMEZ BELLARD, F., 1996, "El análisis antropológico de las cremaciones", en Á. Querol y T. Chapa Brunet (Coord.), *Complutum Extra 6 (11)*, Homenaje al profesor Manuel Fernández-Miranda, 55-64

GÓMEZ BELLARD, C.; GUERIN, P. 1995, "Los lagares del Alt de Benimaquia (Denia, en los inicios del vino ibérico", en S. Celestino (ed.) *Arqueología del Vino. Los orígenes del vino en Occidente*, Jerez de la Frontera: Consejo Regulador, 241-270.

GÓMEZ MORENO, M., 1929, *El Arte en España*, Barcelona: Eugenio Subirana.

— 1948, "La escritura ibérica y su lenguaje" *Suplemento de Epigrafía Ibérica,* Madrid: CSIC.

— 1949, *Misceláneas. Historia, Arte, Arqueología*, Madrid: CSIC.

— 1961, "La escultura bástula-turdetana (primitiva-hispánica)" *Revista de Archivos, Biblioteca y Museos LXIX- 2*, 879-951

GÓMEZ, M., NAVARRO, J.V., ALBAR, A., 2011, "El color en la escultura ibérica a la luz de los análisis físico-químicos: los ejemplos de las damas de Baza y Elche", en J. Blánquez (ed.) *¿Hombres o dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico*, Madrid: Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid, 315-335.

GONZÁLEZ DE CANALES CERISOLA, F.; SERRANO, L.; LLOMPART GÓMEZ, J. 2004, *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*, Madrid: Biblioteca Nueva.

GONZÁLEZ PRATS, A. 1993, "Quince años de excavaciones en la ciudad protohistórica de Herna (La Peña Negra, Crevillente, Alicante)", *Sagvntvm 26*, 181-188.

— 2011 (Ed.), *La Fonteta. Excavaciones de 1996-2002 en la colonia fenicia de la actual desembocadura del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante)*, Alicante: Universidad de Alicante.

— 2014 (Ed.), *La Fonteta-2. Estudio de los materiales arqueológicos hallados en la colonia fenicia de la actual desembocadura del río Segura (Guardamar, Alicante)*, Zaragoza: Librerías Pórtico.

GONZÁLEZ REYERO, S., e.p., "Morra de los Castillejos: Poblamiento ibérico e implantación romana en la cuenca del río Taibilla (Albacete)", *Al-Basit: Revista de estudios albacetenses, Estudios de arqueología en la provincia de Albacete 2015-2019* (2021), Instituto de Estudios Albacetenses.

GONZÁLEZ REYERO, S.; SÁNCHEZ-PALENCIA, F.-J.; LOPEZ SAEZ, A.; PEREZ DIAZ, S.; RUIZ ALONSO, M.; ROMERO PERONA, D.; VALLES IRISO, J.; ALVAREZ-AYUSO, E., 2019: "Agrarian landscapes in the Iberian Iron Age: Mountain communities, land use and production in the southeastern Iberian Peninsula", *Geoarchaeology. An International Journal 34*, 252-271, [en línea] https://doi.org/10.1002/gea.21698.

GONZÁLEZ REYERO, S.; SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J.; LÓPEZ SÁEZ, J.A.; PÉREZ DÍAZ, S.; RUIZ ALONSO, M.; VALLÉS IRISO, J., 2021, "Espacios agrarios en un paisaje de montaña del sureste peninsular: El valle de Jutia", en V. Mayoral, I. Grau y J.P. Bellón (eds.), *Arqueología y sociedad de los espacios agrarios: en busca de la gente invisible en la materialidad del paisaje, Anejos de Archivo Español de Arqueología XCI*, 93-107.

GOZALBES, M., 2012, "Peso y valor de las monedas de bronce en la Hispania republicana. El complejo panorama de una época convulsa", en M. Campo (coord.) *La Moneda en temps de crisi, XVI Curs d'història monetària d'Hispània (29 i 30 de novembre de 2012)*, Barcelona: Gabinet Numismàtic de Catalunya, 47-68.

GRAU MIRA, I., 2005, "Espacios étnicos y políticos en el área oriental de iberia", *Complutum 16*, 105-123.

— 2010, "Los celtas se encuentran a los iberos y surgen los celtíberos", en Mª C. Cardete (ed.) *La Antigüedad y sus mitos. Narrativas históricas irreverentes*, Madrid: Siglo XXI, 115-127.

— 2019, "Ciudades y sociedad urbana ibérica en el País Valenciano (siglos VII-I a.C.). Una visión panorámica y algunas reflexiones sobre los modelos sociales", en M.C. Belarte; J. Noguera; R. Plana-Mallart; J. Sanmartí (eds.), *Urbanization in Iberia and Mediterranean Gaul in the first millennium BC*, Colección Trama 7, Tarragona: ICAC, 229-250.

GRAU, I.; AMORÓS, I.; SEGURA, J. M., 2017, *El santuario ibérico y romano de La Serreta (Alcoi, Cocentaina, Penàguila). Prácticas rituales y paisaje en el área central de la Contestania*, Alcoi: Ajuntament d'Alcoi-Museu Arqueològic Municipal Camil Visedo Moltó.

GRAU, I.; RUEDA, C., 2018, "La religión en las sociedades iberas: una visión panorámica", *Revista de historiografía 28*, 47-72.

GUILABERT MAS, A.; OLCINA DOMÉNECH, M.; TENDERO PORRAS, E., 2021,"La cerámica figurada ibérica en el Tossal de Manises-Lucentum (Alicante): secuencia y contextos", en T. Tortosa y A. Poveda (eds.) *Vasa picta ibérica. Talleres de cerámica del sureste hispano (s. II a.C.- I d.C.), Homenaje a Ricardo Olmos*, Mytra 8, Mérida: Instituto de Arqueología de Mérida CSIC, 173-212.

GUTIÉRREZ, S., 2016, "Memorias de una Dama. La Dama como "lugar de memoria", en F. J. Moreno Martín (coord.), *El franquismo y la apropiación del pasado. El uso de la historia, de la arqueología y de la historia del arte para la legitimación de la dictadura*, Madrid: Editorial Pablo Iglesias, 67-88.

GUTIÉRREZ RODRÍGUEZ, M.; GONZÁLEZ REYERO, S., LÓPEZ SÁEZ; J.A.; PÉREZ DÍAZ, S.; PORTILLO RAMÍREZ, M. RUIZ ALONSO, M.; SÁNCHEZ-PALENCIA RAMOS, F.J., 2021, "Multiescalar analysis of a settlement in a Protohistoric Iberian cultural mountainous landscape: Varica Virtudes (Nerpio, Spain)", *Landscape Archaeology Conference*, 8-11 de Junio, Madrid.

HENZLMANN, M., 1876, "L'áge de fer, étude sur l'art gothique", *Congrès International d'Anthropologie de Buda-Pesth*, Budapest: Imprimerie Franklin Társulat, 501-541.

HERNANDO GONZALO, A., 2002: *Arqueología de la Identidad*, Madrid:Akal.

HERRANZ, A.; RUEDA, C.; RÍSQUEZ, C., 2016, "Patrimonio cultural y género: propuestas para el programa turístico Viaje al Tiempo de los Iberos", *PH: Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, *89*, *año 24,* 150-152.

HEUZEY, L., 1891, "Statues espagnoles de style gréco-phenicien", *Bulletin de Correspondance hellénique 15*, 608-625.

— 1897, "Mission de M. Pierre Paris en Espagne. Note de M. Heuzey, Membre de l'Académie", *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres. Comptes-Rendus des Séances de l'année 1897, t. XXV* 24 septembre 1897, CRAI, 1897, 505-509.

HORNOS, F.; RÍSQUEZ, C., 2005, "Representación en la actualidad: las mujeres en los museos", en M. Sánchez Romero (coord.) *Arqueología y Género*, Monografías de Arte y Arqueología 64, Granada: Universidad de Granada, 479-490.

HÜBNER, E., 1888, *La Arqueología de España*. Barcelona: Tipografía Sucesores de Ramírez.

— 1895, *Monumenta Linguae Ibericae*, Berlín

IBARRA RUIZ. P., 1926, *Elche, materiales para su historia*, Cuenca: Talleres tipográficos Ruíz de Lara.

IBARRA y MANZONI, A., 1879 [1981], *Illici, su situación y antigüedades*; Instituto de Estudios Alicantinos, Diputación Provincial de Alicante, Serie II, 14. Reproducción facsímil del Establecimiento Tipográfico de Antonio Reus, Alicante.

IZQUIERDO PERAILE, I., 1998, "La imagen femenina del poder. Reflexiones en torno a la feminización del ritual funerario ibérico", *Los iberos, príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Actas del Congreso Internacional, Barcelona: Fundación La Caixa, 185-194.

— 1999, "Parejas de esfinges y sirenas en las necrópolis ibéricas: una primera aproximación al tema", en R. de Balbín Behrmann y P. Bueno Ramírez (eds) *Actas del Congreso de Arqueología Peninsular, t. III. Primer Milenio y Metodología* (Zamora, 1996), Madrid: Universidad de Alcalá de Henares-Fundación Rei Afonso Henriques, 413-424.

— 2000, *Monumentos funerarios ibéricos. Los pilares-estela*, Trabajos Varios del SIP, 98, Valencia: Servicio de Investigación Prehistórica.

— 2003, "La ofrenda sagrada del vaso en la Cultura Ibérica", *Zephyrus LVI,* 117-135

— 2008, "Arqueología, iconografía y género: códigos en femenino del imaginario ibérico", *Verdolay 11*, 121-144.

— 2013, "Aristócratas, ciudadanas y madres: imágenes de las mujeres en la sociedad ibérica", en A. Domínguez Arranz (ed.), *Política y género en la propaganda en la Antigüedad. Antecedentes y legado*, Gijón: Ediciones Trea, 103-128.

JIMENO, A., 2005, "Ciudad y territorio", en A. Jimeno (coord.), *Celtíberos. Tras la estela de Numancia*, Soria: Excma. Diputación de Soria, 119-128

JIMENO,A., DE LA TORRE, J.I.; CHAÍN, A., 2005, *Celtíberos. Tras la estela de Numancia. Catálogo breve de la exposición temporal celebrada en el Museo Numantino*, Soria: Excma. Diputación de Soria.

JORDÁN, C., 2019, *Lengua y epigrafía celtibéricas*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.

JULLIAN, C. 1903, "La thalassocratie phocéenne. À propos du buste d'Elche", *Bulletin HispaniqueV- 2*, 101-111.

KROLL, J.H., 2007, "The emergence of ruler portraiture on early Hellenistic coins: The importante of being divine", en P. Schultz y R. Von Den Hoff (eds.), *Early Hellenistic Portraiture*, NewYork: Cambridge University Press, 113-122.

LE MEAUX, H., 2010, *L' iconographie orientalisante de la Péninsule Ibérique, Questions de styles et d'échanges (VIIIe-VIe siècles av. J.-C.)*, Madrid: Casa de Velázquez.

LANTIER, R., 1917, E*l Santuario ibérico de Castellar de Santisteban,* Memoria de laComisión de investigaciones paleontológicas y prehistóricas 15, Madrid: Museo Nacional de Ciencias Naturales.

LASALDE NOMBELA, C., 1871, "Primeros pobladores de España", *La Ilustración de Madrid 30*, 67.

— 1880, "Inscripciones Hispano-Egipcias", *Semanario MurcianoAño III. nº 115*, 118-120.

— 1880-1881, "Las Antigüedades de Yecla", *La Ciencia Cristiana XVI, (1880),* 465-471 y 567-571; *XVII (1881):* 166-176

LASALDE, C.; GÓMEZ, M.; SÁEZ, T., 1871, *Memoria sobre las notables excavaciones hechas en el Cerro de los Santos hechas por los PP Escolapios de Yecla*. Madrid, Imprenta Limia, [Edición comentada por F. López Azorín y L. Ruiz Molina, Yecla: Casa Municipal de Cultura, 2007].

LEÓN, P., 1998, *La sculpture des Ibères*, Paris.

LIBERATI, A.M., 2012, "Le musée-témoin d'une civilisation disparue: le musée de la Civilisation romaine", en E. Pénicault; G. Toscano (eds.) *Lieux de mémoire, musées d'histoire*, Paris: La Documentation Francaise.

LICERAS, R., 2017, Paisaje *y territorio celtibérico en el Alto Duero,* Tesis Doctoral Universidad Complutense de Madrid [en línea] https://eprints.ucm.es/id/eprint/45467/1/T39390.pdf

LLOBREGAT CONESA, E., 1972, *Contestania Ibérica*, Alicante: Instituto de Estudios Alicantinos.

LÓPEZ AZORÍN, F., 1993, "El Padre Lasalde y los descubrimientos del Cerro de los Santos", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología 33*, 45-53.

— 1994, *Yecla y el padre Lasalde*, Murcia: Universidad de Murcia-Ayuntamiento de Yecla.

LÓPEZ AZORIN, F., y RUIZ MOLINA, L., 2000, "El Padre Lasalde y la Colección Ibérica del Museo de Yecla (1873-1900)" en J. Blánquez Pérez (coord.) *La Cultura Ibérica a través de la fotografía de principios de siglo,* Madrid: Universidad Autónoma-Caja de Ahorros del Mediterráneo, 39-50

LÓPEZ-CACHERO, F. J., 2008, "Necrópolis de incineración y arquitectura funeraria en el noreste de la Península Ibérica durante el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro", *Complutum 19 (1)*, 139-171.

LOPEZ PRECIOSO, F. J. 1995, "La Necrópolis Ibérica del Pozo de la Nieve (Torre Uchea-Hellín, Albacete)", El *mundo Ibérico: una nueva imagen en los albores del año 2000*, Toledo: JCCM, 267-273.

LÓPEZ PRECIOSO, J. y SALA SELLÉS, F., 1988-89, "La necrópolis del Bancal del Estanco Viejo (Minateda-Hellín, Albacete)", *Lvcentvm VII-VIII*, 133-159.

LOPEZ PRECIOSO, F. J.; JORDÁN MONTES, J.F.; SORIA COMBADIERA, L., 1992, "Asentamientos ibéricos en el Campo de Hellín su relación con el trazado viario y la red comercial", *Verdolay 4*, 51-62.

LORRIO ALVARADO, A. J. 1997, *Los Celtíberos, Complutum extra 7*, Madrid: Universidad Complutense.

— 2005a, *Los Celtíberos*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 25, (2ª ed.), Madrid: Real Academia de la Historia-Universidad Complutense.

— 2005b, "El origen del mundo celtibérico", en A. Jimeno (coord.), *Celtíberos. Tras la estela de Numancia*, Soria: Excma. Diputación de Soria, 51-59.

LORRIO, A. J. y RUIZ ZAPATERO, G., 2005, "The Celts in Iberia: an overview", *E-Keltoi. Journal of Interdisciplinary Celtic Studies, 6: The Celts in the Iberian Peninsula*, 167-254, [en línea] https://www.researchgate.net/publication/29726495_The_Celts_in_Iberia_An_Overview

LORRIO, A.J.; PERNAS GARCÍA, S.; TORRES ORTIZ, M.; TRELIS MARTÍ, J.; CAMACHO RODRÍGUEZ, P.; CASTILLO VIZCAINO, L. 2020, "Peña Negra (Crevillent, Alicante, La ciudad orientalizante de Herna y su territorio". En S. Celestino Pérez, E. Rodríguez González (eds.) *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo. Actas del IX Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos. Vol. II*, Mérida: Instituto de Arqueología de Mérida CSIC, 521-540.

LORRIO, A.J.; TORRES ORTIZ, M.; LÓPEZ ROSENDO, E. 2018-2019, "La Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante, Historia de la investigación y nuevas actuaciones (2018-2019)", *Baluard 8*, 69-92.

LUJÁN, E., 2013, "La situación lingüística de la meseta sur en la Antigüedad", *Palaeohispanica 13,* 103-136.

LUXÁN, M. P., PRADA, J. L., DORREGO, F. y DORREGO, J. F. 2011, "Human bone ashes found in the Dama de Elche (V–IV century B.C.) reveal its use as an ancient cinerary urn", *Journal of Cultural Heritage XXX*, 310-316, [en línea] https://doi.org/10.1016/j.culher.2010.12.006

MACHAUSE, S., 2019, *Las cuevas como espacios rituales en época ibérica. Los casos de Kelin, Edeta y Arse*, Colección Arqueologías. Serie Ibera 8, Jaén: Universidad de Jaén.

MADRIGAL BELINCHÓN, A., 1997, "El ajuar de la cámara funeraria ibérica de Toya (Peal de Becerro, Jaén)", *Trabajos de Prehistoria 54-1*, 167-184

— 2021, La maldición de Barchín del Hoyo,[en línea] https://cultura.castillalamancha.es/culturaenredclm/la-maldicion-de-barchin-del-hoyo-cuenca [Consulta 20/7/2021]

MANCIOLI, D., 1983, "La Mostra archeologica", en G. Pisani Sartorio; D. Mancioli; A.M. Liberati Silverio; V. Fioravanti (a cura di*), Dalla Mostra al Museo. Dalla Mostra Archeologica del 1911 al Museo della Civiltà Romana,* Venezia: Ed. Marsilio, 52-61.

MANZANO VILAR, S.; SANTOS RETOLAZA, M. 2008. "El carregament d'àmfores ibèriques", en X. Nieto; M. Santos (eds.) *El vaixell grec arcaic de Cala Sant Vicenç*, Barcelona: Museu d'Arqueologia de Catalunya, Monografies del CASC 7, 163-198.

MARCADÉ, J., 1997, "Art grec et art ibérique", en *Les Ibères de l'Andalousie au Languedoc. Dossiers d'archéologie 228*, 22-27

MARCOS, F.J.; DÍEZ, J.C., 2008, "Propuesta y síntesis metodológica de Arqueología del Paisaje: un diseño para la Prehistoria Reciente de la Meseta Norte", *Zephyrus LXI (1)*, 131-154.

MARTÍNEZ PICAZO, I., 2016, *Estudio tipológico de la cerámica ibérica de la Hoya de Santa Ana, Chinchilla, Albacete*, Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses.

MARTÍNEZ NARANJO, J.P.; TORRE ECHÁVARRI, J.I., 2019, *Castil de Griegos. Celtíberos del Alto Tajo*, Ciudad Real.

MARTÍNEZ, J.P.; BERZOSA, R; TORRE, J.I.; JIMENO, A., 2005, "Las necrópolis del Alto Duero", en A. Jimeno (coord.), *Celtíberos. Tras la estela de Numancia*, Soria: Excma. Diputación de Soria, 245-252.

MARTINEZ, J. P.; DE LA TORRE, I., 2019, *Castil de Griegos. Celtíberos del Alto Tajo*, Ciudad Real: Leader Molina de Aragón-Alto Tajo.

MARTÍNEZ, C.; UBRIC, P. (coords.), 2017, *Cartografías de género en las ciudades antiguas: Memoria y poder de las mujeres*, Granada: Universidad de Granada.

MATA, C. (coord.), 2014, *Fauna ibérica. De lo real a lo imaginario*, Trabajos Varios del SIP, 117, Valencia: Servicio de Investigación Prehistórica.

MAZIÈRE, F., 2012, "Sépultures et nécropoles du Bas-Languedoc occidental et du Rousillon (IX^{eme}-VI^{eme} s. av. J-C). Du geste observé aux rites supposés", en C. Rovira, F. López-Cachero y F. Mazière (eds.), *Les necropolis d'incineració entre l'Ebre i el Tiber (segles IX-VI a. C, metodologia, pràctiques funeraries i societat*, Barcelona: Museu d'Arqueologia de Catalunya, Monografies 14, 173-208.

MEDEROS MARTÍN, A., 2014a, "Análisis de una decadencia. La arqueología española del siglo XIX". II (2) La crisis de la restauración (1868-1885)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM 40*, 149-191.

— 2014b "Antonio Vives y Escudero, coleccionista, arqueólogo y primer catedrático de numismáticade la Universidad de Madrid", *Treballs del Museu Arqueologic d' Eivissa e Formentera 72*, In amicitia. Miscel.làniad'estudis en homenatge a Jordi H. Fernández, 417-431.

MÉLIDA, J. R., 1897, "Busto ante-romano descubierto en Elche", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos 1*, Madrid, 440-445.

— 1903a, "Las esculturas del Cerro de los Santos. Cuestión de autenticidad I", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 7 (2)*, 85-90.

— 1903b, "Las esculturas del Cerro de los Santos. Cuestión de autenticidad IV", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 7 (6)*, 470-485.

— 1903c, "Las esculturas del Cerro de los Santos. Cuestión de autenticidad", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 7 (8-9)*, 140-148;

— 1903d, "Las esculturas del Cerro de los Santos. Cuestión de autenticidad", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 7 (10)*, 247-255

— 1903d, "Las esculturas del Cerro de los Santos. Cuestión de autenticidad", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 7 (11),* 365-372

— 1904a, "Las esculturas del Cerro de los Santos. Cuestión de autenticidad", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 8 (1)*, 43-50

— 1904b, "Las esculturas del Cerro de los Santos. Cuestión de autenticidad", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 8 (8-9),* 144-158

— 1904c, "Las esculturas del Cerro de los Santos. Cuestión de autenticidad", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 8 (10)*, 276-287

— 1905a, "Las esculturas del Cerro de los Santos. Cuestión de autenticidad", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 9 (1),* 37-42

— 1905b, "Las esculturas del Cerro de los Santos. Cuestión de autenticidad", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 9 (*7), 19-38

— 1906: *Las esculturas del Cerro de los Santos: cuestión de autenticidad (De la "Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos"),* Madrid:Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.

MIGUEL-IBÁÑEZ, M. P. DE, 2005, "Muertos y ritos: Aportes desde la Osteoarqueología", en I. Grau, F. Sala y L. Abad (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después,* Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante, Serie Arqueología, 325-336.

MILLAN YAÑEZ, F., 2016, *El Cerro de los Santos : historia política, repercusión patrimonial del primer yacimiento de la cultura ibérica*, Tesis doctoral Universidad de Murcia, [en línea] http://hdl.handle.net/10201/47848

MILLAR, F., 1993, *The Roman Near East 31 BC–AD 337*, Cambridge, MA and London: Harvard University Press.

MOFFITT J. F. 1996, *El caso de la Dama de Elche. Historia de una falsificación*, Barcelona [traducción de Art Forgery: the case of the Lady of Elche, Gainesville, 1995].

MOLINOS, M.; CHAPA, T. ; RUIZ, A.; PEREIRA, J.; RISQUEZ, C.; MADRIGAL, A.; ESTEBAN, A.; MAYORAL, V.; LLORENTE, M., 1988, *El Santuario Heroico de "el Pajarillo" (Huelma)*, Jaén: Diputación de Jaén-Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía- Universidad de Jaén.

MONCUNILL, N., VELAZA, J., 2019, *Monumenta Linguarum Hispanicarum V.2. Lexicon der iberischen Inschriften. Léxico de las inscripciones ibéricas*, Biesbaden: Ludwig Reichert Verlag.

MORA, G., 2004, "Pierre Paris y el hispanismo arqueológico", en T. Tortosa (coord.), *El yacimiento de la Alcudia: pasado y presente de un enclave ibérico, Anejos de Archivo Español de Arqueología XXX*, 27-42.

— 2011, "Falsarios y el concepto de lo falso: pasado y presente. De las antiguas excavaciones al coleccionismo privado y el comercio de antigüedades", ¿Hombres o *dioses? Una nueva mirada a la escultura del mundo ibérico,* Madrid: Madrid: Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid, 261-278.

MORENA LÓPEZ, J.A., 2013, "El Cerro del Minguillar y la antigua ciudad de Iponoba (Baena)", *Ituci 3*, 29-51.

— 2014, "El santuario iberoromano", en C. Márquez, J. A. Morena, R. Córdoba y A. Ventura (eds.), *Torreparedones. Baena, Cordoba. Investigaciones arqueológicas (2006-2012)*, Cordoba: Universidad de Córdoba-Excmo. Ayto. de Baena, 47-55.

— 2017, *Arquitectura, iconografía y culto en el santuario iberorromano de Torreparedones (Baena, Córdoba)*, Tesis Doctoral Universidad de Córdoba, [en línea] https://helvia.uco.es/xmlui/handle/10396/15059

MORENO CONDE, M., 2006, *Exvotos ibéricos. Vol 1. El Instituto Valencia de Don Juan*, Jaén.

MORENO CONDE, M. y CABRERA BONET, P., 2014, "Entre Amazonas y Grifos. Viaje por las imágenes de frontera en el siglo IV a.C.", *Archivo Español de Arqueología 87*, 41-58.

MORET, P., 1996, *Les fortifications ibériques de la fin de l'âge du Bronze à la conquête romaine*, CCV, 56, Madrid: Casa de Velázquez.

— 2001, " Emporion et les mutations de l'architecture ibérique au premier âge du Fer », *Zephyrus LIII-LIV*, 379-391

MOURE CASAS, A., 2008, "Plinio en España: panorama general", *Revista de estudios latinos 8*, 203-237.

NEGUERUELA, I., 1990, *Los monumentos escultóricos del Cerrillo de Porcuna (Jaén)*, Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Área de Cultura.

NICOLINI, G., 1976-1978, "Quelques aspects du problème des origines de la toreutique ibérique», *Ampurias 38-40*, 463-486.

— 1977, *Bronces Ibéricos*, Barcelona: Ed. Gustavo Gili, S.A.

— 1997, "La Dama de Elche. Historiografía y autenticidad", en Olmos y Tortosa (eds.), *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*, La arqueología de la mirada Vol. II, Madrid: Lynx, 107-121.

NICOLINI, G.; RÍSQUEZ, C.; RUIZ, A.; ZAFRA, N., 2004, *El santuario ibérico de Castellar, Jaén. Intervenciones arqueológicas 1966-1991*, Sevilla: Arqueología Monografías, Junta de Andalucía.

NIUMAIER, J., 2006, "Mito, artesanía e identidad cultural: los 'campos de urnas' peninsulares y languedocienses a la luz de elementos 'italianizantes'. A propósito del paradigma de los urnenfelder 'norte' y 'sur' en torno al 1300-700 arq. ane", *Quaderns de Prehistoria i Arqueología de Castelló 25,* 145-166.

NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS, A.M. 2019. "La etapa arcaica de la ciudad fenicia de Gadir", *Lvcentvm 38*, 111-138.

NOGUERA CELDRÁN, J. M., 1994, *La escultura romana en la provincia de Albacete (Hispania Citerior - Conventus Carthaginensis)*, Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses.

NORDSTRÖM, S., 1973,*La* céramique peinte ibérique de la province d'Alicante, Enköping: Redins antikvariat

OCHARÁN, J. A., 2017, *Santuarios rupestres ibéricos del sureste peninsular*, Tesis Doctoral Universidad de Alicante, [en línea] http://hdl.handle.net/10045/74633

OLMOS, R., 1983, "El centauro de Royos y el centauro en el mundo ibérico", *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch* vol 2, Madrid: Ministerio de Cultura, 377-388.

— 1996, "Una aproximación historiográfica a las imágenes ibéricas. Algunos textos e ideas para una discusión", en R. Olmos (ed.), *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*, Madrid: Lynx, 41-60.

— 2002, "Los grupos escultóricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén). Un ensayo de lectura iconográfica convergente", *Archivo Español de Arqueología 75*, 107-122.

— 2007-2008: "El estanque de la diosa. Representaciones de raigambre oriental y mediterránea en la iconografía ibérica", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología 45*, 111-127.

OLMOS, R.; ROUILLARD, P. (éds.), 1996, *Formes archaïques et arts ibériques, CCV 59,* Madrid: Casa de Velázquez.

OLMOS, R.; TORTOSA, T., 1996, "El caso de la Dama de Elche: más que una divergencia", *Archivo Español de Arqueología 69,* 219-226.

— 1997 (eds.), *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*, La arqueología de la mirada Vol. II, Madrid: Lynx,

ORDUÑA, E., 2019, "The Vasco-Iberian theory", en A. R. Sinner y J. Valeza (eds.), *Palaeohispanic Languages & Epigraphies*, Oxford: Oxford University Press, 219-239.

PACHÓN, J.A.; ANÍBAL, C.; CARRASCO, J., 2008, "El conjunto orientalizante de Cerro Alcalá (Torres, Jaén). Cuestiones de cronología, contexto e interpretación", *Archivo de Prehistoria Levantina 27,* 115-159.

PADILLA FERNÁNDEZ, J. J., 2021, "Some Reflections on the Origin and Use of the Potter's Wheel during the Iron Age in the Iberian Peninsula. Interpretive Possibilities and Limitations", *EXARC Journal Issue 2021 (3)* [en línea] https://exarc.net/issue-2021-3/at/reflections-origin-and-use-potters-wheel-during-iron-age).

PAGE DEL POZO, V., 1984, *Imitaciones de influjo griego en la cerámica ibérica de Valencia, Alicante y Murcia*, Madrid: Iberia Graeca, Serie Arqueológica 1.

PAPÍ RODES, C., 2005, "La venta de la Dama de Elche: desmontando algunas justificaciones", *Recerques del Museu d'Alcoi 14,* Alcoi, 157-168.

— 2008, *Aureliano Ibarra y la Alcudia. Una mirada a la arqueología del XIX,* Alicante: Universidad de Alicante.

PARIS, P., 1901, "Sculptures du Cerro de los Santos", *Bulletin Hispanique III*, 147-168.

— 1903, *Essai sur l´art et l´industrie de l´Espagne Primitive*. París: Académie des Inscriptions et Belles-Letres.

— 1907, "Promenades archéologiques en Espagne. II. Elche", *Bulletin Hispanique, t. 9, nº4*, 317-334. [en línea] https://doi.org/10.3406/hispa.1907.1539

— 1910, *Promenades archéologiques en Espagne*, París Editions Ernest Leroux.

PEREIRA SIESO, J., 2004, "Una nueva forma del repertorio cerámico protohistórico de la Península Ibérica: Clepsidra", *Trabajos de Prehistoria 63-1*, 85-111.

— 2012, "El enterramiento femenino de la Casa del Carpio (Toledo)", en L. Prados (Ed.); C. López y J. Parra (Coord.), *La Arqueología Funeraria desde una perspectiva de género*, Colección Estudios 145, Madrid: UAM Ediciones, 201-214.

— 2019, "Las cerámicas pintadas del Tajo: el ejemplo de la Casa del Carpio", en E. Rodríguez González y S. Celestino Pérez (eds.), *Las cerámicas pintadas postcocción de la península ibérica durante la transición entre el Bronce Final y el Hierro I*, Mytra 4, Mérida: Instituto de Arqueología de Mérida CSIC, 145-160.

PEREIRA SIESO, J.; TORRES, J. de, 2014, "Datos para el estudio del mundo funerario durante la II Edad del Hierro en la Meseta Sur: Las necrópolis carpetanas", en G. Ruiz Zapatero (coord.) *I Simposio sobre los Carpetanos: Arqueología e Historia de un pueblo de la Edad del Hierro*(Alcalá de Henares 2013), Zona Arqueológica 17, Madrid: Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid, 317-334.

PEREIRA SIESO; J., CHAPA BRUNET; T., CHARRO LOBATO; C.; VALLÉS IRISO; J., MAYORAL HERRERA, V., 2020, "Nuevas perspectivas en el estudio del urbanismo del asentamiento fortificado del Cerro de la Mesa (Alcolea de Tajo, Toledo) mediante métodos no destructivos", en A. Carretero Pérez y C. Papí Rodes (Coord.), *Actualidad de la investigación arqueológica en España I (2018-2019). Conferencias impartidas en el Museo Arqueológico Nacional*, Madrid: Ministerio de Cultura, 367-383.

PÉREZ FERRANDIS, S. R., 2013, "La panoplia en los vasos del Tossal de Sant Miquel (Llíria). Ensayo de interpretación iconográfica", *Gladius 33*, 7-38.

PÉREZ GALDÓS, B. 2020, *Memorias de un desmemoriado*, Madrid.

PÉREZ JORDÀ, G.; ALONSO MARTÍNEZ, N. y IBORRA ERES, M. P., 2007, "Agricultura y ganadería protohistóricas en la Península Ibérica: modelos de gestión", en A. Rodríguez e I. Pavón (eds.), *Arqueología de la tierra: paisajes rurales de la protohistoria peninsular*, Cáceres: Universidad de Extremadura, 327-372.

PÉREZ-ACCINO PICATOSTE, J.R., 2001, ""Se mecieron en la misma cuna. Egipto en el descubrimiento de la cultura ibérica", en J. Córdoba, R. Jiménez Zamudio y C. Sevilla (eds.), *El redescubrimiento de Oriente Próximo y Egipto*. Viajes, hallazgos e investigaciones, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 1999, pp. 251-262

PERONI, R., 2004, "Culti, comunità tribali e gentilizie, caste guerriere e figure di eroi e principi nel secondo millennio in Italia tra Europa centrale ed Egeo", en Franco Marzatico y Paolo Gleirscher (eds.), *Guerrieri, Principie ed Eroi. Fra el Danuvio e il Po, dalla Preistoria all'Alto Medievo*, Trento, 161-173.

PERROT, G.; CHIPIEZ, CH., 1882-1914, *Histoire de l'art dans l'Antiquité*, X vols, Paris.

PHILIPON, E., 1909,*Les Ibères. Êtude h'histoire, d'archeologie et de linguistique, avec un préface de M. D'Arbois de Jubainville*, Paris.

PRADO, G. DE, 2010, "La fortificación ibérica del Puig de Sant Andreu (Ullastret, Cataluña, aspectos técnicos, formales y funcionales", en H. Tréziny (dir.) *Grecs et indigènes de la Catalogne à la mer Noire: actes des rencontres du programme européen Ramses 2 (2006-2008)*, Bibliothèque d'Archéologie Méditerranéenne et Africaine 3, Aix-en-Provence: Éditions Errance-Centre Camille Jullian, 567-580.

PRADOS TORREIRA, L., 2007, "Mujer y espacio sagrado: haciendo visibles a las mujeres en los lugares de culto de época ibérica", *Complutum 18*, 217-225.

— 2018, "En la salud y en la enfermedad ¿Quién rige el destino de la comunidad?", en L. Prados, C. Rueda y A. Ruiz (eds.) *Bronces ibéricos. Una historia por contar. Libro homenaje al Prof. Gérard Nicolini,* Madrid: Universidad Autónoma de Madrid-Universidad de Jaén, 375-407.

PRADOS, L.; IZQUIERDO, I., 2002-2003, "Arqueología del género: La cultura ibérica", Homenaje a E. Ruano. *Boletín de la Asociación Española de Arqueología*, 42: 213-229.

PRADOS, L.; RUEDA, C.; RUIZ, A. (eds.), 2018, *Bronces ibéricos. Una historia por contar.Libro homenaje al Prof. Gérard Nicolini*, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid-Universidad de Jaén.

PRETEL MARÍN, A. 2017: "Balazote medieval: el río domesticado". en L. Abad Casal, R. Sanz Gamo y B. Gamo Parras (coord.), *Balazote en el Camino de Hércules*, Balazote: Ayuntamiento de Balazote, 273-309.

PRIETO VILAS, I., 2017, *Comunidades protohistóricas de las zonas orientales de la Meseta Sur. Su formación y transformación: Pozo Moro como sublimación de las elites ibéricas*, Tesis Doctoral Universidad Complutense de Madrid, [en línea] https://eprints.ucm.es/id/eprint/42421/1/T38741.pdf

QUESADA SANZ, F., 2017, "Los Íberos y la cultura ibérica", en S. Celestino Pérez (ed.), *La Protohistoria de la península Ibérica*, Madrid: Istmo, 439-643.

QUESADA SANZ, F.; VALERO TÉVAR, M. A., 2011-2012, "Un casco variante del grupo Italo-Calcídico en la Necrópolis de Los Canónigos, Arcas del Villar (Cuenca)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM 37-38*, 349-386.

RADA Y DELGADO, J. de D. de la, 1875a, *Antigüedades del Cerro de los Santos. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia el 27 de junio de 1875*, Madrid: imprenta de T. Fortanet.

— 1875b, "Antigüedades del Cerro de los Santos en el término de Montealegre, nuevamente adquiridas por el Museo Arqueológico Nacional" *Museo Español de Antigüedades VII,* Madrid: 249-290

— 1882, *Discursos leídos ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en la recepción pública del Excmo. Señor D. Juan de Dios de la Rada y Delgado el día 14 de mayo de 1882*, Madrid: imprenta de T. Fortanet.

RAMALLO ASENSIO, S., 1993, "La monumentalización de los santuarios ibéricos en época tardo-republicana", *Ostraka II nº 1*, 117-144.

RAMALLO ASENSIO, S.F.; BROTONS YAGÜE, F., 2014: "Depósitos votivos y ritos en los santuarios ibéricos e iberoromanos. Continuidades y rupturas a través de las evidencias de culto en el santuario del Cerro de la Ermita de la Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia)", en T. Tortosa (ed.), *Dialogo de identidades. Bajo el prisma de las manifestaciones religiosas en el ámbito mediterráneo (s. III a.C. – s. I d.C.), Anejos de Archivo Español de Arqueología LXXII*, 14-44.

— (Eds.) 2019, *Catálogo de Esculturas del Cerro de los Santos. Montealegre del Castillo, Albacete*, Murcia: Universidad de Murcia -Editum.

RAMALLO, S., NOGUERA, J. M., BROTÓNS, F., 1998, "El Cerro de los Santos y la monumentalización de los santuarios ibéricos tardíos", *Revista de Estudios ibéricos 3*, 11-69.

RAMOS FERNÁNDEZ, R., 2021, *La Dama de Elche. Hallazgo, arqueología e historia*, Córdoba: Almuzara.

RAMOS FOLQUÉS, A., 1944, "La Dama de Elche. Nuevas aportaciones a su estudio", *Archivo Español de Arqueología 56*, 252-269.

REITERMAN, A., 2016, *Keimelia: Objects Curated in the Ancient Mediterranean (8th-5th Centuries BC)*, Universidad de Pennsylvania.

REIMOND, G., 2021, "En busca del tiempo y el espacio perdidos de la cerámica ibérica: una reflexión en torno al Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive (1904-1918)", en T. Tortosa y A. Poveda (eds.) *Vasa picta ibérica. Talleres de cerámica del sureste hispano (s. II a.C.- I d.C.), Homenaje a Ricardo Olmos*, Mytra 8, Mérida: Instituto de Arqueología de Mérida CSIC, 79-115.

REVERTE COMA, J.M., 2001, *Los huesos hablan. Antropología forense histórica*, Madrid: Ediciones del Museo "Profesor Reverte Coma" de Antropología Médica-Forense, Paleopatología y Criminalística.

RIPOLL PERELLÓ, E., 1988, "Cartas al Abate Henri Breuil referentes al descubrimiento de Minateda (Albacete)", *Homenaje a Samuel de los Santos*, Albacete, 59-64.

RIPOLLÈS, P. P., 1988, *La ceca de Valentia*. Valencia: Estudis Numismàtics Valencians 9.

— 2010, *Las acuñaciones provinciales romanas de Hispania*, Madrid: Real Academia de la Historia, Bibliotheca Numismatica Hispana 8.

— 2011, "La imagen del poder: los retratos monetarios griegos", en J. Torres (ed.) *Actas XII Congreso Nacional de Numismática, Ars metallica: Monedas y medallas*, [Nules-Valencia, 25-27 de octubre de 2010], Madrid: Museu de Medallística "Enrique Giner" y Museo Casa de la Moneda, 193-232.

RIPOLLÈS, P. P.; LLORENS, M. M., 2002: *Arse-Saguntum. Historia monetaria de la ciudad y su territorio*, Sagunto: Bancaixa.

RÍSQUEZ, C., 2015, "La Arqueología ibérica y los estudios de género en Andalucía: avances y desafíos", *Menga: Revista de prehistoria de Andalucía 6*, 61-91.

— 2016, "Cuidadoras, gestoras y productoras: trabajos de mujeres en el registro arqueológico de las sociedades iberas", en A. Delgado y M. Picazo (coord.), *Los trabajos de las mujeres en el mundo antiguo: cuidado y mantenimiento de la vida*, Tarragona: Institut Català d'Arqueologia Clàssica, 45-56.

RÍSQUEZ, C.; HORNOS, F., 2005, "Mujeres iberas: un estado de la cuestión", en M. Sánchez Romero (coord.), *Arqueología y género*, Monografías de Arte y Arqueología 64, Granada: Universidad de Granada, 283-333.

RÍSQUEZ, C.; GARCÍA LUQUE, Mª. A., 2012, "Identidades de género y prácticas sociales en el registro funerario ibérico. La necrópolis de El Cigarralejo", en L. Prados (Ed.); C. López y J. Parra (Coord.), *La Arqueología Funeraria desde una perspectiva de género*, Colección Estudios 145, Madrid: UAM Ediciones, 257-276.

RÍSQUEZ, C. Y RUEDA, C., 2013, *Santuarios Iberos: territorio, ritualidad y memoria. Actas del Congreso El santuario de La Cueva de la Lobera de Castellar. 1912-2012*, Jaén.

RÍSQUEZ, C.; RUEDA, C.; HERRANZ, A., 2018, "El santuario de Castellar: nuevas investigaciones y retos futuros", en L. Prados, C. Rueda y A. Ruiz (eds.) *Bronces ibéricos. Una historia por contar. Libro homenaje al Prof. Gérard Nicolini,* Madrid: Universidad Autónoma de Madrid-Universidad de Jaén, 223-246.

ROA Y EROSTARBE, J., 1894, *Crónica de la Provincia de Albacete, tomo 2.* Albacete: Imprenta y Encuadernación de la Viuda de J. Collado.

RODRÍGUEZ, A.; PAVÓN, I., (eds.). 2007, *Arqueología de la tierra: paisajes rurales de la protohistoria peninsular*, Cáceres: Universidad de Extremadura.

RODRÍGUEZ DE LA TORRE, F.; CANO VALERO, J., 1987, R*elaciones geográfico-históricas de Albacete (1786-1789) de Tomás López, Albacete*: Instituto de Estudios Albacetenses.

RONDA FEMENIA, A. M., 2018a, "Revisión de los testimonios y documentos sobre el lugar del hallazgo de la Dama de Elche. La «fita» de Pedro Ibarra y la recreación de Ramos Folqués.", *Archivo Español de Arqueología 91*, 277-301.

— 2018b, *L'Alcúdia de Alejandro Ramos Folqués. Contextos arqueológicos y humanos en el yacimiento de la Dama de Elche*, Alicante: Publicacions Universitat d'Alacant.

— 2021, "Historiografía, contextualización y prosopografía de los vasos figurados ilicitanos", en T. Tortosa y A. Poveda (eds.) *Vasa picta ibérica. Talleres de cerámica del sureste hispano (s. II a.C.- I d.C.), Homenaje a Ricardo Olmos*, Mytra 8, Mérida: Instituto de Arqueología de Mérida CSIC,49-78.

RONDA FEMENIA, A.M.; TENDERO PORRAS, M., 2014: "Producciones locales de época augustea de Ilici: las imitaciones de paredes finas y de la vajilla metálica romana", en R. Morais, A. Fernández y M.J. Sousa (eds.), *As produçôes cerâmicas da imitaçâo na Hispania, Monografias Ex Officina Hispana, Tomo I*, Braga: Universidade do Porto, Faculdade de Letras-Ex Officina Hispana, Sociedad de Estudios de la Cerámica Antigua en Hispania, 191-213.

— 2015, "La reinterpretación de un depósito augusteo: el cantharus de Illici", en J. López Vilar (coord.), *August i les províncies occidentals. 2000 aniversari de la mort d'August. Tarraco Biennal, actes 2on Congrés Internacional d'Arqueologia i Món Antic Vol. 1*, Tarragona: Fundació Privada Mútua Catalana, 263-268.

— E.p., "La colònia d'Ilici: context i simbología del cantharus d'August", *La Rella.Anuari de l'Institut d'Estudis Comarcals del Baix Vinalopó 34*, 169-204.

RONDA FEMENIA, A.M.; TENDERO PORRAS, M.; CAÑADILLA LENDÍNEZ, J.A., e.p., "La reconstrucción de un contexto arqueológico tardorrepublicano en Ilici: la revisión de los diarios de campo de Alejandro Ramos Folqués", en H. Uroz y A. Ribera (eds.), *Cultura Material Romana en la Hispana Republicanal*, 445-452.

ROUILLARD, P.,1995, "Le Pays Valencien et les archéologues francais à la fin du XIXè siècle", *Sagvntvm 29*, 105-113.

— 1996, "Dis-moi qui tu es: "Espagnole , "Salammbô" ou "Carmen" », en R. Olmos; P. Rouillard (éds.), *Formes archaïques et arts ibériques*, *CCV 59*, Madrid: Casa de Velázquez, 33-42

— 2018, "La culture ibérique entre Espagne et France", en L. Prados, C. Rueda y A. Ruiz (eds.) *Bronces ibéricos. Una historia por contar. Libro homenaje al Prof. Gérard Nicolini,* Madrid: Universidad Autónoma de Madrid-Universidad de Jaén, 49-62.

ROUILLARD, P.; GAILLEDRAT, E.; SALA, F. 2007, *Fouilles de la Rábita de Guardamar II. L'établissement protohistorique de La Fonteta (fin VIIIe-fin VIe siècle av. J.-C.)*, Madrid: Casa de Velázquez.

ROUILLARD, P.; MORATALLA, J.; COSTA L. (éd.), 2020, *Des carrières en archipel, Au pays de la Dame d'Elche (Alicante, Espagne), CCV 178*, Madrid: Casa de Velázquez.

ROUX, V.; JEFFRA, C., 2015, "The spreading of the potter's wheel in the ancient Mediterranean. A social context-dependent phenomenon", en Gauss, W., Klebinder-Gauss, G. y von Ruden, C. (eds.), *The Transmission of Technical knowledge in the Production of Ancient Mediterranean Potter*, Viena: Osterreiches Archäologisches Institut, 165-182.

RUANO RUIZ, E., 1988, "El Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete): Una nueva interpretación del santuario", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología 15,* 253-273.

RUBIO DE LA SERNA, J., 1888, *"Noticia de una necrópolis ante-romana descubierta en Cabrera de Mataró* (Barcelona) en 1881", *Memorias de la Real Academia de la HistoriaXI*, 667-789.

RUEDA GALÁN, C., 2011, *Territorio, culto e iconografía en los santuarios iberos del Alto Guadalquivir (ss. IV a.n.e.-I d.n.e.)*, Arqueologías Serie Ibera 3, Jaén: Universidad de Jaén Editorial.

— 2015, "Los exvotos iberos en bronce de los santuarios de Jaén: ritos fosilizados en bronce", en A. Ruiz Rodríguez y M. Molinos Molinos, (eds.), *Jaén Tierra Ibera. 40 años de investigación y transferencia*, Jaén: Universidad de Jaén, 219-235.

RUEDA GALÁN, C.; BELLON, J.P.; HERRANZ A.; LECHUGA, M.A.; RUIZ, A.; MORENO, M.I.; MOLINOS, M.; RISQUEZ, C.; GUTIERREZ, M.; PORTILLO, M., 2021, "Ofrendas en el humedal: el santuario ibero de Haza del Rayo (Sabiote, Jaén)" *Trabajos de Prehistoria 78-1*, 140-152.

RUEDA GALÁN, C; HERRANZ, A; BELLÓN, J.P. (Coord.), 2021, *Exvotos iberos. Paisajes sagrados, peregrinaciones y ritos. Pilar Palazón (in memoriam)*, Jaén: Universidad de Jaén

RUIZ BREMON, M., 1989, *Los exvotos del Santuario Ibérico del Cerro de los Santos Albacete*, Albacete: Instituto de Estudios Albacentenses.

— 1992, "Un nuevo exvoto procedente del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)", *Al-Basit: Revista de estudios albacetenses 31*, 105-109.

RUIZ MOLINA, L., 2002, "La arqueología en *La Voluntad* de Azorín", *Yakka. Revista de Estudios Yeclanos 12* 159-189.

— 2005, "Azorín, Lasalde y la Arqueología. El Cerro de los Santos y la misteriosa Elo", *Verdolay 9,* 195-214.

— 2007, *Espacios de la memoria. Yecla y las voluntades de Azorín y Lasalde*, Yecla: Casa Municipal de Cultura, Ayuntamiento de Yecla, 84-88.

RUIZ RODRÍGUEZ, A., 2008, "Los Iberos", en F. Gracia (ed.), *De Iberia a Hispania*, Barcelona: Ariel, 733-839.

— 2017, "Las funciones de la Dama ibera en la "Casa" aristocrática" *Sagvntvm-Extra 19,* Homenaje a la profesora Carmen Aranegui Gascó, 17-201.

— 2021, "Los exvotos de bronce en el reino de Cástulo", en C. Rueda, A. Herranz y J.P. Bellón (coord.)*Exvotos iberos. Paisajes sagrados, peregrinaciones y ritos. Pilar Palazón (in memoriam)*, Jaén: Universidad de Jaén, 38-43

RUIZ, A.; MOLINOS, M., 1993, *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Barcelona: Crítica.

— 2007, *Iberos en Jaén*, Jaén: Universidad de Jaén.

— 2015, "El Conjunto escultórico de Porcuna" en A. Ruiz y M. Molinos (eds.), *Jaén, tierra Ibera. 40 años de investigación y transferencia*, Universidad de Jaén, 68-83.

— 2017 (Eds.), *La Dama, el Príncipe, el Héroe y la Diosa. Catálogo de la Exposición*, Sevilla: Consejería de Cultura, Junta de Andalucía.

RUIZ, A.; MOLINOS, M.; RISQUEZ, C.; GOMEZ, F.; LECHUGA, M. A., 2015, "La cámara de Piquía, Arjona", en A. Ruiz y M. Molinos (eds.), *Jaén, tierra Ibera. 40 años de investigación y transferencia*, Universidad de Jaén,357-374.

RUIZ, A.; MOLINOS, M.; PEREZ, M.; FERNANDEZ, R.; RUEDA, C., 2016 "El santuario ibero de la Puerta del Sol", en A. Russo y F. Guarneri (eds.), *Santuari Mediterranei tra oriente e occidente. Interaccioni e contatti culturali*, Roma: Scienze e Lettere, 309-320.

RUIZ, A., MOLINOS, M., PÉREZ, M., LUJAN, E., RUEDA, C., 2022: "Lectura Arqueológica del Mito de Nokaki (Nokika) y la Diosa" *Sicilia Antica XIX*, Pisa: Fabrizio Serra Editore, 131-142.

RUIZ, A; SÁNCHEZ, A; BELLÓN, J. P., 2003: "Aventuras y desventuras de los iberos durante el franquismo", en F. Wulff y M. Álvarez (eds.), *Antigüedad y Franquismo (1936-1975)*, Málaga: CEDMA, 161-188.

RUIZ ZAPATERO, G., 1996, "Celts and Iberians: ideological manipulation in Spanish archaeology", en P. Graves-Brown, S. Jones, C.S. Gamble (eds.), *Cultural Identity and Archaeology. The Construction of European Communities*, Londres-Nueva York: Routledge, 179-195.

— 2014, *Gentes de la Edad del Hierro*, Madrid: Comunidad de Madrid.

— 2017, "Los pueblos prerromanos al servicio de la Dictadura Franquista (1939-1956)", en F. J. Moreno Martín (ed.) *El franquismo y la apropiación del pasado. El uso de la historia, de la arqueología y de la historia del arte para la legitimación de la dictadura*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 45-66.

SÁNCHEZ CLIMENT, A., 2016, *La cerámica celtibérica meseteña: tipología, metodología e interpretación cultural*, Tesis Doctoral Universidad Complutense de Madrid, [en línea] https://eprints.ucm.es/id/eprint/38185/

SALA SELLÉS, F., 1992, *La tienda del alfarero del yacimiento ibérico de La Alcudia (Elche, Alicante),* Alicante: CAM Fundación Cultural.

— 1995, *La cultura ibérica de las comarcas meridionales de la Contestania entre los siglos VI y II a. de C. Una propuesta de evolución*, Col·lecció Textos Universitaris, Alacant: Institut de Cultura Juan Gil-Albert – Generalitat Valenciana.

— 2007, "Algunas reflexiones a propósito de la escultura ibérica en la Contestania y su entorno", en L. Abad y J. Soler (eds.), *Actas del Congreso Arte Ibérico en la España Mediterránea*, Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 51-82.

— 2009, "Las imitaciones ibéricas de vasos griegos", en M. Olcina Doménech y J. Ramón (eds.), *Huellas griegas en la Contestania Ibérica*, Alicante: MARQ, 52-61.

SALA SELLÉS, F.; ABAD CASAL, L. 2014, "El litoral de Alicante: un espacio de encuentros en el sureste de la península ibérica durante el I milenio a.C." en A. Lemaire (ed.) *Phéniciens d'Orient et d'Occident. Mélanges Josette Elayi, vol. II*, París: Éditions Jean Maisonneuve, 601-618.

SALAS ÁLVAREZ, J., 2019, "El archivo de la Real Academia de la Historia y la Arqueología española del siglo XIX", *Revista de Arqueología Americana 37*, 163-203.

SÁNCHEZ GÓMEZ, M. L. 2002, *El santuario del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo). Nuevas aportaciones arqueológicas*, Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses.

SÁNCHEZ JIMÉNEZ, J. 1943, *Memoria de los trabajos realizados por la Comisaría Provincial de Excavaciones Arqueológicas de Albacete en 1941*, *Informes y Memorias 3*, Madrid: Ministerio de Educación Nacional. Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas.

— 1947, "Excavaciones arqueológicas en el Llano de la Consolación", *Excavaciones y trabajos arqueológicos en la provincia de Albacete, de 1942 a 1946, Informes y Memorias 15*, Madrid: Ministerio de Educación Nacional. Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, 31-44.

SANMARTÍ, J.; BELARTE, C.; NOGUERA, J.; ASENSIO, D.; JORNET, R.; MORER, J., 2019, "A city-state system in the pre-Roman western Mediterranean: the Iberian cities of eastern Catalonia", en M.C. Belarte; J. Noguera; R. Plana-Mallart; J. Sanmartí (eds.), *Urbanization in Iberia and Mediterranean Gaul in the first millennium BC*, Colección Trama 7, Tarragona: ICAC, 91-108.

SANMARTÍ, J.; SANTACANA, J., 2005, *Els ibers del nord*, Barcelona: Rafael Dalmau.

SANMARTÍ GREGO, E.; SANTIAGO ÁLVAREZ, R.A., 1987, "Une lettre grecque sur plomb trouvée a Emporion. (Fouilles 1985)", *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik 68*, 119-127.

SANTIAGO ÁLVAREZ, R.A. 2003, "Las láminas de plomo de Ampurias y Pech Maho revisitadas", *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik 144*, 167-172.

SANTIAGO ÁLVAREZ, R.A.; SANMARTÍ GREGO, E. 1988, "Notes additionelles sur la lettre sur plomb d'Emporion", *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik 72*, 100-102.

SANTOS RETOLAZA, M.; CASTANYER, P.; TREMOLEDA, J. 2013, "Emporion arcaica: los ritmos y las fisonomías de los dos establecimientos originarios, a partir de los últimos datos arqueológicos", en S. Bouffier, A. Hermary (eds.), *L'Occident grec de Marseille à Mégara Hyblaea. Hommages à Henri Tréziny*, París-Aix-en-Provence: Éditions Errance-Centre Camille Jullian, 103-113.

SANZ GAMO, R., 1997, *Cultura ibérica y romanización en tierras de Albacete: los años de transición,* Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses.

— 2007, "El arte en las comunidades ibéricas de Castilla-La Mancha", en L. Abad, J. Soler (eds.), *Arte ibérico en la España mediterránea*, Alicante: IAC Juan Gil Albert, 185-210.

SANZ GAMO, R.; BLÁNQUEZ, J., 2011, "Caballeros ibéricos en torno a la Vía Hercúlea. Una mirada sobre la escultura ibérica", en P. Bueno (coord.), *Arqueología, Sociedad, territorio y Paisaje. Estudios sobre Prehistoria reciente, protohistoria y Transición al mundo romano en homenajea M.ª Dolores* Fernández Posse, BPH 28, Madrid: CSIC Instituto de Historia, 253-278.

SANZ GAMO, R.; LÓPEZ PRECIOSO, J. 1994: "Las necrópolis ibéricas de Albacete. Nuevas aportaciones al catálogo de la escultura funeraria", *Revista de Estudios Ibéricos 1*, 203-246.

SANZ NÁJERA, Mª.; ROVIRA LLORÉNS, S.; VALIENTE CÁNOVAS, S. 1984. "Un exvoto ibérico en la comarca de La Sagra", *Revista Arqueología, año nº 5*, 19-25.

SAVIRON Y ESTEBAN, P., 1873, "Estatua de piedra procedente del Cerro de los Santos" Revista de Archivos Bibliotecas y Museos III 12, 177-180.

— 1875, "Noticias de varias excavaciones del Cerro de los Santos ", Revista de Archivos Bibliotecas y Museos V, nº 8:125-129; nº10: 161-164; nº12: 193-197; nº14: 229-234; nº15: 245-247.

SIERRA DELAGE, M. 2002, *Yacimiento ibérico 'Fuente de la Mota', Barchín del Hoyo*, Cuenca: Diputación Provincial de Cuenca.

SERRANO, P., 1899, "La Plaine de la Consolation et la Villeibériqued´Ello", *BulletinHispanique 1*, 11-19

SILGO, L., 2007, "El complejo sufijal (e)sken y las constituciones políticas de las ciudades béricas", *Arse 41*, 15-20.

SIMÓN, I., 2013, *Los soportes de la epigrafía paleohispánica: inscripciones sobre piedra, bronce y cerámica*, Zaragoza-Sevilla: Prensas Universitarias de Zaragoza–Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

— 2020, *Nombres ibéricos en inscripciones latinas*, Roma: Fabrizio Serra Editore.

— E.p., "Arqueología de la escritura: los soportes de las escrituras paleohispánicas", *Palaeohispanica. Revista sobre lenguas y culturas de la Hispania Antigua 21*, (2021).

SINNER, A. G.; VELAZA, J. (eds.), 2019, *Palaeohispanic Languages & Epigraphies*, Oxford: Oxford University Press.

SORIA, L.; MATA, C., 2005, "D. Isidro Ballester Tormo y las excavaciones en la necrópolis de La Casa del Monte (Valdeganga, Albacete)", en I. Grau, F. Sala y L. Abad (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*, Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante, Serie Arqueología, 337-343.

TENDERO PORRAS, M., 2005, "La cerámica del período ibérico antiguo en La Alcudia (Elche, Alicante)", en I. Grau, F. Sala y L. Abad (eds.), *La Contestania Ibérica, treinta años después*, Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante, Serie Arqueología, 305-316.

THÉR, R.; MANGEL, T.; GREGOR, M., 2017, "Potter's Wheel in the Iron Age in Central Europe: Process or Product Innovation?" *Journal of Archaeological Method and Theory24-4*,1256-1299.

TORELLI, M., 2011, "Inuus, Indiges, Sol, Castrum Inui: il santuario al fosso dell' inacastro Aredea y la sua divinitá", *Ostraka 20*, 191-234.

TORRES, J. de., 2013, *La Tierra sin límites: territorio, sociedad e identidades en el valle medio del Tajo (s. IX-I a.C.)*, Zona Arqueológica 16, Madrid: Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid.

TORTOSA ROCAMORA, R., 1996, "Algunos apuntes sobre los personajes y los textos en la historia de la Dama de Elche", *Revista de Estudios Ibéricos 2*, 213-230.

— 2004, "Tipología e iconografía de la cerámica ibérica figurada en el enclave de La Alcudia", en T. Tortosa (coord.), *El yacimiento de La Alcudia (Elche, Alicante): Pasado y presente de un enclave ibérico, Anejos de Archivo Español de Arqueología XXX*, 71-222.

— 2006, *Los estilos y grupos pictóricos de la cerámica ibérica figurada de la Contestania, Anejos de Archivo Español de Arqueología XXXVIII*.

— 2019a, "José Pijoán y Soteras en Roma: La Escuela Española en Roma –R.D. de 1910-, la Mostra Internazionale di Archeologia -1911-, el *III Congresso Archeologico Internazionale* 1912-", en T. Tortosa (ed.), *Patrimonio arqueológico español en Roma. 'Le Mostre Internazionali di Archeologia' de 1911 y 1937 como instrumentos de memoria histórica*, Bibliotheca Arcaheologica 61, Roma: L'Erma di Bretschneider, 305-344.

— 2019b, "José Ramón Mélida y Alinari (1856-1933): apuntes en el contexto de la Mostra Internazionale di Archeologia, 1911", en T. Tortosa (ed.), *Patrimonio arqueológico español en Roma. 'Le Mostre Internazionali di Archeologia' de 1911 y 1937 como instrumentos de memoria histórica*, Bibliotheca Arcaheologica 61, Roma: L'Erma di Bretschneider, 365-378.

— 2019c, "El *deseo* de reconstrucción de la memoria histórica", en T. Tortosa (ed.), *Patrimonio arqueológico español en Roma. 'Le Mostre Internazionali di Archeologia' de 1911 y 1937 como instrumentos de memoria histórica*, Bibliotheca Arcaheologica 61, Roma: L'Erma di Bretschneider, 577-587.

— 2019 (ed.), Patrimonio arqueológico español en Roma. *'Le Mostre Internazionali di Archeologia' de 1911 y 1937 como instrumentos de memoria histórica*, Bibliotheca Arcaheologica 61, Roma: L'Erma di Bretschneider

TORTOSA, T.; CABRERA, P. (eds.) 2019, *Encuentros con las imágenes femeninas en Iberia*, Mytra 3, Mérida: Instituto de Arqueología de Mérida CSIC.

TORTOSA, T.; COMINO, A., 2016, "La Mostra Internazionale di Archeologia en Roma (1911). La Dama del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete) en las Termas de Diocleciano", en R. Sanz Gamo y B. Gamo Parras (eds.), *Actas de la I Reunión Científica de Arqueología de Albacete*, Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses, 91-104.

TORTOSA, T.; OLMOS, R., 1997, "La heterogeneidad de un símbolo: las otras imágenes", en Olmos y Tortosa (eds.), *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*, La arqueología de la mirada Vol. II, Madrid: Lynx, 281-295.

TORTOSA T.; RAMALLO, S. (eds.), 2017, *El tiempo final de los santuarios ibéricos en los procesos de impacto y consolidación del mundo romano,* Anejos de Archivo Español de Arqueología, LXXIX.

TORTOSA, T.; SUÁREZ MARTÍNEZ, D., 2020, "La presencia de la arqueología ibérica en las exposiciones universales e internacionales de finales del siglo XIX y principios del XX", *LvcentvmXXXIX*, 295-328.

TSANTINI, E. 2007. *Estudi de la producció i la distribució d'àmfores ibèriques en el NE peninsular a través de la seva caracterització arqueomètrica*, Tesis Doctoral Universidad de Barcelona, [en línea] http://hdl.handle.net/10803/2598

TURNER, F. J., 1920, *The frontier in American History*, Nueva York: Henry Holt.

UNGARO, L., 2019, "Il Museo della Civiltà Romana. Il valore della copia nel XXI secolo a Roma, città degli originali: dalla memoria analogica a quella digitale", en T. Tortosa (ed.), *Patrimonio arqueológico español en Roma. 'Le Mostre Internazionali di Archeologia' de 1911 y 1937 como instrumentos de memoria histórica*, Bibliotheca Arcaheologica 61, Roma: L'Erma di Bretschneider, 505-524.

UNTERMANN, J., 1975-1997, *Monumenta Linguarum Hispanicarum I-IV*, Biesbaden: Ludwig Reichert Verlag.

— 2016, *Monumenta Linguarum Hispanicarum VI*. Die Toponymie des antiken Hispanien, Biesbaden: Ludwig Reichert Verlag.

URBINA, D., 2000, *La Segunda Edad del Hierro en el centro de la Península Ibérica: Un estudio de arqueología espacial en la Mesa de Ocaña (Toledo, España),* Oxford: British Archaeological Reports International Series 855.

— 2014, "Tierras, huesos, semillas y personas. Economía y sociedad en la Carpetania", en G. Ruiz Zapatero (coord.) *I Simposio sobre los Carpetanos: Arqueología e Historia de un pueblo de la Edad del Hierro* (Alcalá de Henares 2013). Zona Arqueológica 17, Madrid: Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid, 175-199.

UROZ RODRÍGUEZ, H., 2006, *El programa iconográfico religioso de la «Tumba del orfebre" de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante)*, Murcia: Consejería de Educación y Cultura, Dirección General de Cultura.

— 2012, *Prácticas rituales, iconografía vascular y cultura material en Libisosa (Lezuza, Albacete). Nuevas aportaciones al Ibérico Final del Sudeste*, Alicante: Universidad de Alicante.

— 2018, "Más que objetos rituales un nuevo conjunto de vasos plásticos ibéricos", *Sagvntvm 50*, 129 – 163

— 2020, "Libisosa: un 'tesoro' para la investigación de Iberia e Hispania", en A. Carretero y C. Papí (coord.), *Actualidad de la investigación arqueológica en España I*, Madrid: Museo Arqueológico Nacional, 29-44.

UROZ RODRÍGUEZ, H.; VELAZA, J., 2019, "Epigrafía ibérica de Libisosa", *Palaeohispanica. Revista sobre lenguas y culturas de la Hispania Antigua 19*, 211-228.

UROZ SÁEZ, J., 2012, "La colonia romana de Libisosa y sus precedentes", en G. Carrasco, (coord.), *La ciudad romana en Castilla*-La Mancha, Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 87-130.

VALENCIANO PRIETO, Mª DEL C., 2000, *El Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete). Revisión crítica de una necrópolis ibérica del Sureste de la Meseta*, Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses.

— 2002, "La informática y su aplicación en la reconstrucción tridimensional del paisaje funerario ibérico", *II Congreso de Historia de Albacete vol. I* (Albacete, 2000), Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses, 189-198.

VALERO TÉVAR, M. A., 2012, *El yacimiento ibérico de Los Canónigos, Arcas del Villar (Cuenca) y su aportación al proceso de iberización en la submeseta sur*, Madrid: Ministerio de Fomento-ADIF.

— 2014, "El yacimiento de Los Canónigos, Arcas del Villar (Cuenca): un nuevo asentamiento en la supuesta frontera meridional de la Celtiberia", en Burillo, F. y Chordá, M. (eds.), *VII Simposio sobre Celtíberos. Nuevos hallazgos, nuevas interpretaciones*, Teruel: Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda, 83-92.

VALIENTE, S., 1994, *Illescas. Excavaciones arqueológicas en el "Cerrón", Illescas*, Toledo: Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

VELAZA, J., 2002, "Las inscripciones monetales", en P. P. Ripollés; M. Llorens, *Arse-Saguntum. Historia monetaria de la ciudad y su territorio*, Sagunto: Bancaixa, 121-148.

— 2007, "Aspectos en torno a la escritura y lengua ibérica en el sureste de la Meseta meridional", en G. Carrasco, (coord.), *La ciudad romana en Castilla*-La Mancha, Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 271-284.

VÉLEZ RIVAS, J. y PÉREZ AVILÉS, J.J, 1987, "El yacimiento protohistórico del Cerro de las Cabezas", *Oretvm III*, 168-196.

— 2010, "El oppidum ibérico del Cerro de las Cabezas. Estructuras de culto (Valdepeñas, Ciudad Real)", en T. Tortosa y S. Celestino (eds.), *Debate en torno a la religiosidad protohistórica, Anejos de Archivo Español de Arqueología LV*, Mérida: Instituto de Arqueología de Mérida CSIC, 21-36.

VERDÚ, E., 2015, *La necrópolis ibérica de l'Albufereta (Alacant). Ritos y usos funerarios en un contexto de interacción cultural*, Serie Mayor II, Alicante: MARQ.

VILÀ PÉREZ. C., 1944.,"Una propuesta metodológica para el estudio del concepto "templo" en el marco de la concepción religiosa ibérica", *Pyrenae* 25, 123-139.

VILLARÍAS-ROBLES, J. J. R., OLMOS, R., LAVADO, P., DELAUNAY, J. M., RAMÍREZ, J. A. Y BUSTAMANTE, J. 1997, "Debate. La Dama ¿una falsificación del siglo XIX?", en Olmos y Tortosa (eds.), *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*, La arqueología de la mirada Vol. II, Madrid: Lynx, 241-248.

VILLARONGA, L.,1993,*Tresors monetaris de la Península Ibèrica anteriors a August: repertori i anàlisi*, Barcelona: Societat Catalana d'Estudis Numismàtics.

VV.AA., 1977, *Simposi Internacional Els Origens del món ibèric*, *Barcelona-Empúries, 1977Ampurias 38-40* (1976-1978)

VV.AA., 1981, *La Baja Época de la Cultura Ibérica, Actas de la mesa redonda celebrada en conmemoración del décimo aniversario de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, Madrid: Asociación Española de Amigos de la Arqueología.

VV. AA.,1997, *1897-1997. Cien años de una Dama* (catálogo de la exposición), Madrid: Ministerio de Educación y Cultura.

VV. AA., 1998, Els Ibers. Princeps d´ Occident = *Los Íberos, príncipes de occidente,* (catálogo de la exposición), Barcelona: Fundación La Caixa.

VV. AA., 2014., *1º Simposio sobre los Carpetanos. Arqueología e historia de un pueblo de la Edad del Hierro*, Madrid: Museo Arqueológico Regional.

VV. AA., 2018, *Los toros de El Argar. Figurillas de arcilla de la Edad del Bronce*, Alicante: MARQ.

VV.AA., 2021, *L'enigma iber. Arqueologia d'una civilització* (Catàleg), Barcelona: Museo d´Arqueologia de Catalunya

WOLFSKILL, G. y PALMER, S. (eds.) 1981, *Essays on Frontiers in World History*, Austin: University of Texas Press.

WULFF, F., 2003, *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglo XVI-XX)*, Barcelona: Crítica.

ZABOROWSKI, S., 1880, "Les kammenya-baby et les antiquités du Cerro de los Santos", *Revue Anthropologique Juillet*.

ZAMORA, J. A., 2019, "Phoenician epigraphy in the Iberia peninsula", en A. R. Sinner y J. Valeza (eds.), *Palaeohispanic Languages & Epigraphies*, Oxford: Oxford University Press, 56-77.

ZUAZO Y PALACIOS, J., 2016, *La villa de Montealegre y su cerro de los Santos (Arqueología e historia)*. Prólogo de D. Rodrigo Amador de los Ríos, Madrid: Imprenta de los hijos de Gómez Fuentenebro.

— 1917, "Trabajos arqueológicos en Montealegre del Castillo (Albacete)", A*sociación Española para el Progreso de las Ciencias* (Congreso de Sevilla), Madrid.

ZURBACH, J., 2011, "Désorientalisation » de la Méditerranée archaïque ?», *Topoi 17*, 503-512.

Este catálogo se imprimió en el año 2021, en el 150 aniversario

de la publicación del primer estudio realizado sobre el

Cerro de los Santos

DIPUTACIÓN DE ALBACETE